

JUSTO SIERRA O'REILLY

UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO



14

Clásicos Mexicanos

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

JUSTO SIERRA O'REILLY

UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

DE

Manuel Sol

14

Clásicos Mexicanos

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Primera edición, 25 de marzo de 2014

Portada: Germán Gedovius: Barcos (detalle)

Cuarta de forros: Justo Sierra O'Reilly (*México a través de los siglos*, IV, p. 500)

Clasificación LC:	PQ7297 S53 U5 2014
Clasif. Dewey:	M863.2
Autor:	Sierra O'Reilly, Justo, 1814-1861.
Título:	Un año en el hospital de San Lázaro / Justo Sierra O'Reilly ; edición, introducción y notas de Manuel Sol.
Edición:	Primera edición.
Pie de imprenta:	[Xalapa, Ver.] : Universidad Veracruzana, 2014.
Descripción física:	586 páginas : ilustraciones ; 23 cm.
Serie:	(Clásicos Mexicanos ; 14)
Nota bibliografía:	Incluye bibliohemerografía (páginas 49-59) e índice.
ISBN:	9786075023182
Materias:	Sierra O'Reilly, Justo, 1814-1861. Un año en el hospital de San Lázaro. Novela mexicana--Siglo XIX.
Autor secundario:	Sol, Manuel.

DGBUV 2014/20

Derechos Reservados © Universidad Veracruzana
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-502-318-2

ALGUNOS JUICIOS SOBRE
UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO

Un año en el hospital de San Lázaro, con su tinte característico, mezcla de compasión, melancolía, dulce suavidad y ternura, nos hace palpar con las penas del horrible mal, con las espléndidas bellezas de la playa campechana y con la abnegación de las almas enamoradas de la heroica virtud de la caridad.

(Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán desde la Independencia de España hasta la época actual*, I, Mérida, Talleres Gráficos de “La Revista de Yucatán”, 1921, p. 310).

Ésta, que como se ha dicho, fue la primera novela “grande” [...], es decir, la primera novela propiamente tal, escrita por Justo Sierra O’Reilly, es también la primera novela en toda la historia de la literatura yucateca.

(José Esquivel Pren, *Historia de la literatura en Yucatán*, t. VIII, México, Universidad de Yucatán, 1975, p. 40).

Para facilitar el acceso a la mayor cantidad posible de lectores emplea la truculencia, el suspenso, la doble identidad, las paternidades inesperadas, el amor funesto, los prototipos de la mujer fatal y el hombre diabólico.

(José Emilio Pacheco, *Las primeras novelas*, México, PROMEXA, 1985, p. 562)

En México, la primera novela romántica, si es que tal puede decirse, pues hay cosas que no se pueden fechar ni medir, la primera novela romántica fue de don Justo Sierra O'Reilly, Un año en el hospital de San Lázaro.

(Felipe Teixidor, en Claudia Canales,
Lo que me contó Felipe Teixidor, hombre de libros (1895-1980),
México, CONACULTA, 2009, p. 124).

NOTA PRELIMINAR

Vicente Calero (1817-1853), en sus “Reflexiones sobre la novela”, al bosquejar un panorama de la novela publicada en la ciudad de México, en las postrimerías de la segunda mitad del siglo XIX, decía: “Pero ¿qué podré decir, si la literatura ahora es cuando allí nace, y se cultiva con ahínco? En este género de obras, nada hay en lo pasado que pueda servir de un título glorioso para el nombre de sus autores, sin embargo las esperanzas que hoy se vislumbran, son grandísimas; y los felices y cortos ensayos, que se han dado a luz, prometen lisonjeros adelantos.” Se refería, claro está, a las narraciones que habían publicado algunos de los miembros de la Academia de Letrán en los *Año nuevo*, como José María Lacunza (*Netzula*), el “malogrado y apreciable” Ignacio Rodríguez Galván (*La hija del oidor, Manolito el Pisaverde*) y José Joaquín Pesado” (*El inquisidor de Méjico*). Precisaba que Yucatán también había contribuido a “las glorias de la república” con algunas narraciones, como las aparecidas en *El Museo Yucateco* (1841-1842), en donde se había incluido *La tía Mariana, Doña Felipa de Zanabria, Antes que te cases, mira lo que haces* y *El filibustero* de Justo Sierra O’Reilly; *El visitador*, que su editor atribuye a Rodríguez Galván, dado su parentesco en tema y estilo con *Muñoz, visitador de México*, drama que dice que había visto representar con gran éxito en el teatro Principal, en 1838; más otras narraciones con firma o sin firma de su autor. Pero antes de terminar este breve bosquejo, recomendaba la lectura de las “interesantes cartas” que estaba publicando su amigo José Turriza en *El Registro Yucateco*, bajo el nombre de *Un año en el hospital de San Lázaro*, sobre las incursiones de los piratas en la península yucateca, “material bellísimo para la formación de la novela”. (Vicente Calero, “Literatura. Artículo I. Reflexiones sobre la novela”, en *RY*, I, 64-70). Este cuidado que tuvo Vicente Calero de hablar, por una parte, de la semejanza entre las obras de Lacunza, Rodríguez Gal-

ván y Pesado, y las de *El Museo Yucateco*, y, por otra, de *Un año en el hospital de San Lázaro*, nos muestra que para él eran fundamentales las diferencias que había entre estas narraciones –que bien pudieran llamarse *leyendas*, cuentos o novelas cortas–, y “las cartas” de *El Registro Yucateco*. *Un año en el hospital de San Lázaro* era una novela de grandes dimensiones que, fuera de lo que hasta entonces se había publicado en México, no tenía antecedente, y que podría incluirse dentro del romanticismo no extranjerizante, ya que por su contenido, aparte del tema de los piratas, estaba íntimamente relacionada con la realidad inmediata: la situación en la que se encontraban los enfermos del hospital de San Lázaro de la ciudad de Campeche hacia finales de la década de los treinta, cuando un dictamen sobre la lepra o mal de San Lázaro, firmado por los médicos Manuel Hovad, Guillermo de la Vega y Manuel Campos –este último discípulo del Dr. Juan Antonio Frutos, personaje central de la novela–, hacía constar que no había “ejemplo alguno exactamente circunstanciado y visto por observadores atentos que conteste el contagio de la referida enfermedad.” (Francisco Álvarez, *Anales históricos de Campeche*, t. I, Mérida de Yucatán, Imprenta del Colegio de S. José de Artes y Oficios, 1912, 305).

Importa aclarar que *Un año en el hospital de San Lázaro*, sin que sea una novela autobiográfica –como han afirmado algunos de sus críticos, pues hacia estos años su autor no padecía del mal de San Lázaro, sino que sólo temía que pudiera desarrollarse, como lo deja entrever un fragmento de las *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá* (T. I, Campeche, Gregorio Buenfil, 1850, pp. 165-166)–, obedecía a un propósito muy claro y específico: crear la conciencia entre la sociedad que era una injusticia proscribir los enfermos de lepra, apartándolos en lugares solitarios –sobre todo cuando no se había probado científicamente que la lepra fuera una enfermedad contagiosa–, lo que equivalía a una muerte civil, pues para ellos no había familia, ni amistades, ni la menor esperanza de alivio y compasión en el mundo. Punto de vista que ratificaría la ciencia moderna y sobre el que ya a finales del siglo XIX, precisamente respecto a lo inconveniente que resultaría el traslado de los enfermos del hospital de San Juan de Dios al de San Lázaro en Campeche, diría el doctor Joaquín Blengio: “Basta recordar que esa casa fue construida para condenar al aislamiento a los desgraciados leprosos, cuando el mal se creía transmisible por

contagio, para convencerse de que no puede convenir a nuestros enfermos que nada han hecho para que se les confine en esa soledad, se les recluya en ese retiro, se les separe de sus parientes y amigos, porque la distancia de aquel apartado lugar constituye una incomunicación verdadera.” (Joaquín Blengio, *Informes sobre los hospitales de S. Juan de Dios y S. Lázaro: presentado al H. Ayuntamiento de Campeche*, Campeche, Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1881, p. 13).

Por otra parte, ya en el ámbito literario, *Un año en el hospital de San Lázaro* es la primera novela, como han reconocido innumerables críticos, digna de ser tomada en cuenta en la historia de la novela mexicana, después de las obras de Joaquín Fernández de Lizardi; una novela en la que, por una parte, se enaltece el sentimiento cristiano de la caridad y, por otra, se narran la fechorías de algunos de los piratas que asolaban la península yucateca y el mar Caribe durante la primera mitad del siglo XIX; y una novela que también merece ser leída por sus innumerables aciertos artísticos, diferentes a los de *La hija del judío*, la obra más conocida de Sierra O’Reilly. Sin embargo, los manuales de literatura, los ensayos sobre literatura decimonónica apenas si la citan o le dedican algunas cuantas líneas.

Esta edición pretende llamar la atención sobre una de las novelas más olvidadas de la literatura mexicana.

Una cronología de la vida y la obra de Justo Sierra O’Reilly puede verse en el tomo 8 de esta misma colección (*La hija del judío*, 2 vols., México, Universidad Veracruzana, 2008).

INTRODUCCIÓN

1. LAS EDICIONES DE *UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO*

A diferencia de *La hija del judío*, auténtica novela de folletín que Justo Sierra O'Reilly publicó en *El Fénix* de Campeche, entre noviembre de 1848 y diciembre de 1849, *Un año en el hospital de San Lázaro* apareció en las entregas de *El Registro Yucateco*, entre 1845 y 1849, revista fundada por Sierra O'Reilly en Mérida, en donde salía con más o menos regularidad, pero cuya publicación tuvo que suspender por varios años. Los tomos I y II aparecieron en 1845; el III, en 1846; y las primeras entregas del tomo IV también en 1846, en Mérida, pero las últimas se imprimieron, tres años después, en Campeche. El 15 de marzo de 1849, en una nota de *El Fénix*, titulada "Prospecto. *Registro Yucateco*", se anunciaba que se continuaría la publicación de esta revista en "un folleto de 40 páginas de la letra llamada *lecturita*, y en papel superior" con la finalidad de que no quedara incompleta la novela *Un año en el hospital de San Lázaro* ni *La galería de los obispos de Yucatán*.¹ Y por fin, el 15 de enero de 1850, se comunicaba que ya se había "repartido el último número de esta publicación literaria, con lo que han cerrado la obra sus redactores."² En cuanto a *La hija del judío* sabemos, por el mismo Sierra O'Reilly, que la empezó a redactar en Washington, en diciembre de 1847, cuando se encontraba comisionado para obtener del Congreso de los Estados Unidos la aprobación de que se apoyara a la "raza blanca" en su lucha contra los indios mayas, y que al regresar a Campeche la empezó a publicar en *El Fénix* "escribiendo lo que se necesitaba para el día."³ *Un año en el hospital de*

¹ Justo Sierra O'Reilly, "Prospecto. Registro Yucateco", en *El Fénix*, Campeche (15 de marzo de 1849), núm. 48, 4.

² *El Fénix*, Campeche (15 de enero de 1850), núm. 88, 4.

³ Justo Sierra O'Reilly, *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá*, III,

San Lázaro, en cambio, su primera novela larga cronológicamente, no se publicó como folletín en un periódico, aunque participe mucho de la técnica del *suspense*, como sería común en una gran parte de la novela del siglo XIX. Las libretas autógrafas que custodia la Biblioteca Campeche contienen algunos borradores de los primeros capítulos de esta novela que entonces se titulaba simplemente *El Lazarino*; y sabemos por estos mismos manuscritos que su redacción fue contemporánea de algunas de las *leyendas* o cuentos que publicó en *El Museo Yucateco* (1841-1842).⁴ No se sabe de la existencia del manuscrito original de la novela y el texto más antiguo con el que se cuenta es el de *El Registro Yucateco*. Este texto, publicado bajo el cuidado de su autor, es indudablemente hasta ahora el más autorizado y el que tenemos que considerar como *codex optimus*.

Después de su aparición en *El Registro Yucateco* no volvió a publicarse sino medio siglo después en la “Biblioteca Autores Mexicanos” de Victoriano Agüeros, entre 1904 y 1905, bajo la iniciativa de Justo Sierra Méndez, según apunta Manuel Sánchez Mármol en *Las letras patrias*.⁵ Esta edición lleva una “Noticia biográfica del autor” escrita por Francisco Sosa; aunque resulta imposible saber quién, entre los implicados en su reedición, fue directamente responsable de sus variantes y supresiones. El caso es que adolece de innumerables modificaciones con respecto a la edición de *El Registro Yucateco*. Cuarenta años después, la *Revista Social* de Mérida la publicó en varios números entre enero de 1945 (núm. 133) y junio de 1946 (núm. 149) y en ese mismo año de 1946 salió también en dos volúmenes como una publicación más de la “Biblioteca de la Revista Social”, según se aclaraba en una nota de ese mismo número en que se le daba por concluida:

Campeche, Pedro Méndez Echazarreta, 1851, 74. Véase también: *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá*, México, UNAM, 2012, 415.

⁴ Para una mayor información sobre estas obras, puede verse mi “Introducción” a *El filibustero, y otras historias de piratas, caballeros y nobles damas* de Justo Sierra O’Reilly, México, Universidad Veracruzana, 2007. (Col. Ficción).

⁵ Manuel Sánchez Mármol, “Las letras patrias”, en *México y su evolución social*, t. I, vol. 2, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005, p. 635 (nota). Edición facsimilar de la de Balleasca de 1902.

La conmovedora novela histórica del maestro D. Justo Sierra O'Reilly, cuya trama se desenvuelve magistralmente en la ciudad de Campeche, cuya publicación concluye en este número de *Revista Social*, ya está a la venta en sus dos tomos, por sólo \$ 7.00. Edición limitadísima. ¡Solicite su ejemplar!⁶

En 1985, Promexa, con una “Presentación” y un ensayo titulado “Justo Sierra O'Reilly (1814-1861)” de José Emilio Pacheco, la volvió a publicar junto con *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi. Finalmente, en 1997, la Universidad Autónoma de Yucatán también la incluyó entre sus publicaciones y puso al frente del primer tomo la “Noticia biográfica del autor” de Francisco Sosa y el capítulo de don Ermilo Abreu Gómez titulado “Sierra O'Reilly y la novela” de su libro *Clásicos, románticos, modernos* de la editorial Botas, publicado en 1934. En su “Nota preliminar”, los editores de la UADY decían que *Un año en el hospital de San Lázaro* no se había vuelto a publicar desde la edición de Victoriano Agüeros en 1905: “Ante esta circunstancia la Universidad Autónoma de Yucatán, a través del Consejo Editorial para Obras Literarias, Culturales y Artísticas, decidió poner en circulación nuevamente tan importante obra de la Literatura nacional.”⁷

Una revisión de las variantes de las distintas ediciones de *Un año en el hospital de San Lázaro*, nos permite adelantar que las de la *Revista Social* (tanto la incluida en la revista como la publicada en dos tomos), la de Promexa y la de la Universidad Autónoma de Yucatán, tomaron como texto base la de Victoriano Agüeros, y que entre todas ellas las más descuidadas son las de la *Revista Social* y la de la Universidad Autónoma de Yucatán. Veamos algunos ejemplos. La primera lista en cursiva procede de nuestra “lección” que, salvo aclaración en contra, siempre coincide con *El Registro Yucateco*; la sigla *VA* corresponde a Victoriano Agüeros; la *RS*, a la *Revista Social*; la *P*, a Promexa; y la UADY, a la Universidad Autónoma de Yucatán:

1. *facticios* : ficticios *RS, P (Carta III)*
2. *el soldado ilustre* : el sol todo ilustre *RS (Carta VI)*

⁶ *Revista Social*, Mérida (junio de 1946), núm. 149, p. 6.

⁷ *Un año en el hospital de San Lázaro*, t. 1, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1997, VII.

3. *a seguir nuestro hado* : a seguir a nuestro lado *RS* (*La cartera de Regino*)
4. *apesgarse* : apesgarse *VA, RS, P, UADY* (*Carta XIV*)
5. *embaidor* : embaucador *RS*, embajador *P* (*Carta XXI*)
6. *infanda* : nefanda *VA, RS, P, UADY* (*Carta XXIII*)
7. *Jaina* : Jaima *VA, RS, P, UADY* (*Carta XXIII*)
8. *orzar* : forzar *VA, RS, P, UADY* (*Carta XXIV*)
9. *fatigante* : fatigable *VA, RS, P, UADY* (*Carta XXVII*)
10. *envenenarse* : convencerse *VA, RS, P, UADY* (*Carta XXX*)

1. En la *Carta III*, Melchor le cuenta a Manuel que se ha visto en la necesidad de reprender a Antonio porque éste se lamenta de que todo el mundo huye de él, y Melchor le dice:

—¡Tienes tal modo de ver las cosas! Me parece que hay demasiado con los males positivos que sufres, Antonio mío, para que vayas a creártelos *facticios*.

Los términos *facticio* y *ficticio*, como derivados del latín, existen en español desde los Siglos de Oro y se encuentran ambos registrados en el *Diccionario de Autoridades*: “Facticio, cia. Adj. Lo que es hecho con arte, y no naturalmente.” “Ficticio, cia. Adj. Cosa fabulosa o fingida.” Como se ve, en cierto sentido, podrían considerarse como sinónimas. Un escritor actual obviamente prefiere *ficticio*, sobre todo porque esta palabra se ha puesto de moda dentro de la terminología literaria. Pero Sierra O’Reilly, que conocía ambas palabras, prefiere *facticio* quizá con la finalidad de destacar el significado de algo que es ‘hechizo’, ‘artificial’, y ‘no natural’.

2. En la *Carta VI* Antonio, frente a la anarquía que vive el país, hacia la época en que se sitúa la acción de la novela (febrero de 1824), le escribe a Manuel que él confía en el regreso de don Agustín de Iturbide, a quien pudo haberse referido como “el sol todo ilustre”, como registra *RS*, pues también se refiere a él como “el faro de Iguala”, y a quien dice que le ha erigido un “altar” en su “corazón”; pero las palabras que se encuentran en *El Registro Yucateco* son “soldado ilustre”.

3. Un *leitmotiv* en *Un año en el hospital de San Lázaro* es el *fatum*. Aparece una y otra vez en la conversación de sus personajes, ya se trate de Antonio, Manuel, Regino o el Dr. Moore. En la Tercera Parte de *La cartera de Regino*, el contra maestro de la *Invisible*, Genaro Chiabrera (que más tarde se presentará como el Dr. Moore) le dice a Regino:

—Nadie puede oponerse a los designios de Dios; y si la justicia de Dios te ha condenado a seguir nuestro hado, feliz o infausto, nada evitarías.

La *Revista social* cambia a *seguir nuestro hado* por *seguir a nuestro lado*, con lo cual el texto parece tener sentido, pero obviamente se traiciona el significado de *El Registro Yucateco*, según se corrobora renglones más adelante cuando el contra maestro agrega: “Duros y formidables son los decretos del destino.”

4. En la *Carta XIV*, cuando Antonio se encuentra sumamente atribulado por la huida de Regino, a quien creía su amigo, le escribe a Manuel:

Este joven predestinado al mal, no sólo ha cometido un crimen abominable con exponerse de nuevo y voluntariamente a los peligros de la vida infame en que pasó sus primeros años; sino que... ¡Dios se lo perdone...! ha emponzoñado mi existencia, sobre la cual siento *apescarse* una nube siniestra preñada de infortunios y tribulaciones.

Apesgar o *apescarse*, según el *Diccionario de Autoridades*, es “Hacer una cosa peso” y se trata de un verbo “compuesto de la partícula *a*, y del nombre *pesga*, que vale tanto como peso [...] Y *apescábase* el cuello un rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos a la argolla.” (Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro 3, cap. 6).⁸ Víctor Suárez Molina, por su parte, dice que “*Apesgar* vale en Yucatán «hacer presión sobre una cosa con algún objeto o con la mano, para sujetarla o afianzarla», como en «Apesga esos papeles para que no se los lleve el viento»”.⁹ *VA, RS, P, UADY* en lugar de *apescarse* escriben *apegarse*.

⁸ *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1969. Edición facsímil.

⁹ Víctor Suárez Molina, *El español que se habla en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1996, 156.

5. *Embaidor*, según el *Diccionario de Autoridades* es el que “Engaña y embeleca, persuadiendo lo que no es con mentiras y razones aparentes.” La *Revista Social* lo cambia por un sinónimo: *embaucador*; y *P*, por *embajador*.

6. Antonio, en la *Carta XXIII*, al hacer algunas consideraciones sobre su vida se refiere a ella como la *infanda historia*, adjetivo que *VA*, *RS*, *P*, *UADY* cambian por *nefanda* quizá en atención a que esta palabra es la más conocida. Y aunque ambas tienen el mismo origen (de *infandus* y *nefandus* ‘lo no que debe decirse o no puede describirse’), habría que dejar *infanda*, que fue la que utilizó Sierra O’Reilly quizá en un alarde de su conocimiento de la lengua latina.

7. En la misma *Carta XXIII*, se narra la conversación de varios contrabandistas y uno de ellos propone que el cargamento se puede desembarcar “en Lerma, *Jaina* o Champotón”. *VA*, *RS*, *P* y *UADY*, en lugar de *Jaina* escriben *Jaima*. Debe dejarse *Jaina* que, como saben muchos yucatecos y campechanos, es una isla que se encuentra a 40 kilómetros al norte de Campeche y actualmente pertenece al municipio de Hecelchakán, famosa por haber sido cementerio de los antiguos mayas.

8. En la *Carta XXV* se narra una discusión entre Juan Cruyés y el capitán Sagarra, y el primero le dice:

Quando yo dirijo a usted ciertas preguntas, lo verifico únicamente con el objeto de estar prevenido contra alguna asechanza. Tal vez mis mejores amigos se han convertido en enemigos, y bueno es llevar el timón en una noche de tempestad para *orzar* o derribar, según convenga.

Orzar es “Girar el buque, llevando su proa desde sotavento para barlovento, o disminuyendo el ángulo que por dicha parte forma la dirección de la quilla con la del viento.”¹⁰ *VA*, *RS*, *P* y *UADY* en lugar de *orzar* escriben *forzar*.

9. Cuando en la *Carta XXV*, Antonio cree desconfiar de la ayuda de Dios, se contesta a sí mismo y de paso a Manuel que es a quien le escribe la carta:

¹⁰ *Diccionario marítimo español*, Madrid, Imprenta Real, 1831. Edición facsímil.

No: soy un loco, un ingrato para con la Divina Providencia, cuyo ojo abierto constantemente sobre mí y sobre mis flaquezas y miserias, me guía, me ilumina y me preserva de una caída final. ¿Vacila mi fe? Aquí está mi confesor para darme la mano, y afianzarme en mi *fatigante* marcha sobre este valle de lágrimas.

En lugar de *fatigante*, VA, RS, P y UADY escriben *fatigable*, quizá porque se les antojaba un cultismo innecesario en el español del siglo XIX; sin embargo *fatigante* –participio presente latino, cuyas cualidades significativas y musicales supieron aprovechar tiempo más tarde los escritores modernistas– es la palabra que mejor expresa el esfuerzo de Antonio por superar su lucha contra el destino y contra la sociedad que lo habían recluido en el hospital de San Lázaro.

10. En la *Carta XXX*, y última de la novela, se vuelve a caracterizar al doctor Juan Antonio Frutos, el médico de los leprosos en San Lázaro:

El doctor lleva una larga práctica en su honrosa profesión: ha visto los males del género humano por todos sus aspectos; su sagacidad y firmeza de tacto le han hecho percibir y tocar el dolor bajo de cualquiera forma que se presente, y sabe cuál es el medio mejor de tocar una de esas heridas delicadas que vierten sangre, y que al más ligero descuido pudieran *envenenarse*.

Quién sabe por qué razón VA, RS, P, UADY sustituyeron *envenenarse* por *convencerse*, sustitución que no tiene ningún sentido. En cambio *envenenarse*, aplicado a las *heridas delicadas que vierten sangre* indica que si no se les atiende oportunamente se infectan y pueden tener un efecto semejante al veneno en el organismo del enfermo. Así lo reitera en algunos otros pasajes de la novela: “logré que desapareciesen las señales exteriores de esa maligna enfermedad, y mi sangre y mis humores todos se volvieron veneno, ponzoña horrible, que ha estado corroyendo los resortes de mi vida.” (*Carta I*).

Cito algunas variantes más: *extremada* : tremenda UADY; *diverso* : divino RS; *conversión* : conversación UADY; *calado* : empapado RS; *inhumación* : exhumación RS; *esquilas* : esquelas RS; *costas* : cosas RS, UADY; *mágica* : magnífica RS; *término* : número VA, RS, P, UADY; *que ese ciego y formidable fatalismo* : que ese sentimiento, el no ciego y formidable fatalismo RS; *afectos* : efectos UADY; *Irum* : Irrum UADY; *desperté* : despertaré UADY; *parecía amigo de mi padre* : parecía conmigo mi padre RS; *en beneficio* : a favor RS; *restos* :

huesos *RS*; *había agostado* : había agotado *UADY*; *pañuelo* : palo *RS*; *imposible* : posible *UADY*; *dilatado* : allanado *RS*, horrible *P*; *tarja* : tarjeta *RS*; *malevolencia* : mal violencia *VA, UADY*; *bongo* : hongo *VA, RS, P*; *inexorable* : inexplorable *UADY*; *caridad* : claridad *UADY*; *pertinacia* : persistencia *UADY*; *de nadie* : de alguien *UADY*; *averiguar* : investigar *RS*; *nasa* : masa *RS, P*; *usted* : vos *UADY*; *causando* : cuando *UADY*; *1821* : 1721 *VA, RS, UADY*; *seducción* : reducción *RS*; *reconocimiento* : agradecimiento *VA, RS, P, UADY*; *carecían* : no tenían *RS*; *aporté* : arribé *RS*; *isla* : vista *P*; *salud* : salvación *VA, RS, P, UADY*; *bondad* : beldad *VA, RS, P, UADY*; *conocí* : comprendí *VA, RS, P, UADY*; *particulares* : pormenores *VA, RS, P, UADY*; *item* : idem *RS*; *asombrado* : acostumbrado *UADY*; *imponente* : impotente *UADY*; *amigo* : hijo *VA, RS, P, UADY*; *incisivo* : inciso *RS*; *redimirme* : rendirme *P*; *aterraban* : alteraban *VA, RS, P, UADY*; *terribles* : horribles *P*; *desgracia* : gracia *P*; *caleta* : caseta *VA, RS, P, UADY*; *ministerio* : misterio *VA, RS, P, UADY*; *revolución* : resolución *RS*; *fetor* : olor *P*; *en sus brazos* : en sus manos *RS*; etc.

Además de los cambios anteriormente citados, habría que mencionar las omisiones frecuentes tanto en la edición de Victoriano Agüeros como en la de *Revista Social*, en donde incluso faltan páginas completas, como ocurre en la *Carta XXII*.

En tales circunstancias, he considerado tomar como texto base para la presente edición el texto de la *editio princeps*, esto es, la de *El Registro Yucateco*, que fue la única que se publicó en vida de Sierra O'Reilly y por lo tanto el más próximo a la voluntad artística y lingüística de su autor.

2. UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO Y LA LITERATURA DE SU TIEMPO

Un año en el hospital de San Lázaro es, como hemos visto, la primera novela de grandes dimensiones que publicó Sierra O'Reilly, y obedece a una voluntad de estilo muy distinta a la de *La hija del judío*. Si tuviéramos que emparentar esta novela con otras obras, tendríamos que hacerlo con las de Walter Scott y de Eugenio Sue, y en particular, de este último, con *El judío errante*, novela muy leída no sólo en Europa sino también en México. Sobre el entusiasmo que despertó Eugenio Sue en la península yucateca tenemos, entre otros testimonios, el de Vicente Calero,¹¹ Fabián Carrillo Suaste¹² y el del mismo Sierra O'Reilly en *La hija del judío* y en las *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*.¹³

Un año en el hospital de San Lázaro, en cambio, nos remite más bien a la novela de finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX. En ella Sierra O'Reilly hace algunas referencias, entre otros, a Samuel Richardson, Louis-

¹¹ Vicente Calero, "Breve noticia biográfica de Eugenio Sue" (RY, IV, 234-239).

¹² Fabián Carrillo Suaste en varias revistas yucatecas firmó sus artículos con el pseudónimo *Nini Moulin*, que es un personaje de *El judío errante*. Véase la recopilación de sus trabajos que publicó bajo el nombre *La colección literaria I* (Mérida, Imprenta del Comercio, 1881).

¹³ En *La hija del judío* alude a Flor de María de *Los Misterios de París* (Primera Parte, I) y a Mr. Rodin de *El judío errante* (Primera Parte, VII). En las *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá* (I, Campeche, Gregorio Buenfil, 1850, 269 y ss.) también alude a Mr. Rodin a propósito de unos jesuitas que conoce en el trayecto de Jeffersonville a Cincinnati; y en *El Fénix*, incluye una nota sobre la publicación de la novela *María, la hija de un jornalero* de Wenceslao Aizguales de Izco, con una carta de Eugenio Sue, tomada de *El Arco Iris* de Veracruz ("María, la hija de un jornalero", en *El Fénix*, Campeche, 1 de mayo de 1849, núm. 37, 4).

Sébastien Mercier, Bernardin de Saint-Pierre y E. T. A. Hoffmann.¹⁴ Tampoco debemos pasar por alto que era contemporáneo de Chateaubriand y Lamartine, autores a quienes había leído y que, como es sabido, signan con su obra el mundo literario, particularmente el de la primera mitad del siglo XIX.

Francisco Pimentel dice que “acaso” Sierra O’Reilly “se inspiró” en *Los leprosos de la ciudad de Aosta* de Javier de Maistre, pero inmediatamente precisa que “pudo espontáneamente haber producido su obra”.¹⁵ Lo cual en cuanto a esta obra parece ser lo cierto, ya que fuera las semejanzas que pudieran darse entre dos personajes que padecen la lepra, ni el argumento, ni la intención, ni la estructura permiten hablar de una posible influencia del *Le lépreux de la cité d’Aoste*¹⁶ en *Un año en el hospital de San Lázaro*.¹⁷ En cambio la presencia de Pablo Antonio de Olavide, particularmente del *Evangelio en triunfo* tanto en lo que respecta a ideas, personajes, forma epistolar y estilo, es innegable. Cuando se haga un estudio sobre las lecturas juveniles de Sierra O’Reilly se verá la profunda huella que dejó el *Evangelio en triunfo* en *Un año en el hospital de San Lázaro*.

Respecto a las letras mexicanas, habría que recordar que a finales de 1837 viajó a México y que en 1838 concluyó su carrera de abogado en el

¹⁴ También cita a Jean-Baptiste Louvet de Coupevray (1760-1797), autor de los *Amours du chevalier de Faublas*, obra publicada en París entre 1787 y 1790, que narra las aventuras eróticas y libertinas del caballero de Faublás, como una de las lecturas que hace Carlota, la hija de doña Esperanza, la amante en turno del pirata Frasquito (alias Juan Cruyés).

¹⁵ Francisco Pimentel, *Obras completas*, v, Tipografía Económica, 1904, 319.

¹⁶ Xavier de Maistre, *Le lépreux de la cité d’Aoste*, en *Oeuvres Complètes*, París, Charpentier, 1844, 207-241.

¹⁷ Gabriel Ferrer de Mendiola también cree que no hay ninguna influencia de *Le lépreux de la cité d’Aoste* en *Un año en el hospital de San Lázaro*, sino que se trata de una obra de la inspiración de Sierra O’Reilly, ya que “por algunos de sus escritos sabemos que un pariente próximo del Dr. Sierra tenía manchas de la terrible enfermedad, antes que publicase la novela. Seguramente para defender a tal persona del horror de la sociedad y tal vez hasta del confinamiento en algún leproso, así como para consuelo de que la enfermedad es curable, como lo es en sus primeros años, escribió su novela, notabilísima en el campo de la literatura.” (*Apud* José Esquivel Pren, “Historia de la poesía, la novela, el humorismo, el costumbrismo, la oratoria, la crítica y el ensayo”, en *EY*, v, 628; véase también en José Esquivel Pren, *Historia de la literatura en Yucatán*, VIII, México, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1975, 22).

Antiguo y Nacional Colegio de San Ildefonso.¹⁸ Esta estancia debió haberlo familiarizado con la vida literaria que se vivía en la capital de la república. La prueba más evidente es que tanto en *El Museo Yucateco* (1841-1842) como en *El Registro Yucateco* (1845-1849), publicó algunos poemas de Guillermo Prieto, de José Joaquín Pesado, algunas notas sobre José María de Heredia, Fernando Calderón, y reprodujo algunas colaboraciones que habían aparecido en *El Mosaico Mexicano* y el *Álbum Mexicano*, lo que demuestra que conocía algunas de las revistas más importantes de la época.

Pero ¿qué otras novelas se estaban publicando en México hacia aquellos años? Se ha recordado que la aparición de *Un año en el hospital de San Lázaro* coincide con la de *El fístol del diablo*. Manuel Payno publicó las primeras entregas de esta novela en el tomo primero de la *Revista Científica y Literaria de Méjico*, continuación de *El Museo Mexicano*, pero su publicación se vio interrumpida por la invasión del ejército norteamericano.

Grandes diferencias median entre *El fístol del diablo* y *Un año en el hospital de San Lázaro*, y quizá el único rasgo común sea su filiación romántica y el parecido entre dos enigmáticos personajes: Rugiero y el Dr. Moore. El Dr. Moore no posee las cualidades del diablo –aunque él mismo se hace llamar “ser maléfico”, “ángel malo”–, pero siempre lo vemos en la novela rodeado de un halo de misterio, ya sea en sus aventuras en el mar o en tierra (en *La cartera de Regino* o cuando se encuentra en Campeche o en la finca de Mr. Corroy, en Tabasco).

En *La cartera de Regino* se nos presenta como el italiano Genaro Chibrera, contramaestre de la *Invisible*, y profesor de idiomas, ciencias y humanidades. Más adelante, como cómplice de los piratas Juan Cruyés, alias *Caracortada*, y el otro Juan Cruyés, el hijo del amo Germán.

En la *Carta xxv*, cuando se encuentra muy avanzada la novela, nos dice:

–Mi historia... ¡ah! mi historia es muy triste y sembrada de miserias y desgracias. Algún día será revelada al mundo... ¡Aún no ha llegado el tiempo! Vuestra curiosidad debe ser extrema: ya lo comprendo bien; pero limitaos a saber lo que únicamente me es dado comunicar a otros.

¹⁸ *Copia de documentos personales*; Martínez Alomía, 1906, 166; Abreu Gómez, 1934, 94.

Agrega que no es alemán, ni italiano, ni inglés o americano como se ha creído, sino griego; que ha sido educado por los monjes de Cophto e instruido en los grandes misterios del saber humano; que ha sido oráculo en Grecia, Illiria y todas las provincias del Asia Menor.

Delante de mí ha marchado el estandarte de las *tres colas*; una revolución se ha consumado en honor mío; a mi voz han enmudecido dos sultanes poderosos; y los bajaes se han prosternado hasta la tierra. Me he sentado en el *diván* y mis consejos han salvado, en Egipto, al que ha sido después el regulador de los destinos de la Europa y la encarnación viva de todas las glorias y recuerdos sublimes del pueblo francés. Mas, ya lo veis, he caído hasta el abismo, y caído sin esperanza.

Aclara también que si ha secundado las acciones de los jefes piratas ha sido porque se encontraba comprometido con ellos bajo juramento, pero que hoy que se encuentra libre está dispuesto a redimir su vida haciendo el bien. Y, en efecto, si él ha sido el raptor material de Frasquito cuando era niño, el hijo del amo Germán, ahora se convertirá en protector de éste; si antes se mantuvo indiferente o contribuyó a la degradación de Regino, ahora lo ha ayudado a huir de San Lázaro y a curarlo de la lepra; es más, está dispuesto a salvar a aquéllos que, como Antonio, el protagonista de la novela, ha sido víctima de sus aliados, pues también lo invita a huir de San Lázaro y someterse a su medicina; y la nota final nos confirma que consiguió sus deseos, pues se puede suponer que Regino, ya sano, luchó a su lado, en defensa de la independencia de Grecia, su patria.¹⁹

Por otra parte, a mediados del siglo XIX, en México se seguía cultivando la novela sentimental con frecuencia lacrimosa como la de Florencio M. del Castillo (1828-1863) o la de Fernando Orozco y Berra (1822-1851). Basta citar de Florencio M. del Castillo, *Dos horas en el hospital de San Andrés* [1847], *Amor y desgracia* (1849), *Hasta el cielo* (1849) o quizá su mejor novela, *Hermana de los ángeles* (1862), en la que se narra la historia de Rafaelita, una mujer que le entrega su vida sin condiciones a un ciego,

¹⁹ Al parecer se trata de un personaje común en la literatura del siglo XIX. Edward Bulwer-Lytton en *Zanoni, o el secreto de los inmortales*, novela publicada en 1842, presenta a un personaje de características semejantes, y como el Rugiero de Manuel Payno, obsequia un diamante (en Payno, un fístol) que tiene la cualidad de traer la mala suerte. (*Zanoni, o el secreto de los inmortales*, Madrid, Valdemar, 2001).

pero al ser traicionada, enferma del corazón; sin embargo, al borde de la muerte, no duda en otorgar su perdón:

Manuel se precipitó a los pies de la joven, que se enderezaba no queriendo dar crédito a sus sentidos; y el ciego, no hallando palabras con qué expresar todo lo que tenía en el corazón, estrechaba las rodillas de Rafaelita y balbuceaba:

—¡Perdón, perdón!

¡Aquél fue un momento sublime! Uno de esos instantes que se concibe, pero que no se puede describir.

Rafaelita no pudo articular tampoco una palabra. La emoción rompió las últimas fibras de su corazón. [...]

¡Así lo sintió ella, e inundado de luz su rostro, coronada su frente con la aureola de la felicidad, se puso la mano izquierda sobre el corazón, que latía con las últimas convulsiones de la vida, y levantó la derecha hacia el cielo...!

Manuel lo comprendió todo, y gritaba desolado arrancándose los pocos cabellos que habían quedado sobre su frente:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! no me la quites ahora, porque, ¿qué va a ser de mí?

Rafaelita cayó sin fuerzas sobre su cama, y el ciego ebrio de dolor, se arrodilló junto a la joven contemplando su dulce y apacible agonía...²⁰

La guerra de 30 años de Fernando Orozco y Berra es una historia que “De todo tiene, principalmente de amor: de amor mezclado con el desaliento y la tristeza”,²¹ en la que Gabriel, su protagonista, a manera de diario, nos cuenta sus impresiones o, mejor dicho, su lucha durante treinta años con las mujeres. Toda ella narrada a la manera del autor: “En prosa y verso soy llorón, quejumbroso... y romántico, para no olvidar el epíteto vulgar.”²²

Un año en el hospital de San Lázaro también participa de ese romanticismo de lamentación, que caracteriza una gran parte de la literatura escrita en México a mediados del siglo XIX. Pero a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, con *Dos horas en el hospital de San Andrés* o con *Hermana de los ángeles*, no cae en la monotonía, pues si Antonio por una parte se queja una y otra vez del sufrimiento físico que implica su enfermedad —cuya descrip-

²⁰ Florencio M. del Castillo, *Obras completas*, prólogo de Luis G. Ortiz, México, Imprenta de la calle cerrada de Santa Teresa, 1872, 341-342.

²¹ Fernando Orozco y Berra, *La guerra de 30 años*, I, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1850, 6.

²² Fernando Orozco y Berra, *La guerra de 30 años*, II, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1850, 31.

ción física parece preludiar el naturalismo—, o de la injusticia que cometen las leyes de la sociedad condenándolo al ostracismo, por otra, las descripciones del paisaje (el ascenso a la Eminencia, una de las colinas a los alrededores de Campeche; la ciudad de Campeche vista desde el mar; el recorrido por el río Grijalva en el Estado de Tabasco, etc.), la descripción de un combate naval o el abordaje de los piratas, pero sobre todo la presencia de la realidad histórica (la tierra y la historia campechana durante la primera mitad del siglo XIX), que sirve de trasfondo a los principales acontecimientos de la novela, hacen su lectura interesante, amena y variada.

3. RELIGIÓN Y PIRATERÍA EN *UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO*

Si hubiera necesidad de afiliar a Justo Sierra O'Reilly dentro de las grandes corrientes del pensamiento mexicano del siglo XIX, sin mayores objeciones habría que incluirlo dentro de un liberalismo moderado, y, en cuanto a religión, dentro de un catolicismo ortodoxo como puede atestiguarlo con su biografía y con la lectura de cualquiera de sus obras. Ingresó al Seminario Conciliar de San Ildefonso en la ciudad de Mérida; estudió teología; y finalmente obtuvo el título de Bachiller en Cánones en el Seminario Tridentino, bajo la dirección del Dr. Domingo López Somoza, uno de los españoles exiliados a causa del gobierno absolutista de Fernando VII. Se ocupó además de estudiar la vida de todos los obispos de Yucatán desde Fray Francisco de Toral hasta Fray Mateo de Zamora y Pénagos, pasando, entre otros, por Fr. Diego de Landa, el Dr. Marcos Torres de Rueda, el Dr. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor, el Dr. Juan Ignacio de Castorena y Urzúa, el Dr. Luis Piña y Mazo y el Dr. Pedro Agustín de Estévez. Respecto a su catolicismo es muy significativa la declaración que hizo, cuando publicaba *La hija del judío*, en un artículo aparecido en *El Fénix*, el 5 de abril de 1849, titulado "El Jueves Santo", que debería leerse completo y del que sólo cito algunos fragmentos:

Jamás han dejado de ser muy gratas y tiernas mis emociones en el *jueves santo*, y no puedo evitar hablaros de ellas en tan solemne día. Trazáboas la negra historia del conde de Peñalva en el *folletín* de mi periódico; pero he debido suspender esta laboriosa tarea y dejaros en suspenso, a trueque de no manchar, con odiosos recuerdos, los sublimes y augustos misterios del más bello día de la religión cristiana. Perdonad que os diga algo por mí mismo, en vez de reproducir los sentimientos tiernos, nobles y elevados de Klopstock, Chateaubriand o Lamartine. ¡También mi corazón siente, mi espíritu comprende y mis potencias todas admiran, alaban y bendicen, por más que mi lenguaje sea tosco y poco agradable al objeto!

Desde que era muy niño, experimentaba un placer infinito, una suavísima delicia, cada vez que llegaba este majestuoso día. Yo no podía comprender entonces sus divinos misterios, sino de una manera vaga e indefinible. Pero si no estaba en aptitud de admirar los preceptos del Salvador y su moral profunda, la pompa, el fausto y la espléndida solemnidad con que la iglesia celebra esos misterios, herían de lleno mi tierna imaginación y hechizaban mi ánimo. El solo aparato es capaz de conmovier al más indiferente [...].

Cuando nuestra alma ha entendido, en fin, el admirable mecanismo de la grande obra de JESUCRISTO, ya no es solamente la imaginación la que se siente conmovida, como en los primeros años de la infancia; es el entendimiento que bendice y adora al fundador divino de doctrina tan sublime, como la que vemos repetida el jueves santo. ¡Doctrina estupenda, que ha resistido el embate de los siglos, a la indiferencia de la muchedumbre y a los sofismas de los filósofos de la tierra!

¿Qué es, pues, el cristianismo, y qué nos recuerda el jueves santo? ¡Oh! Miradlo bien. El maestro se abate hasta lavar los pies a los discípulos y con el ejemplo práctico establece esta nueva doctrina. “Un mandamiento nuevo os doy, y es que os améis los unos a los otros como yo os he amado.” ¿Habéis meditado en la sublimidad de este admirable precepto? Allí está la base del cristianismo, allí la misión de los discípulos de Jesús; y allí el poderoso baluarte contra el cual se han estrellado las armas enemigas. ¡Filósofos de la tierra, decid lo que os plazca! ¡Buscad, si podéis, principios de una moral más elevada en las doctrinas de Sócrates o Epicteto! Yo por mí os digo que el cristianismo es la religión de los pobres, de los desvalidos y de los que sufren alguna aflicción en el mundo. Jesucristo es el maestro del pueblo.²³

En *Un año en el hospital de San Lázaro* es innegable el espíritu cristiano que anima a Antonio, su protagonista, a sus amigos (Manuel y Melchor), al Dr. Frutos, al amo Germán e, incluso, a Regino, quien después de haber cometido innumerables fechorías y crímenes como pirata, a la mitad de su vida está dispuesto a emprender el camino del bien. Entresacar ejemplos de cada uno de ellos sobre su fe en la religión, su confianza en la Divina Providencia y, en general, sus máximas cristianas, no sería nada difícil, porque se encuentran a lo largo de todo el libro. Ciertamente, algunas veces dudan, pero después su fe se afirma cada vez más, tal como ha ocurrido con algunos de los grandes patriarcas del Cristianismo.

Antonio, al ser recluso en el hospital de San Lázaro, como se hacía con todos los leprosos, se rebela una y otra vez contra las leyes de la sociedad y no pocas veces culpa al destino de su suerte, pero finalmente termina por

²³ Justo Sierra O'Reilly, “El jueves santo”, en *El Fénix*, Campeche (5 de abril de 1849), núm. 32, 1-3.

seguir teniendo una infinita confianza en Dios. Incluso llega a bendecirlo porque cree que muchos hombres son los que Dios en su bondad infinita reserva para ser probados en el “crisol del infortunio” (*Carta XXIII*). Ya al iniciarse la novela, cuando se entera de que se encuentra *lazarino*, prurumpe en un exabrupto: “¿Dios implacable, formaste a la criatura para recrearte en sus tormentos? ¿Perezca el día en que vi la primera luz!” Pero don Pablo, su padre, le replica:

—¿Cómo es eso, hijo mío! [...] ¿Son dignas esas palabras horribles de un hijo mío, de un hijo educado en las máximas santas del cristianismo? ¿Piensas acaso, hijo infeliz, que los sufrimientos, que la angustia y el dolor de tu padre, son inferiores a los que tú padeces? ¿No me ves resignado con la voluntad del Todopoderoso, y bendecirlo y adorarlo...? (*Carta I*).

Algo semejante ocurre cuando Antonio maldice a todos los piratas, y el amo Germán le contesta:

—Silencio, joven presuntuoso y temerario! [...] ¿Qué ha sufrido usted de la injusticia de los hombres para hablar con tal rabia y despecho de sus prójimos? Yo ¡infeliz de mí! víctima escogida para satisfacer delitos ajenos, ultrajado, humillado y envilecido, me resigno con mi suerte. (*Carta XXII*).

Antonio era un joven que vivía feliz al lado de sus padres y sus amigos; un joven virtuoso, cuyas aficiones eran la música y la lectura; tocaba la flauta y entre sus lecturas preferidas se encontraban las *Harmonies de la nature* de Bernardino de Saint-Pierre, cuyas obras estaban inspiradas en el virgiliano *miseris succurrere disco*, o bien en el *Evangelio en triunfo o historia de un filósofo desengañado* del peruano Pablo Antonio de Olavide, cuya alma “no se hubiera levantado —dice Menéndez Pelayo— sin un poderoso impulso de la gracia divina.”²⁴ Pero de pronto, cuando menos se lo esperaba, enferma de lepra y se ve arrastrado a una vida de infortunios en la que el sufrimiento físico y moral lo abisman en la desesperación y en el pesimismo. En estas circunstancias no es nada extraño que su espíritu dude entre el fatalismo y la fe del cristianismo. Finalmente, bien aconsejado con la palabra y con el

²⁴ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, II, Madrid, BAC, 1956, 706. Véase también el artículo titulado “Olavide” (*MY*, I, 388-391), que aunque aparece sin firma con toda seguridad es de Sierra O’Reilly.

ejemplo, recobra la confianza en la misericordia divina, y llega a sobreponer el amor al odio.

Pero quizá en este sentido, el personaje más representativo sea el amo Germán, un hombre bueno, justo e inocente, reencarnación de la figura de Job, que también parece ser escogido por Dios para ser templado en la desgracia. Él le brinda su amistad, su casa y su ayuda a un náufrago, quien finalmente le roba sus bienes, deshonra a su hija, causa la muerte de su esposa y sus pequeños hijos y le roba a Frasquito, el hijo mayor, a quien alecciona en el robo y el crimen. Pero cuando ese pirata, quien no es más que uno de los tantos Juan Cruyés, alias *Caracortada*, es recluido en San Lázaro y le pide perdón, Germán no se lo niega más que al principio, para concedérselo finalmente de una manera absoluta, incluso al grado de cuidarlo durante sus últimos instantes en su lecho de muerte.

No es pues nada aventurado afirmar que *Un año en el hospital de San Lázaro* es en muchos aspectos un libro con el que Sierra O'Reilly pretendió darle forma novelesca a algunos de los grandes principios del cristianismo e indirectamente decirle a sus lectores sobre si no estaban cometiendo una gran injusticia al recluir a los leprosos en un lazareto, cuando eso era lo mismo que sepultar a los enfermos vivos, según se lamenta el protagonista desde el inicio del relato:

Ya no hay padre, no hay familia, no hay amigos, no hay mundo para mí. Todo se ha acabado en un momento. Yo estoy *lazarino*, enteramente *lazarino*, leproso, proscrito de la sociedad, muerto civilmente. ¡Dios mío! ¡Muero, estando vivo aún! (*Carta I*).

Esta queja será otro de los *leitmotiv*, que adquirirá variadas expresiones, siempre *in crescendo*, incluso en las últimas páginas de la novela, cuando el narrador nos dice, través de las palabras del Dr. Moore y de Regino, el enfermo de lepra que ha logrado curarse, que el bacilo de Hansen era susceptible de ser erradicado, y sobre todo, a través de las palabras del autor, *José Turrisa*, cuando, en la nota final o epílogo de la novela, nos informa que Antonio “quedó enteramente curado de su dolencia”, pues “se halló en la toma desgraciada de Missolonghi en la Grecia, y a principios del año de 1837, vivía aún en la ciudad de Esmirna.”

Como resulta claro, Sierra O'Reilly, inmerso en las corrientes literarias de su tiempo, particularmente en las ideas de Bernardino de Saint-Pierre,

Chateaubriand y sobre todo en las de Pablo Antonio de Olavide, quiso darle forma artística a las máximas del cristianismo, pero aplicadas a una realidad cotidiana inmediata y ésta la encontró en los enfermos de lepra en Yucatán, a quienes, sin saber a ciencia cierta si la enfermedad era contagiosa, se les recluía de por vida en el hospital de San Lázaro.

La misión de la literatura contemporánea –había dicho Vicente Calero en las conclusiones de su ensayo “La novela, el teatro y el cristianismo”– debe marchar junto con las sabias doctrinas de la moral del Evangelio.²⁵ Y en el segundo artículo de las “Reflexiones sobre las diferentes escuelas históricas desde la antigüedad hasta nuestros días”, publicado en *El Registro Yucateco*, sin firma y por lo tanto atribuible a la redacción de la revista, se decía que la religión, como lo había pregonado Chateaubriand, debía acudir “con la dulzura de sus máximas y la persuasión evangélica a consolar al desgraciado en su hogar, y a combatir en la cátedra la moral pervertida y los principios errados de la falsa filosofía.”²⁶

Junto al tema del sentimiento de la piedad cristiana, corre a la par, pero ocupando un lugar secundario, el de los crímenes que cometían los piratas en el mar Caribe y en las costas de la península de Yucatán, pues la infamia de su conducta sólo sirve de contraste a las palabras y acciones de personajes como Antonio, el amo Germán y el doctor Frutos. Incluso sirve como un elemento más para poner de manifiesto la injusticia de las autoridades y de la sociedad, como dice Antonio en la *Carta XXIII*: Que se preocupa más por “arrojar de su seno a un pobre enfermo, que a un criminal cuya sola presencia es una amenaza constante contra la vida y seguridad de los individuos, y un escarnio a la moral pública.” El tema de la piratería en *Un año en el hospital de San Lázaro* no tiene la misma importancia que en *El filibustero* del mismo Sierra O’Reilly o en *El filibustero* de Eligio Ancona, novela en la que el protagonista es el capitán Bigotes o Barbillas, a quien Manuel cita en la *Carta XXIV* cuando traza un panorama de la piratería. Por otra parte, el punto de vista de Sierra O’Reilly y el de Eligio Ancona, res-

²⁵ Vicente Calero, “Literatura. Artículo III. La novela, el teatro y el cristianismo”, en *RY*, I, 241-247.

²⁶ “Reflexiones sobre las diferentes escuelas históricas desde la antigüedad hasta nuestros días”, en *RY*, II, 246.

pecto al pirata es completamente opuesto: de reprobación en el primero y de exaltación romántica en el segundo.

En *Un año en el hospital de San Lázaro* se describen algunos combates navales en donde los protagonistas son los piratas, como ocurre en *La cartera de Regino*, cuando la *Invisible* es atacada por un bergantín en las cercanías del estrecho de Gibraltar, cuando Frasquito aborda la nave en la que Regino viaja a América o cuando se encuentra el barco del capitán Frasquito frente al pailebot que dirige el amo Germán, frente a la isla de Cozumel. Nos encontramos también con algunos diálogos en los que los piratas hablan de sus fechorías o de sus incursiones por Campeche, la laguna de Términos, Walix (Belice) o los ríos de Tabasco, pero éstos no desempeñan una función central en la novela. Los piratas representan el espíritu del mal como se apunta varias veces a lo largo del relato (se emplean las palabras *Satanás*, *infernal*, etc.) y como ocurre de una manera simbólica al final del mismo, cuando el capitán Frasquito-Juan Cruyés, el tío Melitón y el capitán Sagarra reciben su castigo: “Aquellos tres hombres, cuyos cuerpos se revestían de formas *infernales* al brillo de la linterna, fueron arrastrados inevitablemente hacia aquel *abismo*...” Ellos y sus mujeres son simplemente, como apunta Celia Rosado Avilés, los portadores de la lepra; y en el caso de Juan Cruyés, éste “corrompe todo lo que toca y disfruta con esa acción”.²⁷ Sin embargo, el narrador no les niega a todos la posibilidad de salvación, también sobre ellos vela la Divina Providencia, ya que son capaces, dentro de la concepción cristiana, de arrepentirse y redimirse como ocurre con el doctor Moore y Regino.

²⁷ Celia Esperanza del Socorro Rosado Avilés, *El Registro Yucateco: canon y propuesta de la literatura yucateca*, tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1999, 188.

4. LA HISTORIA COMO TRASFONDO EN *UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO*

José María Lafragua, contemporáneo de Sierra O'Reilly, decía en su ensayo "Carácter y objeto de la literatura", después de hacer algunas consideraciones sobre las obras escritas en México, antes y después de la independencia, que la literatura actual se iniciaba a partir de 1836, esto es, a partir de la fundación de la Academia de Letrán.²⁸ Y Luis de la Rosa en la "Utilidad de la literatura en México", refiriéndose también a la fundación de la literatura nacional, consideraba como una condición esencial para el surgimiento de ésta, la independencia de España:

Bajo el gobierno colonial, los mexicanos no tenían patria; eran como extranjeros y estaban como desterrados en su propio país; los poetas podían, pues, decir con propiedad lo que los israelitas en Babilonia: *Quomodo cantabimus in terra aliena?*²⁹

Un escritor como Sierra O'Reilly, de una innegable trayectoria liberal, no podía ser ajeno a estas ideas y a lo largo de toda su vida siempre propició una literatura íntimamente ligada a su tierra, esto es, a la península yucateca y al planteamiento y propuestas de solución de los problemas sociales, económicos y culturales que impedían su progreso. En un artículo titulado "A los yucatecos" decía:

Cuando concebimos la idea de publicar el *Museo*, una de las miras fue arrancar del olvido, si cabe decirlo así, muchas páginas brillantes de nuestra historia. En efecto: Yucatán tan poco conocido de los extranjeros, tan insignificante en concepto de muchos, tan poco civilizado, sin riquezas, sin elementos de prosperidad, con un suelo

²⁸ *Apud* Jorge Ruedas de la Serna (rec.), *La misión del escritor*, México, UNAM, 1996, 75.

²⁹ *Ibid.*, 98.

estéril, árido, sin un río y medio salvaje por último, no era ciertamente digno de llamar la atención de otros pueblos. Sin embargo, semejante juicio no puede ser resultado, sino de la ignorancia, de la malicia o de la mala fe.³⁰

A la difusión de la historia yucateca, en sus etapas prehispánica, colonial y actual, le dedicó *El Museo Yucateco* (1841-1842) y *El Registro Yucateco* (1845-1849); a la exposición y discusión de la problemática social, la mayoría de los artículos que publicó en *El Fénix* (1848-1851) y *El Partido liberal* (1855-1857). Y en lo que respecta a sus obras estrictamente literarias, podemos afirmar que *La hija del judío* es una obra en la que desempeña un papel central la historia de Yucatán, particularmente de Mérida; y en *Un año en el hospital de San Lázaro*, la problemática social de los enfermos que tenían que ser enclaustrados en el hospital de San Lázaro, en Campeche. Aunque ciertamente *Un año en el hospital de San Lázaro* contiene innumerables referencias al pasado y presente de Campeche, así como a su geografía y a su paisaje.

La acción de la novela transcurre en el año de 1824, año crucial en la península yucateca, porque en él tienen origen algunos sucesos que han marcado su historia.

Antonio en la *Carta VI*, fechada el 22 de febrero de 1824, le escribe a su amigo Manuel que dos noches antes había sospechado que algo extraño ocurría en la ciudad, pues se escuchaba el repicar de campanas, las voces exaltadas de la gente en los corrillos y el paso de algunos *dragones* con dirección al pueblo de Lerma; pero que los acontecimientos ocurridos en Mérida, en agosto de 1814, que “tengo bien impresos en la memoria”, y los de octubre de 1820, le habían causado una fuerte aversión a tal clase de negocios.³¹ Más tarde se entera por el amo Germán todo lo que había ocurrido el 15 y el 20 de febrero:

Así supe que todos los empleados españoles habían sido depuestos; que se había pedido la declaración formal de la guerra a España, cuya medida habían diferido las autoridades superiores de la capital; que el comandante de las armas había venido, casi solo, desde Mérida, a intervenir en aquel suceso, procurando cortarlo; que en Campeche había sido mal recibido, y que, con motivo de su presencia, había estallado en la plaza

³⁰ Justo Sierra O'Reilly, “A los yucatecos”, *MY*, I, 95.

³¹ Véase la nota 4 de la *Carta VI*.

la conmoción del día 20 por la noche, que terminó con la salida de ese jefe, quien se retiró muy indignado, y resuelto a emplear las armas, para cortar el progreso del movimiento del día 15.

Todo esto genera la incursión de la *Columna volante de la Unión*, al mando del coronel don José Segundo Carvajal, quien se estableció con su ejército en el barrio de Santa Ana, a extramuros de la ciudad; y la presencia de don Antonio López de Santa Anna, quien se trasladó a Campeche, entre otras razones, con la finalidad de solucionar las diferencias surgidas entre Mérida y Campeche.

En la *Carta XII*, del 22 de mayo, Antonio le escribe a Manuel que se encuentra sumamente preocupado por la desaparición del amo Germán:

No recibimos más noticia, sino que se le había visto cruzar la plazuela de San Román, y dirigirse a la ciudad por la zapata de San Carlos, en el momento en que este baluarte hacía una salva de artillería saludando al general Santa Anna, que desembarcaba en el muelle con el título de comandante general de las armas de Yucatán. Esto ocurría el 17 por la tarde.

Esta anarquía que vive la península de Yucatán y, en general el país, le hace añorar la presencia de don Agustín de Iturbide y exclamar: “Soy un proscrito: no tengo derecho de hablar; pero, ¿quién puede impedirme creer que el soldado ilustre, que hoy está desterrado en Italia, es el único capaz de librar a la nación de un funesto escollo?”. (*Carta VI*).

Pero no sólo los grandes acontecimientos de la historia local se encuentran en su trasfondo, sino también algunos personajes están tomados de la realidad inmediata, como el Dr. Alejo Dancourt; el cura de Temax, don Manuel Jiménez, profesor de gramática latina de Antonio; los hermanos Camacho, Leandro José y José María, anticuarios y arqueólogos, residentes en Campeche, además suscriptores de *El Registro Yucateco*; el Dr. Juan Antonio Frutos; etc., sobre quienes Sierra O'Reilly se ocupó de ellos en otras obras.

En cuanto a Frasquito, el hijo del amo Germán, alias Juan Cruyés, parece ser un personaje ficticio, imagen en muchos aspectos de los filibusteros del siglo XIX; pero su nombre –utilizado además por otros piratas para ocultar su verdadera personalidad, como se explica en la novela–, lo tomó Sierra O'Reilly de un personaje histórico del que da noticia en el

“Calendario civil y religioso” de *El Fénix*: El 10 de diciembre de 1661 “siendo gobernador y capitán general de la provincia el maestre de campo Frey D. José Campero, desembarcó en Sisal un famoso pirata o filibustero llamado Juan Cruyés, e incendió la vigía llevándose prisioneros a seis hombres que la custodiaban.”³² Eduardo Aznar, por su parte, recoge la leyenda, que sitúa hacia 1772, de un tesoro enterrado en el Morro de Ceibaplaya por un pirata llamado Juan Cruyés, quien, víctima de la lepra, es recluido por las autoridades de Campeche en el hospital de San Lázaro. Leyenda que bien pudo haber conocido Sierra O’Reilly y que explicaría algunos aspectos de este personaje.³³

Respecto al paisaje urbano de Campeche, están presentes sus iglesias, paseos, fortificaciones; lo mismo ocurre respecto a su bahía y sus montañas. Poética es la descripción de la ciudad desde la cima de la Eminencia, cuando a ella suben Antonio y el amo Germán (*Carta VII*); o desde el mar, cuando Manuel se acerca a ella, después de haber partido de Sisal. (*Carta XIX*).

Todo está descrito con una gran delectación, pues como recordaba Luis de la Rosa: “no hay hombre que no ame con pasión el país en que ha nacido, ni hay país que se presente a nuestra imaginación más adornado de bellezas que aquel cuyo cielo vimos al nacer, y a cuya tierra saludaba uno con la sonrisa del amor cuando era niño.”³⁴ Y Sierra O’Reilly demostró su amor a Mérida, en *La hija del judío*; y a Campeche, en *Un año en el hospital de San Lázaro*.

Con todo, no puede considerarse *Un año en el hospital de San Lázaro* como una novela histórica, entre otras razones, porque la mayoría de los acontecimientos históricos que se narran y se describen son contemporáneos, incluso coetáneos a la vida de Sierra O’Reilly, tal como ocurre con la *Carta XXIV*, fechada en Villahermosa, el 9 de octubre de 1824, en la que Manuel le cuenta a Antonio su viaje a la Laguna y su estancia en Tabasco, y que coincide exactamente con el viaje que hizo Sierra O’Reilly a Campe-

³² *El Fénix*, Campeche, 5 de diciembre de 1848, núm. 8, 4.

³³ Eduardo Aznar D., “El último Juan Cruyés”, en *Esquinas de Mérida y otras leyendas*, México, INJUMEX, 1955, 43-51.

³⁴ *Apud* Jorge Ruedas de la Serna (rec.), *La misión del escritor*, México, UNAM, 1996, 100.

che, en compañía, entre otros, de su maestro el español Domingo López de Somoza, y su estancia en Tabasco entre finales de 1825 y 1828. No existe, pues, el distanciamiento entre el autor y los acontecimientos narrados. Se trata más bien de una novela social y psicológica, en la que un joven se queja de la injusticia que comete la sociedad al recluirlo por la fuerza en un hospital; pero, según se va viendo a lo largo de la narración, va superando poco a poco su pesimismo y la concepción fatalista de la vida.

5. ESTRUCTURA DE *UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO*

Sobre la estructura de *Un año en el hospital de San Lázaro* se han dado las más encontradas opiniones. Francisco Pimentel en sus “Novelistas y oradores mexicanos” dice que el “enredo de la novela [...] no es complicado, ni muy variadas las situaciones ni los acontecimientos.”³⁵ Ralph Warner afirma que *Un año en el hospital de San Lázaro* desarrolla las “impresiones dolorosas” de Antonio, “encerrado en el hospital” de San Lázaro, “combinadas con las aventuras” del pirata Juan Cruyés, pero que la “novela no la lleva a su fin definitivo ni uno ni otro tema”.³⁶ Emmanuel Carballo es todavía más tajante, pues para él *Un año en el hospital de San Lázaro* es una novela “difusa en cuanto a la estructura y confusa en lo que respecta a la historia que narra.”³⁷ Veamos con más detenimiento el asunto.

La historia de *Un año en el hospital de San Lázaro* transcurre fundamentalmente en la ciudad de Campeche: Antonio vive en Mérida feliz y tranquilamente, al lado de su padre, don Pablo, y de sus amigos, Manuel y Melchor. Sus distracciones son la lectura, la música y el estudio de la naturaleza. Pero esta tranquilidad se ve interrumpida cuando conoce a un “joven español”, a quien pronto se le unen su esposa y su cuñada. La amistad se hace cada vez más íntima entre ellos, incluso al grado que se deja seducir por Juanita, la hermana de la supuesta esposa. Un día se dirige en busca de ellos y se encuentra con la novedad que han desaparecido; pero una vecina le entrega un recado en el que el “joven español” se identifica

³⁵ Francisco Pimentel, *Obras completas*, v, México, Tipografía Económica, 1904, 319.

³⁶ Ralph Warner, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Robredo, 1953, 17.

³⁷ Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1991, 54.

como el pirata Juan Cruyés, quien se ha aprovechado de su ingenuidad y de su dinero, y quien termina por advertirle que todavía no es “capaz de comprender el mal que se ha hecho.” Al cabo de poco tiempo empiezan a aparecer en su cuerpo los síntomas de la lepra o de un “gálico mal curado”.

En tales circunstancias y después de una corta estancia en una de las haciendas de su padre, no le queda otra alternativa, conforme a las reglas sanitarias de la península yucateca, más que marchar a Campeche e ingresar en el hospital de San Lázaro. La reclusión en este hospital le parece un castigo injusto porque equivale, como repetirá varias veces a lo largo de la novela, a ser enterrado vivo y a permanecer “muerto civilmente”, esto es, alejado de su familia, y sin ningún derecho dentro de la sociedad.

En San Lázaro recibe las atenciones del doctor Frutos, del capellán y sobre todo del amo Germán, un viejo marinero español, a quien las circunstancias lo han obligado a trabajar como sepulturero. Tiene apenas cerca de quince días en San Lázaro cuando conoce a Regino, otro joven español, natural de Chiclana, en los alrededores de Cádiz, quien también se encuentra lazarino. Antonio le brinda su amistad y Regino a cambio le cuenta parte de su vida y le hace entrega de sus *memorias* (*La cartera de Regino*), en las que narra su vida desde su infancia hasta que llega a Campeche, dando noticia de sus padres, de la lucha que se libraba en España contra los invasores franceses, de su reclusión en una casa de dementes, pero sobre todo de su encuentro con el capitán Frasquito (quien no es otro que Juan Cruyés), y cómo éste lo alecciona en la escuela del mal hasta convertirlo en un pirata a bordo de la *Invisible*. En la *Invisible* conoce al contra maestre Genaro Chiabrera (el futuro Dr. Edward Moore), y en casa de doña Esperanza, la amante de Frasquito, a Refugio y Carlota: “¡Mujeres funestas, que después han ejercido en mi vida tan fatal influjo!”

Sin embargo, la amistad entre ambos va deteriorándose y parece romperse de una manera definitiva cuando Regino huye del hospital de San Lázaro con un personaje misterioso, el Dr. Edward Moore, quien días antes al encontrarse con Antonio frente al castillo de San Fernando le asegura que la enfermedad que padece no es lepra, y que en todo caso era susceptible de curación. Esta noticia parece confirmársela el Dr. Frutos cuando observa en él “una mejoría notable”. (*Carta XIV*). Pero la huida de Regino y la reaparición de Juan Cruyés en Campeche le causa una nueva crisis que

lo vuelve a postrar en el lecho. “Su delirio –le escribe el Dr. Frutos a Manuel– ya es espantoso: habla de unas mujerzuelas que lo han perdido [...]; maldice a un perverso que le ha engañado; habla con ternura de Regino e invoca sin cesar el auxilio de Germán el sepulturero, que ya está a su lado, pero que no ha podido reconocer.” (*Carta XVIII*). Entonces ante la gravedad de Antonio, Manuel se traslada a Campeche y al entrevistarse con él saca en conclusión que

¡Sospecha que no está leproso! Y así al verse encerrado en el hospital de San Lázaro, condenado a un perpetuo destierro, muerto civilmente y reducido a alternar con otros infelices cuyo solo aspecto infunde horror, juzga que se ha cometido contra él un acto premeditado de la más atroz injusticia y se cree con derecho a maldecir de la sociedad y de la tiranía que impunemente ejerce, porque se encuentra apoyada en la fuerza. (*Carta XX*).

Manuel busca a Juan Cruyés y lo encuentra en una recepción que le ofrece la sociedad campechana, pues ahora se hace pasar como cónsul de Colombia, y aun tiene la audacia de mentir, pues dice que ha participado en la independencia de las colonias sudamericanas al lado de Simón Bolívar.

Antonio, por su parte, la madrugada del 15 de septiembre, un día después de la fiesta de San Román, asiste oculto a las orillas del mar a una conversación entre Juan Cruyés y varios contrabandistas que discuten sobre la dificultad de desembarcar las mercancías robadas en las playas de Campeche, por lo que deciden hacerlo en Tabasco, en las cercanías de Villahermosa. En el trayecto Manuel vuelve a encontrarse con Juan Cruyés y, más adelante, en la finca del Dr. Corroy, con el Dr. Moore en compañía del amo Germán. El Dr. Moore aclara varias incógnitas sobre su personalidad y le entrega a Manuel una carta de Regino para Antonio. En esa carta, fechada en Kingston, Jamaica, el 8 de septiembre de 1824, Regino le cuenta que ha recobrado la salud, gracias al régimen que le prescribió el Dr. Moore:

No encuentro ya –le escribe– en mí ninguno de aquellos horribles signos que me aterran. Confíe usted ciegamente, amigo mío, en la sublime ciencia de este hombre singular, y sobre todo en la nobleza y generosidad de su corazón. Deje usted a San Lázaro, Antonio mío, y venga a buscar salud y vida. ¡Ah! Eso de allí es horrible y capaz de volver el juicio al hombre más resignado. Venga usted y después de curarse, consagremos el resto de nuestra vida a las más nobles y meritorias acciones ante Dios y la sociedad. (*Carta XXVI*).

Al final de la carta, en una nota aparte, el Dr. Moore invita a Antonio a abandonar el hospital de San Lázaro y lo cita el domingo 2 de enero de 1825, a las diez de la noche, en la playa sotavento de Lerma.

Antonio le comunica a Manuel que ha decidido fugarse de San Lázaro y acudir a la cita que le ha dado el Dr. Moore. Ya en Lerma, antes de embarcarse, el Dr. Moore, el amo Germán, Antonio y Manuel, escuchan varios gritos de socorro de tres náufragos que, como hemos visto, no son otros que Juan Cruyés y dos piratas, a quienes sorprendió la tempestad cuando se dirigían a San Lázaro para liberar a las amantes del primero –Paulina y Juanita, la supuesta esposa y cuñada de Juan Cruyés; esto es, las hermanas Refugio y Clemencia de las *memorias* de Regino–, que acababan de ser recluidas en San Lázaro.

Sus gritos e imprecaciones... su lucha tenía algo de infernal y superior a toda descripción. [...]. Aquellos tres cuerpos fueron estrellados en una masa confusa contra las puntas de las rocas... la resaca volvía a llevarlos hasta cierta distancia... los impelía de nuevo... hasta que llegó a confundirse todo en un montón de carne, sangre y huesos destruidos... ¡Cielo santo, qué espectáculo! (*Carta XXX*).

Un año en el hospital de San Lázaro es una novela epistolar, cuya estrategia narrativa responde en general a las técnicas narrativas de la novela por entregas y de folletín. Consta de treinta cartas, precedidas por dos textos firmados por *José Turrisa*, uno de los pseudónimos de Justo Sierra O'Reilly, que funcionan como prólogo y epílogo. En el primero, según hemos visto, narra cómo se enteró de “una triste historia”, que le sirvió como punto de partida para la composición de la novela. En el segundo, que se reduce a una simple “Nota”, aclara que *Un año en el hospital de San Lázaro* no es más que una parte de una obra más extensa que tendrá por título *Los filibusteros del siglo XIX*, y que, a pesar de que puede afectar el interés de la novela, al adelantar noticias sobre la vida de sus personajes, nos informa que Antonio “quedó enteramente curado de su dolencia”, que “se halló en la toma desgraciada de Missolonghi en la Grecia” y que “a principios del año de 1837, vivía aún en la ciudad de Esmirna.” Noticias que no hacen más que verificar las palabras del Dr. Moore cuando en la *Carta XXX*, al darle la bienvenida, le dice que abriga la esperanza de que una vez que se haya curado completamente de su dolencia pueda luchar con él en pro de la independencia de Grecia.

La primera de las treinta cartas está fechada en Mérida, el 9 de diciembre de 1823, y la última en Campeche, el 4 de enero de 1825. La acción comprende, pues, trece meses, pero si tenemos en cuenta que los sucesos de las tres primeras cartas transcurren en Mérida y que la *Carta IV* fue escrita en Campeche, el 17 de enero de 1825, y que narra la estancia de Antonio en San Lázaro desde que abandonó Mérida, el 30 de diciembre, veremos que el título de la novela corresponde exactamente al tiempo y lugar en los que transcurre la acción: *Un año en el hospital de San Lázaro*.

Las primeras cartas, particularmente las fechadas en Mérida, exponen sucintamente el motivo central de la novela: la ausencia de caridad cristiana en una sociedad que condena sin miramientos al enfermo a una muerte “civil”. Las últimas, sobre todo a partir de la *Carta XXVI*, demuestran que la lepra, la enfermedad por la cual es expulsado Antonio de la sociedad, es susceptible de curación. Y en medio del planteamiento inicial y de la conclusión, las cartas que desarrollan gradualmente la aversión que experimenta la sociedad por los enfermos que padecen el mal de San Lázaro,³⁸ y en contrapartida, el lamento, siempre *in crescendo* sobre lo que él considera una injusticia, o bien la rehabilitación de su salud. Esta última parece alcanzar su clímax en la *Carta XIV*, cuando el Dr. Frutos habla de “una mejoría notable”, y más adelante, en la *Carta XV*, cuando le ratifica a don Pablo, padre de Antonio, que “ha mejorado tan considerablemente”, que parece “otro hombre”. Pero, después de la *Carta XVI*, en la que Manuel le solicita al Dr. Frutos que no les niegue ningún informe sobre la salud de Antonio, nos encontramos con que el capellán de San Lázaro le suplica al Dr. Frutos que acuda inmediatamente a ver a Antonio, ya que se ha agravado su enfermedad y padece fuertes fiebres y alucinaciones. ¿Qué ha sucedido? –podemos preguntarnos– precisamente en el momento en el que Antonio había alcanzado “una mejoría notable”. La respuesta se encuentra en las cartas inmediatamente, cuando se nos dice que el capellán sospecha que “algún extraño suceso, diverso del de la fuga infame de su desleal amigo Regino, alguna aventura singular de muy odioso carácter, era el funesto

³⁸ Véase sobre todo el rechazo de que es objeto Antonio por el pescador que salva de ser ahogado o por el mendigo que lava con una piedra, junto al mar, la moneda que ha recibido de él como limosna. (*Carta V*).

origen de aquella fiebre que le había puesto a la orilla del sepulcro” (*Carta XIX*), y ya no hay duda cuando Antonio le confiesa a Manuel que los primeros días de julio ha vuelto a ver a Juan Cruyés y a sus dos mancebas, los causantes de todas sus desgracias (*Carta XIX*). La novela alcanza, pues, su clímax en las cartas centrales y en lo que respecta al tiempo, seis meses después de iniciada y seis meses antes de que se termine.

Esta estructura simétrica parece romperse con la inclusión de *La cartera de Regino*, entre las cartas IX y X, esto es, entre el 1° de marzo y el 17 de abril de 1824. Pero su inclusión está perfectamente justificada en la secuencia del relato. Regino le facilita a Antonio sus *memorias* para justificarse cómo, después de haber sido un niño ingenuo e inocente, se ha convertido en un pirata. Y una vez leídas, Antonio se las envía a Manuel, quien comparte su lectura con nosotros como lectores, pues conviene que también estemos enterados de la vida de Regino y podamos establecer una serie de correspondencias con los acontecimientos expuestos en las cartas: el doctor Moore no es otro que el maestro de la *Invisible*, Genaro Chiabrera (*La cartera de Regino. Primera Parte y Segunda Parte*); Refugio y Clemencia no son otras más que las amantes de Frasquito-Juan Cruyés, más tarde, según la secuencia temporal de la historia, Paulina y Juanita (*La cartera de Regino. Tercera Parte*); Juan Cruyés no es otro que el capitán Frasquito, hijo de nuestro amo Germán, con quien se encuentra frente a la isla de Cozumel (*La cartera de Regino. Cuarta Parte*). Estas simetrías nos permiten observar el paralelismo que el narrador establece entre Antonio y Regino: ambos son de la misma edad (Antonio había nacido en 1801; Regino, en 1804); ambos eran niños o jóvenes inexpertos en la vida, antes de conocer a Frasquito-Juan Cruyés; a ambos los seduce la falsa amistad del pirata; ambos contraen la lepra o la sífilis a través de sus relaciones amorosas: Antonio con Juanita, Regino con Refugio; ambos son reclusos por la fuerza en San Lázaro, y ambos consideran esta reclusión como una injusticia y como una falta de caridad cristiana en la sociedad; ambos finalmente recobran la salud bajo los cuidados del doctor Moore; y podríamos suponer que la vida de ambos iba a ser objeto de un desarrollo posterior en *Los filibusteros del siglo XIX*.

Ralph Warner afirmaba que *Un año en el hospital de San Lázaro* desarrolla “combinadas”, las “impresiones dolorosas” de Antonio, “encerrado en el hospital” de San Lázaro,” y las “aventuras” del “pirata Juan Cruyés”, pero

que la novela no desarrollaba ninguna de las dos hasta “su fin definitivo”. Sin embargo hemos visto que las “impresiones dolorosas” del protagonista parecen resolverse cuando decide abandonar su encierro en San Lázaro, seguir el ejemplo de Regino y ponerse en las manos del Dr. Moore, y la prueba más concluyente nos la da, si es que consideramos la *Nota* final como epílogo y por lo tanto como parte integrante de la novela, cuando se nos da noticia de un Antonio sano y salvo que se encuentra en la toma infausta de Missolonghi y que a principios de 1837 vivía aún en el puerto de Esmirna, esto es, doce años después del 2 de enero de 1825, año en que termina la novela. Por otra parte, el Dr. Moore cuando Antonio acude a la cita que le ha hecho en Lerma, prefigura su futuro, en una prolepsis, recurso muy frecuente en la novela.

—Tengo todavía esperanza de que, curado usted perfectamente de su dolencia, lucharemos juntos por una de las causas más nobles y gloriosas, que haya sostenido jamás un pueblo heroico. El grito de la independencia griega ha resonado de montaña en montaña, desde la Albania al cabo San Ángel, desde el golfo de Salonia hasta la isla de Candía y...

(*Carta XXX y última*).

En cuanto a la apreciación de Francisco Pimentel, el primero que se atrevió a incluir *Un año en el hospital de San Lázaro* en una historia de la novela mexicana, habrá que concluir que si bien es cierto que en sus líneas generales su “enredo[...] no es complicado”, como novela en la que desempeña una función central la técnica del suspenso, nos encontramos una serie de incógnitas que se van resolviendo paulatinamente; tal es el caso, entre otras, del nombre de Juan Cruyés, que tiene a Antonio confundido (cartas X, XII, XXIII) y que se resuelve completamente en la *Carta XXIX* cuando Manuel, después de haber escuchado la conversación que tiene Juan Cruyés (Frasquito) y el capitán Sagarra, en Santa María de la Victoria, un pueblo en las cercanías de la barra del Grijalva, escribe:

Desde que el capitán Sagarra habló de un Juan Cruyés *sexto*, quedé algo confuso; mas ahora que tan terminantemente brindaba en obsequio de un Cruyés *decimoquinto*, todo el misterio quedaba disipado. Nombre simbólico y convencional, desde luego ese nombre se daría al capitán o director de alguna cuadrilla de antiguos piratas, que han ido sucediéndose sin interrupción. De esto hay muchos ejemplares en América; y una investigación sobre un hecho tan importante, daría una luz decisiva sobre la historia horrible y misteriosa de la piratería. (*Carta XXIV*).

O cómo se va develando lentamente el misterio de que Frasquito-Juan Cruyés es hijo del amo Germán, a quien hacia 1807 había raptado del barrio de San Román, en Campeche Genaro Chiabrera, por órdenes de Juan Cruyés *Caracortada (La cartera de Regino. Segunda Parte; cartas X, XI y XXV)*.

¿Es, pues, *Un año en el hospital de San Lázaro* una novela, “difusa en cuanto a la estructura” y “confusa en lo que respecta a la historia que narra”? Creo que ya estamos en condiciones de tener una respuesta. En cuanto a su estructura ya hemos apuntado: el planteamiento de su tema central, desarrollo y desenlace; además de la distribución de su materia narrativa en treinta cartas y las simetrías que existen entre la vida de Antonio y la de Regino. En lo que respecta a su historia, quizá haya que aceptar que su lectura exige una gran atención por parte del lector, quien tiene que ir atando los cabos que se van dejando aparentemente sueltos a lo largo de la narración y vaya estableciendo la secuencia cronológica de sus principales acontecimientos.

6. BIBLIOHEMEROGRAFÍA DE JUSTO SIERRA O' REILLY
A PROPÓSITO DE *UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO*

OBRAS

- SIERRA O'REILLY, JUSTO, *El filibustero, leyenda del siglo XVII*, en *El Museo Yucateco*, t. I, Campeche, Impreso por José María Peralta, 1841, Primera parte, pp. 187-193; Segunda parte, pp. 235-240; Tercera parte, pp. 310-317.
- , “Dr. Juan Antonio Frutos”, en *El Registro Yucateco*, t. III, Mérida, 1846, pp. 106-110.
- , “Hospital de San Lázaro”, en *El Fénix*, Campeche (20 de septiembre de 1849), núm. 65, p. 4.
- , *La hija del judío*, en *El Fénix*, Campeche, noviembre de 1848-diciembre de 1849. Firmada por *José Turrisa*, anagrama del autor.
- , *La hija del judío. Novela yucateca*, “Dos palabras” por Crescencio Carrillo y Ancona, Mérida, Imprenta del Comercio a cargo de J. G. Corrales, 1874, 728 pp.
- , “Campeche”, en *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía*, VIII, México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1855, pp. 475-479. Véase también en *El Reproductor Campechano*, Campeche, año I, julio-agosto de 1944, vol. 3, pp. 165-174.
- , *Viaje a Yucatán a fines de 1811 y principios de 1842...* traducción de la obra que con el título de *Incidents of Travel in Yucatan* escribió en inglés John L. Stephens, Campeche, t. I, 1848; t. II, 1850.
- , *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, tomos I y II, Campeche, Gregorio Buenfil, 1850; tomos III y IV, Campeche, Pedro Méndez Echazarreta, 1851; *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, Edición y estudio

- preliminar de Manuel Sol, México, UNAM, 2012. (De ida y regreso al Siglo XIX).
- , *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos (La pretendida anexión de Yucatán)*, prólogo y notas de Héctor Pérez Martínez, México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1938, 126 pp. + ils. (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, núm. 12).
- , *Lecciones de derecho marítimo internacional*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1854-1856.
- , “Informe que el agente del ministerio de fomento de Campeche (Justo Sierra), dio en su fecha al Excmo. Sr. Ministro del ramo sobre el bajo de los Alacranes”, en *La Unión Liberal* (Campeche, 4 de abril de 1856), p. 1-3.
- , “Segundo informe que el agente del ministerio de fomento en Campeche (Justo Sierra), dio en su fecha al Excmo. Sr. Ministro del ramo sobre el bajo de los Alacranes”, en *La Unión Liberal* (Campeche, 8 de abril de 1856), p. 1-2.
- , *Los indios de Yucatán. Consideraciones sobre el origen, causas y tendencias de la sublevación de los indígenas, sus probables resultados y su posible remedio*, 2 vols., Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1994.
- , *Segundo libro del Diario de mi viaje a los Estados Unidos, La pretendida cesión de la Península de Yucatán a un gobierno extranjero*, prólogo y notas de Marte R. Gómez, México, D. F., Librería de Manuel Porrúa, 1953.
- , *Páginas escogidas de Justo Sierra O'Reilly*, prólogo y selección de Carlos J. Sierra, México, UNAM, 1960. (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 82).
- , “Apuntes familiares de don Justo Sierra [O'Reilly]. Continuidos en el año de 1861 por doña Concepción Méndez de Sierra, y después por Justo Sierra Méndez”, en Justo Sierra, *Obras Completas*, t. XIV, México, UNAM, 1984, pp. 11-15.
- , [*Fastos de la historia peninsular*] (Raúl Pavón Abreu, rec.), Universidad Autónoma de Campeche, 1995.
- , *La guerra de castas. Testimonios de Justo Sierra O'Reilly y Juan Suárez Navarro. Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos. Informe sobre las causas y carácter de los frecuentes cambios políticos ocurridos en el Estado de Yucatán*, México, CONACULTA, 2002.

- , “Un año en el hospital de San Lázaro”, en *El Registro Yucateco*, t. I, Mérida, Imprenta de Castillo y Compañía, (1845), pp. 10-29; 41-58; 98-115; 140-153; 180-193; 375-388; 427-443; 461-480. “Un año en el hospital de San Lázaro”, en *El Registro Yucateco*, t. II, Mérida, Imprenta de Castillo y Compañía, (1845), pp. 172-195; 219- 238; 300-317; 346-362. “Un año en el hospital de San Lázaro”, en *El Registro Yucateco*, t. III, Mérida, Imprenta de Castillo y Compañía, (1846), pp. 24-40; 332-352; 467-482. “Un año en el hospital de San Lázaro”, en *El Registro Yucateco*, t. IV, Mérida [Campeche], Imprenta de Castillo y Compañía, (1846-1849), pp. 64-79; 320-345; 381-400; 445-479.
- , *Un año en el hospital de San Lázaro*, en *Obras del doctor don Justo Sierra O’Reilly*, t. I, con una “Noticia biográfica del autor” por Francisco Sosa, México, Victoriano Agüeros, 1904, XIX + 422 pp.; tomo II, 1905, 276 pp. (Biblioteca de Autores Mexicanos, núms. 54 y 55).
- , *Un año en el hospital de San Lázaro*, en la *Revista Social*, Mérida (enero de 1945, núm. 133-junio de 1946, núm. 149).
- , *Un año en el hospital de San Lázaro*, 2 vols., Mérida, Biblioteca de la Revista Social [1946].
- , *Un año en el hospital de San Lázaro*, en *Las primeras novelas* [junto con *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi], “Presentación” y “Justo Sierra O’Reilly (1814-1861)” de José Emilio Pacheco, México, Promexa, 1985, pp. VI-VIII, 561-562, 563-849.
- , *Un año en el hospital de San Lázaro*, t. I, con “Una noticia biográfica del autor” por Francisco Sosa, pp. IX-XXIV; “Sierra O’Reilly y la novela” por Ermilo Abreu Gómez, pp. XXV-LX, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1997. T. I, LX + 397 pp.; t. II, 455 pp.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA INDIRECTA

- ABREU GÓMEZ, ERMILO, “Sierra O’Reilly y la novela”, en *Contemporáneos*, México (abril de 1931), núm. 35, pp. 39-73; y en *Clásicos, románticos, modernos*, México, Ediciones Botas, 1934, pp. 93-129.

- [ALCOCER BERNÉS, JOSE MANUEL], *Las iglesias coloniales del puerto de Campeche*, Universidad del Sudeste, 1986.
- AMICH, JULIÁN, *Diccionario marítimo*, Barcelona, Juventud, 2003.
- ÁLVAREZ SUÁREZ, FRANCISCO, *Anales históricos de Campeche*, vols. I y II, H. Ayuntamiento de Campeche, 1989-1991.
- ANCONA, ELIGIO, “La redacción” [Semblanza de Justo Sierra O’Reilly a propósito de su fallecimiento], en *El Constitucional*, Mérida (16 de enero de 1861), núm. 355, pp. 3-4.
- , *Historia de Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días*, t. III, Barcelona, Manuel Heredia Argüelles, 1889.
- ANÓNIMO, *Diccionario marítimo español*, Madrid, Imprenta Real, 1831. (Edición facsimilar. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Armada, 2003).
- , “El centenario del doctor Sierra O’Reilly”, en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México (15 de febrero de 1961), núm. 218, p. 1.
- APESTEGUI, CRUZ, *Piratas en el Caribe*, Barcelona-Madrid, Lunwerg, 2000.
- AZNAR D., EDUARDO, “El último Juan Cruyés”, en *Esquinas de Mérida y otras leyendas*, México, INJUMEX, 1955, 43-51.
- BAQUEIRO, SERAPIO, *Rasgo biográfico del general D. Sebastián López de Llergo y Calderón*, Mérida, Tipografía de G. Canto, 1898.
- BARRERA, PANTALEÓN, “Últimos días de D. Justo Sierra”, en *Corona fúnebre a la memoria del señor doctor D. Justo Sierra*, Mérida, Imprenta de Rafael Pedrera, 1861, pp. 18-20.
- BLENGIO, JOAQUÍN, *Informe sobre los hospitales de S. Juan de Dios y de S. Lázaro: presentados al H. Ayuntamiento de Campeche*, Campeche, Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1881.
- BOBADILLA ENCINAS, GERARDO FRANCISCO, *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX*, tesis de doctorado en Literatura Hispánica, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2002.
- BOLIO, EDMUNDO, *Diccionario histórico, geográfico y biográfico de Yucatán*, México, I. C. D., 1945.
- BRUSHWOOD, JOHN S., *The Romantic Novel in Mexico*, Columbia, Missouri, 1954, pp. 16-17.

- BRUSHWOOD, JOHN S. Y JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS, *Breve historia de la novela mexicana*, México, Ediciones de Andrea, Manuales Studium, núm. 9, 1959, p. 24.
- CALDERÓN QUIJANO, JOSÉ ANTONIO, *Fortificaciones en Nueva España*, Madrid, Gobierno del Estado de Veracruz/CSIC/Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1984.
- CARBALLO, EMMANUEL, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1991, pp. 53-54.
- , *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Océano/CONACULTA, México, 2001, 228-229.
- CARRILLO, F., “Oración fúnebre del Sr. Dr. D. Justo Sierra, pronunciada por su autor junto al cadáver en el atrio de la Catedral de Mérida, el 17 de enero de 1861”, en *La Guirnalda*, 1861, Mérida, Imprenta de Espinosa, pp. 192-194. Véase también: *Corona fúnebre a la memoria del señor doctor D. Justo Sierra*, Mérida, Imprenta de Rafael Pedrera, 1861, pp. 3-7.
- CASARES G. CANTÓN ET ALII, “Sierra O’Reilly, Justo”, en *Yucatán en el tiempo*, t. V, Inversiones Cares, 1999, pp. 454-456.
- CASTRO IBARRA, GERMÁN, “Justo Sierra O’Reilly: pionero de la novela histórica y de folletín”, en *Caleidoscopio*, (2004), Universidad Autónoma de Aguascalientes, núm. 16, pp. 125-135.
- CASTRO LEAL, ANTONIO, prólogo a *La hija del judío*, 2 vols., México, Porrúa, 1959, pp. IX-XXI. (Colección de Escritores Mexicanos, núms. 79 y 80).
- CURIEL RIVERA, ADRIÁN, *Los piratas del Caribe en la novelística mexicana del siglo XIX*, México, UNAM, 2010.
- ENCALADA ARGÁEZ, RICARDO, *Las poblaciones del municipio de Campeche*, H. Ayuntamiento de Campeche, 1987.
- ESPADAS CENTENO, SAMUEL, “Justo Sierra O’Reilly, ilustre yucateco”, en *Diario del Sureste*, Mérida, t. CXVIII (20 de enero de 1961), núm. 8628, pp. 3, 5.
- ESQUEMELIN, ALEXANDER O., *Piratas de la América y luz a la defensa de las costas de las Indias Occidentales*, Edición y prólogo de Manuel Sol, México, CONACULTA, 2012.
- ESQUIVEL, JUAN ANTONIO, “Discurso pronunciado por D. Juan Antonio Esquivel en el cementerio general al inhumarse el cadáver del

- Sr. Dr. don Justo Sierra”, en *Corona fúnebre a la memoria del señor doctor D. Justo Sierra*, Mérida, Imprenta de Rafael Pedrera, 1861, pp. 8-10.
- ESQUIVEL PREN, JOSÉ, “Historia crítica de la literatura (yucateca)”, en *Enciclopedia yucatanense*, t. V (1946), México, Ed. Oficial del Gobierno del Estado de Yucatán, pp. 623-631.
- , “Justo Sierra O’Reilly, padre de la novela en Yucatán”, en *Historia de la Literatura en Yucatán*, t. VIII, México, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1975, pp. 11-74.
- EUGENIO MARTÍNEZ, MARÍA ÁNGELES, *La defensa de Tabasco, 1600-1717*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1971.
- FERNÁNDEZ MAC GREGOR, GENARO, “Don Justo Sierra O’Reilly y su generación”, en *El Universal*, México (22 de febrero de 1954), sección primera, pp. 3, 15.
- FERRER MENDIOLEA, GABRIEL, “Justo Sierra O’Reilly, literato, jurista, político, historiador”, en *Enciclopedia yucatanense*, t. VII (1944), México, Ed. Oficial del Gobierno del Estado de Yucatán, pp. 205-244.
- , “El Dr. Justo Sierra O’Reilly”, en *Diario del Sureste*, Mérida, t. CXVII (10 de enero de 1961), núm. 8618, pp. 3, 7.
- , “El doctor Sierra en Norteamérica”, en *Diario del Sureste*, Mérida, t. CXVIII (24 de febrero de 1961), núm. 8663, pp. 3, 5.
- , “Sierra O’Reilly, doctor en ambos derechos”, en *Diario del Sureste*, Mérida, t. CXVIII (21 de marzo de 1961), núm. 8687, pp. 3, 8.
- GARCÍA VENEGAS, ISAAC, *Puerto, ladrones de los mares y muralla. Una propuesta de interpretación de la villa de San Francisco de Campeche en el siglo XVII*, Campeche XXI, 2001.
- GONDRA, ISIDRO RAFAEL, “Campeche visto desde el mar”, en *El Mosaico Mexicano*, t. II, México, Ignacio Cumplido, 1837, pp. 101-104.
- , “Campeche”, en *El Álbum Mexicano*, t. I, México, Ignacio Cumplido, 1849, pp. 162-164.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS, *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*, México, Tip. de O. R. Spíndola y Cía., 1889, p. 17.
- GOSSE, PHILIP, *Quién es quién en la piratería*, Sevilla, Renacimiento, 2003.

- GUERRA PEÓN, MATILDE, *Justo Sierra O'Reilly y los orígenes de la novela en Yucatán*, tesis, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1963.
- IGUÍNIZ, JUAN B., *Bibliografía de novelistas mexicanos, ensayo biográfico y crítico*, precedido de un estudio histórico de la novela mexicana por Francisco Monterde García Icazbalceta, México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones, Monografías Bibliográficas Mexicanas, núm. 3, 1926, pp. 346-348.
- IRIGOYEN, RENÁN, "Sierra O'Reilly, el iniciador de la literatura yucateca", en *Revista de la Universidad de Yucatán*, vol. III, Mérida (enero-febrero de 1961), núm. 13, pp. 12-16.
- , "Justo Sierra O'Reilly, polifacético intelectual e iniciador de la literatura yucateca", en *Diario del Sureste*, Mérida, t. CXVIII (16 de enero de 1961), núm. 8625, pp. 3, 2.
- JUÁREZ MORENO, JUAN, *Corsarios y piratas en Veracruz y Campeche*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1972.
- LANZ, MANUEL A., *Compendio de historia de Campeche*, Campeche, Tipografía El Fénix, 1905.
- , "Bosquejo biográfico del doctor don Justo Sierra O'Reilly, a su memoria, en el cuadragésimoquinto aniversario de su fallecimiento", en *Revista Moderna*, México (Mayo de 1906), pp. 135-147.
- , *Bosquejo biográfico del doctor don Justo Sierra O'Reilly, a su memoria, en el cuadragésimo quinto aniversario de su fallecimiento*, Campeche, Imprenta del Gobierno del Estado, 1906, 30 pp.
- , "Historia de los hospitales de San Juan de Dios y San Lázaro", en *La Alborada*, 1874-1875. [Reproducido parcialmente en *Campeche*, México, octubre, noviembre y diciembre de 1937].
- , "El hospital de San Juan de Dios", en *El Reproductor Campechano*, Campeche, año I, vol. 2 (mayo-junio de 1944), pp. 137-158.
- LANZ TRUEBA, JOAQUÍN, "Datos históricos de Campeche", en *Ah-Kin-Pech*, Campeche, año I (1 de noviembre de 1937), núm. 9, pp. 1-2.
- LARA ZAVALA, HERNÁN, "Justo Sierra O'Reilly. El hombre de Letras", en *La república de las letras*, III, (edición de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman), México, UNAM, 2005, pp. 149-161.

- LÓPEZ AMÁBILIS, MANUEL, *Escritores de Yucatán*, t. I, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1947.
- LÓPEZ COGOLLUDO, DIEGO, *Los tres siglos de la dominación española en Yucatán, o sea historia de esta provincia desde la conquista hasta la independencia. Escribióla Fray Diego López Cogolludo, provincial que fue de la orden franciscana; y la continúa un yucateco*. Tomo I, Campeche, Imprenta de José María Peralta, 1842, IX + 481 pp. Tomo II, Mérida, Imprenta de Castillo y Compañía, 1845. [Edición hecha por Justo Sierra O'Reilly].
- , *Historia de Yucatán*, 3 vols., Campeche, Ayuntamiento de Campeche, 1996. (Col. Pablo García).
- LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, JOSÉ, “La novela”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, VI, México, 1910, pp. 83-84.
- MAGAÑA ESQUIVEL, ANTONIO, “Piraterías en Campeche”, en *Ab-Kin- Pech*, Campeche, año I (1 de diciembre de 1937), p. 4.
- , “Justo Sierra O'Reilly y la novela histórico-romántica”, en *El Nacional*, México (8 de octubre de 1964), p. 3.
- MANZANILLA, YANUARIO, “Discurso pronunciado por D. Yanuario Manzanilla en el cementerio general al inhumarse el cadáver del Sr. Dr. Justo Sierra”, en *Corona fúnebre a la memoria del señor doctor D. Justo Sierra*, Mérida, Imprenta de Rafael Pedrera, 1861, pp. 11-12.
- MARTÍNEZ ALOMÍA, GUSTAVO, *Historiadores de Yucatán. Apuntes biográficos y bibliográficos de los historiadores de esta península desde su descubrimiento hasta fines del siglo XIX*, Campeche, Tipografía El Fénix, 1906, pp. 166-171.
- MARTÍNEZ DEL RÍO DE REDO, MARITA, *La fuerza y el viento. Piratería en los mares de la Nueva España*, México Desconocido, 2002.
- MENÉNDEZ, CARLOS R., *Dr. don Justo Sierra O'Reilly. El “debe” y el “haber” históricos del insigne prócer yucateco*, Mérida, Compañía Tipográfica Yucateca, 1939, 30 pp.
- MOLINA SOLÍS, JUAN FRANCISCO, *Historia de Yucatán durante la dominación española*, t. I, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1904.
- , *Historia de Yucatán durante la dominación española*, t. II, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1910.
- , *Historia de Yucatán durante la dominación española*, t. III, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1913.

- , *Historia de Yucatán desde la Independencia de España hasta la época actual*, t. I, Mérida, Yucatán, Talleres Gráficos de la Revista de Yucatán, 1921.
- NICOLI, J. P., “Justo Sierra”, en *La Guirnalda*, Mérida, 1861, Imprenta de Espinosa, pp. 194-195.
- [OLAVIDE, PABLO ANTONIO], *El evangelio en triunfo o historia de un filósofo desengañado*, México, Imprenta de M. Murguía, 1853.
- OLAVIDE, PABLO ANTONIO, *El evangelio en triunfo o historia de un filósofo desengañado*, 2 vols., prólogo de José Luis Gómez Urdáñez, Fundación Gustavo Bueno, Oviedo, 2004.
- OROSA DÍAZ, JAIME, “En el centenario de Justo Sierra O’Reilly”, en *Revista de la Universidad de Yucatán*, Mérida, vol., III (enero-febrero de 1961), núm. 13, pp. 9-11.
- ORTIZ LANZ, JOSÉ ENRIQUE, *Piedras en el mar. Las fortificaciones de Campeche*, México, Gobierno del Estado de Campeche/CONACULTA, 1996.
- PENICHE BARRERA, ROLDÁN Y GASPAR GÓMEZ CHACÓN, “Sierra O’Reilly, Justo”, en *Diccionario de escritores de Yucatán*, Mérida, Instituto de Cultura de Yucatán, Mérida, CEPESA Editorial, 2003, pp. 131-132.
- PENICHE VALLADO, LEOPOLDO, “Sobre Justo Sierra O’Reilly”, Mérida, Cuadernos de Yucatán, 1988, pp. 15-19.
- PEÓN CONTRERAS, JOSÉ M. “Composición leída por su autor en la inhumación del cadáver del Sr. Dr. Justo Sierra”, en *Corona fúnebre a la memoria del señor doctor D. Justo Sierra*, Mérida, Imprenta de Rafael Pedrera, 1861, pp. 13-15.
- PÉREZ GALAZ, JUAN, *Diccionario histórico y geográfico de Campeche*, Campeche, 1944.
- PÉREZ MARTÍNEZ, HÉCTOR, *Piraterías en Campeche*, México, Porrúa, 1937.
- , *Piraterías en Campeche*, Campeche, Gobierno del Estado de Campeche/CONACULTA..., 2006.
- , Prólogo a *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos. La pretendida anexión de Yucatán*, México, Antigua Librería Robredo, José Porrúa e Hijos, 1938, pp. VII-L. (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, núm. 12).

- PIMENTEL, FRANCISCO, *Obras completas*, t. V, México, Tipografía Económica, 1904, pp. 317-324.
- PIÑA CHAN, ROMÁN, *Campeche durante el período colonial*, México, INAH, 1977.
- QUINTAL MARTÍN, FIDELIO, “Justo Sierra O’Reilly, el historiador”, en *Revista de la Universidad de Yucatán*, Mérida, vol. XXIV (noviembre-diciembre de 1982), núm. 144, pp. 55-64.
- READ, J. LLOYD, *The Mexican Historical Novel. 1826-1910*, New York, Instituto de las Españas, 1939, pp. 98-108.
- RODRÍGUEZ PIÑA, JAVIER, “Prólogo” a *La guerra de castas. Testimonios de Justo Sierra O’Reilly y Juan Suárez Navarro*, México, CONACULTA, 2002, pp. 9-26.
- ROSADO AVILÉS, CELIA, *El Registro Yucateco: canon y propuesta de la literatura yucateca*, tesis de maestría en Literatura Mexicana, Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana, 1999.
- , “El periodismo yucateco del siglo XIX: de la literatura a la empresa”, en *De lectores, auditorios y públicos: comunicación literaria y modernidad*, México, Cámara de Diputados de la LXIII Legislatura, 2003, pp. 35-57.
- RR., “Página de dolor” [Sobre el fallecimiento de Justo Sierra O’Reilly], en *La Burla*, 1861, Mérida, Imprenta de Mariano Guzmán, p. 96.
- SAIZ CIDONCHA, CARLOS, *Historia de la piratería en América Española*, Madrid, San Martín, 1985.
- SÁNCHEZ LAMEGO, MIGUEL, “Las fortificaciones de Campeche”, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 45 (enero-febrero de 1936), núms. 5-6, pp. 305-333. También puede verse en *El Reproductor Campechano*, Campeche, año I, vol. I (marzo-abril de 1944), pp. 167-193.
- SÁNCHEZ MÁRMOL, MANUEL, “Las letras patrias”, en *México, su evolución social*, México, Ballezá, 1902, pp. 104-105.
- , *Las letras patrias*, México, Consejo Editorial del Estado de Tabasco, 1982, p. 82.
- SIERRA, CARLOS J., “Doctor Justo Sierra O’Reilly”, en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, 1º de mayo de 1958, núm. 131, p. 6.

- , “Aportación para una bibliografía de don Justo Sierra O’Reilly”, en *Suplemento del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, 15 sep., 1958, núm. 141, pp. 1-6.
- , Prólogo a *Páginas escogidas*, México, UNAM, 1960. (Biblioteca del Estudiante Universitario).
- , “Dr. Justo Sierra O’Reilly”, en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México (15 de enero de 1961), núm. 216, p. 4.
- , “Documentos históricos del Dr. Justo Sierra O’Reilly”, en *Memorias de la Academia Mexicana de Historia*, México, XXI (julio-septiembre de 1962), núm. 3, pp. 217-260.
- , *Diccionario biográfico de Campeche*, Gobierno del Estado de Campeche, 1991.
- SIERRA, JUSTO, *Justo Sierra O’Reilly*, Mérida, Cuadernos de Yucatán, 1988, pp. 7-13.
- SOSA, FRANCISCO, *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Ed. de la Secretaría de Fomento, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, pp. 976-983.
- , *Manual de biografía yucateca*, Mérida, Imprenta de J. D. Espinosa e hijos, 1886, pp. 194-201.
- , “Noticia biográfica del autor”, en *Un año en el hospital de San Lázaro*, México, Victoriano Agüeros, 1905, pp. VII-XIX. (Biblioteca de Autores Mexicanos, núm. 54).
- SOTELO REGIL, LUIS F., *Campeche en la historia*, t. I, México, ICC, 1963.
- VELÁSQUEZ, AURELIO, “El Dr. Sierra O’Reilly”, en *Diario del Sureste*, Mérida, t. CXVIII, (16 de enero de 1961), núm. 8625, p. 3.
- WARNER, RALPH E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953, pp. 16-19.
- YÁÑEZ, AGUSTÍN, *Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra*, México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos, 1950, pp. 9-32.
- WALDECK, FEDERICO DE, *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán*, traducción y prólogo de Manuel Mestre Gigliazza, Mérida, Editor Carlos R. Menéndez. [Hay otra edición en CONACULTA, 1996; y otra más de CONDUMEX, 1997].

7. CRITERIOS DE EDICIÓN

1. Se toma como texto base la primera edición de *Un año en el hospital de San Lázaro*, firmada con el anagrama “José Turrisa”, y publicada en las entregas de *El Registro Yucateco* (4 vols.), revista impresa en Mérida [y Campeche], entre 1845 y [1849].
2. Se corrige la ortografía, según las normas actuales, y se moderniza la acentuación y la puntuación.
3. No se registran los cambios *le-lo, le-la, les-los* porque se hubiera aumentado considerablemente el número de variantes.
4. La página de nuestra edición se encuentra dividida en tres partes. La superior contiene la lección, a partir de la edición de *El Registro Yucateco*; la de en medio, la de variantes de las ediciones que hemos considerado más autorizadas de la novela; y la inferior, las notas léxicas, geográficas, históricas y literarias.
5. En la parte dedicada a las variantes, éstas se registran después del texto afectado, separadas por dos puntos.
6. Las abreviaturas *add.* y *om.*, significan “agrega” y “omite”, respectivamente.
7. La primera sigla *RY* corresponde a *El Registro Yucateco*; la sigla *VA*, a Victoriano Agüeros; la *RS*, a la *Revista Social*; la *P*, a Promexa; y la *UADY*, a la Universidad Autónoma de Yucatán.

8. PRINCIPALES SIGLAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS DE TEXTO

- DA *Diccionario de Autoridades*, 3 vols., edición facsímil, Madrid, Gredos, 1969.
- DG *Diccionario Geográfico de Agostini*, 4 vols., Barcelona, Planeta-De Agostini, 1998.
- DGdeA *Diccionario General de Americanismos* de Francisco J. Santamaría, 3 vols., México, Robredo, 1942.
- DUHyG *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, 10 vols., México, Tipografía de Rafael, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1853-1856.
- DME *Diccionario marítimo español*, Madrid, Imprenta Real, 1831. (Edición facsimilar. Madrid, Museo Naval. Servicio de Publicaciones de la Armada, 2003).
- DUE *Diccionario de uso del español* de María Moliner, 2 vols., Madrid, Gredos, 1983.
- EI *Enciclopedia del Idioma* de Martín Alonso, Madrid, Aguilar, 1988.
- EYuc *Enciclopedia Yucatanense*, 8 vols., México, D. F., Edición Oficial del Gobierno de Yucatán, 1944-1947. [Hay otra edición de 1977-1981, en 12 vols.].

- G* Philip Gosse, *Quién es quién en la piratería*, Sevilla, Renacimiento, 2003.
- GC* Antonio García Cubas, *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, 5 vols., México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1888-1891.
- LC* *Historia de Yucatán* de Diego López Cogolludo, 3 vols., Ayuntamiento de Campeche, 1996.
- MY* *El Museo Yucateco*, 2 vols., Campeche, Impreso por José María Peralta, 1841-1842.
- PA* *Piratas de la América y luz a la defensa de las costas de Indias Occidentales* [de Alexander Oliver Exquemelin], traducción del doctor de la Buena Maison, Madrid, Ramón Ruiz, 1793.
- RY* *El Registro Yucateco*, 4 vols., Mérida, Imprenta de Castillo y Compañía, 1845-[1849].

TEXTO, VARIANTES Y NOTAS

UN AÑO EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO

Era la noche del 23 de mayo de 1840. No habiendo tenido por conveniente el gobierno aceptar las bases que, para una capitulación, propuso el comandante de las tropas encerradas en Campeche,¹ por medio del cónsul francés Mr. Pharamond, y del comandante de la estación francesa en el golfo Mr. Cosmao,² al de las

5

¹ *Campeche*: La ciudad de Campeche, unos años después de que se publicó *Un año en el hospital de San Lázaro*, se encuentra descrita en un artículo que publicó Sierra O'Reilly en el *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía* de Orozco y Berra: su recinto amurallado, con nueve bastiones bien artillados, además de otros exteriores “en completa ruina”. En la parte interior, que es la “más bella y la más poblada”, se encuentra la santa iglesia parroquial, el suntuoso templo de San José, la iglesia y hospital de San Juan de Dios y la de Jesús; además, las casas consistoriales, el muelle, el teatro, la aduana y la cárcel pública. En la exterior, están los suburbios de San Román, Santa Ana, la Ermita, Santa Lucía, San Francisco y Guadalupe. En cada uno de ellos hay una iglesia regular, haciéndose notables la de San Francisco, antiguo convento de franciscanos, y la de San Román, “porque es el santuario más famoso que reconocen los navegantes del Golfo de México”. (Justo Sierra, “Campeche”, en *DUHyG*, VIII, 475-479. Véase también en *El Reproductor Campechano*, Campeche, año I, julio-agosto de 1944, vol. 3, 165-174). Esta breve presentación podría completarse con la que hizo Isidro Rafael Gondra hacia 1832 y que publicó en dos artículos: “Campeche visto desde el mar”, en el *Mosaico Mexicano*, II, México, Ignacio Cumplido, 1837; y “Campeche”, en *El Álbum Mexicano*, I, Ignacio Cumplido, 1849. En este último, entre otras cosas, precisa: “A la extremidad de San Román, a la derecha del camino de Lerma, se encuentra el cementerio general, rodeado de una pared blanca [...]. A una distancia del cementerio había una batería pequeña, a la que bañaban las altas mareas. A doscientos pasos más lejos, y a la derecha, estaba un lazareto, en que había doce leprosos, y a un cuarto de legua, una quinta o casa de campo llamada Buena Vista.” (162-163).

² Mr. Cosmao: Comandante de la fragata de guerra francesa llamada la *Sabina*. (*MY*, I, 57. Nota 1).

fuerzas sitiadoras, no quedó otro recurso que estrechar el asedio de la plaza. Las familias se desbandaban a centenares hacia todas direcciones. La confusión reinaba dentro y fuera de la plaza sitiada. Rotas las hostilidades, mi puesto estaba en el reducto de San Miguel;³ y bajo una granizada de balas y bombas, salí en una calesa⁴ de la plazuela de San Román,⁵ conduciendo los papeles de la comandancia, de que yo era secretario. Enfrente del castillejo desmantelado de San Fernando,⁶ el caballo de la calesa se resistió tenazmente a ir más lejos. Al fuego de las baterías había seguido una deshecha tempestad, y las nubes caían desgajándose en impetuosos torrentes de lluvia y electricidad. La escuadrilla, surta en el puerto, secundaba con recias andanadas de artillería la turbación de los cielos. Siéndome imposible avanzar ni retroceder, entré a guarecerme en San Fernando; pero las dos pequeñas habitaciones

³ *el reducto de San Miguel*: El reducto de San Miguel se encuentra en la parte superior del cerro llamado de Buenavista y abarca una superficie de 3,858.37 m². Entre todos los de Campeche, éste era el más grande. (José García Preciat, "Historia de la arquitectura", en *Enciclopedia Yucatanense*, IV, México, Gobierno del Estado de Yucatán, 1977, 542; José Antonio Calderón Quijano, *Historia de las fortificaciones en Nueva España*, Madrid, Gobierno del Estado de Veracruz/CSIC/Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1984, 284-285).

⁴ *calesa*: "Carruaje de dos a cuatro ruedas con la caja abierta por delante para subirse, y capota." (*DUE*).

⁵ *plazuela de San Román*: La iglesia dedicada a San Román, mártir, se construyó en las afueras de la ciudad de Campeche, en 1552, con motivo de haber librado a sus habitantes de una plaga de langosta. En ella se venera un Santo Crucifijo que trajo de España el mercader Juan Cano de Coca Gaitán en 1565. Diego López Cogolludo narra algunos de los innumerables milagros atribuidos a este Crucifijo. (*LC*, I, 387-389).

⁶ *castillejo desmantelado de San Fernando*: Se encontraba entre el Cementerio General y el Hospital de San Lázaro. Fue destruido entre 1840-1843 y convertido en cementerio, que también desapareció en la inundación de 1869. (Juan de D. Pérez Galaz, *Diccionario histórico y geográfico de Campeche*, Campeche, 1944, José García Preciat, "Historia de la arquitectura", en *Enciclopedia Yucatanense*, IV, México, Gobierno del Estado de Yucatán, 1977, 542; Miguel Sánchez Lamego, "La vida histórica de las fortificaciones de Campeche", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. 45, México, enero-febrero de 1936, núms. 5-6, 321).

que contiene, estaban henchidas de enfermos y heridos, que sufrían mil molestias en un recinto tan estrecho. Serenada un tanto la atmósfera, resolví continuar mi marcha a pie, con el pequeño lío de papeles bajo el brazo, porque la calesa ya no estaba allí. ¡Vanos esfuerzos! La noche estaba oscurísima, y el camino intransitable, porque de las colinas y oteros inmediatos, corrían al mar una multitud de arroyuelos formados por la lluvia, y que obstruían enteramente el paso. 20

De repente percibí el sonido de una vihuela, y a la luz de los relámpagos, halleme frente a frente del hospital de San Lázaro. Un pavor extraordinario se apoderó de mí. Mis cabellos, aunque deprimidos por la humedad, y pegados enteramente a la cabeza, se me erizaron de espanto. Yo miraba con tal horror aquel domicilio de miseria y confusión, que nada en el mundo me hubiera hecho entrar voluntariamente en un lugar, cuyo nombre estaba en mi mente identificado con escenas tan horribles y extravagantes, como las que leemos en los cuentos fantásticos de Hoffmann.⁷ No estaba en mi mano, mucho menos en aquella coyuntura, vencer la repugnancia que sentía. En medio de una tempestad deshecha, a las puertas de un hospital, a pocos pasos de un cementerio, hallándonos rodeados de todos los horrores de la guerra, y escuchando voces confusas, mezcladas con el sonido armonioso de aquella vihuela, todo eso me pareció tan extraño e inusitado, que apenas 30 35 40

23. *el* : del VA

37. *coyuntura* : conyuntura UADY

⁷ *Hoffmann*: Ernst Theodor Amadeus Hoffmann (1776-1822). Cultivó la música, el dibujo y la literatura. Sin embargo su fama se debe sobre todo a sus novelas y cuentos en donde predomina lo fantástico y sobrenatural. Altamirano en sus *Revistas literarias de México*, después de intentar una clasificación de la novela, decía: “Una nueva escuela, alemana por cierto, ha añadido a la forma romanesca un atractivo más: lo fantástico [...]. Hoffmann es el padre de esta escuela, que se ha seguido en Francia y en que se han hecho débiles ensayos en España. Los cuentos de Hoffmann han adquirido gran celebridad, y nosotros no los admiramos tanto por su originalidad, como por su exquisito sentimiento.” (*Escritos de literatura y arte*, 1, O C, XII, México, SEP, 1988, 55).

me atrevía a pensar en una situación tan singular, sin sentir
que las carnes se me horripilaban. Pero, en fin, el cielo volvía a
45 encapotarse, las horas avanzaban, y mi posición iba haciéndose
más rara cada momento. Me resolví al cabo... llamé con mal
seguro pulso, tocando aquella puerta misteriosa; y vino a abrirme
una persona que yo conocía mucho por algunas rarezas de su
carácter, que otros llamarían locuras. Su vista en aquel sitio acabó
50 de desconcertarme; pero muy pronto me volvió el espíritu al
cuerpo, cuando en vez de hallarme en el festín de los Centauros y
los Lapitas,⁸ o encerrado en un círculo parecido al coro misterioso
de monjas que giraban alrededor de *Roberto el Diablo*,⁹ me encon-
tré con gentes amigas, divertidas y de buen humor; de esas gentes
55 que no penan por nada, y que en la dispersión general de aquellos
días, invadieron el hospital de San Lázaro, al cual miraban como
un punto de seguridad y de recreo. ¡Loado sea Dios, pues hay
hombres para todo! Allí pasé, en ruidosa plática, todo el resto de
la noche.

43. *situación* : invitación RS

46. *resolví* : resolvía UADY

⁸ *el festín de los Centauros y Lapitas*: Pirítoo, hijo de Ixión, rey de los Lapitas, había invitado a los centauros a su boda con Hipodamia. Eurito, el más bestial de los bestiales centauros, a quien le arde el corazón tanto por el vino como por la belleza de la joven desposada, se lanza tras Hipodamia, y lo mismo hacen los demás centauros, quienes toman a la mujer que más les gusta. Resuenan por toda la mansión los gritos de las mujeres y se inicia la lucha, en la que si al principio se utilizan como armas las copas y las calderas, después pasan a ocupar su lugar los leños, las lanzas, las espadas, las rocas y los árboles. Finalmente sucumben los centauros y el triunfo corresponde a los Lapitas. (Ovidio, *Metamorfosis*, XII, vv. 210-535).

⁹ *Roberto el Diablo*: *Robert, le diable*. Ópera en cinco actos de Giacomo Meyerbeer sobre el libreto de Eugène Scribe y Germain Delavigne, estrenado en París, en 1831. La ópera versa sobre la salvación de Roberto, duque de Normandía, quien desterrado a Sicilia corteja a la princesa Isabela y para conseguirla cuenta con la ayuda de Bertramo. Éste no es otro que el diablo, quien pretende llevarlo al infierno. Al final, en la lucha entre Isabela y Bertramo, triunfa la primera, y Bertramo vuelve a los infiernos derrotado e Isabela marcha con Roberto al altar.

Y allí también recogí las noticias de una triste historia, que hoy, 60
en forma de cartas, comienzo a publicar. La mayor parte de los
sucesos que en ella se refieren, son verdaderos en el fondo, aunque
variados los personajes, y aun la época del acontecimiento princi-
pal. En este punto, no he querido renunciar a mis privilegios de 65
narrador de leyendas y novelas. Acaso el interés de la presente no
será mayor cosa, ni la forma que he adoptado cuadrará a todos los
lectores. Yo mismo tengo una decidida aversión a las novelas escri-
tas en forma de cartas, a excepción, tal vez, de las del inimitable
Richardson.¹⁰ Pero eso mismo me ha estimulado a vencer seme-
jante preocupación, que lo es sin duda alguna, pues que personas 70
muy entendidas opinan de diversa manera, aunque es verdad que
en materia de gustos poco puede decirse. Bueno o malo este
pequeño ensayo, no he podido resistir a la tentación de presen-
tarlo al juicio de mis amigos, seguros, como deben estar, de que su
crítica la aceptaré con deferencia y estimación. 75

Mérida, 1º de enero de 1845
José Turrisa

63. los : om. UADY

¹⁰ *Richardson*: Samuel Richardson. Escritor inglés (1689-1761), autor de *Pamela o la virtud recompensada*, novela epistolar, sentimental y de carácter didáctico, que narra la historia de una sirvienta solicitada por su amo, quien al final, convencido por su honradez, se casa con ella. A esta novela siguieron *Clarisa* (1747-1748) y *La historia de Sir Carlos Grandison* (1753-1754).

CARTA I
MELCHOR A MANUEL

Mérida,¹ 9 de diciembre de 1823

Mi querido Manuel: como te dije en mi anterior, por ayer debía llegar Antonio de la hacienda de su familia, a donde se había retirado por consejo de nuestro buen don Alejo. Don Pablo estaba consternadísimo y alarmado, con las funestas noticias que el cura le comunicó, sobre el estado de la salud de un hijo, que ama mucho más aun después de la sensible muerte de doña Felipa. El

5

¹ *Mérida*: Mérida, hacia 1831 —dice José Julián Peón—, tenía entre 45 y 50 mil habitantes; su temperamento era sano, “pues no se nota la anual epidemia de calenturas maligna y vómitos de sangre. Las calles de la capital son anchas, rectas y llanas, pero polvorosas a causa de no estar enlozadas, y ser considerable el número de carruajes que circulan por ellas.” “Tiene la ciudad 13 plazas inclusive la de verduras y el campo de Marte, 5 parroquias contando con la catedral, un convento de religiosos franciscanos, otro de monjas llamadas de la Concepción y 7 iglesias más, un colegio, una universidad, un hospital general, una casa de amparo y otra de reclusión.” “Los paseos principales son la Alameda, el Campo Santo, situado a media legua a sotavento de la plaza principal, la Cruz de Gálvez, el limonar, las quintas y huertas bien cultivadas. Los edificios más notables son la catedral, el palacio episcopal, el del Gobierno, el del extinguido Congreso reedificado el año de 1823 en el antiguo convento de Jesuitas, la casa consistorial, la de amparo, el colegio de S. Ildefonso, el convento de la Mejorada, el de MM religiosas, la contaduría, la cárcel pública y el hospital de S. Juan de Dios, además de muchas casas particulares en las que brilla el lujo y la magnificencia. La ciudadela de San Benito debería ocupar un lugar distinguido si no estuviera tan deteriorada: entre sus muros se halla el convento grande que ocupaban los religiosos de S. Francisco con 3 templos suntuosísimos.” (*Crónica sucinta de Yucatán escrita por don José Julián Peón el año de 1831*, Mérida, Imprenta “Nueva” de Cecilio Leal, 1901. Segunda edición).

10 doctor y yo esperábamos el momento crítico, desde las cinco de la
tarde... Al toque de las oraciones de la noche llegó en efecto...
¡Ay, querido amigo! me es imposible explicarte la impresión que
en mi ánimo causó la presencia de nuestro amigo, del compañero
de nuestra infancia, y en quienes todos tenían tantas y tan funda-
15 das esperanzas. No hay remedio. La fatal enfermedad se ha desa-
rrollado espantosamente y, en opinión del doctor, no existe poder
sobre la tierra que sea capaz de cortar su rápido progreso, pues que
la ciencia sólo sería parte a prolongar la penosa agonía que le
espera. El infeliz hizo algunos esfuerzos para aparecer sereno y
20 jovial, preguntó por sus parientes, me habló de ti, de sus deseos de
verte, de sus dibujos, de la colección de pájaros disecados que ha
formado; en fin, de todo lo que más pudiera lisonjearle y agradar-
nos. Pero seguramente no supimos ocultar nuestra emoción, que
harto le revelaban el aire pensativo de Dancourt,² las lágrimas mal
25 reprimidas de don Pablo y mi respiración oprimida y angustiada.
Ello es que de improviso me tomó la mano, fijó en mí una mirada
ardiente, lanzó un profundo gemido, y se arrojó, medio desma-
yado, en mis brazos: ¡pobre Antonio, pobre Antonio! Merced a
nuestros esfuerzos, volvió a poco rato de aquel vértigo. Procura-
30 mos tranquilizarlo, aunque necesitábamos de tanto consuelo
como el enfermo, y lo llevamos a la cama. Dancourt, ese sabio
modesto a quien Yucatán, y Mérida especialmente, debe un sin-
número de bienes; Dancourt, que mira a Antonio con singular
predilección, permaneció al lado de su lecho hasta las diez y media,
35 hora en que yo también me retiré. No me atrevo a pensar en la

² *Dancourt*: Dr. Alejo Dancourt Bernard (Rouen, Francia-Mérida, México). Se ha dicho que debido a las convulsiones revolucionarias en Francia, se trasladó a La Habana hacia 1795; pero en 1800, se avecindó en Mérida, en donde contrajo matrimonio con María Rita Cobá. Formó parte de varias asociaciones en favor de la salud pública como la Junta de Vacunación y la Junta de Sanidad. En 1832 se ocupó de las medidas precautorias que se debían de tomar contra el cólera. En 1833 participó en la fundación de la Escuela de Medicina. (Raúl E. Casares *et alii*, *Yucatán en el tiempo. Enciclopedia alfabética*, Mérida, Inversiones Cares, 2003. Edición en cd.).

tristísima suerte que espera a Antonio. Tan joven, tan lleno de vida y lozanía, con un brillante porvenir hasta ahora poco... y hoy... ¡Qué mundo tan engañoso! Antonio está de tal manera desfigurado, que, a pesar de lo prevenidos que estábamos para verle en esa horrible situación, nos sorprendió extraordinariamente. Su piel arde, y el pulso late con notable desigualdad. Su color es lívido a veces, y a veces es de un rojo subidísimo. Los ojos están desencajados, el cabello y las cejas han caído casi del todo. Su aliento es pestilente, y las manos y los pies están cubiertos de úlceras pútridas y malignas. ¡Qué mutación en tan poco tiempo! ¿Quién ha de creer que este Antonio de hoy, es aquel joven robusto, galán y lozano, que era el amor y encanto de cuantos lo trataban? ¿Cómo ha podido la naturaleza destruir con tal rapidez, y de una manera tan horrible, esa obra suya de las más acabadas?

¡Ideas funestas se me presentan, querido Manuel! Esta enfermedad casi improvisada, yo sospecho que tiene un origen más antiguo. La decencia, el pudor, el respeto debido a un padre como don Pablo, acaso han obligado a Antonio a no descubrirse, ni aun con nosotros. Éste es un misterio para mí; pero el doctor lo penetró, aunque tarde, y de allí provino, sin duda el malhadado viaje a la hacienda de campo. Yo creo que debe escudriñarse todo esto, para ver si es posible, conocida la causa del mal, arrancarlo de raíz y salvar una vida tan preciosa. Pero no: yo me alucino. No es posible montar de nuevo esta máquina admirable, cuando se han relajado sus poderosos resortes.

No sé, amigo mío: realmente no sé lo que me pasa cuando pienso en ciertas cosas. Una catástrofe, en que no me atrevo a fijar mucho la consideración, va a preceder, me parece, a la pérdida de nuestro amigo. Él, no hay duda, está *lazarino*. Imposible es que esto se oculte a la vigilante policía de la ciudad, y ya sabes la rigidez de los reglamentos en este punto, y que no se relajen, ni en favor de la persona más caracterizada. ¿Entrevés ya la suerte que

70 espera a nuestro pobre amigo? ¡Pluguiese a Dios que me equivocase! Yo daría hasta la última gota de mi sangre para que se librase de esa suerte tan infausta.

En este momento recibo un billete de nuestro buen don Pablo, en que me invita con empeño a pasar a su casa. Algo ocurre, amigo mío. Yo suspendo aquí mi carta, para continuarla a mi vuelta. No me despido.

Somos 10

80 ¡Veinticuatro horas de borrasca! ¡Qué día y qué noche! Todo está consumado. La crisis ha sido violenta, horrible; pero gracias a Dios que pasó, y el pobre enfermo, después de una lucha espantosa, se ha resignado con la voluntad divina.

La pintura que en su billete me hacía don Pablo del crítico estado de nuestro amigo, me obligó a apresurar el paso, y llegué a la vez que entraban Dancourt, el padre Suárez y el cura V***, provocados estos dos últimos por el primero, a fin de que, poniéndose de acuerdo, se dedicasen los tres, todos ellos insignes médicos, a la curación del pobre Antonio, si había alguna esperanza de buen éxito. A súplica del afligidísimo don Pablo, pasé inmediatamente a la alcoba del enfermo, a quien encontré arrodillado al pie de su cama, con la cabeza sobre ella, envuelta entre las sábanas, y lanzando tan hondos gemidos, que partían el corazón. Me detuve unos momentos contemplando aquel espectáculo lastimoso. Yo no podía articular una sola palabra; pero hizo un movimiento y me vio. Corrió hacia mí con los brazos abiertos, e iba yo a recibirlo, y estrecharlo entre los míos, cuando de improviso se detuvo, y “no, no –me gritó–, no debo abrazarte si soy tu amigo. Ya no hay padre, no hay familia, no hay amigos, no hay mundo para mí. Todo se ha acabado en un momento. Yo estoy *lazarino*, enteramente *lazarino*, leproso, proscrito de la sociedad, muerto civil-

69. *pluguiese* : plugiese UADY

mente. ¡Dios mío! ¡Muero, estando vivo aún! ¿Por qué permites
que yo conozca la extensión de mi desgracia, haciendo así que 100
sufra multiplicados martirios? ¿Tan grande ha sido mi culpa, que
me condenas a un castigo tan atroz, tan odioso, tan insoportable?
Perdón, perdón, Dios mío... yo soy un necio; pero esta prueba es
durísima.” Lleno de amargura, y casi sollozando, interrumpí aquel
arrebato, y a pesar de su abierta resistencia, lo abracé y estreché 105
contra mi corazón, y se mezclaron nuestras lágrimas; pero no
pude por entonces articular la más ligera expresión de consuelo.
¿Tan conmovido me encontraba en aquel lance, que duró más de
media hora! Pasado este tiempo, nos sentamos en silencio, que se 110
prolongó algunos minutos más; y mientras los médicos conferen-
ciaban largamente en la sala, pasaba entre nosotros otro diálogo
no menos triste. Antonio fue el primero que rompió el silencio,
después de aquel acceso.

–Si fueras como aquellos amigos de Job,³ ahora te tocaría hablar,
querido Melchor. Me dirías: ¿qué sé yo lo que me dirías? Me dirías 115
tal vez, que *los que obran iniquidad y siembran dolores y los siegan,
perecieron al soplo de Dios y fueron consumidos por el viento de su
ira.*⁴

–Pero, amigo mío ¿por qué había yo de decirte esto? ¿Por qué te
había de hacer una acusación tan injusta? 120

–Mira, Melchor, yo debo pagar mis culpas. Dios sabe lo que
hace. ¿Por qué no he de conformarme con mi actual estado? A
ratos me encuentro tan resignado con él, que dejo materialmente

119. *esto* : eso VA, RS, P; UADY

³ *amigos de Job*: El problema central del libro de Job es cómo explicar los sufrimientos del hombre inocente en relación con la justicia de Dios. Job, “hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”, se lamenta de sus infortunios. Elifaz, Bildad y Sofar, sus amigos, aduciendo argumentos de la más diversa índole y procedencia, intentan convencerlo de que el dolor es resultado del pecado.

⁴ los que obran iniquidad y siembran dolores y los siegan, perecieron al soplo de Dios y fueron consumidos por el viento de su ira: Palabras de Elifaz. (*Job*, 4).

- de sentir toda su amargura... Bien, viviré aislado, no veré los objetos más caros a mi corazón; pero yo os escribiré a todos... leeré mis buenos libros... me pasearé por las espléndidas orillas del mar. ¡Qué hermoso es el mar! Se habrán acabado mis ilusiones y proyectos; pero viviré de recuerdos gratísimos. No es lo mismo una existencia que otra... es verdad, bien lo veo, y harto lo entiendo así; pero moriré... sí... moriré pronto, es decir, dentro de dos años, dentro de uno tal vez... o menos. ¡Moriré joven, muy joven, cuando se comienza a vivir! No importa: en sonando la hora fatal ¿qué más da haber vivido ciento que veintitrés años? En ese momento todo es igual: absolutamente igual.
- 135 –Por Dios, Antonio, no te atormentes así, ni nos hagas sufrir con semejantes discursos. Tú estás enfermo, es verdad, pero tu mal no es incurable, y yo tengo esperanza...
- ¡Esperanza! ¡esperanza para un *lazarino*! ¿Qué hablas tú de esperanza, mal amigo? Para mí... no hay esperanza.
- 140 –¿Y por qué no? Además: ¿quién te ha dicho que tú estás *lazarino*? Aun cuando tuvieras la desgracia de estarlo, yo he oído decir que suele curarse esa enfermedad, y sé de algunos casos en que el arte ha superado toda la resistencia que ofrecen los malos humores de un *lazarino*. Todo lo hace el método, el buen régimen de vida, y sobre todo la juventud, que tiene mil medios para resistir una
- 145 larga curación. No te desanimes, Antonio mío, y procura moderar esa tu imaginación volcánica. Acuérdate que tienes padre, que tienes familia y amigos.
- ¡Ah, Melchor, tú también quieres alucinarme! No sabes, amigo
- 150 mío, el mal que me haces. Te agradezco esas palabras de consuelo, mi querido Melchor; pero yo te ruego que no me las repitas, porque desconcertarías mis cálculos todos.
- No quería ser indiscreto; pero...
- ¡Ah, no, no es eso! Tú conoces, ¡imposible fuera que no lo
- 155 conocieras!, que yo estoy *lazarino*, y que un *lazarino* tiene que ir

152. *todos* : tomados UADY

al hospital de San Lázaro,⁵ a vivir y morir con los lazarinos, a comer y dormir con ellos... ¡Régimen, método, juventud! Todo eso no importa nada, cuando el mal está desarrollado. Escúchame, amigo Melchor. Yo caí en una fragilidad vergonzosa, cometí una culpa que me proporcionó una mala compañía: me precipité, caí en un fango inmundo y tuve... el *gálico*.⁶ ¿Lo sabías? Pues bien, sábelo hoy. Cuando yo me vi en tal estado, la vergüenza y el arrepentimiento vinieron; pero vinieron tarde. No quise descubrirme a mis amigos, y al doctor y mi familia mucho menos. Por ciertos medios que me facilitó un antiguo libertino, uno de esos infames, avezados a todo linaje de maldades, logré que desapareciesen las señales exteriores de esa maligna enfermedad, y mi sangre y mis humores todos se volvieron veneno, ponzoña horrible, que ha estado corroyendo los resortes de mi vida. Yo lo sé mejor que tú, Melchor: yo estoy *lazarino* sin remedio; yo debo morir de esta

160

165

170

⁵ *hospital de San Lázaro*: Hospital para leprosos, cuya fundación se inició a finales del siglo XVIII gracias a la iniciativa del Gobernador y Capitán General don Hugo O'Connor, quien al morir, el 8 de marzo de 1779, legó 10, 000 pesos para la construcción de la obra. Ésta, en los extremos del barrio de San Román, frente al mar, y a orillas de la carretera que comunica con el pueblo de Lerma, se le confió al obispo Fray Luis de Piña y Mazo, quien a pesar de las dificultades económicas, la inauguró, pocos meses antes de su muerte, el 24 de septiembre de 1795. “Desde que se puso en servicio el lazareto, fueron internados todos los leprosos de los que se tenía noticia en la Provincia [...]. El ayuntamiento de Campeche, como patrono, formuló el reglamento interno y determinó la planta de empleados, compuesta de: médico, practicante, capellán, administrador y servidumbre. Recibía los réditos y hacía los pagos de todos los gastos, vigilando estrechamente la administración. Todo el personal, con excepción del médico que visitaba diariamente, tenía obligación de vivir en el hospital. Los enfermos quedaban incomunicados del exterior, en absoluta reclusión; y a muy contados de ellos se les permitía salir a pasear por los alrededores que, fuera de la espléndida vista del mar, no eran muy agradables que digamos, ya que estaba el lazareto contigo al cementerio. El capellán también habitaba una pieza junto al oratorio.” (Gabriel Ferrer de Mendiola, “Historia de la beneficencia pública y privada” en *EY*, t. IV, México, Edición oficial del Gobierno de Yucatán, 1977, 66-71; véase también Juan de D. Pérez Galaz, *Diccionario histórico y geográfico de Campeche*, Campeche, 1944, 156-159).

⁶ *gálico*: Sífilis.

enfermedad espantosa; porque el pobre lazarino, quiero decir, el que padece de una enfermedad como la mía, el *lazarino*, es horroroso por todas sus circunstancias. ¿Piensas acaso que no he observado el origen, progresos y estado presente de mi dolencia? ¿Crees que desde el punto en que yo preví su término, me he figurado un momento que tendría otro remedio que la muerte? Verdad es que alguna ocasión solía alucinarme a mí mismo; pero así como en los locos habituales, un intervalo lúcido pasa con rapidez, como desapercibido, así esa ilusión se disipaba al instante. Por lo que es resignación, te lo diré francamente... aún no estoy todavía bastante resignado. Tengo momentos... yo no sé. En los pocos días que pasé en la hacienda, y en cuyo tiempo el mal se ha presentado ya de frente, no me ha sido posible habituarme a esa resignación, de que tanto necesito. ¡Si supieras cuán doloroso es perderlo todo de un solo golpe...! ¡Si leyeras aquí, aquí en mi corazón, todo cuanto pasa en él! ¡Si penetraras en lo interior de mi cerebro, y vieras una a una las imágenes siniestras y espantosas que en él se pintan! ¡Si vieras el tropel inmenso de ideas que en un momento se me ofrecen! Miserias, luto, sangre, angustias, agonías... todo me agobia horriblemente, amigo mío, todo me atormenta; pero ¡qué tormentos tan crueles, Dios misericordioso, qué tormentos tan crudos para una débil criatura! Piedad, Dios mío, piedad... piedad.

Y se levantó en el acto, en ese acto de delirio que comenzaba de nuevo; y con el rostro notablemente encendido, midió diez o doce veces la estancia con sus pasos precipitados. No puedo ni bosquejarte este cuadro, mi querido Manuel, ni sé en lo que habría terminado la escena, si felizmente no la hubieran interrumpido los tres médicos.

El cura V***, que tiene un ojo penetrante, y un tacto delicadísimo para conocer y calificar las enfermedades más graves e intensas, no bien hubo observado el semblante del enfermo, se mordió los labios, y en su mirada escudriñadora leí la fatal sentencia de

179. *disipaba*: *disipa* RS

198. *hubieran*: *hubiera* RS

nuestro amigo. Dancourt seguía profundamente pensativo, sin poder ocultar su emoción. Más sereno y apacible, más risueño, el padre Suárez hizo una serie de preguntas, cuyas respuestas parecían satisfacerle mucho; y hasta yo mismo llegué por un momento a persuadirme que algo podría conseguirse. La *consulta* que tuvieron los tres, al medio día, me hizo perder definitivamente toda esperanza, y desde entonces sólo pensamos en los preparativos para el ominoso viaje al hospital de San Lázaro. 205 210

Los médicos volvieron, al cerrar la tarde, a notificar su dictamen al paciente, porque era preciso, y porque en eso tenían grave responsabilidad si hubieran dejado de hacerlo. Además, creímos prudente que no debía malograrse la oportunidad de aquel momento, en que Antonio estaba tranquilo, y profundamente convencido de la malignidad de su dolencia, y de la necesidad de someterse a los reglamentos de la policía. Felizmente, durante la visita, no tuvo ningún arrebato. “No me oculten ustedes nada —decía a los médicos—, porque sería inútil. Háblenme con entera libertad y franqueza, pues yo tengo que arreglar algunos asuntos, antes de partir para Campeche. Yo sé que estoy *lazarino*: que los *lazarinos* deben de ir a sepultarse vivos en San Lázaro, porque su mal no tiene remedio, y porque las leyes, no sé yo si buenas o malas, han proscrito a los pobres leprosos. ¿Pero este viaje deberá ser pronto, mañana, de aquí a dos días? Concédanme ocho no más, si es posible, y partiré gustosísimo, es decir, no precisamente gustosísimo, pero sí consolado.” Como debes suponer, los médicos, principalmente don Alejo, se enternecieron, y le prodigaron todos los consuelos imaginables. El padre Suárez le aseguró que podía disponer de quince días, pues al efecto iba a dar pasos de éxito seguro. Algunas lágrimas no más se cruzaron al terminar esta escena. ¡Ese padre Suárez, qué alma tan ardiente y apasionada tiene! Joven, como es, ¡qué conocimiento tan profundo posee de los males de la vida, y de las miserias de la pobre 215 220 225 230 235

humanidad! ¡Qué delicadeza y miramiento para sentar la mano sobre las llagas del corazón!

Después que salieron los médicos, me dijo Antonio con solemnidad: “Preguntabas, Melchor, que ¿quién me había dicho que yo
240 estaba *lazarino*? Ya lo oíste: déjame, pues, meditar en las postrimerías del hombre.” Sentose en una poltrona, y desde aquel momento comenzó una agonía horrible, fatigosa y angustiada. Una especie de estertor, convulsivo y anheloso, se apoderó del enfermo, que duró desde las siete de la noche hasta la una de la mañana. ¡Seis
245 horas de martirio! En todo ese tiempo no habló una sola palabra. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, medio cerrados. Ninguno de los circunstantes se atrevía a hacer el más ligero ruido. Dancourt volvió pronto, colocó su silla al lado del paciente, y no abandonó el pulso de éste, mientras duró el deliquio. “No hay cuidado
250 –nos decía el doctor en voz remisa–, no hay cuidado: es una crisis moral, que pronto va a pasar. No hay fiebre...” Pasó en efecto; pero las primeras palabras de Antonio, fueron palabras de maldición; una blasfemia. Ése fue el término de la crisis, que, por lo pronto, nos hizo creer que había degenerado en un delirio funesto.
255 “¿Dios implacable, formaste a la criatura para recrearte en sus tormentos? ¡Perezca el día en que vi la primera luz!”

–¡Cómo es eso, hijo mío! –gritó don Pablo–. ¿Son dignas esas palabras horribles de un hijo mío, de un hijo educado en las máximas santas del cristianismo? ¿Piensas acaso, hijo infeliz, que los sufrimientos, que la angustia y el dolor de tu padre, son inferiores
260 a los que tú padeces? ¿No me ves resignado con la voluntad del Todopoderoso, y bendecirlo y adorarlo...?

Antonio interrumpió este discurso, arrojándose a los pies de don Pablo. “Perdón, Dios mío: perdón padre mío” –gritaba sollozando. ¡Ah! no puedo concluir esta pintura.
265

De allí en adelante, la escena cambió. A excepción de una u otra ligera ráfaga de exaltación, la voz, los ademanes y los discursos

270
275
280

sos de Antonio, eran tranquilos, dulces y tiernos. Sus reflexiones eran profundamente filosóficas; y cuando hablaba del mundo, de la vida y de sus encantos, se me figuraba oír oráculos y sentencias de la venerable antigüedad. ¡Qué alma tan bella y tan sensible! ¡Qué pérdida tan irreparable vamos a sufrir, mi caro amigo! Puedes suponer cómo nos hallaremos todos en este momento, en que, por la novedad, nuestras almas no pueden acostumbrarse aún a estas primeras impresiones, tan tristes como profundas. Excusado me parece decirte cuál es la situación del contristadísimo don Pablo. Figúrate lo horroroso de la enfermedad, el amor que tienen a Antonio todos los suyos; y por lo que tú experimentes al saber esta triste y lamentable historia, podrás inferir lo que pasa en aquella casa, antes morada de la paz, de la alegría y del contento... y hoy... ¡Pobre Antonio, mi querido Manuel, y pobres nosotros que vamos a perderlo!

285
290
295

A las siete de la mañana me retiré. Antonio me dijo que iba a descansar para escribirte. Lo dejé profundamente dormido, y yo vine a repararme algo de la mala noche. He dormido en efecto cuatro buenas horas, antes de concluir esta carta, que comencé a escribirte ayer muy temprano. Consérvate bueno, amigo mío. Se me pasaba decirte que don Pablo me encargó te previniese, de su parte, que realices o no, la última factura que te remitió a esa plaza en la goleta de Cupull,⁷ procures venir en el primer buque americano que se te proporcione, si no pudiese ser en la misma goleta de Cupull. Nunca podrá verificarse esto antes de la partida de Antonio para San Lázaro; pero de todos modos, es preciso que obsequies la insinuación de tu deudo y favorecedor don Pablo, abandonando allí los negocios para que vengas a consolar a este padre afligidísimo, que pronto va a verse privado de su hijo.

271. *tan sensible*: sensible UADY; *¡Que alma tan bella y tan sensible!*: om. RS

⁷ *Cupull*: Nombre de la provincia maya más poblada a la llegada de los españoles. Nombre del linaje principal que habitaba esa provincia.

Adiós. Si te escribiese Antonio, te incluiré su carta dentro de ésta mía. Tu invariable amigo, que te espera cuanto antes, para abrazarte y llorar juntos.

298. *ésta* : la VA, RS, P, UADY

CARTA II
ANTONIO A MANUEL

Mérida, 12 de diciembre de 1823

Manuel mío querido: acuérdome, como si hoy pasara el suceso, que siendo nosotros muy niños, nos llevó el negro Joaquín a una fiesta, que los frailes solemnizaban en San Francisco.¹ Era de noche, y en medio de las músicas, de los gritos de júbilo, de los aplausos, y de un estrepitoso repique de campanas, comenzó a elevarse un vistosísimo globo, inflado de humo, y sembrado de luminarias y banderolas. Era éste, sin embargo de sencillo, espectáculo muy raro entonces en la ciudad. Todos anunciaban que el globo se perdería en las nubes; y más de seis mil personas coronaron las murallas de la ciudadela y las azoteas inmediatas... De

¹ *San Francisco*: El convento de San Francisco de Mérida se fundó en el año de 1547, es decir –como afirma Cogolludo– “en la infancia de la población de esta tierra”. Estaba situado en un cerro pequeño de los muchos que había hechos a mano en la antigua ciudad de Tho. (*LC*, I, 371-376). Durante el gobierno de don Rodrigo Flores de Aldana se construyó la ciudadela de San Benito en el mismo cerro en donde se encontraba el convento de San Francisco, por lo que éste quedó encerrado entre sus muros. La ciudadela se inauguró el 31 de mayo de 1669. (Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán durante la dominación española*, II, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1910, 260-261). Hacia 1848, el convento de San Francisco ya estaba completamente destruido, como indica Sierra O’Reilly en el capítulo II (Primera Parte) de *La hija del judío*. Véase también el artículo de Sierra O’Reilly titulado “Algunas noticias curiosas sobre el antiguo convento de S. Francisco de esta ciudad” (*RY*, I, 310-315) y la descripción que de él hace en la parte III de *El secreto del ajusticiado (El filibustero y otras historias de piratas, caballeros y nobles damas*, México, Universidad Veracruzana, 2006). El convento se encontraba frente a la Alameda y donde actualmente se ubica el mercado Lucas de Gálvez.

15 improviso, una ráfaga de aire hizo columpiarse al globo con vio-
lencia... cien rápidas oscilaciones siguieron... la cestilla, llena de
betún y de materias inflamables, se volcó dentro del globo, y en
veinte segundos se inflamó aquel coloso, se redujo a pavesas, y
todo quedó sumido en oscuridad espantosa, después de haberse
20 iluminado brillantemente la atmósfera. Las gentes se dispersaron
en silencio, y tú y yo llorábamos amargamente, porque el globo
había concluido su carrera, cuando la comenzaba aún. Yo no sé
porqué este suceso, tan insignificante en sí, hizo en mi alma tan
profunda impresión: ello es que siempre le he recordado con un
vago afecto de pavor y espanto. Acaso un fatal presentimiento me
25 anunciaba que en aquel globo debía ver sin comprenderlo, la ima-
gen o la alegoría de mi corta existencia.

 Tal vez te sorprenderá esta última especie, y la seguridad con que
te la refiero. Nada es, sin embargo, más cierto, querido amigo. Haz
de saber que yo estoy *lazarino*, que tengo que abandonarlo todo,
30 pasar los pocos días que me quedan en la tierra, lejos de cuanto he
amado en el mundo, y morir en el solitario hospital de San Lázaro,
en medio de los más agudos dolores y sufrimientos, cubierto de
miseria y podredumbre. ¡Tal es la tristísima suerte que me espera!
¡Se acabó todo para mí! La creación ha desaparecido súbitamente a
35 mis ojos, en el momento mismo en que yo comenzaba a conocer y
a apreciar sus bellezas. ¡Yo estoy *lazarino*! ¿Sabes tú todavía lo que
es un *lazarino*? Figúrate un hombre cubierto de pústulas malignas,
que destilan cierto licor acre y corrosivo, de un feto² espantoso; la
piel escamosa, y sembrada de grietas; calvo, sin cejas, y la nariz
40 deprimida; las orejas prolongadas, los pies adoloridos, las manos
contraídas, y hecho un volcán el cerebro. Allí tienes un mal acabado
retrato de lo que viene a ser el infeliz acometido de esta espantosa y
mortífera enfermedad, para la cual ¡oh idea horrible! no hay reme-

24. *afecto* : efecto *RS*

² *feto*: Hedor, fetidez.

dio conocido. Imagínate al pobre *lazarino*, que las leyes no pueden 45
tolerar, por un temor, fundado o infundado, de que el mal se comu-
nique a otras personas y se generalice en la población; imagínate,
digo, al pobre *lazarino* en la flor de su edad, arrebatado por una
policía vigilante, del seno de sus padres y amigos, llevado a un hos-
pital lejano, aislado, casi solitario, y en donde se come, conversa y
duerme con espectros; esto es, con los demás *lazarinos*, que esa 50
misma policía ha encerrado en aquel fúnebre recinto, prohibiendo
a todos el acercarse a un lugar, de donde sólo pueden salir veneno,
contagio, pestilencia y muerte... ¡Oh Dios mío! He aquí un bos-
quejo de la situación de tu Antonio, de tu amigo y compañero inse-
parable. Cuando vivíamos juntos, hasta ahora pocos meses, entrega- 55
dos al estudio y a la lectura, dibujando hermosos paisajes, haciendo
brotar de la flauta torrentes de suavísima armonía, llenos de salud,
de vida y de contento, ¿podrías creer, querido mío, que, dentro de
tan poco tiempo, ese germen horrible, que se ocultaba en mis entra-
ñas, pudiese desarrollarse con tal rapidez, mezclarse en la masa de 60
mis humores, rendirme de esta manera, y que de un solo golpe
arrancase del corazón mis proyectos, mis ilusiones, mis goces, mi
felicidad y mi ventura?

Al despedirme del mundo para siempre, he creído un deber 65
mío el referirte, aunque tu alma sensible se contriste demasiado,
mi situación actual, y los motivos que la han producido. Voy a
abrirte mi corazón, como lo he verificado ya con Melchor; pero te
ruego que mientras viva, que será poco tiempo, no reveles a per-
sona alguna los pormenores en que voy a entrar, para ahorrarme 70
la vergüenza de que sepan mis crímenes; porque en tal caso, mis
remordimientos serían mayores y más dolorosos, que los que
ahora experimento. Esto haría insoportable la vida.

Recordarás, sin duda, que a pesar de las observaciones de los 75
maestros, para quienes siempre fui dócil; de las amenazas de mis
padres, a quienes he rendido la veneración más profunda; y de tus
advertencias, que jamás he dejado de escuchar con deferencia y

65. *referirte* : referirme UADY

estimación, yo entretenía ciertas relaciones con aquel joven español, que vivía ahora tres años en casa de D. N***, paisano suyo, que por compasión lo había recogido, mientras le era posible proporcionarle una colocación, que ya comenzaba a ser difícil, por las circunstancias políticas del país. Pues este desventurado me encontró un día en la *Cruz de Gálvez*,³ de una manera como casual, aunque a mí me pareció que estaba en acecho en una callejuela inmediata, para abordarme a mí, o al primero que se acercase. ¡La fatalidad me escogió para ser la víctima de aquel impío! Entramos luego en conversación: me habló de sus padres, de sus amigos, de su querida patria, de sus desgracias, y después... de su pobreza. Supo apoderarse tan bien de mi corazón, que desde aquella hora le ofrecí mi amistad, mi bolsillo, y todos los pocos medios que en su favor podía emplear un hijo de familia como yo. Su relato fue para mí tan interesante, que a pesar de haberme suplicado, con mucho calor, que no refiriese a persona alguna su conversación, ni hablase a mis padres de aquella nueva amistad, no me atreví a sospechar de su persona, ni de su conducta. ¡Me parecía tan sentido y natural todo cuanto me dijo! ¡Qué quieres! ¡Yo era tan joven, tan sensible, y he amado con tal ternura a todos mis semejantes! Yo no podía creer que mi generosidad, mi confianza sin límites, pudiese suministrar recursos a un malvado, para

³ *Cruz de Gálvez*: El 22 de junio de 1792 fue asesinado en Mérida el gobernador y capitán general de Yucatán, don Lucas de Gálvez y Montes de Oca, al salir de la Casa de Gobierno, cuando iba camino a su casa, que se encontraba a dos cuadras, en la calle que parte rumbo al oriente del ángulo nordeste de la plaza principal. “En ese lugar, sobre la calle 61 con 56 se erigió una cruz de madera de regular tamaño protegida por un tinglado. El pueblo designó aquella esquina con el nombre de la Cruz de Gálvez, pasados muchos años, cuando la cruz ya había desaparecido por la acción del tiempo, se comenzó a llamar con ese mismo nombre a la esquina situada en la calle 65 con la 28, donde se construyó un modesto monumento para señalar uno de los caminos, Mérida-Izamal, que don Lucas de Gálvez construyó durante su administración (1789-1792).” (Raúl E. Casares *et alii*, *Yucatán en el tiempo. Enciclopedia alfabética*, Mérida, Inversiones Cares, 2003. Edición en cd.; véase también Justo Sierra O’Reilly, “Monumentos públicos”, en *RY*, I, 322-329; Gonzalo Cámara Zavala, *Catálogo histórico de Mérida*, Mérida, spi, 1977, 57-58; Gabriel Ferrer de Mendiola, *EY*, III, 1947, 520-521).

perder a un joven inexperto, educado en la más rígida moral, sencillo, y que no había hecho daño a mortal alguno. El libro del gran mundo es un libro abierto para todo el género humano; pero no todos podemos leer en él, o, mejor dicho, no todos podemos comprender sus provechosas lecciones, sino después de una dolorosa experiencia. ¡Hombre malvado! a él debo mis desgracias, mi enfermedad, y mis remordimientos: a él, que sólo obtuvo de mí, cariño, amistad, benevolencia y dinero. Ve escuchando y horrorízate.

Pronto observaron las personas que se interesaban por mí, que me hallaba ligado con aquel mal hombre. Fuese que tenían algún antecedente de su conducta, o que más suspicaces y experimentados, acertasen en sus juicios con más seguridad, ello es, como recordarás, que mis padres me hicieron serias demostraciones, el doctor advertencias muy oportunas, y hasta tú solías increparme. ¡Injusticia del mundo! —exclamaba yo—. ¿Es posible que un infeliz, sólo por serlo, se atraiga la aversión hasta de personas sensatas? Entretanto, yo guardaba silencio. Mis padres me parecieron demasiado escrupulosos, el doctor y tú impertinentes o alucinados. Así fue que, con precaución y reserva, yo me dejé arrastrar de mi natural inclinación: estreché más y más mi amistad con aquel desventurado, que reputaba víctima de su desgracia; y continué en su trato, dándole con afecto y cariño todo cuanto necesitaba.

Díjome un día que era casado, y que su esposa, en unión de una hermana que siempre la había acompañado, estaban a punto de llegar.

Yo creo que ese hombre vio la sorpresa pintada en mi frente. Por la primera vez, dudé algo de la sinceridad de su lenguaje anterior. En efecto: en los minuciosos relatos que de su vida y aventuras me había hecho, jamás me había insinuado la especie de que fuese casado, antes al contrario, yo me figuré, por lo que me decía frecuentemente, que su emigración y desgracias le habían impedido realizar su matrimonio con una doncella valenciana, a quien amaba con mucha ternura. Verdad es que nunca en este punto había sido muy explícito; pero como por sus palabras yo había llegado a entenderlo así, después de meditarlo un momento, le hice, del mejor modo posible, la observación que me ocurría.

135 –¡Ah! Sí, es verdad –me dijo–, confieso humildemente que no
le he hablado a usted con la franqueza y claridad que debía; pero,
amigo querido, atribúyalo usted a lo que guste, menos a desconfianza,
ni a ningún otro siniestro motivo. ¡He recibido tantos golpes, tantos
desengaños funestos! Esa doncella es mi esposa. Ha llegado a la Habana
140 en solicitud mía, porque le informé de mi venida a la América, sin
designarle el punto; felizmente, o no sé si por mi desgracia, no ha faltado
quien le manifestase que yo estaba en Yucatán, y acabo de recibir, por
conducto de un amigo mío, esta carta, que puede usted leer si tiene
alguna duda.

145 Sacó de su cartera un pliego, que yo no quise examinar por
miramiento. Pero él se empeñó en leer su contenido, suplicándome lo
escuchase. Era una carta muy sentida y apasionada de la que él llamaba
su esposa, quien le decía, en conclusión, que en el primer barco se
dirigiría a Sisal.⁴

140. *sin designarle el punto; felizmente : om.*

UADY

⁴ *Sisal*: Federico de Waldeck, en 1834, nos dice: “Sisal es una pequeña aldea poco más grande que Frontera de Tabasco. Sus calles están tiradas a cordel, pero propiamente hablando, no hay más que una sola. Las casas están construidas de cañas cubiertas de barro (*cratitius paries*); sólo hay cuatro de piedra. Es necesario exceptuar también el fuerte que está frente al mar; esta ciudadela en miniatura tiene 100 pies de cada lado y está armada con seis cañones.” (Federico de Waldeck, *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, 1834 y 1836*, México, Conaculta, 1996, 79). Por otra parte en *El Registro Yucateco* leemos: “Sisal es puerto habilitado sin ningún abrigo para embarcaciones a las que sólo sirven de seguridad las anclas y los cables. Es de cortísima población y tiene un territorio o casa fuerte que llaman el castillo de Sisal, y una batería de fajinas con cañones de a 24. Tiene también un muelle de estacada y tablazón. Hay comandante del fuerte y del destacamento de milicia disciplinada, que viene de Mérida, de donde dista, por camino real y carretero, sólo once leguas.” (“Las costas de Yucatán”, en *RY*, I, 129). Finalmente el *Repertorio Pintoresco* nos informa que Sisal, después de haber sido una simple vigía, fue habilitado como puerto en el año de 1810. “Fundado en una posición saliente de la playa sus aguas son limpias y aun en verano tan fuertes sus crecientes que avanzan más allá de lo que de ordinario puede concebirse en mar bonanza.” (Rivero Figueroa, “Sisal”, en el *Repertorio Pintoresco*, Mérida, Imprenta de José D. Espinosa, 1863, 453).

–Suponga usted, amigo de mi alma –me dijo concluyendo la lectura de la carta–, la sorpresa que esta novedad me ha causado, y el compromiso en que irremisiblemente voy a verme, sin recursos, sin conexiones, y sin tener a quién confiarme. 150

Había en este modo de decir cierto aire algo villano, que me desconcertó un tanto. Sin embargo, hice un esfuerzo sobre mí mismo, diciéndole: 155

–Usted sabe que, aunque mis padres son medianamente ricos, yo no puedo disponer, sino de lo poco que debo a su bondad, y empleo en mis inocentes diversiones. Cuento usted, no obstante, con lo que yo tengo ahorrado, que todo llegará a doscientos pesos: es algún auxilio, y ¡ojalá pudiera proporcionarle mayor suma! 160

–¡Oh, mi querido amigo! bendita sea la Divina Providencia, que, por medio de un joven tan sensible y generoso, se digna protegerme, y velar por las criaturas abandonadas. Yo doy a usted, amigo incomparable, un millón de gracias, por el auxilio que me ofrece, y espero en Dios que muy pronto he de mostrarle toda la extensión de mi profundo reconocimiento. 165

Y me tomaba la mano, la besaba, me abrazaba, y lloraba a lágrima suelta.

Al día siguiente, puse en sus manos trece onzas de oro, y marchó a Sisal en busca de su esposa, que debía llegar de un momento a otro. Al partir volvió a encargarme la mayor reserva, y me dijo que había amueblado una casita, en una calle poco frecuentada y lejana. Jamás se me ocurrió preguntarle el motivo de no traer públicamente a su esposa, presentarla en la sociedad, y vivir con ella sin misterio, en un país en donde nada absolutamente tenía que temer. De él nació el decirme, en nuestra última entrevista, que no lo haría tan pronto, porque aún no había podido colocarse debidamente; y que mientras esto no sucediese, el exponerse a perder el arrimo de su viejo paisano, que lo protegía, era para él una desgracia irreparable, en el estado actual de sus negocios. Nada me ocurrió contra una resolución, que me pareció tan natural y tan plausible; y lejos de eso, yo mismo le di algunas instrucciones, para guardarse mejor de ser visto y observado. 170
175
180

185 Pasaron ocho días. Al cabo de ellos recibí un billete de mi
amigo, en que al darme la noticia de su feliz llegada, en unión de
su esposa y la hermana de ésta, me enviaba, a la vez la dirección de
la casa en que se habían alojado, suplicándome que pasase a ver-
los, tan luego como me fuese posible. No pude resistir a un mal
reprimido sentimiento de curiosidad, si así quieres llamarlo; y
190 pronto corrí en busca de los recién venidos. ¡He allí mi perdición,
y mi muerte! Mi falso amigo me presentó a aquellas dos funestas
mujeres, que emplearon en mi obsequio las palabras más dulces, y
más lisonjeras a mi amor propio; a ese amor propio, que tan fre-
cuentemente nos ciega, llevándonos después a los bordes de un
195 precipicio, para arrojarnos y sumirnos en él para siempre jamás.
Yo no puedo expresarte hoy la vivísima impresión que me causó la
vista de aquellas dos sirenas engañosas. Paulina, la que se llamaba
esposa de mi pérfido amigo, tendría veintitrés años, y Juanita, su
hermana, como diecisiete. Criaturas hermosísimas, y de una locu-
200 ción tan dulce y melodiosa, que desde aquel momento me sentí
arrebatado, involuntariamente, a una esfera desconocida, llena de
voluptuosidad y goces inexplicables. Juanita, sobre todo, me hirió
tan vivamente, que desde aquella hora de maldición, le entregué
mi alma, mi amor, mi vida, mi conciencia, y poco después... hasta
205 el honor. Compadécete de mí, y permíteme que pase ligeramente
sobre algunas escenas, que no puedo recordar sin ruborizarme y
estremecerme. Sólo te diré, para que puedas quedar enterado,
reservando a tu penetración todo lo demás, que en aquella casa
me hicieron jugar el dinero de mis padres y perderlo, y encene-
210 garme en la lascivia y en todos los desórdenes consiguientes. Yo
robé dinero a mi padre, y una multitud de alhajas preciosas a mi
madre; llegando al extremo de hacer vender hasta mis libros y
ropa de uso. Creo que ninguno se apercibió de lo que ocurría,
porque este drama inmundo pasó con la mayor rapidez. En sólo
215 quince días, entregué en manos de aquellos verdugos infames,
todo cuanto tenía yo de más noble y recomendable, siendo tal mi
deslumbramiento y mi frenesí, que en ese espacio transcurrido, no
pude, ni quise hacer una sola reflexión, sin embargo de sentir que

el torrente me arrastraba, me arrebataba y me lanzaba hasta donde
no podría calcular... ¡ay de mí...! hasta el hospital de San Lázaro. 220

Amaneció un día. No fue un día de desengaños, que harto des-
engañado debía yo estar; sino día de lección tremenda. Me dirigí
a casa de mis falsos amigos, de mis cómplices en el crimen. Llamé
a la puerta... nadie vino a abrirme. Una especie de terror involun-
tario se apoderó de mí. Clavado en aquel sitio, mil ideas horribles 225
me asaltaban. A mis reiterados golpes, una mujer anciana, que
vivía en la casa vecina, asomó por la ventana su arrugado y fatídico
rostro. “¡Ah! –gritó al verme–, hace una hora que le estoy espe-
rando; los huéspedes han partido a media noche. Aquí tiene usted
un billete que me entregaron para darle. Conque buenos días, 230
caballerito. Si tuviese usted necesidad de mí, ya su cofrade... y sus
conocidas... habrán dado a usted buenos informes de mi estable-
cimiento, y de lo bien que sirvo a los amigos. Eso sí, en mi casa se
juega limpio: yo no admito más que gente decente.” Maquinal-
mente tomé el billete, que me alargaba aquella infame y asquerosa 235
bruja. Estaba yo petrificado de horror... la ira me sofocaba...
¡quién sabe lo que yo hubiera hecho, si en aquel momento la
mano divina no me hubiera detenido! Reflexioné unos minutos,
eché el billete en el bolsillo sin leerlo, cerró la malvada vieja su
ventana gruñendo entre dientes yo no sé qué palabras obscenas, y 240
corrí a casa a encerrarme en mi cuarto. Un poco más sereno,
rompí el sello de la esquila, que aún conservo, y leí lo siguiente:

Pobre mozo. La estación de los nortes ha pasado. Me urge ir a cierta guarida
de la costa, en donde tengo a cubierto, hace cinco meses, mi pequeño
guairo.⁵ Mi gente debe estar ya reunida, para salir mañana a la mar. Yo soy, 245
si no lo ha comprendido bien, lo que en buen español acostumbramos lla-
mar “un pirata.” Suelo divertirme en tierra con algunos tontos, como lo he
hecho con usted; pero mejores presas me proporciono a bordo. Voy, sin
embargo, a dar a usted un consejo, siquiera porque nos ha tratado como a
cuerpo de rey. A usted le ha venido a cuento enamorarse de la dianche⁶ de 250

⁵ *guairo*: “Embarcación chica y con dos velas o guairas, que se usa para el tráfico en las costas.” (EI).

⁶ *dianche*: diantre, diancho o diablo.

Juanita, que es una de mis damas de honor. No es usted capaz de comprender todavía el mal que se ha hecho. Tome, pues, una buena dosis de mercurio; carénese⁷ bien, a ver si en el año entrante puede navegar, aunque sea en bandolas.⁸ Saludos de la gente franca, y mande en su amigo. *Juan Cruyés.*

255 En el lance pesado que acababa de ocurrirme, yo me figuré que aquel bárbaro había empleado conmigo hasta la quinta esencia de la más refinada maldad; pero nunca, jamás, llegué a creer que el infame llevase hasta ese punto su atroz y odiosísima conducta. Yo estaba pasmado, me sentía sobrecogido de un pavor mortal, porque tantos crímenes juntos me parecían superiores a lo más salvaje e indigno, que un hombre dado de la mano de Dios podía inventar. ¡Monstruo! Yo le había dado mi amistad con la mejor fe del mundo... y él se recreó en causarme los más indecibles tormentos. Veía yo en esto un castigo del cielo; pero ¡Santo Dios! yo no fui culpable sino al fin; y antes de llegar a él, la trama estaba urdida, y mi perdición acordada: ¿por qué, Dios mío, por qué?

265 Una fiebre ardiente me acometió aquel día. Recordarás bien, sin duda, aquella fiebre. Dancourt penetró algo en medio de mi delirio, se sentó a la cabecera de mi cama, prohibió la entrada en mi aposento a todo el mundo, y ese amigo incomparable se encargó de mí, casi exclusivamente. A los veinte días estaba yo fuera de peligro, y sin insinuarme cosa alguna directamente, se manejó el doctor de tal manera conmigo, escogió ciertas frases para ilustrarme, y empleó tales medios, en fin, que muy pronto recobré mi antigua calma, mis hábitos y mis amigos. Sólo me quedaban la vergüenza y los remordimientos, cuando me hallaba a solas conmigo mismo. La lectura y el estudio me dejaban poco

⁷ *carénese*: carenar. “Componer, recorrer y calafatear un buque, renovando todo lo que está podrido o inservible.” (DME).

⁸ *en bandolas*: Bandola. “La nueva armazón de arboladura y aparejo provisional que se forma por recurso con mastelero u otra pieza equivalente, cuando se ha desarbolado de alguno de los palos principales. Esta maniobra se expresa por la frase de *armar en bandolas*. *Navegar en bandolas*: navegar en esta disposición hasta llegar a puerto donde pueda remediarse la avería.” (DME).

tiempo, felizmente, para pensar en la burla cruel del falso amigo, y en las consecuencias que debía temer.

¡Consecuencias que muy pronto comencé a experimentar! Yo me vi entonces de las criaturas más afligidas. Era repugnantísimo para mí manifestarme a persona alguna, y estaba resuelto, más bien a sufrir la muerte, antes que hacer saber mi debilidad y mis crímenes vergonzosos, a aquellos individuos que sólo habían visto en mí un joven irrepreensible. Algo de orgullo, y más de imprudencia, había en este partido desesperado; pero ya sabes que tras de un abismo viene otro abismo. Mi destino había de cumplirse. Una a una comenzaron a aparecer, sucesivamente, todas las enfermedades venéreas más asquerosas. En mi propósito de no descubrirme, para sufrir una curación formal, no me quedaba más que un partido, y lo adopté ciegamente. Con la mayor reserva me puse en manos de un insigne libertino, que me hacía desaparecer, sucesivamente, con sus menjurjes las enfermedades, los síntomas y sus vestigios; de tal manera, que ni aun el doctor llegó nunca a sospechar cosa alguna. Pero en fin, el progreso de los males parecía indefinido, pues no bien desaparecía uno, cuando venían otros en pos.

Habrá cosa de tres meses que el doctor observó, por casualidad, que yo tenía una úlcera pequeña y casi imperceptible, en uno de los ángulos lacrimales. Me miró fijamente, me apretó la mano con ternura, y me dijo con voz melancólica. “¡Antonio, mi querido Antonio! Tú estás malo, muy malo, mucho más de lo que tú crees tal vez. Adopta un método, que voy a escribir ahora mismo, porque la cosa urge: síguelo con escrupulosidad, vuela a encerrarte en la hacienda de tu familia, y llevarás una carta para el cura del pueblo inmediato, que es un cura sumamente caritativo e inteligente en estas enfermedades.” Al oír este lenguaje, me quedé pasmado de terror. Guardé silencio, porque no me ocurrió nada que decir. Al día siguiente, muy temprano, me puse en marcha para la hacienda.

El cura, a quien dirigí la carta del doctor, por medio de un sirviente de la finca, vino a verme a los dos días. Hombre franco, estudioso y sensible, su ministerio, sin embargo, lo había familiarizado de tal suerte con las miserias de la pobre humanidad, que

en sus maneras bruscas y discursos raros, no parecía sino un clérigo duro y de una indiferencia estoica.

315 “–Buen amigo, aquí me tiene usted a sus órdenes” –fue el preámbulo de aquella primera visita del cura, que me tendía la mano, después de haberse despojado de la turca⁹ y de una mala chaqueta de mahon.¹⁰

320 –A las de usted, venerable señor mío. Tome usted esta silla para descansar.

–No... yo prefiero, con licencia de usted, esta suave y magnífica hamaca, que me parece de pita.¹¹ ¿A ver? sí, de pita, y de pita excelente. Una hamaca semejante sería artículo de contrabando en la casa cural de mi parroquia.

325 –Puede usted disponer de ella, señor cura; yo tendría mucho gusto...

–¡Ah, no, qué disparate! Si en mi casa nunca dura, buena o mala, ninguna hamaca. Luego, luego se la lleva algún pobre enfermo que carece de un mueble tan usual y necesario como éste.

330 A propósito de enfermos, Dancourt me dice... acerque, acerque usted su silla... el pulso... ¡eh!

Me examinó en seguida la lengua, el aliento, y después de haber estado mirándome de hito en hito, prosiguió su interrumpido discurso.

335 –Bien; es decir, mal. Porque usted está enfermo.

–Algo me había dicho el doctor.

⁹ *turca*: Especie de *mantelete* que usaban los curas y los colegiales. “Fulgencio el chico hizo en el colegio, lo que todos los colegiales. Masticaba en las horas de estudio, envuelto en su turca negra, y con sus zapatos, el *musa*, *musae* y el *bonus*, *bona*”. (Manuel Payno, *El hombre de la situación*, México, Juan Abadiano, 1861, 133). Y el mismo Manuel Payno, al evocar al Cura Hidalgo en su habitación, la noche del 15 de septiembre de 1810, en Dolores, dice que “se hallaba envuelto en una turca negra”. (*Episodios de la guerra de independencia*, México, Victoriano Agüeros, 1910. Biblioteca de Autores Mexicanos, 72).

¹⁰ *mahon*: “Tela fuerte de algodón escogido, y por lo común de color anteaado.” (*El*).

¹¹ *pita*: “Fibra que se extrae de esta planta y de algunas otras parecidas, suave y resistente, y muy estimada en cordelería.” (Juan Palomar de Miguel, *Diccionario de México*, México, Panorama Editorial, 1991).

—¿Algo no más? Pues usted lo que tiene es un *gálico mal curado*.

—*Gálico mal curado!*

—¡Eh! ¿Por qué se asombra? ¿Quién ha de saber mejor que usted...? digo, si es que lo sabe. 340

—Señor cura, por Dios; dígame cómo he de sanar: deme usted un remedio.

—¡Un remedio...! ya... puede tener remedio... aunque para eso se necesita el concurso de muchas circunstancias. Si no fuese posible... No hay más que resignación. También los *lazarinos* suelen vivir mucho. 345

—¿Será posible, padre mío, que yo venga a terminar en *lazarino*?
¡Lazarino!

—Tan posible, que, mejor dicho y sin rodeos, ya lo está usted completamente. 350

No tengo valor para recordar lo que entonces me pasó. Lloré a grito herido, me abracé con aquel bendito cura, él me consoló como mejor supo, y no me ha abandonado en todo el tiempo que permanecí en la hacienda. Me parece excusado decirte que, a pesar de los cuidados del cura, del régimen que me prescribió el doctor, y de mi empeño decidido de recobrar la salud, nada pude conseguir. De día en día he ido agravándome: los médicos de aquí me han visto y examinado y ya me han notificado la sentencia de muerte que he de sufrir, y muy pronto, en el hospital de San Lázaro. No me queda otro arbitrio que resignarme con mi suerte, y pedir a Dios fortaleza y conformidad. 355 360

Ya he cumplido con los deberes de amigo, refiriéndote esta horrible desgracia, con todos sus precedentes. Me voy, mi queridísimo Manuel, me voy a San Lázaro. No volveremos a vernos nunca, jamás. El destino ha levantado una muralla de bronce entre este pobre leproso y todos los objetos de su cariño. Pero a lo menos, nos escribiremos; ¿no es verdad? Rociarás mis cartas con vinagre y cloruro, y podrás librarte del funesto contagio. Ningún objeto de mi uso puedo dejarte, en memoria de nuestra antigua y sincera amistad, porque todo pertenece a un *lazarino*... ¡Adiós...! Él ha permitido que no estuvieses presente al tiempo de salir de 365 370

375 casa... en procesión fúnebre... para el sepulcro... porque no se
multiplicasen mis angustias... ¡Adiós, otra vez...! Sé feliz, y
recuerda siempre que tuviste un amigo que te amó con ternura...
¡Manuel mío! Mis lágrimas... ¡Ah, no puedo! Adiós.

CARTA III
MELCHOR A MANUEL

Mérida, 30 de diciembre de 1823

¡Consumose, en fin, la tan temida catástrofe! Antonio partió
ayer al hospital de San Lázaro, y nosotros hemos quedado sumi- 5
dos en la más profunda desolación. Se parece la de don Pablo, a
una casa mortuoria y enlutada; pero Antonio marchó con la
misma serenidad, con que un hombre, resignado enteramente a la
voluntad divina, acata y obedece los altos designios del cielo.

Felizmente, la enfermedad se había estacionado desde algunos 10
días antes, en fuerza del régimen curativo que prescribieron los
médicos. Antonio pudo así, en esta tregua que le concedió
el mal, reunir todas sus fuerzas físicas y morales para soportar, con
valor y denuedo, el amargo trance que le esperaba. Mientras que
todos nosotros vertíamos, en silencio y a hurtadillas, copiosas 15
lágrimas, él solo aparecía imperturbable, tranquilo, y algunas
veces franco y jovial. Yo creo, sin embargo, que de noche, cuando
se encerraba y se separaba de nuestra vista y cuidado, cuando se
encontraba solo y frente a frente con su horrible situación, con sus
recuerdos y con su fantástico porvenir, entonces, daría rienda 20
suelta a su intenso dolor; porque es imposible que su imaginación
de fuego, en su susceptibilidad tan viva, dejase de obrar poderosa-
mente el influjo de una posición tan singular, y a la cual estaba
muy lejos de creer que llegaría. ¡Tan rara y caprichosa le parecerá

5. *ayer*: *om.* RS
12. *esta*: *esa* RS

19-20. *con sus recuerdos*: *om.* RS

25 sin duda! Así nos lo daban a entender, en algunas mañanas, su
mirar sombrío y melancólico, su voz hueca y entrecortada, y la
irritabilidad de su ánimo. Pero estos episodios eran cortos,
momentáneos, y sin mayor expresión; porque si don Pablo en sus
ademanos, en su acento y en todo cuanto practicaba, a vista de su
30 hijo, daba señales de resignación y sangre fría, no era menor el
afán de Antonio en disimular sus pesares, en presencia de su infeliz
padre. Ambos, según entiendo, sólo aparentaban valor. Espere-
mos en Dios que, a la larga, lleguen realmente a obtenerlo, porque
de lo contrario, uno y otro serían víctimas de la más extremada
35 desesperación. Puedes figurarte cuán triste y afflictivo sería mi
papel en una escena, que se repetía a menudo. Con ambos tenía
que fingir impasibilidad, cuando yo estaba sufriendo una cruel
agonía, un horrible martirio, que se redoblaba más y más al obser-
var que hasta los parientes y los amigos más íntimos de la familia,
40 esquivaban la casa de don Pablo, y huían de ella, como podría
huirse de un lugar inmundado y pestilente. Los únicos, además del
incomparable doctor y yo, que jamás abandonamos al padre y al
hijo, que visitaron con asiduidad, cariño y benevolencia al pobre
enfermo, fueron el cura V***, el padre Suárez y el venerable cura
45 de Temax don Manuel Jiménez,¹ nuestro sabio y virtuoso maestro
de gramática latina, y que, desde el fondo de su prisión de estado,
inculcó a Antonio las filantrópicas máximas, que hoy sirven de
base a su carácter dócil, amable y tolerante, que apenas se ha alte-
rado con la enfermedad. Todos los demás, no han dado muestras
50 de saber lo que ocurría en aquella mansión de penas y dolores.
Una especie tan chocante, como odiosa, no pudo escaparse de la
fina penetración de Antonio.

34. *extremada* : tremenda UADY

¹ *el venerable cura de Temax don Manuel Jiménez*: Personaje histórico, miembro connotado del partido *sanjuanista*, que fue encarcelado en el convento de la Mejorada en Mérida, después de que Fernando VII derogó la Constitución de 1812. El pueblo de Temax se encuentra en la región centro del Estado y dista geográficamente 68 km de la ciudad de Mérida en dirección noreste.

—¡Ves, Melchor —díjome un día—, cómo el mundo, este mundo
ruin y miserable, me da nuevos motivos para no sentir su pérdida! En
otro tiempo, mi casa era muy frecuentada y considerada por todos. 55
Los que a ella concurrían, y se llamaban amigos, me rendían mil
obsequios y miramientos. Hoy es diferente. El ídolo se ha convertido
en monstruo, el apuesto mancebo en vestiglo, y el amable Antonio
en un asqueroso *lazarino*. Entonces, todos huyen del monstruo, del
vestiglo y del leproso. ¡Qué mundo, Dios mío, qué mundo! 60

—¡Tienes tal modo de ver las cosas! Me parece que hay dema-
siado con los males positivos que sufres, Antonio mío, para que
vayas a creártelos facticios.² ¿Porqué, pues, te atormentas así, y
fijas la consideración en lo que no vale la pena? ¿No estamos a tu
lado, los que te amamos con sinceridad, sin abandonarte? ¿No 65
procuramos, en lo que cabe, dulcificar tus amarguras, y aliviar tus
pesares? ¿Qué te importa lo demás?

—Bien dices, es verdad; y sabe el cielo cuanto agradezco, en lo
más íntimo de mi corazón, todo lo que mis amigos verdaderos
hacen por mí. Dios los bendiga a todos. Yo no me quejo, ni me 70
lamento, por la conducta de los que antes aparentaban estimarme,
ni por la frialdad e indiferencia de mis parientes: no. Quizá, yo
mismo, no estaría libre de obrar del propio modo, en circunstan-
cias idénticas. Pero me indigna, amigo mío, me indigna
extraordinariamente el conocer, aunque demasiado tarde, que 75
esta misma sociedad que huye de mí, sin curarse de la villanía que
encierra tal proceder; esta sociedad que se horroriza al saber mi
dolencia, que me proscribe de la manera más fría y salvaje, confi-
nándome a un hospital solitario, habría, sin embargo, tolerado
mis crímenes por mayores que fuesen, y tal vez los habría aplaudido. 80
Me maldicen porque estoy leproso. Fuera yo un libertino consu-
mado, y los verías canonizarme.

62. *Antonio mío* : om. RS

63. *facticios* : ficticios RS, P

74. *me indigna* : om. RS

80. *habría aplaudido* : habrían aplaudido
RS

² *facticios*: De *facere*: hacer; y no de *fingere*: fingir, imaginar, inventar.

85 –¡Oh, no! ¡Qué trastorno de ideas, mi querido Antonio! Te dejas
 arrebatar, y juzgas a tus prójimos con demasiada severidad, lo cual
 proviene del natural disgusto que debe causarte la indiferencia o
 necedad de algunos impertinentes, en quienes no debías ni pensar,
 sino para compadecerlos y perdonarlos. Sí, debes hacerlo así. Tú
 tienes bastante cordura y buen seso para conocer lo que puede una
 preocupación en ánimos vulgares, y aun en los que no lo son. ¿Qué
90 quieres, pues? Dícenles que tu enfermedad es contagiosa, y huyen
 porque temen infestarse. ¿Quién les persuade otra cosa?

 –Tienes razón, querido Melchor, tienes razón. No la hay, cierta-
 mente, para obligar a otros a hacer algo, que pudiesen ver como un
 sacrificio costoso. Y luego, ¿para qué? ¿Qué utilidad me resultaría de
95 ver atormentarse a los demás, tan sólo, acaso, para verlos representar,
 delante de mí, el ominoso papel de aquellos amigos que ejercitaron la
 paciencia del más paciente de los hombres? Te repito que tienes razón;
 pero ¿mi pobre e infeliz padre también está *lazarino*? ¿No hay quien
 consuele a ese desventurado anciano? ¿Tan pronto se han olvidado los
100 multiplicados beneficios que derrama siempre sobre todos los desvali-
 dos que imploran su bondad? ¿No hay compasión para ese hombre?

 Habla ya con tal vehemencia y exaltación, que temí, por
 algunos momentos, que volviese a caer en sus anteriores arrebatos;
 pero no pasó de allí. Suspiró, y luego, luego recuperó su serenidad,
105 y seguimos hablando pacíficamente.

 Don Pablo escribió oportunamente a su corresponsal de
 Campeche, encargándole, con particular empeño, que dictase
 todas las medidas conducentes, a fin de que no faltase a Antonio
 cosa alguna, a su llegada al hospital. Nada ha dejado de hacerse,
110 con el objeto de que no vaya a echar de menos las comodidades de
 su casa, en lo que cabe. Libros, pinturas, muebles decentes,
 y cuanto pueda servirle de utilidad o recreo, todo se ha dispuesto

91. *¿Quién les persuade otra cosa?* :
 ¿Quién les persuade de otra cosa?
 VA, RS, P, UADY

104. *luego* : om. P

106. *de* : en RS

112. *y cuanto pueda servirle* : y cuanto y
 cuanto pueda servir RS

de antemano. Don Pablo está muy satisfecho y consolado, al ver cumplidas fielmente sus órdenes.

La ocupación de Antonio, en los últimos días de su permanencia en casa, fue muy noble y filantrópica. Repartió, por conducto del cura Jiménez, una multitud de limosnas a viudas y huérfanos desvalidos; encargó que se comprasen libros para estudiantes pobres; hizo que su padre condonase la mitad de sus deudas a los infelices indios, que sirven en la hacienda; distribuyó una gruesa suma entre los criados domésticos; y rogó a don Pablo, que otorgase carta de libertad al negro Joaquín y a sus dos hijos. Todo se hizo al pie de la letra, y con la mejor voluntad del mundo. Don Pablo parecía el ejecutor testamentario de su hijo. 115 120

La víspera de su partida, me leyó algunos pasajes de las *Harmonies de la nature* de Saint-Pierre.³ Yo le vi enternecerse extraordinariamente. En seguida tomó su flauta que en los días anteriores ni siquiera había mirado: tocó, largo rato, unas variaciones muy tristes y melancólicas; ejecutó después la patética marcha de Luis XVI⁴, luego la animadísima de Riego,⁵ y terminó con 125 130

126. Harmonies : Harmónicas RS

³ *Harmonies de la nature* de Saint-Pierre: Obra póstuma (publicada en París, en 1815) de Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), que completa su obra titulada *Études de la nature*, aparecida en 1784. En ambas, inspirado en el pensamiento de Juan Jacobo Rousseau, aunque no siempre siguiendo fielmente sus ideas, describe y hace algunas consideraciones sobre distintos fenómenos de la naturaleza. La obra más conocida de Saint-Pierre es la novela: *Pablo y Virginia* (París, 1787).

⁴ *marcha de Luis XVI*: No identificado.

⁵ [marcha] *animadísima de Riego*: Rafael de Riego y Núñez (Santa María de Tuña, Asturias, 1785-Madrid, 1823). General y político español que intentó restablecer, durante el reinado de Fernando VII, la Constitución de 1812, mediante una rebelión que proclamó en Cabezas de San Juan, el 1º de enero de 1820. Derrotado por la reacción absolutista y sobre todo por la intervención armada acordada por la Santa Alianza, que trajo a España 100, 000 franceses (los cien mil hijos de San Luis), tuvo que vivir oculto. Una vez preso, se le condenó a morir en la horca. La *Marcha de Riego* o *Himno de Riego* fue compuesta por José María de Reart de Copons (1784-1857) con letra de Evaristo San Miguel.

una extravagante variación de notas y tonos, que no producían armonía ninguna. Rompió, al cabo, en mil pedazos el instrumento; y haciendo traer un gran brasero, arrojó al fuego aquellos fragmentos, con una multitud de papeles de música, dibujos, cartas y apuntes. Todo lo vio consumirse lentamente, sin la menor muestra de emoción; pero sabe Dios los pensamientos y los recuerdos que, en aquel momento, se cruzarían en su mente. Un solo papel reservó para sí con mucho cuidado, y yo creo que era el billete fatal de aquel infame pirata. Nada le pregunté, ni me pareció conveniente interrumpirlo en aquel desahogo, que era, sin duda, el postrer “adiós” a sus recuerdos e ilusiones.

Por la noche el doctor y el padre Suárez se llevaron a don Pablo; y aun hoy hubo de volver a casa, renovándole, al entrar, todas las heridas de su corazón, el llanto y los alaridos de la familia. Yo, el negro Joaquín y tres domésticos, debíamos acompañar a Antonio hasta las inmediaciones del hospital; pero al verme listo y dispuesto para emprender la marcha, se opuso tenazmente, suplicándome, con la mayor vehemencia y expresión, que no abandonase a su padre en manos de su propio dolor. En vano le hice ver que don Pablo quedaba bien acompañado, mientras yo volvía, o tú llegabas: nada, él insistió tenazmente, y tuve el amargo sentimiento de no llevarlo al término de su viaje fatal.

Al tiempo de abandonar la casa de sus mayores, entendió que don Pablo estaba ausente. Mostró mucha conformidad, y me dijo que mejor era así. Penetró entonces en el dormitorio principal, se arrodilló al pie de un Crucifijo, hizo una oración tierna y fervorosa, besó con respeto la cama en que nació y en la cual expiró también hace pocos meses doña Felipa, echó una rápida ojeada sobre todos los muebles antiguos que adornaban aquella estancia y... “vamos” –dijo sin inmutarse. Acercaron la litera, me apretó la mano... y partió.

Sí, y partió nuestro pobre amigo, para no volver jamás.

157. *también : om. RS*

CARTA IV
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 17 de enero de 1824

Querido mío. Comienzo a reponerme del profundo abatimiento en que había caído. En poco más de un mes, ocurrieron tales cosas, y tan espantosas, a mi triste existencia, que no puedo comprender todavía cómo no he sucumbido bajo el peso de tantas impresiones funestas. Ya lo ves: estoy vivo, y en aptitud de hacerte un relato de mis penas y sufrimientos. Aun me admira más la fortaleza sin igual, que debo a la Divina Providencia, en una situación que sólo puede sentirse, pero no describirse. El recuerdo sólo de los precedentes que, por sus pasos contados, me han arrastrado a este lúgubre recinto, demanda un valor a toda prueba; y yo tributo humildemente un sin fin de gracias al Señor Dios, que se ha dignado atribularme, es verdad, pero que, sin embargo, dejando caer gota a gota un bálsamo saludable de consuelo sobre mi corazón, me permite ahora abrirlo enteramente a tu sensible amistad. Yo bien te lo decía, querido amigo: no nos veremos nunca, jamás; pero nos escribiremos, hablarán nuestras almas. Eso me basta, y me hará llevadera esta vida de dolor y de amargura.

Considero que estarás ya al lado de mi anciano y afligidísimo padre, para consolarlo de la pérdida de este pobre y llorado hijo, que al labrar él propio su desgracia, preparó la de una persona tan respetable por mil títulos. Lloro con él, Manuel mío: infúndele valor, y hazle olvidar, si es posible, que su hijo sufre y padece, porque si en efecto yo sufro y padezco, mía es la culpa, y no hay razón para que ese varón justo conlleve la pena que he merecido. Dué-

leme ver, por sus cartas, cuál fue su angustia al enterrarme vivo;
30 pero si yo padezco por él y por mí, puedes figurarte la intensidad
de mi dolor. Mis cartas, pues, serán una crónica muy triste. ¿Cómo
evitar el que se refleje en ellas la situación de mi espíritu? Voy a
darte cuenta de todas mis impresiones, desde que salí del hogar
paterno, y verás que los más graves e intensos males de la vida,
35 suelen dar tregua al corazón para dilatarse, y recibir, como un
rocío saludable algún consuelo y alivio. Esto es demasiado para un
pobre leproso.

Pasé por varias poblaciones y por los suburbios de Campeche,
bien acompañado; pero Joaquín y su hijo mayor, sin valor para
despedirse de mí, desaparecieron, como por encanto, cuando yo
40 necesitaba más de sus consuelos, quiero decir, al pisar estos umbra-
les de la muerte. No sabré decirte cómo hice este viaje funesto. Yo
creía que me arrastraban por los cabellos, que mi cabeza se destro-
zaba sobre las piedras. Todo pasaba, a mi vista, como un pano-
rama fúnebre. Mi cerebro era el cráter de un volcán: yo soñaba,
45 pero mis sueños eran una horrible pesadilla, larga, agitada y
penosa, como la agonía convulsiva de un moribundo. Experimenta-
ba un malestar indefinible, y me parecía que una víbora chu-
paba, saboreándose, toda la sangre de mis venas. En fin, llegué a
San Lázaro, en donde ya me esperaban. Aquí, mis días serán días
50 de miseria –exclamé–, y mis noches, horas de tribulación sin
reposo... La maldición de Dios ha caído sobre mi cabeza, y mi
existencia va a ser ya una carga insoportable y odiosa... ¡Existen-
cia horrible, sombría y agitada, como la noche de una tempestad,
formidable como el infierno!

55 Entré, y apenas me atreví a dirigir una mirada sombría sobre el
magnífico espectáculo del mar, que dejaba a mis espaldas. El cape-
llán me tendió su mano, y apretó una de las mías con un ademán
de cordialidad y franqueza tan expresivo, que por primera vez,

44-46. *yo soñaba, pero mis sueños eran una horrible pesadilla, larga, agitada y*

penosa, como la agonía convulsiva de: om. VA, RS, P, UADY

después de mi salida de Mérida, una lágrima, que sentí helada, rodó por mi ardiente mejilla. Saludé, con palabras entrecortadas, al administrador, a quien reputaba yo como mi carcelero; y sin dirigir la vista a parte alguna, me dejé guiar hasta un aposento limpio y capaz que habían preparado, de antemano, los amigos de mi padre, a fin de hacerme más llevadera esta mansión de podredumbre y miseria. Pocos momentos después la noche cerró del todo, y el cansancio y la fatiga me rindieron, de tal suerte que caí en un sueño, profundo en verdad, pero doloroso y angustiado, como es, sin duda, el sueño de todos los infelices condenados a este encierro.

Cuando abrí los ojos, era ya de día. Primer día en la tumba. Tal fue la idea que me ocurrió al momento, idea que fue acompañada de un impetuoso torrente de lágrimas, pero aquel no era entonces el llanto convulsivo de la desesperación, sino el llanto triste y melancólico, que va causando lentamente la meditación sobre las miserias de la vida del hombre. Hasta ahora poco era yo feliz, e ignoraba casi la existencia del hospital de San Lázaro. ¡Cuán lejos me consideraba de ser, muy pronto, uno de sus habitantes! Deslizábase suavemente mi existencia sobre un césped florido, y ¡ay de mí! no sentía, no conocía que iba a hundirme en un espantoso abismo... Mi cabeza quedó un poco despejada, el ánimo más tranquilo, y hasta mis entorpecidos miembros parecían más sueltos y flexibles.

Abrí la puerta de mi aposento.

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué reducir al hombre, obra admirable de la creación, a un grado tal de abyección e inmundicia? Fijé, como fascinado, mis pavorosas miradas sobre un grupo de espectros que se arrastraban, con dolorosa lentitud, en una larga y ancha galería, sobre la cual daba la puerta de mi aposento. Aquellos fantasmas me parecían articular sonidos extraños: su fisonomía, sus ademanes, sus miradas, y hasta sus más leves movimientos, me parecieron tan inusitados, tan horribles y tan chocantes, que hube de quedarme mudo de espanto, y como petrificado, sin poder avanzar un solo paso. Aquellos miembros contraídos y cubiertos de

95 corrupción; aquellos ojos desencajados y rodeados de un círculo
lívido y sembrado de grietas; aquellas bocas desgarradas y hume-
decidas con sangre pestilente; aquellas narices taladradas, y a cuyo
través parecía registrarse hasta los sesos; aquellas orejas disformes
y verrugosas; y aquellos pies hinchados, muchos de ellos hasta el
100 grosor como de una columna... ¡Oh! aquel conjunto excedía, con
mucho, a todo lo que yo pude haber imaginado.

Mire usted los estragos que causa el vicio –me dijo uno de aquellos
infelices, que pasó junto a mí–. Yo no tuve valor para contestarle
esas ominosas palabras de salutación a un reciénvenido, ni para
seguir contemplando aquel espectáculo. El aspecto de tanta mise-
105 ria, reunida en tan corto número de hombres, era superior a mis
fuerzas. Retrocedí y entré de nuevo en mi aposento, a considerar
cuál era la suerte que me estaba reservada. Aún no había llegado
mi enfermedad a aquel punto, ni por tanto tenía aún la mons-
truosa apariencia de aquellos seres desventurados. Pero, en fin,
110 término ha de tener el mal, y muy pronto llegará a un período, en
que vea yo mismo, sin poder morirme porque aún no habrá
sonado la hora feliz, desgarrarse todos mis adoloridos miembros,
y desorganizarse paulatinamente esta máquina, que ya no podrá
girar sobre sus goznes. ¡Te horrorizas! ¡Te repugna esta pintura! ¡Te
115 espanta el fin de un pobre *lazarino*! Si yo no conociera la nobleza
de tu alma, y la elevación de tus pensamientos, yo te diría, como
puede decirse a muchísimos: “Hombre sensual y voluptuoso, tú
que estás sumido en los placeres y en los goces engañosos del
mundo, no quieres ni pensar en los males de la pobre humanidad.
120 Te tiemblan las carnes; pero no te compadeces. Te horrorizas; pero
no te mueves a piedad. Tienes asco a esta pintura; pero es porque
no te lisonjea. Ve a los hospitales, a esas mansiones de dolor, y
aprende a conocerte. Como te ves, me vi; y no es difícil que te
veas, como yo me veo.” Perdona, Manuel mío, este importuno
125 apóstrofe, que en manera alguna se dirige a ti; pero no me negarás
que hombres hay tan duros y empedernidos, a quienes repugnaría
un relato como el presente, tan sólo porque en él no hallarían
palabras de placer. Mi resignación puedes calcularla, por la sereni-

dad con que entro en ciertos pormenores. ¿No es verdad que esto
servirá de algún consuelo? 130

Mire usted los estragos que causa el vicio. ¡Ah! Esta amarga obser-
vación me hiela, me horroriza y me mata. Por fortuna, no es exacta
ni verdadera del todo, y más bien la contemplo como el desahogo
salvaje de un misántropo infeliz. De lo contrario, el hospital de
San Lázaro no sería, únicamente, el domicilio del dolor y de la 135
miseria, sino también el de los remordimientos. Sin embargo de
que estoy cierto, a no poder dudarlo, que muchos de los que pade-
cen aquí, son del todo inocentes, ¡cuán lejos me encuentro de
hallar para mí este lenitivo, esta consoladora reflexión! Porque, si,
en efecto, la mayor parte de los lazarinos sufren por sola su desgra- 140
cia, por la malignidad de humores, que tal vez han heredado, o
por cualquier otro motivo, en fin; yo sufro y moriré por haberme
encenegado en un crimen vergonzoso, que mi situación me
recuerda, a cada paso, involuntariamente, y que me lo recuerda
para experimentar el más profundo remordimiento. 145

Poco después me visitaron el capellán y el administrador, que
dictaron, conforme a mi gusto y voluntad, cuantas providencias
creyeron a propósito para mi mejor servicio. He encontrado todos
mis libros, y otros más, que mi buen Melchor tuvo cuidado de
remitir. Todo el día lo empleé arreglando mi nueva habitación, 150
acompañándome el capellán con la mayor asiduidad y empeño.
¡Cuán dulce es hallar, Manuel mío, una alma tierna y compasiva,
cuando se sufre algún mal, o viene alguna desgracia! Este capellán
me tiene encantado. ¡Qué bondad, y qué modestia! No hay reme-
dio: él será mi amigo y mi guía. 155

El edificio es bastante amplio, y capaz para su objeto. Bellísima
es su situación, porque encuéntrase a poca distancia de las últimas
casas del pintoresco barrio de San Román, al pie de unas colinas,
sobre una playa limpia, y al influjo de todos los vientos. Tiene una
larga y hermosa fachada sobre el mar, y entre éste y el hospital, 160

143. *encenegado* : encenagado P

165 pasa el camino de Lerma,¹ que es frecuentadísimo de las personas que viven en la ciudad. Voy a darte algunas noticias sobre el origen de este piadoso establecimiento que he reunido, teniendo a la vista datos auténticos. Te parecerá extraño que yo me haya ocupado en esto; pero eso mismo te servirá de prueba para creer que mis males comienzan a experimentar algún alivio moral.

170 El brigadier don Hugo O’Conor y Cunco,² gobernador que fue de esta provincia y que falleció el 8 de marzo de 1779 en la hacienda Miraflores, cerca de Mérida, legó diez mil pesos para que se emprendiese la obra desde luego. Parece que entonces no pudo verificarse, porque yo he visto una real cédula, fecha en Aranjuez el 13 de diciembre de 1783, dirigida al obispo don fray Luis Piña y Mazo,³ ordenándole que se procediese inmediatamente a la

¹ *Lerma*: Pueblo y puerto cabecera de la municipalidad de Campeche. En la época prehispánica se llamaba Tixbulul y durante la Colonia cambió su nombre por el de Lerma en honor de don Juan de Lerma, originario del pueblo de Lerma en la provincia de Burgos. “Para defensa del pueblo de Lerma, a siete kilómetros, o legua y cuarto de Campeche, se levantó una torre que, según el escritor yucateco Joaquín Lanz Trueba, tuvo dos siglos de vida. Fue, pues, erigida en 1680, ordenándose su destrucción en 1880. Se conserva hoy un plano, levantado por Rafael Llobet el 2 de octubre de 1789, y que nos presenta la simplicidad y pocas condiciones estéticas del mismo, que demuestran no fue concebido según las más adelantadas directrices de la arquitectura abaluartada.” (*JACQ*, 286; Joaquín Lanz Trueba, “El pueblo de Lerma, del Estado de Campeche”, *apud*, Miguel Salinas, *Sitios pintorescos de México*, México, Imprenta de Patricio Sanz, 1929, 324-238). La iglesia de Lerma fue erigida bajo la administración del teniente de rey don Antonio de Bolio y Salgado, en el año de 1812, bajo la advocación de la Virgen de la Asunción. (Abraham Alpuche Martínez, “Lerma: historia y realidad”, en *Apuntes arqueológicos e históricos de Campeche*, Campeche, CONACULTA/INAH, 2000, 281-285).

² *Hugo O’Conor y Cunco*: Gobernador y Capitán General de la Provincia de Yucatán. Gobernó del 24 de febrero de 1778 al 8 de marzo de 1779, fecha en la que murió en la quinta Miraflores, en el sur de la ciudad de Mérida.

³ *fray Luis Piña y Mazo*: Fr. Luis de Piña y Mazo (1723-1795) era monje benedictino en el convento de San Pedro de Cardeña, en Burgos, antes de que el rey Carlos III lo presentara al papa Pío VI para la mitra de Yucatán en 1779. Desembarcó en Campeche el 15 de septiembre de 1780 y llegó a Mérida el 8 de octubre del mismo año. Después de visitar su diócesis, emprendió una serie de reformas que lo enemistaron tanto con el clero como con el poder civil. Célebres son sus diferencias con el Dr. José Nicolás de Lara y

obra, con los diez mil pesos del legado, y con la suma de trescientos y más pesos existentes en la depositaría general de Campeche; y que se hiciese cargo de este importante asunto, señalando la persona que tuviese a bien para la ejecución de la obra, disponiendo, al mismo tiempo, lo más conveniente a la perfección, conservación del hospital y asistencia de los enfermos. El obispo informó al rey con fecha 12 de julio de 1785, manifestándole que se había dado principio a la repetida obra, en las inmediaciones de Campeche, sobre el plano que acompañaba al informe; pero representaba, que no siendo suficientes las cantidades que existían, se había resuelto fabricar únicamente las piezas necesarias para los enfermos, suspendiendo la prosecución de todo el proyecto, mientras no se presentasen otros arbitrios; y concluye diciendo, que no podrá perfeccionarse, ni conservarse dicho hospital, ni mucho menos mantenerse a los enfermos, si Su Majestad no se dignaba conceder las gracias que constan del informe, o las que fueren de su real agrado. El señor Piña murió en 22 de noviembre de 1795, cuando aún estaba muy lejos de realizarse el proyecto; pero habiendo subido los espolios⁴ de aquel prelado a una suma bastante gruesa, el rey dispuso de ellos para la conclusión de las iglesias de Umán y San Cristóbal,⁵ destinando cua-

175

180

185

190

178. a : om. UADY

con el brigadier Roberto Rivas Betancourt, Gobernador de Yucatán. En sus últimos años los problemas se agravaron cuando acusaron injustamente a su sobrino, don Toribio del Mazo, de haber sido el asesino del Gobernador don Lucas de Gálvez que murió a causa de una puñalada en el corazón, la noche del 22 de junio de 1792. Según Sierra O' Reilly, gran parte de las desavenencias del obispo Piña y Mazo, se debieron a su carácter intolerante y a su avaricia desmedida. (RY, IV, 369-380).

⁴ *espolios*: "Por este nombre se entienden comúnmente los bienes que quedan por muerte de los prelados, de que es heredera la Cámara Apostólica, todas las veces que no ha podido restar ni disponer de ellos el prelado en virtud de facultad que el Sumo Pontífice le haya concedido." (DA).

⁵ *las iglesias de Umán y San Cristóbal*: La iglesia-convento de Umán o parroquia de San Francisco de Asís se terminó de construir a finales del siglo XVIII. Umán se encuentra geográficamente a 16 km al suroeste de Mérida. La iglesia de San Cristóbal también se

113

195 renta mil pesos para el hospital de San Lázaro. Así hubo de verifi-
carse la erección de un establecimiento que, como decía el señor
Piña, debía servir “para cortar de raíz los rápidos progresos que
diariamente conseguía aquella venenosa y mortal dolencia, lla-
mada *lazarino*.” Ya ves, mi caro Manuel, que sin embargo de mi
200 “mortal y venenosa dolencia”, no he perdido mi afición a los pape-
les viejos, aun a riesgo de inficionarme o contagiarme, sorbiendo
el polvo de apolillados armarios.

El régimen económico y administrativo es bastante bueno y
razonable, si algo puede parecer bueno y razonable a un pobre
205 leproso, que sólo ve miserias en torno suyo. Hay, de ordinario,
veinticinco o treinta enfermos de ambos sexos. El número sube
algunas veces, lo cual depende del celo de las autoridades políticas,
que suelen ser o muy indulgentes, o demasiado severas hasta el
rigor, persiguiendo, dicen que en beneficio de la sociedad, a los
210 pobres *elefanciacos*,⁶ que huyen despavoridos, como si fueran bes-
tias monteses, por la soledad de los campos. ¡Cuántas veces ha
ocurrido relegar y sumir, en estos pasadizos de la muerte, a algu-
nos infelices, que aún no estaban *lazarinos*; pero que por la funesta
disposición de sus humores, han terminado por contraer real-
215 mente esta maléfica enfermedad! ¡Ah! Esto es demasiado cruel, y a
mí me parece que, por compasión, por piedad, ya que no por
justicia y obligación estrechísima, debía, en este punto, procederse
con más miramiento, y adoptarse ciertos medios que alejasen tan
atroz y tan funesta equivocación. ¡Sabrán esas autoridades despia-
220 dadas, o indiferentes, lo que importa una medida semejante!

terminó de construir a finales del siglo XVII. La fachada principal está adornada por una concha de grandes dimensiones. Se encuentra en la calle 50, esquina con la 69, frente al parque de “La Reforma” o García Rejón.

⁶ *elenfaciacos*: Afirma el Dr. Nemesio de los Santos Rubio que los miembros inferiores de las personas que padecen lepra, aumentan considerablemente de grosor, se cubren de escamas y, perdiendo las formas humanas, presentan un aspecto semejante al de las arrugas de la piel de los elefantes, por lo que a esta enfermedad se le conoce también con el nombre de *elefantiasis*. (Nemesio de los Santos Rubio, “El Lazarino”, en el *Mosaico. Periódico de la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida de Yucatán*, Joaquín Castillo Peraza, 1849, 330-331).

¡Concebirán, acaso, la vehemencia, la intensidad de los tormentos físicos y morales que aquí se pasan!

Volvamos al régimen económico. Según el grado de la enfermedad, así es la vigilancia y el cuidado que emplean el administrador y sus dependientes; y se permite a los enfermos que hagan sus excursiones por las orillas del mar, con tal de que presten garantías, que alejen el temor de la fuga, o de que se introduzcan en las poblaciones inmediatas. Yo disfruto, por ahora, de todos estos privilegios, aunque todavía no he tenido ánimo de usar de ellos. Cada enfermo tiene una habitación separada, y actualmente hay dos matrimonios de dos *lazarinos* con dos *lazarinas*. ¡Qué cosa tan horrible! El hospital se sostiene con el producto de los capitales impuestos, con ciertos arbitrios fijos o eventuales, con los donativos de algunas personas piadosas, y con las hospitalidades que pagan los que tienen medios de hacerlo. Hay aseo, cuanto buenamente cabe en un hospital de leprosos: los alimentos son sanos y esmeradamente servidos. El ayuntamiento de Campeche, encargado de la dirección y gobierno de esta casa, siempre ha manifestado el mayor celo en dulcificar la condición de los pobres enfermos. Así es que tenemos capellán, médico, botica, y todo lo necesario. ¡Gracias sean dadas a Dios, por este beneficio! Sin embargo, yo le ruego encarecidamente que, si esta enfermedad no es contagiosa, como no falta quien lo crea, deje caer una pequeña ráfaga de su luz divina sobre la ciencia, a fin de que, demostrada la verdad, no vuelva nunca más a arrancarse, con violencia, a un ser sensible, de los brazos de las personas que le son queridas.

Dos días después de mi entrada en el hospital, se me presentó un caballero, como de cincuenta y seis años, pálido y medio encorvado; pero de una fisonomía tan franca y expresiva que a primera vista, como por instinto, predispone en su favor. Era el doctor don Juan Antonio Frutos,⁷ médico español que, por

⁷ *el doctor don Juan Antonio Frutos*: Nació en la villa de Bado Condes, diócesis de Osma, en Castilla la Vieja, el 8 de febrero de 1773. Después de cursar la carrera de cirujano en Madrid, ejerció la profesión en esta misma ciudad y al servicio del ejército

encargo de mi padre, venía a visitarme y asistirme con sus consejos
higiénicos. Pero este hombre no sólo es un médico insigne, sino
también un profundo moralista. Su conversación es rica, amena y
255 fecunda; tiene gracia y destreza para mover los resortes del cora-
zón. En suma, es sabio y virtuoso: verdadero médico; de esos
médicos que, como repetía a menudo el doctor, han comprendido
su misión, misión de amor, de paz y de consuelo; misión que
pocos desempeñan, viendo en su profesión uno de tantos medios
260 de vivir, de hacer negocio y fortuna. No es así don Juan Frutos,
porque en donde se oye el gemido del dolor y de la miseria, allí se
le ve con más afán, con más constancia y asiduidad. Para él no hay
hora intempestiva, no hay mal tiempo, no hay tropiezos: todo lo
allana y lo vence, penetrando, abrazado de su amor a la humani-
265 dad, con más contento en la choza infeliz del pobre pescador de
San Román que en los suntuosos aposentos de los ricos.

Hablamos más de una hora, y se despidió de mí, ofreciendo
venir a consolarme cada vez que sus ocupaciones en la ciudad se lo
permitiesen; y en efecto, me ha hecho ya tres visitas, y en cada una
270 de ellas he descubierto nuevo caudal de conocimientos, de bon-
dad y de dulzura.

—Usted, amiguito mío —me decía la última vez—, comenzará a
vivir, si quiere, en el seno mismo de esta destrucción que le rodea.
La vida del hombre es tan corta, y la pasa regularmente con tanta
275 agitación y zozobra, que apenas nota la rapidez con que el tiempo
corre presuroso. Viviéndose en esta agitación, no hay más que

270. *he descubierto* : ha descubierto RY,
VA, RS, P, UADY

en varios lugares de España (Extremadura, Cantabria, Andalucía). Llegó a la península de Yucatán a mediados de 1805, y después de una corta estancia en Bacalar y Mérida, se estableció en Campeche. La imagen que de este médico nos da Sierra O'Reilly en su novela corresponde a la de la persona real hasta el grado de que lo describe con las mismas palabras en la pequeña biografía que incluyó en *El Registro Yucateco*, incluso, sin olvidarse del virgiliano *miseris succurrere disco*. Murió en Campeche el 27 de enero de 1844. (RY, III, 106-110).

excentricidad y movimiento. Pero cuando alguno de los grandes sucesos de la vida, de esos que no pasan ordinariamente, sino que sobrevienen de improviso, y como inesperados, obliga a nuestras facultades a reconcentrarse, entonces entramos en nosotros mismos, meditamos y... vivimos; porque meditar es vivir, aunque a los hombres frívolos parezca otra cosa. 280

–Vivimos; pero ¡qué vida, doctor mío! Si ese grande suceso es una desgracia, como la pérdida de la fortuna, o de algún objeto querido... ¡oh!, nuestra vida entonces es una vida de dolor y de lágrimas, mas si fuese algún crimen... la vida, en tal caso, sería un veneno lento, que iría destruyendo el principio de la vida, en medio de una agonía infernal. Yo no sé si Dios nos haría un singular beneficio, aliviándonos entonces de un peso semejante. 285

–Ése es el lenguaje de la pasión, y no el del buen sentido. No sabe usted, por experiencia, cuánto aprovechan los remordimientos. ¡Feliz mil veces, yo se lo aseguro, el hombre que, después de un crimen, los experimenta! Acaso éste es el hombre de quien digo, principalmente, que comienza a vivir, después de uno de los grandes sucesos de la vida. Porque yo me figuro que esos remordimientos, si lo son en efecto, no han de limitarse a un sentimiento puramente especulativo. Yo creo, al contrario, que si un remordimiento, por más vehemente que sea, llega a apoderarse de un criminal, el mayor empeño de éste debe consistir en borrar su crimen, o por una resignación filosófica, ¡y la resignación se parece tanto a la felicidad!, o por obras virtuosas, que la sociedad estime, y el corazón apruebe. 295 300

–Pero si ese crimen...

Yo no sé qué impulso, tan secreto como involuntario, me empujaba hasta un punto, al cual yo no hubiera querido llegar, por lo menos en tan crítica circunstancia; pero aquel hombre parecía haber trazado alrededor mío un círculo mágico del que, ni luchando a brazo partido, habría podido salir por entonces. Sus ojos vivos y penetrantes se habían clavado en los míos y, salvando todos los obstáculos, habían ido a fijarse hasta lo más íntimo de mi corazón, para leer allí parte de mi historia. 305 310

–Pero si ese crimen –continué–, único tal vez, casi inculpable, nos produjese no sólo el remordimiento, sino también una injusta desgracia, una desgracia de esas que nos hiciesen llorar amargamente...

315 –¡Pobre joven! Yo diría a quien tal se explicase, que no era el remordimiento, sino las consecuencias de su crimen, las que lo hacían arrepentirse de él, y perdería indudablemente todas las ventajas del primer afecto. Por eso decía yo a usted, que aquel
320 lenguaje era de la pasión y no del buen sentido; y no es así como debe guiarse el filósofo, y menos si profesa una religión tan sublime, tan bella y tan consoladora, como lo es, sin duda, el cristianismo. Estudie usted mejor sus máximas santas, su moral divina, y... yo se lo ofrezco: va usted a ser feliz, va usted a vivir,
325 porque va usted a meditar...

Y lloraba yo, lleno de confusión. El doctor Frutos me estrechó cariñosamente la mano, me miró con ternura, y partió. No hay remedio, este hombre se ha apoderado de mi secreto, a pesar de mi empeño en ocultárselo a todo el mundo. ¿Será que las señales
330 exteriores de mi enfermedad, revelan a los ojos de la ciencia, cuál sea su funesto origen? No; mis anteriores conversaciones con este observador, tan modesto como ilustrado, me hacen creer que aún no estaba cerciorado del hecho. Cuando me visitó, la vez primera, hablamos detenidamente sobre el principio, progresos y actual
335 estado de mi dolencia. Yo me expliqué con la mayor circunspección, y no recuerdo haber dicho cosa alguna que me acusase. No hay duda; mi emoción, mis miradas, mis facciones me vendieron, cuando se habló de los remordimientos de un criminal. Pero si el doctor llegase a saber cuán crueles y horribles circunstancias
340 precedieron a ese crimen que me agobia... sí... él me compadecería mucho más. No me atrevo a decir que me justificaría; pero sí que excusaría mi conducta. ¿No crees, Manuel mío, que tengo razón para esperarlo así?

321. *y* : *om. RS*
324. *lo* : *las UADY*

336. *acusase* : *acuse UADY*

El genio y el carácter del capellán son de un género diverso. Aunque, gracias a la infinita misericordia del Señor, ni la incredulidad, ni las opiniones de los sofistas, han hallado jamás cabida en mi pecho, encuentro muchos puntos de contacto entre este buen eclesiástico y el que dirigió la conversión del filósofo desengañado, que tan bien, y con tal maestría, retrató el sublime autor del *Evangelio en triunfo*.⁸ La misma dulzura en las palabras,

345

350

344. *diverso* : divino RS

348. *conversión* : conversación UADY

⁸ *el sublime autor del Evangelio en triunfo*: Pablo Antonio de Olavide y Jáuregui (Lima, 1725-Baeza, 1803). A los diecisiete años obtuvo el grado de doctor en Cánones; a los veinte se le nombró oidor de la real Audiencia de Lima. Con motivo del terremoto que sufrió Lima en 1746, administró el dinero que aportaron los comerciantes para la reconstrucción de la ciudad; pero, a pesar de su probidad, fue acusado de malversar los fondos, incluso de sacrilegio, por haber dispuesto de un remanente para la construcción de un teatro, cuando se debía haber utilizado para la edificación de una iglesia. Por este motivo se le llamó a España. Pero aquí corrió con tal suerte, que se le liberó de los cargos. Más tarde, bajo la protección de Isabel de los Ríos y del conde de Aranda, continuó sus estudios en Alcalá y Madrid. Trató de reformar la enseñanza en Sevilla; colonizó e industrializó Sierra Morena; pero su ímpetu reformista despertó las sospechas de la Inquisición, que lo recluyó en sus cárceles en noviembre de 1776. Se le acusaba de haber dado lugar en su biblioteca a la *Enciclopedia*, al *Diccionario histórico y crítico* de Pierre Bayle, al *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, a las obras de Voltaire y de Rousseau, etc.; de haber hablado mal de la demasiada veneración del pueblo por las santas imágenes, rosarios y limosnas; de preferir a los filósofos paganos a los cristianos; de haber visitado a Voltaire, y conservar entre sus papeles una carta de éste en que se decía: *sería de desear que la España poseyese 40 hombres como Olavide*, etc. En 1780, Olavide huyó a París, en donde los enciclopedistas, lo recibieron favorablemente. Pero años después durante el terrorismo que se desató en Francia fue acusado de *contrarrevolucionario* y encarcelado en Orleáns. Durante su cautiverio escribió *El Evangelio en triunfo o historia de un filósofo desengañado*, que se editó en repetidas ocasiones, y que, según Morel-Fatio no fue más que un subterfugio para regresar a España. En España, publicó en 1799 la obra titulada *Poemas cristianos en que se exponen con sencillez las verdades más importantes de la Religión*. De *El Evangelio en triunfo*, dice Menéndez Pelayo: “Cada página del *Evangelio en triunfo* [...] respira convicción y fe. Fue, sin duda, obra grata a los ojos de Dios, expiación de anteriores extravíos y buen ejemplo, que [...] hizo honda impresión en el ánimo de muchos y trajo a puerto de salvación a otros infelices, como el autor.” (Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, II, Madrid, BAC, 1956, 706; Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda*

el mismo fuego en los discursos, la misma caridad fervorosa, el entusiasmo de la religión, lógica irresistible... He allí un bosquejo del padre N***, capellán del hospital, y que lo es, porque aquí se padece más, se llora más, y hay más necesidad de consuelos religiosos, que en ninguna otra parte. Yo he entablado con él aquellas relaciones que unen permanentemente al discípulo con el maestro. Desempeñando él uno de los más sublimes ministerios de nuestra religión adorable, mi conciencia, con todas sus debilidades, va a quedarle enteramente abierta. Si yo lo he elegido para mi juez en el tribunal santo de la penitencia, también va a ser mi amigo, mi guía y mi consejero en las tribulaciones de la vida. Él reúne cuanto yo pudiera apetecer, en un hombre destinado a desempeñar este doble carácter sobre un pecador, que ha de ver a sus pies como Dios mira a sus criaturas; y al lado de un enfermo, que aún comienza a sorber la amarga copa del dolor. Esas relaciones consoladoras se habrían ya estrechado, si cuando mis potencias comenzaban a recobrar su aplomo, no hubiera ocurrido un lamentable incidente, que me ha afligido extraordinariamente, haciendo suceder en mí un nuevo linaje de afectos, que volvieron a agobiar mi pobre espíritu, aunque de una manera diversa. Hablo de la entrada de un nuevo *lazarino*, que vino al establecimiento hace cuatro días. ¡Pobre criatura! Semejante suceso ha engendrado en mí un sentimiento tal de compasión, que ha hecho olvidarme hasta de mi situación personal, para dedicarme a consolar a ese infeliz, cuyos infortunios me han afectado con rara vehemencia. Yo siempre he amado a mis semejantes, querido amigo: Tú lo sabes muy bien, y me glorío de ello. Así es que, sin embargo de que yo necesito todavía de consuelo, para calmar la agitación

365. Esas : estas RS

mitad del siglo XVIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 620-622). Existe una edición reciente de *El evangelio en triunfo o historia de un filósofo desengañado* (2 vols., prólogo de José Luis Gómez Urdáñez, Fundación Gustavo Bueno, Oviedo, 2004). (Véase también el artículo titulado "Olavide", en el *Museo Yucateco*, I, 388-391).

de mi ánimo, y de consejos sabios, para lograr una resignación perfecta, me he constituido en médico y maestro de mi nuevo compañero de infortunio. Te diré algo sobre él; y estoy cierto de que lo compadecerás, aun sin conocerlo, porque tú eres bueno y sensible, querido mío, como lo fue nuestro guía y maestro Bernardino de Saint-Pierre, cuyas obras, que tienen por epígrafe el sublime *Miseris succurrere disco* de Virgilio,⁹ han venido ya a ser mi lectura diaria y predilecta. 380 385

Me paseaba, aquella tarde, en la galería, con mi buen amigo el capellán, cuando sentimos detenerse una calesa en la puerta del edificio. Hasta allí, nada había llamado nuestra atención, porque el hecho de llegar una calesa no era extraño, pues frecuentemente venían los médicos de la ciudad en un carruaje semejante; pero, poco después, percibimos el rumor confuso de varias voces, entre las cuales sobresalía una muy notable por su vehemencia y por su acento doloroso. La vocería se aumentaba por grados, y, movidos de la curiosidad, nos acercamos hasta el vestíbulo, en donde se representaba aquella escena. Pocos momentos me bastaron para comprender perfectamente el asunto de que se trataba. 390 395

380. *me he constituido* : me he constituido RS

9. *Miseris succurrere disco de Virgilio:*

*Me quoque per multos similis fortuna labores
iactatam hac demum voluit consistere terra:
Non ignara mali, miseris succurrere disco.*

Semejante fortuna también ha querido que yo finalmente, arrojada por muchas circunstancias, me establezca en esta tierra: No ignorante del mal, aprendo a socorrer a los miserables. (Virgilio, *Eneida*, I, vv. 628-630).

Palabras con las que Dido, reina de Cartago –que también había tenido que huir de Tiro–, concluye su salutación a Eneas y los demás troyanos, cuando éstos le solicitan su ayuda después de haber naufragado en las costas de Libia.

400 –No, mil veces no –gritaba un joven flaco y macilento–. ¡En San Lázaro! –exclamaba–. ¿Están locos, caballeros? ¿No son cristianos en esta tierra, Dios mío? ¿Qué mal he causado a nadie, pobre de mí, para que traten de sepultarme vivo en este infierno? ¿Piensan ustedes que yo no he oído hablar de un sitio como éste y que ignoro que en él no hay más que leprosos? ¿Hay corazón para mandarme aquí, y querer encerrarme entre esos desventurados, como si yo fuese el mayor delincuente! ¡Por Dios, amigo de mi alma, decía a uno de los que le acompañaban; por Dios, déjenme
405 ustedes en libertad, que yo les ofrezco marcharme luego de esta tierra inhospitalaria!

410 –Vamos, no hay que exaltarse. ¡Voto va! Lo que se hace con usted no es con mala intención. ¡Qué diablos! Tiene usted cierta enfermedad, que los médicos han calificado de contagiosa; y la policía le envía aquí para que sea mejor reconocido. ¡Diablo! ¿Pues qué tiene esto de particular?

415 –No; mátenme ustedes primero; pero yo no entro aquí.
–¡Vaya una resistencia singular! Entre usted en paz y en gracia de Dios, y no nos obligue a emplear la fuerza. ¡Pobrecillo! Mire usted: si mañana, a esta hora, los médicos afirman, bajo de juramento, que usted no está *lazarino*...

420 –¡Cómo *lazarino*! ¡Dios mío! ¿qué está usted diciendo, hombre empedernido? ¡Yo *lazarino*!

Difícilmente puede expresarse cuál fue el grado de conmoción que sufrió aquel infeliz, al escuchar la fatal palabra. Sin que nadie pudiese apercibirse de su intento, se lanzó rápidamente fuera del círculo que lo rodeaba; y corrió desalado, con dirección a la hacienda de Buenavista.¹⁰ Vueltos en sí de semejante sorpresa, los conductores corrieron en pos del fugitivo. Yo no sé si rugué a Dios

¹⁰ *hacienda de Buenavista*: “A un cuarto de legua del lazareto –decía Waldeck en 1834– hay una hacienda llamada Buenavista, cerca de la cual se eleva un árbol colosal, del género mimosa, que se distingue desde el mar a más de una legua de distancia.” (Federico de Waldeck, *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, 1834 y 1836*, México, CONACULTA, 1996, 69).

que concediese al pobre joven librarse de sus perseguidores; sólo recuerdo que cuando, al cabo de media hora, lo trajeron al hospital, privado de sentido, lloré amargamente. Dejaron su equipaje y la boleta de entrada, en poder del administrador, y volvieron a Campeche los conductores. 430

Yo no quise separarme de su lecho en toda aquella noche funesta. ¡Si sabré yo lo que se sufre en los primeros momentos, en que uno acaba de cerciorarse de que está *lazarino*! Sus gritos convulsivos partían el corazón; y sus raptos de delirio nos hacían temer que el desventurado llegase a perder totalmente el juicio, en lo cual no me atrevo a decir si mejoraría, o empeoraría su condición. El capellán y yo le prodigamos todo linaje de consuelos; y al día siguiente logramos llamar su atención, y que escuchase nuestras palabras de cariño y benevolencia. Cuando ya pudo fijar aquellas miradas que vagaban antes de una manera siniestra y sombría, clavó en mí sus ojos, me examinó de pies a cabeza y, azorado, me preguntó si yo también estaba *lazarino*. 435 440

—Sí, amigo, sí: estoy *lazarino* —le respondí—. También sostuve, como usted, una lucha horrible con mi corazón, y más con mi imaginación, antes y después de entrar en este sitio. Aún no es completa mi victoria, pero usted puede ayudarme en esta empresa; y, en justa retribución, le ofrezco hacer lo mismo en su obsequio. 445

—Gracias, buen amigo, gracias. Acepto con todas veras el apoyo que usted me ofrece, porque sólo Dios sabe cuánto es lo que yo necesito para conformarme con sus decretos. También es usted joven, y bastante generoso, según veo. ¡Ah! esto es mucho consuelo para un desgraciado, a quien se le destina una mansión de esta clase. 450

—Usted comenzará, gradualmente, a resignarse; y pronto echará de ver, que lo que usted reputa ser en mí una virtud, no es sino una necesidad de esta situación, que le parece tan horrible. 455

El capellán terció entonces, empleando otras palabras más tiernas y consolatorias.

El reciénvenido tiene ya un aposento junto al mío, y me parece que al fin lograré inspirarle mis propios sentimientos, de confor- 460

midad y de paciencia. Puede afirmarse que la escala que estoy recorriendo, me otorga cierto derecho para explicarme así, porque si mi nuevo amigo sufre, ¡cuánto no he sufrido yo también!

465 Conozco algunos de los sucesos que han precedido a su entrada en San Lázaro, y aunque no sé toda su historia, porque no he querido aparecer indiscreto, haciéndole preguntas sobre sucesos de que no ha querido hablarme espontáneamente, creo haber adivinado parte de lo que ha dejado de decirme. Lo que sé, y voy a referirte, me parece digno de consignarse en los fastos melancólicos de la humanidad doliente; de esta triste humanidad que padece en todas partes, y de diversas maneras.

Es Regino Inglada, natural de Chiclana,¹¹ en los alrededores de Cádiz. Tuvo una familia muy decente, y de regular fortuna; pero su pobre madre murió cuando él vino al mundo, en diciembre de 475 1804; y su padre, dos tíos y tres hermanos, sucumbieron todos, durante la gloriosa lucha que sostuvo la España contra el poder de Napoleón.¹² Huérfano, solo y desamparado de todo el mundo, no quedó a Regino más partido que el entregarse a servir de muchacho de cámara, en un buque pequeño. Después de unos cuantos 480 viajes, por la costa, se embarcó en el bergantín *Jovial*, para atravesar el océano, y venir a la Habana. Habrá de esto unos cinco años. El *Jovial*, próximo a alcanzar el puerto de su destino, cayó en las manos sanguinarias y rapaces de un infame pirata. El malvado 485 echó a pique la embarcación, después de pasar a cuchillo a la tri-

¹¹ *Chiclana*: Chiclana de la Frontera. Ciudad y municipio de la provincia de Cádiz, a 24 km al SE de la capital. (DG).

¹² *la gloriosa lucha que sostuvo la España contra el poder de Napoleón*: Napoleón, en abril de 1808, que ya había introducido a las tropas francesas en España, llamó a Fernando VII a la ciudad de Bayona con la finalidad de que abdicara en favor de su hermano José Bonaparte; pero el pueblo español en defensa de su rey, el “Deseado”, se rebeló contra las autoridades francesas en un movimiento que se inició en Madrid el 2 de mayo de ese mismo año y que se conoce con el nombre de guerra de Independencia. Ésta se dio por terminada cuando España, gracias al apoyo de Inglaterra, derrotó a los franceses en la batalla de Vitoria (junio de 1813) y José Bonaparte tuvo que salir definitivamente del país. (Raymond Carr, *España 1808-1839*, Barcelona, Ariel, 1969, 89-100).

pulación y pasajeros, librándose únicamente dos señoritas jóvenes, que venían en unión de su padre, y Regino, que logró ablandar con sus lágrimas y su juventud a aquel desalmado y feroz asesino.

Regino me parece que no ha sido muy explícito, acerca de los sucesos posteriores a la época de su captura, a bordo del *Jovial*. Yo creo, sin embargo, que aquel malvado, y sus cómplices, lo sedujeron, y le hicieron seguir la vida infame que habían adoptado. Ello es que, por una serie de acontecimientos, que ha ofrecido referirme, vino a Campeche, hace seis meses, en una barca americana, en clase de pasajero de proa. A los pocos días de haber aportado, le acometió el *vómito*,¹³ en casa de una pobre viuda, que le había dado alojamiento. La huéspededa, temiendo que el enfermo muriese en su casa, dio parte a la justicia, y Regino fue trasladado al hospital de San Juan de Dios. Escapó del *vómito*, pero su convalecencia fue tan lenta, que le fue imposible salir pronto, y reembarcarse. Allí aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad, de que hoy adolece. El médico director observó los progresos del mal, dio noticia a la autoridad política, y ésta se apresuró a excomulgar al maldito leproso, haciéndolo salir con engaño, de San Juan de Dios para entrar en San Lázaro. Ya viste su sorpresa, y la resistencia infructuosa que opuso, al descubrir el fraude. Nada le valió, y el infeliz está ya en el sepulcro.

Ya lo ves, amigo mío. Dios no abandona jamás a sus pobres criaturas. Yo, que tanto temí la soledad, el aislamiento, con todos sus horrores consiguientes, encuéntrome hoy con un joven sensible, capaz de comprender mis penas; con un eclesiástico, que me las dulcifique; y con un médico respetable, que así trata y alivia las enfermedades del cuerpo, como aleja las del alma. Todos ellos son mis amigos. ¿Qué más puedo apetecer? ¡Ah! ¡Yo espero en Dios, que ha de mirarme siempre con piedad!

¹³ *vómito*: El *vómito negro* o *fiebre amarilla* es una enfermedad endémica del sureste de México y de las Antillas transmitida generalmente por el *Aedes Aegypti*.

Escríbeme siempre que puedas. Cuando veo letras de mi padre, o de mis amigos... en ese momento soy feliz. ¡Si supieras cuánto se necesita para que un leproso pueda decir: "Soy feliz"!

520

Adiós, Manuel mío. No abandones a mi padre: ámalo, como yo lo he amado. Abraza a Melchor; y acuérdense siempre de mí.

CARTA V
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 5 de febrero de 1824

¡Oh, Manuel mío, queridísimo! Tú restituyes a mi pobre corazón,
gran parte de la tranquilidad perdida. Gracias, amigo mío, gracias. 5
Hay cierta clase de beneficios que no pueden corresponderse aquí.
Sólo la infinita bondad de Dios es capaz de recompensar mercedi-
damente esas acciones, que no tienen nombre, que no pueden
calificarse, ni estimarse, en su justo valor. ¿Cómo llamar a una
generosidad sin límites, unida a esa benevolencia y cariño verda- 10
deramente filial, con que te has consagrado a consolar a mi pobre
y anciano padre, después de haber perdido, sin remedio, al único
hijo de su amor? ¿Qué precio tienen tus nobles sentimientos,
amigo mío, expresados con esa unción religiosa, con ese aire de
convicción profunda con que me los transmites, derramando así, 15
sobre esta infeliz criatura un consuelo indefnible? Tu carta, tu
primera carta, tan deseada, me ha hecho llorar; pero he llorado de
ternura, como se llora al escuchar ciertos sonidos misteriosos que
hay en la naturaleza, sonidos que forman una armonía, más mis-
teriosa aún, en nuestro corazón, y que nos arroban, nos elevan 20
hasta Dios... Gracias, otra vez, y mil, Manuel mío: gracias.

Con un corazón tan bueno y tan sensible, como el tuyo, no
extraño que el suceso de Regino te haya causado la emoción que
manifiestas. ¡Tan joven y haber pasado ya por los trances más
amargos de la vida! Está inconsolable: llorando hilo a hilo, mis 25
palabras de consuelo apenas le hacen impresión. La mayor parte
del día está en mi compañía; pero sus frases son cortadas, y

30 conozco que, por ahora, prefiere la soledad y el silencio, a cual-
quiera otra distracción. Nada me ha dicho de nuevo, después de
su conversación del primer día. Está triste y atribulado. Algo pasa
en su interior, además del pensamiento de su situación actual.
Compadécelo, otra vez, amigo mío; porque aun sin sus particula-
res circunstancias, un pobre leproso siempre es digno de lástima.

35 Aunque la hinchazón notable de mis dedos me molesta dema-
siado; mientras sea posible traer la pluma entre ellos, te ofrezco
complacerte, escribiendo a mi mejor amigo cuanto en esta dolo-
rosa mansión me ocurra. Y cuando se acerque el término de este
destierro, que probablemente no será muy largo, entonces buscaré
40 una mano compasiva que te transmita mis postreros recuerdos,
mis últimas palabras, mis pensamientos de la tumba. Ya concibo
que semejantes ideas te martirizan y te atormentan. Pero esas
reflexiones van siendo en mí un hábito saludable, y las emito con
ánimo sereno y con toda la tranquilidad de que es capaz un espí-
ritu agobiado, en verdad, pero resuelto a recibir humildemente el
45 castigo de sus culpas. Yo que miro el porvenir como mi eficaz
consuelo, la otra vida como mi último refugio, la muerte como el
término feliz de mis sufrimientos, y el sepulcro como un seguro e
imperturbable asilo, ¿qué debo hacer, sino acostumbrarme a estos
pensamientos, melancólicos para el que vive en el seno de su fami-
50 lia, rodeado de amigos, caminando sobre un sendero brillante y
sembrado de ilusiones, lleno de salud y de vida; pero importantes
y necesarios, para el que, como yo, está palpando, de continuo,
esta formidable realidad de San Lázaro? Por eso te dije, y hoy te
repito, que mis cartas han de ser siempre una crónica triste, sí,
55 muy triste y dolorosa.

No te lamentes, pues, Manuel mío, por el lenguaje que empleo
al escribirte. Conozco, sí, conozco y comprendo perfectamente,
cuál es tu intención, al rogarme, con tierno empeño, que aleje de
mí, o haga por alejar ciertos afectos funestos. Pero me pides un

28. *prefiere* : prefiero VA, UADY

45. *miro* : quiero P

46. *consuelo, la otra vida como mi último* :

om. UADY

imposible, que no está en mi mano vencer. Quede yo curado de esta maléfica y fatal dolencia, olvide yo los deplorables motivos de mi desgracia, salga yo, en fin, de este cautiverio horrible, y verás, al punto, otro hombre... Hombre nuevo, un hombre para quien la sociedad y sus misterios, dejarían de ser un libro inútil e incomprensible... ¡Delirios! ¿No crees que comienzo a desvariar? ¿No te parece que ese extraño giro que mis ideas iban a tomar en este instante, es algo ridículo? ¡Quedar curado! ¡Olvidar el origen de mi mal! ¡Salir de San Lázaro! Sería preciso un milagro, y yo soy indigno de que Dios lo haga en beneficio mío, y Dios no lo hará. No sé lo que me digo... pero él, sí, él sabe muy bien lo que yo quiero decirle, cuando, con toda la efusión de mi alma, le pido que me guíe, que me conforte, que me proteja y que me ilumine. Yo tengo en su bondad inmensa toda mi esperanza. Cuando el mundo y los hombres nos abandonan del todo, sólo Dios protege a la criatura abyecta y desvalida, y jamás le retira sus beneficios. ¡Bendito sea su santo nombre y bendita su providencia!

De mis tristes privilegios he comenzado a aprovecharme, sin embargo de que, a cada paso, se me presentan motivos para no pensar, sino en encerrarme dentro de estas cuatro paredes y retraerme de las miradas y la presencia de otros hombres. El capellán me repite, sin cesar, que estas primeras pruebas son ciertamente duras y afflictivas; pero que me acostumbraré luego a ellas, y dejarán de producir la funesta impresión que hoy me causan. Y el doctor Frutos añadía: “Estando el hombre tan expuesto a la miseria, ¿tiene acaso ninguno derecho de quejarse, porque, en la distribución de los males de la vida, le haya tocado una parte, que acaso otros apetecerían para sí, prefiriéndola a la que les cupo en suerte? ¿Sabemos, por ventura, cuánta inmundicia y abyección se ocultan debajo de las más brillantes apariencias de salud, vida y felicidad? ¡Cuántos, amigo mío, darían al cielo infinitas gracias, si, por todo alivio y mejora en su condición, obtuviesen el grado de

68. *mi* : su UADY

72. *me ilumine* : ilumine. VA, RS, P, UADY

76. *y* : om. VA, RS, P, UADY

salud, y los medios de prolongarla de que usted aparece provisto! Medítelo usted bien, y no se alarme por las injusticias de los hombres, porque eso es demasiado frecuente en el mundo.”

95 Decíanme esto, porque les referí, con acento de la más intensa amargura, un suceso singular, que acababa de ocurrirme, y del cual voy a imponerte. Era el día 22 del pasado; y a las nueve de la mañana, comenzó a soplar con violencia un norte deshecho. Una cerrazón completa impedía ver aun los objetos más cercanos, a
100 cuyo efecto contribuía una menudísima lluvia, que se colaba de las nubes, arrebatadas en las impetuosas alas del viento. La mar azotaba con fuerza la playa, produciendo un ruido semejante a la detonación prolongada, hueca y no interrumpida de un trueno lejano. Los árboles arrastraban sus ramas por el suelo, y abatían
105 sus elevadas copas. La espuma que depositaban las olas en la orilla, formaba témpanos, como de nieve, que tan pronto se desmoronaban por la fuerza del viento, como se acumulaban de nuevo por el constante choque de las aguas. Las embarcaciones, de que estaba cubierta la bahía, se agitaban en movimiento convulsivo e irregular. Yo no pude contenerme a la vista de aquel sublime espectáculo, que me conmovía extraordinariamente, y resolví salir del hospital, por la vez primera, para pasearme por las orillas del mar, y gozar, sí, gozar con entera libertad de aquella conmoción de dos poderosos elementos: el agua y el aire. Caleme, pues, un ancho
110 sombrero de palma, forrado de hule; echeme a los hombros una capa impermeable y, vencidas algunas dificultades sobre lo inconveniente de mi salida en medio de aquel temporal, lanceme fuera de mi prisión.

120 Hay impresiones que no pueden explicarse, y que para comprenderlas, se necesita una situación dada, situación que hubiesen creado muchos antecedentes reunidos. Tú sabes los míos; pero es imposible que sientas, como yo siento, esta situación tan singular. ¡Qué feliz era en aquel momento! ¡Con qué delicioso placer

96. *acababa* : acaba *RS*

122. *siento* : om. *RS*

respiraba aquel aire húmedo y agitado! No sabré decirte si la idea
vaga de una fuga, cruzó por mi pensamiento; pero si fue así, pasó 125
con la misma rapidez con que aparece y desaparece uno de esos
meteoros ígneos, que atraviesan la atmósfera, sin dejar vestigio
alguno. ¡Demasiado había pensado, antes, en las funestas conse-
cuencias que podría acarrearle una acción tan arriesgada, tan
villana, y de éxito tan poco seguro! Yo no andaba, corría como un 130
loco, y si alguna vez me detenía sobre un calado pedrejón, era para
mirar aquel grandioso aparato, llorar, y proseguir después mi
excursión, exhalando gritos de una alegría vaga e indefinible.
Realmente me era necesario aquel desahogo, porque yo conocía 135
que mi cerebro comenzaba a petrificarse, en fuerza de mis cavila-
ciones diarias. El corazón se dilataba, la sangre circulaba con más
libertad, y mi cabeza volcánica se refrigeraba. Ningún ser humano
se me presentó a la vista en aquella playa solitaria, y esto imprimía
a mis ideas y a mis sentimientos, un carácter solemne y augusto.
Yo estaba solo, y sin testigos, delante de Dios; porque el mar es 140
una de las obras más gigantescas de su diestra poderosa, es el
espejo de su inmensidad, y en él se reflejan su poder, su bondad,
su grandeza, su independencia, y todos sus divinos atributos.
Cuando el mar, hirviendo desde el fondo, se embravece, y repre-
senta la cólera del Señor, entonces formidables montañas de agua 145
amenazan a la tierra, a las nubes y al espacio: véese una ola, enso-
berbecida saltar sobre otras mil, aumentar su mole con todas ellas,
dilatarse hasta un término prodigioso, venir rugiendo con la
impetuosidad de un rayo, chocar contra la frágil embarcación que
encuentra en su rápida carrera, envolverla como si fuera una paja 150
sutil, sumirla en el abismo, y venir después a estrellarse en la orilla,
en donde Dios le dice: “hasta aquí”, calmando, de improviso, su
furor detenido *allí* por una mano invisible. Pero cuando el mar
está tranquilo, y reflejando la bondad del Creador, es entonces
una llanura suave, diáfana y de color celeste: la luna riela dulce- 155
mente sobre la superficie, y presenta un lecho de plata incrustado

de zafiros; si una onda espumosa quiere alzarse, al punto queda abatida. ¡Oh! el mar es, lo repito, la imagen de Dios. Elevé hasta su trono excelso una plegaria humildísima, y comencé a volver lentamente al hospital.

160 De improviso, mi vista se fijó en un objeto confuso, que era el juguete de las olas y del viento. Me detuve, y después de algunos minutos, percibí que aquello era un falucho o canoa pescadora, que el norte había hecho zozobrar. Mi primer pensamiento fue
165 que el infeliz pescador, dueño del pequeño esquife, se habría ahogado o habría sido presa de algún monstruo marino. Lloré por su muerte desastrada, y también rogué por su eterno descanso. ¡Su mala suerte, sin embargo, tal vez no podría trocarse con la mía! Mal pensamiento; pero ninguno tiene en sus manos el modo de
170 evitarlo: el mérito consiste en huir de ellos. Figúrate, pues, mi sorpresa, y también mi angustia, al entrever, en medio de aquel desorden, una figura humana que, con una mano, se sostenía del falucho, y con la otra hacía repetidas señales en ademán de implorar socorro. No puedo explicarte mi confusión en aquel instante
175 terrible, en que veía sufrir todos los horrores y agonías de un suplicio, a un prójimo, a un hermano mío, que luchaba cuerpo a cuerpo con el soberbio elemento. Ignoraba yo cuál sería el mejor medio de librarlo. Al través de aquella densidad que me rodeaba, medí con la vista la distancia que había hasta el hospital o el
180 castillo de San Miguel, en donde existía un destacamento. Al punto concebí la imposibilidad de traer oportuno auxilio, de cualquiera de los dos sitios. Miré a derecha e izquierda... nada; no había que esperar ayuda de ningún ser humano. Entretanto, las olas acercaban con violencia al pobre náufrago, y seguramente iba
185 a perecer, al chocar contra los peñascos de la orilla, si un milagro no lo salvaba.

“Socorro, socorro”, grité con todas mis fuerzas, por si acaso acertaba a pasar alguien por aquellas inmediaciones; pero, a la vez, arrojé capa y sombrero, y me preparé a hacer todo lo posible para

179. *medi* : *medía UADY*

disputar su presa al mar, o sucumbir en la lucha. ¡Qué muerte, 190
 entonces, más gloriosa y meritoria! Aprovecheme de una especie
 de caleta, por donde pude escurrirme suavemente, y en un
 momento logré que mis palabras llegasen a oídos del infeliz pesca-
 dor. Gritele que abandonase el esquife, que iba ya a estrellarse 195
 inevitablemente, y que procurase nadar a un punto que le mar-
 caba, y al cual podía dirigirme sin obstáculo. Cerré los ojos, me
 lancé al agua y salí a su encuentro. El primer choque fue terrible,
 pero la resaca dio lugar a incorporarnos, me abracé con el náu-
 frago, y después de algunos esfuerzos vigorosos, logré traerle sano
 y salvo a la orilla. El pescador, joven robusto y lozano, apenas 200
 comprendía lo que le pasaba. Su agitación era grande,
 mayor su espanto, y no recobró el uso de sus potencias, sino pasa-
 dos algunos minutos. Entonces echó una ojeada a su canoa, y sólo
 vio sus fragmentos. Lloroso, volvió hacia mí, en ademán de abra-
 zarme; pero se detuvo de improviso, mirome con aire turbado, y 205
 retrocedió. Olvidándome del motivo de su extrañeza, quise pre-
 guntarle; pero haciendo un movimiento brusco, salió de allí des-
 pavorido, con dirección al barrio de San Román, gritando: “¡Jesús,
 Jesús, mil veces; un *lazarino*, un *lazarino*!” Mi primer impulso fue 210
 de indignación, después lloré amargamente, y en seguida reflexioné
 que aquel pobre muchacho tenía razón. ¡Paciencia! El cielo no
 quiso que gozase, sin mezcla de pesar, de aquel momento de satis-
 facción. Recogí mi capa y mi sombrero, y calado de frío y de 215
 humedad hasta los huesos, tomé de nuevo el camino del hospital,
 para meditar en aquel lance terrible, que no se borrará nunca de
 mi memoria. Si no la filosofía, al menos la religión santa nos
 enseña a soportar con paciencia estas pruebas dolorosas. Sin
 embargo, tú que has conocido tan bien la susceptibilidad de mi
 carácter, y la fuerza de mi imaginación, puedes figurarte la impre-
 sión que haría en mí este suceso tan desagradable. 220

201. *le* : *om.* UADY

201. *grande* : muy grande UADY

213. *calado* : empapado RS

Ocurriome, dos días después del precedente, otro lance que, aunque no tan repugnante como el anterior, no dejó de humillarme. Observaba con un antejo de largavista la hermosa bahía de Campeche, desde el castillejo abandonado de San Fernando.

225 Sacome de mi agradable distracción, una voz cascada y quejumbrosa, que pedía una limosna por el amor de Dios. Volvime al punto, y di de cara con un anciano andrajoso, macilento, llagado de pies a cabeza, y hecho una miseria. Saqué dos pesetas del bolsillo, y extendí la mano para dejarlas caer sobre la del mendigo, que

230 imploraba mi compasión. Noté, entonces que me miraba con cierto aire de pesquisa tan descarado, que llegó a chocarme. Aún mi mano estaba al aire sobre la suya, cuando me resolví a preguntarle si me conocía, o me había visto en alguna otra parte.

235 –No, señor –me respondió.
 –¡Oh, no puede ser! Usted ha de conocerme sin duda.
 –No, mi amo; primera vez que veo a su mercé.
 –¿Pues, por qué me mira con esa expresión de extrañeza?
 –¡Ah! eso es por *naita*, señor amo. Discurro que su mercé vive

240 aquí cerca...
 –Sí, amigo; yo vivo allí, enfrente.
 –¿Allá en el santo hospital de nuestro Señor San Lázaro?
 –Sí.
 –¡Ah, ah!
 245 –¿Y qué?
 –¡Eh, eh!
 –Vamos, ¿qué ocurre?
 –Ya, ya.

250 Y mientras pasaba este diálogo ridículo, el mendigo encogía lentamente el brazo, procurando cubrirse la mano con la ancha manga de su mugrienta camisola, sin duda para evitar el contacto de mi mano con la suya; porque decididamente a aquel hombre,

229. *sobre la* : sobre las RS

o le causaba yo una abierta repugnancia, o a su edad, que, en mi concepto, raya en los setenta y cinco, tenía miedo de contagiarse, y venir a acabar su vida al miserable hospital de San Lázaro. No quise prolongar una conversación, en que yo iba a llevar la peor parte. Dejé caer las dos pesetas sobre la manga del mendigo, y después de haberlo despedido con buenas palabras, volví a mi primera ocupación. Pocos momentos después, desde un merlón del castillejo, vi a mi hombre muy empeñado, lavando en la orilla del mar, con arena y piedra pómez, las dos pesetas que le había dado de limosna. Amargas reflexiones me asaltaron; pero, gracias a Dios, recobré luego la tranquilidad de espíritu, que me es tan necesaria.

Y como si lo ocurrido en aquel día no fuese bastante, al siguiente tuve otra ligera mortificación. Paseábame por las cercanías del cementerio, que distará un tiro de pistola del hospital. Observé que la puerta estaba entreabierta, y desde luego creí que se estaría verificando la inhumación de algún cadáver. Fuese curiosidad, o cierto deseo de orar por los difuntos en aquel sitio fúnebre, destinado a recibir los últimos restos del hombre, resolvíme a entrar. No había dado muchos pasos, cuando un anciano vigoroso, mal vestido, y de modales no muy corteses, se me acercó, sentó una de sus pesadísimas manos sobre mi hombro izquierdo y, después de contemplarme algunos instantes, me dijo con acento familiar.

—Si, como yo creo, y no mienten las señales, es usted algún *lazarino*, me parece que hará usted muy bien en marcharse luego del camposanto.

—¡Yo!

—Sí, señor, usted en persona. ¿Pues quién otro hay aquí? Van a venir gentes de tono, acompañando el cadáver de una señora que murió ayer, y semejante vista no les será muy lisonjera, que digamos.

265. *al siguiente* : al día siguiente RS

269. *inhumación* : exhumación RS

278. *hará* : hacía VA, RS, P

- 285 –Así lo creo, amigo mío; pero ruego a usted me permita preguntarle, ¿con qué derecho me hace una advertencia semejante?
 –¿Con qué derecho? ¡Estamos frescos! ¿Está mi cara, tal como Dios me la ha dado, y usted me la ve, no le está diciendo, a grito herido, que yo ejerzo aquí un ministerio, del cual, si en algo estima
290 usted su vida, debía pedir al cielo que le librase?
 –¡Ah! ¿Será usted algún verdugo, y no habré caído en ello?
 –¿Está usted loco, hombre de Dios, o de los diablos? Pues me gusta la salida. ¡Verdugo! Vaya una ocurrencia. No, señor mío; yo no soy, ni he sido jamás verdugo. ¡Dios me ampare! Soy el sepulturero mayor, con nombramiento en forma del mayordomo de
295 fábrica, extendido en papel sellado de a cuatro reales; y ya debía usted haberlo conocido, si es que entiende algo de achaque de cementerios.
 –Ahora comprendo cuál es el oficio de usted, y le doy la enhorabuena; pero yo ignoraba que su autoridad tuviese tal latitud,
300 que se extendiese hasta impedir la entrada a un particular, a quien le viniese a cuento penetrar en un sitio, que está abierto para los vivos y los muertos.
 –¡Hola! Parece que usted es algún papelista¹ caviloso. Pues le notifico a usted, para su inteligencia, señor bachiller, que ni es usted uno de los vivos, porque está muerto civilmente (creo que así se dice); ni es usted un muerto de veras, supuesto que ha
305 entrado aquí por sus propios pies, y no por los ajenos. Con que ya

¹ *papelista*: “El que maneja papeles y tiene inteligencia en ello. Lat. *Scriptorum peritus, expertus*.” (DA). De “papelista” califica Sierra O’Reilly a don Pablo Moreno en sus años de juventud cuando polemizaba con los representantes del clero y con todos “aquellos hombres que vivían de los abusos públicos”. (*El Fénix*, Campeche, 15 de febrero de 1850, 2). Por su parte, Gerónimo Castillo, en *Un pacto y un pleito*, novela publicada en *El Registro Yucateco*, en 1849, dice que don Alberto no había querido inmiscuirse directamente en la situación de Toribio Ek, su cochero, acusado de cómplice de conato de robo, y que se había “limitado a emitir una deposición muy categórica en favor de los buenos precedentes de su criado, encomendando su defensa a D. Luis Durán, uno de los papelistas más nombrados de aquel tiempo.” (RY, IV, 347).

puede ir despejando, y déjese de argumentos, que yo no soy muy
dado por allí, que digamos. 310

Soltome el hombro, y se dirigió a un rincón a tomar su pala.

—¡Vamos! No se enoje usted, amiguito —me gritó—, porque no
he tenido más objeto que librarlo de una mortificación que le sería
mucho más sensible que todo lo que le he dicho. ¡Dios me libre de
causar, voluntariamente, a ninguno de los pobres *lazarinos*, el más
pequeño disgusto! Pero el entierro va a llegar, y no sería yo quien
le aconsejase que permaneciese por más tiempo dentro del cemen-
terio. 315

Dejó la pala y volvió a acercarse. Tomome, con dulzura, una de
las manos, como arrepentido de haberme tratado con alguna
dureza, y continuó. 320

—Mire usted, caballero: viene en la comitiva el síndico procu-
rador, que no transige con los lazarinos. Yo no sé si será porque se
dice que es algo propenso a esta enfermedad; pero lo cierto es que
tiene a todos ustedes una ojeriza implacable. Con que ya ve usted
si tengo razón para suplicarle que no se quede en este sitio. 325

—¡Con que no hay medio de poder estar aquí unos momentos,
señor sepulturero!

—Sí; hay dos medios, y muy eficaces. El primero es morir, se,
cosa que no le deseo en manera alguna; y el segundo, que venga
usted cuando yo esté solo y no tenga que esperar algún entierro,
de esos que se anuncian con esquilas. 330

—Según eso, usted me permitirá volver. ¿Es verdad?

—¡Toma! Pues bien claro se lo he dicho. Sí, señor; vuelva usted
cuando yo esté solo, y se estará aquí todo el tiempo que guste;
aunque, a decir verdad, yo no sé qué tiene de agradable venir a un
cementerio. 335

Despedime, y salí muy de prisa, porque ya sentía acercarse el
rumor de los carruajes que acompañaban el entierro. El sepultu-
rero murmuró entre dientes: “¡Pobre niño! ¡Maldito si yo tengo ni
340

332. *esquilas* : esquelas RS

migaja de miedo a estos desdichados lazarinos!” ¡Cuánto le agradecí esta muestra de compasión!

345 También me despido de ti, Manuel mío. Cuida a mi venerado padre, abraza a Melchor, y saluda a Joaquín y a todos los de casa. Dios guarde la vida de todos ustedes, como se lo ruego humildemente.

CARTA VI
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 22 de febrero de 1824

Manuel mío queridísimo. El desventurado Regino está hoy mucho
más abatido que nunca, después de un espectáculo que a mí me 5
consternó vivísimamente; pero que a él le causó un pavor, que no
puedo explicarte. El caso no era para menos. Figúrate que hemos
visto morir a un lazarino, que hacía nueve años que estaba ence-
rrado en esta casa, olvidado de sus parientes y amigos, según he
sabido después. Esto es muy cruel; pero el pobre ha descansado, 10
saliendo de esta vida miserable; y su alma purificada en el crisol de
la paciencia y la resignación, ha volado al seno de Dios, a recibir
su recompensa.

Hace cinco noches, que me hallaba recogido ya, cuando Regino
llamó muy quedo a la puerta de mi aposento. Abrile, algo sor- 15
prendido, y preguntele qué novedad ocurría.

—Pues qué ¿no oye usted?

—¿Qué amigo? Yo no oigo cosa alguna.

—Fije usted más el oído, por Dios.

En efecto; una voz muy remisa y melancólica, pero tierna y paté- 20
tica, se mezclaba con algunos gemidos ahogados. No comprendía yo
lo que esto podía ser. Tomome Regino de la mano, y, paso entre
paso, nos fuimos acercando hasta la entrada de un cuarto
escasamente alumbrado, que se veía al extremo de la oscura galería.

7. *El caso no era para menos* : om. UADY

8. *que* : om. RS

24. *escasamente* : estrechamente RS

25 Allí quedamos clavados sin poder avanzar, ni retroceder, porque el
suceso que pasaba a nuestra vista, nos heló de espanto. Regino tem-
blaba, le crujían los dientes, y bañaba su frente un sudor glacial; yo
no podía ni respirar, porque me sentía como agobiado bajo
30 el influjo de una pesadilla. El interior de aquel cuarto misterioso, que
creía inhabitado porque antes no había visto que sus puertas se abrie-
sen, era lúgubre y funesto. Sobre una mesa, chisporroteaba una lám-
para mortecina. En el lado opuesto, había un catre, y sobre él yacía
tendida una figura, que parecía humana, no por ninguna de sus for-
mas, sino por los gemidos que exhalaba. A la cabecera estaba arrodil-
35 llado el capellán con un pequeño Crucifijo en una mano, y soste-
niendo con la otra la cabeza del moribundo. Su boca pegada casi a la
del agonizante, murmuraba las consolatorias palabras que usa nues-
tra madre la Iglesia, para recomendar el alma de los fieles, en el trán-
sito de éste al otro mundo. Al lado de la cama, con una vela bendita
40 entre las manos, otro lazarino, que hacía el oficio de enfermero,
estaba en pie, y con la vista clavada sobre el paciente. Conforme iba
disminuyendo el estertor de la muerte, el capellán alzaba más la voz;
pero de manera que no se oyese a alguna distancia, sin duda para no
alarmar a los habitantes de la casa. Después de algunos minutos, cesó
45 la oración del capellán: dejó caer suavemente la cabeza, que sostenía,
sobre las almohadas; se incorporó, y recitó en voz baja el *Ne recorde-
ris*,¹ concluyendo con el *Requiescat in pace*.² En seguida se enjugó los
ojos, cubrió el cadáver con una sábana, despidió al enfermero encar-
gándole que avisase al administrador, se sentó en un sillón, y comenzó
50 a rezar el oficio de los difuntos.

Pasó el enfermero, sin notar nuestra presencia; pero nos retira-
mos al momento compungidos y horrorizados. Llegamos a mi
aposento, del cual no quiso separarse Regino. Desde allí observa-

28. como : om. RS

39 Al lado : Al otro lado RS

¹ Ne recorderis: *Ne recorderis peccata mea, Domine*. No recuerdes mis pecados, Señor. (*Responso de los difuntos*).

² Requiescat in pace: Descanse en paz. (*Responso de los difuntos*).

mos exactamente todo lo que ocurría. Cuatro mozos llevaron un ataúd, caminando con el mayor silencio. El capellán colocó el cadáver en el féretro, que volvieron a cargar los mozos; y con el mismo silencio, mientras el capellán seguía su rezo funeral, se abrió la puerta del edificio, y desapareció la comitiva, con dirección al cementerio, en donde iba a terminar aquel drama nocturno. A las cuatro de la mañana estaban ya de vuelta. El entierro se había verificado, y cuando, a las seis, comenzó el movimiento ordinario de la casa, todos parecían ignorar lo ocurrido en la noche anterior. El capellán mismo se nos presentó, con el semblante amable y risueño, de todos los días. Pero hemos visto la muerte de un lazarino; y no debes extrañar nuestra turbación y espanto. Regino es, sin embargo, el que más padece, y aún no se ha conseguido licencia, a fin de que salga a distraerse por estas cercanías. Sus conatos de fuga el día que entró aquí, han engendrado cierta preocupación contra él: ¡como si mereciese castigo un rasgo semejante, en aquella circunstancia! El doctor Frutos que se interesa mucho por este mi compañero en desgracia, me ha ofrecido hacer en su obsequio todo lo posible.

Vas a sorprenderte, sin duda, al escuchar el siguiente relato sobre algunas cosas, que debían considerarse como ajenas de mi situación. Pero ¿qué quieres? Como si nuestro aislamiento, en este hospital, sólo sirviese para privarnos de todos los beneficios de la sociedad, y no para librarnos igualmente de sus males, también el rumor de los sucesos políticos del país ha venido a turbar nuestro sosiego y soledad. Antenoche, en efecto, el estrépito de las campanas en la población, que tocaban a rebato;³ el sordo murmurio que forman

71. *este* : om. RS

79. *antenoche* : anteanoche RS

79. *en* : de VA, RS, P, UADY

80. *tocaban a rebato* : tocaban arrebatado
RY

³ *tocaban a rebato*: Tocar a rebato. “Tocar las campanas para avisar al pueblo de una incursión enemiga. Hacerlo para avisar cualquier otro peligro siniestro; por ejemplo, para llamar a apagar un fuego.” (DUE).

muchas gentes que se reúnen; y el tránsito para Lerma de varios dragones, me hicieron sospechar que algo de extraordinario ocurría en la ciudad. Fácil me habría sido enterarme de los sucesos que pasaban, si los de agosto de 1814, que tengo bien impresos en la memoria, y los del 3 de octubre de 1820,⁴ no me hubiesen inspirado una decidida aversión a semejante clase de negocios. Por

85. 3 de octubre : 9 de octubre RS

⁴ *Fácil me habría sido enterarme de los sucesos que pasaban, si los de agosto de 1814, que tengo bien impresos en la memoria, y los del 3 de octubre de 1820, no me hubiesen inspirado una decidida aversión a semejante clase de negocios:* El 10 de agosto de 1814 el virrey Félix María Calleja dio a conocer el decreto del rey Fernando VII, firmado en Valencia el 4 de mayo, mediante el que se derogaba la Constitución promulgada por las Cortes de Cádiz en 1812; y el 13 del mismo mes lo insertó en la Gaceta para su conocimiento oficial. (Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico*, t. IX, Barcelona/México, 1879, 499-508). En la península yucateca, aún antes de estas fechas, había circulado el rumor del decreto del 4 de mayo, gracias a las noticias traídas por un buque procedente de La Habana, rumor que se confirmó el 24 de julio mediante el arribo de otro buque. Pero en agosto de 1814, una vez que se hizo oficial el decreto mediante su publicación por el Gobernador de la Península, el Sr. Manuel Artazo, el populacho de Mérida, encabezado por los *rutineros*, se trasladó a la residencia de los más connotados liberales, que militaban en el partido *sanjuanista*, para exhibirlos y vejarlos: el padre Vicente María Velázquez fue recluido en el convento de San Francisco; don Pedro Almeida, en la cárcel pública; el presbítero don Manuel Jiménez Solís, en el convento de la Mejorada; y don Lorenzo de Zavala, don José Matías Quintana y don Francisco Bates fueron enviados al castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz, en donde permanecieron alrededor de tres años. (Eligio Ancona, *Historia de Yucatán*, t. III, Barcelona, Manuel Heredia Argüelles, 1889, 81-97; Justo Sierra O'Reilly, *Los indios de Yucatán. Consideraciones históricas sobre la influencia del elemento indígena en la organización social del país*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1994, 93-112). Por otra parte, el 3 de octubre de 1820, don Juan Rivas Vértiz, jefe político de Yucatán, y don Mariano Carrillo y Albornoz, gobernador y capitán general de la provincia, temerosos de un complot en su contra, fraguado sobre todo por los padres del convento de San Francisco, decidieron disolver el Ayuntamiento por "perturbador de la tranquilidad pública" y apresar, entre otros, a don Lorenzo de Zavala, don Manuel García Sosa, al provincial del convento de San Francisco, al oficial don Eduardo Lanuza y al Lic. Juan López Gavilán. Don Lorenzo de Zavala y don Manuel García Sosa apenas estuvieron presos seis horas, pues como estaban electos a las Cortes y con el fin de librarse de ellos, el gobierno

otra parte, un pobre lazarino; para quien no hay, ni puede haber, un porvenir político; que no tiene derechos que ejercer, funciones públicas que llenar, ni obligaciones sociales que cumplir; que carece de medios para impedir el mal y de recursos para afianzar el bien de su patria; que no tiene voz ni voto, en fin; ¿qué parte puede tomar en semejantes sucesos? ¿Qué puede influir su opinión en las deliberaciones públicas? ¿Ni qué interés puede tener, sino el especulativo de apetecer lo mejor para sus semejantes, en éstas y las otras pretensiones? Por lo mismo, guardé silencio, e hice firme propósito, después de haberme entregado a mil reflexiones diversas, de no preguntar cosa alguna, acerca de lo que pasaba. Pero esto no me valió, y tuve el disgusto de saber que nuevas desavenencias iban a dividir el país, demasiado trabajado por las convulsiones de la época. Me lo dije muchas veces: “Cuando el Faro de Iguala se apague, ya ningún piloto alcanzará el puerto.” Soy un proscrito: no tengo derecho de hablar; pero ¿quién puede impedirme creer que el soldado ilustre, que hoy está desterrado en Italia, es el único capaz de librar a la nación de un funesto escollo? Sí, él volverá; adornará sus sienes, no con esa funesta corona, indigna de un caudillo de la libertad, sino con la de oro y laurel, que la patria destina a los héroes. Disimula, Manuel mío; pero yo he erigido a Iturbide⁵ un altar en mi corazón,

102. *el soldado ilustre* : el sol todo ilustre
RS

los hizo salir de la Colonia para que se dirigieran a España. Don Lorenzo de Zavala, una vez que estuvo en La Habana, publicó un folleto titulado *Idea del estado actual de la capital de Yucatán*, en donde da noticia detallada de este suceso. (Justo Sierra O'Reilly, “Noticia sobre la vida pública y escritos del excelentísimo señor don Lorenzo de Zavala, antiguo Secretario de Estado y Ministro Plenipotenciario de la República en París, *apud* Lorenzo de Zavala, *Obras*, México, Porrúa, 1976, 204-205; Eligio Ancona, *Historia de Yucatán*, t. III, Barcelona, Manuel Heredia Argüelles, 1889, 161-177).

⁵ *Iturbide*: Agustín de Iturbide y Arámburu. Nació en Valladolid, hoy Morelia, el 27 de noviembre de 1783, de padre español, natural de Pamplona, y madre mexicana. Estudió en el Seminario Conciliar de su ciudad, entró a servir como alférez en el regimiento de infantería provincial de Valladolid y a los veintidós años se casó con Ana María Huarte.

y en él le tributo un culto. Yo sé que Dios aprueba mis sentimientos; porque sólo Dios inspira a los hombres magnánimos, e Iturbide es el fundador de la independencia nacional.

110 Pues me cercioré de lo ocurrido, de una manera singular. Hallábame ayer, por la tarde, recostado al pie de un ceibo frondoso, en la entrada del camino que de la playa sigue a la hacienda *Buena-*
115 *vista*, disfrutando de una brisa suave y ligera, que rizaba apenas la superficie del mar, y de la deliciosa vista que se presenta desde aquel sitio risueño y pintoresco; cuando he aquí que un hombre, a quien no conocí de pronto, se me puso por delante.

Desde la proclamación de la independencia por don Miguel Hidalgo, quien lo invitó a sumarse al movimiento, hasta la proclamación del Plan de Iguala (24 de febrero de 1821), fue el “azote de los insurgentes y hombre de confianza de las autoridades realistas.” Con el restablecimiento de la constitución liberal española en 1820 y de acuerdo con algunos absolutistas, como el canónigo Matías Monteagudo, decidió acercarse a don Vicente Guerrero, el único caudillo que sostenía el movimiento insurgente, y proclamaron el Plan de Iguala. En Córdoba firmó con el último Virrey, Juan O’Donojú, los tratados mediante los cuales se reconocía la independencia de México. Finalmente el Ejército Trigarante entró en la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, acto con el que se consumó de hecho la Independencia. Agustín de Iturbide gobernó con algunas dificultades y entonces decidió proclamarse Emperador de México, cuya coronación tuvo lugar el 21 de julio de 1823. Sin embargo las dificultades continuaron y decidió abdicar. El 30 de mayo de 1823 salió de Veracruz con rumbo a Italia. Se estableció en Liorna, en una finca propiedad de Paulina Bonaparte, y el 17 de diciembre marchó a Londres, pasando por Suiza, las riberas del Rin y Bélgica. En Londres lanzó una proclama al gobierno mexicano ofreciendo su servicios como simple militar, pero el Congreso, ante al temor de una sublevación iturbidista, lo declaró traidor y fuera de la ley en el caso de que se volviera a presentar en el territorio nacional, precisamente cuando Iturbide se encontraba ya de regreso a México. Desembarcó en Soto La Marina el 14 de julio de 1824 y el Congreso de Tamaulipas, erigido en jurado, lo condenó a muerte y fue fusilado en Padilla, el 19 de julio de 1824. (José María Miquel i Vergés, *Diccionario de Insurgentes*, México, Porrúa, 1980). “Ésta fue la vida —dice Marcos Arróniz— de Iturbide. No negaremos que cometió faltas reprobables, pero sus servicios y méritos eminentes inclinan a su lado la balanza de la justicia, y aquéllas con su muerte no sólo fueron purgadas, sino que recibieron un castigo superior e indigno. La fría e imparcial historia lo ha colocado en el lugar eminente que debe, como guerrero ilustre, político hábil, Libertador de México y emperador desgraciado.” (Marcos Arróniz, *apud GC*, III, 271).

—¡Hola, mi amigo! —me gritó—. Me alegro de verlo tan bueno. ¿Por qué no ha vuelto por aquellos andurriales, una vez que es tan aficionado a los muertos? ¡Vaya un gusto extraño! 120

—Bueno o doliente, siempre estoy para servirle, señor sepulturero (que era él). Yo no he vuelto a los términos de su jurisdicción, temeroso de encontrarme con algún entierro, en que viniese de acompañante aquel señor procurador, que nos tiene una ojeriza atroz, por las razones que usted presume. Sin embargo, yo he hecho intención de ir, un día de éstos, a hacer a usted y a su establecimiento, una corta visita. 125

—Sí, sí ¿y por qué no? Somos ya conocidos, me parece, y conocidos de confianza; y déjese de rencores por la ocurrencia de marras, que yo no soy ningún mal hombre, como lo parezco por este estrambótico pergeño. Mal pasaje, por cierto, habría usted tenido con el susodicho procurador, que, a poco rato, como me lo presumí, vino en la comitiva. ¡Qué cara de vinagre! 130

—¡Mala cara, eh!

—Malísima. Suponga usted que todo lo quiere aplicar al ramo de policía, venga o no venga a cuento; y para ello arruga la frente, cierra los puños, y amenaza al primero que se figura haber quebrantado algún artículo del bando de buen gobierno, aunque la infracción sólo existe en su caletre. 135

—Cumple con su deber, procurando averiguar lo cierto. 140

—Según y conforme; ni es razón que haga cargos a quien no debe. *Verbi gratia*: el día del entierro consabido, me molió la paciencia a reclamos e interpelaciones:

“—Señor sepulturero: estas murallas están muy bajas.

“—Dígaselo usted al mayordomo de fábrica. 145

“—Señor sepulturero: este cementerio está mal situado.

“—Traslado al ayuntamiento, del cual es usted miembro.

“—Señor sepulturero: es una picardía que aquí no haya un capellán.

121. *estoy* : *om.* RS

137. *que se figura* : que se le figura RS

- 150 “–Entiéndase usted con el vicario.
 “–Señor sepulturero: este sitio está cuajado de piedras.
 “–Yo no soy bombeador.⁶
 “–Señor sepulturero: aquí no hay una capilla, un árbol, ni un
arbusto: éste es un cementerio indigno de una población culta,
155 como Campeche.
 “–Señor procurador, por la sangre de Cristo: dígame usted que
las sepulturas no están suficientemente profundas, y la tierra que
las cubre bien pisoneada, y contestaré a los cargos. Los que usted
me hace ahora, más bien creo que deben dirigirse a usted.”
- 160 –Muy bien dicho.
 –Por supuesto que muy bien dicho. Uno, viendo su fervor, le
propuso una visita a San Lázaro, ya que se hallaban tan cerca. El
hombre se puso pálido, y con no sé qué pretexto, cambió de con-
versación. ¿Quería usted, pues, que ese caballero le mandase lan-
165 zar del campo santo?
 –No hablemos más de eso, amigo mío; yo no conservo ningún
resentimiento por lo pasado. Al contrario, le estoy muy recono-
cido, porque me ha librado de una humillación inmerecida.
 –¡Bravo! Así me gustan las gentes: razonables. Con que, tan
170 amigos como siempre, y pelillos a la mar.
 Y sin mayor ceremonia, tomó mi capa, que pendía de una rama,
la plegó en muchos dobleces, y, colocándola junto a mí se sentó
buenamente sobre ella. Echó mano, en seguida, de una pipa, que
sacó de un pequeño zurrón de gamuza, puso en ella algunos peda-
175 zos de tabaco nada aromático, hizo lumbre, y comenzó a fumar con
un placer envidiable, envolviéndome en una nube de humo, tan
densa como pestilente. Lejos de incomodarme con semejante mues-
tra de confianza, que, en cualquiera otra circunstancia, no me habría
sido muy lisonjera, procuré, al contrario, estimular al buen sepultu-
180 rero a que prolongase su plática, y acabase por hacérseme amigo.
Era que yo, pobre lazarino, encontraba un hombre que no temía la
malignidad de mi dolencia.

⁶ *bombeador* : El que dispara bombas con el mortero.

—A lo que veo —le dije después de un rato de silencio—, usted no tendrá hoy algún muerto a quien decir: “séate ligera la tierra.” 185

—Si acaso lo hay, será de medio pelo. Yo soy sepulturero mayor, y no entierro sino a los señores de copete; digo, cuando buenamente se mueren. Y si no, ¿qué se entiende por sepulturero mayor?

—Es verdad, yo no había caído en ello. Sin embargo, creo que usted habrá comenzado su carrera por subalterno, si es que siempre ha ejercido semejante profesión. 190

—Mire, usted señor... señor... ¿cómo es su gracia de usted?; y perdone la pregunta.

—Antonio.

—Gracias. Pues mire usted, señor Antonio: en mi actual carrera, como ya empieza a suceder en todas las demás, he sentado plaza de jefe, sin pasar por los grados subalternos. Verdad es que esa mi actual carrera, es carrera de cojos e inválidos; pero, hablando en plata, sólo se han premiado medianamente mis antiguos servicios. 200

—¡Grandes servicios! ¿No es esto?

—Grandes o pequeños, yo he dicho simplemente servicios, sin calificar su peso, número o medida; y si he dicho que son antiguos, esto no significa que sean grandes. Basta ser un poco viejo, y ya ve usted que sesenta y un años, que cumpliré el día de San Germán, que es a 28 de mayo... 205

—Con que usted, mi buen amigo, se llama Germán.

—En todo el barrio me llaman “Nuestro amo⁷ Germán”, porque antes fui yo contra maestre, que enterrador de muertos. Así es que,

183. *que* : yo *add.* RS

204. *Basta ser* : Basta con ser RS

⁷ *Nuestro amo*: “Sobrenombre con que se interpela a los contra maestres por costumbre inveterada de la marina, llamándoles *nuestro amo* cuando se les dirige la palabra.” (*Diccionario marítimo español*, Madrid, Imprenta Real, 1831. Edición facsímil, Madrid, Museo Naval, Servicio de Publicaciones de la Armada, 2003).

- 210 si usted gusta... “Nuestro amo Germán.” ¡Rarísima vez entiendo yo por Germán a secas!⁸
- Bien, nuestro amo Germán, muy bien; pero, ¿por qué dejó usted su ejercicio de mar? ¿Sufrió usted alguna desgracia, mi viejo amigo?
- 215 –¡Cáspita! ¿Pues quería usted, criatura de Dios, que toda la vida me estuviese columpiando en un mal pailebot,⁹ después de tantos fracasos en la marina real? Además, toda mi gente de tierra había pasado por ojo, sin que me quedase ni siquiera la buena Gaspara, para arrancar las manchas de alquitrán de mi pobre chamarra.
- 220 –¡Qué dice usted, nuestro amo!
- Sí, amigo; en año y medio murieron mi pobre mujer y mis cuatro hijos.
- Separó su pipa el infeliz anciano, con la mano izquierda, y con el reverso de la derecha se enjugó dos gruesas lágrimas que asomaron a sus ojos. Aquel ademán me conmovió profundamente.
- 225 –¿Y ha quedado usted solo en el mundo, nuestro pobre amo Germán? –continué yo.

223. *Separó* : separa UADY

⁸ En las *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, Sierra O'Reilly nos cuenta que para la creación del amo Germán, se inspiró en don Vicente Gómez, un español, natural de Galicia, muy conocido en Campeche, particularmente en el barrio de San Román: “Don Vicente es un hombre leal, amigable, benévolo y de una conversación divertida y agradablemente variada. Si en alguna parte es preciso buscar el tipo característico de nuestro amo Germán, personaje de *Un año en el hospital de San Lázaro*, se hallará sin duda en don Vicente Gómez. Francote, brusco y decidor, es imposible no reírse infinito con sus ocurrencias y dichos agudos, que vierte con una seriedad imperturbable y sin la menor pretensión.” (Justo Sierra O'Reilly, *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, t. I, Campeche, Gregorio Buenfil, 1850, 18).

⁹ *pailebot*. “Voz tomada de la denominación inglesa *pilot's boat*, que significa *bote del piloto* o *del práctico*, y se apropia entre nosotros a una goleta pequeña sin gavias, muy rasa y fina.” (DME).

–Lo que es solo, no. Es verdad que yo no tengo aquí pariente alguno, pues soy valenciano, para servir a usted; pero el buen barrio de San Román me ampara y me protege, ahora que voy quedando ya inútil. Los viejos me miran como a un hermano, y los mozos como a su padre. Toda es gente franca, leal y generosa ¡Dios se los pague!

–Pues bien, nuestro amo Germán; deseo, sí, quiero, con toda mi alma que usted me aliste entre esas gentes honradas y generosas que le tratan como a su padre.

El anciano me miró fijamente.

–Sí, nuestro amo Germán; no sabe usted cuánto le agradecería el que me considerase, en lo sucesivo, como uno de sus hijos.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó incorporándose y cruzando ambos brazos sobre el pecho–. Permitiste que aquel desgraciado se extravíase, lanzándose en una carrera tan vil, como peligrosa: me has arrancado a mi esposa, y a mis cuatro hijos pero en recompensa, me prodigas consuelos por todas partes. ¡Oh, Dios mío! Bendito sea tu santo nombre.

Y dejándose caer de rodillas, sollozó amargamente. Me pareció aquella actitud tan solemne, en semejante circunstancia, que mi corazón se estremeció, como con cierta especie de pavor religioso. También me arrodillé con respeto, lloré con ternura, y oré en unión de aquel anciano desvalido.

Pasados algunos instantes, nos sentamos de nuevo, y me estrechó la mano amistosamente. Serenose su semblante, y recobró su ordinaria expresión de jovialidad y franqueza.

–Usted puede creer, señor Antonio –me dijo después–, cuánto favor le debo por su benevolencia y afecto. Gracias, también, amigo mío, gracias. Puede ser que, algún día, le muestre, con obras, todo lo que yo agradezco esas palabras de consuelo generoso en favor de un hombre, que, tal vez, le ha tratado inmerecidamente.

–¡Oh no, nuestro amo Germán, no! Soy yo quien debe agradecerle su extremada bondad, en acoger, en su afecto, a un pobre lazarino, que la sociedad ha proscrito.

265 –¿No conoce usted, mi querido Antonio, que esas palabras no
convienen ni a usted, ni a mí, en una ocasión como la presente?
Cuando todos huyesen de usted, y le abandonasen, yo, mientras
viva seré su amigo, su compañero y su humilde servidor, aunque
me encuentre viejo e inútil. Aquí está mi mano y mi palabra que
siempre ha sido palabra de hombre honrado.

270 Apretele la mano. Él y yo volvimos a quedar pensativos. Desde
ese momento comencé a amar a mi viejo sepulturero con toda
cordialidad y afecto. No puedes figurarte, Manuel mío, la emo-
ción que experimenta un leproso infeliz, cuando encuentra sim-
patías en un ser sensible, a quien su situación no inspira ese horror
275 natural, que debe producir, y produce generalmente, a todos los
que se le acercan.

La noche comenzaba a cerrar, y me levanté para volver al hos-
pital.

280 –Vamos –me dijo el sepulturero–, yo le acompañaré hasta la
puerta.

Y echamos a andar. En el camino contestando a varias pregun-
tas que yo le hacía con interés, me dijo que lo pasaba holgada-
mente, y que de ninguna comodidad carecía, porque sus necesida-
des eran cortísimas.

285 –Sin embargo de que soy español –prosiguió–, he dicho a usted
que estoy muy querido en todo el barrio de San Román, y mien-
tras viva, nada me hará falta. Aunque me quitaran mi oficio mise-
rable de sepulturero, así como despojaron de sus destinos a todos
los empleados españoles el día 15...

290 –¡Ah, ah!

Viendo, por mi exclamación, que yo ignoraba el suceso a que
había aludido, el buen anciano me refirió, con todos sus porme-
nores, los acaecimientos del día 15 de este mes, y los de la noche
del 20,¹⁰ que tanto me habían hecho cavilar, sin atreverme a hacer

¹⁰ *los acaecimientos del día 15 de este mes, y los de la noche del 20*: El 15 de febrero de 1824, el primer alcalde de Campeche, en funciones de jefe político, convocó y reunió en la sala capitular una asamblea extraordinaria, “mezcla abigarrada de regidores del

pregunta alguna a los que podían informarme. Así supe que todos los empleados españoles habían sido depuestos; que se había pedido la declaración formal de la guerra a España, cuya medida habían diferido las autoridades superiores de la capital; que el comandante de las armas había venido, casi solo, desde Mérida, a intervenir en aquel suceso, procurando cortarlo; que en Campeche había sido mal recibido, y que, con motivo de su presencia, había estallado en la plaza la conmoción del día 20 por la noche, que terminó con la salida de ese jefe, quien se retiró muy indignado, y resuelto a emplear las armas, para cortar el progreso del movimiento del día 15.

Sensible es este modo de pedir las cosas... ¡Olvidábame que soy un lazarino, que estoy muerto civilmente, y que mi opinión no vale para cosa alguna!

Me despedí de mi nuevo amigo, y entré en mi albergue a meditar en los incidentes de la tarde. Ese pobre y honrado sepulturero,

Ayuntamiento, empleado civiles y militares y algunos clérigos”, que, dadas las hostilidades de los españoles atrincherados en San Juan de Ulúa contra el puerto de Veracruz, y siguiendo la política del Gobierno de México, dio a conocer un acuerdo, cuyo contenido podría sintetizarse con las palabras: “Unión con México, guerra a España y los empleos y los destinos para los americanos moderados y decididos por la independencia.” Juan Francisco Molina Solís comenta: “A son de campanas y cornetas fue el programa publicado por bando solemne en la tarde de ese mismo día, y el alcalde primero tuvo cuidado de comunicarlo oficialmente a las supremas autoridades de la Nación y del Estado. Sin demora se entró en su ejecución destituyendo a todos los empleados españoles. Sin embargo esta disposición disgustó a algunos diputados del Congreso local, que finalmente decidió emitir un decreto en el que “se mandaba perseguir, como atentadores contra el orden y seguridad pública, a todos los que dañasen las personas, propiedades o derechos de los españoles domiciliados en el Estado.” Y para hacer cumplir estas órdenes salió de Mérida con rumbo a Campeche, don José Segundo Carvajal (1791-1866), comandante militar del Estado, quien la noche del 20 de febrero de 1824 mandó cerrar todas las puertas de la ciudad y visitó todos los cuarteles de la guarnición; pero requerido por los “revolucionarios” y para “evitar un derramamiento de sangre”, prefirió regresar a Mérida.” (Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán desde la independencia de España hasta la época actual*, I, Mérida, Talleres Gráficos de “La Revista de Mérida”, 1921, 21-24. Véase también Francisco Álvarez Suárez, *Anales históricos de Campeche*, t. I, Ayuntamiento de Campeche, 1989-1991, 170-173).

315 ¡también ha sufrido mucho! ¡Esta miserable humanidad, que en todas direcciones, y por todos aspectos, se encuentra siempre trabajada! ¡Este infeliz anciano, con un genio tan franco, jovial y sencillo; y sin embargo, haber perdido a su esposa y cuatro hijos, en tan corto tiempo! ¡Habérsele extraviado otro! ¡Qué carrera vil y peligrosa será la que abrazó, y que, según parece, ha afectado vivamente a su padre? El tiempo aclarará este misterio. No me pareció oportuno intentar descorrer el velo que lo cubre.

320 Adiós, amigo y hermano mío. Jamás me olvido de las personas que me son tan queridas; y a todas ellas escribo siempre por separado, reservando para ti mis confidencias más íntimas. Adiós, otra vez.

CARTA VII
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 13 de marzo de 1824

Querido mío. Este afán que nos escuece vivamente, este afán de
ocultarnos a nosotros mismos y de ocultar a los demás nuestras 5
propias miserias; en el pobre lazarino es enteramente inútil, por-
que parece que todo conspira a echarle en cara, de una manera
oprobiosa, su abyecta condición, por más que se empeñe en
hacerla olvidar a los otros, ya que no puede conseguir para sí tan
débil y mezquino consuelo. De aquí proviene cierta lucha interior, 10
en la cual, si no hay una buena dosis de resignación y paciencia, el
lazarino viene a ser una víctima miserable, que no siempre pro-
voca la compasión de sus semejantes, porque no todos nuestros
semejantes tienen el mismo grado de filantropía. De allí, esa tena-
cidad con que quiere ponerse en contacto con todo el mundo, dar 15
la mano a los que encuentra en su tránsito, estrechar contra su
pecho a los amigos y conocidos, y exhalar su pestilente aliento
sobre cuantos se le acercan. ¿Llevará en ello la intención deprava-
da de causar algún daño? ¿Querrá excitar la susceptibilidad
ajena, para gozarse en el martirio que cause? ¿Deseará que todos 20
participen de sus atroces sufrimientos? ¡Oh, no, seguramente, no!
Él busca un rostro benévolo, un prójimo deferente, un ser compa-
sivo, alguno, en fin, que en su aspecto le signifique, bastante-
mente, que no cree en la malignidad de su mal, que no se horro-
riza de su aspecto, que no tiene asco a la fetidez que exhala, ni 25
teme el funesto contagio. Regularmente, el éxito de semejante
tentativa es terrible y desconsolador; y el infeliz lazarino recibe,

uno tras otro, una serie de desengaños, que excitan su mal humor,
y lo convierten al cabo, en un misántropo que huye de todos,
30 como un animal hosco y bravío, y esquivo a sus compañeros,
como si viese personificado en ellos un atroz epigrama contra su
situación. En este caso, la religión es su único amparo, porque la
filosofía misma no es bastante para mitigar la horrenda desespera-
ción en que irremisiblemente caería, sin el auxilio de aquella.

35 Por eso me decía ayer el padre capellán.

—Amigo querido, si en la vista y hallazgo de ese prójimo defe-
rente, busca usted todos sus consuelos, y tiene la esperanza de
hallarlos... poco es lo que puede usted adelantar. El egoísmo...
¿Sabe usted de lo que es capaz el egoísmo?

40 —Ya lo comprendo, padre mío. El egoísmo me ha relegado
aquí, me ha excomulgado, me ha arrancado fríamente del seno
de mi familia y de los brazos de la tierna amistad para atarme
contra una roca, como a Prometeo, hasta que un buitre acabe de
rasgarme las entrañas. Es decir, me he sumido en San Lázaro,
45 hasta que la lepra dilacere todos mis miembros, y termine mi
dolorosa existencia.

—Bien. Yo no quiero contradecir esos conceptos que, hasta
cierto punto, son justos. Al contrario, quisiera que usted se forti-
ficase en ellos; pero no para aborrecer a la pobre humanidad que,
50 por lo regular, no tiene la culpa de ciertos vicios que han llegado a
ser orgánicos. El cristianismo, sin embargo, ha hecho una gran
revolución moral; y su influencia, más tarde o más temprano,
cambiará del todo la faz de las sociedades. Busque usted, pues,
esos consuelos en sus buenas acciones, en su conciencia y en su
55 corazón. Búsquelos usted, y los hallará, allí...

Y me designaba la santa *Biblia*, colocada sobre mi mesa. En
aquel momento la fisonomía del buen eclesiástico aparecía
casi radiante, de bondad y de caridad cristiana... de esa caridad
que, como dice San Pablo “todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo

40-41. *me ha relegado aquí* : om. RS

44. *me he sumido* : me ha sumido RS

52. *más tarde o* : om. RS

57. *aparecía* : aparece UADY

lo espera, y todo lo sufre”.¹ Y en vez de huir, como el pescador a 60
quien libré de una muerte segura, o de esquivarme, como el men-
digo que recibió de mí una limosna; aquel hombre singular, para
quien no tenía yo otro título que la fraternidad cristiana, me estre-
chaba cariñosamente contra su corazón, y lloraba lágrimas de 65
amor sobre mis lívidas facciones. ¿Cómo, en tales momentos,
habría dejado de sentir un consuelo inefable? ¡Ah! Yo no dudo que
en todos los siglos, y en todas las creencias, se encontrarán a
menudo, hombres poseídos de un sentimiento profundo de bene-
volencia hacia sus semejantes; pero sólo el cristianismo, esta insti- 70
tución de fe y de caridad nos ofrece, como base de su espléndido
edificio, el amor a nuestros semejantes. ¡Oh religión de paz y filan-
tropía! Yo pido a su fundador divino que me confirme en su fe
santa, porque yo sólo quiero creer, amar y adorar. Si ha podido
existir en mí un mal reprimido sentimiento de duda sobre el por- 75
venir, desaparezca, desde hoy para siempre jamás. ¡Dios mío, qué
fuera de una infeliz criatura, de un pobre leproso, atribulado, affi-
gido, oprimido de dolor y de angustia, si no tuviese la seguridad
de otra vida, y en ella fijase toda su esperanza! ¡Qué tormentos,
por más vehementes y agudos que pudiese inventarlos la imagina- 80
ción más exagerada, serían comparables a los que causaría una
situación semejante! ¡Ah no! Bendito sea el Dios de nuestros
padres y nuestros abuelos, porque sólo ese Dios es el único con-
suelo de la miserable humanidad.

Desde que medito en estas importantes verdades, y reflexiono 85
en la vanidad del mundo, siento un alivio inexplicable, y encuen-
tro mejorada mi condición. Porque, Manuel mío, dirigir los ojos
al mundo, en demanda de consuelos, no es otra cosa que afanarse
inútilmente, hallando, en vez de lenitivos nuevos dolores, y amar-
guras sin término. Sumida la generalidad de los hombres en sus
negocios, o más frecuentemente, en sus pasiones, pocos hay que se 90

¹ *de esa caridad que, como dice San Pablo “todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, y todo lo sufre”*: (Epístola I a los Corintios, 13, 7).

conduelan de la humanidad que sufre y padece, cuando hasta su solo aspecto, tal vez porque les recuerda su fin tan temible como inevitable, les causa horror y repugnancia. Sí; es una verdad que, para la mayor parte de los que nos rodean, somos indiferentes; y
95 aun las pocas almas compasivas, no siempre pueden, cuando lo quieren, contribuir a aliviar nuestros padecimientos; porque, o se los impide una irresistible preocupación, que no les da ni valor para entrar en un examen; o la disposición de sus órganos no sufre nuestra inmunda y asquerosa presencia. Puedes de esto inferir
100 cuán profunda será mi gratitud respecto de este buen eclesiástico, del doctor Frutos y de nuestro amo Germán, de este viejo y leal marino, que es mi constante compañero en todas las excursiones que hago fuera del hospital. ¡Qué alma tan noble y tan honrada posee! Su conversación sembrada a veces de natural originalidad,
105 a veces seria y reflexiva, siempre es amena, curiosa y variada. Él me relata, con entusiasmo, sus campañas navales, sus aventuras marítimas, y los lances más críticos de su vida, empleando al efecto ese peculiar fraseísmo de las gentes de mar, que para comprenderlo se necesita el hábito de tratar con ellas. Él me llama la atención
110 sobre los puntos de vista más interesantes; y no hay caleta, pequeña ensenada, promontorio, punto o colina, acerca de los cuales no sepa alguna historieta, que no siempre tiene un término feliz, pues que muchos de los personajes concluyen por morir ahogados.
115 Quieres, según me indicas, saber cuál es la distribución que hago del tiempo y en qué lo empleo. Bien; voy a complacerte. Levántome a las cinco de la mañana, y elevo al Señor una plegaria por mi padre, por mis amigos, y por todos mis semejantes, y pidiendo para mí lo que sea más conforme a su voluntad santísima.
120 Un pobre lazarino, que me sirve de mozo, me trae en seguida el desayuno, que tomamos juntos Regino y yo. Luego salgo, y voyme a dar un largo paseo, o por las orillas del mar, o a las

108. *frasesmo* : frasesismo VA, RS, P, UADY

122. *voyme* : voy RS

122. *o por las* : por las RS

vistas colinas, o a las haciendas de campo inmediatas. Vuelvo y almuerzo, siempre en unión de Regino, que es mi constante compañero en casa, pues el infeliz aún no puede salir del hospital, ni tampoco es mucho lo que en ello se empeña. En adelante leemos, conversamos con el capellán y visitamos, en unión suya, a todos los enfermos que están en cama. Comemos a las dos, y reposamos hasta las cuatro y media de la tarde. A esa hora, vuelvo a empuñar mi bastón de ébano y salgo en busca de nuestro amo Germán, que estoy seguro de encontrar siempre en la puerta, esperándome. Paseamos hasta muy entrada la noche y pasamos lo restante del tiempo, hasta las diez, hora en que nos recogemos en pláticas y ejercicios piadosos. He allí mi método de vivir. Mientras yo leo, Regino se ejercita en hacer algunas obras curiosas de carpintería en que es muy diestro, lo cual no le impide atender a la lectura y hacer sobre ella muy justas y sólidas reflexiones.

Las familias se desbandan a centenares de la plaza, por la aproximación de la Columna volante² que las amenaza. El hospital, como debes suponer, experimenta los inconvenientes que produce semejante estado de cosas; y he aquí por qué las lamentables ocurrencias del día, de las cuales no querría ni acordarme, nos

139. *las* : la RY

142. *querría* : quiero RS

² *la Columna volante*: La Columna Volante de la Unión fue el contingente que envió el poder ejecutivo de Mérida, dando cumplimiento a acuerdos del Congreso del Estado, en contra de Campeche, cuando en esta ciudad se decidió el 15 de febrero de 1824 apoyar la política del gobierno del centro en contra de los españoles. (Véase la nota 8 de la carta VI). Don José Segundo Carvajal, al mando de la Columna Volante, compuesta de cuatro mil hombres, se estableció, el 20 del mismo mes, en el barrio de Santa Ana, y Campeche por su parte tomó las medidas conducentes para la defensa de la ciudad. Sin embargo al final todo se resolvió favorablemente, ya que después de algunos días, sin ser sentida en la ciudad, la Columna Volante [el 24 de mayo] se regresó a Mérida. Fue —dice Manuel A. Lanz— “la guerra sin lágrimas, la guerra del regocijo público, la guerra de las conferencias y tratados.” (Manuel A. Lanz, “La Columna. Movimiento político en la península. 1824”, en *La Alborada*, 1874, 158-171; Francisco Álvarez, *Anales históricos de Campeche*, t. I, Ayuntamiento de Campeche, 1991, 170-173).

son doblemente sensibles. El doctor Frutos, llamado por sus deberes al lado de su familia, tendrá que marcharse lejos de aquí, según
145 me ha indicado, con gran sentimiento mío, pues que esto probablemente trastornará mi modo de existir, que experimenta notable mejoría con su asistencia. Nuestro amo Germán me comunica todas las noticias del día, haciendo de ellas muy graciosos comentarios. Yo suelo reírme de sus ocurrencias, y lo dejo explayarse.

150 –Mire usted qué brillante y despejado aparece el horizonte –me decía en una de estas tardes–: el navío llegará al puerto, bajo la dirección de un insigne piloto que dice, y repite, para animarnos, que es *trágico por temperamento*.

–Y esto ¿qué significa, nuestro amo?

155 –¿Lo entiende usted? No ¡eh! Pues así lo entiendo yo. Salvo que con esto nos anuncie que sería muy hombre para matarse a sí mismo, y despachar a los demás al otro barrio.

–Pero ésa es una explicación horrible.

160 –Pues explíqueme de otro modo, lo que indica eso de ser *trágico por temperamento*.

–No lo entiendo, nuestro amo; mejor sería que pensáramos en otra cosa, porque las de este género, ya comienzan a disgustarme. Triste es, por cierto, presentar un programa tan extraño, y tan incomprendible. Pasearemos, si a usted le parece bien.

165 –Sí; pasearemos.

–Pero ¿a dónde hemos de dirigirnos hoy? Todos los puntos inmediatos nos son muy conocidos; y aunque yo quisiera subir a San Miguel, el destacamento habrá de impedirme la entrada, porque ¡ya lo ve usted!, no soy más que un lazarino.

170 –En llevándole yo a remolque, nos veríamos en ello.

El buen viejo se había armado de valiente y pretendía llevar adelante el proyectado paseo. Pero felizmente, logré disuadirlo, y digo felizmente, porque no sólo me libró, en esa tarde, de un mal rato, sino que para compensarme el disgusto momentáneo que

167. *subir*: om. RS

me causaba el pensar en los inconvenientes de la enfermedad, dis- 175
currió otro paseo que, según me dijo, iba a asombrarme.

–¡Asombrarme! –le repetí.

–Sí, señor; como suena, y cuando yo le digo que ha de asom-
brarse, es porque sé que así ha de suceder. Sígame las aguas, y
luego, luego arribaremos y si no queda usted satisfecho, que pierda 180
yo el nombre de Germán, que llevo hace sesenta y un años.

–Pues marchemos.

–Bien, navegue usted conmigo en conserva³ y a toca penoles,⁴
porque voy a ceñir⁵ de suerte, que sólo yo he de saber el punto de
la recalada.⁶ 185

Y comenzamos a andar por el camino de Buenavista. Cejando
un tanto sobre la izquierda, nos internamos en un bosquecillo
espeso y frondoso; el terreno comenzó, muy pronto a ser algo
difícil, y las escabrosidades que ofrecía ya me fatigaban. Subíamos,
y por cierto que no era por senda alguna, porque ni vestigio había 190
de ella sobre el terreno que pisábamos.

–A la verdad, creo que nos extraviarnos –grítele de repente a mi
guía, que marchaba silencioso.

–Es difícil.

–Pero si usted no solamente no sigue senda alguna, nuestro 195
amo, sino que evita las que solemos encontrar al paso.

–No importa. Si no fuera yo práctico en estas costas, ¿había de
venir mandando la maniobra?

188. *muy pronto* : muy de pronto *RS*

197. *costas* : cosas *RS, UADY*

³ *conserva*: Conserva. “Unión, compañía que se hacen mutuamente dos o más buques en su navegación. En cierto modo es un equivalente de *convoy*; y la acción se expresa con la frase *navegar en conserva*.” (*DME*).

⁴ *a toca penoles*: Locución adverbial con la que se expresa la cercanía con la que se ha pasado o se está a punto de pasar cualquier objeto con el buque. (*DME*).

⁵ *ceñir*: “Dicho en absoluto, es navegar contra la dirección del viento en el menor ángulo posible con ella, y equivale a *navegar de bolina*.” (*DME*).

⁶ *recalada*: Recalar. “Llegar un buque a la vista de un cabo u otro punto de tierra.” (*DME*).

–Pero ya me cansa esta subida.
200 –Mejor, así le agradará más el espectáculo que va a presenciar
ahora mismo.

Saltábamos de risco en risco, y para evitar una caída, que me
descalabrara irremisiblemente, tenía necesidad de los auxilios del
buen viejo; y a veces me sujetaba de las ramas. Salimos, en fin, del
205 bosquecillo a una hermosa explanada.

–¿Qué es esto, nuestro amo? –preguntele al viejo, exhalando un
grito de admiración.

–La *Eminencia*⁷ –me respondió.

Ciñe a Campeche, por la parte de tierra, un semicírculo de
210 colinas de poca elevación. La ciudad, sus hermosísimos barrios, y
algunas casas de campo, yacen a las faldas de este magnífico y
espléndido anfiteatro, que termina a la lengua del agua. Destácase
de este ceñidor una colina, que se interna en el barrio de San
Román, dominándose, desde ella, toda la población, los campos
215 inmediatos, y el mar. Esto se llama la *Eminencia*.

Todavía no puedo concebir, cómo un punto de vista, el más
pintoresco, sin duda, de los que hay en el país, sólo se encuentre
frecuentado por los leñadores, por uno u otro cazador y por algu-
nos muchachos que viven a las inmediaciones. Los extranjeros lle-
220 gan a Campeche y se vuelven sin visitar esta pequeña altura, por-
que ningún habitante de la población se empeña en hacerle saber
el tesoro de preciosas vistas, que presenta. Yo no podré hacer
de ellas, Manuel mío, una descripción; pero trazaré un ligero bos-
quejo, para inducirte a no malograr la oportunidad, si alguna vez
225 vienes a Campeche, de presenciar este magnífico espectáculo, que

222. *presenta* : presentan VA, RS, UADY

⁷ La Eminencia: En *El Fénix*, asienta Sierra O'Reilly: "La *Eminencia* es una colina que se prolonga de la cadena que circuye a Campeche, dentro del barrio de San Román a muy pocas toesas del recinto de la plaza y dominándola enteramente." ("Calendario civil y religioso. Noviembre", en *El Fénix*, Campeche, 25 de noviembre de 1848, núm. 6, p. 3).

lo es tanto más, cuanto que en un terreno tan llano, como el nuestro, la monotonía del paisaje es triste y enfadosa.

Serían las cinco de la tarde cuando llegamos a la cima de la *Eminencia*, que, por aquel rumbo, distará, me parece, cuatrocientas toesas⁸ del ángulo más saliente de la plaza, que es el baluarte de San Juan.⁹ Reinaba, en aquel momento, una fuerte brisa que nos transmitía el ruido del mar, el de los árboles, y aun las voces de los que andaban por las murallas. El cielo estaba brillante y despejado; y los rayos del sol, que declinaba, se reflejaban allá, a lo lejos, en el mar, produciendo a la vista un efecto inexplicable. A nuestros pies se desarrollaba, en todas direcciones, un vasto diorama, sobre el cual todo parecía moverse y animarse. A la derecha se prolongaba, en una dilatadísima abertura, el barrio de Santa Ana,¹⁰ descansando la vista en el Limonar,¹¹ y el castillo de San José.¹² A la izquierda, el

230

235

⁸ *toesas*: Toesa. “Antigua medida de longitud equivalente a casi dos metros.” (*DUE*).

⁹ *baluarte de San Juan*: Estaba situado en uno de los vértices del recinto amurallado, entre el baluarte de Santa Rosa y la Puerta de Tierra. Tenía una superficie de 890.02 mm². (José García Preciat, “Historia de la arquitectura”, en *EY*, IV, México, Gobierno del Estado de Yucatán, 1977, 532).

¹⁰ *barrio de Santa Ana*: Barrio de la ciudad de Campeche, cuyo nombre se debe a la iglesia de Santa Ana. La iglesia la mandó a construir el Gobernador don Antonio de Figueroa y se concluyó el 26 de julio de 1735. La iglesia originalmente se le dedicó a la Señora Santa Ana y no se sabe en qué fecha y por qué razón se cambió el culto al de la Señora de las Angustias. Su construcción es muy sencilla: consta de una sola nave con dos capillas laterales. (José Manuel Alcocer Bernés, *Las iglesias coloniales del puerto de Campeche*, Universidad del Sudeste, 1986, 113-117).

¹¹ *el Limonar*: Loma inmediata a la Eminencia; “a poco más de cuatro kilómetros del centro de la Villa, en dirección sureste.” En ella fue construida la casamata, que tenía como finalidad almacenar la pólvora en un lugar fuera de la ciudad. (José Enrique Ortiz Lanz, *Piedras ante el mar. Las fortificaciones de Campeche*, México, CONACULTA/Gobierno del Estado de Campeche, 1996, 71-72).

¹² *el castillo de San José*: “El fuerte de San José fue construido por el Teniente de Rey de Campeche D. José Sabido de Vargas, habiéndose concluido la obra el 9 de agosto de 1792, según inscripción que en el mismo existe. Ocupa una superficie de 1,828.79 mts. cuadrados.” (José García Preciat, “Historia de la arquitectura”, en *Enciclopedia Yucatanense*, IV, México, Gobierno del Estado de Yucatán, 1977, 542).

240 barrio de San Román se presentaba diseminado en un bosque de
cocos; y al través de sus ondulantes palmas, el campanario de la
pequeña iglesia, y los edificios dados de blanco y azul, parecían agi-
tarse en movimientos diversos. Allí estaba también el hospital de
245 San Lázaro. En el fondo del cuadro, el paisaje era de un efecto
majestuoso y sorprendente. Su primer término, era formado de
coposas arboledas, bordadas por los solares y caseríos. Más allá,
extendíase la plaza amurallada, y coronada de baluartes, desco-
llando, sobre ellos, muchos y elegantes edificios particulares con
250 miradores, templos, cúpulas y campanarios, elevándose, hasta una
considerable altura, la gentil torre de la parroquia, que dominaba
todo aquel riquísimo y exquisito mosaico. En último término apa-
recía el mar, el mar que, desde aquel punto, tenía no sé qué de
mágica grandeza. Se me figuraba que repetía en su superficie tersa y
255 limpia, todos y cada uno de los infinitos objetos que veíamos en
aquel tapiz de verdura. Las barquillas de los pescadores, que vaga-
ban en los confines del horizonte, se presentaban como blanquísi-
mas palomas, que volaban de uno a otro lugar. El conjunto era
superior a lo que yo pudiera decirte. Sólo un pintor, o un poeta,
pueden revelar los misterios de la *Eminencia*.

260 Extático contemplaba aquel espectáculo, de un género nuevo
para mí. Mi admiración subió de punto cuando el sol, bañando
con sus rayos horizontales todo aquel vastísimo panorama, parecía
lanzar sobre él torrentes de fuego, precursores, sin embargo, de la
oscuridad con que ya iba a encubrirse, como bajo un manto negro
265 y fatídico; así como una lámpara, próxima a extinguirse, brilla con
una luz más viva. Llegó la noche, en efecto, y apenas se percibían,
allá a lo lejos, en el ocaso, los últimos arreboles del crepúsculo
espirante. Mudose entonces la decoración y la escena quedó trans-
formada. Nuestro amo Germán guardaba un silencio religioso,
270 mientras que, sentado a algunos pasos de mí, tenía clavada la vista
en el último término del cuadro, es decir, sobre el mar, que en

253. *mágica* : magnífica RS

271. *término* : número VA, RS, P,
UADY

aquella hora y desde aquel sitio, más parecía un ancho y dilatado abismo. Estaba entregado a una meditación profunda, o tal vez dirigía al cielo alguna plegaria respetuosa, en favor de su esposa y de sus hijos ya difuntos. Yo no me sentía con valor para interrumpir una actitud tan solemne. Recostado sobre una laja extendida, ya no era una realidad, sino una serie de vehementes ilusiones, la que estaba ejerciendo en mí un influjo poderoso. Las torres y miradores se me figuraban gigantes embozados, que guardaban una ciudad encantada: las colinas, eran escarpadísimas montañas; los árboles agitados por la brisa, espectros que vagaban siniestramente. La oscuridad, el brillo pálido y débil de los astros nocturnos, el chillido del búho, el volar incierto de algunos pájaros, las exhalaciones que caían sobre aquellas alturas, el bramido del viento, el lejano rumor que brotaba de un pueblo agitado actualmente en una convulsión política; todo esto contribuía a dar diferentes giros a mi imaginación, demasiado exaltada ya con las impresiones anteriores.

De improviso, todo ese cuadro se encontró iluminado con una luz rojiza y subitánea, como la de un relámpago, volviendo a sumergirse al instante en la más densa oscuridad. En pos, llegó hasta nosotros un fuerte estampido, que las rocas, las colinas y todas las cavidades de aquel terreno, fueron repitiendo en prolongadísimos y espantosos ecos. Jamás había escuchado una detonación tan robusta, tan grave, y de una vibración tan extraña e irregular. Aquella tremenda conmoción duró más de dos minutos; y entre tanto, mi estupor había llegado a su colmo, y me encontraba a punto de desfallecer, porque, realmente, aquello no me parecía un suceso común ni ordinario. No era una tempestad, porque la atmósfera estaba limpia y despejada, y aún no ha llegado la estación de ellas. Tampoco la erupción de un volcán, porque no existen montañas en toda la península. Es, no hay duda –dije para mí–, uno de los grandes cataclismos, que deben preceder a la destrucción final del universo. Aún no me resolvía a moverme del sitio en que estaba clavado, cuando un nuevo relámpago, seguido de otra formidable detonación, me hizo estremecerme y horripi-

275

280

285

290

295

300

305

163

larme. No hubo remedio: el pavor me sobrecogió; lanceme hacia donde estaba el sepulturero, y abrazándolo con todas mis fuerzas, gritaba:

- 310 –¡Nuestro amo, nuestro amo!
 –¡Cáspita, que no ganamos para sustos! ¿Qué es esto? ¿Qué tiene usted, mi querido Antonio?
 –¿No ha oído usted, nuestro amo?
 –¡Qué! ¿Los dos cañonazos? No tenga usted cuidado; será algún
315 aviso o señal que hace la plaza. Esto es muy común y la cosa no vale la pena de asustarse tanto.
 –¿Qué llama usted cañonazos, nuestro amo?
 –¡Me gusta la pregunta! ¿Si será que estaba usted tan embebido en sus cavilaciones, que no los hubiese escuchado, criatura de
320 Dios?
 –Yo, sí; he escuchado un ruido espantoso, tremendo, extraño, que me figuré fuese una cosa sobrenatural y estupenda; pero, perdone usted, nuestro amo: yo no he oído cañonazo alguno, no; porque es imposible que el horrible estruendo que acaba de pasar,
325 sean cañonazos, como usted se figura.
 –Vamos, ya comprendo. Jamás ha oído usted la explosión de una pieza de artillería, sino a flor de tierra, y encajonado entre calles y casas. Ya no me admiro de su extrañeza. En la posición en que nos encontramos, es diferente; y si esto le ha parecido tan
330 extraño y espantoso, figúrese usted cuál será la horrorosa confusión que reina en un combate naval, en que mil recias andanadas de artillería se suceden una a otra, cuando cada ola y cada nube es un eco, que se prolonga sabe Dios hasta dónde.
 En efecto, tres o cuatro cañonazos más, que disparó el baluarte
335 de San Francisco, acabaron de convencerme. El viejo tenía razón; y ya ves cómo, sin la experiencia, nuestras lecciones de física en el colegio no sirven casi para nada. Si por casualidad me hubiese encontrado solo en aquel sitio, y en semejante coyuntura, acaso habría caído muerto de terror al oír la miserable explosión de una

319. *criatura* : creatura VA

pieza de a ocho, como lo era seguramente la que acababa de producir en mí tan alarmante efecto. Así, pues, si alguna vez subieses a la *Eminencia*, procura que esto sea cuando la plaza haya de hacer alguna salva de artillería. Estoy cierto de que no hallarás exagerada la pintura que te hago. Acordándome, en fin, de que era tarde, y que el camino que teníamos que emprender era corto, pero áspero y escabroso, y que las tinieblas harían, sin duda, mucho más difícil, invité a mi amigo para bajar la colina. 340

—Por lo que es eso —me repuso—, no tenga usted cuidado ninguno. Cuando subimos, de intento le traje a través de aquellos bajos y arrecifes, porque deseaba yo que, de improviso, se encontrase usted gozando de esta perspectiva, y pues que la ha disfrutado a su sabor, fuera vez el consabido sustillo, bien podemos permanecer al ancla algún tiempo más, que emplearemos platicando. Luego marinaremos¹³ por un rumbo más corto y directo. Sentémonos. 345

—Me gusta la idea; nos quedaremos media hora más; pero es preciso que se resuelva usted a referirme alguna anécdota acerca de este sitio. ¿No sabe usted, por ventura, una de ésas tan curiosas de que siempre está provisto? 355

—¡Bah! Más de veinte sé yo que tienen conexión directa con la *Eminencia*. 360

—A ver; desembuche usted por Dios, que ya sabe cuánto me agradan las pláticas de este género.

—Recordaré... vamos, ya estoy. Contaré a usted un cuentecito que ya es algo rancio; pero tiene que ver, nada menos que con esa piedra sobre la cual está usted sentado ahora. 365

Yo hice un movimiento brusco para incorporarme.

—Vamos —continuó el viejo—; no sea usted tan espantadizo, que digamos, porque me quita usted la libertad de hablarle circuns-

¹³ *marinaremos*: Marinar o marinear. Navegar. (Esteban de Terreros y Pando, *Diccionario Castellano de las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, t. II, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1787).

- 370 tanciadamente, y como yo quisiera. Vuelva usted a sentarse, y
estése quieto.
Senteme otra vez, no sin algún recelo, porque, como ya te he
dicho, rara vez falta algún muerto en los cuentos de nuestro amo
Germán.
- 375 –Bueno –prosiguió–. El cuento tiene su cierto roce con un
famoso pirata.
–¡Dios mío, con un pirata!
–Sí, hombre; con un pirata. ¿Qué tiene esto de particular?
Usted se estremece cada vez que oye hablar de un pirata cual-
quiera.
- 380 –¡Oh! Ésa es gente que me causa miedo e indignación.
–Pues yo... la compadezco. Prosigamos.
–Sí; adelante.
–Pues, señor: estábamos o mejor dicho, estaban los de entonces
385 en el año de 1685, y un holandés, llamado Laurent Graff, más
conocido con el nombre de *Lorencillo*¹⁴...

¹⁴ Lorencillo: *Laurent Graff* (Lorencillo): Laurent Graff era un flamenco español que había servido durante muchos años en la marina española como oficial de la artillería; tomó parte en diversas expediciones contra los filibusteros, pero los azares de la guerra lo convirtieron en pirata. Desembarcó en Campeche el 31 de marzo de 1672 y quemó dos fragatas que se estaban construyendo en el barrio de San Román sin decidirse a tomar la ciudad; volvió a embarcarse y apresó un buque campechano que venía de Veracruz apoderándose de un valioso cargamento de plata, y más tarde, el 1° de abril, saqueó e incendió el pueblo de Champotón. El 17 de mayo de 1683 atacó Veracruz en compañía de François Agramont y Nicolás Van Horn, y dos años después, el 6 de julio de 1685, volvió a atacar Campeche con una armada de diez navíos, seis balandras, un “barco luengo” y veintidós piraguas. La toma de Campeche está descrita con minucioso detalle en un documento escrito por los militares, José de Ripalda y Ongay y Alonso García de Paredes, que descubrió Héctor Pérez Martínez en el Archivo General de la Nación. En 1686, Lorencillo y Agramont desembarcaron con más de quinientos hombres en la bahía de Ascensión, saquearon el pueblo de Tihosuco y cuando se dirigían a Valladolid decidieron echar marcha atrás, pues supusieron que se les estaba tendiendo una trampa. Años más tarde, el rey de España le ofreció a Lorencillo el indulto a cambio de abandonar el filibusterismo, pero aceptó servir a Luis XIV, quien le armó caballero y le concedió el cargo de lugarteniente en la isla de Santo Domingo. En sus últimos días participó en la fundación de la colonia de Luisiana y murió hacia 1704, en los comienzos del siglo XVIII, cuando España y

—¡Ah, Lorencillo! Cuénteme, cuénteme algo de Lorencillo.

—Pues en eso estamos. Pues, señor, Lorencillo tomó a Campeche por sorpresa, formó allí su campo con trincheras, quemó y arruinó muchísimas casas; y aunque el castillo de San Carlos¹⁵ se había defendido bien, y se sostuvo hasta que consumió la última munición, al fin se dio a partido,¹⁶ porque no había otro remedio. El lugar era entonces muy rico; de modo que aunque se guardaron en los montes, sótanos y cuevas muchas alhajas preciosas y dinero, no obstante, el saqueo fue muy cuantioso. Era a la sazón, teniente de capitán general en la villa (que aún no era ciudad), don Felipe de la Barrera,¹⁷ hombre firme y valeroso. Mantúvose en la parro-

390

395

Francia se unían en una sola dinastía. (José Nicolás de Lara, “Manuscritos inéditos”, en *RY*, I, 229-232; Jules Troussel, *Histoire illustrée des pirates, corsaires, filibustiers, boucaniers, forbans, négriers et écumeurs de mer*, París, Librairie Illustrée, s. a., 269-276; Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán durante la dominación española*, II, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1910, 309-318; Héctor Pérez Martínez, *Piraterías en Campeche*, México, Porrúa, 1937, 45-46, 53-61; Francisco Santiago Cruz, *Los piratas del Golfo de México*, México, Jus, 1962, 133-140; Juan Juárez Moreno, *Corsarios y piratas en Veracruz y Campeche*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1972, 37-41, 415-422, *passim*).

¹⁵ *el castillo de San Carlos*: El baluarte de San Carlos está situado en el ángulo noroeste del recinto amurallado de la ciudad, de lado del mar, y abarca una superficie de 1549 m². “En 1840, al ser atacada la plaza por los revolucionarios del entonces Departamento de Yucatán, este baluarte tomó parte activa en la defensa [...]. Conserva semidestruidas las rampas, habiéndose modificado las de la entrada, hacia la calle, por estorbar ese saliente el tránsito de los vehículos. Algunas piezas han perdido su techo de vigas de madera y puede verse aún una especie de sótano con una abertura cubierta por una loza, llamado «purguero», en el que se dice encerraban a los presos. La explanada o terraplén está dotado de almenas y garitones en sus vértices, y en uno de ellos hay un pequeño campanario.” (José García Preciat, “Historia de la arquitectura”, en *Enciclopedia Yucatanense*, IV, México, Gobierno del Estado de Yucatán, 1977, 530-531). Se llama de San Carlos en honor al rey Carlos II durante cuyo reinado se construyó.

¹⁶ *se dio partido*: Darse a partido. “Ceder alguien en alguna cosa o desistir de algo que se pretendía.” (*DUE*).

¹⁷ *don Felipe de la Barrera*: Felipe de la Barrera y Villegas. “Su familia era originaria de Burgos, España. Fueron sus padres D. Sancho González de la Barrera y doña María de Villegas [...]. En el año de 1680, el gobernador de la provincia, don Antonio Iseca [Layseca] se propuso desalojar a los piratas que se habían posesionado de la isla de Tris. Para

400 quia, algunos días muy bien atrincherado, mientras llegaba el
auxilio que, desde Mérida, debía de enviar el gobernador don
Juan Bruno Tello de Guzmán.¹⁸ El capitán de los mulatos llamado
Lázaro del Canto,¹⁹ fue el primero que llegó; y con valor, denuedo
y arrojo temerario, rompió el cerco que los ingleses habían puesto
a la parroquia, y, con su compañía, introdujo a los sitiados un
405 refuerzo considerable. Pero el teniente Barrera se encontró apura-
dísimo en vez de mejorar de situación. Los víveres se habían ago-
tado absolutamente y la tropa no podía resistir, por más tiempo, a
los ataques del pirata, dueño de toda la población. Resolvió,

405. *de situación* : de la situación RS

ello armó una expedición de noventa hombres y la puso al mando del teniente de capi-
tán general don Felipe de la Barrera. Constituyeron la flotilla los buques *Nuestra Señora
de la Soledad, San Pedro, San Antonio, Ánimas, Pescadora, Nuestra Señora del Carmen y
Santa Teresa*. La expedición tuvo un éxito completo: las fuerzas yucatecas expulsaron a
los filibusteros de la isla, destruyendo sus haciendas, depósitos de palo de tinte y plantíos,
y Barrera distinguióse en el combate por su singular valentía. Habiendo tenido la Corte
noticias de esa hazaña, confirió a don Felipe el título de Marqués de la Laguna. “ (Juan
de D. Pérez Galaz, *Diccionario histórico y geográfico de Campeche*, Campeche, 1944). Poco
después, en el año de 1685, Lorencillo atacó Campeche y Barrera también destacó en la
defensa de la plaza. (MY, II, 229-231).

¹⁸ *Juan Bruno Tello de Guzmán*: Don Juan Bruno Tello de Guzmán tomó posesión
el 14 de julio de 1683 y gobernó hasta el 25 de julio de 1688. “Fue su gobierno muy
fatigado de enemigos, porque el año de 85 cogió de sorpresa la plaza de Campeche el
inglés, cuyas tropas comandaba de primer general Lorencillo, de nación flamenca [...];
de segundo general vino Agramon [Grammont] a Campeche, y allí se mantuvieron
dos meses saqueando a su satisfacción”. (MS, II, 229). En lo que respecta a mejoras en
la provincia, don Juan Bruno inició la construcción de las murallas de Campeche, la
construcción de un camino carretero de Campeche a Guatemala e inauguró un templo
en Mérida con el nombre de Jesús María. (Véase también Juan Francisco Molina Solís,
Historia de Yucatán durante la dominación española, II, Mérida, Imprenta de la Lotería
del Estado, 1910, 308-321).

¹⁹ *Lázaro del Canto*: Capitán de mulatos, que junto con don Felipe de la Barrera defen-
dió la villa de Campeche del ataque que sufrió por Laurent Graff y Grammont, en el año
de 1685. Se distinguió en esta ocasión por “el valor y eficacia con que cumplió con su
obligación: por lo que después obtuvo sueldo real hasta su muerte.” (MY, II, 229).

pues, emprender una retirada, para incorporarse con el gobernador, que estaba tomando el fresco en Hampolol.²⁰

—¿Salió, rompiendo la línea enemiga?

410

—¡Oh! Eso era bastante difícil, si no imposible; y además, habría perdido toda su gente, sin ventaja ninguna. Lo que hizo fue fugarse, dejando a Lorencillo con un palmo de narices.

—¿Pero, cómo pudo ser esto, nuestro amo? ¡Usted se burla!

415

—Va usted a saberlo, y verá que no me burlo. Entre los vecinos que acompañaban a Barrera, había un marinero viejo, así como yo, del barrio de San Román. Llamábase el *tío Larrañaga*, hombre de pelo en pecho, cartilla vieja de Campeche, y que sabía al pie de la letra todos los pasadizos y recovecos de la plaza. Llamó aparte al teniente, cuando estaba más apurado y sin saber qué hacerse, y le reveló un importante secreto que por muchos años había guardado, por encargo de un cacique de Lerma, que fue grande amigo suyo. De resulta de esta revelación, dispuso el comandante que las tropas, armas a discreción, siguiesen en silencio al *tío Larrañaga*, quien auxiliado de algunos hachones de viento que se improvisaron, se acercó a una puertecilla que estaba oculta al pie del altar mayor, metiose por ella, en pos descendieron todos los que había encerrados en la iglesia, y pian, piano, al cabo de dos horas de marcha, a través de unos pasadizos húmedos y estrechos, unas veces subiendo, y bajando otras, desembocaron por un hueco, que hoy cubre esa losa en que está usted sentado.

420

425

430

—Según eso, quiere decir...

—Quiere decir lo que pocos saben todavía, a saber, que desde este sitio en que nos hallamos, hasta el altar mayor de la parroquia, existe un subterráneo, que estará ensolvado en algunos puntos; pero del cual deben existir restos considerables.

435

²⁰ *Hampolol*: Pueblo a 15 km de la ciudad de Campeche en el camino a Mérida. Actualmente tiene una población de aproximadamente 1500 habitantes.

–Pues yo creo que esta tradición no debe olvidarse nunca, para que sirva de gobierno a los vecinos, por si alguna vez los piratas llegasen a posesionarse de esta altura.

440 –Ya se ve que sería bueno.

–Y ¿qué objeto se llevaría en la construcción de un camino tan singular?

–Eso pregúnteselo a los indios de su país, que aborrecían tanto a los conquistadores. No lo harían a humo de paja, que digamos; no.

445 En este momento, las iglesias de la ciudad dieron el toque de ánimas, y comenzamos a bajar el cerro. No me había engañado el sepulturero. En tres minutos descendimos por una senda suave y corta. Despidiose mi amigo en la puerta del hospital, a donde llegamos a las ocho y media de la noche. Como yo tenía permiso para estar fuera hasta las nueve, ningún dependiente extrañó mi tardanza en aquella excursión.

450 Mucho interesó mi relato a Regino. Hoy he rogado encarecidamente al doctor Frutos que haga el último esfuerzo, a fin de conseguir, antes de su partida, el correspondiente permiso de la autoridad política para que mi pobre amigo salga, alguna vez, a respirar el aire libre. Yo tengo esperanza de que se conseguirá.

455 Adiós, mi querido Manuel. Soy siempre tuyo, amante hermano e invariable amigo.

CARTA VIII
EL DOCTOR FRUTOS A DON PABLO

Campeche, 16 de marzo de 1824

Dueño y amigo. Las circunstancias políticas, y más que nada mi
calidad de español, me obligan a ausentarme algunos días de la plaza, retirándome al campo. Duéleme el dar a usted esta noticia, porque nuestro Antonio ve en mí, no sólo a un médico en quien tiene confianza, sino a un amigo con quien se franquea ampliamente. Pero puede usted estar tranquilo, porque jamás he encontrado un enfermo más dócil y complaciente que su hijo Antonio, que ha seguido puntualmente todo cuanto le he prescrito, en orden a su régimen de vida. Así es que, sin embargo de haberse presentado en el hospital cuando su enfermedad aparecía en un periodo crítico y funesto, hoy puedo asegurar a usted, sin temor de equivocarme, que se encuentra mejor, es decir, infinitamente menos mal, que cuando lo examiné la vez primera. Es verdad que sus últimas impresiones fueron vehementes, y el más intrépido acaso habría sucumbido en la lucha. ¡Cuánto valen, en trances como éste, la buena educación, los sentimientos religiosos, y la virtud! No puede negarse que tiene usted un hijo que le honra, y que, por tanto, merece el entrañable amor que usted le profesa.

Me es sumamente sensible, ¡sólo yo sé cuán profundo es semejante sentimiento!, el no poder asegurarle que su hijo recobrará la salud perdida, y quedará curado de su dolencia. Usted es un hombre de buen seso y acreditada firmeza, y no dudo que estará fortificado en la idea, horrible ciertamente, de que este interesante y recomendable joven está perdido para la sociedad; pero no lo

estará para sus amigos, que se desvelan en conservarle tan preciosa existencia, ahorrándole, en lo posible, los inconvenientes de su situación. Sin embargo, no me figuro que sea una temeridad, de parte mía, el manifestarle que ni creo que la lepra sea un mal que se comunique por contagio, ni me parece imposible su curación. Esto no significa que Antonio sanará; repito a usted que ni piense en ello, porque si los grandes médicos señalan uno u otro ejemplar, sobre no estar yo, ni con mucho, en esa categoría, la empresa es tan ardua y difícil, que raya en lo milagroso. Baste decir a usted, que a Antonio lo miro como una cosa mía, y que, aunque no estuviese obligado, como lo estoy por los deberes de mi profesión, yo lo atenderé con todo el empeño y cuidado de que soy capaz.

Le he fijado un régimen, para que observe puntualmente, hasta mi vuelta. El ejercicio y la distracción son dos poderosos agentes con que cuento para proporcionarle alivio, porque ya sabe usted cuánto influye lo moral en lo físico. Así es que le he recomendado mucho que pasee, que lea, que escriba, que dibuje, y que se ejercite en la música, en la cual he observado que es muy inteligente, pero que, por desgracia, hoy le tiene una decidida aversión. Para que mi partida le sea menos penosa, ayer he puesto en sus manos la competente licencia para que un joven español, muy su amigo, y compañero también de desgracia, pueda salir y entrar libremente en el hospital, sin traba alguna; ocurrencia que le causó un placer vivísimo.

Dios conceda a usted resignación, y a todos nosotros lo que nos convenga mejor. De usted obediente servidor y amigo.

CARTA IX
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 1 de abril de 1824

Querido mío: Ya no me admiro de que el *fatalismo* tenga prosélitos. Es, en verdad, un dogma absurdo y desconsolador; pero es muy fácil acomodarnos a él, porque exime a la razón de averiguaciones penosas y de conjeturas más o menos molestas; libra al corazón del temor, que alguna vez detiene al hombre en su sendero peligroso; o, a lo menos, afloja el ímpetu de las grandes pasiones. Sobre todo no teniendo valor para examinar y meditar, nos cuadra perfectamente el hallar una explicación a todo, sin necesidad de engolfarnos en las cuestiones metafísicas, que se enlazan con las de la moral pública y privada. A pesar de mis sanos principios, yo mismo suelo verme perdido en medio de vacilaciones que me cansan; y muchas veces supongo bien en mis raciocinios, y discurro tan mal, que me confundo, y ya no encuentro la salida de aquel laberinto horrible. Permíteme que lo repita siempre: la religión, sí, la religión es el mejor hilo de Ariadna para guiarse; y la idea de una *Providencia* sabia e infinita, es más racional que ese ciego y formidable fatalismo, que hiela nuestro corazón y seca, en nuestra alma, la fuente de las acciones nobles y magnánimas.

8. *en su* : en un *UADY*

20. *que ese ciego y formidable fatalismo* :
que ese semejante

sentimiento, el no ciego y formidable
fatalismo *RS*

Es verdad, también, que nosotros tergiversamos miserable-
mente esa idea sensata y religiosa; y al hablar de las cosas y de los
25 hombres, nos parecemos a Procusto,¹ aquel tirano de Sicilia, que
tendía en un lecho de hierro a los transeúntes, alargando a la
fuerza las piernas de los infelices que las tenían cortas, y cerce-
nando las que eran más largas que el lecho; resultando de allí, que
la historia de la humanidad se encuentra igualmente desfigurada.
30 A excepción del interés que la religión o la filantropía han inspi-
rado en su favor a algunos hombres de bien, mil pasiones han
guiado a los demás; y es doloroso observar, con un filósofo, a la
políticos dividiendo a los hombres en nobles y plebeyos, en solda-
dos y en esclavos; a los moralistas, en avaros, hipócritas, bellacos y
35 orgullosos; al poeta trágico, en tiranos y oprimidos; al cómico, en
bufones y necios; y al médico, en fin, en saguinolentos, pituitosos,
flemáticos y biliosos. ¿Qué se ha reservado, pues, a la virtud y a la
honradez? ¿qué a la nobleza de ánimo, a la elevación de ideas, y a
la generosidad de los sentimientos? ¿qué al valor en la adversidad,
40 a la firmeza en las desgracias, y al desprendimiento en los puestos
elevados? ¿Nada se concede a la lealtad, al patriotismo y al honor?
¿nada, en fin, al hombre recto que cumple con sus deberes públi-
cos y privados? Casi nada, Manuel mío, casi nada; y si los fatalistas
han reflexionado en todo esto, poco tiene de extraño el que lle-
45 guen a obcecarse, y menos si, por una desgracia lamentable, han
sido indiferentes en materia de religión.

¡Dios me perdone mis arrebatos! Pero al ver en acción los
medios ocultos de esa *Providencia*, mi sobresalto crece de momento
en momento. Contemplo, pasmado, este giro incomprensible del
50 mundo, los resortes que obran en él, la cadena que enlaza y sujeta
todos los sucesos de la vida... y de repente me he detenido en un

¹ *Procusto*: Malhechor griego que atormentaba a los caminantes adaptándolos a su famoso lecho, estirando a los más cortos y cortando el sobrante a los de mayor longitud, o bien tenía dos lechos, uno largo y otro corto, y ponía a las víctimas de gran estatura en el corto y a las de poca estatura en el largo, adaptándolas del mismo modo. (Antonio Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, Gredos, 1982, 359).

camino que yo creí fácil; pero que, realmente, no es otra cosa que un insondable caos. ¡Cuántas veces no he llegado a figurarme que las ideas que se me inculcaron en la niñez son falsas o erróneas; que los moralistas que he leído son visionarios; y que mis maestros no han comprendido bien las máximas ni los principios que me infundieron!

La situación de mi pobre amigo y compañero de desgracia, me ha sugerido todas estas reflexiones, amargas, en verdad, pero disculpables. Por fortuna ¡y éste es un beneficio que debo a la infinita bondad del Señor!, no me veo abandonado a mis propias inspiraciones. Cuando en ellas me encuentro engolfado, el capellán parece adivinarlas; y, con una sola palabra aleja las tinieblas de mi espíritu, fortificando oportunamente los afectos sinceros de mi corazón triste y afligido. Cesa entonces la perplejidad, vuelve la paz dichosa del alma, y se disipan mis temores y sobresaltos. Mi enfermedad misma parece ceder a los consuelos religiosos; y en el propio instante en que me hallo en los bordes de un precipicio, que veo abierto ante mis ojos, y próximo a tragarme, un rayo de luz ilumina la escena, guía mis pasos, y encuentro la senda perdida. Lágrimas y suspiros me cuesta todo esto; pero *post nubila, Phoebus*.² Después de una borrascosa tempestad, todo reaparece sereno y tranquilo... Entonces puedo consolar a Regino: encuentro reflexiones oportunas para calmar su aflicción, sentimientos dignos para fortificar su ánimo abatido, y documentos preciosos para ilustrar su espíritu, poco versado en las grandes verdades, que más no importa aprender, y no olvidar jamás en los trances de la vida. Es, ciertamente, una lucha abierta la que sostenemos; pero no desconfío de mi victoria, porque la *verdad* jamás fue vencida. Logro además otra ventaja: a saber, que mientras con mayor tesón me empeño en transmitir mis convicciones a Regino, más y más me ratifico en ellas.

64. *afectos* : efectos UADY

72. *reaparece* : reaparecerá RS

² Post nubila, Phoebus: Después de las nubes, el sol.

Como te anuncié en mi carta anterior, Regino obtuvo, en fin, mediante el influjo de mi respetable amigo el doctor Frutos, permiso para salir del hospital cada vez que desease pasear por estas inmediateces. Yo esperaba que tal suceso le causase la mayor complacencia; pero noté, con sorpresa, que la noticia le era del todo indiferente. Sin embargo, poco después deshaciéndose en lágrimas, me dio muestras repetidas de su profundo agradecimiento. Varias veces se dispuso a salir en mi compañía; pero lo mismo era fijar su inquieta mirada sobre las playas, sobre el mar, sobre las embarcaciones surtas en la bahía, y, más que todo, sobre los confines del azulado horizonte, que se descubre desde la puerta principal de nuestra prisión, cuando el infeliz se conmovía espantosamente, sollozaba, cubríase los ojos con ambas manos y retrocedía abismado en un dolor vehemente y profundo, para encerrarse, horas enteras, en un solitario y oscuro rincón de su reducido aposento. Mis consejos, mis palabras consolatorias y los ruegos del capellán, vencieron al cabo su irresolución y, como azorado, salió conmigo hace cinco días a pasear sobre los blancos arenales de la playa. Nuestro amo Germán a quien Regino aún no conoce de vista, se hallaba casualmente ocupado en el cementerio, lo cual le impidió acompañarnos en esta excursión. El bueno y honrado viejo desea, con ansia, conocer al pobre muchacho, a quien tiene ya casi el mismo grado de cariño que a mí me profesa.

Renunciaré, porque es preciso, a la pintura de los varios afectos y emociones que asaltaron, en aquel momento, a mi desgraciado amigo. La patria, con todos sus recuerdos tiernos y dolorosos: la familia extinguida; la corta edad malograda; la horrible e incurable dolencia que sufre; las ilusiones agotadas; los proyectos frustrados; las fuentes de la vida emponzoñadas para siempre; el porvenir espantoso y sin esperanza; la muerte cierta y próxima... Todo, todo se agolpó en aquella imaginación electrizada, y que vomitaba fuego como un volcán.

—Descansemos, amigo mío —díjome de repente—. Sentémonos sobre esta piedra minada por el agua, porque no puedo más.

Miró hacia todas partes, y luego continuó:

—Nadie nos escucha y nadie se burlará de mi dolor. Necesito llorar, mi querido Antonio; quiero desahogarme y lanzar al cielo un grito de desesperación, porque, de otra suerte... yo quedaría... quedaría muerto... en este sitio... ¡Ay de mí!

Estrechelo contra mi corazón que latía con una fuerza horrible, porque en aquel momento se precipitaron en tropel, sobre mí, todos mis recuerdos angustiosos, todos mis atroces sufrimientos, todas mis agonías... ¡Ah! si Regino lloró, si dio rienda suelta a su dolor... yo también querido mío, yo también sufrí una crisis inexplicable.

En vano me afanaba en buscar consuelos para aquel desdichado. Tenía su dolor un carácter tan intenso de verdad, que mis palabras espiraban antes de proferirlas. Comparaba mi situación con la suya y la veía menos horrible, pero no menos infeliz. ¡Qué sé yo! Más de una hora me quedé como un estúpido, observando aquella tristísima y dolorosísima escena. Al cabo pude aventurar algunas frases.

—Regino, mi pobre Regino, ¡por Dios, amigo querido! El hombre material ha triunfado ya bastante. Seré usted, reflexione conmigo, enjugué esos ojos, y vuélvalos a Dios, que es fuente de amor y de bondad.

Guardaba ya silencio; pero de sus ojos brotaban dos raudales copiosos de lágrimas.

—Regino mío —continué yo—: escuche usted a su amigo, a su compañero de desgracia, a su hermano que le ama y que, como usted, ha pasado al través de esas sensibles pruebas. Imíteme usted, obre de una vez la razón, y no sea esclavo de sus sentidos. Convento en que esta enfermedad arredra al hombre más intrépido; hartos lo sé yo por mi propia experiencia. Pero el alma... ¡de qué sirve entonces el alma, ese ser que nos anima, que nos vivifica y nos hace pensar! ¿Cree usted que es un don sin precio que nos ha concedido el Autor de la naturaleza? Si todo huye de nosotros, si vemos descuadernarse esta máquina admirable, ¿no tenemos den-

150 tro de nosotros mismos ese principio creador de un mundo? ¿Ese agente poderoso, que ninguno se atreve a negar, por más que crea que es material o inmaterial, perecedero o imperecedero, no ha de servirnos de algo? ¿Es posible que lo sometamos, abatiendo así su nobleza, a las exclusivas impresiones de la carne? Tengo derecho
155 para hablarle este lenguaje, mi querido Regino, y permítame manifestarle que una buena conciencia basta a indemnizar a un pobre leproso de todos sus padecimientos físicos.

—Ese consuelo será bueno para usted, Antonio mío; pero para mí... ¡ah!, ni sabe usted con qué monstruo infame está alternando.

160 Dos sentimientos se cruzaron rápidamente por mi alma en aquel instante. El primero, fue un reproche que me hice a mí mismo al hablar de la conciencia, cuando la mía aún no estaba suficientemente purificada de mis anteriores crímenes. El segundo, fue el asombro que me causó la intempestiva revelación, que se le
165 escapó al desgraciado Regino. Ambos sentimientos se mezclaron entre sí, y produjeron un extrañísimo efecto sobre todo mi individuo, en tales términos, que permanecí en la misma actitud y además en que me sorprendió la exclamación de Regino por más de dos minutos.

170 —Ya lo veo —prosiguió con amargura—: usted se horroriza y se avergüenza de tenerme por amigo.

—No, Regino. Por Dios, no interprete usted de esta manera mis sentimientos. Aunque hubiese usted sido el mayor malvado que pisase la tierra, no por eso se rebajaría, en un ápice, el entrañable
175 afecto que he llegado a cobrarle.

El pobre muchacho volvió a llorar de nuevo, y yo continué usando con él de las palabras más tiernas y afectuosas.

—No crea usted —díjome pasado algún tiempo—, que la especie que me ha oído por primera vez, se me ha escapado involuntariamente; no. Verdad es que no tenía valor para aventurarla en una
180 conversación; pero días hace que miraba como uno de mis principales deberes, el comunicarle los pormenores de mi vida criminal. Yo sabía que usted habría de disculparme, y que aun no haciéndolo, no por eso retiraría su amistad, consuelo precioso que debo

al Cielo, a esta desvalida criatura, que si ha delinquido, más se lo debe a los perversos ejemplos que a la vista tuvo, que no a su natural inclinación. Durante sus paseos fuera del hospital, he borro-
neado en mi cartera unos apuntes, que sé muy bien leerá usted con interés y benevolencia. Voy a dárselos en llegando a casa. Léalos usted, mi generoso y magnánimo amigo; y si un profundo remordimiento y una larga serie de desgracias, cree usted que son bastantes para purgar mis crímenes vergonzosos, entonces seré feliz, en cuanto cabe, pues que no mirará usted horrorizado al bandido infame, a quien ha tendido una mano generosa, para sacarlo del cieno de corrupción en que se ha revolcado.

185
190
195

—Basta, Regino mío, basta. Ha llegado usted a formar de mí un concepto que casi me avergüenza. Repítole que nada es capaz de disminuir la estimación que le tengo.

—¡He sido un pirata!

—No se sobrecoja si le digo hoy que desde el primer día en que se explicó a medias conmigo, lo entendí bastante; y ya ve usted que esto no me ha hecho impresión ninguna, porque yo no confundo a los verdugos con las víctimas.

200

—Tiene usted razón; sin embargo, yo me he dejado arrastrar voluntariamente en un fango inmundo, del cual no he salido, sino en fuerza de las circunstancias.

205

—Conozco algo el influjo de las pasiones, y sé medir la distancia que hay entre un malvado por inclinación, y un infeliz que se ve colocado en una posición extraña, por su desgracia, o por un destino inevitable.

210

Regino me tomó la mano y la tuvo pegada a sus labios por mucho tiempo. Retirámonos al hospital, y allí me entregó su manuscrito, que devoré con ansia. Copiosas lágrimas he derramado al considerar cuán desgraciada ha sido la carrera de ese pobre niño, que apenas dio en el mundo el primer paso, cuando ya no tuvo a quién volver los ojos. Ciego y sin guía, ¿qué había de hacer en un mar proceloso y sembrado de escollos funestos? Me ha autorizado para remitirte esos apuntes; tú los leerás, Manuel mío, y estoy seguro que, de hoy en adelante, Regino te será más

215

220 querido. ¡Pobre joven! ¡cuántos puntos de contacto tiene su suerte con la mía!

El doctor Frutos partió, y su ausencia me ha sido muy sensible. Respecto de mi salud, nada nuevo tengo que decirte. Padezco mucho, en verdad; pero no por eso dejo de conocer que el buen
225 régimen me hace provecho, porque, al menos, este formidable enemigo no marcha con pasos de gigante, como al principio. Mi espíritu va cediendo, paulatinamente, de la vehemencia que lo tenía en un grado de exagerada tensión; y la lectura de Bernardino de Saint-Pierre me hace hallar placer hasta en los sentimientos
230 melancólicos. Cuando me muestra las ruinas de la naturaleza, o me guía al través de las tumbas y de los escombros de las ciudades que ya pasaron, admírome al observar la suavidad con que deja caer, gota a gota sobre mi corazón un bálsamo de saludable consuelo. Éste es el principio de una importante revolución en mis
235 afectos morales. Bien informado te considero de los sucesos que pasan en la ciudad y sus inmediaciones. ¡Dios salve a la patria!

Adiós, Manuel mío. No te fastidies del pobre lazarino. Cuando termine su penosa carrera, entonces podrás juzgarlo mejor. Hoy sólo debes consolarlo, y rogar a Dios por él. Sé que así lo haces, y
240 que llenas muy cumplidamente mi lugar al lado de mi buen padre. Sin embargo, como siempre que de ti me despido, me cubre una sombra de tristeza, no debes extrañar algunas de mis frases, que acaso te parecerán o injustas o vacías de sentido. Vuelvo a encargarte la lectura de la cartera de Regino; y vuelvo también a despedirme.
245 Adiós.

LA CARTERA DE REGINO*
PRIMERA PARTE

... ¡Lucha noble y gloriosa! Un pueblo valiente, leal y sufrido, se alzó en masa, se arrojó en un palenque formidable, y desafió al poder más colosal que han visto los siglos. ¡Vengan mi rey y mi libertad! Los Pirineos¹ vomitan sobre la Península impetuosos torrentes de fuego y destrucción, contestando a este alarido sublime y aterrador. Ambas orillas del Ebro,² y Cataluña,³ Navarra,⁴ las dos Castillas,⁵ las

5

* Es una cartera vieja, y muy ajada. Sus primeras hojas están humedecidas, raídas, y los caracteres que hay en ellas están ilegibles, casi del todo; pero se dejan conocer algunos fragmentos de versos trazados con lápiz, varias cifras entrelazadas, [*varias cifras entrelazadas, om. P*] y uno u otro dibujo [objeto, *P*] borrado. Muchos de esos caracteres parecen de mano de mujer. En la foja 17 comienzan estos apuntes.

¹ *Los Pirineos*: Cordillera que separa física y políticamente a España de Francia, ocupando totalmente el istmo de la península ibérica, desde el cabo de Creus al este, hasta el río Bidasoa al oeste. (*DG*).

² *Ebro*: Río del noreste de España con 928 km de longitud. Nace en Fontibre, cerca de Reinosa (Santander) y desemboca en el Mediterráneo (Tarragona). (*DG*).

³ *Cataluña*: Región al noreste de España, limitada al norte por Francia y Andorra, al oeste por Aragón, al sur por la región de Valencia y al este por el Mediterráneo. Comprende las provincias de Barcelona, Gerona, Lérida y Tarragona. (*DG*).

⁴ *Navarra*: Región del norte de España, limitada al norte por Francia, al oeste por el País Vasco, al suroeste por La Rioja y al sur, este y noreste por Aragón. (*DG*).

⁵ *las dos Castillas*: Castilla la Nueva y Castilla la Vieja. Región de la zona centro de la península ibérica, formada por una extensa meseta árida y seca, que tiene por límites la Cordillera Cantábrica al norte, el Sistema Ibérico al este y la Sierra Morena al sur. Al oeste, la región se abre hacia la costa atlántica con los valles del Duero, Tajo y Guadiana. La

10 Andalucía⁶... desde Reux⁷ hasta Cádiz,⁸ desde Irum⁹ hasta Valencia¹⁰... todo se eriza de bayonetas. Los caminos reales resuenan constantemente con la incansable marcha de los siempre vencedores ejércitos de Napoleón, la lid se traba, y comienzan los desastres. ¡Vengan mi rey, mi independencia y mi libertad...! Tal fue el grito de los generosos españoles. ¡Ah! Volvió el rey, después de seis años de una guerra a muerte... venció el pueblo español al capitán del siglo, y recibió por recompensa la opresión, y la más vergonzosa esclavitud. ¡Sangre de tantos millares de víctimas!, algún día fructificará el árbol que has regado tan copiosamente.

15 Yo desperté a la luz de la razón, en lo recio y más empeñado de la guerra. Mis hermanos mayores estaban alistados en las filas de los patriotas. Mi padre me llevaba de la mano a las galerías de las cortes, reunidas en Cádiz bajo las baterías enemigas; y las primeras impresiones que allí recibí, fueron el odio a los franceses, y el amor de la patria y de la libertad.

9. *Irum* : Irrum UADY

18. *tan* : om. RS

19. *desperté* : despertaré UADY

meseta está atravesada en su parte central por una serie de imponentes relieves (sierra de Gredos, sierra de Guadarrama) que separan Castilla la Vieja (provincias de Ávila, Burgos, Logroño, Palencia, Santander, Segovia, Soria y Valladolid) de Castilla la Nueva (provincias de Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Madrid y Toledo). (DG).

⁶ *las Andalucías*: Región del sur de España, limitada al sur por el Mediterráneo, el estrecho de Gibraltar y el océano Atlántico; al oeste por Portugal; y al norte y este, por Extremadura, Castilla-La Mancha y Murcia. Comprende las provincias de Almería, Cádiz, Córdoba, Granada, Huelva, Jaén, Málaga y Sevilla. (DG).

⁷ *Reux*: Reux o Reus. Ciudad y municipio de la provincia de Tarragona, a 13 km al noroeste de la capital y a 10 km de la costa. (DG).

⁸ *Cádiz*: Ciudad Española capital de la provincia homónima, que se encuentra en la parte más septentrional de la península ibérica. Se encuentra a 656 km de Madrid. (DG).

⁹ *Irum*: Irum o Irún. Ciudad de la provincia de Guipúzcoa, situada junto al Bidasoa en la frontera con Francia. (DG).

¹⁰ *Valencia*: Ciudad española, a orillas del Mediterráneo, en la desembocadura del Turia. (DG).

Creció aun más la borrasca, y al fin arrebató, en su impetuosa rapidez, a todos los míos. Quedé solo en el mundo, a la edad apenas de nueve años. Los patriotas andaban dispersos; los amigos de mi familia emigraban al extranjero. “¡Venció la nación, cayó el tirano, volvió el rey!” Tal era ya el nuevo grito que escuchaba; pero yo no podía comprender, porqué los caudillos de la libertad estaban aherrajados en las más oscuras y estrechas prisiones; porqué se levantaban patíbulos, en todo el reino, para los patriotas más esclarecidos; ni porqué en fin, el himno de la victoria se trocaba en cántico funeral. Confundido y absorto, dejé escapar, por la primera vez, un grito de maldición; pero era un grito vago e indefinido. Corrí al sepulcro de mi padre, muerto de resulta de cierta herida, que recibió en una acción junto al *Trocadero*;¹¹ le pedí inspiraciones; lloré... y al cabo, me retiré tranquilo, porque sucumbió como mueren los valientes, y no a manos de un verdugo infame, que ahorcaba a los liberales, seguramente en nombre de Satanás.

Cuando mi honrado padre murió por la patria, también mis hermanos y dos tíos, que me amaron mucho, ya habían presentado la ofrenda de sus vidas en el altar de la libertad. La autoridad pública me nombró un tutor, para que se encargase de mi educación y de mis bienes, que no eran cortos. Ese tutor parecía amigo de mi padre, y yo había creído que tenía sus propias ideas,

43. *de sus vidas* : de su vida RS

45-46. *parecía amigo de mi padre* : parecía conmigo mi padre RS

¹¹ *Trocadero*: El Trocadero –decía Antoine Latour hacia 1857– era un fuerte que se empezó a dismantelar a partir de 1823 y que “sólo sirve ahora de almacén para los aparejos de los barcos. San Lorenzo del Puntal que se levanta enfrente es, todavía hoy, un temible punto de defensa. Hay un cuartel y un pozo de agua casi dulce. Durante la guerra de la Independencia y durante los dos años y medio que duró el asedio de Cádiz, respondió al fuego de los sitiadores [...]. Tras el Trocadero la bahía se ensancha y pronto llegamos a la desembocadura de un río: el Guadalete [...]. En su margen derecha, a cierta distancia de la desembocadura, se eleva el Puerto de Santa María.” (Antoine Latour, *La bahía de Cádiz*, traducción y notas de Lola Bermúdez e Inmaculada Díaz, La diputación provincial de Cádiz, 1986, 98).

según se expresaba en la época anterior. Pero luego comenzó a
hablarme sobre un decreto de 4 de mayo, que yo no comprendía
a derechas; se empeñó en arrancar de mi corazón las semillas que
50 en él habían caído; me dio unos maestros tan infames como igno-
rantes; su aspereza rayaba en despotismo intolerable; y un día le
hice mil reproches, que lo confundieron y avergonzaron. ¡Muy
pronto se vengó el malvado! Por instigaciones tuyas, se fulminó
un proceso contra la memoria de mi padre... y mis bienes queda-
55 ron confiscados en beneficio de la real hacienda, porque la virtud,
lealtad y patriotismo de aquel héroe, se calificaron de traición y
rebeldía. El villano que me servía de tutor, me lanzó de su casa,
manifestándome que sus funciones habían cesado. Yo me quedé
sobrecogido de pavor y de amargura. Corrí a quejarme a todas las
60 autoridades, desde el capitán general hasta el comisario de cuartel.
De todas partes fui lanzado con oprobio, y con una brutal inso-
lencia... Mi primera maldición fue contra las cosas... Esta vez
maldije a las cosas y a los hombres.

Sin embargo de que el infame tutor me había dicho que ocu-
65 rriese por mi equipaje cuando gustase, yo juré no recibir cosa
alguna de su mano inmunda y desleal... y cumplí mi juramento.
Anduve vagando por las calles. Uno u otro conocido que encon-
traba, me dirigía cierta mirada de compasivo desdén, y proseguía
su marcha sin detenerse. ¡Ay de mí! No sólo era yo inocente, sino
70 incapaz de delinquir... y no obstante sufría un castigo horrible e
inmerecido.

.....
Por la noche, volví otra vez al cementerio a lamentarme ante el
sepulcro de mi padre, contra las injusticias de los hombres. Una
75 tumba es un monumento colocado en los límites de este y del otro
mundo; y al acercarme a la que encerraba los inanimados restos
del hombre virtuoso que me dio el ser, me pareció sentir el influjo
de la divinidad. Aún no se habían borrado de mi alma mis prime-
ros sentimientos religiosos. ¡Todavía conocía y amaba a Dios,

55. *en beneficio* : en favor *RS*

76. *restos* : huesos *RS*

porque el emponzoñado soplo del vicio y de la corrupción no 80
había agostado la lozanía de mi espíritu! ¡Todavía era yo una flor
tierna y fragante! Resolví abandonar a mi patria, en la cual nada
me quedaba, sino aquel sepulcro y aquellos huesos, a los cuales no
podía decir: “Levantaos y seguidme a una tierra extranjera”. ¡Ah!
nunca me olvidaré de aquella noche sombría, en que mis ojos se 85
secaron de tanto llorar.

Salí del cementerio, y volví a aquella animada y bulliciosa ciu-
dad. Eché a andar, al azar, por las primeras calles, y ni un amigo, ni
un conocido, ni una sola alma piadosa encontré que se doliese de
mí. Para pasar la noche, me tiré en un soportal, en que solían 90
pasarla los pillos, los mendigos, y la gente más soez e inmundada
de la ciudad. Por la primera vez de mi vida, escuché ciertas palabras
horribles, que me helaron. El lenguaje de aquellos perdidos me
pareció tan extraño y sorprendente, que llegué a figurarme que, o
estaba con fiebre, o que había sido arrebatado a una región desco- 95
nocida. Todo lo que el vicio y la malignidad pueden inventar de
más obscuro y asqueroso, apenas podría compararse con el dis-
curso infernal, con que uno de aquellos desalmados, arengaba a la
zahúrda¹² de vagamundos, que allí estaban reunidos sin distinción
de sexos ni edades. Escurrime hasta un rincón oscuro, a donde no 100
llegaba la luz de un farol que alumbraba la calle, y me dormí, ren-
dido de cansancio y de fatiga. Yo no sé lo que pasaría en el resto de
la noche; pero algún escándalo ocurrió, cuando la guardia de un
cuartel inmediato acudió a aquel funesto sitio, y arrastró a la cárcel
a cuantos encontró allí. Yo pedía, por Dios, que me oyesen y me 105
dejasen libre. Mis gritos y mis súplicas fueron inútiles, porque
nadie se dignó hacer alto en mí, por más señas que daba de mi

81. *había agostado*: había agotado UADY

83. *a los cuales*: yo *add.* VA, RS, P

¹² *zahúrda*: “La pocilga en que se encierran los puercos [...]. Por translación o semejanza se llama la casa pequeña, baja y hedionda, en que vive gente soez, y se dice también del cuarto, que está muy sucio o desaliñado.” (DA).

persona. Marché a la cárcel; y la cárcel vino a ser mi segunda escuela social. La primera fue la casa de mi padre, en que sólo había aprendido los más sanos principios de religión y patriotismo.

110 Confuso y avergonzado, no hacía más que llorar, cuando conocí que era inevitable el mal que me vino sin buscarlo. Esperaba que me interrogasen, a fin de dar mis descargos, y obtener la libertad. ¡Esperanza vana! Nadie se tomó la molestia de informarse, y, pasados ocho días, me destinó el alcaide, hombre duro y feroz, al servicio interno de la cárcel.

—Pero, señor alcaide —le dije—: ¿qué autoridad me condena, sin oirme siquiera?

120 —¡Hola el rapaz! —me respondió mirándome de pies a cabeza—. Parece que llegó hasta tu ridícula persona, el maldito contagio de la constitución. ¿Qué hablas tú de condenar con audiencia o sin audiencia, renacuajo?

—El maldito y el ridículo es usted, infame verdugo. Yo soy hijo de un patriota honrado y valiente, que murió por la santa causa de la libertad.

125 —¡Ésas tenemos, eh! A ver, cómitre¹³ —dijo entonces con sorna—: hágase usted cargo de este ilustre vástago de un patriota, y... con veinticinco hay bastante, por ahora.

Y aquellos monstruos me desnudaron y me maltrataron, hasta dejarme medio muerto y cubierto de sangre.

130
Todo mi valor y mi sufrimiento quedaron agotados, en esta terrible y durísima prueba. Mi alma quedó exhausta de sentimientos, y mi corazón se halló tan oprimido, que por espacio de tres meses más parecía yo un estólido¹⁴ o un bruto, que un ser racional y sensible. Todos me humillaban, me injuriaban, y se divertían en molestarme y hacerme daño. Vestido con el traje de la casa, mis ocupaciones eran las más bajas y abyectas; mi alimento, un pedazo

¹³ *cómitre*: “Cierta ministro que hay en las galeras, a cuyo cargo está el castigo y rigor usado con remeros y forzados.” (DA).

¹⁴ *estólido*: “Incapaz, bruto, totalmente falto o de muy poco discurso.” (DA).

de pan bazo, negro y duro, con algunos otros mendrugos que podía recoger. Un día llegó a su colmo la medida de mi sufrimiento. Ejercitábame en amolar un cuchillo, que había servido en la mesa del alcaide, cuando éste pasó junto a mí y, por vía de diversión me dio un tremendo golpe en la cabeza que me hizo saltar la sangre por boca y narices. 140

Sólo recuerdo que hice ademán de abalanzarme sobre aquella fiera, y que poco después caí sin sentido. Más tarde supe que había dado catorce puñaladas a aquel desventurado, y que había muerto en el acto. ¡Dios le haya perdonado sus crímenes! 145

¡Heme aquí en el principio de una nueva carrera! Cuando me vi encerrado en un calabozo húmedo y oscuro, con una pesada barra de grillos a los pies, y sin tener en donde reclinar la cabeza, comencé a recoger mis ideas. Uno a uno pasaron por mi acalorada imaginación, todos los sucesos de mi vida, tan corta y tan sembrada de calamidades. ¿A quién había causado ningún mal? Niño, tan niño como era: ¿en qué podría delinquir? Yo siempre había sido bueno, indulgente y afable con todos, porque tales fueron los primeros sentimientos que se grabaron en mi corazón: ¿por qué, pues, condenarme a arrastrar, desde el principio, la odiosa cadena que pesaba sobre mi cuello? Perdíame en un mar insondable de conjeturas; agitábame en medio de mil vacilaciones. ¡Perdóname, oh padre mío! Llegué a figurarme, que acaso habría sido algún criminal famoso, y que, por tanto, la justicia del Cielo, y la del mundo, me habían escogido como a víctima expiatoria. Abru- mado de dolores de cuerpo y alma, sin hallar quien me aliviase las prisiones, sin tener en muchos días a quien dirigir la palabra, para rogarle que, por amor de Dios, me diese la muerte... casi fui perdiendo la cabeza. Lancé gritos agudísimos... pedí misericordia y a la vez proferí blasfemias, profanando el nombre... ¡Era ya una criatura perdida! No sé lo que ocurrió después. 150 155 160 165

Cuando pude recobrar un tanto el uso de mis potencias, me hallé tendido en una cama de hierro, sujeto fuertemente a ella, 170

144. *por*: de *P*

vestido con un ropaje singular, y encerrado en una especie de jaula estrecha. Algunas personas, como por curiosidad, se acercaban a mirarme, me daban golpecitos con una varilla larga, me arrojaban
175 frutas como a un animal montés y lanzaban estrepitosas carcajadas al observar mi aire estúpido, y mis contorsiones ridículas.

–Ya no es tan huraño –decía uno.

–Tiene más cara de tonto que de loco –respondía otro.

–¿Le aprovecharon las azotainas, eh?

180 –Sí; el loco por la pena es cuerdo.

–Pero, ¡vaya un loquito furioso!

–Parecía un demonio encarnado.

–Loquito, ¿ya no quieres dar puñaladas?

185 –Loquito de mi vida y de mi alma, ¿todavía eres muy patriota y muy constitucional?

¡Ah! Entonces comprendí que me hallaba encerrado en una casa de locos, en Sevilla.¹⁵

.....
190 Mi abatimiento fue extremo. No hacía sino llorar, hilo a hilo, los días y las noches. A nada respondía, y mostraba en todo la más profunda indiferencia. Comía y bebía mi ración miserable, con resignación y paciencia... Hasta que por lástima o por aburrimiento, me franquearon la puerta. Sucio, andrajoso y enfermizo, comencé a arrastrar mi triste existencia por aquellas calles...
195 ¡Quince meses habían transcurrido desde la muerte del alcaide! Mi memoria ¡qué sé yo! nada me decía de cuanto había pasado. Mendigaba humildemente mi sustento... dormía en un zaquizamí¹⁶, que un pobre anciano me ofreció. ¡Así pasaron seis meses más de mi existencia!

198. *¡Así pasaron* : ¡Pasaron así RS

¹⁵ *Sevilla*: Ciudad española y puerto fluvial en el valle del Bajo Guadalquivir que la delimita al noroeste y al sur con un amplio meandro. Entre sus edificios destaca la Torre del Oro y la Giralda (época musulmana) y la catedral que data del siglo XV. (DG).

¹⁶ *zaquizamí*: Desván, cuchitril. “Vivienda o habitación muy pequeña.” (DUE).

Pero al fin, mis facultades mentales comenzaron a recobrar su aplomo. Reflexionaba ya y me parecía imposible que yo fuese aquel niño Regino, a quien su honrado padre había procurado educar con tanto y tan singular esmero. Recordaba que había aprendido a leer y escribir correctamente; que había tenido maestros... que mis adelantos eran aplaudidos; y que todos decían que era yo la esperanza de mi familia; pero, en aquel momento, era yo un semibruto, un ser estúpido, que pertenecía a la escoria de la sociedad. Me pedía razón de mi conducta, y nada encontraba que reprocharme, si no fuese el haber alimentado siempre los sentimientos generosos, que en la infancia me habían inculcado. ¡No hay remedio! –exclamaba–. A mí me han querido educar en un mundo ideal, y es preciso salir de esta quimera.

La imagen de aquel alcaide muerto a mis manos, me perseguía; y sin embargo, yo podía decir a cualquiera: “ven, júzgame y, si te atreves, condéname.”

Un día hice sobre mí mismo el más vigoroso esfuerzo, y resolví salir, a cualquier precio, de aquella condición humillante. Si inculpable –dije para mí–, he sufrido tan crueles tormentos, yo veré que hacen de mí, teniendo diferente conducta.

¡Metime a pilllo!

En medio de mis diversas correrías, remanecí¹⁷ en Cádiz, a donde me arrastraban mis antiguos recuerdos. ¡Vergüenza tuve de visitar la tumba de mi padre!

202. *honrado* : om. RS

210. *habían inculcado* : había inculcado
RY, VA

216. *hice* : esfuerzo add. RS

¹⁷ *remanecí*: remanecer: “lo mismo que descubrirse, aparecer”. (Esteban de Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, t. III, Madrid, Imprenta de la viuda de Ibarra, 1788). Covarrubias lo define como “Ofrecerse en presencia alguna cosa que no esperábamos”. (*Tesoro de la lengua castellana*). Peter Boyd-Bowman da el siguiente ejemplo: “*remaneció* casado clandestinamente... con una sobrina de su mujer (*Quijote*, II, 219)”. (*Léxico hispanoamericano del siglo XVI*, Londres, Tamesis Books, 1972, 799).

Un sujeto, embozado con aire de misterio, sorprendiome, cierta
225 noche, extrayendo un pañuelo del bolsillo de no sé qué oficial superior, que se paseaba por la plazuela de San Antonio.¹⁸ Cor-
teme al punto.

–¡Chist! –me dijo–: deme usted el pañuelo.

230 Entreguéselo maquinalmente, y corrió a devolverlo a su legít-
timo dueño, significándole que, en su tránsito, lo había dejado
caer. Volvió luego junto a mí, que aún no recobraba del susto, y
me mantenía clavado en el mismo sitio. Tomome de la mano, y
me dejé guiar. Entramos en una casa pequeña, pero de apariencia
235 bien amueblada. Despojose mi hombre de un gran capote que lo
cubría, y apareció un joven de agradable presencia, que se puso a
examinarme con la mayor intención.

–Eres un pilluelo –díjome al cabo.

–Sí, señor.

240 –Has abrazado un malditísimo oficio.

–Sí, señor.

–Merecías la horca.

–Sí, señor.

245 –¡Eh, no hay que moler! ¿Quieres hacer algo de provecho?

–Con mucho gusto.

–Bien, yo necesito de un muchacho vivo, así como tú; ¿me
entiendes?

–Me parece que sí.

–Así me gusta; con sus puntos de malicioso.

250 –Puede usted disponer de mí.

228. *pañuelo* : palo RS

229. *devolverlo* : devolvérselo RS

231. *aún no recobraba* : aún no me reco-
braba RS

237. *intención* : atención RS

¹⁸ *plazuela de San Antonio*: “tiene [Cádiz] varias plazas, de las cuales la mayor y más bonita es la llamada de San Antonio”. (*Diccionario Universal de Historia y Geografía*, t. II, México, Tipografía de Rafael, 1852).

–Por supuesto que dejarás de ser ratero. ¿Es verdad o es mentira?

–Es verdad.

–Y has de hacer lo que yo te mande, al pie de la letra. ¿Qué tal?

–Lo que usted me mande, al pie de la letra. 255

–¡Nada de miedo!

– Nada de miedo.

–Perfectamente. En la madrugada próxima, saldremos a la mar.

–Cuando usted guste.

–Ahora, ven y cenarás. ¿Tú bebes vino? 260

–No, señor.

–Peor para ti. En fin, sígueme.

Entramos en la pieza inmediata, en donde estaba preparada la cena. Concluida la refacción, me ordenó mi hombre que me quedase a dormir allí, hasta que viniese en busca mía. Dormí, en efecto, algunas horas. A la madrugada nos dirigimos al caño del Trocadero, y nos embarcamos en un falucho, que nos llevó a bordo de una pequeña goleta. ¡Empezó, entonces, mi vida marítima, cuando apenas contaba doce años de edad! 265

263. *entramos* : entrámonos *RS*

LA CARTERA DE REGINO
SEGUNDA PARTE

En medio del desorden y confusión que reinaban en mi pequeño cerebro, hubo siempre grabado en él un pensamiento fijo, vehemente y consolatorio, que me hacía entrever, allá al través de fantásticos horizontes, un porvenir lejano, que mi imaginación ataviaba de galas brillantes y de una gloria inmarcesible. Este pensamiento, fuente única de las gratas emociones de mi vida breve, borrascosa, no era sino un vago recuerdo sembrado de ilusiones. Recordaba, pues, que durante la época dorada de mi venturosa infancia, solía mi padre llevarme a orillas del mar; que doblábamos la rodilla sobre la movable arena de la playa, paseando la vista en aquella inquieta superficie, o fijándola en los azulados confines del agua y del cielo. Oraba el autor de mis días, y yo repetía sus palabras misteriosas, lleno de unción y recogimiento piadoso. Nuestra oración parecía elevarse lentamente hasta el solio del Altísimo, envuelta en aquellas olas espumosas que, en su movilidad perdurable, bañarían alternativamente los ignorados límites de este y del otro mundo. Explicábame, en seguida, los detalles de la vida marítima; referíame las proezas y singulares aventuras de los navegantes célebres, y encendíase mi fantasía con extraordinaria vehemencia. Desde entonces yo quise ser marinero, y tal fue siempre el voto más sincero de mi corazón. Pero ¡ah! ninguno ha querido comprenderme, ni encontré jamás quien me encaminase por el buen sendero, ni quien estimulase mis nobles sentimientos. Por todas partes he hallado el vicio y el crimen difundido.

23. *más : om. UADY*

dos por la tierra, enseñoreándose del mundo, y dando la ley al género humano. ¡Era yo una pobre criatura réproba y maldita, y mi destino había de cumplirse más tarde o más temprano!

30 Sin embargo, aunque tal es mi convicción de hoy, no siempre he sentido, en toda su fuerza, el grave peso de mis infortunios. No siempre el signo infausto de mi vida ha ejercido sobre ella su maléfica influencia. Sí; bien lo recuerdo. Alguna vez he soñado deliciosamente recostado en un césped florido a la mágica sombra de frondosas arboledas. Otras veces mi enardecido espíritu hase remontado hasta encumbradas y aéreas regiones, y allí... sí, allí he respirado auras apacibles, sumido voluptuosamente en una atmósfera de gloria y de amor. Verdad es que mis sueños han pasado a la manera de un relámpago instantáneo que tan pronto ilumina los cielos cruzando de oriente a poniente, como desaparece, dejándonos sumidos en lobre-guez espantosa. Lo es también que muy en breve he caído al suelo, precipitado desde aquellas regiones encumbradas. Lamentable desengaño y horrible ciertamente; pero tal ha sido mi suerte, y así ha pasado mi peregrinación en la tierra. ¡Y su término parece aun más horrible!

45 Las pocas horas que pasé en aquella misteriosa habitación de Cádiz, antes de embarcarme y salir a la mar, fueron para mí de las más risueñas y agradables. ¡Había tanto tiempo que arrastraba una existencia sembrada de dolores y amarguras! Yo iba, en fin, a lanzarme en esa vida agitada y peligrosa, objeto querido de mi corazón. Recreábame en formar proyectos y en llevar adelante, allá en mi encendida imaginación, las más atrevidas y deslumbradoras empresas. Ya era un conquistador bravo y animoso, que sojuzgaba países remotos e ignorados; ya el habitante solitario de una isla desierta; y ya, en fin, el generoso marino, que liberta a sus semejantes de una muerte segura. Era yo, sucesivamente, Vasco de Gama,¹

51. *y deslumbradoras* : om. RS

¹ *Vasco de Gama*: Navegante portugués nacido hacia 1469 y muerto en 1525. Descubrió el camino a las Indias por el cabo de Buena Esperanza. Fundó establecimientos en Mozambique. Luis de Camoens ha sido su poeta.

Colón, Hernán Cortés, Robinson,² Pablo Jones³ o La Pérouse.⁴ Unas veces me entregaba a un combate naval rápido, encarnizado, en el que tres minutos de un ataque a toca penoles, de tal suerte que la efusión de la sangre horrorizase a los enemigos, nos daba la victoria; y otras... ¡qué sé yo! soñaba dulcemente, porque en aquella 60 noche todos fueron sueños halagüeños. Mi ánimo estaba embriagado de placer cuando puse los pies a bordo de la goleta, en que me embarcaba yo por la vez primera.

No era aún de día, cuando la pequeña lancha que nos condujo a bordo de la goleta, después de haber recibido el conductor algunas instrucciones que no comprendí, regresó a tierra, haciendo un largo rodeo, y excusando aproximarse a ciertos puntos determinados. El equipaje de la goleta púsose luego en fajina,⁵ mientras que mi joven patrón, medio recostado sobre las escotas de popa, y mirando con un anteojo hacia todas direcciones, fijándolo 70

69. *medio recostado* : medio acostado RS

70. *hacia* : en RS

² *Robinson*: Robinsón Crusoe. Protagonista de la novela homónima de Daniel De Foe (1660-1731) en la que se narran las aventuras y los esfuerzos del personaje por sobrevivir en la isla a la que ha sido arrojado por un naufragio.

³ *Pablo Jones*: Marino escocés (1747-1792) al servicio de los Estados Unidos; sostuvo varios combates gloriosos durante la guerra de independencia americana. Atacó en varias ocasiones las costas de Inglaterra. Murió en París con el grado de comodoro. Existen dos libros de *Memoorias* de Pablo Jones, unas al parecer escritas por él mismo (París, 1798), y otras que se supone están tomadas de sus diarios y de sus papeles personales (Edimburgo, 1830).

⁴ *La Pérouse*: Jean François de Galaup, Conde de La Pérouse. Marino francés nacido en 1741. Estuvo al servicio de los Estados Unidos durante la guerra de independencia y destruyó los establecimientos ingleses en la bahía del Hudson. En 1785, Luis XVI le encargó continuar las exploraciones de otros navegantes: salió de Brest, dobló el Cabo de Hornos, subió por la costa noroeste de América, recorrió las aguas de la Tartaria china y descubrió el estrecho que lleva su nombre. Volvió a embarcarse en 1787 y se dirigió al Sur: perdió en el archipiélago de los Navegantes a su compañero el capitán Langle, visitó las islas de los Amigos, la isla Norfolk y Botany Bay, y en este punto se perdió su pista (1788). En 1828 el capitán inglés Peter Dillon encontró los restos de las fragatas de La Pérouse en las inmediaciones de la isla de Vanikoro Melanesia, Oceanía.

⁵ *púsose luego en fajina*: Es decir, en montón, como si fueran haces de mies.

frecuentemente sobre el fondo de la bahía, comunicaba enérgicamente sus órdenes que eran ejecutadas con la mayor puntualidad y el más profundo silencio. Desplegadas todas las velas, salimos muy luego del puerto, y nuestra embarcación quedó confundida con otras numerosas, que hacían el tráfico de la costa. Elevose el sol sobre el horizonte, iluminando brillantemente las torres y murallas de la noble y antigua ciudad y los buques surtos en la bahía; pero el nuestro estaba ya fuera de un peligro que, como entendí después, era inminentísimo. Su porte y arboladura, lo eximieron de una pesquisa, que podría habernos comprometido en un lance ruidoso.

Luego que perdimos de vista la tierra inmediata y las embarcaciones costañas que, en gran número, iban y venían, el joven marino pareció respirar con más sosiego. Quitose la montera de paño azul que tenía en la cabeza, echose hacia atrás los numerosos bucles castaños que flotaban sobre su frente curtida por los rayos del sol, y mirando con aire alegre y satisfecho a sus diez fornidos marineros, mandó subir botellas y preparar el almuerzo.

—¡En salvo, eh! —exclamó dirigiéndose al contramaestre, que era un italiano vejancón, alto, robusto, de facciones duras, mirada atroz y maneras bruscas.

—*Si, signor. A poco andare, io credo che noi avremo lasciato queste acque troppo temibile; e lei, signor, bravo capitano, avrà allontanato, la paura che l'assalta.*⁶

—¡Cáspita, ya lo creo! ¿Querías acaso, *maledetto compagno*,⁷ que yo no tuviese miedo de largar el pellejo en manos de esos bandidos

79. *porte* : corte RS
87. *alegre y* : om. RS

92. *avremo lasciato* : avremos lasciato VA,
RS, P

⁶ —Si, signor. A poco andaré, io credo che noi avremo lasciato queste acque troppo temibile; e lei, signor, bravo capitano, avrà allontanato la paura che l'assalta: Sí, señor, un poco más delante; yo creo que habremos dejado estas aguas tan temibles y usted, señor, excelente capitán, habrá alejado el temor que le preocupa.

⁷ *maledetto compagno*: Maldito compañero.

que me siguen la pista, y a quienes si en la mar puedo desafiar, en tierra debo temer? ¡Me agrada la indirecta!

Y observando que el contra maestre me examinaba con atención, prosiguió. 100

—Ya, no te había hablado de esta alhaja preciosa. Es un recluta que hice anoche en la plaza de San Antonio. Al golpe he conocido el provecho que podía sacarse de él, y quedó enganchado para ser a bordo de la *Invisible*, lo que yo fui al principio, si es que te acuerdas, a bordo del *Duende*, que en paz descanse. Figúrate no más, que este chico es un pilluelo, y que... 105

—¡Oh! —dijo el contra maestre continuando el diálogo, y procurando dar a su fisonomía cierta expresión de una alegría, casi imposible en aquella cara de fierro colado—. *¡Oh! vi ringrazio, caro mio amico, vi ringrazio, una et altra volta perche nella face di questo piccolo, bisogna guardare tutto il porvenire della Invisible.*⁸ 110

—Y tú no eres mal pronóstico, que digamos. Acuérdomme, como si fuera hoy, que lo mismo dijiste de mí, cuando aquel *Caracortada*, a quien Dios condene, me robó del lado de mi padre para hacerme uno de los suyos a bordo del *Duende*. Y ya ves; me parece que no te he dejado mal. 115

—¡Corpo di Bacco! Il capitano é, io lo credo, un bravo uomo: appunto.⁹

Aunque yo no comprendí sino una parte de la rápida conversación que entre ambos había ocurrido, entendí sin embargo lo bastante para juzgar entre qué especie de gentes me hallaba. Conocí 120

111. Invisible : Invisible VA, RS, P,
UADY

⁸ ¡Oh! vi ringrazio, caro mio amico, vi ringrazio, una et altra volta perche nella face di questo piccolo, bisogna guardare tutto il porvenire della *Invisible*: Oh, os agradezco, querido amigo mío, os agradezco, una y otra vez porque en la faz de este pequeño, es necesario ver todo el porvenir de la *Invisible*.

⁹ —¡Corpo di Bacco! Il capitano é, io lo credo, un bravo uomo: appunto: —¡Cuerpo de Baco! El capitán es, yo lo creo, un buen hombre: Precisamente.

que aquella no era muy buena compañía, y que los sucesos de mi vida seguían complicándose más y más, por causas independientes de mi voluntad.

125 La *Invisible*, según supe poco después, era un buque contrabandista, montado por gente audaz y emprendedora, muy dispuesta a arrostrarlo todo a la sola voz de su capitán, que ejercía sobre la tripulación el influjo más decidido y poderoso.

130 Mi posición era rarísima, en los primeros momentos, a bordo de la *Invisible*. En efecto, si mis únicos títulos de recomendación eran el haberme hallado aquel hombre entre la escoria vil de la sociedad, y ejercitado en el oficio infame de pillo y ladronzuelo, a la verdad que mi actual situación no era la más a propósito para desarrollar el germen de virtud que pudiese encerrar mi corazón, demasiado tierno todavía, y susceptible de recibir
135 toda especie de impresiones. Reflexioné, aunque rápidamente, en estos caprichos y extravagancias de la vida, y llegué a creer, por una desgracia que lamentaré siempre, que me era imposible salir del mal sendero que había comenzado a
140 recorrer tan temprano, supuesto que no era mi obstinación, sino la fuerza del destino, la que me arrojaba sin misericordia en la espantosa carrera del desorden. Resigneme, pues, y resolví entregarme ciegamente en manos de mi nuevo guía, complacerlo en todo sin vacilar, obedecer su voluntad y caprichos, y hacer
145 cuanto de mi dependiese, para que de día en día hallase nuevos motivos de celebrar mi genio y audacia, y de aplaudir mis felices disposiciones. Si antes transigí, a pesar mío, con el vicio, de entonces en adelante resolví ser malo hasta donde alcanzasen mis fuerzas, y obrar de manera que, tarde o temprano, adquiriese un renombre entre la gente perversa, y llegase a ser citado
150 como el modelo de los hombres más audaces y temerarios. En vano se me presentaron en tropel a mi espíritu los gratísimos recuerdos de la primera infancia, cuando mi padre, afanándose

135. *demasiado* : bien RS

139. *imposible* : posible UADY

153. *de la* : de mi RS

en la educación de su hijo predilecto, me inspiraba tan nobles
sentimientos y me ofrecía el modelo de todas las virtudes. 155
En vano una voz interior me gritaba, con penetrante acento, que
iba a perderme irremisiblemente, y para siempre, si no cambiaba
de propósito. En vano, finalmente el temor de los peligros me
asaltaba de una manera siniestra y espantosa. Nada bastó a
retraerme, y a todo hallaba solución, con sólo considerar que no 160
era culpa mía el verme empeñado en el camino de perdición.
Prepáreme a cuanto pudiese sobrevenir, cerré los ojos, y he allí al
niño abandonado, al débil niño que aún no había llegado a la
pubertad, resuelto a ser un criminal precoz, obrando más por
instinto que por convicción. ¡Y sin embargo, el emponzoñado 165
aliento de las pasiones viriles no había penetrado en lo más pro-
fundo del corazón! ¡Y los formidables misterios del amor, del
odio, de la ira y de la venganza, aun me eran ocultos y descono-
cidos!

..... 170
Tomadas algunas precauciones por lo que pudiese sobrevenir,
sentose el capitán en un ángulo del caramanchel¹⁰ y comenzó a
almorzar en unión del contramaestre, a quien, cuando aquel
estaba de buenas, trataba con deferencia y afecto, y entonces más
parecía éste su amigo e íntimo consejero, que un subalterno que le 175
debía respeto y obediencia. Yo, entre tanto, me había colocado a
una distancia respetuosa distraído en mis reflexiones, y esperando
que se me impusiese alguna orden, para cumplirla sin replicar,
cosa que, por otra parte, me habría sido imposible en semejante
coyuntura. 180

—Ven acá, guapo, acércate —gritome de repente el capitán,
fijando en mí sus relumbrantes ojos.

¹⁰ *caramanchel*: “Todo lo que tapa otra cosa para su resguardo, pero formando o dejando hueco debajo o sirviendo de techumbre; como las carrozas de las escalas, que asimismo se llaman *caramancheles* y *chupetas*; la que con este mismo nombre o con los de *chopeta* o *chopetilla* cubre la rueda del timón; la especie de cajas, formadas de plomo o latón, con que se cubren las llaves de los cañones.” (DNE).

- Mande usted, mi capitán.
–¿Has perdido ya el miedo?
185 –¡El miedo! Jamás lo tuve a nada, ni a nadie.
–¡Hola! me gustas por intrépido. Toma este vaso de ron,
y bébetelo a mi salud y a la de nuestro amo Genaro Chiabrera, que
aquí está presente.
–¿De ron? Yo nunca bebo aguardiente.
190 –¡Voto va! Pues aprenderás a beberlo de grado o por fuerza.
¡Rehusar el aguardiente! ¡Qué disparate! En la mar, cuando el pobre
marinero se siente calado de humedad hasta los huesos, o ha
empleado cinco o seis horas en la maniobra, o en dar un abordaje
cuando el caso lo exige, un vaso de buen aguardiente es entonces un
195 delicioso fortificante, que entona los nervios y repara las fuerzas
agotadas. En la mar, así como en tierra, el aguardiente, chico mío,
es un bálsamo, un néctar, un específico contra todos los males de
cuerpo y alma. ¡Oh licor incomparable, yo te bendigo!
Y al terminar el apóstrofe, sorbió de un solo trago el encendido
200 brebaje que contenía el vaso que me había ofrecido. Al punto lle-
nolo de nuevo, y con voz imperiosa me ordenó que lo apurase.
Firme en mi propósito de sujetarme a la voluntad de aquel hom-
bre singular a quien yo había ligado mi suerte y mi existencia,
alargué la mano, tomé el vaso, y bebí...
205 Difícilmente podré explicar hoy la extrañísima sensación que
entonces experimenté. Desde la boca hasta el bajo vientre sentí
como un río de fuego abrasador, que me quemaba y corroía las
entrañas. El calor fue comunicándose rápidamente por todos los
miembros, y llegué a figurarme que me arrastraba al través de una
210 inmensa hoguera. Hice un doloroso esfuerzo para gritar, y no
pude porque mi voz espiró en los labios, sin articular sino un
sonido mal formado, bronco y gutural. Mi gesticulación sería, sin
duda, ridícula y grotesca, pues que excitó en todo el equipaje una

184. *ya* : *om.* RS

186. *ron* : *rom* RY, VA, RS, P

189. *¿De ron?* : *¿De rom?* RY, VA, RS, P

206. *hasta el bajo* : *al bajo* RS

risa estrepitosa y prolongada que contrastaba con la helada seriedad del italiano. Esta pantomima acabó de aterrarme, y la única idea que me ocurrió confusamente, en aquel momento terrible, fue la de que el malvado capitán habría querido emponzoñarme, asesinándome por mero pasatiempo. Pocos instantes después, todo el calor se fijó en la cabeza, que ardía como el cráter de un volcán. Mis miradas vagaban siniestramente, y mi cuerpo parecía colocado en un eje, sobre el cual giraba con una rapidez extraordinaria. Ya no era dueño de mí mismo, y estaba sumergido en una cruel agonía. 215

—Otro vaso, cobarde —gritome de nuevo el capitán—, otro vaso, y verás lo que es bueno. La primera prueba arde, pero no hay cuidado; después cría callos el gazzate, y hasta el demonio es capaz de colarse en el estómago por tan estrecha vía. 225

Y maquinalmente extendí otra vez la mano, tomé el vaso que me ofrecía aquel verdugo sin saber lo que iba a hacer, y... volví a beber. Entonces todos los objetos que me cercaban, se revistieron de formas fantásticas y extravagantes, y empezaron a confundírseme hasta que gradualmente desaparecieron. Halleme después sumido en una atmósfera de luz, que fue sembrándose a trechos de grandes listones negros, y que al cabo se convirtió en un abismo de oscuridad, desde cuyo fondo percibía un lejano rumor, en que los aplausos de la marinería se confundían con el bramido de las olas. Estaba ya en el último grado de embriaguez, y caí como muerto sobre el caramanchel. 230

¡Povero diavolo! Fue la última exclamación del italiano, que acerté a escuchar. Aunque mezclada de algún desprecio, jamás me olvidé de esta señal de compasión que debí a aquel ente raro y atrabiliario. 235

Heme detenido en los odiosos pormenores de este suceso, porque no puedo recordarlos sin estremecerme involuntariamente. Sin embargo de haberme parecido un suplicio atroz aquella tremenda prueba. ¡Vergonzoso me es hoy el confesarlo!, me aficioné 240

desde luego al uso de las bebidas fuertes, y todos los excesos que cometí después provinieron, de ordinario, de mis frecuentes embriagueces. Pesaba, pues, sobre mí una mano fatal que me agobiaba, que me oprimía haciéndome imposible toda resistencia. 250 Todos los vicios y todas las pasiones se conjuraban para asaltarme, apoderarse de mi corazón, avasallar mi espíritu, y rendirme para siempre. Alguna vez como que rebufía¹¹ bajo de aquel peso, e intentaba sacudirlo sacando fuerzas de flaqueza. ¡Dios mío! la 255 lucha me dejaba sin aliento, y de todo punto postrado y abatido. El triunfo... ¡ah!, ¡ah!, el triunfo fue siempre de los enemigos que me cercaban. El capitán, aquel infame seductor, removía con mano diestra y poderosa el germen maldito que mi corazón encerraba, como lo encierra el corazón de todos los hombres. Complacíase en aquella obra infernal, y cada progreso que yo hacía en el dilatado sendero del crimen, era un nuevo motivo de aplauso. 260 Más tarde, yo pagué con mi odio y mi malevolencia a aquel perverso corruptor. Pero el mal que me había causado era irreparable. ¡Pobre juventud, cuando entregada libremente a sí misma, se deja arrastrar por las pasiones desenfrenadas! ¡Desgraciada, más desgraciada todavía, si en vez de encontrar una alma buena que guíe su conducta en el piélago del mundo, sólo viene a precipitarla una mano infernal empujándola en el abismo! Una mala compañía es la peor calamidad que puede sobrevenirle a un 265 niño. Volvamos al asunto.

Ignoro cuánto tiempo pasé sumergido en un sueño doloroso, cercado de angustias inexplicables. Acometido de una especie de fiebre aguda, todos los sucesos de mi vida se me presentaron en tropel, no como habían ocurrido, sino en confusión y desorden, 275 acrecentándose y modificándose de mil maneras tan raras y extravagantes, que se convirtieron en una larga, atroz y horrible pesadi-

261. *dilatado* : allanado RS, horrible P

262. *malevolencia* : mal violencia VA,
UADY

¹¹ *rebufía*: De rebullir. "Comenzar a moverse lo que estaba quieto." (EI).

lla. Ya era el alcaide muerto a mis manos, que, revolcándose en un fango de sangre, me miraba con aire feroz y sombrío. Ya era mi padre, que desde su sepulcro lanzaba contra mí una maldición tremenda, que me hacía palpitar las carnes. Ya era aquel desleal e infame tutor, que con una sonrisa diabólica aplaudía mis crímenes y las desgracias en que me había sumergido. Unas veces me creía arrebatado por un torbellino de humo pestilente, que me sofocaba y ahogaba, y a cuyo través se me presentaban todos los excesos de mi locura, o las bajezas de mi vida de pillo. Otras, me figuraba que una embarcación de piratas estaba a mis órdenes, y que el robo, el saqueo, el asesinato y los crímenes más horribles eran cometidos a mi vista y bajo mi dirección: la sangre corría a torrentes, y los miembros de las víctimas aparecían palpitantes aquí y allí. ¡Ah! yo creo que gemía, sollozaba y aun lanzaba agudos alaridos, según era la vehemencia e intensidad de mis sueños, o, más bien, de mis visiones.

De improviso, creía haber oído un rumor semejante a un trueno prolongado y espantoso. Desperté despavorido, creyendo que se realizaba algunos de mis sueños funestos, y que los vanos y pálidos fantasmas que me cercaban, recibían vida y vigor para luchar conmigo y exterminarme. Abrí los ojos, y en un instante no pude comprender lo que ocurría, ni aun el sitio en que me hallaba. Era ya muy entrada la noche, y espesas tinieblas me rodeaban. Una voz fuerte e imperiosa dominaba el ruido.

—¡Eh, eh! Calen¹² la boneta¹³ del foque¹⁴... ¡Voto a Dios! Bien. Iza; iza; iza más, muchachos valientes; iza. Amarra, canalla infame.

Volvió a resonar aquel trueno. Recordé entonces lo que había pasado, coordiné un tanto mis ideas, y quise incorporarme. Imposible; mi cuerpo estaba como engarzado dentro de un enorme

¹² *Calen*: Calar: Aquí con el significado de poner, colocar.

¹³ *boneta*: Boneta. “Vela supletoria que se agrega por abajo a otra para aumentar su superficie en tiempos bonancibles.” (*DME*).

¹⁴ *foque*: “Nombre común a todas las velas triangulares. Se aplica por antonomasia a la principal de ellas.” (*DUE*).

- rollo de guindaleza,¹⁵ en forma espiral, que ocupaba un rincón de la cubierta, y que me servía, a la vez, de prisión y de trinchera. El bramido del viento y de las olas agitadas, el crujido del velamen y aparejo de la goleta, los gritos del capitán que mandaba, y el ronco quejido del equipaje que maniobraba con rapidez y precisión, y más que todo, la proximidad siempre creciente de los cañonazos que me habían parecido truenos, convencieronme, al fin, de que nuestra goleta era perseguida por otra embarcación de más potencia. El capitán seguía mandando.
- 315 —¡Orza,¹⁶ orza, voto a Cristo! ¿No ves, condenado, que el barco presenta el flanco a las olas, y que nos vamos a aconchar¹⁷ contra ese malditísimo bergantín?
- El timonel presentó la proa al viento.
- No tanto, estúpido, derriba un poco... bueno, sigue, sigue así.
- 320 Reinó un momento de silencio. Interrumpiolo de nuevo el capitán gritando.
- Ahora. Carguen las velas, y ¡fuego con la carronada¹⁸ de estribor!
- No ;corpo di Bacco!* —replicó el contraestre—, *no: ancora non. Bisogna spectare.*¹⁹
- 325 —¿Y por qué rayos cuando el bergantín, a quien lleve Satanás, está ya encima, y nos ha tomado el barlovento?
- Como lei voglia; ma facciamo il piú insignificante rumore, e tutto é perduto: la testa, primo che niente.*²⁰

¹⁵ *guindaleza*: “Cabo de cinco o más pulgadas de grueso, de cuatro cordones, y de ciento o más brazas de largo, que sirve para varias faenas de consideración.” (DME).

¹⁶ *Orza*: “Dar al timón la posición necesaria para que el buque orce. Girar el buque, llevando su proa desde sotavento para barlovento, o disminuyendo el ángulo que por dicha parte forma la dirección de la quilla con la del viento”. (DME).

¹⁷ *aconchar*: “Impeler el viento o la corriente a una embarcación, metiéndola en un seno, costa, playa o paraje arriesgado o peligroso.” (DM).

¹⁸ *carronada*: “Cañón corto, de poco peso y mucho calibre, montado sobre corredera, y en un eje sobre que gira verticalmente.” (DME).

¹⁹ *no: ancora non. Bisogna spectare*: No: aún no. Es necesario mirar.

²⁰ —*Como lei voglia; ma facciamo il piú insignificante rumore, e tutto é perduto: la testa, primo che niente*: como usted quiera; pero hagamos el más insignificante ruido, y todo se ha perdido: la cabeza, antes que nada.

–Tiene razón el maldito carcamán –murmuró entre dientes, y luego prosiguió–: Bien. Echa alas y arrastraderas;²¹ vivo, vivo ¡voto al diablo! Amarra. Mucho será que... venga el antejo de noche. ¿No digo? Suelten los rizos a la mayor.²² Ya. ¿No decía yo? Mucho será que este tiburón pueda soplar al pececillo...

El contra maestre tomó el antejo a su vez, y quedose observando gran trecho. Nuestra goleta hendía el agua, haciendo fuerza de vela por huir del bergantín que la perseguía.

–*Guarda qui, guarda qui*²³ –dijo el italiano acercándose al capitán, y dándole el antejo.

Tomolo el capitán, y miró un instante.

–¡Al paio,²⁴ al paio, al paio luego, condenación de Dios! Vivo, que el bergantín nos corta la proa, y un convoy de demonios va a llevar a remolque a la *Invisible* ¡voto va! Arría, arría en banda, malditísima canalla. Listos; venga con la madre de Dios; bueno,

336. *por* : para VA, RS, P, UADY

²¹ *Echa alas y arrastraderas*: Ala. “Velita que se agrega a la principal por uno o por ambos lados en tiempos bonancibles, y cuando el viento es largo o a popa, a fin de que multiplicando así las superficies en que éste hiere, se aumente el andar del buque. Estas velitas toman el sobrenombre de la principal a que acompañan, como *ala de gavia*; de *velacho*; de *juanete*, etc., y la de la vela o verga mayor así como la de trinquete se llama *rastrera* o *ala rastrera*, y algunos dicen *arrastraderas*.” (DNE).

²² *Suelten los rizos a la mayor*: rizos: Rizo. “Pedazo de la especie de trenza llamada *cajeta*, que pasado por el ollado u ojete hecho al intento en las velas, sirve como de tomador para aferrar una parte de éstas y de envergue para la restante, disminuyendo así por consiguiente su superficie para que pueda resistir la fuerza del viento.” (DME). La mayor: “Nombre que por antonomasia se da a la vela del palo mayor o principal; y en plural, a las que pertenecen a todos ellos; como en los buques de tres, la mesana, mayor y trinquete, o ésta y la segunda, en los de dos”. (DME).

²³ –*Guarda qui, guarda qui*: Mira aquí, mira aquí.

²⁴ –*Al paio*: Pairo. “Maniobra destinada a detener un velero, con todo el trapo arriba, consistente en cazar algunas velas a la contra, de forma que anulen la acción de las demás y regular las escotas y la caña de tal manera que el buque se mantenga prácticamente inmóvil.” (Julián Amich, *Diccionario marítimo*, Barcelona, Editorial Juventud, 2003).

345 bueno. ¡Ah, hijos de Satanás! Firmes, muchachos valientes, firmes,
y apoyarse en los obenques²⁵ cuando venga el balance. Cierra el
portalón de babor que embarca mucha mar... Así... así... ya
pasa... Ahora, muchachos, cobra, cobra, cobra violento.²⁶ Bueno.
Carguen las velas y listos para virar en redondo. Carguen, ¡y fuego
350 con la carronada de babor! ¡Guapo tiro! Pronto, viren en
redondo...

En el momento el bergantín correspondió con una fuerte anda-
nada; pero la destreza y serenidad del capitán nos había salvado
del peligro en aquel momento crítico y terrible. La prontitud con
que detuvo la rapidísima carrera de la goleta, mientras que el
355 buque enemigo pasaba por la proa, a riesgo de hacernos pasar por
ojo o venirnos al abordaje; la oportunidad del tiro que le lanzó y
la maña y habilidad con que cambió súbitamente de dirección;
todo ello hizo que el bergantín se desorientase en la oscuridad que
reinaba, y perdiese la nueva dirección que comenzábamos a seguir.
360 De cuando en cuando nos dirigía, a la ventura, un tiro de bala;
pero esto sólo servía para guiar en su fuga a nuestra pequeña
goleta, que ya estaba en salvo evidentemente. A poco tiempo des-
pués, se ordenó a la gente que se echase a descansar de sus
fatigas, quedando a verificar su cuarto de vela los marineros a
365 quienes tocaba. Todo volvió a quedar sumergido en un largo y
sombrio silencio.

Sin fuerzas para moverme, con la cabeza algo trastornada, y con
las potencias abatidas por efecto de la embriaguez, permanecí

349. *viren* : tiren RS

363. *sus* : las VA, RS, P, UADY

²⁵ *obenques*: Obenque. “Cada uno de los cabos gruesos con que se sujeta un palo o mastelero desde su cabeza a la mesa de guarnición o cofa correspondiente por una y otra banda. Puede ser *doble* o *sencillo*; y toma (ordinariamente en plural) la denominación respectiva; como *obenques mayores*; *de trinquete*; *de mesana*, etc.” (DME).

²⁶ *cobra*: Cobrar. “Recoger la parte conveniente de un cabo que está en acción o en labor, ya para quitarle el seno o ya con cualquier otro fin. Como para ello se tira del cabo, el *cobrar* tiene cierta relación o equivalencia con *halar*.” (DM).

inmóvil dentro de mi extraña y desagradable prisión por todo el resto de aquella prolongadísima noche, que me pareció de un siglo, sin que en el discurso de ella hubiese alguno que diese señales de acordarse de mí, ni de mi infeliz situación. 370

Con frecuencia veía yo asomarse por la puerta de la cámara un fantasma envuelto en una enorme chaqueta de balleta oscura, y cubierta la cabeza con una gorra también oscura. Parecía un centinela que estaba sobre aviso para no dejarse sorprender de algún peligroso accidente. Sus miradas, que vibraban centellas de fuego, se fijaban a veces en el cielo, como buscando algún objeto que le sirviese de guía; otras, observaba la brújula, marcando con cuidado y silencio el rumbo que seguía la nave; otras, en fin, las dejaba caer a plomo sobre los bultos que yacían en la cubierta, para cerciorarse de que la gente estaba en su puesto, y lista para obrar a la primera señal que recibiese. El capitán, que era quien tenía esta cuidadosa vigilancia, ¡*corredera!* gritaba de cuando en cuando, y al punto se ponían en pie los marineros suficientes para practicar expeditamente esa operación, que da a conocer aproximadamente el número de millas que echa el barco en un tiempo dado. Este hombre de fierro casi no dejó una vez su puesto, para dar a sus fatigados miembros el reposo que necesitaban. Sin embargo de su propensión constante a embriagarse, jamás perdía la cabeza, ni descuidaba de los objetos que estaban a su cargo. 375 380 385 390

Luego que el sol apareció sobre el horizonte, el contraestre italiano subió hasta el tope del trinquete,²⁷ y con un poderoso antejo recorrió lentamente todo el espacio que podía descubrirse. Después de algunos minutos empleados en esta operación, 395

370. *de* : om. UADY

388. *fierro* : hierro RS

396. *algunos* : unos RS

²⁷ *trinquete*: “El palo que se arbola inmediato a la proa, en las embarcaciones que tienen más de uno.” (DME).

gritó desde arriba al capitán que, en pie sobre el botalón,²⁸ esperaba el resultado de la descubierta:²⁹

–*Niente ha fatto.*³⁰

400 –¿Nada absolutamente?

–*Niente ha fatto.*

–¿De seguro?

–*Sicuro.*

405 –Bien, me conformo con esto. ¡Qué diablos! No ha sido mala
¡voto a sanes!³¹ De la que hemos salido. ¡Eh! No hay cuidado. Esto
habrá sido una funesta equivocación, porque me parece imposible
que esos malditos de la aduana, trascendiesen esta guapa expedición
de la *Invisible* (Dios la guarde). Además, cuando zarpamos ayer de
410 la bahía de Cádiz, que me ahorquen de un penol,³² si ese barco se
hallaba en el puerto. ¡Bonito soy yo para que se me escapase! Demasiado lo sé, ¡toma!, porque para estas cosas tengo yo un ojo de lince; y la prueba es que fui el primero que lo atisé ayer, y eso que el sol iba poniéndose ya. ¡Canario con el diablo del bergantín! No; yo me

398. *descubierta* : cubierta RS

411. *tengo yo* : yo tengo UADY

²⁸ *botalón*: “Palo redondo, de dimensiones proporcionadas y herrado y aparejado convenientemente, el cual se saca hacia fuera, ya del costado mismo del buque, ya de las vergas para marear la velas llamadas *alas* y *rastreras*.” (DME).

²⁹ *descubierta*: “Reconocimiento que al salir y ponerse el sol hacen los gavieros, del estado del horizonte o de todo el espacio de mar que en redondo se descubre a la vista hasta terminar en aquel círculo. Otro reconocimiento semejante que en las escuadras o divisiones hacen los batidores a la larga distancia de aquéllas, forzando al intento de vela al salir y ponerse el sol. En ambos casos se expresa esta operación por la frase de *hacer la descubierta*.” (DNE).

³⁰ –*Niente ha fatto*: Nada ha hecho.

³¹ *voto a sanes*: “Plural de «san» y usado sólo en las interjecciones de enfado desusadas «¡por vida de sanes!» y «¡voto a sanes!».” (DUE).

³² *penol*: “Cada una de las puntas o extremos de toda verga de cruz; y también el más delgado de un botalón. Cuéntase facultativa o rigurosamente desde los tojinis de la empuñadura del gratil de la vela hasta la punta o extremo mismo de la verga. La parte de la vela inmediata al extremo de la verga.” (DME).

sé muy bien cuando deban emplearse útilmente las pocas fuerzas de una goleta contra un bergantín. 415

Mientras tenía consigo este monólogo en voz alta y sonora, se paseaba a pasos largos, de popa a proa, descalzo, envuelto en su levitón de balleta, calada la montera hasta los ojos, las manos metidas en las bolsas, y una pipa en la boca. Después de un momento de silencio que ninguno se atrevió a interrumpir, acercose a uno de los portalones y allí permaneció largo tiempo sumergido en sus reflexiones. Acercose en seguida al timonel, observó en la brújula el rumbo que seguía la goleta, miró el cata- viento,³³ y continuando en su paseo, prosiguió el interrumpido monólogo, sin dignarse ver ni dirigir la palabra a nadie. 420 425

—¡Condenación de Dios! Y luego aquel viejo y tacaño judío, ¿qué va a decir? Veinticuatro horas perdidas. ¡Eh! Percances de la mar. ¡Maldito bergantín! Si después de esto se le antoja al vendaval, hoy que lo necesitamos, estarse quieto y no venir en nuestro auxilio, está visto, nos quedamos fuera del Estrecho, y ¡negocio perdido! Precisamente en esto fundo yo mi fama: nadie me ha de llevar la delantera. Me importa un ardite: ni el comerciante de Cádiz, ni el ladronazo judío de Gibraltar³⁴ a quien de buena gana yo ahorcaría, podrán fiarse sino del capitán Frasquito. ¡Voto va! Si llegaran a jugar me una pasatina, ésa sería la señal infalible de su ruina y perdición. 430 435

—¡Eh, canalla! —continuó dirigiéndose a la gente—. Vamos, muchachos valientes, apareja a virar. Esto no puede seguir así,

416. *tenía* : traía *RS*

422. *sumergido* : sumido *RS*

424. *en su paseo* : su paseo *RS*

435. *va!* : ya! *RS*

³³ *cataviento*: “Hilo que lleva ensartadas unas rodajas de corcho con plumas, que sirve, colgándolo en la borda de barlovento, para indicar la dirección del viento.” (*DUE*).

³⁴ *Gibraltar*: Territorio británico enclavado en España, a la que perteneció hasta 1714 (Tratado de Utrech). Tiene una superficie de 6 km² y está constituido por un promontorio rocoso de 425 m de altura, unido a tierra firme por un istmo de 1,6 km de longitud. La población está concentrada en el sector occidental de la costa. (*DG*).

440 porque ya hemos dejado muy atrás el cabo Espartel.³⁵ Listos. Y la proa al este, cuarta al noreste, y no hay cuidado.

Concluida la operación, tal como la había ordenado, pidió el café y un frasco de brandi. Comenzaba a tomar su desayuno cuando exclamó de repente.

445 –¡Diablo! ¿Y el chico de ayer? ¿Qué es el chico de ayer? Si no se ha echado al agua, a buen seguro que se haya desertado.

Medio muerto de sed y de hambre, sacáronme del escondite en que la compasión del contraamaestre había hecho meterme el día anterior.

450 –¡Voto va, pobre diablillo! Tendrás una gazuza³⁶ atroz. Toma este vasito, y refocílate un poco.

Obedecí con la mayor docilidad. El licor no me desagradó tanto como la vez primera, y almorcé con sin igual apetito. El contraamaestre, entretanto, parecía observarme con un interés afectuoso.

455 –Vamos –continuó el capitán–: basta ya de aprendizaje, del cual parece que no has salido tan mal. Cuidado con aficionarte demasiado a los buenos tragos, porque no habría a bordo repuesto suficiente para satisfacer tu afición. Cuatro o seis vasitos al día, y aferra. Es preciso trabajar, y tus ocupaciones, por ahora, serán servirme a la mesa lo cual no te vendrá muy mal, barrer la cámara y
460 cuidar de mi maleta. ¿Sabes escribir?

–Un poco.

465 –Basta con ese poco, y ya aprenderás mucho. Asentarás lo que yo te dicte en el cuaderno de bitácora. Ahora marcha a tus quehaceres, y te exijo lealtad, silencio y aplicación. ¿Me entiendes? Voy a ser tu maestro, a darte una brillante educación, no precisamente a bordo, sino también en tierra, y a hacerte hombre. ¡Cuidado!

441. *la había ordenado* : había ordenado
RS

460. *vendrá* : vendría VA, RS, P, UADY

³⁵ *cabo Espartel*: Cabo en el estrecho de Gibraltar, al noroeste de Tánger; penetra en el océano Atlántico. (DG).

³⁶ *gazuza*: “Hambre molesta o vehemente.” (DA).

Mira que el día que te deslices ¡voto a los demonios! te he de arrimar más palos que pelos tengo en el bigote. Anda.

En el momento tomé posesión de mi nuevo destino. Muchacho de cámara. 470

Nuestra navegación siguió bien. A la una de la tarde doblamos el cabo Espartel, y embocamos en el Estrecho con toda felicidad. Pasamos sin temor ni recelo enfrente de Tánger,³⁷ y al cerrar la noche ya avistábamos a Ceuta,³⁸ que procuramos evitar para no ser observados por algún buque de guerra o guarda costa. En el discurso de la noche hicimos la travesía, y al día siguiente, a la siete de la mañana, dimos fondo en Gibraltar. Allí, a vista del cónsul español y de los empleados ingleses, embarcamos un grueso contrabando. Zarpamos a las ocho de la noche, e hicimos rumbo con dirección a Málaga.³⁹ A las veinticuatro horas justas, aportamos, sin novedad, a una pequeña ensenada a barlovento del puerto. Ya nos esperaban con impaciencia dos lanchas bien equipadas que, en el resto de la noche, llevaron a tierra todo el cargamento, a disposición del consignatario de una casa fuerte de Cádiz. A las nueve de la mañana siguiente, la *Invisible* entró en el puerto de Málaga, en donde el capitán presentó sus papeles, que fueron hallados en toda regla. 480 485

468-469. *Mira que el día que te deslices
¡voto a los demonios! te he de
arrimar más palos que pelos
tengo en el bigote. Anda : Mira
que el día que te vendrá muy*

mal, barrer la cámara, de arrimar más
palos que pelos tengo en el bigote. Anda.
VA, RS, P, UADY

³⁷ *Tánger*: Ciudad capital de Marruecos. Situada en el estrecho de Gibraltar es uno de los puertos más importantes del noroeste de la costa africana. (DG).

³⁸ *Ceuta*: Ciudad portuaria española (a 50 km al este de Tánger) situada en la costa septentrional de Marruecos.

³⁹ *Málaga*: Ciudad andaluza, emplazada en la ensenada de Málaga, sobre una colina desde donde se domina la comarca de la Hoya. (DG).

490 Bajamos a tierra; nos alojamos en una casa medianamente amueblada, en la cual parecía gobernar como dueño mi nuevo amo. Vivíanla una señora como de treinta y seis años de edad, y dos hijas suyas. La mayor tendría quince, y la menor doce.

¡Mujeres funestas, que después han ejercido en mi vida tan fatal influjo!

492. *quince* : años *add.* *RS*

LA CARTERA DE REGINO
TERCERA PARTE

¡Singular es la condición de la criatura! Cuando el bien aparece a sus
ojos, rara vez se figura que el mal viene, o puede venir en pos, si es
que no esté, como sucede frecuentemente, encubierto allí mismo 5
bajo de una exterioridad falsa de bondad y de belleza. Soy joven,
muy joven aún, y no me atrevo a lisonjearme de mi experiencia en
las cosas del mundo, en los extravíos del entendimiento y flaquezas
del corazón. Sin embargo, he recibido tantas y tan numerosas lec-
ciones, que me creo con derecho para aventurar algunas quejas con- 10
tra la vida, mejor dicho, contra los hombres. Corta es mi edad;
larga, funesta y horrible la serie de los sucesos de que se encuentra
sembrada. Unas veces representando un papel importante, otras
teniendo muy pequeña parte, y otras, en fin, siendo un simple
espectador, más de un drama formidable y atroz se ha desarrollado 15
y terminado en presencia mía. ¡Bendita sea la misericordia del
Señor, porque jamás he dejado de experimentar remordimientos
después de un crimen cometido! En vano las pasiones desatadas y
enfurecidas han gritado con más fuerza y vehemencia, que la reli-
gión; en vano he hecho firme propósito de no escuchar esa voz 20
interior y, arrojándome en un piélago, en un abismo de crímenes,
he jurado sobreponerme a todo y dominar, con altivez, sobre la
razón y sobre ese juez inexorable que llevamos dentro de nosotros
mismos. No: nunca he podido lograrlo a pesar de mis redoblados
esfuerzos. Este torcedor¹ que antes me había sido tan insoportable, 25

¹ *torcedor*: “metafóricamente se llama cualquier cosa, que ocasiona frecuente disgusto, mortificación o sentimiento.” (DA).

y contra el cual he luchado obstinadamente, es hoy mi salvaguardia y mi único refugio. Sí; he llegado a convencerme, aunque un poco tardíamente, que si me salvé del peligro, lo debo a la voz de mi conciencia. Porque el idioma de la conciencia, es el idioma de Dios.

30 ¡Miserable de mí, si avezado como estuve al crimen, éste hubiera llegado a ser una necesidad de mi vida, una necesidad identificada con mi existencia! Sumido luego en este hospital que infunde pavor, perdida la esperanza de salir de él, lanzado y proscrito de la sociedad, esquivado de todo el género humano, y no ciertamente por

35 temor al contagio que pudiese ocasionar el vicio infame, sino porque mis frágiles miembros se han contraído y cubierto de una inmunda y repugnante lepra; no me habría quedado otro arbitrio que el suicidio, y tras él... la muerte eterna, si felizmente ese joven incomparable, virtuoso y a la vez desgraciado como yo, no hubiese acudido en mi auxilio. ¡Oh poderoso Dios! ¿Cómo negar tu bondad y tu misericordia? Relegado al desprecio público, agobiado bajo el peso de tantos crímenes, sin padres, sin parientes ni amigos, sin una sola alma piadosa que se doliese de mí, lejos de mi patria adorada, arrastrado por la fuerza y la violencia a estos lugares funestos, en

45 donde viendo desgarrarse mis miembros a influjo de tan maligna dolencia, tendré que presenciar diariamente el horrible espectáculo de un hospital de lazarineros... ¿Qué hubiera sido de mí, si ese Antonio no hubiera fortificado mi espíritu, levantándome del profundo abatimiento en que yacía, y guiándome al través de un mundo nuevo, que hasta entonces me era desconocido! Para él escribo estas tristes memorias; y aunque es virtuoso y rígido en su moral, aunque es joven, ¡ah! yo confío en su buen corazón. Se dolerá de mí, deplorará mis extravíos; pero no me los echará en cara para humillarme, aunque hartado lo merezco. Voy a presentarme ante él como si fuera

50 mi juez... Sí; sólo Antonio puede juzgarme; rehúso y detesto el juicio de los demás hombres, porque ellos se han obstinado en no querer comprenderme. Si yo he sido malo, de ellos y no mía es la culpa.

29. *de la* : de mí *UADY*

30. *al* : en el *UADY*

Desde los primeros momentos de mi trato y relaciones con la señora y las dos niñas, comprendí que era aquella casa una nueva escuela que me estaba preparada allá en los decretos misteriosos del destino. Bella y arrogante fisonomía; maneras desenvueltas; talento y habilidad poco comunes en su sexo; locución dulce, florida y abundante. Tal era la madre. Las hijas imitaban perfectamente el modelo que tenían a la vista. Sin embargo, en el fondo existía una notable diferencia entre la una y la otra. Carlota, la mayor, poseía un corazón de fiera; Refugio, por el contrario, era dulce y apacible. Ambas estaban colocadas en un sendero peligroso de inmoralidad y desorden que, al fin, recorrieron en toda su extensión, guiadas por el depravado ejemplo de la madre, mujer sensual y voluptuosa, que se había olvidado de sus deberes más sagrados, para echarse en los brazos del capitán Frasquito, mucho más joven que ella, pero con el cual había simpatizado por más de un motivo. Frasquito era, no hay duda, un hombre de hermosa y seductora figura. Sus miradas fascinaban, y sus modales atraían cuando quería insinuarse en el ánimo de cualquiera. Pero era, de ordinario, arrebatado, feroz, sanguinario y dado a la embriaguez. Ignorábase su origen; y su carrera y aventuras sólo eran conocidas del contraamaestre de la *Invisible*. Si doña Esperanza, tal era el nombre de su manceba, no amaba en él sino el placer, yo puedo asegurar que, en este punto, estaba perfectamente correspondida, porque Frasquito la aborrecía mortalmente, y su intención, manteniendo estas relaciones, era la de seducir y corromper a las hijas. Esa desventurada no podía quejarse, porque la mujer que deja de ser virtuosa y, loca o malvada, permite ser envuelta en el torbellino de sus pasiones, está expuesta a ser burlada y vilipendiada, sin que a la infeliz le sea lícito reprochar a los otros y echarles en rostro su conducta. ¿Con qué títulos lo haría? La sociedad, si se quiere, bien podrá ser injusta en este punto, como lo es en otros muchos. Pero ¿a quién es dado invertir el orden establecido? ¿Será a los

filósofos y declamadores contra los errores del género humano?
¡Esfuerzos vanos e impotentes, que se estrellan contra los hábitos,
o las preocupaciones, si así place!

95 El capitán me equipó muy decentemente para presentarme en
aquella casa. Cuando entramos en ella, madre e hijas hacían labor
en una sala pequeña y bien amueblada. Mientras recibía Frasquito
los reiterados ósculos de las niñas, y el saludo lánguido, melancó-
lico y lleno de reconvención de la madre, yo me mantuve en la
puerta, esperando mi vez de presentarme. Refugio me vio, y lan-
100 zando un grito de alegría, en que mostró tanta inocencia como
viveza, corrió hacia mí con los brazos abiertos. Vacilé un
momento... estrechela, al fin; no sabré decir hoy si con la misma
inocencia y candor de que ella aparecía poseída. Carlota mostró
enfadarse; el capitán y doña Esperanza sonrieron maliciosamente;
105 y Refugio y yo quedamos cortados.

—¡Eh! Ven acá —díjome Frasquito—, ven a ofrecer tu buena
voluntad a estas señoras, que tendrán mucho gusto en conocerte.

Acerqueme un poco aturdido, haciendo dos o tres cortesías torpes
y mal dirigidas. El capitán continuó.

110 —Éste es un niño, señora, cuya educación me ha sido confiada. Es
hijo de un coronel valiente y generoso, quien pasando de servicio a
la América, en donde hoy se están rompiendo las cabezas en la gue-
rra de independencia, no ha sabido hacer otra cosa mejor que entre-
garme al muchacho, a fin de sacar todo el provecho posible de su
115 habilidad y talento. Traígomelo, pues, a Málaga, y más adelante le
enseñaré el pilotaje, conforme a la intención de su padre.

Yo estaba un poco desconcertado oyéndolo mentir con tal san-
gre fría y serenidad; pero no me atreví a interrumpir su relato, y
dejé que se explicase del modo que le pareciese mejor, resuelto
120 siempre a aceptar el papel que quisiese encomendarme. Tan lejos
de disgustarme semejante ficción, al contrario, me halagaba
extraordinariamente. Prosiguió, pues, en su novela.

92. *e impotentes, que se estrellan : om.*
UADY

111. *un : mi UADY*

—Mi amigo el coronel, que muy feliz viaje haga en estación tan diabólica, ha depositado en mis manos una buena suma de reales para el efecto; y yo estoy en la firme resolución de no abusar de su confianza en lo más mínimo. ¿Me explico? Así es que desde hoy mismo le proveeremos de un buen maestro; y espero, mi señora doña Esperanza, que usted querrá acoger bajo su protección y amparo a este caballero, para quien la edad harto madura de usted será un título respetable de seguridad y de confianza. 125

El rostro de doña Esperanza se bañó visiblemente de una palidez mortal; mordiose los labios de rabia, y sus ojos brillaron de un modo que me causó pavor y alarma. Pero este arrebato fue momentáneo; al punto recobró su aplomo, y haciéndome una graciosa inclinación de cabeza respondió dulcemente al capitán. 130

—Enhorabuena, Frasquito; tú mandas aquí y puedes hacer lo que mejor te plazca. Este niño, cuya fisonomía es tan viva e insinuante, bien puede permanecer en esta casa, como en la suya propia. Yo ofrezco servirle de madre, si es que acepta este título de amor y benevolencia. 135

Bajé los ojos, y dile las gracias como mejor supe. Refugio se regocijó infinito; Carlota, aunque con fría gravedad, díjome algunas palabras corteses. 140

Poco después me retiré a una pequeña habitación que me destinaron. 145

Desde aquel momento, cada uno de los personajes de este fatal drama, me destinó a servir a sus miras.

Doña Esperanza tenía celos de Frasquito; sospechaba que algún nuevo amor lo entretenía y distraía del antiguo; pero no acertaba a fijarse en el objeto. Algunas ideas vagas solían asaltarle acerca de lo que realmente pasaba; perdíase en un mar de conjeturas, y se extraviaba. Trató aprovechar la oportunidad que se le venía a 150

123. *estación* : ocasión RS

150. *algunas ideas vagas* : algunas vagas ideas RS

152. *Trató aprovechar* : Trató de aprovechar RS

las manos, y concibió la idea de insinuarse conmigo, y constituirme en espía de los pasos del capitán.

155 Frasquito, por su lado, aburrido y fastidiado de la madre, había declarado más de una vez, con buen éxito, sus pretensiones infames a la mayor de las hijas. Pensó que yo podría servir de instrumento en esta horrible abominación, si entraba en aquella casa de un modo que alejase toda sospecha de intriga o connivencia.

160 Carlota, que veía en su madre una rival peligrosa, porque conocía la vehemencia de sus pasiones, contó con ganarme a su partido, y obligarme a concurrir a la realización de cualquier proyecto que intentase. Tal vez obraba de acuerdo con el capitán.

165 Refugio deseaba, por imitación, tener un amante. Me vio... y creyó amarme.

Con el transcurso del tiempo fue desarrollándose progresivamente este plan, que debía conducir a un desenlace tan terrible, el cual aún no ha terminado del todo. Hubo infames escenas de oprobio y envilecimiento; húbolas de muerte y carnicería; las hay, aún, de miseria y corrupción. Yo, que por desgracia también representé mi infausto papel, me estoy arrastrando en un hospital de leprosos. ¡Bendigo la justicia de Dios, que así me castiga!

El capitán vino luego a mi habitación.

–¿Estás contento? –me preguntó.

175 –Lo estoy con cuanto usted quiera.

–¡Eh! Eres muy brusco.

–Me parece que respondo a la pregunta y no hay motivo para amostazarse.

180 –Bien. Has visto cómo deseo que se te trate en esta casa. Te toca, ahora, corresponder a las miras que me he propuesto, que todas redundarán en beneficio tuyo. Acuérdate que has sido un pilluelo, y que yo quiero hacer de ti un hombre cabal. Tu interés y el mío exigen, no lo olvides, la mayor reserva y precaución. Alguna vez te embarcarás conmigo, y haremos juntos un viaje; pero, por

175. *con cuanto* : cuando UADY

ahora, tienes que permanecer en tierra. He mentido en tu obsequio; algo harás por mí, ¿no es esto? 185

–Dígole a usted, y le repito, que estoy enteramente a sus órdenes; que soy suyo con toda mi alma; y que no pretendo hacer otra cosa, sino lo que me mande. El afán de mi vida será complacerle y sujetarme a su voluntad. 190

–Me gusta, y acepto tu resolución.

–Aunque quisiera, no podría evitarla; soy un pobre huérfano, abandonado...

–Dejemos eso a un lado, que no viene a cuento. Yo no sé qué casta de pájaro eres, ni intento averiguarlo. Creo que te sobran motivos que te obliguen a aplaudir mi discreción; si los hay, no quiero saberlos. Por ahora, sólo me interesa revelarte un secreto, para que te sirva de gobierno. Doña Esperanza es... 195

Y acercándoseme al oído, terminó la frase con una obscenidad indigna de repetirse y que no dejó de sonrojarme, porque aún no estaba totalmente corrompido, como sucedió andando el tiempo. El capitán, alzando la voz, prosiguió: 200

–Por lo que acabo de decirte, arreglarás tu conducta venidera. Verdad es que eres un niño; pero yo creo que has hecho ya un buen curso de picardías y travesuras, para no figurarme que en tu temprana edad estés iniciado en ciertos misterios y versado en otros más. ¿Qué tal? ¿Me equivoco? 205

Incliné la frente algo ruborizado; mas luego alcé la vista, miré fijamente a mi interlocutor, sonreí, y perdí, al fin, la vergüenza. Satanás volvió a intervenir en mis pensamientos, sin duda, porque en aquel momento conociendo o adivinando a dónde se dirigía la intriga, resolví seguirla maliciosamente en todos sus detalles, sin detenerme en ninguna consideración. ¡Ah, Dios mío, cuánto me ha pesado! 210

Frasquito me estrechó cordialmente la mano, y salió del aposento. 215

200. *aún* : om. RS

206. *tu* : om. UADY

206. *edad* : ya *add.* RS

206. *iniciado* : iniciando UADY

209. *fijamente* : om. RS

Aquella niña viva y graciosa volvió a presentarse a mi imaginación. Largo tiempo ocupó mis pensamientos, y cuando, a la hora de comer la vi otra vez, me pareció más bella y hechicera. ¡Quién lo creyera! Yo comenzaba a amarla; pero ¿cómo podré explicarlo? La amaba, no con ese afecto tierno e inocente que pudiera emplear un niño de doce años apenas, de un corazón puro y virginal, sino con esa especie de frenesí malicioso y apasionado con que un libertino, un niño corrompido y diabólico, pudiera acercarse a un objeto que lo atrajese. Si la semilla era mala, el terreno en que había de sembrarse y germinar era peor, y los frutos, naturalmente, debían de ser pésimos y detestables. Éste es el curso de las cosas. Pensaba, a mis solas, que supuesta la declaración franca e ingenua del capitán, no debía tener sobre mí las plausibles miras de que se gloriaba. En efecto, los precedentes de esta original situación en que me veía colocado, no se conformaban con los proyectos que ostentaba mi protector. En fin, yo me resigné a pasar por todo. ¿Qué podría hacer para evitarlo? Por otra parte, arrojado fuera de la sociedad por una serie de injusticias, había resuelto, de antemano, no ponerme en contacto con ella, sino para volverle mal por mal. Frasquito me preparaba el camino de la venganza: arrojeme en él, resuelto a atropellarlo todo, sin exceptuar a mi nuevo guía. El último destello de mi inocencia había desaparecido. Acabábase ¡ay de mí! harto temprano aquella existencia mágica, para comenzar otra formidable, extraña... en fin, una existencia excepcional.

240 Presentose luego otro personaje.

Era el maestro escogido por Frasquito para darme las primeras nociones de álgebra, geografía, historia y lengua inglesa, en todo lo cual, sea dicho de paso, hice notables progresos, sin embargo de que esto no entraba en las miras y cálculos del capitán, para quien era indiferente que aprendiese o dejase de aprender. Bastábale que maestro y discípulo sostuviésemos las apariencias.

245 Las tres señoras y yo permanecíamos en la sala, cuando entró el pedagogo. Saludó, y su saludo fue correspondido con la mayor cortesía. Sólo que yo me figuré que Carlota y el reciénvenido habían cruzado una mirada de inteligencia. Procedió éste, en

220

seguida, a hacerme un ligero examen sobre mis conocimientos primarios. Poco era lo que había olvidado de cuanto me enseñaron en tiempos más felices. El maestro significó su satisfacción, haciendo un largo elogio de mi capacidad y recursos mentales. Díjonos que esperaba hacer de mí un hombre cabal, pues pronosticaba que mis adelantos serían rápidos. Yo estaba abismado en un mar de cavilaciones. Aquel hombre grave, de edad provecta, vestido de negro a la rigurosa, ocultos los ojos detrás de unas gafas cuyos vidrios eran de un azul oscuro... me parecía haberle visto en otra parte. Su voz hacía en mi oído mucha impresión; pero nada pude adelantar en mis conjeturas. Tan perfecto era el disfraz.

Al día siguiente, volvió y quedamos solos.

Mi sorpresa fue extraordinaria al reconocer a nuestro amo Genaro Chiabrera. El contraamaestre italiano de la *Invisible* explicándose en español correcto y elegante. Signifíquele mi admiración y roguele me aclarase aquel misterio, que me hacía concebir vehementes pero vagas sospechas. Impúsome silencio, ofreciendo disipar mis dudas más adelante, y encargándome la mayor circunspección delante del capitán.

—Él no puede concebir —añadió— que hayas dejado de conocerme, aunque en nada me parezca en tierra al contraamaestre de a bordo. Pero si no te pregunta, nada le digas. Cuidado con olvidar esta advertencia, que en ello te va mucho más de lo que pudieras creer. Yo... soy su esclavo, le debo la vida dos veces, y ni quiero ni puedo hacer otra cosa que obedecer ciegamente su voluntad. Algún día, si fueses de los nuestros dejándote llevar de un generoso agradecimiento, sabrás todos estos pormenores, que, por hoy, te conviene ignorar. Basta que entiendas, para tu gobierno, que el capitán pretende acomodarte a sus miras, formar de ti un malvado en toda regla, y... siento confesarlo, pero él cuenta conmigo para lograr su objeto. ¡Silencio! Vive prevenido, y sigue, en lo que puedas, los impulsos de tu corazón; pero ¡infeliz de ti, si Frasquito llegase a sospechar de tu lealtad!

—Señor italiano —repuse—; yo haré de grado cuanto se me pretenda exigir por fuerza. Sin embargo, esto que se hace conmigo no está bueno.

- La razón; sería muy curioso el oírlo de tu boca.
- Mire usted, señor Chiabrera; si se quiere emplear la fuerza, es muy posible que mude de intención, y deje de hacer lo que hago voluntariamente.
- 290 –Y ¿de qué medios te valdrías?
- Eso, yo me lo sé; gritaría de un modo que me oyesen hasta los sordos. A buenas, todo. Por mal, nada.
- ¡Miserable criatura! ¿Qué lograrías con tu resistencia?
- Luchar y esforzarme a romper mis cadenas. Esto sería bastante; lo demás me lo reservo.
- 295 –¡Pobre niño! Apelarías a los hombres y recibirías un funesto desengaño.
- Apelaré a Dios.
- Nadie puede oponerse a los designios de Dios; y si la justicia de Dios te ha condenado a seguir nuestro hado, feliz o infausto, nada evitarías.
- 300 –Dura suerte, por cierto, es la mía.
- Duros y formidables son los decretos del destino. ¿Querrías volver a la vagancia? ¿Te has olvidado, tan pronto, que el capitán Frasquito te encontró ejercitado en el oficio de pillito, robando por las calles y hecho una miseria?
- 305 –Tiene usted razón –dije después de haber meditado dos o tres minutos–. Tiene usted razón. Me conformaré, porque no me queda otro recurso. Al cabo, yo he hecho firme propósito de someterme ciegamente a la voluntad del capitán, a quien debo el haberme librado de manos de la justicia en la plaza de San Antonio.
- 310 –Y sobre todo, tus designios en nada son contrariados.
- Es verdad. Yo soy un impertinente, porque me alarmo sin motivo. ¡Cualquiera creería que soy un niño inmaculado!
- 315 El italiano sonrió melancólicamente.

300. *a seguir nuestro hado* : a seguir a nuestro lado RS

Pidiome en seguida le refriese mis aventuras. Oyó mi relación, y guardó silencio.²

.....
Pasaron dos años. La asiduidad del maestro solía interrumpirse cuando Frasquito estaba en Málaga. Consistía, según supe después, en que entonces se encargaba del mando de la *Invisible* e iba a alguna expedición peligrosa, de las muchas que emprendía aquel famoso contrabandista. 320

Amante declarado de Refugio, confidente de Frasquito, espía de doña Esperanza, y cómplice de Carlota, mi situación era crítica y comprometida. Era aquella casa un foco horrible de lascivia, y parecía que todos sus moradores estaban predestinados a una muerte eterna, y obraban en consecuencia. Direlo una vez por todas: yo vivía en un infame lupanar. 325

La escena que voy a referir pasaba en la sala, a las ocho de la noche. 330

Doña Esperanza, triste y abatida, recostada en un sofá, jugaba con aire de indiferencia la suave piel de un falderillo. Carlota leía, junto a un velón, las *Aventuras del baroncito de Faublás*,³

334. *baroncito* : barboncito UADY

² Los apuntes de Regino, en esta parte de su cartera, parece que están interrumpidos. Por lo menos, desde el párrafo anterior al siguiente, median nueve fojas, cuya escritura se encuentra testada en tales términos, que no ha podido descifrarse. El lector inferirá lo que ellas contendrían. [Nota de autor].

³ *Aventuras del baroncito de Faublás: Amours du chevalier de Faublas*. Obra de Jean-Baptiste Louvet de Coupevray (París, 1760-París, 1797), publicada en París entre 1787 y 1790, que narra las aventuras eróticas y libertinas del caballero de Faublás, dentro de un ambiente muy próximo al de *Las relaciones peligrosas* de Choderlos de Laclos. Existe una traducción libre al español, con el título *Aventuras del baroncito de Foblás*, hecha por Eugenio Santos Gutiérrez, en dos volúmenes, publicada en 1820 por “Rosa, librero”, en París. De esta obra dice el traductor: “es muy difícil encontrar un ingenio capaz de pintar mejor, con más verdad, con colores más vivos, ni por medios más agradables, los desórdenes de la vida de un señorito noble, joven y rico de París.” Y más adelante agrega –después de elogiar su técnica del suspenso–: “Contiene al mismo tiempo mucha filosofía

335 producción lúbrica y corruptora. Refugio y yo conversábamos en un ángulo de la pieza. Las personas del servicio doméstico, como lo tenían de costumbre, dormían fuera de casa. Llovía a cántaros, y la calle estaba desierta y solitaria.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó de repente la desgraciada señora–.
340 Esto es ya insoportable. Voy a consumirme en una vergonzosa vejez, que llega a paso largo... Me he olvidado de todo por amor a ese monstruo, y él... ¡ah! el infame y desleal ha emponzoñado mi existencia...

Y comenzó a llorar amargamente. Era la primera vez que yo le veía hacer demostraciones de esta especie. Carlota alzó la vista con desdén compasivo, la fijó un momento sobre su madre, y... luego continuó su lectura.

–Tú me miras con aire de triunfo, hija desnaturalizada –prosiguió Doña Esperanza–. Algún día, vil prostituta, lo has de llorar con lágrimas de sangre. ¿Crees que la juventud, las gracias y la
350 belleza son perdurables, y que jamás perecen? Embriagada con los placeres, parécete el mundo un paraíso en donde nada se sufre, nada atormenta... Lo mismo, exactamente lo mismo, había yo creído por mucho tiempo. Dejeme llevar de la corriente; y cuando
355 menos lo esperaba, cuando más encenegada me encontraba en los vicios y en la sensualidad, he venido a recibir un funesto desencanto.

Carlota lanzó una estrepitosa risotada.

–¡Qué castigo, Dios mío, qué castigo tan humillante y afrentoso! –continuó–. Me veo obligada a presenciar mi afrenta, a saber que una hija mía es cómplice en ella, y a sufrir en silencio, so pena de ir por las calles, implorando la compasión pública, mendigar mi diario sustento, o morir en un santo hospital de pobres recogidas...

para estudiar el interminable libro del corazón humano; pues contando continuamente aventuras galantes, supo el autor traer, de cuando en cuando, con grande oportunidad, la ocasión de reflexiones morales que demuestran los peligros y las malas consecuencias de un desarreglo de costumbres.” (pp. I-II).

Refugio y yo interrumpimos nuestro diálogo, guardando el más profundo y sombrío silencio. Carlota prosiguió en su risa imprudente e insultante. La pobre señora continuó en sus quejas y lamentos. 365

—Sí; haces bien. Yo no tengo derecho a exigir de mis hijas respeto ni obediencia. A todo he renunciado, dándoles yo misma el funesto ejemplo... ¡Virtud, virtud preciosa, sólo tú puedes consolar al hombre en su desgracia! 370

—Madre mía —interrumpió Carlota—; ese arrepentimiento, la verdad sea dicha, es tan tardío que raya en ridículo. El despecho, no más que el despecho, la hace a usted explicarse así, inculcando gratuitamente a una de sus hijas; digo, si se refiere usted a mí, como parece. 375

Doña Esperanza se rebullía en el sofá, temblando de furor y desesperación.

—Hija maldita —gritó—: ¿hasta qué punto quieres llevar el ultraje y el menosprecio? Mira, desventurada: tú no sabes de lo que soy capaz en la exaltación de las pasiones. En un momento de ira, yo me atrevería... 380

—A todo, señora, a todo; lo sé muy bien, ni es posible que lo haya olvidado tan fácilmente, aunque usted no ha vuelto a hablar sobre el particular. 385

—¡Me provocas! Sábetete que...

—No se canse usted, madre mía, todo lo sé. Sé, por ejemplo, que arrebatada de sus pasiones, que jamás ha sabido usted refrenar, ha incurrido usted en los mayores y más vituperables excesos. Dígalo mi malaventurado padre que... 390

—¡Ah! ¡He allí, infeliz criatura, he allí tu sentencia! —gritó Doña Esperanza, rechinando los dientes de cólera y furor. Lanzose como una exhalación sobre su descuidada hija, asiola fuertemente con la mano izquierda, y con la derecha descargole en el pecho una tremenda puñalada. Tan rápida fue la acción, que no hubo tiempo de evitarla. 395

369. *ni* : y *RS*

388. *usted* : *om. RS*

390. *usted* : *om. RS*

En ese instante, abrióse la puerta de la sala, y Frasquito se presentó como una visión infernal. Nadie lo esperaba aquella noche.

Doña Esperanza retrocedió a su aspecto.

400 Con una sola ojeada, el capitán se enteró de lo que acababa de ocurrir. Abalanzose sobre la agresora, y comenzó entre ambos una lucha a muerte, en la que me fue imposible intervenir, azorado del suceso. Pocos minutos duró aquella espantosa escena: la fuerza hercúlea de Frasquito triunfó de la agilidad y destreza de su enemiga. La punta del puñal que hirió a la hija, fue a clavarse en el
405 corazón de la madre. La desventurada expiró al punto, cayendo sobre las baldosas del pavimento.

—¡Mi esposo, mi esposo...! ¡ah!... ¡Jesús me valga... esposo mío... estás vengado! Fueron sus postreras palabras.

410

Había sido tan extraordinario, tan inesperado lo que acababa de ocurrir, que no sabía qué partido adoptar. La herida de Carlota no parecía mortal: el golpe había sido descargado en medio de un ciego arrebato, y el pulso, mal seguro, no había sido bien dirigido.
415 Entre tanto, mi consternación no podía explicarse. Refugio, desmayada desde el momento en que vio el ademán de la madre y la hoja del puñal que lució en su mano, ignoraba cuanto después había ocurrido. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche!

Después de vendar ligeramente la herida de Carlota, tomome de la mano el capitán, llevome a un rincón y, trémulo y alterado, me dijo.

—Ya lo ves; esta desgracia no tiene remedio.

—Estoy casi muerto. ¿Qué haremos?

—Tal vez tú has cooperado a ella más de lo que piensas.

425 —¿Yo?

—Sí, tú imprudente y temerario.

—¿Cómo puede ser esto?

406. *desventurada*: desaventurada UADY

—¿Cómo? Después lo comprenderás. Basta que sepas, por hoy, que tu imprudencia y falta de cordura, mejor diré, tu mala intención, hizo que esa desventurada que ves nadar en su propia sangre, penetrase mi secreto, y.... 430

—No; permítame, por la Virgen, que rechace tan grosera calumnia. Yo ¿cómo había de figurarme...? ¡Vamos! Esta catástrofe...

—Calla, necio, calla y no perdamos el tiempo.

—No; es que yo no quiero que semejante concepto... 435

—Bien, bien; ahora no se trata de eso. Lugar sobra para que arreglemos entre los dos este asunto, de modo que ambos quedemos satisfechos.

—Me conformo.

—¡Rigor fuera! Lo que interesa hoy, la exigencia del momento, es librar el pellejo, porque ni tú ni yo escaparemos de la horca, si cuando llegue este suceso a oídos de la justicia, no hemos puesto tierra, o mejor, agua de por medio. 440

Reflexioné un momento, y conocí que le sobraba razón en cuanto había dicho, y mucho más en lo último. 445

—Pues bien —dije entonces—, mande usted, que ya obedezco.

—Toma este silbato; corre por esta callejuela de la izquierda, y no te detengas hasta dar en la playa. A poca distancia, verás una pequeña chalupa. Al llegar, no te olvides: tocas el silbato tres veces, una en pos de otra, sin interrupción; ¿me comprendes? La chalupa pegará a la orilla, nuestro amo Genaro se hallará a bordo, dirígete a él en secreto, y dile que de orden mía se encamine a este sitio en tu compañía. ¿Me entiendes? Corre, vuela, que el tiempo urge. ¡Cuidado con equivocarte, porque seremos perdidos! 450

—¿Y Refugio? 455

—Deja a Refugio, que está buena; no te detengas, si no quieres perderte, porque estamos muy próximos a la soga, ¡voto va!

La razón me hizo fuerza, y corrí a ejecutar las órdenes del capitán. Media hora después estaba yo de vuelta, en unión del contra-

460 maestre, quien, con la mayor indiferencia y sangre fría, echó una
ligera mirada sobre aquel terrible espectáculo, como si fuese el que
había ocurrido, un suceso demasiado común.

 Mientras dictaba sus providencias, el capitán me ordenó que
echándome a cuestras a Refugio, que seguía desmayada, fuese a
465 esperarlos a la playa. Abrió las gavetas de un armario, me llenó los
bolsillos de monedas de oro y varias alhajas preciosas. Partí con
cuanta rapidez me fue posible, al través de la más densa oscuridad.
El capitán y nuestro amo Genaro quedaron encerrados en aquella
casa abominable.

470 Ya cerca de llegar al punto de mi destino, sentí un ligero rumor.
Me detuve. Un farolillo brilló a mis ojos, y conocí que era la ronda,
que venía precisamente por la calle misma que yo iba siguiendo.
Comprendí lo crítico de mi situación y retrocedí. El farolillo parecía
perseguirme: no bien cruzaba por una esquina para tomar otra calle
475 que, sin alejarme mucho, me libraba de aquel compromiso, cuando
el farolillo se presentaba y venía en pos. Echaba a andar de nuevo,
atravesaba calles y más calles, y el farolillo firme y tenaz en perse-
guirme. ¡Ah, Dios mío! Comenzaba a fatigarme demasiado con el
peso, mis angustias crecían, mis temores se redoblaban y ¡ay de mí!
480 siempre el farolillo, y otra, y otra vez el farolillo.

 Tres horas mortales sufrí aquella horrible persecución. Por fin,
desapareció la ronda. Más muerto que vivo, logré subir al atrio de
una iglesia, y en un rincón bien resguardado tendí a aquella infeliz
criatura que llevaba. Al sentir su respiración tan tenue y su pulso tan
485 débil, creí que había tocado ya a su término, y que iba a expirar al
punto. Entre tanto, yo me había desorientado en lo absoluto, e
ignoraba en qué punto de la población me hallaba actualmente.
Aplicaba el oído... nada, ¡oh Dios mío!, ¡qué momentos tan pavo-
rosos! Las horas pasaban, Refugio se moría... Yo, solo, confuso,
490 desalentado, temeroso de ser descubierto por la justicia, rendido al
peso de la fatiga, viendo allá en mi imaginación las lívidas y desen-

468 *encerrados* : om. UADY
476. *farolillo* : farol RS

476. *y* : om. RS

cajadas facciones de la pobre señora muerta a puñaladas... ¡ah!, me hallaba sumido en la mayor congoja y desolación. ¿Qué podía yo hacer en semejante trance? ¿Qué partido elegir? ¡Válgame Dios! Hay ciertos momentos en la vida, que no es posible denominarlos con exactitud. Paréceme difícil que en el infierno se sufra más. 495

Reagravábase el mal de momento en momento. Los primeros reflejos de la aurora comenzaban a arrebolar el oriente. Refugio fue volviendo en sí, por fortuna; y enterada de nuestra peligrosa situación, podía iluminarme con sus consejos. Sin entrar en pormenores, omitiendo muchas circunstancias y desfigurando otras, pinte el suceso ocurrido; horrorizose la infeliz, pero conoció que no debíamos malograr aquellos pocos instantes en inútiles lamentos. Apoyose de mi brazo y procurando caminar con paso firme y rostro sereno, emprendimos buscar la perdida playa. Era ya de día cuando llegamos al embarcadero, en que yo había visto la chalupa, que era nuestra única esperanza de salvación. ¿Quién podrá pintar nuestro dolor y angustia al encontrarnos sin vestigio alguno del esquife que buscábamos? Intentar volver a la casa, habría sido una locura que al más insensato no le habría ocurrido. 500 505 510

—Bien —dije entonces a Refugio—, finge que eres mi hermana, y con faz serena sígueme, y salgamos al campo. Si la policía diere con nosotros, paciencia. Es más fácil evitarla así, que cometiendo la imprudencia de permanecer en la ciudad.

—Me parece bien tu proyecto. Haré de la necesidad, virtud; fingiré todo lo posible. 515

Y echamos a andar, sin precipitación. Mis bolsillos estaban suficientemente provistos; pero eso mismo podía perjudicarnos, tomándonos por ladrones. Ningún accidente nos ocurrió, sin embargo, hasta el pueblo inmediato, a donde llegamos a las nueve de la mañana. Alojámonos en un mal mesón, y después de almorzar, pensamos en dormir y reparar nuestras fuerzas con un buen sueño. 520

515. *Haré*: Hará RS

525 Imposible; mi espíritu estaba tan agobiado bajo el recuerdo de los sucesos de la última noche, que, por más esfuerzos que hice, no pude reposar. Además, yo me figuraba que nos perseguían, y por todas partes veía la sangrienta imagen de doña Esperanza.

530 A la hora de comer escuchamos de boca de unos arrieros, la horrorosa historia del asesinato de la víspera. Decían que la justicia había comenzado a trabajar con la mayor actividad, a fin de descubrir el autor o autores de aquel delito. Y lo que más nos alarmó y causó pavor, fue el oírles hacer una descripción, conforme la habían oído en Málaga, de todos y cada uno de los individuos que habitaban la casa, teatro del crimen, y de las personas que la frecuentaban, inclusive el italiano Chiabrera, a quien principalmente se atribuía el hecho, pues que se juzgaba que el capitán Frasquito estaba en la mar todavía. La infeliz Refugio oyó tales improprios contra su difunta madre, que creí fuese a ocurrir algún lance que nos comprometiese. Pero no; el peligro la hizo discreta, y disimuló perfectamente.

540 Como errábamos a la ventura, y esto podría acarrear graves inconvenientes, resolvimos adoptar un plan que nos condujese a un solo objeto, y que nos evitase el incurrir en alguna contradicción peligrosa. Acordamos, pues, dirigirnos a Granada,⁴ en donde vivía un tío de Refugio, hermano de su madre, y que la había querido mucho cuando era muy niña. El paso no dejaba de ser temerario; pero en fin, cualquiera otro hubiera sido peor.

550 En efecto, llegamos a Granada el día siguiente y nos presentamos al tío.

El relato que hizo Refugio, sin escasear los elogios en favor mío, le causó una emoción profunda. Conoció el riesgo a que estaba expuesta su sobrina si se llegaba a descubrir su paradero, y tomó la resolución de ocultarla a las miradas de todo el mundo. Bien podía hacerlo sin comprometerse; tenía una quinta cercana, era un sol-

⁴ *Granada*: Ciudad situada en la vertiente noroccidental de Sierra Nevada, en la confluencia de los ríos Genil y Darro. Sus edificios más conocidos son la Alhambra, el Generalife, la Alcaicería y los baños árabes. (DG).

terón sin familia, y poseía una fortuna, muy decente, resto 555
de otra mayor que perdió, casi del todo, cuando la invasión de los
franceses.

—En cuanto a usted, caballerito —dijo dirigiéndose a mí—, bien
puede estarse en casa, mientras logra alejarse sin temor. Yo creo 560
cuanto me ha dicho mi sobrina, aunque no me hace mucha gracia
esa especie de haberle entregado su padre en manos del infame
corruptor de mi hermana.

Tentado estuve de confesarle la verdad pura y limpia; pero me
detuvo la consideración de que Refugio, engañada por Frasquito
lo mismo que su madre y hermana, podían sospechar alguna cosa 565
contra mí, y resfriarse en su amor. Sostuve, pues, el engaño, y
resolví captarme la benevolencia y el cariño de aquel buen señor,
a fin de que no pensase más en separarnos. Tan bien supe fingir,
que el tío de Refugio creyó ver en mí un hermano de su sobrina,
resuelto a sacrificarse por él y por ella, en cualquiera circunstancia. 570
Pocos días bastaron para apoderarme de su confianza y reinar en
su corazón con absoluto dominio. ¡A tal grado de refinamiento
había yo llegado en la maldad!

Ocho meses transcurrieron así. En todo ese tiempo, nada
habíamos sabido de lo que pasaba en el asunto de doña Esperanza. 575
El indignadísimo hermano guardaba sobre esto una circunspec-
ción tal, que ni el nombre de la hermana era proferido. Entre-
tanto, yo proseguía preso en mis infames cadenas, y al fin... al fin,
Refugio llegó a ser madre.

¡Ay de mí! ¿Qué hubiera contestado a los cargos que su tío me 580
habría hecho? Yo temblaba de miedo y de vergüenza. No había
más recurso que abandonar aquella casa hospitalaria, y pagar con
una infamia al dueño de ella, porque así lo exigía la fatalidad de
mi destino. Tanta bondad, tantos favores y beneficios, preciso era
olvidarlos. No hubo remedio; concertamos nuestra fuga muy 585
detenidamente.

555. *sin familia* : om. UADY

559. *estarse* : estar UADY

570. *por* : om. UADY

Al efecto nos pusimos de acuerdo con un buhonero, que solía venir a casa a vender sus dijes y chucherías. Era hombre atrevido y emprendedor, y había intervenido en más de un negocio grave y complicado, de la naturaleza del que hoy iba a ocuparle. Yo conservaba cuidadosamente mis fondos, y me hallaba poseedor de una gruesa suma de ducados; pero como éramos tan jóvenes, parecía imposible presentarnos en el mundo con un carácter independiente. Al punto habríamos llamado la atención pública, y éramos perdidos sin remedio. El buhonero, pues, se encargó de representar el papel de padre de familia.

El plan surtió efecto, y atravesando gran parte de la España, llegamos a Santander⁵ sin novedad. Allí dio a luz Refugio una niña que murió al punto. ¡Madre infeliz! ¿Qué mayor castigo, que malograr el fruto de su crimen? Lloramos amargamente, y proyectamos abandonar nuestra patria para distraer la pena o tal vez para buscar nuevas aventuras. El buhonero no halló cosa que se conformase mejor con su gusto y afición. Así fue, que al punto se encargó de los preparativos del viaje. A los pocos días ¡ay de mí!, dejamos para siempre la patria de nuestros abuelos, embarcándonos en el bergantín *Jovial*, que de Santander hacía viaje a la Habana.

Volví, pues, a surcar las olas. A pesar de las amargas de mi espíritu, yo sentí que se dilataba mi corazón, que latía con más libertad, que mis emociones eran más vivas, y más ardientes y apasionados mis afectos. ¿Qué hay después de Dios, tan grande como el mar? A veces lloraba melancólicamente; otras reía como un insensato; otras, en fin quedaba distraído vagando con mi imaginación en el insondable abismo de las hipótesis ¿Cuándo no fue lo mismo la vida del hombre? De ilusión en ilusión, de esperanza en esperanza, consume su existencia y... cuando menos lo espera... ¡oh! esto es horrible.

614. en ilusión : om. UADY

⁵ *Santander*: Ciudad y puerto de la costa cantábrica, situado en la orilla norte de la bahía. (DG).

La navegación fue felicísima. Ni el más leve indicio de mal tiempo vino una sola vez a interrumpir nuestros cálculos y conjeturas. La atmósfera siempre hermosa y serena, anunciaba cada día que nada tendríamos que temer de la turbación de los elementos. 620
El mal que nos sobreviniese había de provenir de la malicia e indigna condición de muchos de nuestros semejantes. Es decir, que el signo funesto que influía sobre mi existencia, casi desde que aún era mecido en la cuna, vendría en fin a torcer la dirección de mis esperanzas. Si yo hubiera logrado aportar a la Habana sin 625
obstáculo ninguno, estoy de ello seguro, hoy sería otro hombre. Mi conducta moderada, mi instrucción más que mediana, mi firme propósito de mudar de vida, direlo sin orgullo, mi buena inclinación e índole suave y apacible; todo esto me habría hecho estimable, y a tiempo hubiera cejado el ancho camino que llevaba 630
a la perdición. El cielo no lo quiso así: mi suerte estaba prefijada en el gran libro de la vida humana, y yo no podía contrarrestar con la voluntad del Altísimo. Escrito estaba que a pesar de todo, yo había de ser un criminal famoso. ¡Dios perdone mis feos delitos, y me otorgue su gracia infinita! 635

LA CARTERA DE REGINO
CUARTA PARTE

Acompañábanos en la navegación un caballero de edad provec-
ta, que iba empleado a la Habana. Llevaba consigo una hija de once
años, Clemencia por nombre, que era el candor mismo personifi- 5
cado. Su belleza angelical, la suavidad de sus miradas, la intensi-
dad de su amor filial, hacían de ella un ser encantador, que atraía
y arrobaba involuntariamente. Muy pronto se aficionó a Refugio
aquel ángel, y ambas entablaron una amistad tan estrecha, que a
los pocos días de viaje, parecían dos hermanas que se amaban con 10
extraordinaria ternura. Aquel buen señor, que se figuraba, con la
mejor fe del mundo, ver en Refugio y en mí dos jóvenes herma-
nos, hijos del buhonero convertido en negociante, nos cobró sin-
gular cariño, y nos miró cual si fuéramos sus propios hijos. ¡Infe-
liz! Ignoraba una tremenda verdad, que le habría horrorizado si 15
hubiese estado a sus alcances. Al ponerse en contacto conmigo, su
infausta suerte y la de su hija quedaban decretadas y fijadas irrevocablemente
en los arcanos del destino, porque estaba visto que yo
había nacido para la desgracia, y en ella había de envolver necesari-
amente a todos cuantos tuviesen alguna relación de afecto o 20
benevolencia hacia mí. A poco tiempo vi convertidas en realidad
espantosa, las que antes fueran vagas conjeturas.

Cuarenta y dos días habían transcurrido desde nuestro embarque
en Santander, a bordo del *Jovial*. Eran las seis de la mañana, y apro-
vechándonos de la suave y deliciosa frescura de la atmósfera, tomá- 25
bamos nuestro ligero desayuno, que consistía en café y galletas,
sobre el caramanchel. Previamente en la tarde anterior, el padre de
Clemencia nos había dado las más singulares muestras de su cariño

30 y afición tierna y benévola. Nos había hecho concebir las más lison-
35 jeras esperanzas de felicidad, ofreciéndonos todo su influjo y vali-
40 mento para favorecernos. El buhonero, para quien todo esto era
absolutamente indiferente, escuchaba y aparentaba consentir en lo
que oía, tan sólo porque no pareciese que daba poca importancia, o
no sabía el modo de sostener el simulado carácter que iba represen-
tando. Durante el desayuno, habíamos anudado el hilo de la con-
versación de la víspera. Jamás vi tan cerca los encantos de la vida
social. Jamás había concebido tan viva y ardiente, la fe de un porve-
nir venturoso y rodeado de placeres y de virtud. Por entonces no me
pareció conveniente revelar mis relaciones y los sucesos de mi vida
anterior a aquel caballero, que nos daba tan señaladas pruebas de su
bondad. Estoy seguro de que no nos habría amado menos por
semejante franqueza, y acaso nos habría facilitado los medios de
legitimar nuestra unión ilícita y criminal. Considerándonos como
a hijos, pues se había empeñado en que le mirásemos como a nues-
tro padre, todo debíamos esperar de su generosidad y ternura.
Ninguna parte tomaba el buhonero en nuestras pláticas, y yo, con
el transcurso del tiempo, he llegado a persuadirme que nuestro
nuevo protector no creyó en manera alguna, poco antes de saberlo
de cierto, la supuesta paternidad de aquel hombre, aunque al prin-
cipio lo hubiese tratado como a tal.

50 —¡Vela a sotavento! —gritó desde el tope el marinero que había
subido a hacer la descubierta.

55 En el instante mismo desaparecieron todos los platos, tazas y cafe-
teras que habían servido para el desayuno. Todo se puso en el mejor
orden y arreglo, mientras que el capitán subía, con extraordinaria
violencia, a colocarse en el puesto del marinero que hizo el anuncio.

El *Jovial* era un buque armado en corso y mercancía.¹ Tenía,
por tanto, todas las apariencias de un buque de guerra. Marine-

44. a : om. RS

¹ *armado en corso y mercancía*: Armar en corso y mercancía. “Disponer un buque en tono de guerra con el objeto de emplearse solamente en el corso; o bien dotar a una

ría valiente y numerosa, armas en un buen estado, y un capitán intrépido y resuelto. La guerra de independencia que sostenían las dos Américas contra su antigua metrópoli, había sembrado el mar de una multitud de embarcaciones, que hacían una hostilidad terrible al comercio español. Pocos eran los barcos que se atrevían a emprender la travesía, sin hallarse escoltados de los convoyes frecuentes que iban y venían. Los Estados Unidos abiertamente, y la Inglaterra con la simulación pérfida que acostumbra siempre, protegían a los insurgentes, y les facilitaban recursos de dinero, armas y embarcaciones, con tal de que permitiesen a sus protectores hacer el más criminal y escandaloso contrabando. Rara vez salían bien librados los buques españoles, porque además de esta clase de guerra terrible que sufrían una multitud de piratas, con el falso título de corsarios, y aun con la patente de tales, infestaban las costas y mares, cometiendo inauditos excesos. Panzacola² en el golfo mexicano, Walix³ en el de

embarcación mercante y cargada de géneros comerciables con alguna artillería y la gente correspondiente, a fin de que pueda defenderse en caso de ser atacada por corsarios en el discurso de su navegación, lo que también se expresa por la frase de *navegar en corso y mercancía*.” (DME).

² *Panzacola*: “Ciudad de los Estados Unidos (Florida), a 38 ½ leguas S. O de Tallahasea, en la bahía de Panzacola, con 1, 500 hab.; hace algún comercio; es puerto seguro y cómodo, capaz de sostener buques de gran porte, y astillero del gobierno; antiguamente fue capital de Florida; los españoles la tomaron de los ingleses en el año de 1781.” (DUHyG, VI).

³ *Walix*: Walix o Belice. “La población está fundada en la boca del río, por ambas orillas, con casas de madera, y algunas de ladrillos, y un templo de su religión protestante [...]. En su fondeadero llegan buques hasta de 500 toneladas; y por lo regular vienen anualmente de Inglaterra, dos o tres comboyes, surtidos de varios efectos. Estos buques a su regreso para Europa, van con cargamentos de caoba, palo tinte, y algunos más intereses, que sacan con su comercio de géneros. En la mera boca del río, a flor de agua, hay un fuerte, distante de la población un tiro de fusil, calzado con fango y maderas, y montado con artillería de calibre de a veinte y cuatro.” (“Las costas de Yucatán”, en RY, I, 122).

75 Honduras,⁴ Curazao,⁵ Santo Tomás,⁶ Providencia⁷ y otras varias
de las Antillas de barlovento, eran las guaridas de los piratas
infames que, con el nombre de corsarios, salían al encuentro, no
sólo de las embarcaciones españolas, sino de todas cuantas
podían pillar y robar, asesinando vil y bárbaramente las tripula-
80 ciones y pasajeros, a fin de hacer desaparecer hasta los vestigios
del crimen. Verdad es que no faltaban armadores y especuladores
bastante sórdidos y criminales que favoreciesen esta atroz y
salvaje especulación, que henchía sus arcas y bolsillos del oro
robado en aquel indigno tráfico; pero, en general, los piratas
85 mismos hacían el negocio por su cuenta y riesgo, riesgo que solía
ser tan grave, que les costaba nada menos que la cabeza, como
sucedió frecuentemente. El bravo capitán del *Jovial* sabía todos
estos pormenores, conocía que era peligroso cualquier encuen-
tro y, en consecuencia, había dictado todas las medidas de pre-
caución y vigilancia.
90

Todos dirigimos la vista hacia el rumbo marcado por el mari-
nero, y distinguimos allá en los confines del horizonte un punto
blanco casi imperceptible.

95 –Cuartelmaestre, al timón –gritó con la bocina desde arriba el
capitán, al cabo de unos cuantos minutos de observación.

85. *riesgo que* : que UADY

⁴ *Honduras*: Golfo de Honduras. Amplia ensenada del mar de las Antillas, en la costa de Honduras, Guatemala y Belice. Presenta costas bajas y arenosas, bordeadas de islas coralinas. (DG).

⁵ *Curazao*: La isla mayor de las Antillas holandesas, relativamente cercana a la costa septentrional de Venezuela. Fue descubierta por los españoles en 1499 y posesión holandesa desde 1634. (DG).

⁶ *Santo Tomás*: “Una de las islas Vírgenes (Antillas). Con 6, 000 habitantes; tiene montañas muy altas, hace comercio muy activo con azúcar, algodón y ron; esta isla pertenece a Dinamarca.” (DUHyG, VI).

⁷ *Providencia*: Isla volcánica del mar de las Antillas, perteneciente a Colombia, a 230 km de la costa de Nicaragua. (DG).

Guardamos el mayor silencio. El capitán con la bocina en la izquierda, y en la derecha el anteojo, seguía observando y mandando alternativamente. Yo experimentaba un indefinible estupor porque un fatal presentimiento había venido a destruir todas mis ilusiones, anunciándome los sucesos de aquella jornada, que jamás se ha borrado de mi memoria. 100

—Nuestro amo, tome el anteojo, y desde abajo observe usted conmigo a ver si vamos de acuerdo.

Un viejo marinero tomó el anteojo, y púsose a observar.

—Una goleta... de dos gavias —dijo el contraemaestre alzando la voz. 105

—¡Cabal! Una goleta de dos gavias —repitió el capitán.

—Va ciñendo la vuelta de fuera, noroeste, cuarta al norte.

—Bien; derriba, timonel, hasta donde pueda dar. Marque usted nuestro amo, suroeste, cuarta al sur. 110

—Esto ya será huir declaradamente y no conviene.

—Hágase lo que mando, ¡voto va! ¿No ve usted que si es pirata o corsario, no porque sigamos paralelos, dejará de perseguirnos, si creyese que es capaz de darnos caza? En estos lances, vivir adelantado es lo mejor. 115

—Es verdad —murmuró el contraemaestre—, y dio las órdenes convenientes. El buque obedeció perfectamente al timón, y con eso ya no seguimos el mismo rumbo que la embarcación sospechosa, que comenzábamos a ver perfectamente. Seguimos guardando silencio, y los dos interlocutores lo guardaron igualmente por más de un cuarto de hora. 120

—¡Hola! —exclamó de repente el capitán— ¡qué tal!

—Sí —repuso el contraemaestre—, ya lo veo. Ha virado en redondo, y ciñe la vuelta de tierra. 125

En un segundo estaba ya el capitán sobre cubierta.

—¡Ea muchachos! —gritó—, apareja a virar. Aunque mi gusto y mi voluntad me dictan que yo espere al enemigo, la prudencia y la orden de los dueños del barco me mandan evitarlo.

Los pasajeros todos comenzamos a sobresaltarnos seriamente. El capitán prosiguió. 130

–Sí, o es algún enemigo, o es buque de la real armada que nos toma por tales; pero yo me atengo a lo primero. Goleta de dos gavias... sola... sin gallardete⁸... ¡eh! No puede ser. Éste es corsario o pirata. Conque ¡listos para virar en redondo!

135 –Listos –contestaron varias voces.
El capitán tomó la caña del timón.
–Pues, allá va con Dios.
–Venga.

140 Después de algunos instantes de balance y ruido, siguió el *Jovial* su marcha rápida y segura delante de la embarcación sospechosa.

Ésta había comenzado evidentemente a darnos caza. El capitán mandó soltar todas las velas y los rizos que la fuerza del viento había obligado a tomar a la mayor y trinquete. Nuestra ansiedad crecía de momento en momento, porque el barco que nos perseguía iba apareciendo más y más, en términos que a las nueve de la mañana se distinguían perfectamente la arboladura, casco y aparejo, lo cual probaba que hacía más camino que el bergantín. Nuestra tripulación hacía extraordinarios esfuerzos para evitar un lance con la goleta, pero éste era inevitable.

150 A las once del día sobrevino intempestivamente una calma horrible. El bergantín, deprimidas las velas, y sin seguir otro movimiento que el fuerte y molesto que le imprimían las olas, parecía clavado en aquel sitio. La impaciencia del capitán era vehemente; y el terror y sobresalto se veían pintados en la frente de
155 todos cuantos nos hallábamos allí. Por más que habíamos

143. *había obligado* : habían obligado
VA, RS, P, UADY

155. *allí. Por más que habíamos* : om.
UADY

⁸ *gallardete*: “Tira o faja estrecha de lanilla, seda u otra tela sencilla, que va disminuyendo de ancho hasta rematar en punta. Lo hay de guerra y de señales: aquél es más largo y de los mismos colores de la bandera nacional, y éste de varios otros. Se izan ambos en los topes o en los penoles de las vergas, y sirven ya de insignia el primero en el buque mismo y en los botes, falúas, etc., y ya también uno y otro para hacer señales, engalanar, etc.”. (DME).

procurado disimular, las dos niñas habían comprendido, al fin, toda la extensión del peligro a que estábamos expuestos, y sus lágrimas y angustias vinieron a aterrarnos y confundirnos.

Entre tanto, la crisis iba acercándose rápidamente. La goleta, a fuerza de remos, se dirigía sobre el bergantín, sin que fuera posible 160
dudar de su intención. ¡Ah, qué cruel agonía! El capitán concebía alguna esperanza; pero el contramaestre, cada vez que le oía hablar en este sentido, movía la cabeza en ademán negativo y guardaba silencio.

—¡Vamos! —dijo el capitán—. Un hombre al mastelero⁹ de proa a 165
observar por donde viene el viento.

Ejecutose así. Nada se adelantaba en esperanzas. Pasado algún tiempo, dijo el marinero que sentía una ligera fugada por el sudeste.

—Malo, malísimo —murmuró el capitán. 170

A poco el sudeste se desencadenó con una furia extraordinaria.

Estábamos perdidos, porque la embarcación enemiga nos tomó enteramente el barlovento.

Aún no había certidumbre de que fuese de piratas. Bien podía ser un corsario, en cuyo caso no era seguro que perderíamos la 175
vida cayendo en sus manos.

Reflexionábamos aún en esto, cuando un fagonazo y un diluvio de metralla que cayó a nuestro alrededor, aun mucho antes de que llegase el estampido, nos advirtió de la proximidad del lance definitivo. 180

—¡Iza bandera! —gritó el capitán.

156. *procurado* : procurando UADY

181. —¡Iza bandera! —gritó el capitán : om.
RS

⁹ *mastelero*: “Cada uno de los palos menores que van sobre los principales en la mayor parte de las embarcaciones de vela redonda, y sirven para sostener las gavias, juanetes y sobrejuanetes; por cuya razón adquieren respectiva y generalmente estos títulos, además del particular correspondiente a su vela o verga; como *mastelero mayor o de gavia*; *mastelero de velacho*; *de sobremesana*; *de juanete mayor*; *de juanete de proa*; *de periquito*; *de sobrejuanete mayor*; *de sobrejuanete de proa*; etc.” (DME).

El pabellón español flotó al momento sobre el mastelero de popa. El enemigo correspondió izando la bandera colombiana, acompañada de otra negra en cuyo centro campeaba una calavera y dos canillas en cruz.

185 –Caballeros –dijo entonces el capitán dirigiéndose a todos los pasajeros, que en número de diecisiete veníamos a bordo–. Ese buque es de piratas asesinos y ladrones. La voluntad de Dios no quiere que podamos librarnos de semejante canalla, quizá porque son muchas nuestras culpas. Si nos entregamos a buenas, no por eso dejarán de pasarnos a cuchillo a todos, sin excepción. Si resistimos, podemos ganar alguna ventaja en la pelea, y librarnos de una muerte segura e infalible. Con que yo pregunto ahora: ¿nos entregamos o nos batimos?

195 –Nos batimos –contestamos todos.

–Bien, me agrada la determinación; pero supuesto que la pobre marinería ha de trabajar más que el resto de la gente que hay a bordo, creo de mi deber dirigirme a vosotros ¡muchachos valientes! para saber vuestra determinación. ¿Nos batimos, o no?

200 –Nos batimos, señor –respondió a su vez toda la tripulación.

–Ya que tal es la determinación de todos, Dios nos asista y nos perdone –dijo con unción y recogimiento el pobre capitán.

–Amén –contestamos.

205 Al punto se nos distribuyeron armas de fuego y blancas, y se arregló y dispuso todo para esperar el abordaje. El capitán había palidecido un instante, pero luego, luego recobró su serenidad y sangre fría.

210 Entre tanto, la goleta estaba ya tan cerca de nosotros, que veíamos a toda la gente distintamente. El bergantín continuaba haciendo esfuerzos por huir; y la goleta se empeñaba más y más en darnos caza. Estaríamos a tiro de fusil, cuando el enemigo lanzó sobre nosotros una andanada de tres tiros a metralla.

–¡Zafarrancho! –gritó el capitán, y nos pusimos en son de combate.

Las vergas,¹⁰ masteleros y cordajes¹¹ caían en montón sobre cubierta. Nuestro bergantín hacía destrozos igualmente en el buque enemigo. La metralla barría a unos y otros de una manera pavorosa. La sangre corría a torrentes, sin modo de disminuir las desgracias, porque el combate era ya a toca penoles. 215

—¡Al abordaje, muchachos! —gritó desde la goleta una voz que me hizo estremecer hasta lo más íntimo del corazón. ¡Dios mío! Aquella era la voz de Frasquito, convertido en capitán de piratas. 220

Apenas tuve lugar de sentir, no de pensar. La goleta y el bergantín se habían unido, entrelazado y confundido en un solo objeto, direlo así. Los cascos, velas y aparejos crujían en el choque estrepitoso, mientras que una multitud de garfios y armas corvas y cortantes se entretrejían de una manera terrible y extraordinaria. Los fusiles, pistolas y cañones se deshacían en descargas a quema ropa, y el olor de la pólvora, el humo, la sangre, la gritería, los lamentos de los heridos y moribundos, y el formidable estrépito de las armas de fuego, convertían esta escena en un espectáculo horrible, pavoroso e infernal, a cuya descripción es preciso renunciar del todo, porque es imposible pintar aquella confusión pasmosa, aquella atroz y sangrienta carnicería. 225 230

En medio de aquel caos, de aquel desordenado pelotón de gentes que se asesinaban sin misericordia, dejose oír una voz fuerte y entera. Era la de nuestro capitán. 235

—¿Hay cuartel para los que se rindan?

—No hay cuartel —contestó Frasquito, sembrando su espada en el corazón del que tenía más próximo. Toda la tripulación de la 240

¹⁰ *vergas*: Verga. “En general, es el palo en que se enverga una vela, y que se cuelga y sujeta a cualquiera de los de la arboladura, cuya denominación respectiva toma, o bien la de la vela misma, cuando ésta es volante o de quita y pon. Sin embargo, la de mesana en buques de cruz, que sólo sirve para cazar la sobremesana, se dice *de gata o seca*, y algunos suelen llamar *verga de tope* a la de sobremesana [...]. Las de los barcos latinos en general se llaman *entenas*.” (DME).

¹¹ *cordajes*: Cordaje. “Conjunto cualquiera de cabos, y por consiguiente el total de los de un bajel.” (DME).

goleta, que era tres tantos más numerosa que la nuestra, quedó enteramente dueña del bergantín. Cesó el estrépito de las armas de fuego, y continuó la pelea, reducidos los pocos que quedábamos a defendernos con puñales y cuchillos de mesa. Yo seguía con la vista a Frasquito, a quien había distinguido desde el principio. Huía de encontrarme con él... sin comprender el verdadero motivo, pues que más bien podía esperar que me salvase.

Aquello era horrible, no quedábamos sino seis u ocho personas, y la matanza seguía casi sin resistencia de nuestra parte. Entre ellas, hubo una que hacía prodigios de valor defendiendo su vida con el esfuerzo de un león y acometiendo al enemigo con la rabia y furor de un tigre. Era el padre de Clemencia. Malherido, cubierto de sudor y de sangre, distinguíamos sin embargo sus facciones nobles y marcadas al través de aquella nube de horror. Resbalando en la sangre que anegaba la cubierta, y tropezando en los mutilados miembros humanos que la matanza había regado aquí y allí, fue acercándose y abriéndose paso con su puñal, hasta ponerse frente a frente del capitán enemigo.

—¡Muera este bravo! —gritó Frasquito.

—Sí, infame asesino; pero antes morirás tú de mis manos —replicó el padre de Clemencia disparando un pistoletazo, a dos pasos de distancia, sobre su adversario. Allí habría terminado la carrera de Frasquito, si una mano ágil y diestra no hubiera hecho cambiar la dirección del tiro, descargando un fuerte golpe en el brazo del agresor.

En aquel instante reconocí a nuestro amo Genaro Chiabrera, que acababa de librar a Frasquito de una muerte segura e inevitable, si su poderoso esfuerzo no hubiese intervenido con tanta oportunidad.

—¡Qué veo! —gritó Frasquito, fijando su intensa y penetrante mirada sobre las desencajadas facciones de su adversario— ¿Es usted, señor don Álvaro?

—Sí, yo soy —respondió con amargura el padre de Clemencia—. Yo soy, verdugo infame, cobarde pirata, yo soy. Aquí me tienes en tus manos, asesino de mi honra y de mi familia. Di: ¿qué has

hecho de mis hijas, después de haber dado muerte a aquella des-
venturada? ¿En dónde están Carlota y Refugio? ¿Han seguido por
ventura las huellas de aquella infeliz y perversa criatura? Di, y
mátame después ya que no ha querido Dios vivo el que tomase
venganza por mis manos. 280

En aquel momento descubría yo un misterio formidable, que
me dejó pasmado de terror. Aquel caballero era el desgraciado
esposo de doña Esperanza, y Clemencia era hermana de Refugio.
¡Santo Dios! ¡Qué verdad tan espantosa! Mudo de estupor, arrin-
conado junto a un ángulo de la escotilla, contemplaba silencioso 285
aquel trance, en que los personajes de tan horrorosa historia se
encontraban cara a cara, en medio de un combate a muerte,
rodeados de miembros palpitantes, y engolfados en alta mar bajo
la influencia abrasadora del sol de los trópicos. Aquel suceso tenía
un no sé qué de horriblemente fantástico, que helaba la sangre y 290
horripilaba las carnes.

Frasquito llevó la bocina a los labios y, con voz estentórea, gritó:
—¡Cese el combate!

Además de las niñas que se habían refugiado en la cámara, en
donde yacían medio muertas de espanto, en aquel momento sólo 295
quedábamos vivos sobre cubierta, don Álvaro, dos marineros y yo.
Los dos marineros, creyendo sin duda que se les reservaba para un
suplicio mayor, se arrojaron al agua, y allí perecieron ahogados
miserablemente, sin que persona alguna se dignase socorrerlos.
Así terminaron el capitán, tripulación y pasajeros del bergantín 300
Jovial, muriendo como buenos a manos de aquellos infames mal-
vados.

Don Álvaro, entretanto, permanecía enfrente de su adversario,
dispuesto a resistir hasta el fin, y librar a su hija, si era posible, de
caer viva en poder de aquellos desalmados piratas, entre los cuales 305
habían muerto más de treinta en la refriega, y se abrasaban de una

277-278. ¿Han seguido por ventura las
huellas de aquella infeliz y per-
versa criatura?: om. UADY

sed insaciable de venganza y carnicería. Cesó, pues, el ruido, y Frasquito se dirigió a don Álvaro.

310 –Muchas preguntas me hace usted, caballero. ¿No conoce usted que ahora sólo debe contestar a las que yo quiera dirigirle?

–¿Aún intentas vilipendiarme, vil seductor? Hiere, mata, y revuélcate en mi sangre; pero antes te he de arrancar la lengua.

Dijo, y descargó una tremenda cuchilla sobre Frasquito, que apenas le hirió levemente el brazo.

315 –¡Eh! ¿No quiere usted escucharme?

–No, no, y mil veces no... salvaje... pirata... raptor... asesino... verdugo... ladrón ... traidor...

Y a cada palabra, a cada denuesto, tiraba, uno en pos de otro, una multitud de tajos y golpes, que Frasquito, limitado sólo a la defensiva, evitaba con serenidad. Agobiado por la tenaz insistencia de su contrario, a quien suplicaba en vano se contuviese y se dignase escucharlo, exclamó en fin:

320 –¡Pues que Dios, y su fatal destino lo quiere, cúmplase su voluntad!

325 Y de agredido convirtiéndose súbitamente en agresor, se lanzó sobre su víctima ya mal herida, y clavándole su puñal en uno de los costados, hizo bambolear por un instante al buen caballero, que cayó por último bañado en su propia sangre. Hizo algunos esfuerzos por arrastrarse hacia la cámara, acaso para dar muerte en persona a su misma hija; pero fue imposible... A pocos instantes... exhaló el último aliento invocando el nombre de Dios, y pidiendo perdón al cielo.

335 El pirata permaneció absorto contemplando atentamente la agonía de aquel esforzado caballero. Todos permanecían en silencio religioso, sin avanzar ni retroceder, esperando el término de aquella escena. Luego que expiró don Álvaro, el capitán de los piratas dirigió una mirada siniestra sobre todos los que le rodeaban, y dejándola caer a plomo sobre la impasible fisonomía del italiano, parecía llamarlo en su socorro, porque indudablemente alguna cosa extraordinaria pasaba en lo interior de su conciencia.

340 El italiano encogió los hombros, y se alejó de aquel sitio. Por un

momento me figuré que los remordimientos destrozaban aquel corazón de fiera, pero esto fue instantáneo. Pronto se disipó aquel tinte sombrío y melancólico que en su frente se ostentaba. Serenose, y continuó dando sus órdenes con firmeza y sangre fría. 345

—¡Ea, avanzad! Tomemos posesión del buque y procuremos, ahora mismo, reparar sus averías, antes que el viento del norte nos obligue a abandonarlo del todo. Pero no se olvide traer aguardiente. No hay que entrar en la cámara hasta que yo lo ordene, porque es allí en donde he de saber a quién pertenecía este barco, y avisar a los armadores. Antes de todo, echad esos cadáveres al agua, limpiad la sangre; y esos pedazos de carne humana engarzados en los escondrijos y grietas, extraedlos muy bien. Con el ardiente sol que hace, esto nos traería un olor insoportable. ¡Ea, despachaos! 350

Hasta entonces nadie había reparado en mí, ni me atrevía a presentarme voluntariamente, porque estaba dominado, agobiado, oprimido bajo el peso de los acontecimientos de aquel día. Me parecía todo aquello un sueño doloroso, que ofuscaba mis pensamientos, y me rendía, y me abatía, y me anonadaba. No; jamás he podido olvidar del todo aquel espectáculo, ni aquellas circunstancias, ni aquellos crímenes... ¡Oh, Dios mío! Con un poco más de valor, de poder en el corazón, yo me hubiera salvado de los peligros posteriores. Fui débil y pusilánime; y quedé vencido. 355

El primero que me vio, fue el italiano. Fijó en mí sus ojos azorados, y sin decir una palabra, acercose al capitán, tocole ligeramente el hombro, y en seguida me señaló. Frasquito siguió la dirección de la mano del contramaestre, y su mirada cayó sobre mí, que la sentí como si un chorro de plomo derretido hubiera penetrado hasta la médula de mis huesos. Fueme imposible resistir; me desaté en lágrimas y sollozos, no ya por temor de la muerte, sino porque conocía que Refugio y yo volvíamos a quedar a disposición de aquel monstruo, que me inspiraba ya un horror profundo e inexplicable. 360

—¡Regino mío! —exclamó Frasquito—. ¡Cómo! ¿tú aquí, a bordo de este bergantín, muertos todos, tú vivo y solo? ¿En dónde está Refugio? ¿Qué habéis hecho en tanto tiempo? 375

Y con una expresión de infernal ternura me echó los brazos al
cuello. Díjele que allí estaba Refugio, en unión de una hermana
380 suya. Voló a la cámara, y mandó prodigar socorros a las infelices,
que estaban en ella encerradas.

—Comprendo —díjome Frasquito—, comprendo. Me habéis ven-
dido aquella noche, fugándoos a casa de don Álvaro y...

—Juro a usted que no. Más todavía; Refugio ignora si el señor
385 que venía a bordo era su padre; todo lo he descubierto hoy mismo,
en fuerza de los acontecimientos.

Referile ligeramente lo que había ocurrido la noche en que nos
separamos, y el partido que habíamos adoptado. Oculte algunas
particularidades, y terminé mi historia con la del ominoso día.
390 Frasquito pareció dudar algo de mi relato; pero no me dijo ni una
palabra más sobre el particular. Mandó, en seguida, que nos trans-
bordásemos a su goleta, que no era otra que la antigua *Invisible*
aparejada nuevamente, mientras que el poco resto de la tripula-
ción se ocupaba en alijar¹² de su carga al bergantín, que había
quedado inservible de todo punto, según observó el italiano.

395 —¡Diablo! —exclamó Frasquito—. Es una lástima dejar que se
pierda tan hermoso barco. En fin, ¡cómo ha de ser! Con su mal-
dita resistencia, nos hemos quedado casi sin gente, cuando era
más expedito y menos odioso haberse entregado a discreción, en
cuyo caso nada, ni una sola gota de sangre hubiera corrido, por-
400 que en vez de fusilar o degollar a esos infelices, me habría limitado
a ahorcarlos a todos de las vergas y penoles. ¡Dios les pague la
intención de querer hacernos daño! Y lo han conseguido ¡voto va!,
lo han conseguido.

Yo no me separaba del lado de las dos hermanas, que compren-
405 dieron en fin lo que pasaba. Refugio reconoció a Frasquito, y
pareció tranquila. La infeliz Clemencia se hallaba sumida en la
más deshecha y deplorable desolación, sin que mis palabras de
consuelo fuesen parte a tranquilizarla ni a enjugar sus lágrimas.

¹² *alijar*: “Aligerar, aliviar la carga de la embarcación.” (DME).

Cada vez que aquellos brutales piratas pasaban junto a ellas, las miraban con ojos satíricos, de una manera que me horrorizaba. Me decidí a tomar algún refrigerio, porque eran ya las cinco de la tarde, y desde el café con que habíamos hecho nuestro desayuno, nada había probado en todo el día. Las niñas tomaron agua con algunas gotas de vino. 410

En toda la noche estuvo ocupada la tripulación. A la mañana siguiente, se pegaron seis barrenos¹³ al roto y desmantelado *Jovial*, y a nuestra vista se fue a pique, sin quedar de él el más ligero vestigio. Hízose a la vela la *Invisible*, y tomamos al rumbo del sur. 415

Aquel mismo día nos refirió algunas particularidades Frasquito, y supimos que Carlota estaba en Providencia, en donde debíamos volver a verla. Antes de arribar a nuestro destino, hubo otra presa. Era un buque catalán; entregose sin resistencia, y en efecto no corrió sangre, porque Frasquito se contentó con mandar echar al agua a la infeliz tripulación, que se ahogó toda a nuestra vista. En aquel momento estaba indignado contra mí mismo, porque el suceso no me había inspirado todo el horror que debía esperar. 420 425

Aportamos al cabo de siete días, a Providencia. La *Invisible* entró de día, desembarcó todo su cargamento, el cual quedó depositado en ciertos almacenes de la propiedad de un holandés, con quien se entendía Frasquito. Fuimos a casa de Carlota, quien al vernos, se sorprendió extraordinariamente. Mas a los pocos días Frasquito, el italiano, las tres hermanas y yo, vivíamos con la mejor armonía del mundo. Fuese resignación o corazón malo y corrompido, lo cierto es que yo estaba muy bien; y olvidándome de los pasados horrores, me entregué a los placeres con el mayor desenfreno. Asocieme con una multitud de mancebos aventureros que había allí; y patria, y recuerdos, y propósitos, y todo quedó borrado de mi memoria, para disfrutar de la vida presente. ¡Perdón, Antonio mío, perdón! Yo no puedo fijar la consideración 430 435

¹³ *barrenos*: Barreno. “El rumbo que a propósito se abre a un buque para que se vaya a pique.” (DME).

440 sobre estos sucesos, sin experimentar los más vivos remordimientos, y la más profunda vergüenza.

A poco tiempo salimos a la mar, quedando las tres hermanas en tierra. Frasquito me había asociado a su especulación, ofreciéndome el tercer lugar en el mando de la *Invisible*. Una vez malograda la oportunidad de haber vuelto a la vida social y reconciliarme con el género humano, me ratifiqué de nuevo en mis antiguos propósitos, y no vacilé en aceptar el partido que se me ofreció. Así fue que, siguiendo la suerte y el destino de Frasquito, me convertí en pirata; y fui un pirata tan malvado y atroz, como pudieran serlo un berberisco o turco de los más encarnizados.

450 Hablaré de este mi primer viaje, porque en él ocurrió un suceso que me hizo extraordinaria impresión. Es referente a Frasquito.

Después de haber tomado ciertos informes en Walix, fuimos a fondear en un placer¹⁴ de arena, que media entre la costa occidental de la isla de Cozumel¹⁵ y la tierra firme de Yucatán. Aquel había de ser el paso indispensable de algunas embarcaciones que hacían viaje a Jamaica, buscando el abrigo contra los vientos, y más principalmente contra los corsarios y piratas que recorrían el mar en todas direcciones en demanda de ricas presas. No aguardamos en vano: a los dos días apareció enfilando aquel estrecho un lindo y pequeño pailebot, que a todo trapo se dirigía hacia donde la *Invi-*

¹⁴ *placer*: “Sonda llana y poco profunda, de arena, fango o piedra”. (*DME*).

¹⁵ *Cozumel*: “La isla de Cozumel, que los naturales en su idioma significativo llamaban *isla de las golondrinas*, fue descubierta por el famoso Juan de Grijalva el 3 de mayo de 1518 [...]. La longitud total de la isla desde la punta del N. E. hasta la del S. O. es de 40 millas marítimas, poco más o menos, siendo su mayor anchura la de 12 a 14 millas. Corre casi paralela a la costa del E. de la península de Yucatán, de la cual dista cuatro leguas, formando en su extensión un canal con dicha costa, frecuentado por los buques que se dirigen desde Honduras a reconocer los cabos Catoche y San Antonio para aprovechar la rápida corriente que allí se forma, y abrigarse de los vientos reinantes del S. E. que comienzan a soplar con fuerza desde principios de marzo hasta fines de mayo. Su perímetro puede calcularse en 34 leguas y su superficie absoluta de 56 a 60 leguas cuadradas. Las costas de la isla son bajas y ceñidas de un anillo de arrecifes que re prolongan más o menos hacia el mar.” (M.F.P., “La isla de Cozumel”, *RY*, III, 215).

sible, [la cual] justificando su nombre se hallaba oculta en una reducida ensenada. Mas de improviso, habiéndonos observado sin duda a pesar de nuestras precauciones, acortó primero sus velas y luego se puso en facha.¹⁶ Frasquito dio orden de cubrir los portales y echar pecho en cubierta, a fin de que, si fuésemos vistos, la gente del pailebot al notar la poca tribulación y la ninguna apariencia de buque armado, creyese que no éramos sospechosos. El pailebot, después de mantenerse algún tiempo en facha, marinó, y con el foque y la mayor con cuatro rizos tomados, comenzó a aproximársenos muy lentamente. 465

Ya era un hecho indudable que había descubierto a la *Invisible*, y venía recatándose. Apenas estaría a tiro de cañón, cuando virando súbitamente en redondo, nos dio la popa, y echó a huir largando todas sus velas. 475

—¡Maldición! —gritó Frasquito, lanzando a gran distancia el antejo con que observaba—. ¡Maldición! Vamos a perder esta presa, y todas cuantas pudieran venir a caer aquí. Este condenado pailebot nos va a delatar, y nadie, en lo sucesivo, querrá pasar por dentro, sino por la costa oriental de la isla. Pero no ¡voto a tal! No es así como han de burlarse de un guapo, que sabe su obligación mejor que ninguno. ¡Ea! —exclamó en seguida, empuñando la bocina—. Vivos; larga velas y leva ancla. 480

En dos minutos volaba ya la *Invisible* en persecución del pailebot. A las dos horas de una marcha forzando velas, nos habíamos aproximado bastante a la presa, aunque no lo suficiente para comenzar a batirla. Cuando más empeñados estábamos dándole caza, vimos con sorpresa que aferrando sus velas, había quedado al pantoque.¹⁷ 485

¹⁶ *facha*: “A bordo de los veleros, consiste en orientar el aparejo de tal forma que unas velas estén braceadas contra las otras de modo que el viento incida en la primeras por la cara de proa y en las restantes por la de popa, para que el centro de gravedad esté entre unas y otras y el buque quede inmóvil. A esta maniobra se le llama «ponerse en facha»”. (Julián Amich, *Diccionario marítimo*, Barcelona, Editorial Juventud, 2003).

¹⁷ *pantoque*: “La parte exterior del fondo de una embarcación desde la quilla hasta el principio de los llenos o redondos; o lo que es lo mismo, hasta cabeza de planes.” (*DME*).

490 –¡Fondo! ¡fondo! –exclamó Frasquito– ¡Vive Dios que
estamos entre bajos y arrecifes, y nos llevan los demonios por
causa de este infame pailebot! ¡Aferra, aferra, luego, luego que el
viento carga!

495 Echamos efectivamente el ancla, y a buen tiempo, porque a
poco habríamos caído en una cola de bajos, que veíamos velar a
flor de agua. Luego que las amarras nos aseguraron que estábamos
libres de aquel peligro, Frasquito continuó:

500 –No por eso se librarán menos, no. Se los ofrezco en nombre
del Santo Cristo del Buen viaje, que se venera en Veracruz. ¡Vamos!
Bota lancha al agua, pronto, aunque sea preciso cortar las bozas.¹⁸
Vengan seis remeros vigorosos, y seis más de respeto, con sus res-
pectivas armas. ¡Ea! Embarcarse. Usted, nuestro amo Genaro,
quédese mandando a bordo, y que venga Regino. ¡Pícaros! ¡Haber
arrastrado a la *Invisible*, el barco más fino del mundo, hasta estos
505 bajos y arrecifes! ¡Tienen conciencia estos malvados! Ya me la
pagarán.

510 Embarcámonos en la lancha y comenzamos a remar hacia el
pailebot, que había varado, y que hacía increíbles esfuerzos para
salir de aquel conflicto. Remábamos sin cesar, y antes de media
hora estábamos a tiro de fusil. Los del pailebot nos examinaban
sin cesar, y daban muestras de mayor sobresalto.

–¡Preparen! –dijo Frasquito–. ¡Preparen, y al primero que asome
sobre la obra muerta,¹⁹ fuego!

515 Nada; ya que estábamos muy próximos, asomose un marinero
viejo, es decir, como de cincuenta y cinco años de edad y nos
gritó:

491. *estamos* : estábamos UADY

496. *amarras* : amarramos RS

508. *había varado* : había barado RY, VA,

RS, P, UADY

¹⁸ *bozas*. Boza. “Trozo de cuerda sujeto en la proa de las embarcaciones menores con el cual se amarran al muelle o a otro sitio.” (DUE).

¹⁹ *obra muerta*. “Llámase *obra muerta* toda la parte del casco de un buque comprendida desde la línea del agua hasta la borda.” (DME).

—¡En nombre del cielo, si sois corsarios, venid, apoderaos del barco y no cometáis ninguna violencia. Nadie piensa en resistiros!
—¡Corsarios! —contestó Frasquito—. ¡Ya! ¡Bonitos somos nosotros para meternos a corsarios! No señor; nosotros somos piratas, y la prueba es que vais a morir. ¡Fuego, muchachos!

520

Y partieron seis tiros a quemarropa.

Desapareció por un momento la fisonomía del marinero detrás de aquella nube espesa de humo; pero al desvanecerse, en vez de haber huido aquel valiente, o quedándose muerto en el sitio, apareció firme en su puesto, dejando brillar dos ojos relucientes que fueron a clavarse sobre los de Frasquito.

525

—¡Dios mío! —gritó éste súbitamente a los remeros—, ¡ciad, ciad luego, por Dios...!

Los marineros, azorados, habían vacilado un instante. En seguida hicieron retroceder la lancha.

530

Yo no sé qué especie de terror experimenté en aquel extraño movimiento. Miré a Frasquito, y lo vi pálido, humilde y tembloroso. Los ojos de aquel marinero estaban ejerciendo sobre él una fascinación inexplicable.

535

—¡Rendid las armas y acercaos! —dijo con voz tronante el marinero misterioso, sin separar su altiva y sombría mirada de los ojos de Frasquito. ¿No oís, asesinos? ¡Rendid las armas os mando!

Todos se convirtieron a Frasquito, como para consultarle lo que debía hacerse. Estaba a punto de expirar, sobrecogido de un pavor vehemente e intenso. Temblaba como la hoja en el árbol.

540

—¡Sí! —murmuró entre dientes—. Es preciso, porque él lo manda. Remad, y acerquémonos.

Durante esta ligera escena, los marineros del pailebot se habían incorporado para presenciarla. Nos tiraron un cable, y el marinero viejo dio a Frasquito la mano para entrar a bordo. Quedose algún tiempo examinando su fisonomía, mientras que Frasquito, con los ojos bajos y el semblante abatido, ordenó que se entregasen las armas. La verdad, me pareció aquello tan arriesgado, y temí tanto

545

541. *en el árbol*: de un árbol RS

542. *Es preciso*: om. RS

550 el caer prisionero de aquella tan singular manera, que al notar que nuestra gente se disgustaba de aquella ocurrencia, hice un esfuerzo y dije con firmeza y serenidad.

—Mi capitán, si usted tiene algún motivo particular para proceder como lo hace, esta gente y yo, que no lo tenemos, hemos
555 resuelto no obedecerle, sino cuando salga de la maligna influencia bajo la cual se encuentra. Entretanto, aquí permanecemos en la lancha, y le esperaremos por media hora. Pasado este tiempo, yo obraré como convenga. ¡Ea! —exclamé dirigiendo mi voz a la gente—: aquí no se obedece a nadie sino a mí, hasta que hallamos
560 recuperado al capitán.

—Sí, sí —contestaron todos—. No nos rendimos sino al aire, o sobre el agua.

—¡Regino! Tú provocas a éstos a la insubordinación —me dijo Frasquito notablemente alterado.

565 —No, mi capitán —repuse yo—. No; se trata de no entregarnos prisioneros, para que no nos ahorquen. ¿Halla usted justo sacrificar estas vidas, sin defenderlas? No; y despache usted pronto, que el tiempo corre.

—Sí, sí, pronto —repitieron nuestros marineros.

570 —¡Regino! Yo te lo mando; obedece —gritó Frasquito.

—No obedezco, mi capitán. Usted puede reembarcarse en la lancha ahora mismo, tomar el mando de ella, y disponer que se me ahorque por mi falta de subordinación; pero mientras esté usted en poder de ese hombre, le considero sin libertad, y por
575 tanto, creo hacer a usted y a la tripulación de la *Invisible* un servicio importante, rehusando, como formalmente rehúso, obedecer sus órdenes.

—Vamos de aquí —dijo el marinero viejo, llevándose a Frasquito.

580 Antes de la media hora se presentó éste, con el semblante sombrío y desencajado. Embarcose en la lancha, tomó la caña del timón, y mandó a los remeros que encaminasen la pequeña

557. *esperaremos* : esperamos RS

embarcación hacia el sitio en que se hallaba fondeada la *Invisible*. Al cabo de algún tiempo, se dirigió a mí, y tomando una de mis manos, me la estrechó con la mayor cordialidad.

–Bien, Regino, muy bien. Te has portado hoy como un valiente. Y vosotros –continuó dirigiéndose a la gente–, obrasteis como se debe. ¡Eh! Olvidemos, por Dios, lo que ha pasado. ¿Me prometéis guardar el más profundo silencio acerca de la escena extraña que acabáis de presenciar? 585

–Sí, mi capitán –respondimos todos. 590

–Yo confío en vuestra promesa; pero yo quiero además que me lo juréis.

–Sí, sí, lo juramos.

–Bueno; pues yo en uso de mi autoridad, impongo pena de la vida, oídlo bien, pena de la vida al primero que viole el juramento solemne que habéis prestado. 595

–Justo, muy justo –contestamos todos a una, deseando respetar religiosamente aquel misterio.

Esperábamos con ansia indecible el resto del equipaje. Con el anteojo habían visto desde a bordo de la *Invisible* los movimientos de nuestra lancha al costado del pailebot, y cuando esperaban una refriega, nos vieron volver pacíficamente. Yo no sabía cómo el capitán satisfaría la curiosidad de todos, cuando fuese preciso dar alguna explicación del lance. Sin embargo, diola tan natural y sencilla, que todos quedaron contentos, y aun celebrando la ocurrencia. 600

–¡Diablo! –exclamó–, figuraos... ya se ve... ¿quién había de sospechar? Figuraos que el tal pailebot es cofrade, es un pirata; pero ¡qué pirata! Hace tres meses que está de vuelta y vuelta, y no ha podido apresar sino un mal bongo cargado de cal y sal, que para nada sirven. ¡Hágame usted el favor! ¡Cal y sal! Y luego... cuatro hombres de la tripulación... sin papeles... sin patente... sin nada para salir de un apuro. ¡Pobres diablos! Nos ven, ¡usted dirá!, nos ven en acecho, y dan en la flor de creer que somos algún 610

609. *bongo* : hongo VA, RS, P

615 buque de la escuadra de Su Majestad Católica. Echan a huir... y
¡ya se ve!, nosotros hemos seguido sus aguas, porque era de nues-
tro deber. Se meten en aquel placer de bajos... varan... y
por poco no nos llevan todos los demonios por su causa. ¡Eh! Ya
les he dado un buen consejo, y los he despachado con Satanás,
620 para que no vuelvan por este rumbo... ¡Ved! La marea ha cre-
cido... ya el pailebot puede flotar... y se hace a la vela... ¡Buen
viaje!

En efecto era así. A las dos horas de habernos separado del pai-
lebot, desapareció por el rumbo del norte.

625 Nunca he podido averiguar después el misterioso influjo de
aquel marinero sobre el capitán. Acaso tendría alguna explicación
acerca de esto con nuestro amo Genaro. Por lo que hace a mí,
jamás me dijo en lo sucesivo una sola palabra con relación a tan
extraña entrevista.²⁰

630 Voy a concluir mis memorias. Hartos sucesos infames y repugnan-
tes he consignado en ellas; pero esto nada tiene de extraño. Mi vida
ha sido un tejido de crímenes horrorosos. Víctima sucesivamente de
las tres hermanas, seducidas y corrompidas por mi ángel malo el capi-
tán Frasquito; encenagado en los inmundos placeres de un amor tri-
plemente incestuoso, tarde he recibido un triste desengaño, a saber,
635 que yo era el juguete del capitán y de sus tres mancebas. Sueños de
gloria y de amor... ¡todos se disiparon!

Durante la última expedición que hice a la costa de Veracruz,
en unión de nuestro amo Genaro, Frasquito habíase quedado en
Walix, en donde hacía dos años y medio que vivía toda nuestra

616. *varan* : baran *RY, VA, RS, P*
625. *tendría* : tendrá *RS*

630. *de extraño* : en ella *add. UADY*
634. *he recibido* : ha recibido *UADY*

²⁰ Vuelve aquí a interrumpirse la cartera de Regino. Catorce fojas aparecen totalmente ilegibles, en fuerza de hallarse testadas todas las líneas, sin que haya podido descifrarse sino una u otra palabra aislada y sin sentido. Todavía no se ha averiguado si de esta manera entregó Regino su cartera a Antonio, o cuando éste se la remitió a Manuel se inutilizaron aquellas fojas. Nos inclinamos a creer lo último. [Nota de autor].

familia. Mis expediciones marítimas solían durar tres y cuatro meses; y en todo ese tiempo, Frasquito corría los mares, a mi entender, en otras direcciones. Acabábamos de hacer una presa, y el cansancio me había rendido. Hallábame echado en mi camarote, medio ebrio y medio febril. Hacía algún tiempo que mi cuerpo se cubría de ciertas manchas rojizas, que me tenían en continuo sobresalto; pero en aquel día, además de esa extraña erupción, sentía en todos los huesos y articulaciones un dolor infernal. Quejábame con angustia cuando entró nuestro amo Chiabrera. 640

—¿Tú sufres mucho? —me preguntó. 650

—¡Oh, muchísimo! No hay duda, yo tengo alguna extraña enfermedad, sin atinar la causa de ella.

—Sin embargo, a mí me parece muy sencilla.

—¿Sencilla, dice usted? Yo no lo comprendo.

—Dime, a pesar de tu preocupación; luego que llegamos a Walix en el viaje anterior, ¿qué observaste en la fisonomía de Refugio, que todavía es tu predilecta entre ellas? 655

—Yo... sí... es verdad. Su cara, a pesar de sus facciones agradables, tenía algo de mórbida, de mustia, de convulsiva, que... que... 660

—Que revelaba enfermedades precoces. ¿No es esto?

—Justamente; que revelaba enfermedades precoces.

—Bien; allí tienes el misterio de tu enfermedad.

—¡Dios eterno! ¿qué está usted diciendo?

—¡Qué estoy diciendo! Pues, hijo mío, esto es muy claro. 665

—Pero esas enfermedades a que usted intenta aludir, se contraen por contagio.

—Por lo menos yo así lo creo también.

—Y ¿entonces?

—Entonces todo está explicado, criatura de Dios. 670

—Pues, señor, no le comprendo. Si usted no habla más categóricamente, es inútil prolongar la conversación sobre este odioso asunto.

—¿Tú lo quieres?

675 –Sí, se lo ruego a usted.
 –Bien; pues has de saber que Frasquito adolece, mucho tiempo
 ha, de una asquerosa enfermedad... y...
 –Pero Refugio...
 –Refugio, es una de las muchas víctimas sacrificadas a su lascivia.
680 Frasquito es un oso, un sátiro, un demonio...
 ¡Ah! Todo estaba ya claro para mí. Yo había sido miserablemente
 burlado por aquella infame pandilla. Lloré de despecho y de furor,
 y en aquel momento juré vengarme de todos mis enemigos, exterminarlos,
 y hacer con ellos un sangriento ejemplar.
685 ¡Santo Dios! Aquel malvado, aquel odioso capitán, habíame sumergido
 en un abismo de crímenes para hacerme la criatura más desgraciada.
 ¡Ah! Esos lloros y lamentos no eran, sin embargo, efecto de los gritos
 de mi conciencia, no eran los remordimientos, no. Sólo veía mi amor
 propio ofendido, burlado, escarnecido vilmente... y... ¡qué sé yo!
690 Era un tigre sediento de sangre y de matanza.
 Todos estos siniestros pensamientos cruzaban en lo interior de mi
 alma. Para acertar mejor en los medios de venganza resolví callarlos,
 y no revelar cosa alguna a nuestro amo Genaro. Marina-
695 mos pues, para Walix... aportamos... y Frasquito y las tres hermanas
 habían desaparecido. Nuestro amo me dijo que no me alarmase, que
 esperase unos días, pues Frasquito y sus cómplices habían partido a
 Jamaica a realizar la venta de ciertos sobornales de añil y grana que
 habíamos robado en la mar, un año antes.
700 Aparenté conformarme con aquella explicación y guardé silencio.
 A la noche siguiente, partí para Jamaica en un buque inglés. Tomé
 informes al llegar, y supe que Frasquito se había dirigido a Nueva
 Orleáns. Volé en persecución suya... y nada pude conseguir; en
 aquella vasta población me desorienté y perdí la huella de los
705 fugitivos.
 Entonces comencé a sentir todo lo horroroso de mi situación
 anómala y singular. Caí enfermo gravemente, y durante esta enfer-
 medad, que los médicos calificaron de venérea, agoté todos mis
 recursos. ¡No tenía, sin embargo, motivos para quejarme! Todo lo

que yo poseía era robado. Enfermo y miserable, triste, abatido y débil, aconsejaronme unas buenas gentes que viniese a Campeche a mudar de temperamento. Vacilé algunos días porque me era duro renunciar a mis sentimientos de odio, y a mis proyectos de venganza... pero en fin, mi ánimo estaba tan decaído, que adopté aquel partido con la misma indiferencia con que habría adoptado cualquier otro. 710

Llegué a Campeche... caí malo, muy malo, de un acceso de vómito... y me hicieron la caridad de enviarme al hospital de San Juan de Dios. A los pocos días me restablecí; pero quedé tan extenuado, que inspiraba lástima y compasión a todo el mundo; los encargados de la casa no tuvieron valor para lanzarme a la calle, y permanecí en aquel santo establecimiento, llorando mis culpas, los crímenes de mi vida pasada, y arrastrando mi triste existencia por aquellos vastos corredores. Yo notaba que el médico me examinaba con asiduidad, que algunos dependientes me esquivaban, y que los alimentos me los servían en loza separada. ¡Dios mío! Un practicante me había dicho yo no sé qué palabras misteriosas sobre cierto hospital de San Lázaro, en que se daba acogida y se encerraba para siempre a los leprosos. Yo temblaba de pavor al escuchar estas especies vagas. Siniestros presentimientos me asaltaban. Soñaba en horribles monstruos y en fantasmas vanos, y veía espectros malignos que me llenaban de terror. 720

Quise fugarme de San Juan de Dios. ¡Imposible! Pedí licencia para salir. ¡Me fue negada! 725

Una tarde... ¡qué tarde! ¡Dios mío, qué tarde...! me trajeron con engaño a este hospital. ¡Yo estaba completamente lazarino! ¡Lazarino para siempre! 730

CARTA X
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 17 de abril de 1824

Querido mío. Bien recordarás, sin duda, que una de las más fuertes 5
impresiones que recibí cuando a esta casa llegué desterrado para
siempre de la vista y cuidado de mis padres y amigos, fue la fatídica
exclamación de aquel pobre lazarino que, al pasar junto a mí, me
señaló a los demás enfermos con aire sombrío diciéndome, de una
manera que me heló de espanto: “¡Mire usted los estragos que causa 10
el vicio!” Pues bien; ni la verdad y justicia de la observación a lo
menos respecto de mí; ni el sentimiento de piedad que inspira la
situación de un prójimo condenado a sufrir la muerte lenta y penosa
de los leprosos; ni la identidad de circunstancias en que ese desven- 15
turado y yo nos encontramos, sufriendo una misma dolencia,
viviendo bajo un mismo techo, y sujetos a la misma clase de priva-
ciones y tormentos; nada, en fin, ha sido parte a destruir, a arrancar
de mi ánimo susceptible la funesta prevención que dejó en él aque-
lla especie de infernal anatema, aquel grito de maldición arrojado
en medio de un raptó de misantropía o delirio. En vano he llamado 20
en mi ayuda a la religión, a la humanidad y a la filosofía. En vano
aquel infeliz ha hecho esfuerzos por granjearse mi afecto, procu-
rando dar a sus descompuestas y lívidas facciones, la benévola expre-
sión de la amabilidad. En vano ha llorado horas enteras al observar
la mal disimulada antipatía que yo experimento respecto de él, sin 25
que pueda penetrar el verdadero motivo. Nada, amigo mío, nada ha
bastado a desterrar esa fatal preocupación, que es hasta hoy uno de
los más acerbos tormentos de mi vida.

30 ¡Qué angustia! Este infeliz que de tantos consuelos necesitaba,
que vanamente buscó un alivio en mi benevolencia, que imploró
mi compasión de una manera tan patética y tan insinuante... este
infeliz ha caído antes de ayer en agonía, en esa agonía anhelosa
por la cual pasan los que están condenados a morir en este supli-
cio. Enviome, pues, a llamar por medio del capellán, y no tuve
35 corazón para resistirme. Apreté temblando la mano de Regino, y
me dirigí al triste y ominoso aposento en que se hallaba el mori-
bundo, sacando fuerzas de flaqueza para no sucumbir en la extraña
prueba a que yo iba a exponerme.

40 Entré; un sudor helado cubría mi frente; mi respiración se cor-
taba; agitábanse todos mis miembros con desusada violencia; y los
objetos se confundían a mi vista. Una voz bronca y desapacible
salió de un oscuro rincón.

 –¡Por Dios...! Acérquese usted, caballero –díjome casi llo-
rando.

45 Mas yo permanecía clavado en medio del aposento acometido
de mortal pavor. El capellán me empujó con dulzura hacia el lecho
del moribundo; y entonces pude distinguir aquel cuadro en todos
sus detalles. Es de una naturaleza tan horrible, que no me atrevo a
reproducirlo con la pluma. Basta que sepas que hasta entonces, no
50 había visto en San Lázaro un espectáculo más formidable, ni que
hubiera causado en mi espíritu un trastorno más completo. La voz
del agonizante prosiguió:

 –Conozco... sí... conozco que inspiro a usted repugnancia y
aversión. No ha parado por mí... no, el que usted persevere en ese
funesto afecto. ¡Ay! Uno de los más vivos tormentos que me aque-
55 jan... yo lo juro... ha sido verme sometido a esta rigurosa
prueba.

 –Olvídelo usted todo, pobre amigo; ya esto pasó, y ahora quiero
consolarle en cuanto de mí dependa –acerté a replicarle, algo tur-
bado y vacilante.

55. *rigorosa* : rigurosa VA, RS, P, UADY

–Gracias –continuó–, gracias. Lo que usted acaba de decirme... 60
sí... es muy consolatorio, y disminuye, en parte, lo horrible y
doloroso de mi cruel agonía.

Hizo un ademán como para incorporarse, y retrocedí espanta- 65
do hasta el umbral de la puerta del aposento. Fue este un movi-
miento instintivo, que no pude reprimir. Avergonceme de mi lige-
reza y echeme en cara este rasgo de crueldad. El desventurado
enfermo sollozó amargamente; también lloraba yo, y procuré
recobrar me del miedo que involuntariamente experimenté. A ins-
tancias del capellán volvía a aproximarme, e hícelo con la posible
entereza. Cerré los ojos, me arrodillé al pie del lecho, tomé en las 70
mías una de las destrozadas manos del enfermo... y llevé a mis
labios. Sí... yo debía esta especie de reparación al infeliz, a quien
en vez de consuelos no había podido darle sino una nueva pesa-
dumbre. Más de media hora transcurrió antes que pudiese el
paciente recobrar el libre uso de la palabra. ¡Tanto así habíale afec- 75
tado mi conducta!

–Señor –prosiguió dirigiéndose al capellán–, yo... quiero
hablar a solas con este caballero, porque por medio de él espero lo
que hace tanto tiempo he pedido al cielo: la paz de mi espíritu.
Necesito prepararme para el último trance... que va a llegar... 80
Debo confesarme... arreglar mis cuentas con este mundo, para
poder comparecer tranquilo ante el inexorable tribunal del que
está allá arriba; y a quien no es posible engañar... Sí; yo a todo
estoy dispuesto; pero tengo que hablar antes con este joven. ¡Sólo
él puede proporcionarme el consuelo, de que tengo... ¡ay de mí...! 85
¡tanta necesidad!

Mi angustia había llegado a su colmo durante este breve dis-
curso. Mientras hablaba el moribundo, yo permanecí arrodillado,
y tiraba suavemente de la sotana al capellán, como para obligarle
a no abandonarme a solas con el enfermo. Mas una mirada del 90
respetable sacerdote bastó a infundirme valor y tranquilizarme.

79. *tanto* : mucho UADY

82. *inexorable* : inexplotable UADY

Fue aquella una mirada llena de reconvención contra mi conducta tan poco cristiana: deseché, pues, todo temor pueril, y con entereza rogué al capellán que nos dejara solos. Hízolo así, y quedamos mano a mano aquel hombre terrible y yo. Los ojos de mi interlocutor, de opacos y sombríos habíanse vuelto brillantes y semifosfóricos. Como su rostro era una masa informe de carne corrupta y pestilente, aquellos ojos redondos, negros y colocados en cóncavos profundos, sin párpados, ni pestañas, ni cejas, parecían los ojos de un búho que a la media noche está en acecho desde el fúnebre ciprés, recreándose con el siniestro olor que exhalan las fosas de un cementerio. Yo me hallaba a punto de expirar.

95

100

105

110

115

120

125

–Ruego a usted, buen joven –díjome el enfermo al cabo de unos instantes–, ruego a usted que procure serenarse. Veo que es imposible arrancar de su corazón ese odio funesto que me profesa, y...

–¡Oh! –interrumpile–, no me martirice usted por Dios. ¡Odio no, pobre amigo, no es odio! Confiésolle que necesito de su indulgencia y perdón; pero no es por odio que le haya cobrado, supuesto que usted no me ha hecho mal ninguno.

–Bien, me conformo; no hablemos del asunto, ya que le mortifico; pero tranquilícese usted para escucharme: sí, es preciso que usted se tranquilice, si ha de oírme lo que tengo que comunicarle. Me interesa, interesa a la salvación de mi alma hablar con usted, y obtener de su bondad el favor que voy a pedirle.

Senteme en un banco junto al lecho y, asombrado, esperé la explicación que iba a hacerme aquel hombre singular. El enfermo permaneció en reposo un momento; luego se convirtió hacia mí.

–Sí... sólo usted en el mundo puede hacerme el singular favor que voy a pedirle... y lo hará usted... no lo dudo... porque sería demasiado cruel que usted me lo negase, cuando lo imploro en los últimos y dolorosos momentos de mi angustiada existencia. Ha de saber usted que yo he sido... muy malo.

–¿Quién está exento de culpas en este mundo?

–Es verdad; pero las mías son de tal entidad... son tan infames y de un carácter tan odioso... ¡Ah! Ese consuelo no basta a los criminales famosos, como yo. ¡No hay crimen, tal vez, con el cual

no me haya manchado! La miseria... la lepra misma con todos sus horrores, no pueden hacerme compurgar uno solo de mis feos y negros crímenes.

–Dios tiene abiertos los tesoros de su misericordia infinita para el pecador arrepentido. 130

–Si no fuera porque así lo creo con fe viva... hace mucho tiempo que hubiera acabado de destrozar, de un solo golpe, mis frágiles y mutilados miembros. No es el amor de la vida perecedera, ni el deseo de prolongar esta martirizante existencia, ni la esperanza de hallar remedio a esta horrible enfermedad, lo que me ha alejado del suicidio, en el cual he estado pensando años enteros; no. Lo que me ha retraído... es la idea de otra mejor vida, si llegaba a obtener el perdón... ¡sí, Dios mío! el perdón, que imploro de tu inmensa bondad. 140

Mi emoción crecía de momento en momento. Aquella escena tenía no sé qué analogía con algunas de las que ha delineado el Dante en su poema del *Infierno*.¹ Mis sentidos estaban en un potro; mi alma se hallaba contristada, porque me parecía escuchar la más siniestra revelación. El agonizante continuó, después de haber enjugado dos gruesas lágrimas saturadas de sangre corrupta, que brotaron de sus descarnados ojos. 145

–Entre los numerosos crímenes de que voy hablando, uno que ha sido causa de mil desgracias, es el que pesa más poderosamente sobre mi corazón. Ese crimen, buen caballero, es el que más me 150

146. *gruesas* : om. RS

¹ *Dante en su poema del Infierno*: Primer canto de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri (1265-1321), al que siguen el *Purgatorio* y *Paráiso*. El *Infierno* en el poema de Dante es un oscuro torbellino, cuya forma de un cono invertido se hunde hasta el centro de la tierra y por lo tanto es el lugar más alejado de Dios: es el reino de la tinieblas, en donde mora Lucifer y en donde expían sus culpas, en medio de horribles e inauditos tormentos, los lujuriosos, los golosos, los iracundos, los perezosos, los herejes, los tiranos, los homicidas, los estafadores, los hipócritas, los seductores, los alcahuetes, los ladrones, los traidores, etc.

- agobia, el que atormenta más crudamente mi existencia, y del cual, si no logro perdón del agraviado, llevaré ese horrible torcedor al otro mundo. Moriré entonces sumido en la desolación... desesperado... y Dios... tal vez... no tendrá piedad de mí...
- 155 –¡Ah! Hable usted, pobre amigo, hable usted. ¿Puedo yo hacer algo en beneficio suyo? ¿Tengo medios, por ventura, de proporcionarle ese consuelo?
- Sí, señor. Más todavía; sólo usted puede proporcionármelo.
- ¿Sólo yo? Enhorabuena; explíqueme usted, explíqueme usted,
- 160 por Dios, este misterio que no comprendo.
- Nuestro amo Germán es amigo de usted.
- ¿Nuestro amo Germán, el sepulturero?
- El mismo. Sólo usted es capaz de reducirle a tener conmigo una entrevista.
- 165 –Corro, voy volando a traerle a este sitio sin perder instantes.
- No, deténgase usted. Todo se malograría con la precipitación. Ese hombre no sabe si yo estoy aquí. Usted le diría, que un moribundo, un pobre lazarino, en la última crisis de su dolencia, quiere hablar con él, para comunicarle asuntos graves de conciencia.
- 170 Germán es bueno, honrado, caritativo y jamás ha hecho mal a persona alguna. Vendría... sí... vendría, estoy seguro de ello; pero no lo estoy de que al reconocerme, al verse inesperadamente en presencia de este malvado infame, pudiese dominarse y escucharme con calma y serenidad.
- 175 –Comprendo: usted le ha ocasionado algún mal, algún perjuicio grave. No importa; conozco su alma generosa... y lo perdonaré; no lo dude usted ni un momento.
- Así lo espero, porque no creo haber pedido en vano al cielo este beneficio de la Providencia; pero es hombre... los males que
- 180 le he causado son gravísimos, y quiero que usted le prevenga para esta conferencia que le pido. He aquí la buena obra que va usted a hacer en favor de este ser infeliz y abandonado de todo el mundo.

167. *Ese* : Este *UADY*

–Bien; aplaudo su juiciosa previsión. Deme usted sus instrucciones para obrar, porque ya es este un asunto que me interesa. Hable usted, que yo confío en el logro de sus buenos propósitos. 185

–¡Dios me lo conceda! Es preciso que usted se dirija a Germán, ahora mismo si es posible. Dígale que un antiguo conocido suyo está encerrado hace algunos años en este hospital de leprosos, sufriendo la horrible enfermedad que padecen los lazarinos; que el desvalido leproso ha tocado ya al término de su triste carrera, y... 190
que va a morir luego, muy pronto. Él naturalmente preguntará a usted quién es ese hombre... Usted le dirá; pero dígaselo con miramiento. Usted le dirá que... ¡ah...! este nombre le producirá un horror inexplicable. No importa; es preciso. Dígale usted que me llamo... *Juan Cruyés*. 195

–¡Juan Cruyés! –grité aterrado lanzándome fuera del aposento, pues creía hallarme en presencia de aquel malvado, origen funesto de mis desgracias. Mas luego que respiré el aire libre, fijáronse un tanto mis ideas, reflexioné y me pareció que debía tranquilizarme. Era imposible que ese desgraciado moribundo, entrado ya en edad 200
provecta, fuese aquel joven depravado que me había sumergido en este abismo sin fondo. Ni la estatura... ni las formas... nada en fin indicaba semejanza entre el hombre a quien acababa de volver la espalda bruscamente para evitar su presencia, y el famoso bandido que me perdió. Volví entonces al aposento... corrido, avergonzado de mi importuno sobresalto, y di satisfacción, como mejor supe, al desgraciado que recibía de mí un nuevo golpe sobre los muchos que le habían precedido. Hacíame fuerza, sin embargo, que uno y otro, según todas las apariencias, a la identidad del nombre hubiesen reunido una misma disposición al mal, y 210
entrambos fuesen criminales insignes. Mas al fin, esto no tenía nada de particular, ni mucho menos de imposible. El pobre lazarino aún no se había recobrado de la sorpresa, cuando me senté de nuevo junto a su lecho.

215 –¡A usted también ha aterrado mi nombre! –exclamó–. ¿Me
conocía usted por ventura? ¿Sabía usted que ese nombre era el de
un malvado?

 –No, pobre amigo, no. Puede usted estar tranquilo sobre esto.
Yo conocí a un joven... a un infeliz que me parece se llamaba así
220 como usted, y esta circunstancia me sorprendió, y confieso que no
dejó de causarme alguna impresión el figurarme, de improviso,
que ese joven estuviese en San Lázaro. Pero, ya lo ve usted. Ése de
quien hablo es un joven, y usted, pobre amigo, es un hombre ya
mayor.

225 –Es extraño... y de veras que la especie no deja de llamarme la
atención.

 Aparentó conformarse, no obstante; suspiró profundamente, y
luego prosiguió:

 –Germán se ha de resistir a hablar conmigo, porque mi nom-
230 bre, el nombre del que tanto mal le ha hecho, sin duda excitará su
indignación. Tal vez me cree muerto; y al saber que yo existo...
aunque me faltan pocos momentos para expirar... no será dueño
acaso de reprimir su ira. ¡Ah! Le conozco mucho. Es manso y de
condición apacible; pero cuando llega a encolerizarse, se desborda
235 su furor como un impetuoso torrente. El favor que pido a usted es
que interceda por mí, procure calmar su enojo y vencer su resis-
tencia. Sí, venga usted con él, antes que ya me sea imposible toda
explicación porque me falte la palabra.

 –Harelo así. ¿Qué más?

240 –Nada más. En nombre de Jesucristo, ruégole a usted que no
vuelva aquí, sino en compañía de ese hombre. De esto depende,
acaso, la salvación de mi alma.

 Separeme del lecho del moribundo, y corrí a buscar a mi viejo
amigo. Hallele en el cementerio ocupado en arreglar, con minu-
245 ciosa escrupulosidad, el esqueleto de un hombre, cuyos restos se
habían exhumado en aquella mañana y debían trasladarse a una
iglesia. Reíase nuestro amo Germán contemplando el extraño y
miserable conjunto de los despojos de un ser lleno antes de vida y
animación y convertido hoy en un montón de polvo y de huesos

dislocados e inertes; la risa sardónica, inmutable, fija y tenaz de la calavera, que el sepulturero hacía girar entre sus manos, parecía que excitaba la hilaridad de mi amigo. ¡Tanto influye el hábito en el carácter y costumbres de los hombres! 250

—¡Cómo! ¿Se ríe usted de esa calavera, nuestro amo? —pregun- tele entre serio y jovial a mi amigo. 255

—Lo que es de ella que digamos, no tal. Ríome, sí, de la vanidad del mundo, de las extravagancias de la pobre humanidad, y de lo efímero e insustancial de la vida.

—Pero me parece que eso más es para llorar, que para reír.

—¡Qué quiere usted! Esta calavera me recuerda algunas cosas. 260

Figúrese usted que el dueño de ella era un joven piloto, guapo, emprendedor, hijo de padres acomodados, de buena instrucción y de un ardor juvenil, que no parecía sino que iba a ser eterno en el mundo. Hablaba como siete personas juntas, y cuando jugaba el *mus*² metía una algazara de mil demonios. Hoy hace justamente 265

dos años que en el muelle, delante de mí y de otros viejos que teníamos traza de esperarle largo tiempo en la tierra de los calvos, apostó que haría un viaje redondo de Campeche a la Habana y de la Habana a Campeche en sólo once días; y que su padre, dueño del buque, habría de ganar seis mil, ocho mil, ¡qué sé yo cuántos 270

miles de pesos! Podía haber perdido la apuesta por sólo un viento a la cabeza, un chubasco, una calma, el encuentro con un corsario, en fin, por cualquier friolera. Pero Dios tomó el negocio por lo serio, y en aquella propia mañana envió a cargo y consignación del piloto hablantín una horrible fiebre, y a las veinticuatro 275 horas... ¡hombre al agua! Vino a dar sin más ni más en manos de este vejete, que le proporcionó suave descanso sobre un mullido colchón de tierra. ¡Ya se ve! Dicen que el hombre pone y

250. e : o UADY

267. largo : om. RS

² mus: “El mus es un juego de envite, de origen vascongado, en que toman parte cuatro compañeros o tres bajo el nombre de *mohíno*. Consta de cinco suertes o lances.” (Carlos de Pravía, *Manual de juegos*, París, Librería de Rosa y Bouret, 1859, 253).

280 Dios dispone... Mire usted que hermosa calavera... blanca...
recia... flamante... ni un solo diente de menos.

Rechacé bruscamente aquel objeto, que el sepulturero se empeñaba en presentarme a los ojos materialmente, y suplíquele me oyese, pues tenía que hablar con él sobre cierto negocio urgente.

285 –Siendo así –díjome acabando de acomodar aquellos huesos en una pequeña caja de plomo–, luego me tendrá usted a sus órdenes.

Fui a sentarme en uno de los bancos de piedra que están por la parte exterior de la puerta del cementerio. A pocos momentos presentose nuestro amo Germán en actitud de emprender un paseo, a lo cual había creído que se dirigía mi invitación.

290 –Y ¿a dónde nos dirigiremos hoy? –preguntome con su habitual tono de familiar cariño, pasando lentamente el cerrojo de la puerta.

295 –Hoy –respondile–, no se trata de pasear. Asunto muy importante es el que me trae, y quiero que usted tome asiento en este sitio, aquí junto a mí, y escuche con calma lo que voy a decirle.

Mirome el viejo con aire de extrañeza, y obsequió mi formal invitación.

300 –Se trata –proseguí–, de una buena obra que depende de usted.

–¿Que depende de mí? ¡Es raro!

–Sí, señor. Depende de usted.

–Supuesto que es una buena obra, y que depende de mí, es negocio concluido. Dela usted por hecha.

–Tómole a usted la palabra, nuestro amo.

305 –Sin vacilar, sí, señor. Cuando usted me propone eso que llama *buena obra*, desde luego será una cosa racional... justa... honrosa... en fin, una buena obra. Me basta.

280. *de : om. UADY.*

300-301. –*¿Que depende de mí? ¡Es raro!*
– *Sí, señor. Depende de usted : om. RS*

–Se trata de consolar a un pobre enfermo, a un moribundo, a un infeliz que va a dar cuenta a Dios, y desea con ansia hablar con usted. 310

–¡Hola! ¿Pues en qué nos detenemos? ¿No ve usted que cada momento de retardo puede ser fatal a ese pobre moribundo? Corramos, amigo Antonio, corramos luego. Quién sabe lo que me querrá; no importa, es un moribundo, y nada debe negarse a un moribundo. 315

–¿Y si fuese un lazarino?

–¿Y usted me dirige semejante pregunta? Si fuese un lazarino, esa sería una razón de más para volar en su socorro. Vamos, que la muerte camina siempre de prisa, y no acostumbra hacerse aguardar.

–¿Y si usted fuese un enemigo suyo? 320

–¿Enemigo? Yo... yo de nadie soy enemigo –contestó el sepulturero, moviendo pausadamente la cabeza en ademán negativo, y mirándome de hito en hito como para buscar en mis ojos la explicación de aquella palabra.

–Miento –dijo después de algunos instantes–, yo no he dicho la verdad a quien más que nadie tiene derecho a no ser engañado por mí. En efecto... soy mortal enemigo de un perverso, de un infame... que si le hubiera a las manos... ¡yo sabría ahogarle entre ellas! Vamos... yo estoy soñando, amigo mío... ¿qué quiere usted? Suelen ocurrir algunas especies... Nada; lo dicho dicho; yo de nadie soy enemigo, porque de ese de quien quería hablar debe de haber muerto a esta hora. ¡No permita Dios que viva aún! 325

–¿Y si viviese?

–¡Si viviese! Si viviese aún y pudiese apoderarme de él... ¡ah qué felicidad...! Le arrancaré el corazón... y palpitante... 330

–¡Nuestro amo!

–Perdone usted, Antonio mío, yo me he dejado arrebatar; pero... usted no sabe... hasta dónde sube mi furor... cuando me asaltan ciertos recuerdos. Explíquese usted. ¿Qué sucede? No me 335

308. *enfermo, a un : om. RS*

328-329. *¡yo sabría ahogarle entre ellas!*
Vamos...: om. UADY

340 atrevo a creer que sea usted un ángel malo para su viejo Germán. Sin embargo, sus palabras... esas observaciones... esas preguntas... ¡Por Dios, Antonio mío! Yo estoy temblando... ¿Qué hay?

—Calma, amigo mío, calma. Un agonizante, un pobre lazarino que va a expirar... Juan Cruyés, en fin, quiere hablar con usted.

345 —¡Justicia divina, al cabo van a cumplirse tus designios! ¡Juan Cruyés vive, y está de mí tan cerca! Vamos amigo mío, corramos a ejecutar los decretos de la Providencia, que ha encaminado a ese infame hasta ponerle al alcance de mi venganza. ¡Juan Cruyés, Juan Cruyés! ¡Vivías, verdugo... y vivías casi a mi vista! Sí...
350 corro... a bañarme en su inmundicia.

Al decir esto de una manera que me llenó de horror, lanzose el sepulturero en el camino del hospital, y con tal rapidez, que a duras penas logré alcanzarle a tiempo de entrar en el edificio, y detenerle con todas mis fuerzas, gritándole:

355 —¡Nuestro amo Germán! ¡En nombre de Dios vivo! ¿Qué va usted a hacer? ¿Está usted loco? ¿Debía yo esperar, debía esperar su hijo Antonio escogido para una misión de paz y de caridad, que diese usted a sus palabras tan siniestra acogida? Si me estima usted en algo, si aprecia mi amistad como mil veces me ha repetido... yo se lo suplico... deténgase usted y escúcheme.

El sepulturero retrocedió conmigo hasta alguna distancia, y se detuvo luego, mirándome de una manera terrible. Yo continué:

365 —Sí, señor; es una locura imperdonable en un hombre de la sensatez y cordura que usted ha manifestado siempre. Es un crimen en un cristiano, que comprende algo las sanas máximas de su religión. ¡Quién asesina a un moribundo indefenso, y que apenas respira difícilmente en el lecho de su dolor! ¿Y qué gloria resultaría a usted de una acción tan bárbara y cruel? ¿Y no ve usted que se perdería miserablemente, y sería víctima de su loco arrebato?

370 El pobre viejo, sin responderme, se dejó caer sobre la yerba, apoyó la cabeza en sus rodillas, y se entregó a la meditación más

357. *caridad*: claridad UADY

profunda. Coloqueme junto a él, sin decir una sola palabra, y esperé que interrumpiese aquel sombrío silencio.

Abismados en un mar de reflexiones, y arrebatados, por decirlo así, a una esfera desconocida, insensiblemente pasamos hora y media sentados sobre la yerba. El sol de la tarde, al tiempo de sumergirse en las ondas, ensanchó su encendida y sangrienta faz, fenómeno frecuente en los meses de la quema, y dio a todos los objetos de la tierra una apariencia siniestra. La refracción de sus rayos, sin embargo, coloreó de carmín, nácar, oro y azul a mil grupos de nubecillas ligeras, que gradualmente fueron disipándose, como se disipan las dulces ilusiones de la vida. El suave terral comenzaba a mecer blandamente las copas de los cocoteros de la playa; y entre tanto, mi amigo sólo daba señales de que vivía por su respiración fuerte e irregular. Era ya de noche, y aquella especie de deliquio subsistía aún. Por fin, hizo un movimiento brusco y se incorporó.

—¡Adiós, Antonio! —díjome con aire solemne y mesurado.

—¡Cómo! ¿No iremos a ver al enfermo?

—Ahora... no; es imposible.

—¿Y tendrá usted valor para prolongar por más tiempo el martirio de ese desventurado, que espera la presencia de usted como pudiera esperar su salvación eterna?

—Ahora no puedo verle.

—¡Ah! Eso es demasiado cruel, y no me hubiera atrevido a creerlo, teniendo usted tan buen corazón.

—¿Y qué tiene que decirme? ¿Para qué pretende esta entrevista? ¿Piensa, con sus llantos y suspiros, volverme cuanto me ha arrebatado, volverme la paz, la felicidad, la honra de mi vida? ¿Sufre mucho! ¿Y qué puede compararse con lo que yo también he sufrido por su causa, sin embargo de mi inocencia?

—Pero va a morir en medio de los más duros tormentos, y tal vez querrá que usted lo perdone. Apiádese usted de este infeliz.

—Pues bien; dígame usted, de mi parte, que lo perdono de corazón; y que pediré a Dios que le dé una buena muerte. No puedo hacer más.

–Sea usted dócil, nuestro amo Germán. ¡Pobre hombre! Es un lazarino, como yo, y quiere tener una entrevista con usted. ¡Sí, contemplará usted, por un solo instante, su horrible situación! No hay remedio; es preciso verle.

410
–No, mi querido Antonio, no. Esta entrevista es imposible hoy. Lo conozco, y sería engañarle si aparentase acceder a sus instancias. De aquí a tres días... o menos... mañana tal vez... ¡Qué sé yo! Por lo que es hoy no puede ser. Necesito de algún tiempo para tranquilizarme y cobrar el valor suficiente para ver con serenidad a ese monstruo... ¡a ese pobre lazarino!

415
–Pero ¿ha reflexionado usted que toda dilación sería peligrosa, y que si usted ofrece verle mañana, el infeliz no es dueño de prolongar su vida hasta el plazo que se quiera fijarle? ¿Quién responde de que mañana vivirá aún?

420
–¿Y qué quiere usted que yo haga? ¿Por ventura, soy yo de piedra o de bronce? ¿No soy hombre, no tengo sangre en las venas, no tengo pasiones? ¿Quiere usted hacer un milagro, obligándome a suspender, de un solo golpe, el odio profundo y justo de que estoy... poseído contra ese miserable, de quien creía estar libre en lo absoluto? No, mi amigo Antonio, no. Si llegara a verle hoy, no respondo de mí: le mataría sin remedio, le asesinaría vil y cobardemente, sin que me detuviese ninguna reflexión.

425
–Confieso a usted, nuestro amo Germán, que me causa la mayor sorpresa el escuchar de su boca semejante lenguaje. Le desconozco a usted, mi buen amigo.

–Es porque también desconoce usted los motivos que me inspiran ese lenguaje. ¡Ay, mi querido amigo Antonio! Si usted pudiese ponerse en lugar mío... ¡Dios le preserve a usted!

435
–No quiero aparecer indiscreto dirigiéndole preguntas que acaso rasgarían alguna profunda herida de su corazón; pero sea el que fuese el motivo de ese odio, dispéñeme usted mi franqueza: es en verdad muy poco caritativo y muy anticristiano, el dejarse arrebatar de esa suerte y sumir en la desesperación a un pobre leproso que está a punto de espirar, y quiere llevar al otro mundo el perdón de aquellos a quienes hubiese ofendido.

—¡Dios nos juzgue a todos conforme a su infinita justicia!

—Y nos mire con ojos de piedad, mi viejo amigo.

—Sí, es verdad; todos necesitamos de ella. Pero yo estoy malo...
no puedo ver a ese hombre en este momento. Perdóne usted 445
mi terca resistencia. Mañana... sí, mañana vendré a obedecer a
usted. Hoy me retiro... porque estoy enfermo; me siento muy
malo.

Tomele el pulso al instante, y conocí que, en efecto, estaba aco-
metido de una fiebre ardiente y voraz. No me pareció justo ni 450
prudente insistir en que se verificase la conferencia; antes bien, dí
prisa a mi angustiado amigo para que se retirase, y le acompañé,
con el ánimo afligido, hasta las primeras casas de la ciudad. Volví
al hospital a dar cuenta del resultado de aquella misión, procu-
rando darle algún colorido a la indispensable dilación de la entre- 455
vista. Por fortuna, pues que lo era en aquellas circunstancias, el
pobre lazarino se encontraba delirante, y en absoluta incapacidad
de escucharme. Dí gracias a Dios, porque miraba aquello como
un beneficio de su providencia.

Hoy ha amanecido más tranquilo, y el capellán, que no se ha 460
separado de su lecho, acaba de decirme que pregunta por mí con
la mayor instancia, y muestra un extraordinario afán por hablar
conmigo. Voy a verle, y a darle algún consuelo; porque me parece
imposible que nuestro amo Germán venga hoy, pues según las 465
frecuentes noticias que del estado de su salud he recibido, aún
sigue muy indispuerto y abatido. Confío, sin embargo, en que el
moribundo nos dará tiempo de concluir este asunto, en el cual
estoy interesado.

¡Juan Cruyés! Yo no puedo menos de pensar mucho en la iden-
tidad de nombre entre éste que ha causado los males de que se 470
lamenta nuestro amo Germán, y aquel malvado detestable de
quien yo hubiera querido olvidarme para siempre. ¿No piensas
como yo que es esta una coincidencia demasiado funesta? La ver-

445. *este* : ese UADY

dad, yo creo que aquí ha de haber algún oculto misterio, que no
475 puedo comprender. En fin, el cielo nos proteja a todos.

Desde que Regino me confió su cartera, no ha vuelto a salir del
apuesto. Lloro a menudo, y está triste; pero ni en él ni en mí hace
progresos la horrible enfermedad. Yo me desvelo cuidándole con
afán, y él hace otro tanto respecto de mí; prodígole toda clase de
480 consuelos, y aparenta recibirlos con docilidad. Mas yo creo que un
cáncer oculto roe lentamente su corazón. Ahora que ya conoces el
fondo de su alma, que sabes los pormenores de su vida borrascosa,
¡cuánto no te compadecerás de su infausta suerte! Te envía mil
finos recuerdos, y dice que debes de ser muy bueno, pues que eres
485 tan buen amigo mío, y llenas tan cumplidamente mi lugar al lado
de mi anciano y desolado padre. Yo te encargo que beses de mi
parte su frente respetable, que enjugues sus ardientes lágrimas, y
que le ames siempre como yo le he amado. ¡Pobre padre mío! Él
está expiando inocentemente los extravíos de mi inconsiderada
490 juventud. Él es la víctima expiatoria; él que es tan bueno, tan hon-
rado y tan virtuoso. Honra sus canas, Manuel mío, honra sus
canas como yo no he sabido hacerlo.

Hoy respondo a la carta de Melchor en que me participa su
próximo enlace con la hija de don Juan. ¡Feliz él, que va a santifi-
495 car un amor puro y aceptable a Dios! Este beneficio no se concede
a los que, como yo, se han revolcado en un cieno inmundo. Adiós;
él colme a mis amigos de las infinitas felicidades que les apetezco.

492. *no : om. VA, RS, P*

CARTA XI
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 5 de mayo de 1824

Querido mío. Fueme imposible tomar la pluma en estos borrascosos días que han transcurrido desde la última que te dirigí, dándote una cuenta exacta de lo acaecido con motivo de la entrevista que, con tanto ahínco, pretendía tener el ya finado Juan Cruyés con Germán el sepulturero. Deseaba escribirte para comunicarte los extraordinarios sucesos que han sobrevenido de entonces acá; pero tiempo me ha faltado para ello, pues además de las fuertes impresiones que se han sucedido la una en pos de la otra, el cansancio y la fatiga materialmente no me han dado lugar para nada. Vas a asombrarte de lo que ocurre, querido mío, y vas a reconocer en todo el dedo de Dios. Increíble me parecía que pudiesen combinarse así los sucesos de la vida. Los impíos que niegan el influjo de la Providencia en tales sucesos; los impíos que aparentan desconocer la admirable cadena que traba y enlaza el mundo físico con el mundo moral, deben quedar pasmados y confundidos, si es que sus discursos han sido sinceros y no abortos, como yo sospecho, de su apasionada malignidad o de su torpe ignorancia. Ataré el hilo de mi actual relato al punto en que lo dejé pendiente en mi carta del 17 del pasado.

Estaba aún cerrándola con las otras que incluía para mi padre y Melchor, cuando el capellán azorado vino de nuevo a rogarme que sin pérdida de momento me trasladase junto al lecho de Juan Cruyés, pues, según todas las apariencias, estaba próximo a perder definitivamente el juicio, del cual apenas conservaba restos, si yo no acudía pronto a escuchar cuanto tenía que comunicarme.

–Vuele usted, hijo mío –añadió el sacerdote–, vuele usted a
librar a ese desventurado del abismo en que está próximo a caer.
30 La situación de este hombre es terrible y desconsoladora; jamás se
ha acercado al tribunal de la penitencia desde que se halla aquí.
Mis esfuerzos han sido siempre vanos en tanto tiempo, porque a
mis consejos amistosos, a mis pláticas de paz y de amor, ha corres-
pondido rechazando mis insinuaciones de la manera más dura y
35 brutal. ¡Pobre criatura! Disculpable era, porque ninguno es dueño
de sobreponerse al funesto afecto que domina al verse acometido
de esta enfermedad, que Dios envía para purgar nuestras fal-
tas; y yo sé muy bien que se necesita de su gracia especial para
conseguirlo. Pero al fin el doliente había accedido a mis ruegos, y
40 la religión recobró su imperio en un corazón extraviado tal vez,
pero no endurecido del todo. Sin embargo, quiso hablar con usted
para comunicarle un asunto del cual dependía... ¡me estremezco!
su salud eterna; pero luego, usted lo ha visto, cayó en un delirio
profundo... y no he podido aprovecharme de un solo momento.
45 Hoy... su razón había vuelto, es verdad; pero va a perderla de
nuevo, si usted no acude a impedirlo. Vamos, Antonio mío,
vamos; si esta alma se perdiese... mi angustia sería inexplicable.

Afectome demasiado la expresión con que el buen sacerdote
manifestaba su dolor. Cuando hubo terminado su razonamiento,
50 estaba yo listo para acompañarle hasta el lecho del moribundo.
Regino, que había comprendido ya lo que ocurría, hallábase alar-
mado figurándose que podrían asaltarme algunos peligros. Pro-
curé tranquilizarle y acudí a llenar mi obligación cristiana al lado
de Juan Cruyés.

55 Hallámosle agitado en espantosas convulsiones. En medio de
ellas acertó a distinguirme; y con una voz de trueno, que penetró
hasta la médula de mis huesos, y empleando las gesticulaciones
más aterradoras me gritó:

60 –¡Con que se resiste a venir! ¡Rehúsa verme en mi postrera ago-
nía! Pues bien... yo maldigo una y mil veces a ese bruto... incapaz
de pasiones nobles. ¡Vil y cobarde reptil! Muero en medio de los
más desgarradores tormentos... desesperado... rabioso... sin

esperanza de perdón ni de venganza... ¡Negar a un moribundo el
único consuelo que en la tierra le quedaba! ¡Cerrar los oídos al
grito desesperante del dolor más intenso! ¡Y este bárbaro se llama
hombre! ¡Ah! Siento de veras no haber estrujado a semejante
infame, que diariamente estaba tan cerca de mí sin compren-
derlo... Si yo hubiese dado oídos a las insinuaciones de mi cora-
zón... Si no hubiese temido neciamente experimentar los estímulo-
s de eso que llamáis conciencia... ¡Vosotros, clérigos fatuos, que
traficáis con la credulidad humana...! Ese bruto no se burlaría
hoy de mi dolor... y todo estaría terminado para siempre. No
padre, no. Yo bien me lo había figurado. Ese Dios de quien tanto
me hablaba usted... es una quimera: sólo existe en esa cabeza
estúpida o maligna. ¿Lo entiende usted? No me da la gana de creer
en Dios...

Yo quedé petrificado de espanto al escuchar aquel lenguaje
insensato, sembrado de tan estupendas blasfemias. El capellán
bañado en lágrimas, hacía suaves esfuerzos para mitigar el furor de
aquel desventurado. Era ya un deber no sólo de humanidad, sino
un deber estricto de conciencia, el consolar a aquel hombre y vol-
verle al buen sendero, del cual se había extraviado lamentable-
mente. Resolvime a apurar mis fuerzas hasta lo último para con-
seguir aquel interesante objeto. Despojeme, pues, de aquella parte
de mis vestidos que más me embarazaba, senteme sobre el lecho,
y sujeté los pies al enfermo, mientras que el sacerdote sostenía su
cabeza volcanizada. En cada movimiento... en cada contorsión...
rasgábanse las llagas que cubrían todo su cuerpo, exhalando un
fetor que me causaba vértigos dolorosos. Los trozos de carne
corrupta se desprendían entonces, y mis manos y brazos aparecían
cubiertos de inmundicia y podredumbre. Quería yo hablar para
explicarle el retardo de Germán de un modo que le dejase entera-
mente satisfecho; pero por mucho tiempo fue imposible toda
explicación, porque el infeliz no daba tregua en sus arrebatos. No

65. *se llama* : se llamaba *UADY*

73. *bien* : también *RS*

95 quiero, Manuel mío, repetir en esta carta lo que yo escuché de
aquella boca que, en tales momentos, era verdaderamente satá-
nica. El capellán no hacía sino llorar hilo a hilo, y acariciar blan-
damente la cabeza de aquella indomable fiera, que se habría resis-
tido al rigor y a los halagos. Ni una sola palabra aventuró en los
100 repetidos arrebatos del doliente, porque aún no le parecía llegada
la oportunidad. Era aquel un cuadro que difícilmente puede tra-
zarse. El contraste que ofrecía la fisonomía angelical del sacerdote
cristiano, vertiendo lágrimas de amor sobre las facciones destroza-
das y feroces de un pecador endurecido, que cierra obstinada-
105 mente su corazón a todo consuelo religioso y cubre de baldones e
improperios a su bienhechor; todo esto es de un género verdade-
ramente sublime.

La misma violencia de la agitación que sufría Cruyés, hizo que
sus fuerzas cediesen gradualmente... y, al fin, agotadas del todo,
110 quedó reducido el paciente a un grado de postración profunda.
Cruzó los brazos sobre el pecho... sus ojos quedaron fijos e inmo-
bles... y su respiración comenzó a ser fatigante. Sin embargo, el
estertor que tan de cerca precede a la muerte, no daba señales de
proximidad. A la postración física acompañaba evidentemente un
115 abatimiento moral, que daba esperanza de hacer una crisis favora-
ble, aunque fuese momentánea. Lo que importaba era que reco-
brase la razón, hablase con nuestro amo Germán y se dispusiese en
seguida a emprender el largo viaje que todos debemos hacer. Des-
pués de todo esto, ¿para qué había de apetecer una vida tan llena
120 de amarguras y horror?

Aprovechase el sacerdote de esa favorable coyuntura, y comenzó
a dejar caer lentamente y, con la mayor circunspección, aquellas
palabras de vida y de consuelo, aquel tesoro de infinito precio que
encierra la santa *Biblia*. Al principio, parecía que el enfermo nada
125 escuchaba, y que las frases todas eran perdidas. Mas la práctica de
muchos años, una larga observación junto al lecho de los agoni-

104. *un pecador* : un buen pecador *RS*

109. *cediesen* : cedieren *RS*, cedieran *P*

zantes, había enseñado mucho al venerable capellán, y conocía la oportunidad del auxilio, y todas las brechas que el hombre, en su lucha con la muerte, dejaba descubiertas. Juan Cruyés suspiró con alguna congoja. A medida que volvía a animarse e iba recobrando sus potencias y la elasticidad de sus miembros, el capellán proseguía con más animación derramando ya torrentes de luz y saludable consuelo sobre el corazón del enfermo. Pasado algún tiempo, cesó su inmovilidad, brillaron sus ojos y arrasáronse de lágrimas. Luego murmuró con algún trabajo:

–Gracias... padre mío. Dios conceda a usted el premio que merece por su filantropía y caridad ardiente. Reconozco en usted al ministro humilde del cristianismo. Padre mío... venerable padre mío... perdón. Interceda usted con Dios a fin de que también me perdone: ore usted... por mí.

El capellán se aprovechó de aquella ocasión para ablandar de una vez aquel corazón empedernido. El furor había pasado, y vuelto el arrepentimiento que no habrá sido en vano. El enfermo se dirigió entonces a mí.

–Caballero, ruégole igualmente que me perdone. Soy una criatura atribulada y espero que un raptó de delirio no hará concebir a usted que tiene delante a un impío. ¡Ah, no! Soy un infeliz, y nada más.

–Lo sé, pobre amigo, lo sé. Si me hubiese usted dado tiempo de explicarme, se hubiera usted ahorrado de lo que acaba de sufrir tan intensamente. Germán vendrá, sin falta alguna.

–¡Ay! Y ¿por qué me ha retardado este consuelo, tan anhelado por mí? ¿No se ha mitigado su ira ni desarmado su furor? ¿No le ha movido a piedad la triste situación en que me encuentro? ¿No sabe que de un momento a otro se desplomará el mal apuntalado edificio de mi frágil existencia?

–Lo sabe, sí, de todo está enterado; pero ¿qué quiere usted? también el pobre estaba enfermo, y en imposibilidad de acudir inmediatamente. Espero que hoy vendrá. Me lo ha ofrecido...

141. *de aquella ocasión* : om. RS

143. *habrá sido* : habría sido VA, RS, P

160 –Y sabe cumplir su palabra –añadió con alterada voz nuestro
amo Germán que, de improviso y sin hacerse anunciar, entró en
la estancia del enfermo cuando no se le esperaba.

165 Todavía me tiemblan las carnes al recordar esta escena. Era ya
de noche, y en el momento en que se presentó el sepulturero,
estaba yo vuelto de espaldas, teniendo una candela bendita entre
las manos, que me había alargado el capellán, mientras éste
aumentaba dos almohadas a las que el enfermo tenía a su cabe-
170 cera, para que estuviese con menos incomodidad. Las cortinillas
de la cama estaban a medio correr, y cerca de allí, un pequeño
brasero de barro despedía una densa nube de humo de romero,
que llenaba todo el aposento y neutralizaba en algo el mal olor de
aquel semicadáver.

 El sepulturero avanzó hasta el borde de la cama, llevando las
manos hacia atrás; alargó el cuello por entre las cortinillas; incli-
175 nose sobre el rostro del moribundo, y estúvole contemplando
largo tiempo sin hablar. La fisonomía de nuestro amo Germán era
verdaderamente feroz en aquellos instantes: una horrible sonrisa
vagaba por sus labios pálidos y amoratados; temblábale la barba y
sus pocos cabellos estaban erizados. El capellán y yo permanecí-
mos como petrificados en la misma actitud en que nos sorprendió
180 aquella repentina aparición. Los ojos de Juan Cruyés se habían
clavado fijamente en los del sepulturero: sus manos estrechaban
un pequeño Crucifijo. Nuestro amo Germán rompió el silencio,
sin mudar de actitud.

185 –¡Miserable! ¿Te llamas, por ventura Juan Cruyés?

 El moribundo hizo un ligero movimiento de cabeza en ademán
afirmativo.

190 –¡Juan Cruyés! –prosiguió el sepulturero–. Sí... yo te habría
reconocido por ese vestigio que llevas en la mejilla; ese vestigio
que te señala como a Caín, y que la lepra misma no ha podido
destruir, como ha destruido todo lo demás.

187. –prosiguió el sepulturero–: om. UADY

—¡Germán, amigo mío, duélete de mí! ¡Ten compasión de un pobre agonizante! —murmuró el doliente con hartazgo, y haciendo un poderoso esfuerzo.

—¡Chit! —exclamó el sepulturero—. ¡Amigo! Yo soy ahora tu juez... y tu juez inexorable. Voy a juzgarte, a oír tus descargos... y a sentenciarte. ¿Lo entiendes? 195

Era imposible toda intervención mía ni del capellán en esta horrible escena. Nos limitamos a ser simples testigos de ella. Germán continuó:

—¡Malvado! ¿Te acuerdas de aquella tremenda noche del 7 de setiembre de 1807, cuando un deshecho huracán te lanzó sobre nuestras costas? Naufrago... pobre, enfermo y desvalido, te abrí las puertas de mi casa... te brindé con una hospitalidad generosa... te cuidé como un padre cuida a su propio hijo... te proporcioné recursos para buscar tu subsistencia... ¿Es todo esto verdad, Juan Cruyés? 200

—Sí, mi buen Germán.

—Yo puse en ti la confianza más ilimitada. Me dijiste que eras hombre de bien, y yo necio hube de creerlo con candor. ¿Y qué eras, qué habías sido? Un pirata infame... un bandido del mar avezado a todo linaje de crímenes. ¿Es verdad lo que yo digo, Juan Cruyés? 215

—Sí, mi querido Germán.

—Y ¿cómo pagaste mi amor, mi cariño, mi benévola hospitalidad? ¿Qué hiciste para corresponder a mi franca y generosa amistad? Una larga serie de infamias fue la recompensa. ¡Deshonraste a mi hija...! ¿No es verdad? 220

—Sí, Germán.

—A mi pobre Gaspara, tan buena, tan virtuosa, tan inocente y tan amante de su tierno y afectuoso padre! La sedujiste inicua- mente... la deshonraste... la hiciste perder lo que tiene de más precioso una pobre y débil mujer. ¡Ah! ¡Juan Cruyés! Tú eres un demonio. 225

—Tienes razón, mi querido Germán.

- 230 –Y no contento con deshonrarla... la difamaste por todas partes... la pusiste en ridículo, y todos la señalaban con el dedo, llamándola meretriz y mujer perdida... y después... con aquellos horribles brebajes... aquellos infernales abortivos. ¡Ah, cobarde! La asesinaste vil y bárbaramente. ¿No es cierto, Juan Cruyés?
- 235 –Sí, Germán todo eso es cierto.
–Y cuando yo estaba inocente de todo teniendo una fe vivísima en tu amistad, te marchaste de repente, llevándote cuanto poseíamos, todo lo que había podido economizar en mi trabajo de tantos años, dejando sumida en la miseria a una honrada familia, que
- 240 tan generosamente te había acogido en su seno. ¡Me robaste, Juan Cruyés, me robaste lo poco que yo poseía para alimentar a mis pobres hijos, que ningún mal te habían hecho!
–Lo confieso, Germán.
–Y porque asesinaste a mi hija, después de haberla deshonrado,
- 245 y porque me robaste mi corto haber, dejándonos sumidos en la miseria... mi pobre mujer y su pequeño hijo de pechos... y mis otras dos hijas, ¡sucumbieron todos en año y medio solamente!
–Sí, bueno y honrado Germán; yo soy responsable ante Dios de
- 250 todas esas desgracias.
–Y no satisfecha tu rabia... tu inaudita ferocidad... me arrebataste al único hijo que me quedaba... le inculcaste tus horrendas máximas... le guiaste por la senda del crimen, e hiciste de él otro pirata tan infame y tan malvado como tú.
- 255 –Es verdad.
–Y por último, me preparaste el camino para esta vejez triste y sombría, que tengo que ocultar a la vista de los hombres, aparentando gozo y contento cuando sufro tanto por tu perfidia y malignidad. Sí... por ti paso las noches llorando; por ti, me veo casi
- 260 mendigando el sustento diario... porque bienes... honra, felicidad... ¡Todo me lo arrebataste de una vez, mal hombre!

238. *había podido* : habíamos podido UADY

244. *porque* : por qué RS

245. *porque* : por qué RS

256. *el camino para* : om. RS

—Sí, todo eso es verdad.

—Y bien, ¿cuál es tu disculpa?

—Yo no tengo disculpa, Germán; sólo imploro tu perdón para morir tranquilo.

265

—¡Morir tranquilo! ¿Cómo quieres, monstruo, morir tranquilo, hallándote manchado con tantos y tan horribles crímenes? ¿Cómo es posible que con mi simple perdón te creas dispuesto a comparecer en la presencia de un Dios justiciero? ¿Ni cómo has de creer tú en Dios, estando dado de su mano? No; es preciso que mueras y que mueras bajo los golpes de aquel a quien más ofensas hayas causado.

270

—¡Germán... mi querido Germán! El dolor te extravía; los funestos recuerdos que mi presencia excita en tu ánimo, te hacen olvidarte de que tienes buen corazón. Mátame enhorabuena... si crees que con mi muerte quedarás contento y satisfecho... Mas perdóname antes... dame tiempo para que me arroje a los pies de este santo sacerdote... le confiese otras culpas no menos feas y horribles que todas las que acabas de revelar... y consiga así el perdón, que fervientemente imploro de la misericordia del Señor...

275

280

—¡Y es posible que el crimen siempre ha de triunfar!

—¡Triunfar! ¿Qué llamas triunfar, mi querido Germán...! ¿No ves mi cuerpo dilacerado...? ¿No sientes ese pestilente olor que exhalan las llagas de que estoy cubierto de pies a cabeza? ¿No consideras que soy un pobre leproso... encerrado aquí hace seis años, sufriendo un martirio... cuya intensidad jamás podrá expresarse? ¡Triunfar el crimen...! ¿Y no concibes cuáles habrán sido mis remordimientos... esos agudos remordimientos... que despedazan... que taladran... que desgarran el corazón... fibra por fibra... hasta desmenuzarlo...? ¡Triunfar el crimen! Tú ignoras lo que es un remordimiento... intenso... tenaz... cruel y que mina... paulatinamente... el principio de la vida. Lo ignoras, querido Germán, porque tú eres muy bueno y honrado... y jamás has caído en ningún crimen vergonzoso. ¿Triunfar el crimen? El crimen jamás triunfa... aunque otra cosa te digan las apariencias... yo lo

285

290

295

285

juro. Mira, Germán... sólo yo sé cuánto te he ofendido... Pues bien; estás vengado superabundantemente... créeme... ¡Estás vengado!

300 –Y bien; ¿qué quieres de mí? ¿Para qué has mandado provocarme? ¿Querías vengarte a tu vez... de esos remordimientos... obligándome a manchar mis manos con tu sangre inmunda... a recibir tu pestilente aliento...? ¿Querías también hacerme criminal... para que aun después de muerto... tuviese siempre por
305 delante... la fatal sombra de mi enemigo...? Habla... ¿qué pretendes de mí?

–Te lo he dicho ya, mi buen Germán. Que me perdones... mi generoso amigo... que me perdones por el amor de Dios...

310 Enderezose el sepulturero con lentitud, dejó caer un puñal que ocultaba, cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos, y por más de tres minutos permaneció en silencioso recogimiento, agitando los labios ligeramente, como si murmurase algunas palabras misteriosas. En seguida abrió los ojos arrasados en lágrimas... extendió los brazos... y arrojose en los del moribundo, gritando:

315 –Sí... yo te perdono en nombre de mi esposa y de mis hijos... yo te perdono con todo mi corazón, por amor de Dios. Espero en él que te verá con misericordia.

320 En aquel rápido instante, arrodillose el capellán elevando al cielo una plegaria... la candela bendita se desprendió de mis manos apagándose al caer... y se desvaneció el cuadro como una visión fantástica. Yo nada veía ni oía.

325 Pasado algún tiempo, el capellán, que había salido, entró de nuevo trayendo en la mano una luz con la cual volvió a iluminarse aquel cuadro. Juan Cruyés y el sepulturero permanecían estrechamente abrazados y llorando con amargura. El cristianismo, sí, sólo el cristianismo puede producir tan extraño cambio en los sentimientos y afectos de un hombre. ¡Qué sublime es aquel

307-308. Que me perdones... mi generoso amigo... : *om. UADY*

diligite inimicos,¹ que el Salvador del mundo sancionó con su propio sacrificio! Digan lo que quieran los sofistas... y los impíos... me glorío en repetirlo, sólo el cristianismo es capaz de una revolución moral tan admirable. Con razón exclamaba el más sabio y profundo de los jurisconsultos filósofos, Montesquieu:² “¡Cosa admirable! La religión cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace además en ésta nuestra felicidad.”

El sepulturero sentose en un pequeño banco junto al lecho de Cruyés, apoyó ambos codos en las rodillas, y ocultó el afligido rostro entre sus manos duras y callosas. El moribundo besó devotamente el santo Crucifijo, y quedó largo tiempo en reposo. Volví a encender la candela bendita, y el capellán se arrodilló a la cabecera del enfermo, rezando los siete salmos penitenciales. Después de media hora larga de hallarnos en esta actitud, nos suplicó Cruyés que lo dejásemos solo con Germán e hicimoslo así. Mientras conferenciaban en voz baja, el capellán y yo nos paseábamos, sin hablar una sola palabra, a lo largo de la galería del poniente, que es allí en donde está situado el aposento en que pasaron estos extraños sucesos. Era ya cerca de media noche, y todo el hospital estaba sumergido en densas tinieblas y en profundo silencio, interrumpido no más por el murmurio de las olas, que besaban ligeramente el arenal de la playa cercana.

328. *diligite* : *diligete* UADY

349. *murmurio* : murmullo RS

¹ *diligite inimicos*: amen a los enemigos. (Mateo, 5: 44; Lucas 6: 27, 35).

² *Montesquieu*: Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755), fue uno de los representantes más significativos de la Ilustración en Francia, incluso al grado de que innumerables críticos consideran el año de la publicación del *Espíritu de las leyes* (1748) como el triunfo de las ideas ilustradas en aquel país. Es autor también de las *Cartas Persas* (1721) y de las *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los romanos* (1734). (VV).

Yo no cesaba de admirarme al observar los rasgos de semejanza entre la mala condición de este Juan Cruyés y el otro que tú sabes. Nunca había yo escuchado semejante nombre en el hospital, pues aquel desventurado habíase mudado el suyo propio por el nombre de Félix Zamudio con que era conocido en el establecimiento. 355 ¡Dios mío! Esa identidad no puede menos que significar algo... porque esto lo miro yo como providencial. No comprendo este misterio... y tal vez ni quisiera comprenderlo. Mi imaginación estaba herida; mis recuerdos habían despertado vivamente... y era 360 yo presa de los más extraños y encontrados pensamientos. Como a la una y media salió nuestro amo Germán, y con tono solemne dijo al sacerdote:

—Ya puede usted entrar a cumplir con su santo ministerio; Juan espera a usted para confesarse y recibir la extremaunción.

365 Entró el capellán, y yo insté al sepulturero a que viniese a descansar a mi aposento.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿He de abandonar a mi pobre amigo en sus últimos momentos? Puede ofrecerse alguna cosa, y debo estar cerca.

370 —Me congratulo con usted, mi buen Germán, por el término de este asunto. Usted ha hecho una obra sublime y altamente meritoria. El cielo recompense a usted tan buena acción.

Apretome la mano con la mayor cordialidad y ternura, y retireme a mi aposento, porque me lo suplicó vivamente. Ni un instante pude dormir: lo que había ocurrido en la noche me afectó demasiado para haber logrado tranquilizarme tan pronto. Volví a las cuatro; el capellán y el sepulturero estaban auxiliando en sus últimos momentos a Juan Cruyés, quien expiró a las cinco menos cuarto con mucha tranquilidad. ¡Dios le haya perdonado!

380 Apenas exhaló el último aliento vital, arrodillóse Germán junto al lecho mortuario, lloró amargamente, y besó la frente del cadáver.

364. *confesarse* : confesarle UADY

—¡Pobre amigo mío! —decía—. ¡Cuán desfigurado te dejaron el dolor, las penas del corazón y... la funesta enfermedad que te ha matado...! ¡Dios eterno... en este momento en que le juzgas, acuérdate, Señor, que le he perdonado...!

Esta escena me partió el corazón. Quisimos separar de aquel sitio funesto al buen anciano, mas él se resistió diciéndonos que él era el único amigo del finado, y que a él le correspondía prestarle los últimos oficios. En efecto, permaneció allí hasta que el cadáver salió para el cementerio, a donde le fue imposible acompañarlo. El infeliz aún no estaba bueno cuando vino al hospital; la fiebre subió al más alto grado, y fue preciso hacerle tomar cama. Llevó-sele consigo el capellán a su vivienda, y allí ha estado gravísimo, en términos de temerse por su vida. Mas hace hoy tres días que está fuera de peligro y sigue muy bien. En todo este tiempo, mi atención se ha dividido entre Germán y Regino, porque este pobre se consume de tristeza y profunda melancolía.

Adiós; tengo que escribir a mi padre, y el tiempo se me gasta. Tuyo como siempre.

380-386. *Apenas exhaló el último aliento vital, arrodillóse Germán junto al lecho mortuorio, lloró amargamente, y besó la frente del cadáver.*
—¡Pobre amigo mío! —decía—. ¡Cuán desfigurado te dejaron el dolor, las

penas del corazón y... la funesta enfermedad que te ha matado...!
¡Dios eterno... en este momento en que le juzgas, acuérdate, Señor, que le he perdonado...! : om. RS
396. *este* : om. UADY

CARTA XII
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 22 de mayo de 1824

Querido mío. En verdad que no puedo quejarme en cuanto a dolencias físicas, porque en fuerza de los buenos consejos del doctor Frutos que, desde el campo, me escribe a menudo, debo al cielo el inapreciable beneficio de que mi mal se haya detenido en medio de su rápido curso. Esto ya es un adelanto. Pero en recompensa, mi espíritu sufre demasiado, y a veces me encuentro vagando en tan raras cavilaciones, que suelo pasarme despabilado las noches enteras. Tales cosas me ocurren, que me dan mucho en qué pensar; y no es culpa mía si no puedo detener los vuelos de mi imaginación. 5 10

Te dije que mi pobre amigo Regino se hallaba sumergido en profunda tristeza y en negra melancolía. Yo he hecho todo lo posible a fin de obligarle a salir de tan penosa situación; ya invitándole a leer libros menos áridos y abstractos que esos a que se dedica con tenaz aplicación; ya refiriéndole varias anécdotas de mi vida escolar; ya invitándole vivamente a salir de su encierro y dar algunos paseos por Lerma, la Eminencia, o las casas de campo vecinas. Nada he logrado sino hacerle llorar cuando ha visto mi empeño en estas cosas. Después han ocurrido algunos incidentes que en la apariencia no han significado nada, pero que en el mozo produjeron un efecto que no puedo explicarme, y que por reflexión han venido a ejercer sobre mí un influjo que me molesta y aflige. 15 20 25

Luego que Germán comenzó a restablecerse de la fiebre que estuvo a punto de acabar con él, quise llevar a Regino a visitarle en

la habitación del capellán en donde aquél se hallaba alojado. Mas Regino se resistía con algunas excusas, que a mí me parecieron poco satisfactorias.

30 –Considere usted –le dije– que ese honradísimo anciano sabe nuestra amistad, se ha interesado con mucho calor en obsequio de usted, y sin embargo no he conseguido poner a ambos en contacto. Desengañese usted; un pobre leproso jamás debe rehusar la
35 amistad de persona alguna –añadí con algún tanto de aspereza.

–¡Cómo, mi querido amigo! –exclamó Regino desatándose en un mar de lágrimas, y dejando caer de las manos el segundo tomo de *L'an deux mille quatre cent quarante*, obra utópica del soñador *Mercier*–¹ ¡Ha podido usted figurarse que rehúso voluntariamente,
40 o por algún motivo innoble, la amistad de alguien que me haya hecho la caridad de interesarse por mí! No es nada de eso lo que usted observaba, sino amargura, aflicción de espíritu y un dolor arraigado en lo más íntimo del corazón.

–Pero ese pobre sepulturero que se ha visto a la muerte, que ha estado tan cerca de nosotros, y al cual, a porfía, han visitado y asistido los enfermos todos de la casa, sólo de usted no ha recibido la menor muestra de amistad o aprecio. Esto no quiere decir que yo atribuya semejante conducta a insensibilidad, o a poca gratitud. Llámole la atención, para hacerle ver que ese aislamiento en
45 que se ha circunscrito, puede hacerle aparecer como indiferente a la suerte de una persona que tanto nos estima. ¡Pobre Germán! Desde que ha podido hablar, diariamente me ha preguntado por usted y por el estado de su salud.

42. *amargura* : y *add.* UADY

¹ *soñador* Mercier: Louis-Sébastien Mercier. (París, 1740-París, 1814). Polígrafo, novelista, dramaturgo y político francés. Es autor de una novela fantástica titulada *El año de 2240*, publicada en 1770, y de *El cuadro público de París*, aparecida en 1871, obra satírica por la que tuvo que huir a Suiza. Vuelto a Francia al estallar la Revolución, participó en la redacción de los *Anales patrióticos*. Fue diputado de la Convención y votó en contra de la pena de muerte de Luis XVI.

—Se lo agradezco infinito; sabe el cielo que se lo agradezco con toda la efusión de mi alma. Pero usted tiene un modo de ver las cosas, algo diferente del mío. Yo me figuro que un leproso debe huir de la sociedad que le ha rechazado de su seno, y alejarse de todas las personas que están sanas, a fin de no causarles alguna oculta desazón. Conozco que, por una especie de instinto, apetecemos todo lo contrario; pero la reflexión me detiene, y estoy convencido de que si no debemos repeler el afecto y amistad de las personas que están libres de nuestra dolencia, tampoco debemos mostrar el más ligero empeño en relacionarnos con ellas. ¿No es esto obrar con prudencia, mi queridísimo Antonio? Allí tiene usted la explicación de mi conducta.

—¿Pero, Regino mío, usted puede figurarse que me afanaría en inducirle a hacer algo, que le trajese el inconveniente que parece temer? Yo hablo a usted de nuestro amo Germán, y nuestro amo Germán es una excepción de la regla común. Nuestro amo Germán es un hombre filantrópico y generoso, como pocos: no teme a ningún lazarino, ni se horroriza a su aspecto. Además, tanto a usted como a mí nos ama entrañablemente.

—Pues bien, Antonio mío, cuando usted considere que podré verle, y se encuentre en estado de recibir mi visita, iremos allá, y le significaré toda mi gratitud. Ya conoce usted el motivo que me detenía, que no ha sido el de causarle ningún disgusto a ese buen sepulturero, que me es tan apreciable.

Acordámoslo así, y entablamos una larga plática sobre el nuevo régimen de vida que convendría adoptar, una vez que por los altos designios del cielo estábamos condenados a arrastrar para siempre nuestra pobre y dolorosa existencia en este santo hospital de lazarinis.

—¡Para siempre! —repitió Regino—. Eso, eso es lo que me horroriza hasta donde usted no puede llegar a imaginar. Los plomos de Venecia,²

63. *ellas* : ellos RS

² *plomos de Venecia*: Célebre prisión situada en el palacio ducal de San Marcos. Los rayos del sol calentaban a tal temperatura los techos de la prisión que la hacían inhabitable.

85 la esclavitud de los cautivos de Argel,³ ni los calabozos de la inquisición me parecen tan horribles, ni me inspiran tanto pavor como ese ¡para siempre! de un hospital de leprosos. Yo he sido un malvado... merezco el castigo más duro y doloroso... pero ¡ah! apenas puedo levantar los ojos al cielo para pedirle misericordia, sin que al momento no me sienta agobiado y oprimido bajo el peso de este aterrador ¡para siempre! Puede ser que el tiempo mitigue la
90 vehemencia de esta impresión.

—Sí, amigo mío, confío en Dios que no nos abandonará. Yo... tal vez estoy resignado, y espero transmitirle mi resignación filosófica. Usted ha visto, porque sin duda no se le habrá ocultado lo que a su alrededor pasa, el triste episodio político que acaba de
95 terminar en mi pobre país. Las tropas se han dispersado, las familias vuelven a sus casas, y tendremos muy pronto con nosotros a nuestro respetable amigo el doctor Frutos, que tiene en sus manos un tesoro de consuelos que distribuir a cuantos se hallan en algún
100 conflicto. Sus consejos y los de nuestro inimitable capellán, serán un poderoso beneficio. Pensemos en el bien que pueda hacerse, seamos virtuosos, y seremos felices en medio de los horrores y estragos de este hospital, en que tenemos un modo de ser y vivir tan extraño y doloroso.

105 Regino volvió a caer en su habitual melancolía, y yo mismo no estuve libre, por algún tiempo, de algunos síntomas del mal de que ya me creía radicalmente curado. La tribulación; esa tribulación inexplicable que inspira el pensamiento de esta existencia formidable de San Lázaro.

110 Para dar diverso giro a mis meditaciones, hice recaer la conversación sobre nuestro amo Germán y el finado pirata que tantos males le había causado. Regino sabía los pormenores de las esce-

100. *inimitable* : imitable UADY

³ *cautivos de Argel*: Conocidas son en la historia y en la literatura las piraterías de los moros que recluían a sus cautivos en los “baños” de Argel. (Miguel de Cervantes: *Los tratos de Argel*, la novela del “capitán cautivo” en el *Quijote*).

nas que te referí en mis dos últimas cartas, pero yo no sé por qué causa había omitido el nombre del finado Cruyés. En esta conversación se me antojó nombrarle. 115

—¡Juan Cruyés! —exclamó Regino—. Yo he oído ese nombre fuera de aquí.

—¡Es posible! ¿Dónde... cuándo... con qué motivo? —pregunté lleno de ansiedad, porque esta especie no podía serme indiferente. Había o hay un *Juan Cruyés* que me había perdido miserablemente y semejante nombre, aunque no se me hubiese olvidado un solo momento, en los días anteriores resonó tantas veces en mi oído, que la memoria del infame verdugo, causa de mi ruina, despertó vivísimamente todos mis recuerdos siniestros, todos mis dolores y sufrimientos, y me puso por delante mis extravíos y culpas vergonzosas—. Sí, Regino —continué con vehemente acento—, me interesa infinito saber quién era ese hombre, y le ruego me diga en dónde ha oído nombrarle. 120 125

Regino me miró asombrado.

—¡Por Dios, Regino! —insistí yo—. Ese hombre, ¿quién es? ¿En dónde está? 130

—En verdad, Antonio mío, que me deja usted pasmado al oírle hablar sobre este asunto con tal viveza, y yo no sé si diga con tal extravío. Además, ese hombre no puede tener conexión ninguna con usted. ¡Era un famoso pirata! 135

—Justamente; ése de quien voy hablando es un famoso pirata.

—Pues, amigo mío, no nos entendemos. ¿No dice usted que ese pobre que falleció aquí en días pasados es Juan Cruyés? ¿Y según lo que me ha referido usted de la entrevista del finado con nuestro amo Germán, no parece que aquel era un pirata? Entonces, ¿de qué se admiraba usted? Para mí es este un negocio muy claro. Yo he oído hablar de un pirata llamado Juan Cruyés: ese pirata ha muerto, ¿qué explicación, pues, pretende usted de mí? 140

Yo quedé pensativo algunos instantes y estuve tentado de revelar a Regino una parte de mi odiosa historia; mas detúvome el 145

140. parece : aparece RY, VA, RS, P

150 pudor que me ocasiona el simple recuerdo de tales sucesos, sin embargo de que, vista la entera confianza que en mí ha hecho, encuéntrome hasta cierto punto en la obligación de correspondérsela, refiriéndole todos los antecedentes que me trajeron al hospital de San Lázaro. Sin embargo, aquélla no me pareció una ocasión muy oportuna de explicarme, y continué en mi sistema de absoluta reserva. Y como me llamaba mucho la atención que el nombre de Cruyés no fuese desconocido a Regino, volví a hablarle sobre el asunto, a fin de obtener algunos pormenores, que podrían
155 muy bien llegar a serme interesantes.

–Bien –le dije–. Convengo en que ese hombre ha muerto aquí; pero ha movido mi curiosidad la especie de que usted tenga noticias suyas. ¿No puedo saber, por ventura, en dónde oyó usted hablar de él?

160 –Sí tal. Nuestro amo Genaro Chiabrera me ha hablado acerca de él muy frecuentemente.

–Y ¿sabe usted si navegó alguna vez por estas costas?

165 –Lo sé, no solamente por lo que usted me ha referido de la conferencia habida entre él y el sepulturero, sino porque el contra-maestre italiano me habló de ese sujeto, con motivo de cierta astucia con que atrajo y capturó un bergantín del comercio de Campeche, que se dirigía a la Habana.

–Según eso, Chiabrera habrá sido socio de Cruyés.

170 –Me lo sospecho, aunque no lo sé de cierto. En este punto nuestro amo Genaro no ha sido conmigo muy explícito.

–Y ¿habrá de esto mucho tiempo?

–Doce o catorce años, por lo menos.

175 –Minuciosas y aun extravagantes parecerán a usted mis preguntas, pero a mí me interesa sobremanera todo lo concerniente a este nombre de Cruyés. ¿Chiabrera presentaba a éste como un joven, es decir, en esa fecha, como de veinte o veintidós años de edad?

–Me parece que no; antes bien creo que sería de más edad que Chiabrera, según las especies que yo puedo recordar.

178. *puedo* : pueda UADY

—¿Y Chiabrera tendrá a esta fecha? 180

—Más de cincuenta años.

—El tal Cruyés... ¿sabe usted si se hallaría por estas costas a principios de 1821?

—Lo ignoro; pero ¿no me ha dicho usted que cuando murió llevaba de encerrado en este hospital seis años? En tal caso, es imposible que anduviese en su oficio de pirata en la fecha a que usted se refiere. 185

—Tiene usted razón —murmuré entre dientes, convencido de que ni por la edad, ni por ninguna otra circunstancia, el Juan Cruyés de que hablaba Regino, era el mismo de quien yo quería tener noticias. Encerreme, pues, en mi aposento a meditar profundamente sobre tan extrañas combinaciones, que no alcanzaba a penetrar. Motivos eran éstos, en verdad, para confundirme y trastornarme, si desde el principio no hubiera hecho ánimo de tratar estos asuntos con sangre fría, y más que nada, con resignación filosófica. Pero ¿quién detiene los vuelos de la fantasía, cuando se echa a vagar por los espacios imaginarios, que son de una inmensidad sin límites? Esto no depende de la voluntad del hombre; es más bien efecto o de la organización peculiar de cada individuo, o de alguna alteración accidental de los mismos órganos. Por tanto, en el discurso de la noche no pude dormir ni un solo instante; mi cabeza ardía como la de un calenturiento. 190

A la mañana siguiente, muy temprano aún, vino Regino en busca mía, para que juntos fuésemos a hacer la visita convenida a nuestro amo Germán. Dirigímonos, pues, a donde se hallaba. Apenas hubimos encarado con él, y aun antes de saludarle, detúvose Regino, lanzó un grito de indefinible sorpresa, volvió las espaldas, y corrió presuroso a encerrarse en su habitación, sin que mi voz y ademanes fuesen parte a detenerle. Yo me quedé extático, sin poder explicarme tan singular suceso. Miraba yo alternativamente el semblante del sepulturero y la galería por donde desapareció Regino, sin saber el partido que adoptaría en aquel momento. Mi asombro era extraordinario. Nuestro amo Germán, entre tanto, habíase quedado pensativo, como queriendo refrescar algún 195

200

205

210

- antiguo recuerdo, que hacía esfuerzos por escaparse de aquella
215 cabeza debilitada por los años y por la enfermedad reciente de que
había salido pocos días antes. Al cabo, volvióse a mí súbitanea-
mente, y exclamó:
—¡Él es! Voy a verle; él debe saber de su paradero.
—Mas, ¿puedo yo saber de qué se trata? —preguntele entonces—.
220 ¿Qué significa esto que ocurre?
—No lo sé a derechas; pero esa voz... ese acento... me ha herido
de lleno. Esa voz... la conozco mucho. No hay remedio... yo
debo ver y hablar a ese mozo.
—Y bien...
225 —¡Oh! si ese mozo fuese el que yo pienso... ¡cuidado, Antonio
mío! Si ese mozo fuese el que yo pienso... sepa usted que man-
tiene relaciones de amistad con un sujeto indigno, que no la
merece.
—Y... en fin... ¿qué hay? ¿Están ustedes empeñados en vol-
230 verme loco?
—Lo que hay es, que si ese mozo fuese el que me imagino...
estaría usted alternando familiar e íntimamente con un pirata. ¡Ya
usted sabe lo que es un pirata!
—¡Ah! Esto no me admiraría.
235 —¿Habla usted de veras?
—Mucho. Si el pobre Regino, en alguna vez, hubiese tenido la
desgracia de ser un pirata, como usted lo dice, harto lo estaría
pagando con hallarse encerrado en el hospital de San Lázaro.
—Yo no digo que en esto no pueda haber alguna equivocación.
240 Sin embargo... esa voz... sí, yo la he escuchado en cierta ocasión
solemne para mí.
—¡Es tan fácil equivocarse un acento con otro!
—Cierto. Mas... ¿por qué se ha sorprendido al verme? ¿por qué
se ha alejado de mi presencia, huyendo despavorido? No; no hay
245 remedio. Aquí debe de haber algún misterio, si esto no es lo que
yo pienso.

221. *me ha herido* : me han herido RS

–Enhorabuena, nuestro amo; si usted abriga algunas sospechas contra ese pobre mancebo, acuérdesse usted que es amigo mío, que es mi hermano de desgracia, y que su suerte está identificada con la mía. ¡Por Dios, mi buen amigo! Una indiscreción podría perder a este infeliz. 250

–No me haga usted el agravio de atribuirme una intención siniestra que no tengo. Únicamente quiero verle... quiero tratar con él acerca de un asunto que conviene.

–En tal caso, voy a prevenirle... ¡Prudencia, nuestro amo! No vayamos a reagrar los padecimientos de mi desventurado amigo, que hartado padece con solo el mal que le abruma. 255

El sepulturero me tendió su mano, y apretó una de las mías con la mayor cordialidad.

Hallé a Regino entregado a la desesperación. 260

–¡Antonio mío, mi único y generoso amigo! –exclamó al verme–. ¡Sálveme usted, porque estoy perdido miserablemente!

–Vamos; tenga usted calma. Usted se ha sobrecogido sin fundamento alguno.

–¡Aquí hay testigos de mis crímenes! Ese hombre me delatará... y subiré a un cadalso... en medio de la grito del populacho... ¡Yo estoy perdido! 265

–¿No digo a usted que tenga calma? ¿A qué viene esa intempestiva agitación que podría comprometerle?

–¡Ese hombre va a delatarme, Dios mío! La justicia se echará sobre mí... y aunque yo estoy condenado a muerte en este hospital... no por eso la vindicta pública quedará satisfecha. ¡Querrá darme en espectáculo para escarmiento de otros malhechores como yo! 270

–Pero en resumen, ¿qué es esto? Nada comprendo de cuanto pasa. 275

–¡Antonio mío, este hombre va a delatarme... va a delatarme sin remedio, y tal vez a esta hora se habrá encaminado a la ciudad con el fin de perderme!

–Mal conoce usted al hombre generoso a quien hace usted tan grave inculpación. He dicho a usted que debe serenarse. No hay 280

aquí peligro alguno que temer. Nuestro amo Germán me ha empeñado su palabra de guardar silencio, y basta.

285 –Para que mi horrenda existencia se encontrase nuevamente combatida y amenazada... ¡Ah! ¡esto no más me faltaba, Antonio! Este hospital me es ya de todo punto insoportable.

290 –He dicho y repetido a usted que se tranquilice. Esa desesperación no conviene en manera alguna: ¿a qué llevar las cosas a ese extremo? Nuestro amo Germán vendrá aquí, y puede usted fiarse en él, tan seguro de su discreción como pudiera usted estarlo de la mía. Este encuentro no ha hecho sino proporcionarme un nuevo y sincero amigo. ¿Me comprende usted?

295 –No... por Dios... que no venga. No puedo ver a ese hombre. Me hará preguntas a las cuales yo no podré satisfacer. Además, ¿qué sé yo del paradero del infame Frasquito?

–¡Frasquito dice usted!

300 –Sin duda. Si usted tiene presente los detalles de mi cartera, recordará seguramente la escena que pasó cuando el capitán Frasquito, yo y doce hombres de la tripulación de la *Invisible* nos embarcamos en una lancha para dar el abordaje a aquel pailebot que navegaba entre la costa occidental de Cozumel y la tierra firme de esta península; pues bien, aquel marinero misterioso... aquel viejo de mirada fascinadora que ejercía sobre Frasquito tan extraña y singular influencia, que en fuerza de ella mandó éste que rindiésemos las
305 armas a discreción... ese hombre era... nuestro amo Germán.

–¡Nuestro amo Germán!

310 –Sí... el mismo. Imposible que hubiese dejado de conocerle al momento. Grabose su imagen tan profundamente en mi fantasía, que jamás he dejado de verle, despierto y entre sueños. Aquella mirada aterradora... aquellos ojos brillantes, no podrían olvidárseme mientras viviese.

Comenzaba yo a ver más claro en este asunto. Sin embargo, las especies aparecían tan complicadas, que me era difícil descubrir todos los pormenores, y quedé profundamente pensativo.

286. *Este* : Ese RS

287. *repetido* : repito RS

Los sollozos de Regino me hicieron volver en mí. Luego que logré tranquilizarle, volví a la habitación del capellán en busca del sepulturero.

¡Mas el sepulturero se había marchado a la ciudad!

El sacerdote me informó que hallándose Germán arreglando un pequeño lío de papeles que le había depositado Juan Cruyés, hallose con uno de ellos que llamó mucho su atención y, sin más tiempo que el necesario para despedirse, había salido del hospital con dirección a la ciudad, sin que fuese posible detenerle por ninguna reflexión sobre lo intempestivo de la hora, pues serían como las doce del día, ni sobre el estado de su salud, que apenas comenzaba a mejorarse. 325

Yo conocía a Germán perfectamente y sabía que era incapaz de ninguna acción villana. Además, la explicación del capellán me dejaba satisfecho, sin ningún género de duda, que sólo un motivo de urgente y particular interés podría haberle obligado a partir de improviso sin despedirse de mí, y sin decirme algo acerca de la proyectada visita y conversación con Regino. Mas, ¿cómo transmitir a éste mis convicciones? ¿Cómo persuadirle, después de su sobresalto y alarma, que el secreto de su vida pasada no corría peligro alguno con la ausencia intempestiva del sepulturero? 335

Hallábame, por tanto, en las mayores congojas y aficciones. Destaqué de luego a luego a un sirviente de la casa, a fin de que buscarse a Germán y le obligase a venir, por súplica mía. Fueron en vano las diligencias. No recibimos más noticia, sino que se le había visto cruzar la plazuela de San Román y dirigirse a la ciudad por la zapata⁴ de San Carlos, en el momento en que este baluarte hacía una salva de artillería saludando al general Santa Anna,⁵ que des- 340

⁴ *zapata*: “Grueso que se da a los cimientos por ambos lados, con relación a la pared que sostienen.” (J. Adelina y José Ramón Mérida, *Diccionario de términos técnicos en Bellas Artes*, México, Fuente Cultural, 1944).

⁵ *este baluarte hacía una salva de artillería saludando al general Santa Anna, que desembarcaba en el muelle con el título de comandante general de las armas de Yucatán. Esto ocurría*

345 embarcaba en el muelle con el título de comandante general de las
armas de Yucatán. Esto ocurría el 17 por la tarde. Somos ya 22 y
no ha vuelto a parecer el sepulturero por estos sitios, ni me ha sido
posible averiguar el paraje en que se halla.

 Tú puedes figurarte lo que habré pasado con Regino en estos
días. Su desesperación ha sido horrible, y sus angustias dolorosísi-
350 mas.

 Adiós; no puedo abandonar por mucho tiempo a mi amigo, y
yo estoy sumamente cansado y abatido.

 Tuyo como siempre.

345. *Somos ya 22* : somos ya a 22 RS, P

el 17 por la tarde: Don Antonio López de Santa Anna (1795-1876), en efecto, llegó a Campeche el 17 de mayo de 1824 a bordo de la goleta de guerra Iguala como comandante general del Estado, precisamente en el momento en que los campechanos habían separado de los puestos públicos a los españoles. Pasa algunos días en Campeche y después marcha a Mérida, en donde el Congreso local lo nombra Gobernador el 20 de julio de ese mismo año, cargo del que le separa el presidente Guadalupe Victoria el 5 de abril de 1825. (Enrique González Pedrero, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna*, México, FCE, 1993, 312-348).

CARTA XIII
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 11 de junio de 1824

Querido mío. Mi consternación es extraordinaria, y no sé ya qué partido adoptar en estas circunstancias. Germán no ha vuelto aún, y Regino tiene visos de haber perdido totalmente el juicio, o por lo menos está próximo a perderlo. ¿A dónde ha marchado ese hombre, Dios mío? No se ha pasado un solo día, desde el primero de su funesta ausencia, sin que mis pesquisas e indagaciones hayan crecido; no porque tema yo ni remotamente lo que este malaventurado joven ha dado en temer de esa partida, sino porque realmente me parece extraño que Germán se haya desentendido así de nosotros. Constantemente me he presentado en el cementerio a fin de averiguar alguna cosa acerca de mi amigo, pero el que tiene hoy el encargo de las llaves está tan ignorante como yo de su paradero, ni en todo el barrio se encuentra quien de él pueda darnos algunas nuevas. Te lo repito: yo no sé qué partido adoptar.

Ahora voy a darte cuenta de algunos sucesos que han sobrevenido, y me tienen algo pensativo sin podérmelo explicar.

Luego que Regino perdió la esperanza de que viniese pronto Germán, después de estarle aguardando varios días, me dijo en tono melancólico:

—¡Ay, amigo Antonio! ¡Yo estoy perdido sin remedio! Nada me daría subir a un patíbulo... porque ciertamente lo merezco... y tal

3. 11 de junio : junio 11 VA, RS, P
UADY

12. haya desentendido : haya desatendido
UADY

25 vez vale más morir así, que no como se muere en San Lázaro. Mas
eso de morir a la expectación pública... y por crímenes tan horri-
bles y vergonzosos como los míos... ¡oh! esto es terrible. Yo no
puedo resignarme a pasar por este trance tan amargo.

30 –Pero ¿no reflexiona usted, pobre Regino mío, que si Germán
hubiese dado algún paso para perseguir a usted y llevarle ante los
tribunales, a la hora esta se encontraría usted preso y aherrojado?
No, amigo mío, si usted insiste en creer que nuestro amo Germán
es capaz de incurrir en esa villanía, me daré formalmente por sen-
tido de usted. Hágame el favor de no insistir con tanta pertinacia
35 en este ruín concepto.

–Perdóneme usted, mi querido amigo.

–No, mi buen Regino, no tiene usted para qué. Si yo empleo
estas expresiones fuertes, no dependen de otra cosa, sino del pro-
fundo pesar que me causa el verle tan preocupado contra un hom-
bre de honor como lo es a prueba el virtuoso sepulturero.

40 –¡Pero esta ausencia!

–Esta ausencia confieso a usted que me sorprende y me da
pena; pero no es por el propio motivo que a usted inquieta, sino
porque ignoro si el pobre Germán estará en algún trabajo, pade-
ciendo alguna escasez, o sufriendo alguna molestia sin que me sea
45 posible aliviarle, como yo quisiera. Sin medios... enfermo... ¡Sabe
Dios en qué conflictos se verá! Esto es lo que me hace estar sobre-
saltado y afligido. Por lo demás, es preciso que usted no insista en
su temeraria sospecha. Yo aseguro a usted que es más fácil que yo
sea su delator, que nuestro amo Germán. Y me parece que usted
50 se fía de mí. ¿Es verdad, Regino?

Regino me abrazó afectuosamente, y siguió llorando.

En prosecución de mis pesquisas cotidianas, salí en la tarde de
aquel día; y al dirigirme al castillejo de San Fernando en donde yo
55 solía pasar algunas horas contemplando el mar, las embarcaciones
surtas en el puerto, y las pequeñas canoas pescadoras, encontreme

34. *pertinacia* : persistencia UADY

50. *delator* : delatador VA, P, UADY

que salía del ruinoso edificio un personaje de edad ya adelantada, corpulento, muy decentemente vestido de paño negro, llevando unas gafas azules, cachucha de piel en la cabeza, y una caña de puño de oro en la mano. Corteme un tanto al encontrarme en aquel sitio solitario con un hombre de aquella importancia, y quise esquivarle tomando otra dirección, a fin de no verme precisado a sufrir las escudriñadoras miradas que lanzan, de ordinario, sobre los pobres lazarinos, las personas sanas que pasan junto a ellos. Mas el buen caballero acercose a mí, saludome, y haciéndome una fina y atenta cortesía, a la cual correspondí me preguntó, con un acento que me pareció alemán, si la casa que se veía enfrente de nosotros era el hospital de los lazarinos.

—Sí, señor —le respondí.

—Perdone usted, caballero, si le dirijo una nueva pregunta y le detengo por más tiempo contra mi voluntad de molestarle. ¿Puede entrar cualquiera, yo *verbi gratia* a visitar el establecimiento?

—Sí, señor, el alcalde nunca niega la correspondiente licencia a las personas que la solicitan.

—Siento infinito que sea preciso obtener previamente esta licencia. Soy enemigo nato de semejantes formalidades, y habría yo deseado que no hubiese ninguna necesidad de ésta que se exige para visitar el hospital.

—Si usted no quiere tomarse esta ligera incomodidad, yo puedo darle las noticias que guste, caballero.

—¡Oh! Mucho se lo agradeceré; no me atrevía a dirigirle mi súplica temeroso de causarle nuevas molestias.

—Para mí no es molestia, antes bien tengo particular gusto y complacencia en obsequiar sus deseos.

En efecto, aquel hombre, sin embargo de la monotonía y dureza de sus facciones, su lenguaje era insinuante y agradable. Propúsome que entrásemos en el castillejo de donde él acababa de salir, y yo me dirigía. Verificámoslo así y tomando por asiento los

70. *caballerito* : caballero RS

duros merlones¹ del oriente, con vista al mar por la derecha y al frente, y al hospital por la izquierda, anudamos la plática comenzada fuera:

–Según se explica usted, caballerito, sin duda frecuentará el hospital.

–¿Qué si lo frecuento? Pues sí allí vivo, caballero.

95 Mi interlocutor con cierto aire curioso me lanzó una lenta mirada desde los pies hasta la cabeza, y luego prosiguió en su interrogatorio.

–¿Es posible que usted viva en el hospital?

–Hace ya seis meses.

100 –Y... ¿no teme usted el contagio?

Por lo pronto me figuré que aquel hombre encubría la intención maligna de burlarse de mi desgracia. Pero sus modales eran tan decentes, su acento tan ingenuo, y sus facciones tenían un carácter de tan profunda formalidad, que al fin me persuadí que sus preguntas eran efecto de su candor y poco conocimiento, y no encerraban malicia alguna. Así fue que me resolví a responderle de una manera categórica, y después de algunos instantes de reflexión, le dije en tono muy serio:

105 –Caballero, como yo no le creo capaz de un rasgo de insensibilidad, haciendo burla de la triste situación de un pobre desgraciado, direle con franqueza lo que hay en el particular. Yo no temo el contagio, porque los lazarinos no tienen para qué temerlo.

–¡Qué me dice usted! Entonces...

–Yo soy un lazarino.

115 Una ligera sonrisa alteró un tanto la dureza de sus facciones. Encogiose de hombros, sacó una caja de oro del bolsillo de su chaleco, destapola con la mayor lentitud, sorbió una buena dosis de rapé,² y cruzando los pies, me dijo al cabo de mucho tiempo.

–En esto debe de haber alguna funesta equivocación.

¹ *merlones*: Merlón. “Cada trozo de parapeto situado entre dos cañoneras.” (*DUE*).

² *rapé*: “Nombre y epíteto aplicado a un especie de tabaco negruzco, y cuyo polvo es algo grueso y graneado, sirviendo para tomarse por las narices, como un poderoso

- ¿Qué está usted diciendo, caballero? 120
- Una cosa muy sencilla: que me parece que usted no está lazarino, como se lo han hecho creer.
- ¡La prueba, la prueba, por Dios! –grité atónito e incorporándome bruscamente.
- El hombre enlutado volvió a mirarme con la mayor atención. 125
- Mientras, yo estaba pendiente de sus labios, esperando con ansia indecible que hablase para sacarme de aquel estado de incertidumbre atroz en que mi ánimo había caído súbitamente. Él continuaba en su examen.
- ¡La prueba! –exclamé de nuevo, porque cada instante que pasaba era un infierno de angustias para mí. 130
- Yo quisiera –díjome al cabo de mucho tiempo–, la prueba de que está usted lazarino.
- ¡Oh! Los médicos más sabios... mi padre... mis amigos... todo el mundo, en fin, me lo han dicho; y por eso estoy proscrito de la sociedad, desterrado para siempre de la casa paterna, y condenado a morir entre los leprosos. 135
- Yo no me atrevo a afirmar lo contrario, sin embargo de que los doctores... y todos cuantos hayan asegurado a usted que está lazarino, bien podían haberse equivocado. Además... yo conozco a un pobre y honrado médico que ha curado algunos leprosos. 140
- ¡Ah! ¡El corazón me lo decía! –exclamé yo arrojándome a los pies de aquel hombre–. Usted es un médico, y usted ha de curar mi dolencia. Sí... yo he soñado alguna vez... que un médico misterioso había de presentármese cuando menos lo esperase... y había de redimirme de este horrendo cautiverio. Sí, hombre generoso, deme usted la salud y la vida. Vuélvame usted al seno de mi padre, y a los brazos de mis amigos. Yo haré, en seguida, lo que usted quiera... le seguiré al cabo del mundo... seré su esclavo. 145
- ¡Ah! Por Dios... sáqueme usted de esta horrenda mansión de 150

excitativo de la pituitaria. Díjose así por el instrumento o modo con que se molía. Más comúnmente se usa como sustantivo.” (*Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana*, París/México, Bouret, 1887).

dolores, en donde a cada paso veo la muerte por su aspecto más horrible y aterrador... ¡La salud... y la vida en nombre de Dios! Lo exijo de usted, caballero.

Mi alteración había llegado a su colmo.

155 Dos imperceptibles lágrimas humedecieron los párpados del hombre enlutado. Levantome de sus pies, y estrechándome entre sus brazos, me obligó a sentarme de nuevo.

–No se alucine usted, pobre joven –me dijo con voz alterada–. Yo no soy médico... ni jamás he querido serlo.

160 Toda mi esperanza quedó desvanecida.

–¡Ah, caballero! –díjele llorando–. Me ha hecho usted un mal mayor del que pudiera usted figurarse. Yo, perdidas todas las esperanzas de remedio, habíame conformado con mi suerte, y casi todo mi tiempo lo empleaba en pedir al cielo que me diese el valor suficiente para apurar hasta las heces este amargo cáliz de sufrimiento. Hoy ha venido usted a suscitar nuevas dudas en mi ánimo, y veo volver, de un solo golpe, todos los horrores, todas las angustias del primer día. ¡Ah, caballero! Usted me ha hecho mal. Yo se lo juro.

170 –Duélome, mi querido joven, de haberle causado, contra mi voluntad e intención, una nueva pena sobre las muchas que han debido aquejarle. Mi destino en la tierra... la misión que Dios me ha confiado... lo sé por una triste experiencia, es repartir el mal en donde quiera que me presente. Mi corazón fue siempre bueno...
175 sensible... y mis deseos de hacer el bien han sido purísimos y ardientes... Pero un genio maligno... un demonio invisible, me constriñe a hacer daño a todo el mundo. ¡Yo soy muy infeliz! Perdóneme usted, se lo suplico..., porque soy, tal vez, más desgraciado que usted.

153. *de usted* : a usted UADY

171. *e* : en UADY

172-173. *la misión que Dios me ha confiado* : om. UADY

173. *es repartir* : en repartir VA, UADY

177. *constriñe* : contriñe UADY

Fueme imposible no mirar con respeto a aquel hombre singular. Estrechéle largo tiempo, dándole muestras de mi pesadumbre por la mortificación que le había causado. Nuestra conferencia terminó, porque engolfado el caballero en sus sombrías meditaciones, ya no pude arrancarle una palabra más. Era ya de noche enteramente, y comenzaba a amenazar la lluvia, cuando me apretó la mano en silencio, y se dispuso a partir. Había ya dado algunos pasos para salir del reducto; mas retrocedió luego, y encarándose a mí, sin desplegar los labios, sacó de su cartera una pequeña tarjeta³ que puso en una de mis manos. Hízome una cortesía y partió. Así que hube perdido el rumor de sus pasos, y su figura se envolvió entre las sombras de la noche, corrí al hospital a leer lo que estaba grabado en la tarjeta. Éstas eran sus únicas palabras:

Edward Moore, M. D.
Kingston, or Providence.

Si el nombre y profesión del personaje a quien acababa de dejar, eran los mismos que aparecían en la tarjeta, sin duda alguna yo había hablado con un médico inglés o americano.

¡Y sin embargo, él me había asegurado que no era médico! Esto me envolvía en nuevas y más extrañas confusiones. Dirigime al aposento de Regino, y hallele de menos. Pregunté por él, y se me respondió que, usando del permiso anterior que disfrutaba, había salido en pos mía desde la tarde. Semejante conducta me causó alguna sorpresa; pero como al cabo nada tenía de raro que su melancolía le hiciese obrar conmigo de una manera inusitada, terminé por resolverme a esperarle allí mismo. Llegó, en efecto, a la media hora; mas no me dijo una sola palabra acerca de su excursión. Referile mi extraña aventura de la tarde, y manifestó tan

188. *tarja* : tarjeta *RS, P, UADY*

³ *una pequeña tarjeta*: tarjeta.

profunda indiferencia, que llegué a figurarme que su ánimo se
hallaba preocupado, y en incapacidad absoluta de haber escu-
210 chado mi largo relato. Siendo ya hora de recogerlos, echeme en la
cama y no pude dormir. Aquel personaje vestido de luto no se
desvió un solo momento de mi fantasía.

A la mañana siguiente, Regino salió del hospital sin decirme
cosa alguna, porque le había dado por no hablar. Temeroso de que
215 pudiese sucederle algún fracaso, una desgracia, o yo no sé qué, salí
poco después que él, y me propuse seguirle de lejos. Observolo, y
se detuvo a la falda del cerro de San Miguel, cuya dirección lle-
vaba. Como se quedó mirándome con atención, no me pareció
conveniente esquivarle. Dirigime hacia el sitio en que se había
220 detenido; pero no bien hube llegado a una distancia competente
en que podíamos oírnos, me gritó con una voz estentórea:

—¿Viene usted a espiar mis pasos?

—¿Qué está usted diciendo, mi querido Regino?

—Que no necesito de guía, ni yo pienso escaparme de la perse-
225 cución de usted, ni de ese condenado sepulturero.

—¡Es posible que usted se explique así, Regino mío!

—Sí, señor; me fastidia esa vigilancia tan tenaz. Usted no tiene dere-
cho de emplearla conmigo, porque tan lazarino es usted como yo.

Y emprendió una abierta carrera trepando por la colina, y
230 dejándome con la palabra en los labios, y atónito por aquella
intempestiva y extravagante inculpación. Causome el más amargo
sentimiento, no por el injusto reproche que envolvía, sino porque
comencé a figurarme que el pobre mancebo podía estar próximo
a perder el juicio. Atribuía yo esto a la ausencia de Germán, y por
235 lo mismo mi aflicción subió de punto. Retrocedí, pues, y dirigime
a la hacienda Buenavista, en que pasé una gran parte de la mañana,
y cuando regresé al hospital, ya Regino estaba aquí. Apenas me
vio, comenzó a llorar con angustia, y se echó en mis brazos sin

214. *cosa alguna* : otra cosa alguna RS, P,
UADY

236. *hacienda* : de *add.* RS, P, UADY

decirme cosa alguna. También yo guardé silencio, y procuré no darme por entendido de la ocurrencia anterior. 240

Por la tarde salí yo con dirección a San Fernando, agitado de cierto deseo vago de encontrarme con el hombre misterioso de la tarde precedente. Estúveme largo tiempo contemplando el mar; mas habiendo perdido la esperanza indefinible que me retenía, y queriendo aprovechar el resto del tiempo que me quedaba, en mis pesquisas acerca de Germán, me encaminé al cementerio para preguntar a cualquier sepulturero. Al tiempo de subir la pequeña rambla que lleva a la puerta, me detuve porque me pareció que el hombre misterioso se deslizaba entre un bosquecillo próximo, para encaminarse a una de las callejuelas que guían al interior del barrio de San Román. El movimiento fue rápido, y la figura se desvaneció en la media sombra del bosquecillo, antes que yo pudiese fijar ni una sola de las muchas ideas que me asaltaron en tropel. Hallábame vacilante aún, cuando por la misma dirección que había seguido la sombra del extranjero, vi aparecer a Regino, que por el espaldar del cementerio se encaminaba al hospital. Sus pasos eran lentos, llevaba la cabeza inclinada, y cruzados los brazos sobre el pecho. Esta doble aparición no dejó de sorprenderme, y sospeché, aunque vagamente, que no era casual. Sin embargo, cuando volví a casa, nada parecía haber alterado la situación de Regino, y conservaba la misma indiferente taciturnidad de los días precedentes, sin visos de agitación. Recogime para entregarme más libremente a las cavilaciones en que me iba engolfando sin querer, y como arrastrado. 245 250 255 260

En la tarde de anteayer, el tiempo se presentó bellísimo. Vínome la idea de un paseo por la *Eminencia* que, como ya en otra vez te he dicho, ofrece un admirable golpe de vista. Pareciome del todo inútil invitar a Regino, porque estaba visto que huía de mi compañía, y le disgustaba mi presencia, no obstante el fino cariño y la delicada atención con que le prodigaba mis cuidados y consuelos. 265 270

250. *guían* : seguían UADY

Al salir, le dejé engolfado en la lectura sin que diese ninguna muestra de que pensase abandonar aquella ocupación; y al cruzar yo por enfrente de su ventana, ni aun siquiera alzó los ojos para verme. Provisto, pues, de mi antejo de largavista, me dirigí al punto de mi destino por el camino más corto, que me había mostrado mi bueno y honrado Germán, en quien estuve pensando constantemente por todo el discurso de la tarde. Llegué a la cima de la *Eminencia*, y todos los objetos se me presentaron con la misma belleza y magnificencia que en la primera vez. Ya al ponerse el sol, mi rayo visual cayó con todo su aplomo, y con el auxilio del instrumento óptico que tenía en la mano, sobre una de las piedras salientes que se hallaban en la playa próxima al reducto de San Luis.⁴ Fijé toda mi atención, y observé dos bultos que sentados en la base de la enorme laja, procuraban ocultarse cuidadosamente de las miradas de los que pudiesen andar por allí cerca. Esto picó más mi curiosidad, e hice lo posible por darle al antejo toda su potencia. Entonces acerté a distinguir el cuadro hasta en sus más pequeños detalles; pero... gastábase la luz... y no había más que el crepúsculo. Sin embargo, por el traje, por el gesto y los ademanes, creí ver perfectamente a Regino y al hombre misterioso engolfados en una conversación animadísima. No pude resistir a la tentación que me asaltó de ir a sorprenderles y tomar parte en su diálogo, si era posible. Descendí precipitadamente... pero cuando

⁴ *reducto de San Luis*: El reducto o batería de San Luis, que se encuentra localizada junto al mar, al pie del cerro de Buenavista y que por su situación también era conocida como San Miguel de abajo, tiene una superficie de 2146 m². (José Antonio Calderón Quijano, *Historia de las fortificaciones en Nueva España*, Madrid, Gobierno del Estado de Veracruz/CSIC/Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1984, 285). Contaba con “9 cañoneras en sus tres frentes de ataque y el cuarto frente, que mira tierra adentro, se cierra por medio de un trazado pseudo-bastionado para defender la puerta de entrada, constituida por una maciza puerta con puente levadizo, lanzable sobre el foso, que rodeando completamente a la obra, debe haber tenido 4 metros de anchura y unos 3 metros de profundidad.” (Miguel Sánchez Lamego, “La vida histórica de las fortificaciones de Campeche, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. 45, México, enero-febrero de 1936, núms. 5-6, 314).

me hallé enfrente del hospital, Regino entraba, y su interlocutor
había desaparecido. 295

Yo no puedo negarte, querido Manuel, que este incidente
engendró en mí cierta especie de envidia, por la preferencia que
Regino había logrado en el ánimo del que, según se me figuraba,
era un médico insigne que podía curar mi maligna enfermedad
y sacarme de este sepulcro, en que estoy enterrado vivo. Yo 300
habría querido que ese médico nos curase a ambos... ¡qué digo!
A todos los que nos hallábamos en el hospital; pero esa exclusión
a que me hallaba condenado, era para mí durísima e insoportable.
Nada me decía Regino, por más que me empeñaba, no en
hacerle preguntas indiscretas, de lo cual bien me he guardado 305
hasta hoy, sino en hacerle hablar, aunque fuese por rodeos, y
sacar en limpio algo de lo que estaba ocurriendo. No pude lograr
de él ni una sola palabra que tuviese conexión alguna con esto,
pues a todo cuanto le dije no correspondió sino con tres o cuatro
monosílabos o interjecciones, que más bien indicaban fastidio 310
que otra cosa. Tuve, pues, que ocultar en mi pecho todo lo que
sentía, a reserva de esperar alguna ocasión favorable. Puedes
figurarte si esto me causará o no algunos sufrimientos, y aun
algunos arrebatos de delirio. Sin embargo, después de todo, yo
no sabía fijamente ni a derechas si en efecto Regino y el hombre 315
misterioso tenían algunas relaciones, ni si ellos eran realmente
los que yo había creído ver desde la cima de la *Eminencia*. Todo
me confundía y trastornaba.

Mas anoche he salido de mis dudas, y es ya para mí un hecho
indisputable que Regino y el hombre misterioso están en íntimas 320
relaciones, que uno y otro procuran ocultarse a las miradas de
todo el mundo, según las precauciones que adoptan para no ser
observados. Ayer tarde salí a mi paseo ordinario con intención de
sorprender este secreto. Para engañar mejor a Regino, usé de la

298. *Regino había logrado en el ánimo del*
que : om. RS

308. *palabra que tuviese : om. UADY*

311. *en mi pecho : en el pecho RS*

321. *ocultarse : ocultar RY*

325 inocente superchería de ordenar a mi sirviente, en presencia suya,
que si de la ciudad me traían algunas cartas que yo esperaba de
Mérida, sin perder un instante fuese a llevármelas a la hacienda
Kanisté, que es una bonita finca suficientemente lejana de la playa
330 para que Regino pudiese tener ninguna sospecha, si proyectaba
otra entrevista con ese personaje que se me figuraba ser el doctor
Moore, médico insigne y capaz de curar a un leproso. Para mejor
lograr mi objeto, a la vista de Regino, que estaba en su ventana
haciendo como que leía, pero que en realidad sólo observaba mis
335 pasos y el rumbo que podía yo llevar en mi excursión, me dirigí
por la parte del monte, hasta que me vio internarme en la espesura
en que hay una estrecha vereda que guía a la hacienda Kanisté.

Pero no bien consideré que Regino me había perdido total-
mente de vista, cuando me revolví sobre la izquierda, y a través de
algunos obstáculos, fui a situarme sobre un otero inmediato,
340 desde el cual podía yo descubrir el mar, la playa vecina, la salida
del hospital y todas sus avenidas. Coloqueme entre unos matojos,
y me puse en observación. Por lo pronto, nada pude distinguir de
notable, sino un bote pequeño que se desprendió de una embar-
cación lejana, fondeada en el puerto hacía muchos días. Mas de
345 improviso se levantó una turbonada que muy pronto se convirtió
en una deshecha tempestad. Un rayo que echó abajo la hermosa
copa de un cocotero que distaba veinte pasos de mí, me lanzó de
aquel sitio y corrí presuroso a ganar la llanura para dirigirme al
hospital. En un momento se ennegreció horriblemente la atmós-
350 fera. Corría con todas mis fuerzas y no podía atinar con el camino.
Llovía a torrentes y el reiterado estampido del trueno, el siniestro
brillo de los relámpagos, la impetuosidad del viento, y los ríos de
agua que corrían a mis pies, me hacían detenerme a cada instante.
Por fin, vino la noche y me encontré extraviado en la espesura,
355 desorientado del todo, y sin poderme fijar en la dirección que
había de seguir. No me quedó otro recurso que arrimarme al

344. *hacia* : había RY

350. *con el camino* : *el camino* VA, RS, P
UADY

tronco de un árbol y esperar que calmase la tormenta. Allí pasé dos horas de mortales angustias.

Al cabo de ellas, hubo de cesar la lluvia, mas la tempestad bramaba con toda su fuerza allá a lo lejos en el mar. Era aquel un sublime espectáculo; pero capaz de aterrar al hombre más intrépido. El brillo de los relámpagos se sucedía sin tregua, con tal rapidez, y se presentaba en tantas y tan variadas direcciones, que no parecía, sino que los cielos y el mar se habían vuelto de fuego; pero de ese fuego que produce una luz que deslumbra y hace confundir los objetos. Resolví caminar a la ventura; mas después de dar algunos pasos, encontreme con unas tapias que creí fuesen del hospital; mas no eran, sino del cementerio. Tú sabes que jamás he sido pusilánime; pero me causó tal pavor la cercanía de aquellas tumbas solitarias, cuando yo menos lo esperaba, que hubieron de flaquearme las piernas y vine al suelo sin sentido. Repareme; muy luego, incorporeme, y seguí caminando al andar del muro, hasta llegar al ángulo que se forma del lienzo del frente, y del que mira a la banda oriental.

Apenas había asomado la cabeza, un ligero susurro de voces humanas vino a herir mis oídos, y al resplandor de un relámpago distinguí dos personas sentadas en uno de los bancos de piedra, que están a la entrada del cementerio. Poco faltó para que este segundo susto me causase el mismo efecto que el anterior; pero por fortuna antes de sufrir la impresión de terror, conocí perfectamente a Regino y al hombre misterioso. No pude escuchar cosa alguna de su conversación, porque en ese propio instante un pequeño farol venía acercándose a aquel sitio, y otros varios vagaban por las inmediaciones del hospital. Era que suponiendo el administrador que nos hubiésemos extraviado en la tormenta, había dispuesto que algunas gentes saliesen a buscarnos con luces, que nos sirviesen de guía. Separáronse, pues; el hombre misterioso se encaminó a la playa, y Regino fue a encontrarse con el más

360. *en el mar* : del mar *RS*

375. *susurro* : zuzurro *VA, RS*

390 próximo de los que traían los farolillos. Así que se había alejado Regino, dirigime a la playa; pero nada adelanté. Volvime al hospital a entregarme a nuevas cavilaciones.

395 Tal es el estado de los sucesos, que verdaderamente no puedo explicarme. Para colmo de todo, no hace un minuto que dejé esta carta para ir al aposento de Regino en busca de una barretilla de lacre que tenía yo en un cajón de su mesa, y le he sorprendido hablando con un marinero de mala figura, que estaba arrimado a su ventana por la parte exterior, lo cual me ha sorprendido. Sin embargo, nada le he dicho, ni he aventurado ninguna observación, porque sería inútil. Él no quiere hablarme ni una sola palabra.

400 Adiós, Manuel mío. Pide al cielo consuelos para tu amigo, porque realmente los necesita.

Post Data

Somos a 12

405 Regino, por fin, ha cometido la villanía de fugarse anoche, como yo había comenzado a sospechar. No puedo entrar en ningún detalle, porque esta carta va a caminar ahora mismo, que son las siete de la mañana. Considera no más cómo me habrá dejado este odioso suceso, y compadécete de ese desgraciado. Adiós otra vez.

CARTA XIV
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 25 de junio de 1824

Querido mío. Si no fuera por las reflexiones consolatorias del
buen capellán y del respetable doctor Frutos, que hubo, en fin, de 5
volver a la tranquilidad de su casa, mi situación sería hoy de todo
punto insoportable, después del desgraciado suceso de Regino.
¡Dios mío! Cuando yo me creía libre, en lo posible, del funesto
efecto que engendran las raras combinaciones de una vida agitada;
cuando esperaba que aquí, en mi horrendo destierro, sólo me 10
vería frente a frente con mis dolencias físicas, y con uno u otro
recuerdo que al cabo lograría extirpar de mi ánimo afligido; sobre-
vienen entonces tales incidentes, que me hacen reportar todos los
males de la vida social, sin gozar de ninguna de sus ventajas. ¡Ah!
Yo no sé si acertaré nunca a perdonar a Regino la conducta poco 15
leal que ha observado respecto de mí, arrancándose cautelosa-
mente de los brazos de un amigo que le amaba tanto, fugándose
indignamente, y dejándome comprometido en el concepto de las
personas que, en obsequio mío, se interesaron, porque tuviese
licencia de salir fuera de estos muros a que la policía le había con- 20
finado, a fin de que su mansión en San Lázaro le fuese menos
dolorosa. Te referiré circunstanciadamente lo acaecido, puesto
que en la breve *postdata* que añadí a mi anterior carta, apenas tuve

22. *circunstanciadamente* : circunstan-
cialmente P; UADY

25 tiempo de anunciarte el hecho de la fuga de Regino, sin entrar en ninguno de sus pormenores.

Recuerdo haberte dicho que le sorprendí hablando con un marinero de mala y siniestra figura, que estaba arrimado a la parte exterior de su ventana, circunstancia que me pareció tanto más sospechosa, cuanto que el mal catado marinero desapareció del sitio, apenas sus ojos torvos se encontraron con los míos. Regino, sin curarse de volver la vista hacia donde yo andaba, sintió mis pasos en el aposento y permaneció indiferente mirando a la mar, como si tal cosa ocurriera. Confieso que me asaltaron vehementísimas sospechas de que mi desgraciado amigo estaba maquinando su evasión, con la ayuda de algún extraño que se reclaba de mí. Desde su entrada en el hospital, triste y melancólico habitualmente, sólo tenía estrechas relaciones conmigo, y ninguna con los de fuera. Huía de todo el mundo, y aunque al fin le vi alternando con el hombre misterioso, no me figuré que extendiese más allá la esfera de sus comunicaciones. Por tanto, después de aquella sorpresa, sin participar a ninguno de la casa mis conjeturas, resolví ponerme a la expectativa, e impedir, si fuese posible, que mi pobre amigo se escapase, sin más razón que evitarle el inminente peligro de volver a los extravíos y excesos de que se hallaba libre en el hospital, por beneficio de la Providencia.

Luego que cerré y sellé las cartas que habían de dirigir a Mérida el siguiente día, tomé un libro bajo del brazo, coloqué una silla en la puerta del hospital por la parte de fuera, arrellaneme en ella, y fingiendo leer, no hacía yo sino observar escrupulosamente todo cuanto pasaba por aquellas cercanías. Aún no se había puesto el sol, pero espesos y negros nubarrones interceptaban sus ardientes rayos; las aves marinas revoloteaban aquí y allí; levantábanse fuertes ráfagas de viento; y había señales ciertas de una próxima tempestad. Los leñadores y algunas gentes del campo caminaban más que de prisa para alcanzar las casas del barrio, y librarse de la lluvia

46. *dirigir* : dirigirme VA , RS dirigirse P,
UADY

47. *bajo del brazo* : bajo el brazo VA, RS,
P, UADY

que amenazaba. En medio de aquella agitación, de aquel movimiento general, una persona sola, cuyas facciones me era imposible distinguir por la distancia, permanecía inmóvil en la zapata de San Fernando, vuelta la cara al hospital, como en actitud de examinar atentamente lo que allí pudiese ocurrir. Esta persona, pues, excitó mi curiosidad y provocó de nuevo mi vigilancia, porque esto rayaba en lo serio. Corrí a mi aposento en busca de un pequeño antejo, que sin llamar la atención de nadie podía servir perfectamente para el objeto que yo me propuse. En medio minuto estaba de vuelta en mi puesto; pero ya no vi en el suyo al hombre a quien deseaba reconocer. Mi primera idea fue dirigirme a San Fernando, registrar el edificio por dentro y fuera, y asegurarme de la identidad de aquel hombre con el marinero que una hora antes tenía pláticas con Regino. Pero reflexioné luego que este recurso sobre comprometerme con un sujeto desconocido, cuya conducta no me tocaba censurar, sería del todo inútil, supuesto que yo me había hecho el ánimo de evitar por mí sólo la evasión de Regino, sin que interviniesen las gentes de la casa, por temor de que una funesta equivocación llegase a causar a mi desventurado amigo un mal todavía más grave del que yo realmente me temía. Mi perplejidad se aumentaba por instantes, y no sabía yo qué partido sería el más prudente, para adoptarlo en semejante conflicto.

Engolfado me hallaba en estas cavilaciones, cuando maquinalmente fijé el pequeño antejo que tenía en la mano sobre una de las muchas canoas pescadoras que hacían fuerza de vela por atracar a la playa, antes de que el chubasco las pusiese en riesgo de perderse, zozobrando o estrellándose contra la playa pedregosa de sotavento. Extraordinaria fue mi sorpresa cuando distinguí, apoyado al pie del diminuto mástil del equipaje, a un hombre que, por el traje y la cachucha de piel, reconocí perfectamente ser el misterioso personaje, cuya aparición desde el primer día había producido en Regino y en mí una revolución tan completa e

63. *de nadie* : de alguien *UADY*

85. *apoyado* : apoyando *UADY*

90 inusitada. Y creció más mi admiración, cuando en aquel propio instante, pasando junto a mí sin mirarme, salió Regino embozado en un capotón de barragán, sin que le detuviesen los signos precursores de la tempestad, que, en efecto, a pocos segundos estalló en millares de relámpagos, truenos, viento impetuoso, y un aguacero que sólo hubo de cesar hasta pasada la media noche.

95 Habría querido salir en pos de Regino y hacerle volver, de grado o por fuerza, so pretexto de aquella horrible borrasca que ya teníamos encima. Mas el pronto y fulminante desarrollo de ésta no me dio lugar para nada, y temí lanzarme en persecución del pobre mozo sin esperanza de conseguir mi objeto en medio de aquel desorden espantoso de los elementos, a lo cual podía agregarse la resistencia desesperada del fugitivo. Además, yo había perdido la dirección de sus pasos, porque le vi tomar el rumbo que guía a espaldas del edificio, seguramente para no excitar mi curiosidad, y desorientarme si yo intentaba seguirle. Casi tenía certidumbre que en esa intempestiva salida no llevaba más objeto, sino el de fugarse. Nada podía yo remediar, sin embargo, pues aunque el mal temporal me hubiera permitido dar algunos pasos, yo no sabía a punto fijo, cuál podía ser el sitio en que iba a reunirse con los que le facilitaban su evasión. Lo que me pareció indudable fue que el hombre misterioso tenía una parte muy activa en este suceso. Cómo y con qué fin, eso no sabría yo explicármelo.

110 Entre tanto la noche cerró enteramente; la tempestad seguía bramando e iba en aumento; el mar, azotándose contra la playa vecina multiplicaba la confusión; los enfermos estaban recogidos; 115 los empleados de la casa dormían; y sólo el padre capellán sentado en un sillón junto a la puerta de su aposento, observaba y vigilaba la casa mientras venía la hora en que la puerta exterior del edificio había de cerrarse definitivamente. Me veía ir y venir de un extremo a otro de la galería, entrar y salir de mi habitación; y conoció al 120 cabo que yo era preso de alguna oculta agitación, o tal vez se figuró

106. *yo* : *om. VA, RS, P, UADY*

que yo también quería fugarme. Con mucha discreción, acercase hasta donde yo me hallaba, tomome las manos y, a la escasa luz de un farolillo, observó, sin duda, alguna alteración en mis facciones.

—¡Qué hay, mi buen Antonio! —exclamó—; usted se encuentra agitado. ¿Sufre usted alguna cosa, amigo mío? 125

—Yo... nada. Estoy... un poco triste.

—¡Vamos! Usted se impresiona muy fácilmente. Ya entiendo, la situación de Regino tal vez le tendrá consternado y afligido de esa suerte.

—Muchísimo, padre mío, se lo confieso con todas veras. 130

—Tenga usted un poco más de sangre fría. Lo que usted observa y a mí no se me ha escapado, es alguna crisis moral que terminará en bien. La melancolía y el consiguiente abatimiento del espíritu, males son harto frecuentes en esta casa. Pero todo eso se extinguirá al fin; el enfermo se habitúa a verse en su deplorable estado, pasa la novedad, la religión y la filosofía vienen en seguida, y todo desaparece. ¿No lo ha probado usted por sí mismo? 135

—Sí, padre mío; pero lo que yo me temo es que a Regino le haya sucedido algo peor que una crisis.

El capellán me miró un tanto azorado. Luego hizo ademán de dirigirse al aposento de Regino. 140

—Es inútil que usted vaya a buscarle allí —continuó—. Regino está fuera del hospital.

—¡Válgame Dios! ¡Fuera del hospital, en medio de un tiempo semejante... después de los riesgos y trabajos de la noche pasada! Esto rayó ciertamente en locura si vio venir la tempestad y se quedó fuera. No se aflija usted por esto; ahora mismo lo remediamos. 145

—Es el caso que se ha marchado en el momento mismo en que comenzaba, pues no parece sino que de propósito salió a desafiar a los elementos. 150

130. *con* : de VA, RS, P, UADY

—¡Este administrador que lo permite, siendo tan notorio el extravío de ideas del desgraciado muchacho!

—Acaso habrá salido sin permiso; yo tengo motivo de creerlo.

155 —Entonces preciso es dictar algunas medidas para averiguar su paradero.

Alarmose el administrador luego que se enteró de lo que ocurría. Al momento se pusieron en pie los criados de la casa, y, sin embargo de que diluviaba, marcharon en busca de Regino, tomando varias direcciones. Yo conseguí a fuerza de instar mucho
160 el que se me permitiese salir también en demanda de mi amigo.

Todo fue inútil.

Después de las más diligentes pesquisas, que extendimos hasta la plazuela de San Román, volvimos a las dos de la mañana al hospital, sin haber hallado vestigio alguno de Regino. La fuga se
165 había consumado, y sepa Dios si alguno llegó a creerme cómplice en ella.

Entre tanto, me deshacía en conjeturas a cuál más extrañas. En aquellos momentos estaba yo realmente airado contra Regino, y su conducta no solamente me parecía villana e indigna, sino gravemente criminal. Los antecedentes que yo tenía, y que no había comunicado a persona alguna, me llevaban a creer tales cosas que me horrorizaban. Verdad es que intervenía en aquel suceso una persona que, según todas las apariencias, se hallaba
170 revestida de los más nobles y elevados sentimientos, y cuyo sólo aspecto predisponía en favor suyo. Pero también yo había visto a un marinero de siniestra figura tomando una parte muy activa en aquel escándalo. Un tropel de encontradas ideas me asaltaban, y no podía fijarme en una sola que me pareciese plausible.
175 Recordaba aquellas palabras fatídicas del misterioso personaje, cuando me dijo conmovido que su misión sobre la tierra era la de repartir el mal en donde quiera que se presentaba; que su corazón era bueno y sensible; pero que un genio maligno, un
180

155. *averiguar*: investigar *RS*

171. *yo*: ya *VA, RS, P, UADY*

181. *conmovido*: *om. RS*

demonio invisible le constreñía a hacer daño a todo el mundo. 185
Comenzaba yo a entrever al través de aquel extraño lenguaje,
cierto abismo peligroso, infernal, que podía tragar a mi desven-
turado amigo, sin esperanza de remedio. Porque esas palabras
significaban algo seguramente, y no podían ser vertidas al acaso
cuando salían de lo más profundo del corazón y en un momento
solemne e imprevisto. Sobre todo esas palabras, palabras eran de 190
acusación, de remordimiento y de dolor. ¿Eran un grito de mal-
dición, lanzado por un réprobo...?

En fin, yo esperaba con ansia que el día viniese para fundar
mejor mis conceptos; esto iba a depender ya de una circunstancia
que a mi juicio tenía estrecha conexión con la fuga de Regino. 195
Arrojeme, pues, en el lecho: rebullíame en él sin descanso, y des-
pabilado contaba los instantes que faltaban para que el sol se ele-
vase iluminando completamente todos los objetos de la tierra.
Cuando yo creí llegado el momento, incorporeme, vestime de
prisa y, con el antejo en la mano, corrí a situarme en un punto 200
conveniente desde el cual pudiese registrar todo el puerto y los
objetos que en él hubiese. Miré... ¡Ah! Yo lancé entonces un
hondo gemido de angustia inexplicable.

.....

Aquella embarcación lejana fondeada en la bahía desde muchos 205
días atrás, había levado ancla, largado velas y echádose a la mar.
Allá en los confines del horizonte aparecía un punto blanco y casi
imperceptible. Allí seguramente iba Regino y volvía a la infame
vida de los piratas. ¡Infeliz!

Vuelto al hospital, y con el ánimo triste y abatido, escribí la 210
postdata de la última carta, que te dirigí en aquel día aciago.

Más de seis horas permanecí en una especie de letargo dolo-
roso. Tantas protestas, tantas lágrimas, tantos consejos saluda-
bles... ¡Todo se había malogrado! Yo que con tanto entusiasmo

193. *ansia* : ancia RY, VA, RS

206. *largado velas y echádose* : largando
velas y echándose UADY

215 había recibido a aquel mi nuevo amigo; que había esperado que
esa amistad fuese eterna, y que juntos partiríamos los horrores del
destierro... ¡Ay de mí! Yo volvía tristemente a mi soledad antigua.
El capellán vino en mi socorro, y procuró sacarme de aquel pro-
fundo abatimiento. Pero en pos de Germán había marchado
220 Regino; ya me parecía que comenzaba a disolverse la única cadena,
que en el hospital había vuelto a atarme el carro de la vida. ¿Sería
esto un mal? ¡Apiádese Dios de las pobres criaturas! Parecíame
marchar a grandes pasos hasta la orilla eterna del olvido... hasta la
muerte que, fiera y sañuda, volvía de nuevo a abrirme sus secos y
225 descarnados brazos. ¡Ay! ¡Qué horas, Manuel mío, qué horas de
tormento! El cielo recompense a este santo y caritativo sacerdote,
por su filantropía y amor a la miserable humanidad. Yo le debo el
haber vuelto en mí de aquel profundo decaimiento, que podía
haberme acarreado lamentables resultados.

230 Cuando salió Regino, la vez postrera, dejó en el mío la llave de
su aposento. Era ya entrada la noche cuando hube de verla, y al
punto me vino el deseo de registrar aquella habitación, para cer-
ciorarme si, al partir para siempre, Regino se había acordado de
que un amigo suyo quedaba entregado a todos los horrores de un
235 cautiverio, que ya en adelante le será acaso intolerable. Con las
lágrimas en los ojos y la angustia en el alma penetré en aquel soli-
tario recinto, en donde habíamos pasado juntos tantas horas, pro-
curándonos recíprocamente todo linaje de consuelos, y apren-
diendo, en la escuela del dolor y del sufrimiento, a sobrellevar los
240 males de la vida. Sobre la mesa había un libro; dentro del libro un
billete escrito para mí. Devoré aquellas pocas líneas, que no hicie-
ron sino aumentar mi consternación. He aquí su contenido:

245 ¡Incomparable amigo mío! Conozco que todas las apariencias van a per-
derme en el concepto y estimación del único hombre en la tierra, a quien yo
amo y respeto. ¡Antonio mío! Perdóneme Ud. si he abrazado un partido
peligroso, sin consultarle para nada, ni manifestarle mis intenciones. El cielo

235. *acaso : om. UADY*

me es un buen testigo del esfuerzo que he hecho en esta tremenda lucha conmigo mismo. No he podido remediarlo. No está en mi mano resignarme a pasar mis años en esta prisión espantosa. La Divina Providencia me ha deparado un medio de salir... y yo he debido aprovecharme de ese medio para proporcionarme la salud, perdida aquí sin esperanza; y... tal vez para proporcionársela a Ud. también. Adiós, mi querido Antonio. Yo prometo a Ud. que nos volveremos a ver, tan pronto como sea posible.

Regino

Si algún resto de duda podía haberme quedado acerca de la fuga de mi pobre amigo, después de haberse practicado todas las diligencias posibles en averiguación de su paradero, este billete, y la seguridad con que estaba escrito, disipaban todas mis esperanzas. ¡Mancebo infeliz! Lo que seguramente era un castigo del cielo, llegó a figurárselo como un medio que le deparaba la Providencia, para proporcionarse ese inestimable tesoro, cuyo precio sólo puede conocerse después de perderlo miserablemente en los extravíos de una juventud disipada, recibiendo en recompensa un veneno mortífero y roedor. ¡No ha podido resignarse a pasar sus años en este cautiverio, en esta tumba de los vivos! Tiene razón; es muy difícil, en verdad, conseguir de lleno la resignación tan indispensable para no sucumbir luego, luego bajo el peso del *¡para siempre!* que a tal punto horrorizaba a mi pobre Regino.

Y como si temiese haber clavado un puñal agudo en mi corazón, dejándome abandonado a mi dolor y a mi agonía, quiso abrir la puerta a mis locas esperanzas anunciándome que, tal vez, mi salud podría volver de resulta de aquella fuga. ¡Oh! A no haber llegado a convencerme de que este mal es incurable; a no haber recibido tantos desengaños, acaso podría caer en la nasa de un error tan funesto, que me ofuscase, me dejase ciego y envuelto en perdurables tinieblas. Sin embargo... ¿por qué te lo he de ocultar, Manuel mío? Algo pasa aquí, aquí en lo más recóndito de mi corazón, que produce en mí cierta ansiedad, cierto deseo vago de que Regino cumpla con sus palabras, vuelva a verme y a sacarme de

274. *nasa* : masa RS, P, UADY

280 estos horribles calabozos, tanto más formidables cuanto mayor es
el empeño de que no parezcan tales al miserable leproso confinado
en ellos... ¡Yo no sé! Este joven predestinado al mal, no sólo ha
cometido un crimen abominable con exponerse de nuevo y volun-
tariamente a los peligros de la vida infame en que pasó sus prime-
285 ros años; sino que... ¡Dios se lo perdone...! ha emponzoñado mi
existencia, sobre la cual siento apesgarse¹ una nube siniestra pre-
ñada de infortunios y tribulaciones. ¡Ya no hay paz ni tranquilidad
de ánimo!

A pesar de todo, yo conozco que la Providencia no me ha aban-
290 donado a mí mismo, y que no me escasea sus beneficios. Hace hoy
ocho días justos, que un sirviente vino a anunciarme que un caba-
llero solicitaba por mí. Arreglé mis vestidos, salí del aposento, y
encontrem con el doctor Frutos, ese respetable médico que con-
tribuyó eficazmente a hacerme llevadera esta vida de San Lázaro.
295 Su presencia en aquellas circunstancias, fue para mí de un alivio
inexplicable. Yo creí ver un rasgo de contento y satisfacción en
aquella fisonomía, siempre franca y expresiva, siempre radiante de
amor al prójimo. Abrazome con la mayor ternura y comenzó a
examinarme.

286. *apesgarse* : apesgarse VA, RS, P, UADY

290. *escasea* : escasean VA, RS, P, UADY

¹ *apesgarse*: Apesgar. “Hacer una cosa peso [...]. Es compuesto de la partícula *a*, y del nombre *pesga*, que vale tanto como peso. Lat. *gravare, onerare, deprimere*. NIEREMB. Cat. ROM. Exiempl. De la doctrin. Christ. Porque el demonio que le incitó al hurto, va sentado sobre el cuello del miserable, y le va *apesgando* y apremiando mucho. CERV. Persil. Lib. 3, cap. 6. Y *apesgábale* el cuello un rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos a la argolla.” (DA). Víctor Suárez Molina, por su parte, dice que “*Apesgar* vale en Yucatán «hacer presión sobre una cosa con algún objeto o con la mano, para sujetarla o afianzarla», como en «Apesga esos papeles para que no se los lleve el viento”. (Víctor Suárez Molina, *El español que se habla en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1996, 156).

—¡Ya usted lo ve, mi joven amigo! —díjome en tono de reconven- 300
ción, después de haberse cerciorado de mis alivios—. Esto marcha
a gran prisa, a una mejoría notable.

—¡Pero yo nunca me pondré bueno, mi querido doctor!
—exclamé, saltándoseme las lágrimas.

—¡Sólo Dios puede saberlo! —me repuso con alguna emoción—. 305
Sin embargo —prosiguió—, la enfermedad se va ocultando, y toda-
vía es muy factible que viva usted... hasta cuarenta años más, sin
mayores sufrimientos.

—¡Y el funesto germen circulará siempre en mis venas!

—¡Todos los seres vivientes llevan consigo el germen de la muerte 310
y de la destrucción! La misión de la naturaleza es la de perpetuar
las especies, no los individuos.

—Yo, entre tanto, permaneceré encerrado en este hospital, por
todos los días de la vida, sin esperanza de volver a la sociedad de
los hombres. 315

—¡Qué sabemos, mi joven amigo! Tales hábitos podría usted lle-
gar a adquirir; podría usted acostumbrarse de tal suerte a consolar
a los pobres enfermos, que al cabo hallaría usted en esto una ver-
dadera satisfacción y un placer mucho más puro que los que busca
en esa ruina y preocupada sociedad, a cuyo seno quiere usted vol- 320
ver. Las miserias del género humano bien merecen excitar nuestra
compasión y dedicarle algunos cuidados y desvelos. La recom-
pensa de esto, la hallaría usted en éste y en el otro mundo.

Yo no pude menos que reflexionar algunos instantes en las pro-
mesas de Regino, mientras el buen doctor razonaba de aquella 325
suerte.

Referile la evasión de aquél, y se mostró admirado. Más lo esta-
ría si supiese todo lo que yo sé, y sospechase todo lo que yo sospe-
cho con tantos fundamentos. Hablamos muy largamente sobre
Regino y conociendo, sin duda, que la melancolía que había 330
vuelto a apoderarse de mí, dependía en parte de aquel suceso
deplorable, usó de un lenguaje lleno de razón y de fuego para
consolarme. Ya te lo he dicho en otra vez: el doctor Frutos no sólo
es un médico insigne, sino también un profundo moralista. Des-

335 pidiose, y no ha faltado a verme diariamente, prodigándome sus consuelos.

Nada sé acerca del paradero de mi viejo Germán, cuya falta, en esta ocasión, me es doblemente dolorosa. El resultado de todas mis averiguaciones, ha sido el de sacar en claro que está ausente de la ciudad y sus cercanías. ¿A dónde ha marchado y con qué objeto? He aquí un misterio que no puedo penetrar.

340 En la plácida mañana de ayer tuve algunos momentos de distracción y, si cabe, de placer. El cielo estaba hermosísimo, y reinaba una brisa suave y agradable. De repente se cubrió la bahía de una multitud de lanchas y canoas; los buques mayores desplegaron todas sus velas, e iban y venían de barlovento a sotavento, sobre las ligeras ondas de este mar en leche.² Resonaban gritos y aclamaciones de alegría, acompañados de músicas y cánticos armoniosos. Parecía aquello un lago encantado. Era el día de San Juan, y las familias salían a voltejar en el puerto.

350 Adiós, Manuel mío. Aunque yo quisiera disimular el estado de mi espíritu, no podrías menos de traslucirlo en esta carta. No te des por entendido, pues, con mi buen padre. Cuida mucho de su salud, ámale, y no te olvides nunca de este pobre prisionero.

355 Adiós, otra vez.

338. *me* : *om.* UADY

340. *sus cercanías* : todas sus cercanías
UADY

349. *harmoniosos* : armoniosos P; UADY

350. *voltejar* : voltejar UADY

² *mar en leche*: mar tranquilo o mar en calma. En las *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, Sierra O'Reilly describe una tempestad a bordo del *Alabama*, en las proximidades del puerto de Tampico: "La impetuosidad del viento no cedió en todo el día, y nuestra inmensa embarcación era realmente el juguete de las ensoberbecidas olas. Cuando estoy trazando estas líneas y alzo la vista para contemplar un momento este *mar en leche* que tengo delante de mí, y sobre cuya orilla misma se eleva mi habitación, apenas me atrevería a creer que estas mismas aguas, las del Golfo de México, que tan apacibles y tranquilas lamen las murallas de Campeche, llegan allá en el fondo a enaltecerse a tal punto, a chocarse con tan imponente estrépito y a desafiar al cielo mismo con sus movibles y espumosas cimas." (*Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, t. I, Campeche, Gregorio Buenfil, 1850, 74-75).

CARTA XV
EL DOCTOR FRUTOS A DON PABLO

Campeche, junio 28 de 1824

Mi dueño y amigo. He visitado a nuestro querido Antonio, y
puedo asegurar a usted que durante mi ausencia, se ha mejorado 5
tan considerablemente, que al volver a verle, me pareció otro
hombre. Está pálido y endeble, pero las manchas de su cuerpo, las
úlceras, la contracción de los dedos y la lividez de sus labios, todo
ha desaparecido, sin dejar más que uno u otro vestigio superficial.
Es verdad que sus ojos brillan como si fueran de fuego; que su 10
pulsación es rápida; que su piel es una brasa; y que su aliento
quema, todo lo cual indica que el mal existe y se halla concen-
trado. Mas, en recompensa, no hay deformidad, sus miembros
están expeditos, el estómago digiere bien, el sensorio¹ conserva 15
toda su energía y la desorganización se ha detenido, perdiendo la
enfermedad un terreno considerable. Bendigamos al Supremo
dispensador de estos beneficios, y pidámosle que se digne conser-
varlos. De esto depende la paz de ánimo de ese joven apreciable, y
la tranquilidad de usted, mi bueno y querido amigo. Yo le ofrezco 20
que emplearé cuanto valga, si es que valgo alguna cosa, a fin de
auxiliar los esfuerzos de la naturaleza y conseguir que Antonio
consERVE, por lo menos, el estado de alivio en que le he hallado.

14. *sensorio* : censorio RY, VA, RS, P, UADY

¹ *sensorio*: Lugar en donde residen las sensaciones.

Cuento para ello con su natural docilidad y con el anhelo que todo enfermo tiene aun en medio de la postración más profunda, de mejorar su situación triste y dolorosa. ¡Cuánto influye en esto la moral!

Y direle todo cuanto ocurre, para que usted y los amigos que tenga Antonio en esa capital redoblen sus consejos y amonestaciones que, en estas circunstancias, no vendrán mal. Si en sus dolencias físicas le he hallado en tan buen camino, no ha sucedido lo mismo respecto de las afecciones de su espíritu. Había aquí un joven enfermo, del cual hablé a usted en otra ocasión, como de un infeliz, por quien se interesaba Antonio con toda la susceptibilidad de su alma ardiente y generosa. Por mi medio, se consiguió que la autoridad permitiese al indicado joven pasearse por las cercanías del hospital, sin embargo de las muy fundadas prevenciones que existían para negar este permiso, porque precisamente el día mismo en que la policía adoptó el partido de trasladarle del hospital de San Juan de Dios al de San Lázaro, el tal joven había intentado fugarse; y la cosa no paró en conatos, sino que realmente se escapó de las manos de sus conductores que no pudieron haberlo de nuevo, sino merced a algunos trabajos y fatigas.

Llegaron a hacerse amigos inseparables, y Antonio partía con su compañero de desgracia todas las comodidades que le proporcionaban el amor y la ternura paternal. Según los informes que me ha dado el capellán, eclesiástico virtuoso y de muy bellas prendas personales, estas relaciones se resfriaron por parte del joven favorecido, hasta el punto de negar el habla a Antonio, mirarle con indiferencia y rehusar su compañía; efecto, según cree aquel observador tan modesto como ilustrado, del extravío de espíritu y cabal trastorno de ese infeliz. Desde entonces, Antonio comenzó a abatirse llorando a menudo, sin comunicar a nadie sus pesares; porque otro amigo que se había proporcionado en sus excursiones, sujeto honradísimo, a quien yo conozco muchos años ha, desapareció intempestivamente dejando abandonado el miserable oficio

24. *tiene* : om. UADY

49. *efecto* : en efecto UADY

de sepulturero, a que se ve reducido para poder ganar el sustento diario.

Las cosas estaban allí, cuando el desdichado amigo y compañero de Antonio se escapó del hospital, en medio de una noche borrascosa. Infructuosas han sido todas las pesquisas que se han hecho, a fin de saber a dónde pudo haberse dirigido. La autoridad suspendió momentáneamente el permiso de que disfrutaban algunos enfermos, de salir a respirar fuera el aire libre; pero, por fortuna, esta medida no llegó a noticia de nuestro Antonio, porque fue revocada durante los días que permaneció encerrado, sin manifestar intento de salir. 60 65

Tales sucesos han causado estrago al enfermo; y faltaría yo a uno de los principales deberes de médico y amigo, si no pusiese todo esto en su noticia, con el fin loable de que concurramos, de consuno, los que estamos interesados en la salud de Antonio, a la obra de volverle su anterior resignación, a la cual debe, sin duda, la mejoría que ha llegado a conseguir. Demasiado conoce usted las relaciones que existen entre lo físico y lo moral del hombre, para que usted fuera a extrañar el empeño que manifiesto. Escríbale usted, pues, en este sentido; y que sea con urgencia, porque el asunto lo merece de veras. Usted no debe afligirse por estas noticias que en verdad no se las diera, sino fuera, porque tengo esperanza de que los consejos de un padre tan amante como discreto, influirán poderosamente en el éxito que propongo obtener. 70 75

Siempre se le veía leyendo, escribiendo o dibujando. Todo lo tiene hoy abandonado: llora, suspira, pasea poco, y la melancolía vuelve a ocupar su ánimo, aun con más fuerza y vehemencia que en los primeros días de su entrada en el hospital. Esto demanda remedio, porque en un pobre lazarino, un abatimiento semejante puede llegar a producir los más deplorables resultados. 80 85

Una de las cosas que más le preocupan, según he podido traslucir de sus exclamaciones y frases entrecortadas, es la de que los médicos desconocen la naturaleza de su enfermedad, o que se han equivocado al calificarla de incurable. Yo no sé quién ha podido sugerirle una especie semejante, que si llegara a echar raíz en su 90

ánimo, todo esfuerzo para hacerle conformarse con su desgracia, sería lo mismo que hacer rayas en el agua. Yo no he consentido en que lea ningún libro de medicina, porque yo conozco la impresión que puede dejar en un cerebro exaltado, tal clase de lectura.

95 De manera que esa creencia tiene algún origen diferente, si ya no fuese efecto de las cavilaciones a que se ha entregado desde la fuga de su amigo. Todo esto debe servir a usted de gobierno, para que mida su lenguaje al escribirle.

100 Dios consuele a usted, mi buen amigo, y le tenga en su santa guarda, como se lo pide este su obediente, y Affmo. Servidor q. s. m. b.

CARTA XVI
MANUEL AL DOCTOR FRUTOS

Mérida, 12 de julio de 1824

Mi respetable amigo y señor. Después de la que usted escribió a mi deudo y protector don Pablo, nos hallamos en el mayor sobresalto y consternación acerca de nuestro querido Antonio. Él debía habernos escrito con el criado de casa, que solemos enviar a Campeche a llevarle nuestra correspondencia; éste ha vuelto, y no hemos hallado una sola carta del ídolo de nuestro corazón. No puedo expresar a usted la intensidad del dolor y amargura de este atribuladísimo padre, cuyo hijo único, objeto de todo su amor y de sus más fundadas esperanzas, le ha sido arrebatado de improviso, en lo más florido de su edad juvenil, para arrojarle en un hospital, en donde sólo hay miseria y dolor. Necesitaba este buen anciano de todos los recursos de la religión, para no haber sucumbido en fuerza de aquel suceso, que dejó en su alma una herida tan profunda como incurable. Hasta hoy, las cartas de Antonio eran un lenitivo que, en parte mitigaban sus penas y aflicción. De esto podrá usted conjeturar cuál ha sido su angustia, al descubrir la vuelta del criado sin las suspiradas cartas que esperaba ansiosamente, para cerciorarse del efecto que hubiesen producido las que escribimos, en el sentido que nos fue indicado por usted. El respetable caballero se ha visto en la precisión de hacer cama, en consecuencia de este desgraciado incidente; y he aquí un nuevo motivo de aflicción para esta casa hartamente desgraciada, sin merecerlo.

22. *usted*: vos UADY

En semejantes circunstancias sólo usted, respetable señor y amigo, puede ilustrarnos y decirnos lo que realmente pasa. Depositamos en usted la más franca e ilimitada confianza, a que es tan justamente acreedor, y yo le ruego encarecidamente que si no a don Pablo, por temor de consternarlo más, a lo menos a mí me comunique en todos sus detalles lo que está pasando en San Lázaro. Yo tomaré mis medidas para comunicar a este señor lo que yo crea conveniente manifestarle sin peligro. Tiene amigos muy ilustrados y sensatos, que podrían coadyuvar conmigo a hacerle más soportable cualquiera desgracia. Esto supuesto, usted puede hablarme sin misterios y con entera libertad. Así se lo suplico de todas veras en nombre de la humanidad, que debe a usted tantos desvelos y amor.

Yo soy amigo y como hermano de Antonio, pues me he educado en su propia casa: desde la infancia hemos vivido juntos, y ningún secreto hemos tenido oculto entre nosotros. Nuestra correspondencia, desde que se halla encerrada en el hospital, pudiera probárselo a usted. Las cartas de mi amigo son la historia de todas sus emociones, de todas sus ideas y afectos, y me ha dado cuenta de todo, sin reserva ni limitación. Hágole esta advertencia, para que si juzgase conveniente escribirme, como me atrevo a rogarle lo verifique, hurtando algunos momentos al noble ejercicio de su profesión, que comprende usted y desempeña tan bien, pueda usar conmigo de franqueza, y hacerme las confianzas que juzgue necesarias y convenientes.

Escribimos hoy a Antonio en el adjunto paquete, que con ésta le será entregado a fin de que, según la situación de mi pobre hermano, haga usted uso de su contenido. El criado portador lleva la orden expresa de estar allí a la disposición de usted por todo el tiempo que sea necesario, sin perjuicio de que si algo ocurre de particular, nos escriba usted también por el correo.

Dios conserve a usted para bien de la humanidad, como se lo pide este su obediente y respetuoso amigo q. s. m. b.

26. *usted* : vos UADY

28. *usted* : vos UADY

39. *casa* : y *add.* RS

43. *me ha dado* : me he dado UADY

CARTA XVII
EL CAPELLÁN DEL HOSPITAL AL DOCTOR FRUTOS

San Lázaro, 15 de julio de 1824

Mi querido amigo. Peor fue la última que las noches anteriores. Me parece que la fiebre crece por instantes de una manera que ya comienza a inspirarme temor de que el enfermo no la resista. Hágame usted un lugarcito en sus ocupaciones de la ciudad, y véngase tan pronto como le sea posible. Este joven me interesa sobremanera por su amabilidad, por su ilustración y, sobre todo, por sus muy buenos sentimientos religiosos. Un hombre siempre merece nuestra particular benevolencia y caridad; pero un joven semejante debiera conservarse a toda costa. El médico del hospital también reclama el auxilio y la concurrencia de usted, y ya verá por esto, que la cosa es demasiado seria. ¡Pobre joven! Con harto dolor me he separado de su lecho para dirigir a usted estas cuatro letras rogándole, como vuelvo a hacerlo con encarecimiento, que venga hoy sin falta. Mientras usted no le vea, yo no puedo estar tranquilo.

Esta mañana amaneció en la puerta del hospital nuestro amo Germán, el sepulturero, cuya larga y misteriosa ausencia ha contribuido, en mi concepto, a redoblar las penas y amargas de Antonio que, como usted sabe, ama con ternura a este pobre anciano. El sepulturero se torció las manos de dolor y virtió lágrimas copiosísimas al enterarse de lo que pasaba, y desde aquel ins-

17. *usted* : vos *UADY*

25 tante no ha abandonado la cabecera del enfermo, asistiéndole con
el mayor cuidado y miramiento. Verdad es que no hace sino
corresponder a Antonio lo que éste hizo por él en otra grave dolencia
que el sepulturero pasó en mi habitación, cuando usted con
motivo de la Columna, se hallaba ausente en el campo.

30 Antonio no ha reconocido la voz ni la fisonomía de su viejo
amigo, lo cual, sobre las extraviadas palabras que se le escapan, y
las miradas sombrías que arroja alrededor de sí, me indican que el
delirio va a apoderarse de él muy luego, luego. Tenga usted todo
esto presente, y vuelva, en tal virtud, a ver y socorrer a este amigo
35 querido, que nos debe, a usted y a mí, tanto amor y estimación.

Suyo que le ama.

33. *usted* : vos *UADY*

CARTA XVIII
EL DOCTOR FRUTOS A MANUEL

Campeche, 18 de julio de 1824

Muy bien ha hecho usted en dirigirse a mí, querido joven, para tener nuevas seguras de lo que sucede en San Lázaro. De esta suerte me proporciona usted la ocasión de explicarme acerca de nuestro pobre Antonio, sin temor de causar un golpe de sorpresa a mi buen amigo el señor don Pablo, cuyos pesares y amarguras comprendo perfectamente y... ¡sábelo el cielo...! quisiera yo aliviar. Nada le reservaré de cuanto ha ocurrido en estos días, y de esta manera podrá usted, con miramiento, hacer uso de lo que voy a comunicarle. 5 10

Hace hoy trece días que Antonio está acometido de una fiebre de tan mal carácter, que he comenzado a dudar de su curación, y es muy probable que sucumba en la última crisis de la enfermedad. Retengo, pues, las cartas que ustedes le escribieron por mi conducto; y por lo que respecta al portador, me ha parecido conveniente que permanezca algunos días en la ciudad. Su presencia en Mérida, sin contestación ninguna de Antonio, sería una puñalada atroz para el infeliz don Pablo; y yo he querido ahorrarle o diferirle, por lo menos, una nueva pesadumbre. Usted verá el modo de explicar plausiblemente esta moratoria. 15 20

Desde que volví del campo y comencé a visitar a Antonio, conocí que la fuga de su amigo Regino había hecho en su ánimo una extraordinaria impresión, que se hacía más patente con sus discursos algún tanto extravagantes. Ya usted se enteró de lo que escribí a su padre con tal motivo; y ahora agregaré que me pareció 25

notar algunos síntomas de trastorno en el cerebro ardiente del enfermo. Redoblaba mis esfuerzos constantemente, y sin embargo el mal iba adelante, sin detenerse. En vez de responder a mis preguntas, lloraba; en vez de escuchar mis consejos, declamaba; y aun, en cierta ocasión, me dijo que la decantada ciencia de los médicos era un engaño y una falacia, con que se quería tupir el entendimiento hasta de la gente sensata. Para mí nada habría tenido de extraño este modo de razonar algo brusco, porque yo mismo suelo abrigar mis dudas en ciertas materias que la ciencia da por demostradas; pero me sorprendía que ahora, más que en otras veces, fijasen la atención del enfermo estas ideas, y le ocupasen el espíritu con tal intensidad y exclusión, que no le diesen tiempo para pensar en otra cosa. Y ¡en qué circunstancias! Precisamente cuando su dolencia ha perdido tanto terreno, y cuando más motivos tenía de estar agradecido a los esfuerzos de su médico, por cuyos consejos, estrictamente observados, había llegado a experimentar tan notable alivio, lo cual debía producir en él una convicción totalmente contraria a la que manifestaba contra la medicina y los médicos. ¿Cuál podría ser el origen de semejante preocupación? Perdíame en conjeturas vanas, porque lectura de libros facultativos no era, supuesto que me constaba no poseer uno sólo de ellos; y además, en esos días lo que menos pensaba era en leer. Puede usted figurarse muy bien cuál sería mi afán en extirpar de aquella fantasía volcanizada unas impresiones que podían degenerar en verdadera locura. Yo predicaba en desierto, porque lo que más conseguí obtener, fue cierta sonrisa sardónica, que parecía hacer burla de mis discursos. Entonces era cuando mis temores de un funesto extravío subían de punto y me hallaba desarmado para combatir el mal. ¿Qué quiere usted hacer de un enfermo que no tiene fe en su médico, y que desprecia altamente los recursos de la medicina? Buscaba, pues, el principio de donde provenía aquel escepticismo funesto, y no lo hallaba. Todo era machacar en hierro frío.

29. *mis esfuerzos* : mi esfuerzo *UADY*

46. *y los* : de los *UADY*

Por fin, en la noche del día cuatro recibí un billete del capellán, en que me instaba a marchar inmediatamente a San Lázaro. Aunque yo estaba constipado, lloviznaba, hacía un brisote fuerte y era preciso exponerme a él en la desabrigada playa de San Román, metime en la volanta¹ y partí de luego y luego. Halleme con la novedad grave de estar Antonio asaltado de una fiebre voraz. Según supe, en aquella tarde había salido del hospital, como tenía de costumbre, a pasearse por la playa o sus espléndidas y frondosas cercanías. Sepa Dios lo que en esa tarde le acaecería, porque volvió desatentado con los ojos desencajados, erizado el cabello y con señales de haber tenido algún extraordinario encuentro; si ya no fuese su alterada fantasía la que hubo de presentarle alguna visión funesta o monstruosa. Corrió a echarse en los brazos del capellán, a quien pedía, lleno de pavor y angustia, que le librase de un malvado infame que le perseguía. Por más que hizo el buen sacerdote para tranquilizarle y hacerle ver que estaba en lugar seguro, y bajo la protección y amparo de un amigo suyo, nada bastó a tranquilizarle. La fiebre había ya comenzado.

De entonces acá he apurado todos los medios y no he podido lograr nada. Su delirio ya es espantoso: habla de unas mujerzuelas que lo han perdido, lo cual no creo, pues su conducta moral en San Lázaro ha sido irreprochable; maldice a un perverso que le ha engañado; habla con ternura de Regino, e invoca sin cesar el auxilio de Germán el sepulturero, que ya está a su lado, pero que no ha podido reconocer. Yo he pasado algunas noches a la orilla de su lecho; y mis visitas por el día han sido con toda la frecuencia que me permiten las ocupaciones de la ciudad y la distancia en que se halla situado el hospital. Ningún auxilio, de ningún género, le ha

68. *de : om. VA, RS, P*

81. *no creo : ni accepto add. RS*

¹ *volanta*: “En México, quitrín descubierto, con varas largas, tirado por una sola bestia; muy usado por los campesinos. Se llama también *chispa*. Es el mismo *volante* de las Antillas.” (*DGdeA*).

90 faltado; y si llegase a sucumbir, yo le aseguro a usted que será por haberse cumplido, siendo aún tan joven, su carrera en este mundo.

Avisaré a usted puntualmente de cualquiera cosa que ocurra. Si yo tuviera seguridad de que el éxito de la curación, que he emprendido, va a ser conforme con mis ardientísimos deseos, podía anunciarle desde hoy que nuestro querido Antonio sanará sin remedio; 95 pero tengo el sentimiento, o más bien la honda pesadumbre, de repetirle lo que le dije al principio; a saber que es muy probable el funesto término de la enfermedad. Y como no quiero ocultarle mis esperanzas más lisonjeras, añadiré que la única que me resta es la que ofrece la juventud y buena constitución del enfermo.

100 Quiera el cielo colmar a ustedes de todo linaje de consuelos, y con esto, me ofrezco a sus órdenes como su afectísimo amigo y obediente servidor q. s. m. b.

91. *usted* : vos *UADY*

93. *ardientísimos* : ardientes *RS*

CARTA XIX
MANUEL A MELCHOR

San Lázaro, 5 de agosto de 1824

Querido Melchor. Aprovechándome de una tregua que se me presenta, puedo en fin, tomar la pluma y enterarte de lo acaecido en este viaje, cuyo término, contra todo cálculo y esperanza, ha sido ver y abrazar a nuestro desgraciado Antonio. Mis cartas dirigidas a don Pablo, te habrán tranquilizado al saber que el enfermo está fuera de peligro. Hay, sin embargo, ciertas confidencias que sólo pueden transmitirse a ti únicamente; porque si bien ese respetable caballero sospecha acaso todo lo que hay acerca de su hijo, no me parece oportuno convertir sus presunciones en certidumbre, e hincar el puñal de una tribulación nueva en un pecho tan contristado y herido por demás. No ignoras cuál ha sido mi conducta para con él, respecto de mi correspondencia con Antonio. Verdad es que su inalterable circunspección jamás ha pretendido exigir de mí cosa alguna acerca de esto, y se ha conformado con sólo aquello que me ha parecido conveniente comunicarle. Sírvate esto de regla, y no te olvides (que no te olvidarás) de seguir el propio camino. Yo estoy persuadido que don Pablo, conocedor del mundo y de la necesidad que tiene su hijo de explayar su ánimo en el seno de sus amigos de la infancia, no querrá hoy obrar de diversa manera que antes.

Testigo fuiste de la desolación que reinó en aquella casa el día 21 del pasado, día funesto en que se recibió la última carta del

18. *sírvate* : sírvete UADY

doctor Frutos. La impaciencia y el sobresalto del buen padre no me permitieron adoptar ninguna precaución para evitar que recibiese de lleno tan tremendo golpe. Habría partido volando, arrojándose a emprender un viaje que su edad y sus achaques hubieran hecho funesto. A duras penas, y no sin angustiarse demasiado el respetable anciano, hubo de conformarse con que yo solo me pusiese en marcha, y viniese a recibir el postrer aliento de un hijo nunca más idolatrado que cuando se hallaba ausente y en peligro. Pensar en un viaje por tierra en estación tan cruda, y cuando aún no existe una carretera formal entre Mérida y Campeche, habría sido una locura, pues consumiéndose seis u ocho días en tan malos caminos, era imposible llegar a tiempo, si realmente era la fiebre de Antonio, como se figuró el doctor Dancourt, una fiebre pernicioso, que en pocos accesos termina con la vida del paciente, si no puede cortarse desde el principio. No había más recurso que venir por mar, porque si bien era incierta la duración del viaje, había muchas probabilidades de terminarlo en menos tiempo que por tierra. Partí desde luego para Sisal, a donde llegué en cinco horas, y encontreme con que el *tío Moy*, patrón de la barca *Envidia*, iba a salir en la mañana próxima para Campeche. No malogré tan feliz ocasión, y a las nueve del día nos hicimos a la vela con viento favorable y mar en bonanza.

Jamás había presenciado un espectáculo tan magnífico como el que se ofreció a mi vista cuando, después de una noche tranquila y apacible, el sol de la mañana coloreó con hermosos y variados tintes el fantástico diorama que presentaba la bahía de Campeche, enfrente de la cual nos hallábamos entonces. Ocupaban el centro de una espléndida ensenada la ciudad, sus murallas, torres y baluartes. Prolongábanse a derecha e izquierda las afueras, perdiéndose los edificios entre bosques frondosos, sobre los cuales descollaban, con todas sus copas, los infinitos cocoteros que dan al puerto una vista verdaderamente asiática. Una serie de colinas,

42. *probabilidades* : posibilidades UADY

cubiertas de verde y espesa arboleda, servía de fondo a ese cuadro, que entero se reflejaba en un mar terso y tranquilo como un espejo, sobre el cual se deslizaban ligeros los barquillos de los pescadores, y permanecían como engarzadas las embarcaciones mayores. 60

Según se había explicado Antonio en sus cartas, desde el puerto en que me hallaba a bordo de la *Envidia*, una legua mar en fuera, debía verse la fachada del hospital de San Lázaro. Descubrirla, en efecto, sin necesidad de que me la indicasen. ¡Tan profunda ha sido la impresión causada por los relatos de mi amigo! Experimenté entonces un sentimiento tan vivo de dolor y de tristeza, que ya no me fue posible contemplar por más tiempo el espectáculo que se desarrollaba a mi vista. Mis ojos fueron a clavarse fijamente en el siniestro y solitario edificio que servía a mi pobre Antonio de prisión y de tumba, sin otro término que la muerte, si aún ésta no había venido a arrebatarme de una vez para devorar su presa. Crecía por instantes mi afán de llegar y saber de cierto si aún era tiempo de recibir su postrer suspiro; y sin embargo temía salir de aquella cruel incertidumbre. El cielo quiso poner a prueba mi conformidad con sus designios. Salió por la proa un viento fuerte, que nos obligó a navegar a la bolina,¹ manteniéndonos de vuelta y vuelta casi todo el día, sin poder llegar al punto de nuestro destino. Cuatro ocasiones pasamos tan cerca del hospital de San Lázaro, que con la simple vista descubrí hasta las personas que entraban y salían, siendo tal la ilusión que esto me causó, que llegué a representarme algunas escenas funestas, de las cuales no quiero hoy acordarme. Al fin tuvo Dios piedad de mi angustia, y llegamos al muelle de Campeche ya que el sol iba a ocultarse en el ocaso. 65 70 75 80 85

70. *desarrollaba* : desarrolla VA, UADY,
se hallaba P

74. *Crecía* : Creía VA, P, UADY
74. *y* : a P

¹ *navegar a la bolina*: Navegar de tal manera que la quilla forme con la dirección del viento el ángulo menor posible. (DUE).

Dadas ligeramente algunas disposiciones, dirígeme al instante a casa del doctor Frutos; y su familia, que no estaba en los pormenores del suceso de San Lázaro, sólo me instruyó de la ausencia del doctor, sin poder asegurarme en dónde le hallaría. Entretanto la
90 noche cerraba del todo, y creí que más tarde sería imposible vencer los obstáculos con que podía encontrarme para entrar libremente en el hospital. Me informé de la morada del padre Chacón, antiguo y fiel amigo de don Pablo; y supe que estaba a muy pocos pasos de
95 la casa del doctor. Aunque no llegaba recomendación ninguna para él, resolví, no obstante encaminarme a su casa y rogarle me instruyese de lo que yo debía practicar para conseguir al punto el objeto que me proponía. El padre Chacón estaba fuera; pero encontreme
100 felizmente con dos clérigos jóvenes,² sobrinos suyos, uno de los cuales, con una luz por delante, ocupábase en iluminar un precioso dibujo, mientras que el otro, colocado enfrente de su hermano, se entretenía en coordinar los fragmentos de algunos antiguos idolillos y vasos de barro dispersos con algún desorden sobre una corpulenta mesa, pintada caprichosamente. Desconcerteme un tanto al hallar
105 de menos al padre Chacón; mas el clérigo anticuario acudió luego, preguntándome si en algo podría servirme.

—En mucho, señor mío —repuse al momento, resuelto firmemente a no malograr aquella ocasión propicia de salir del conflicto en que me veía.

110 El de los dibujos suspendió su obra; y el que me había dirigido la pregunta dejó de la mano sus tiestos, sorbió una regular dosis de rapé, y acercándose hasta donde yo estaba, díjome de la manera más franca y expresiva:

89. *de* : del *RY*, *VA*, *UADY*

² *encontreme felizmente con dos clérigos jóvenes*: Estos dos clérigos jóvenes, por sus ocupaciones, no parecen ser otros que los *padres Camacho*, Leandro José y José María, arqueólogos y anticuarios, de los que habla Sierra O'Reilly en varias ocasiones. Véase, por ejemplo, "Teogonía de los antiguos indios de Yucatán", en *MY*, I, 57, nota 1; "El museo de los padres Camachos", en *RY*, I, 357-358, 371-375; "Monetario de los PP. Camacho", en *RY*, II, 75-77.

- Me tiene usted enteramente a sus órdenes. 115
- Me urge –continué yo–, me urge mucho pasar de luego a luego al hospital de San Lázaro, en donde un hermano mío está en los últimos instantes de su vida, si es que aún no ha sucumbido. Vengo de Mérida, no hace una hora que estoy en tierra, jamás he visto a Campeche, y apenas sé lo que debo practicar para conseguir lo que tanto necesito: ver a mi hermano. 120
- Lo que debe usted hacer es venirse conmigo –dijo mi interlocutor, empuñando un bastón negro con guarnición de plata, calándose el sombrero clerical, y tomando la puerta sin mucha ceremonia. 125
- Yo marché en pos.
- Entró en un almacén cercano, habló dos palabras con el dueño, recibió de su mano una boleta, y continuó andando tan de prisa que apenas podía seguirle. Salimos de la puerta de San Román, atravesamos la lóbrega campaña sembrada de unos cuantos árboles antiguos, entramos en la pequeña iglesia e hicimos de rodillas una breve oración, proseguimos nuestra rápida marcha, y ya que habíamos dejado muy atrás las últimas casas del barrio, se detuvo, me entregó la boleta, y señalándome con el dedo un edificio que apenas se percibía en medio de la lobreguez que reinaba, díjome sentando su mano derecha sobre mi hombro izquierdo: 130
- Allí tiene usted el hospital de San Lázaro, en el cual puede usted entrar sin obstáculo, y (añado yo de mi propia autoridad) sin escrúpulo ni temor. El *lazarino* sólo es contagioso cuando Dios quiere, y no cuando lo mandan los médicos. 135
- Mientras mi vista se esforzaba en penetrar las tinieblas, y enterarme de la situación del hospital, desapareció el buen eclesiástico, sin darme tiempo de expresarle mi gratitud por tan buena acción. Al encontrarme solo en aquel sitio de tan fúnebre apariencia, quedé petrificado de estupor. El murmurio de las olas, el fuerte soplo de la brisa, la profunda oscuridad de la noche, el brillo efí-

129. *campaña* : campiña RS, P

mero de algunos insectos fosfóricos... todo venía a dar a mis ideas, harto melancólicas ya, un giro horrible que hacía estremecer las carnes, crujir los dientes y erizarse el cabello. Hallábame en una verdadera agonía.

150 Hice un esfuerzo, y comencé a encaminarme hacia el objeto que tenía delante. A poco andar, halleme frente por frente de la puerta, que estaba cerrada; pero escapábase por las rendijas uno u otro rayo de una luz débil, que solía desaparecer por la frecuente interposición de algún objeto. Guiado de tan extraño fanal pude
155 al fin acercarme, subí por una rambla, tomé el aldabón y dejelo caer sin esperar que produjese un ruido tan agudo como el que sentí prolongarse por algunos segundos, causando un eco lejano y estrepitoso que cuajó toda la sangre de mis venas. La enorme puerta giró al punto sobre sus goznes, y un anciano, ataviado de
160 un modo raro, acercó a mi rostro una linterna para examinarme, preguntándome aquella visión con voz de trueno.

—¿Qué busca usted en este sitio y a esta hora?

—¡Dios mío! —exclamé yo sobrecogido de un terror profundo—. Pues ¿en dónde estoy?

165 —¡En un cementerio!

Sentí que la vista se me oscurecía y se me doblaban las rodillas. Nada más supe de lo que ocurrió después, porque caí como muerto en el dintel de la puerta. Creí positivamente que había sonado mi última hora.

170 Cuando, pasado mucho tiempo, volví en mi acuerdo, la luna estaba ya sobre el horizonte, y dejaba caer oblicuamente sus pálidos reflejos, iluminando con su luz mortecina la tranquila escena que me rodeaba. Hallábame al aire libre, echado en una manta al pie de una cruz, y en medio de un recinto amurallado. A pocas
175 horas descansaba tranquilo, sentado sobre un osario, el extraño personaje, cuya voz me dejó sin sentido.

157. *causando* : cuando UADY

Aterrado de lo que veía y recordaba, habría vuelto a caer en nuevo deliquio, si el anciano, dulcificando su acento, no hubiese procurado tranquilizarme.

–Usted se ha alarmado sin motivo –rezongó mi interlocutor–. Ruégole me perdone si mi presencia o mis palabras han podido influir en su espíritu de la manera siniestra que su turbación me ha dado a entender. Repóngase usted de su infundado temor, y prosiga en paz su camino, supuesto que este sitio no es seguramente el punto a que se dirigía; y ni usted ni yo debemos permanecer aquí por más tiempo. 180

–¡Ah! –exclamé–. Ignoro cómo he podido equivocarme; yo me dirigía al hospital de San Lázaro, y he venido a llamar a la puerta de un cementerio. 185

–De ordinario sucede de otra manera. Venir de San Lázaro y caer en este cementerio, que está bajo mi cuidado y vigilancia. 190

Un pensamiento cruzó rápidamente por mi alma.

–Perdóneme usted –dije entonces–. ¿Será usted por ventura nuestro amo Germán?

–Sí, señor, nuestro amo Germán, el sepulturero. 195

–¡Ah, qué felicidad tan inesperada!

Incorporeme al instante y estreché contra mi corazón al amigo sincero y desinteresado de Antonio. El sepulturero entretanto permanecía inmóvil, con los brazos caídos, sin dar muestra de corresponder a mis arrebatos de ternura. Mirábame de hito en hito, como sorprendido de aquella familiaridad inesperada, pero que recibía con cierta especie de benevolencia. El ademán brusco de un hombre desconocido, que acababa de experimentar un arrebato de terror, no podía menos de llamarle la atención y picar su curiosidad. 200

–Permítame usted preguntarle –me dijo al fin–, ¿qué halla usted de feliz en mi encuentro, y más en un sitio en que todo debe recordarle el término de la vida? Por lo que a mí hace, confíesole que me ha hecho perder dos buenas horas, que según la necesidad que yo tenía de emplearlas, me han parecido dos siglos. Esto no es decir que no estime la bondad con que se digna usted tratar a un viejo pobre y desvalido. 210

Ocasión era aquella de hablarle acerca de Antonio, pedirle me guiasse al hospital, y me sacase de una vez de situación tan embarazosa. Mas de improviso agrupáronse en mi mente mil ideas fúnebres que me dejaron mudo. ¿Qué hacía allí nuestro amo Germán, cuando estaba prohibido sepultar en hora excusada? ¿Por qué había abandonado el lecho de su amigo moribundo para venir al cementerio? ¡Dios mío! ¡Si se habría consumado la desgracia que yo temía, y el sepulturero oraba sobre la tumba de su amigo, cuando mi presencia vino a interrumpirle! Agobiome de tal suerte este negro pensamiento, que mis ojos comenzaron a vagar horriblemente sobre las fosas que me cercaban, algunas de las cuales estaban abiertas, y otras tenían la tierra recientemente removida. Algo de extraordinario hubo sin duda de pintarse en mi frente, sobre la cual caían de lleno los rayos de la luna, porque el anciano acudió luego en mi auxilio sacándome de aquel piélagos en que había caído.

—Vamos de aquí, caballero; este aire le hace a usted mucho daño: ya está visto. Nunca se penetra en el recinto de un cementerio, sin que el pensamiento de la muerte venga a fijarse tenazmente en nuestra alma, como un remordimiento en el corazón de un criminal. Esto es un martirio para la generalidad de los hombres; pero a mí... gracias al Señor, me sirve de un grato e inefable consuelo. Cuando vengo a visitar, en estas horas de misterio y de silencio, las sepulturas de mi cementerio, encuéntrome en comunicación con el mundo invisible en donde moran mis amigos y mis conocidos, olvidados ya en la tierra por todo el género humano. Entonces siento que mis penas se alivian, y la dulce paz del cielo vuelve a mi corazón.

El anciano lanzó un profundo suspiro. Y como si hablara consigo mismo prosiguió luego.

—La ausencia de algunas semanas... y... después... ¡Hasta hoy no he podido venir a llorar sobre la humilde sepultura de un desgraciado! En fin (dijo convirtiéndose a mí), sea usted quien fuese, me parece que preferirá usted salir de este sitio, más bien que permanecer en él. Vamos.

Yo me dejé guiar maquinalmente hasta la parte exterior del cementerio. Había tal trastorno y confusión en mis ideas, excitadas por aquella posición tan singular en que había venido a caer, que me fue imposible aventurar ninguna observación, ni decir una sola palabra. Descendimos de la rambla al camino, y desde allí pude ver y reconocer el hospital de San Lázaro, al cual yo me había acercado varias veces durante el día, cuando aún no habíamos podido echar el ancla y venir a tierra. 250

—Supuesto que usted se dirige a San Lázaro —observó el sepulturero—, acompañaré a usted hasta allí; yo estoy alojado provisionalmente en su recinto. Démonos prisa en llegar, que tengo un deber sagrado que cumplir junto a un amigo, que se ha visto en inminente peligro de muerte. 255

—Sí, apresurémonos, porque yo también debiera estar ya junto a ese amigo de usted: mi pobre hermano Antonio. 260

Detúvose un instante el sepulturero y me miró con fijeza.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Sería usted el hermano de Antonio?

—Sí, nuestro amo.

—¡Es posible, amigo, y usted se estaba sin decirme una sola palabra, cuando su hermano nos ha partido el corazón a todos clamando por usted en medio de su delirio! ¡Ya se ve! ¿Qué se habría remediado con su presencia? Vamos, viene usted en muy buena ocasión. Cuando salí a las seis de la tarde, llevaba ya doce horas de reposo y de sueño tranquilo; si aún permanece en tal estado, el doctor tiene esperanza de salvarle. 265 270

De todo quedé instruido con este breve razonamiento. Redoblamos el paso, y dentro de poco estábamos ya a la puerta del hospital. El sepulturero tocó ligeramente una vidriera próxima, y al momento abrióse un postigo de la puerta principal, por donde entramos a una espaciosa galería, que se extendía a derecha e izquierda. El administrador recibió y leyó la boleta que le presenté, y al punto me permitió dirigirme al aposento de Antonio, a 275

267. *clamando* : clamado UADY

280 donde me guió nuestro amo Germán. Eran dadas las once de la noche.

Es preciso renunciar a manifestarte, amigo mío, lo que experimenté en aquel momento crítico, al cual tocaba yo después de haber recibido tantas y tan funestas impresiones, y hallarse pre-
285 dispuesto el ánimo a conmovirse. Mi corazón latía con vehemencia, agolpábase la sangre a mi cerebro, faltábame la respiración, sentía entorpecidos los pies y pegada la lengua al paladar. La apariencia interior de aquel vasto y sombrío edificio, la historia viva de dolores y miserias que representaba, el recuerdo de algunas escenas que allí habían pasado, las cartas de Antonio, las
290 memorias de Regino... todo se pintó en mi alma con los más vivos coloridos.

Entramos en el aposento de Antonio.

Reinaba en él un silencio solemne, como el que rodea a un moribundo en sus últimos momentos, cuando todos están pen-
295 dientes de su respiración, y sólo se comunican por signos y ademanes mudos. En una mesa redonda, colocada en medio de la habitación, ardía una candela de esperma cubierta con una guardabrisa de cristal morado, que comunicaba a todos los objetos un tinte suave y sombrío. A espaldas de un ligero biombo hallábase el
300 lecho del enfermo, resguardado con hermosas cortinas de damasco. En una poltrona, cerca de la cabecera, dormía tranquilamente un caballero, entrado en edad y vestido con decencia. Un sacerdote estaba en pie, a cierta distancia, contemplando en silencio aquella
305 escena, y elevando seguramente su voz hasta el trono del Excelso en favor del enfermo.

Éste era el capellán; aquél, el doctor Frutos.

Nuestra presencia en nada alteró el silencio y recogimiento. El
310 cuadro sólo recibió nuevos personajes o figuras, pero ningún movimiento. Arrodilleme al pie de la cama, alzando un tanto las cortinas para contemplar aquel espectáculo.

¡Allí estaba Antonio, nuestro querido Antonio, a quien yo vol-
vía a ver después de su destierro, y de tenerle por muerto! Mis
lágrimas corrieron abundantemente.

El capellán cambió unas cuantas palabras con el sepulturero, y
en seguida se acercó a mí, me estrechó la mano, y en voz remisa 315
me invitó a pasar a su habitación para tomar un ligero descanso.
Resistí, manifestándole que sería mejor que nos dejase el cui-
dado de velar al enfermo y se retirase por algunas horas. Permane-
ció allí; pero echose en un catre de viento que había cerca, mien-
tras que Germán y yo quedamos a la guarda del enfermo. 320

A la una abrió los ojos el doctor, y sin mirarnos acudió luego a
tomar el pulso del paciente, en el cual no se notaba otro movi-
miento que el muy suave y tranquilo que producía su respiración.

—¡Va bien, muy bien! —murmuró el doctor después de tres
minutos de examen. 325

Volvió la cabeza al otro lado de la poltrona y siguió durmiendo
apaciblemente.

El doctor despertó dos veces más en el resto de la noche, mien-
tras que Germán y yo continuábamos en nuestra vigilia, y siempre
dio muestras de satisfacción, porque la mejoría del paciente pro- 330
gresaba.

Venido el día, pude distinguir mejor las facciones de Antonio,
que tanto deseaba reconocer. Estaba flaco, cubierto de una palidez
mortal, crecido el cabello, y muy hundidas las mejillas; pero no
observé en la piel ninguna de aquellas horribles manchas que dan 335
a los infelices leprosos un aspecto tan repugnante. Sus labios con-
servaban un ligero sonrosado y su nariz una forma regular. Era, en
fin, aquella misma fisonomía, interesante, móvil y llena de gracia
juvenil, sobre la cual el dolor había sentado una mano poderosa, y
la melancolía estampado una huella profunda. Tomé una de sus 340
manos, y aunque los dedos mantenían alguna hinchazón, nada

317. *manifestándole* : manifestando VA,
UADY

333. *Estaba* : Está VA, RS, UADY

ofrecía de chocante; yo cubrí de besos aquella mano querida, mientras que el doliente continuaba en su letargo. Los vivaces ojos del sepulturero parecían humedecerse cada vez que se fijaban sobre la fisonomía lívida de nuestro pobre amigo.

345

El doctor Frutos, luego que se hubo informado, mientras tomaba el café, quién era yo, me dio la bienvenida con cierta sonrisa de satisfacción que me fue muy consolatoria.

–Celebro mucho –me dijo–, que el enfermo pueda verle en el momento en que vuelva del sopor profundo y tranquilo en que me fue preciso hacerle caer; y aunque siempre conjeturé que usted, amigo mío, se resolvería a venir, hablándole francamente, sospeché que este viaje sería inútil y demasiado tardío.

350

–Tal me había yo figurado, mi respetable doctor, no obstante la ciega confianza que tenemos en los vastos conocimientos que usted posee, y en la generosa amistad que dispensa a mi desventurado hermano.

355

–Aunque lo primero fuese cierto, eso no sería suficiente para combatir una enfermedad grave y mortal, que siempre opone una tenaz resistencia a la sabiduría del médico.

360

–Pero en fin, ¿puede usted, señor, darme alguna esperanza positiva?

–Si la sabiduría infinita, cuyos medios siempre son ocultos a la débil e imperfecta inteligencia de los mortales, no deja fallidos los cálculos de la medicina, hemos logrado un completo triunfo. Antonio está fuera de peligro.

365

–¡Ah! Dios recompense a usted esa bondad con que se ha empeñado en la curación del enfermo.

–Agradezco tan buenos y generosos sentimientos, mi joven amigo. Pero yo nada he podido hacer, sino llenar un deber sagrado: mi deber de médico. Cada enfermo que la divina Providencia pone en nuestras manos, demanda toda la atención, todo el cuidado, todo el amor de que es capaz el médico, para desempeñar

370

351. *me : om. VA, RS, P, UADY*

fiel y cumplidamente su noble oficio. El que tiene una conducta diversa no es médico, sino traficante en carne humana. El ejercicio de la medicina es una especie de sacerdocio, al cual no debieran ser admitidos ciertos hombres fríos, duros e insensibles, sobre cuyo corazón no ejerce ningún influjo el dolor ni las miserias de la pobre humanidad, sino sólo la sórdida avaricia. Líbrele a usted el cielo de caer en manos de semejantes bandidos.

Mientras el doctor lanzaba este apóstrofe contra los malos médicos, parecía poseído de una terrible indignación, y sus manos temblaban al atarse el corbatín.

—Volviendo a Antonio —continuó algún tanto sereno—, espero que hoy terminará este letargo; entonces creo que ya no habrá nada que temer, porque el momento de la crisis ha pasado ya. Voy ahora a visitar algunos enfermos de la ciudad, y dentro de un par de horas estaré de vuelta. Recomiendo a usted el propio silencio que se ha guardado durante la noche, y la misma vigilancia con el enfermo. Los que han estado en vela tantas noches consecutivas, principalmente este viejo Germán, que procuren descansar. Yo jamás paso una mala noche a la cabecera de un enfermo, sino es que demande la enfermedad tener constantemente el ojo abierto sobre el paciente; mi larga práctica en este ejercicio, me permite dormir, aun teniendo en mi oído el estertor de un agonizante. Con que vigilancia, y hasta la vista.

Marchose en efecto.

Durante su ausencia, instruyome el capellán en todos los detalles de la enfermedad de Antonio. En su concepto, algún extraño suceso, diverso del de la fuga infame de su desleal amigo Regino, alguna aventura singular de muy odioso carácter, era el funesto origen de aquella fiebre que le había puesto a la orilla del sepulcro. Lo mismo creía yo; pero mientras él no estuviese en disposición de explicar aquel misterio, todo habría sido duda y vacilación. Yo estaba seguro de que ni el capellán ni el sepulturero sabían ciertos pormenores de que yo estaba enterado; por lo mismo no me atreví a aventurar ninguna reflexión. Escuché en silencio, y me resolví a esperar una explicación de Antonio, si el cielo quería conservarnos

410 su preciosa existencia. El pobre sepulturero, cuya historia sabía yo
en gran parte, sin que él lo sospechase, parecía engolfado en un
mar de meditaciones.

A las nueve estaba ya de vuelta el doctor en el hospital. Exa-
minó al enfermo con la mayor atención y escrupulosidad, y nos
415 anunció que al medio día ya estaría terminado el letargo. Cum-
pliose su pronóstico al pie de la letra, porque entre doce y una
Antonio hizo un vigoroso esfuerzo para volverse al otro lado, lan-
zando un profundo suspiro.

El doctor se frotó con fuerza ambas manos, y dándome al hom-
bro una ligera palmada de satisfacción, me dijo remisamente al
420 oído:

–Bien, perfectamente bien. Ya no hay nada que desear.

–¡Yo, Dios mío, estoy muy cansado; tengo una sed que me
425 abrasa las entrañas! –exclamó Antonio con toda entereza, y en
aquel mismo acento firme y sonoro que tú y yo conocemos tan
bien.

Intenté acercarme a la cama, olvidándome de lo peligroso que
esto podía ser; pero el doctor me repelió suavemente, ordenán-
dome, con un poco de severidad, que saliese de allí, hasta que
430 fuese tiempo de entrar de nuevo en el aposento y poder cambiar
algunas palabras con el enfermo.

–Tenga usted –añadió– un poco de paciencia; pero la situación
de Antonio es delicadísima, y no puede recibir impresiones subi-
táneas. Le prepararemos, y yo haré que avisen a usted cuando sea
oportuno; por hoy hará usted muy bien si acepta la habitación del
435 padre capellán, y se echa a descansar de su viaje.

Fue preciso obedecer.

Hasta el siguiente día, enterado Antonio de que yo estaba allí y
amonestado severamente por el doctor a fin de que no hiciese
ningún esfuerzo doloroso al verme y hablarme, pude penetrar...
440 ver a mi amigo, y llorar con él... porque yo no pude menos de

427. *esto* : este RS

llorar amarguísicamente, sin poder evitarlo. Mirábanos alternati-
vamente a Germán y a mí; parecía su satisfacción superior a todo
lo que podía haber esperado, y derramaba lágrimas en abundan-
cia. Díjele que su padre estaba bueno, que pronto recibiría nuevas
muy lisonjeras de la salud de su hijo, y que yo estaba allí para
acompañarle y consolarle; pero que procurase no hablar para no
agitarse, y le fuese de este modo más fácil recuperar su tranquili-
dad y serenarse. 445

Inclinó la cabeza, y estrechó mis manos y las de su amigo el
sepulturero. 450

Su convalecencia ha durado poco, y hace hoy cinco días que el
doctor sólo le hace una visita en las veinticuatro horas, y le ha
permitido conversar con entera libertad, encargándole única-
mente que guardase el encierro de su cuarto por algún tiempo
más. 455

Voy ahora a darte cuenta de la revelación que debo a Antonio,
acerca de aquel extraño suceso que fue origen funesto de su enfer-
medad.

—Manuel mío —díjome antes de ayer—, yo estoy amenazado de
algún grave peligro. 460

—No vuelvas a preocuparte, mi querido Antonio —le repuse—. Tu
imaginación exaltada te habrá hecho ver peligros en donde no hay
cosa que valga la pena. Ya ves cuánto mal te ha causado esto. En el
día estás bueno, descansas en el seno de la más tierna amistad, y mil
ojos te guardan y te protegen. ¿Qué peligro puedes temer? 465

Antonio me suplicó entonces que cerrase con llave la puerta del
aposento, porque iba a comunicarme un asunto reservado e inte-
resante, y no quería ser interrumpido. Estos preparativos me
hicieron sospechar ligeramente que aún no estuviese bien sentado
su cerebro. Luego prosiguió hablándome en un tono enfático. 470

441. *amarguísicamente* : amargamente
VA, RS, UADY

446. *y consolarle* : om. VA, RS, UADY

447 *este* : om. VA, RS, P, UADY

452. *le hace* : hace VA, RS, P, UADY

—¡Ah! Escucha y comprende cuál es mi temor. He visto a Juan Cruyés, el vil corruptor a quien debo todas mis desgracias.

—¡Si por ventura te hubieras preocupado, mi querido Antonio, y una fatal equivocación...!

475 —¡Oh no, imposible! Los rasgos de su fisonomía están hondamente grabados en mi alma: su voz, su acento, sus ademanes... todo lo he visto y oído. ¡Yo no he podido equivocarme! Además, si alguna ligera sombra de duda pudiera haberme impedido ver con toda claridad en este asunto, hay otra circunstancia más horrible
480 todavía que la infernal aparición de Cruyés. También he visto... ¡Aún me estremezco al recordarlo...! También he visto a Paulina y a Juanita, las infames cómplices de aquel desalmado pirata.

485 Traslucíanse en la frente de Antonio el asombro y el terror. Yo me enternecí escuchando su relato, y temiendo que su débil salud se alterase de nuevo.

—Sí —prosiguió—. Esa escoria vil e inmunda, esa reunión de bandidos, está en Campeche. Los perversos son recibidos en una sociedad que infestan con su presencia y emponzoñan con su
490 aliento.

Antonio, con aire distraído, permaneció algunos momentos sin hablar. Luego prosiguió.

495 —Una mañana, la del día en que yo caí enfermo, hallábame junto a esa ventana mirando, casi sin reparar en ello, el mar y la carretera de Lerma. Sacome de mis meditaciones el ruido de varios carruajes que pasaban acompañados de muchas personas a caballo. Yo me figuré naturalmente que un día de campo en buena
500 compañía de amigos, sería el objeto; y no volví a pensar más en el asunto, pues había pasado en mi mente como desapercibido. Tan olvidado me hallaba del suceso, que por la tarde, viéndola tan serena, encamineme a la hacienda Buenavista, sin sospechar que las personas que en la mañana pasaron por frente del hospital, pudieran haberse dirigido a aquel sitio. Entregado a mis téticas
505 meditaciones, fuime acercando distraído hasta las tapias de la finca, cuando una voz vino a herir mi oído, y a penetrar hasta la

médula de mis huesos, como un hierro candente que hubiese taladrado y dilacerado todas las fibras del corazón. Alcé los ojos...

—Y bien, acaba.

—Pues bien, mis ojos se fijaron en un objeto horrible, cuya presencia me dejó petrificado. Yo vi al mismo Juan Cruyés en persona, que se paseaba de bracero, por aquellas avenidas, con dos jóvenes caballeros. 510

—¡Oh, es imposible tamaña audacia! —exclamé.

—¡Imposible! —repuso Antonio—. ¡Imposible! y le he visto ¡santo cielo! ¡Tan cerca de mí! Lo mismo habría creído si del hecho no tuviese una certidumbre tan incontrastable. Oculto detrás de algunos árboles, quedé como clavado en aquel sitio, siguiendo con la vista fascinada todos los ademanes y movimientos de aquel hombre de Satanás. Vile encaminarse a un corredor en que había varios grupos de señoras y caballeros; entre las damas hallábase Paulina y Juanita. 515 520

—Esto es horrible.

—Pues lo que hay para mí de más horrible todavía, es saber que esas harpías y ese brutal Juan Cruyés eran el objeto de aquella fiesta rústica dada en honor y obsequio de tan famosos criminales. Mi cabeza era un mundo en aquel instante, según la multitud de ideas y proyectos que me asaltaron de improviso. Quise delatar aquellos malvados al odio y al desprecio de las gentes que engañaban, publicar sus crímenes horribles, y justificar en el acto mi acusación presentando su víctima a la vista de todos, resuelto a arros- 525 530 trar las consecuencias de un escándalo semejante. Luego pensé que sería mejor darles muerte, y librar al mundo de su odiosa presencia, aunque el resultado fuese perecer en un patíbulo. Apose- derose de mí tan horrible tentación en un raptó de delirio: todos los sentimientos religiosos desaparecieron; las pasiones gritaban 535 alto. Corrí a buscar unas pistolas que yo tenía aquí... Y Dios por su infinita misericordia quiso preservarme de aquel negro abismo:

la comitiva pasó junto a mí, antes que yo hubiese alcanzado el hospital. Juan Cruyés y sus dos mancebas volvieron a presentarse a mi vista; y se realizó al punto una metamorfosis completa en mis afectos. En vez de ira, comencé a experimentar temor y angustia... Apenas recuerdo lo que después ocurrió, porque yo estaba realmente fuera de mí.

Tan admirado quedé al escuchar aquel extraño relato, que permanecí en silencio contemplando por mucho tiempo las miradas de Antonio, para ver si descubría en ellas algún signo de locura. Su aire de seguridad y convicción me demostró que en todo lo que había escuchado sólo había verdad y cordura. Entonces subió de punto mi asombro.

Por fin, hemos quedado de acuerdo en que partiré mañana para la ciudad, estableceré mis relaciones con todas las personas a quienes vengo recomendado, y haré forma de averiguar con destreza todo lo que hubo en el suceso de Buenavista. Reflexionaremos después cuál será el partido que adoptemos.

Tal es lo que por hoy ocurre, mi querido amigo. Procura ilustrarnos con tus consejos; que yo te daré cuenta de lo que sobrevenga.

Ponme a los pies (q. b.) de tu amable y modesta María; recibe mil finos recuerdos de Antonio, y el sincero afecto de tu amante amigo.

554. *adoptemos* : adoptaremos VA, RS, P
UADY

CARTA XX
MANUEL A MELCHOR

San Lázaro, 15 de agosto de 1824

Mi muy querido amigo. No he podido dispensarme de venir a pasar algunos días a casa del apreciable D. N***, nuestro antiguo corresponsal en Campeche. Esto ha servido perfectamente a nuestras miras; y al aceptar la invitación con que fui honrado, no he hecho más que obsequiar la decidida voluntad de Antonio, en cuyo favor esta familia ha empleado los más delicados miramientos. Además, yo he impuesto la condición de que por la noche se me permitiría volver a San Lázaro, a pasarla junto a nuestro amigo; y aunque no faltan sus escrupulillos sobre esto, porque al cabo no todos pueden vencer la arraigada preocupación que existe contra los lazarinos, sin embargo, la condición ha sido aceptada, y es así como yo permanezco en la plaza, hasta que la situación de Antonio me permita volver a Mérida, a cuidar de la triste y solitaria existencia de don Pablo. 5
10
15

Sensible me es entrever que esa situación de nuestro pobre amigo presente un carácter funesto. Hállase enteramente libre de la última enfermedad, y ha emprendido de nuevo, hace tres días, sus excursiones fuera del hospital; mas sus miradas y ademanes llevan algo de sombrío y terrible. Engólfase a menudo en misteriosas pláticas con el sepulturero; sus ausencias, según me ha referido el capellán, son prolongadas; y sus maneras bruscas están 20

4. *Mi* : om. VA, RS, P, UADY

10. *permitiría* : permitiera VA, RS, P,
UADY

20. *miradas* : miramientos VA, RS, P,
UADY

25 indicando que algo de extraordinario pasa dentro de aquel cerebro
ardiente. La duda, la funesta duda, que es como un cáncer roedor
cuando se apodera de un corazón susceptible, está hoy ejerciendo un
formidable influjo sobre nuestro desgraciado amigo. ¡Sospecha que
no está leproso! Y así al verse encerrado en el hospital de San Lázaro,
30 condenado a un perpetuo destierro, muerto civilmente y reducido a
alternar con otros infelices cuyo solo aspecto infunde horror, juzga
que se ha cometido contra él un acto premeditado de la más atroz
injusticia y se cree con derecho a maldecir de la sociedad y de la tiranía
que impunemente ejerce, porque se encuentra apoyada en la fuerza.

35 Pues bien, me decía anoche sacudiéndome con violencia el
brazo e hincando en él sus dedos cual si fuesen tenazas; pues bien,
si la sociedad emplea su fuerza brutal contra un individuo inde-
fenso, quédame el derecho a salvo: puedo y debo *insurreccionarme*
para combatir un despotismo tan odioso.

40 Paréceme excusado decirte que no he permanecido indiferente al
escuchar semejantes especies, y que las he combatido con calor por-
que si llegasen a arraigarse, sabe Dios los funestos resultados que
esto produciría. Sus ideas religiosas, sus nobles y elevados senti-
mientos, su fe misma, experimentarían entonces una completa revo-
lución. No hay remedio; aquel billete funesto de Regino ha empon-
45 zoñado la existencia de nuestro pobre amigo, engendrando en su
ánimo esperanzas quiméricas, y minando la base de su fe y resigna-
ción. ¡Todavía ese joven maligno ha de causar mayores males en el
mundo, que los esparcidos en el principio de su fatal carrera!

50 Nada quiero decirte por hoy acerca de mis pesquisas y averigua-
ciones sobre el suceso de Buenavista. Estoy en buen camino, y
confío que llegue al término que me he propuesto. Basta que sepas
que Antonio no se equivocó. Me urge concluir aquí, pues voy
ahora mismo a dar un paso importante.

Adiós, mi buen amigo: sabes que soy todo tuyo.¹

28. *al verse* : al verle VA, RS, P, UADY

43. *experimentarán* : experimentarían
VA, RS, P, UADY

¹ “Esta carta, aunque parece en la colección fechada en San Lázaro, no lo fue segura-
mente sino en Campeche”. [Nota de autor].

CARTA XXI
MANUEL A MELCHOR

Campeche, 18 de agosto de 1824

Querido mío: mi prudencia toda se ha estrellado miserablemente
contra la insolencia y astucia del bandido infame, que ha causado 5
las desgracias de nuestro pobre amigo de San Lázaro. Contaba yo
con que pronto caería en mis manos pero se ha substraído del
justo castigo que merecían sus crímenes, dejando burladas todas
mis esperanzas, precisamente cuando me figuraba imposible su
evasión. 10

Instaleme, como te dije, en esta casa, accediendo a las instancias
de este caballero y su respetable familia; pero yo no perdí de vista
el objeto que me conducía, y desde luego me propuse buscar la
huella del pirata, que con tal osadía se presentaba en la buena
sociedad de Campeche, acompañado de sus dos mancebas, instru- 15
mentos y cómplices de todos sus delitos. Muy presto hallé la oca-
sión de saber lo que deseaba. En toda la ciudad no se hablaba de
otra cosa que del cónsul colombiano destinado a Veracruz por el
gobierno de la nueva República, y de sus dos hermanas que por
puro placer le acompañaban en el viaje. 20

De pronto yo no creí que se trataba del malvado cuyo paradero
me convenía indagar; mas hallábanse de visita en esta casa, cuando
se habló del asunto, dos caballeros que habiendo concurrido a la
reunión de Buenavista, no sabían hablar de otro asunto que del
talento y modales diplomáticos del cónsul, y de la singular gracia 25

8. *dejando burladas : om. RS*

y amabilidad de sus dos hermanas. Conforme veía yo más claro en el particular, así crecía mi asombro y mi indignación. Una u otra pregunta que dirigí aparentando indiferencia, bastó para descubrirme en toda su extensión cuanto podía desear en el asunto. Desde entonces me tracé un plan de conducta que me parece excusado repetirte, supuesto que todo él no ha servido de nada, porque ese hombre es un demonio maligno, un ser incomprendible. Tres días después de este descubrimiento, la buena o mala estrella mía me puso en contacto con el llamado cónsul de Colombia. Envié un expreso a San Lázaro para que Antonio no me esperase aquella noche, pues había aceptado un convite de D. E. ***, y después de la comida habría una tertulia. Presénteme en efecto, a la hora que se me designó, y, con sorpresa, encontreme en la sala de recibo con el señor *cónsul de Colombia*, que era nada menos que el mismo Juan Cruyés en persona, pues yo tenía presentes todos los rasgos de su fisonomía, hermosa y arrogante sin duda. Habíale visto muy de paso durante su permanencia en Mérida, cuando sedujo vil y cobardemente a un joven que le había dispensado su amistad y colmado de favores; pero aquellas miradas, aquel talle y aquel conjunto, eran de un tipo tan característico, que no podían confundirse ni equivocarse si una vez llegaban a verse. Ese malvado es un Antinoo¹ con una alma de Lucifer. Ningún esfuerzo había hecho para disfrazarse, y entre el semimendigo que yo conocí antes, y el elegante caballero en cuya presencia me hallaba, no había más diferencia que en los arreos de su vestido rico y elegante. Pareciome tan audaz semejante conducta, que casi llegué a sospechar si Antonio se había preocupado en el suceso de Buenavista, y me había transmitido su preocupación.

26. yo : om. RS

29. descubrirme : describirme RS

¹ *Antinoo*: Esclavo bizantino de gran belleza, favorito del emperador Adriano. Murió ahogado en el Nilo en el año 130. Adriano hizo construir en el lugar de su muerte la ciudad de Antinópolis; se le erigieron templos y se le conoció como el *dios amable*.

El dueño de la casa me presentó al *cónsul de Colombia* que me recibió con una arenga pedantesca y aun ridícula. En esto consistía su talento diplomático, celebrado y aplaudido por algunos jóvenes frívolos y sin mundo, que se deslumbran con el oropel. Mientras me hablaba, clavé con intención mis ojos en los suyos, y, aunque al principio recibió esta mirada con bastante serenidad, pareciome que al fin hubo de desconcertarse. Yo me figuré que le había chocado mi fisonomía y el aire con que le miraba. Tal vez buscaba allá en sus recuerdos alguna cosa que de improviso le había ocurrido, sin acertar con ella a punto fijo. Sin embargo, durante la comida conservó toda su sangre fría, a pesar del menosprecio con que recibí sus palabras, y el desvío con que le traté. Alguna vez, en medio del bullicio y de la animación que en la mesa reinaba, creí notar en la frente de Cruyés una nube sombría, que pasaba rápidamente causándole cierta distracción vaga e imperceptible. Aunque era el héroe de la fiesta, y todos los concurrentes le colmaban de atenciones, a las que correspondía con afectación, no por eso dejó de observarme constantemente, y muy a menudo sus miradas se encontraron con las mías. Yo estaba impaciente y airado en semejante situación.

Y más y más me indignaba, notando que el coronel Landero, comandante de la plaza y uno de los que habían concurrido a la mesa de D. E.***, escuchaba con el mayor interés los falsos relatos de aquel impostor descarado. Durante el café, habló Cruyés de Bolívar,²

76. con el mayor interés los falsos relatos :
om. UADY

² *Bolívar*: Simón Bolívar (Caracas, 24 de julio de 1783-San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, 17 de diciembre de 1830). Huérfano de padre y madre, a los 17 años, marcha a España. Estudia en Madrid, viaja a Francia y en 1802 contrae matrimonio con Teresa Rodríguez de Toro, que muere al año cuando se encontraban en Venezuela. Regresa Bolívar a Europa; asiste a la coronación de Napoleón en París, en 1804. Viaja a Italia; en Alemania se embarca hacia los Estados Unidos y en 1806 se encuentra en Caracas, en donde muy pronto iniciará su misión histórica. En 1810 va a Inglaterra con el objeto de obtener el apoyo del Reino Unido. Regresa en 1811 acompañado de Francisco

Sucre,³ Santander,⁴ Páez,⁵ Córdova⁶ y otros muchos hombres ilustres que han contribuido a la libertad suramericana, como de

de Miranda, el símbolo de la revolución. Después de algunos fracasos iniciales durante los primeros años, el congreso de Angostura, en febrero de 1819, le confirma su cargo como jefe político y militar del Estado de Colombia. Y es entonces cuando realiza una de sus mayores hazañas: al frente de un ejército bien equipado franquea los Andes, y el 7 de agosto de 1819, derrota al ejército realista en Boyacá, entra en Santa Fe y da la independencia al virreinato de Nueva Granada. De regreso a Venezuela, el 17 de diciembre de 1819, obtiene del congreso de Angostura la proclamación de la República de Colombia, integrada por Venezuela, Nueva Granada y Quito. El general Pablo Morillo, que se encuentra sin recursos, pide un armisticio (Trujillo, noviembre de 1820). Concluido el plazo, se reanuda la guerra y Bolívar vuelve a vencer a los realistas en Carabobo. El triunfo de Sucre en Pichincha, le permite marchar hacia Quito. En Guayaquil, el 25 de julio de 1822, se entrevista con San Martín e impone su ideología paternalista, republicana y federativa. Viene después la victoria de Junín el 6 de agosto de 1824 y finalmente la victoria de Sucre en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. En mayo de 1825, Bolívar pasa al Alto Perú, donde organiza la república creada por Sucre. Su ideal es constituir un amplio bloque político que abarque la Gran Colombia, Perú y Bolivia. Pero sus sueños se estrellan con la realidad de los hechos que se imponen a sus concepciones ideológicas. El Congreso Panamericano, celebrado en Panamá en 1826, es sabotado por Argentina y en la misma Venezuela surgen tendencias separatistas. Ya en Caracas, Bolívar se impone a José Antonio Páez, el separatista; pero pronto el Congreso, en 1828, acepta su dimisión como presidente. Recupera por la fuerza, en 1829, el cargo presidencial, pero pronto es considerado como un tirano y un enemigo público. Después de los reveses sufridos en Colombia, en donde también son evidentes las ideas separatistas, la noticia de la muerte de Sucre y minado por la tuberculosis, muere el 17 de diciembre de 1830. (Jaime Vicens Vives, *Mil figuras de la historia*, t. II, Barcelona, Instituto Gallach, 1959, 169-170).

³ *Sucre*: Antonio José de Sucre (Cumaná, 1795-Berruecos, 1830). General y político venezolano. Desde temprana edad tomó parte en la lucha por la independencia de su país. En 1813, tiene el grado de teniente coronel en el ejército insurgente de Santiago Mariño. Muy pronto colabora con Simón Bolívar marchando a las Antillas para recoger fondos y armamento para el ejército. Como jefe del Estado Mayor de Bolívar, en 1820 firmó el armisticio de Trujillo con el general realista Pablo Morillo. El 24 de mayo de 1822, Sucre obtiene la independencia de Ecuador, en la batalla librada en Pichincha, cerca de Quito. Después de la batalla de Junín (6 de agosto de 1824), Bolívar confió a Sucre el mando de operaciones, mientras él marchaba hacia la costa. En estas circunstancias, el 9 de diciembre de 1824, en Ayacucho, Sucre, a los 29 años, “sellaba con una rutilante e inmaculada victoria” la independencia de las colonias españolas en la América del Sur. Declarado independiente el Alto Perú, con el nombre de Bolivia, fue designado presidente

otros tantos individuos con quienes había tratado íntima y familiarmente.

80

—Bolívar—decía el insolente embaidor— si hubiese obsequiado mis insinuaciones y seguido mis saludables consejos, no hubiera sacrificado tantos hombres valerosos en las llanuras de Bocaya,⁷

80. *individuos con quienes había tratado* :
om. RS

82. *embaidor* : embaucador RS, embajador P

vitalicio, aunque renunció a este cargo al cabo de dos años. Murió asesinado en el bosque de Berruecos, cerca de Pasto, el 4 de marzo de 1830. (Jaime Vicens Vives, *Mil figuras de la historia*, t. II, Barcelona, Instituto Gallach, 1959, 172).

⁴ *Santander*: Francisco de Paula Santander (1792-1842). General y político colombiano que militó en el ejército insurgente. Combatió en la batalla de Boyacá y ahí mismo Bolívar lo ascendió a general de división. Sin embargo, pronto surgieron diferencias entre ambos. Cuando Bolívar ya había muerto, fue elegido presidente de Nueva Granada, cargo que desempeñó hasta 1837. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

⁵ *Páez*: José Antonio Páez (Acarigua, Venezuela, 1790-Nueva York, 1873). Militar y hombre de estado venezolano que participó, entre otras, en la batalla de Carabobo (1821) y en la toma de Puerto Cabello (1823). Fue presidente de la joven república de Colombia en 1830, y más tarde en 1838 y 1861. En 1863 se trasladó a Buenos Aires y en 1871 a Nueva York. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

⁶ *Córdova*: José María Córdova o Córdoba (Cajamarca, 1786-Cajamarca, 1846). Estudió la carrera de las armas en España, en donde luchó contra las tropas de Napoleón. Pero al estallar la guerra de independencia en el Perú, regresó a su país. Combatió tanto en Perú como en Chile y fue nombrado general de división en 1820. Participó en la batalla de Junín, mandando el centro del ejército de Bolívar. En la batalla de Ayacucho decidió la victoria a favor de las tropas revolucionarias, derrotando sucesivamente los tres cuerpos del ejército realista y haciendo prisioneros el virrey José de La Serna y al general Moret. En 1827, Perú lo eligió como vicepresidente, y una vez desempeñado el cargo por seis años, se retiró a sus posesiones de Cajamarca. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

⁷ *Bocaya*: Bocaya dice equivocadamente Juan Cruyés en lugar de Boyacá; así como también altera el nombre del general español derrotado (el brigadier Barreiro y no Pablo Morillo). Boyacá: Batalla ganada por Simón Bolívar a los españoles en el puente de Boyacá el 7 de agosto de 1819: en ella se derrotó por completo al ejército realista, quedando en poder de los vencedores sus principales jefes, todo su armamento, municiones, artillería, caballería, etc. De esta batalla se dijo: “Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el

85 en que batió otra vez al sanguinario Morillo,⁸ pues si bien decidióse la victoria en nuestro favor, no fue sino después de una obstinada y sangrienta resistencia.

—¡Y la acción de Carabobo!⁹ —exclamó Landero—. ¿Qué me dice usted de la gloriosa jornada de Carabobo?

90 —¡Oh! —repuso el seudocónsul colombiano—, precisamente me trae usted, señor coronel, a un terreno que yo conozco palmo a palmo, y en el cual han caído algunas gotas de mi sangre. Nuestras fuerzas vinieron de nuevo a las manos con las tropas realistas el día 24 de junio de 1821, en el para siempre famoso llano de Carabobo.

94. 1821 : 1721 VA, RS, UADY

Perú, queda a merced del que domina a Santa Fe [Colombia], a quien, al mismo tiempo, se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey nuestro señor en el virreinato. *Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates.*” Sin embargo, Bolívar sabía que el triunfo de Boyacá no significaba el fin de la guerra, sino el primer paso para alcanzar la victoria final, que debía ganarse en el centro de la provincia de Caracas, ocupada todavía por Morillo. (Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, México, EDIAPSA, 1956, 208-211).

⁸ *Morillo*: Pablo Morillo (1778-1837). General y político español. Combatió en la batalla de Trafalgar y en la de Bailén. Y por su participación en la lucha contra los franceses se le ascendió a general de división. En 1815 embarcó para América del Sur como jefe destinado a sofocar la rebelión insurgente, en donde realizó una brillante campaña militar, en muchas ocasiones marcada por la crueldad. Se apoderó de Cartagena de Indias y de Santa Fe de Bogotá. Venció a Mariño cerca del río Cariaca y resultó gravemente herido en la batalla de Coro; y con diversas alternativas se sostuvo en América hasta que se firmó la tregua de Trujillo (1820). A su regreso a España se le concedieron algunos títulos nobiliarios. Finalmente, después de participar en la política y la lucha entre liberales y absolutistas, se le nombró capitán general de Galicia. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

⁹ *Carabobo*: Batalla que tuvo lugar en las llanuras de Carabobo, el 24 de junio de 1821, entre el Ejército Libertador, dirigido por Simón Bolívar y el ejército realista mandado por La Torre. La batalla duró alrededor de una hora y al final quedó derrotado el ejército realista, del que una parte logró retirarse en línea hacia Puerto Cabello. Esta victoria le permitió a Simón Bolívar entrar a la ciudad de Caracas el 28 de junio de ese mismo año. (Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, México, EDIAPSA, 1956, 228).

¡Qué combate! ¡Qué victoria! Figúrese usted que yo era edecán de Bolívar aquel día crítico, y andaba de fila en fila comunicando sus órdenes. Ello... me costó alguna cosa... es decir... un bayonetazo, un rasguño en el muslo izquierdo; pero esto no vale la pena. Ganamos la acción por la intrepidez de la caballería que mandaba Páez, y de los ingleses auxiliares. Torres,¹⁰ sucesor de Morillo, retiróse con los restos de su división a Puerto Cabello;¹¹ y entonces Cartagena¹² y la Guaira¹³ quedaron en nuestro poder. ¡Qué día, el memorable 24 de junio de 1821! ¡Qué acción, la gloriosa de Carabobo! ¡Qué triunfo, el del inmortal Bolívar!

Sin embargo, estoy segurísimo que el día 24 de junio de 1821, el narrador de estos sucesos hallábase en Mérida a mil leguas de Carabobo. Pero Landero, que estaba perfectamente enterado de la historia militar y política de Bolívar, y oía repetirla con tal exactitud, no podía figurarse que aquel hombre le engañaba burlándose

96. sus : om. VA, RS, P, UADY

¹⁰ *Torres*: Sierra O'Reilly escribe Torres, pero debe ser Miguel de la Torre quien en 1820, siendo mariscal de campo, sucedió a Pablo Morillo como jefe del ejército realista. Fue derrotado por Bolívar y Páez en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821. En 1823 fue nombrado gobernador civil y militar de Puerto Rico, desde donde ayudó al ejército realista. En 1836 proclamó la constitución en Puerto Rico y el mismo año obtuvo el título de conde de Torrepano. Murió después de 1837. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

¹¹ *Puerto Cabello*: Ciudad de Venezuela, situada en el litoral de las Antillas. Debe su nombre a la tranquilidad de sus aguas en las que se dice que se puede anclar un navío amarrado de un cabello. Sufrió los ataques de los piratas holandeses de Curazao, por lo que el gobierno español mandó a construir una fortaleza. En 1823 se libró en sus alrededores el último combate entre venezolanos y españoles. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

¹² *Cartagena*: Cartagena de Indias. Ciudad de Colombia en el mar de las Antillas. Su bahía es una de las mejores de América con puerto fortificado. Tiene varios castillos, como los de San Felipe, San José y San Fernando. Es famoso el cerro de la Popa. En 1821 sufrió el asedio del ejército insurgente, después de la victoria de Carabobo, y los españoles resistieron en ella alrededor de catorce meses. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

¹³ *la Guaira*: Puerto de Venezuela en el departamento de Caracas. Dista de Puerto Cabello alrededor de 104 kms. En 1821 fue reconocida en él, la independencia de Venezuela. (*Enciclopedia Espasa-Calpe*).

110 de su entusiasmo. Por lo menos, el impostor poseía el talento particular de no aventurar ninguna especie de que no estuviese informado. ¡Cuántos charlatanes y embusteros llegan a representar un papel importante, contando tan solo por auxiliares con una buena memoria, y sobre todo con el candor y poca crítica de una sociedad amante de novedades!

Landero se había apoderado del cónsul, y ambos se hallaban engolfados en un diálogo rápido y acalorado, que todos los convidados escuchaban con el mayor interés y curiosidad.

120 –Y bien –dijo el comandante–. Seguramente usted no abandonaría a nuestro héroe, y seguiría usted participando de sus triunfos y de su gloria.

–¡Abandonar yo a Bolívar! ¡Yo que en mi corazón le había consagrado un altar para tributarle una especie de adoración! ¿Usted se figura que yo había de abandonar al libertador de mi patria?

125 Y mientras lanzaba estas enfáticas exclamaciones, parecía apelar a su memoria para asegurarse de lo que iba a referir, pues convencido de que se las había con un hombre de talento y penetración, y que además poseía un buen caudal de noticias, cualquier tropiezo o dificultad, cualquiera inexactitud o anacronismo, le hubiera comprometido gravemente. Después de una ligera pausa, prosiguió:

130 –El resultado de la jornada de Carabobo, fue dejar completamente libre de sus formidables enemigos a la nación colombiana; mas el Perú estaba invadido aún, y no tenía esperanza alguna de triunfar sin el poderoso auxilio de la espada del libertador de Colombia.

–Es verdad, y yo he leído en los periódicos que los peruanos dirigieron una invitación muy expresiva a Bolívar.

140 –Y también habrá usted leído –repuso Cruyés al punto–, que Bolívar no fue insensible a esta súplica de nuestros hermanos oprimidos. Dejó las comodidades del descanso, abandonó el fausto y

133. *libre de sus formidables : om. RS*

los honores de que estaba rodeado, y atravesando de nuevo las peligrosas crestas de los Andes, se dirigió al Perú a la cabeza de un ejército de siete mil hombres.

—¡Exactamente! —exclamó Landero—. Así lo refieren los diarios de Nueva Orleáns y de Baltimore. 145

—Pues yo daré a usted más detalles y noticias que cuantos pudieran suministrarle los diarios de Nueva Orleáns y Baltimore, porque está usted hablando, mi coronel, con un testigo ocular de los sucesos que refiere. 150

—Adelante, señor cónsul, adelante.

—Avistose Bolívar en Junín¹⁴ con las tropas expedicionarias, y las derrotó completamente.

—¡Oh!

—Y en seguida dio la batalla de Ayacucho,¹⁵ y allí quedaron humillados para siempre los enemigos de la libertad americana. 155

147. a usted : usted VA, UADY, om. RS

¹⁴ *Junín*: Victoria de Simón Bolívar, el 6 de agosto de 1824, sobre el jefe realista José Canterac en la llanura de Junín, mediante la cual los insurgentes ganaron una inmensa extensión territorial en la sierra peruana, además de la destrucción de una importante parte del ejército español, precisamente aquella que custodiaba Pasco y el valle de Jauja. (Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, México, EDIAPSA, 1956, 307-309).

¹⁵ *batalla de Ayacucho*: Esta batalla tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824, y en ella el ejército libertador, al mando de Antonio José Sucre, derrotó al ejército del virrey José de La Serna en el campo de Ayacucho. En la nota que le envió Sucre al Libertador, el 10 de diciembre de 1824 al término de sus tareas en la sierra peruana, sobre el Tratado de Capitulación, le decía: “El tratado que tengo la honra de elevar a las manos de V. E., firmado sobre el campo de batalla en que la sangre del Ejército Libertador aseguró la independencia del Perú, es la garantía de la paz de esta República y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho. [...] El ejército unido siente una inmensa satisfacción al presentar a V. E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, sus plazas, sus parques, almacenes y quince generales españoles son los trofeos que el ejército unido ofrece a V. E. como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que desde Junín señaló al ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras. Dios guarde a V. E. —Antonio José Sucre.” (Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, México, EDIAPSA, 1956, 320).

–¡Vivan los vencedores de Ayacucho! –gritó Landero, arrebatado de su exaltación patriótica, sin acordarse de que estaba en casa de un caballero español, a quien seguramente no haría mucha gracia la ocurrencia.

160

–Vencedores en Ayacucho –continuó Cruyés–, entramos triunfalmente en Lima el día 3 de setiembre de 1823.

–¡Apenas hay de esto once meses!

–Y aquí me tiene usted tan lejos del teatro en que se representó este suceso glorioso.

165

–¿Y cómo...?

–¿Cómo? Que el gobierno de Colombia, para recompensar mis cortos e insignificantes servicios en la guerra de la independencia, me ha nombrado cónsul de la república en Veracruz. Yo dije: *cedant arma togae*,¹⁶ y entré en la carrera diplomática.

170

El coronel pareció extrañar un tanto aquella metamorfosis repentina de militar a cónsul; pero si tuvo ánimo de dirigir alguna observación al vencedor de Junín y de Ayacucho, la cosa se quedó allí, porque habiendo hecho señal de *vela* la campaña del muelle, a la cual correspondió la del principal cuerpo de guardia, todos los convidados nos levantamos de la mesa, y nos dirigimos de prisa al espacioso mirador de la casa. Un marino inteligente obtuvo la preferencia del *anteojo*, y al cabo de algunos segundos de observación, sin embargo de haberse ocultado ya el sol no habiendo más luz que la del crepúsculo, anunció a los que allí estábamos que la embarcación avistada era... un bergantín.

175

180

–¿Mercante? –preguntaron algunos.

162. *setiembre* : septiembre VA, RS, P,
UADY

¹⁶ *cedant arma togae*: «Que las armas cedan a la toga». Primer hemistiquio de un verso que Cicerón hizo en su propia alabanza, en memoria de su consulado (Cic., *Off.* 1, 22, 82). Se emplea para indicar que el poder militar debe ceder ante el poder civil, representado por la toga.» (Víctor José Herrero Llorente, *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Madrid, Gredos, 1992).

–No –respondió el marino–. Es un bergantín de guerra.
 –¡A ver! –gritó el comandante de la plaza–. ¿Puede distinguirse
 la bandera? 185
 –Sí, sí –dijeron todos–; la bandera, la bandera.
 –¿La bandera? –repuso el que observaba–. La bandera... si no
 me equivoco... digo... como ya estamos casi a oscuras... y el tal
 bergantín se halla tan fuera... ¡ah, ah...! sí... no hay duda. Es ban-
 dera colombiana. 190
 Por un movimiento instintivo, todos volvimos la vista bus-
 cando con ella al *cónsul de Colombia*.
 Pero el *cónsul de Colombia* ya no estaba allí. D. E.*** que venía
 subiendo las escaleras del mirador, manifestó haber recibido
 encargo de hacernos presente sus excusas por una separación tan
 brusca e intempestiva. Hízome alguna impresión aquel rasgo de
 descortesía, y no sé por qué me cruzó la idea de que ese movi-
 miento tenía alguna conexión con la llegada del bergantín. Nin-
 guno hizo alto en ello, y después de haber disfrutado de la vista del
 mar por algunos instantes, bajamos a la sala en donde ya estaban
 reunidas varias señoras; al cabo de media hora volvió el *cónsul*
 acompañado de *sus dos hermanas*. 200
 Toda la sangre se me cuajó en las venas a su aspecto. Represen-
 tóseme con tal viveza la historia de nuestro pobre amigo, la
 seducción de aquel malvado, los funestos encantos de aquellas
 meretrices, la burla cruel y odiosa de que Antonio fue víctima, y
 la formidable dolencia que le sobrevino; que hube de quedarme
 horrorizado, inmóvil y como una estatua, mientras que todos los
 jóvenes y caballeros se apresuraban a saludar a las dos *señoritas*,
 ofrecerles sus obsequios y mendigar de ellas una mirada afectuosa. 205
 Yo no sé lo que pasó por mí en aquel instante aciago; pero no caí
 en la cuenta del papel ridículo que estaba representando, sino
 cuando el flotante vestido de una de aquellas viles criaturas se rozó
 210

205. *seducción* : reducción RS

208. *inmóvil y como una estatua* : om. VA,
 RS, P, UADY

215 contra mi fraque, y oí la destemplada voz de Juan Cruyés, que me gritaba:

 –¡Con permiso, caballero!

 Herido como de un golpe eléctrico al escuchar aquella especie de reclamo arrogante, volví en mí de la sorpresa que me causó la presencia de las dos harpías, y experimenté un acceso de ira tan violento, que apenas pudo refrenar el respeto que me debía la casa de D. E.*** y la sociedad en que me hallaba. Encaré, pues, con el osado impostor, y le repuse.

 –¡Usted lo tiene, señor capitán...! de piratas –díjele al oído.

220 El pirata me lanzó una atroz mirada de odio profundo, a la cual correspondí con otra de desprecio y aversión. Guardó silencio, sin embargo; pero todos se apresuraron a excusarme por mi distracción, y algunos me hicieron observar que me había yo equivocado, pues aquel caballero no era capitán, sino el cónsul de Colombia.

230 –Bien puede ser –dije en voz alta, de manera que me oyese el impostor–. Lo uno no quita lo otro; no hay inconveniente en que ese buen señor sea hoy cónsul, pero me parece que antes ha sido capitán de cierta embarcación que él puede recordar, sin duda.

235 Los que me habían explicado oficiosamente cuál era el carácter de Cruyés, se retiraron encogiéndose de hombros y compadeciéndose de mi ningún tacto de sociedad y trato de gentes.

240 Los ojos del pirata centellaban de furor y de rabia. Si antes pudo sospechar que yo no le había reconocido, después de lo que había pasado entre ambos ya no debía quedarle ni sombra de duda. A pesar de todo, conservó toda su audacia y serenidad. Presentó en el estrado a las dos prostitutas que llamaba hermanas, y se dirigió con paso firme y seguro a colocarse en un sofá, en medio de dos bellas y amables señoritas con quienes entabló una conversación animadísima. Y he aquí que aquel hombre infame y corrompido, que se había presentado sin recomendación alguna y

227. *yo : om. RS*

dándose un dictado cuya legitimidad nadie se empeñaba en averiguar, abusando de la buena fe y candor genial que reina en nuestra sociedad, virgen todavía, osaba profanar con su presencia una reunión de personas decentes, que le habían acogido con ligereza y sin examen. Pero nada me admiraba tanto como el ver y observar tal osadía y descaro, a pesar de hallarse convencido el malvado de que allí había uno, por lo menos, que le conocía y podía delatarle. Seguramente no recordaba a punto fijo en dónde nos habíamos visto, ni quién podía yo ser; pero yo estaba firmemente resuelto a auxiliar su memoria, de una manera ruidosa. Toda la dificultad, que no dejaba de ser grave, consistía en verificarlo de suerte que en nada se comprometiesen el nombre y estimación del pobre enfermo encerrado en San Lázaro. Esta consideración en gran parte ha contribuido a frustrar mi proyecto.

La belleza de las dos extranjeras, si bien deslumbraba de pronto, descubriéndose luego que todo era obra del más esmerado artificio, y que allí nada había natural sino una palidez sospechosa, oculta bajo los afeites del tocador. Acaso la regularidad y frescura de sus facciones pudieron ser agradables en otro tiempo; pero bien fuese la preocupación en que me hallaba, y la certidumbre que tenía de que aquellas infelices pertenecían por sus vicios a la clase más abyecta de la sociedad, o que realmente hubiese en su físico alguna cosa repugnante; lo cierto es que su voz, su fisonomía y sus modales me chocaron de un modo raro, y estuve muy lejos de experimentar la viva y peligrosa impresión que llevó a su ruina al desgraciado amigo que lloramos. A duras penas podía yo reprimir mi disgusto observando que casi todos aquellos jóvenes, ligeros y extravagantes, consagraban su atención y obsequios a las dos hermanas, si lo eran, dejando en el olvido a las amables, bellas y virtuosas señoritas que habían concurrido a la tertulia casera de D. E.*** sin sospechar que iban a ponerse en contacto con dos mujeres perdidas.

254. *yo estaba* : estaba. RS

265. *de* : om. P

La más joven de éstas, seguramente la que conoció Antonio bajo el nombre de Paulina, fue desde luego invitada a sentarse al piano. Poco se hizo de rogar, acercóse al instrumento, y ejecutó con la mayor soltura y despejo varias piezas delicadas y del mejor gusto. Su habilidad provocó el entusiasmo de algunos filarmónicos; e insensiblemente fueron agrupándose alrededor de aquella sirena la mayor parte de los jóvenes admiradores de todo lo nuevo, que sólo por serlo excita su facticia susceptibilidad. Yo no sé cómo me encontré en aquel círculo; el caso es que estaba tan próximo al instrumento, que podía notar hasta el más ligero movimiento y ademán de la que ejecutaba sobre él. Cuando me hallaba más distraído, acercóseme uno de esos vejetes entrometidos que todavía tienen la pretensión de agradar a las damas, y en tono misterioso y solemne díjome al oído:

—¿No es verdad que toca el piano cual jamás se había oído en estas regiones lejanas?

Miré de pies a cabeza a aquella especie de hombre y le dije:

—Buenas noches, caballero.

—¡Eh! —me replicó—, con razón se ha amostazado contra usted el señor cónsul. ¡Vaya un genio atrabiliario!

—¡Caballero!

—¡Vamos! No se enoje usted, que yo no lo digo por tanto; pero eso de no llamar por su título al señor cónsul de Colombia, y salir con la fría de apodarle... capitán... pues que si lo fue, había llegado al grado de coronel en los ejércitos de Bolívar... y...

—¿Y de qué sabe usted todo eso? ¿Quiere usted comprar un pleito ajeno?

—¡Yo! ¡Dios me libre! Mi único placer es adorar a las damas. Por eso le llamaba a usted la atención sobre esta hechicera, que está haciendo prodigios en el piano; ¿no es verdad, caballero?

—Si le parece a usted, señor mío, puede hacer presente su admiración a la que es objeto de ella. Por lo menos así opino yo.

285. *facticia* : ficticia *RS, P*

301. *fue* : fuese *P*

–Bien; pero si quiere usted seguir mis consejos... los consejos de un hombre experimentado, y que se precia de ser un tanto conocedor de los usos y maneras del gran mundo... 310

–¡Caballero, por Dios! Reserve usted sus consejos para quien se los pida.

–¡Jesús, qué pertinacia! Cuando le digo a usted, caballerito, que todo esto es por su bien... 315

–Hablemos claros; yo no quiero recibir los consejos de usted.

–¡Peor, cabal, peor para usted! –exclamó el personaje, dando un gran golpe con el puño de su bastón en el espaldar de una butaca.

Yo estaba a punto de perder la paciencia, viéndome acosado de aquella manera tan ridícula. El figurón continuó en sus exclamaciones: 320

–¡Qué se va a decir de los yucatecos, después de este lance! ¡Qué juicio va a formar la gente civilizada, cuando sepa que usted ha llamado capitán... a un cónsul de Colombia! 325

–Lo dicho, dicho –repuse yo con la voz alterada–. El señor cónsul de Colombia en otra ocasión se ha llamado el capitán *Juan Cruyés*.

No bien se escapó de mis labios este nombre, e hirió el oído de la joven que tocaba el piano cuando ésta volvió los ojos azorada hacia mí, encendiósele el color, equivocó los compases de la música, ya no supo en dónde colocar los dedos, y convirtióse la sonata en una verdadera algarabía. Cesó por fin de tocar, y llevando el pañuelo a la frente, inclinóse sobre el piano y pidió con voz desfallecida un vaso de agua. Sin embargo de la rapidez con que pasó todo esto, Juan Cruyés fue el primero que se presentó en auxilio de su hermana; tomola del brazo, hízome un gesto amenazador que sólo yo comprendí, y después de dar un paseo por la sala y hacer que Paulina respirase el aire libre en el balcón, la obligó a que continuase en el piano la pieza musical interrumpida. De allí en adelante, Cruyés y yo nos observábamos mutuamente; 330

335

340

345

350

315. *digo* : diga *P*

326. *Lo dicho, dicho* : Lo dicho *UADY*

pero ni él se atrevió a dirigirme la palabra, ni yo me di por entendido. Verdad es que yo deseaba la ocasión de explicarme francamente con él, y pedirle una satisfacción por el cruel ultraje que
345 había inferido a nuestro buen Antonio; pero estaba visto que no era aquel el lugar más a propósito para entrar en ciertos pormenores. Así, pues, durante el tiempo de la tertulia, revestime de prudencia para evitar un escándalo inútil en una casa tan respetable cual lo es la de D. E.***

350 Prolongose la *soiree*¹⁷ hasta una hora muy avanzada de la noche. Yo me despedí antes del dueño de la casa, y salime a la calle a observar si sería posible apalabrarme con el pirata, a tiempo de retirarse. Las escenas que pasaron en aquella noche, habían llamado la atención de algunos pocos de los concurrentes; pero
355 nadie pudo comprender qué era lo que realmente había ocurrido. Vieron por mi parte un rasgo de mala crianza o torpeza en el suceso de la llegada de las dos damas, y una impertinencia en la disputa o coloquio con aquel viejo extravagante; pero ni se oyó la palabra fatídica que proferí al oído de Cruyés, ni se supo la causa
360 del vértigo de Paulina, ni se vio la actitud que con tal motivo tomó el pirata. Sólo éste y yo nos habíamos entendido perfectamente, y el malvado estaba ya en guardia contra cualquiera sorpresa. En nada había perdido su arrogancia ni su actitud insolente. Esto no dejaba de confundirme; y se necesitaba de toda la seguridad y convicción que yo tenía de no haberme equivocado, para
365 insistir en mis pesquisas.

En la intención de no retirarme aquella noche antes de dar un paso decisivo con Cruyés, permanecí en expectativa en la calle próxima, recorriéndola de un extremo a otro, mientras salía de la
370 tertulia la persona a quien esperaba. Desde el principio de mi paseo, observé el bulto de un hombre embozado que se apoyaba

354. *de los* : om. UADY

358. *viejete* : vejete VA, RS, P

¹⁷ *soiree*: velada, tertulia, reunión.

en un cañón de esos que suelen fijarse en nuestras esquinas; y si de pronto no me llamó la atención, pareciéndome aquello una mera casualidad, después creí observar, sin embargo, que el embozado hacía algunas evoluciones sospechosas. Yo no portaba arma ninguna, y por lo mismo cualquier encuentro en aquel sitio y en aquella hora con un hombre armado y que abrigase malas intenciones, podría comprometerme en un lance peligroso, del cual sacase yo la peor parte. Sin embargo de esta reflexión, pudo más en mí el deseo de mostrarle mi entereza a aquel hombre; dirigime, pues, a él con paso firme, y ahuecando la voz y metiendo ambas manos en los bolsillos del pantalón, preguntele en tono de autoridad:

—Dígame usted, camarada, ¿qué hora tenemos?

—Demasiado sabe usted la hora que es, señor curioso, pues no hace dos minutos que oyó usted el reloj de la ciudad. Siga su camino que es lo que hoy le importa.

Confieso que al hallarme sorprendido *in fraganti*¹⁸ en un defecto tan ruin, como lo es el de una curiosidad impertinente, me desconcerté sin saber que replicar al desconocido, que me hacía un reproche que justamente merecía. Además, era su voz tan aterradora y diabólica, y sus ojos que se distinguían a la escasa luz de un farol cercano, tenían un brillo tan siniestro y horrible, que me encontré sin ánimo de continuar el diálogo, y proseguí lentamente en mi paseo, tomando la acera opuesta. El embozado permaneció en su sitio con la mayor tranquilidad.

Al cabo de algunos minutos, salieron simultáneamente muchas personas de la casa de D. E.***, y entre ellas apareció Juan Cruyés, llevando de bracero a una señora principal, mientras que sus dos cómplices o hermanas venían del propio modo con dos caballeros. El vejete extravagante, con su voz chillona, era de la comitiva del

386. *reloj*: reloj VA

399. *y entre ellas apareció Juan Cruyés*:
om. RS

¹⁸ *in fraganti*: *In flagranti delicto*: En el momento de cometer un delito.

cónsul, a quien iba prodigando todo linaje de honores, para que no quedase mal puesto el nombre yucateco en el juicio de aquel extranjero *ilustre*, que había sido edecán de Bolívar. No perdí la
405 esperanza de hallarme a solas con Cruyés y sus mancebas, y estaba resuelto a no volver aquella noche a la casa en que me hospedaba, sin quitar, de una vez, la máscara al malvado impostor. Acaso habría alguna imprudencia en esta resolución temeraria y poco
410 meditada, pues era claro que iba a tenerlas con un hombre avezado a la falsedad y a todos los crímenes, cuando yo me encontraba solo sin atreverme a comunicar mi proyecto a persona alguna; y aunque lo hubiese pensado, ya para esto era tarde. Ninguna de estas consideraciones bastó a detenerme, y seguí de cerca
415 el grupo en que iba Cruyés y las meretrices que le acompañaban, a lo que parece, en todas sus incursiones. Yo no sé si fue ilusión; pero me figuré que el pirata volvía la cabeza de cuando en cuando, y que me había percibido a través de la espesa oscuridad que reinaba. No por eso me detuve; y seguía mi marcha a paso firme, cuando he aquí que al volver una esquina encontreme frente a
420 frente con el embozado, a quien yo creía bastante lejos de aquel sitio; y tomándome de un brazo, preguntome en cierto tono que remedaba mi voz y mi acento:

—Dígame usted, camarada, ¿qué hora tenemos?

425 Me veo obligado a confesarte, mi querido amigo, que en aquel instante crítico, al hallarme sorprendido tan bruscamente por aquel hombre, o demonio, me abandonó todo mi valor, y quedé como petrificado. Apretábame el embozado con su mano durísima, y sus dedos de hierro se incrustaban dolorosamente en mis carnes, cual si fueran tenazas. En medio de mi estupor; acerté a
430 lanzar un gemido sordo, que me arrancó el agudísimo dolor que experimentaba; y temiendo acaso aquel salvaje que yo intentase alzar la voz y pedir socorro, con la mano que conservaba libre, no

412. *hubiese pensado* : hubiera pensado
VA, RS, P, UADY

424. *confesarte* : confesarle P
428. *de hierro se incrustaban dolorosamente* : om. RS

menos vigorosa que la otra, tapome la boca y las narices. Todo esfuerzo para librarme de aquella especie de pesadilla, fue enteramente inútil. Debatíame en una convulsión penosa, y llegué a creer que aquel hombre pretendía estrangularme, para no dejar vestigio del asesinato que estaba cometiendo. Algunos instantes pasé en este agudo tormento; mas al fin el asesino abandonó su presa, y caí sin sentido en un fango que había en medio de la calle. Cuando volví en mí, el embozado había desaparecido, y ningún rumor se sentía. Entonces comprendí que su objeto había sido hacerme perder la huella del pirata. Incorporéme y pensé en retirarme de una vez a la casa en que me alojaba; pero nunca mi resolución de castigar a Cruvés había sido más firme y decidida. Mi sangre hervía de furor.

Echeme en la cama; pero no pude dormir en el resto de la noche. Mil proyectos, a cuál más desacordados, cruzábanse en mi imaginación febril; pero después que hubo venido el día, mi final determinación fue la de no proceder a cosa alguna, sin consultarla antes con Antonio, quien estaba más directamente interesado en el asunto. En esta dilación, que provenía del temor de no acertar bien, consistió precisamente la salvación del pirata. Vestime de prisa, y me dirigí al muelle para hacer hora de ir a San Lázaro.

La mañana era hermosa, plácida y alegre, como no suelen serlo las mañanas de agosto. Estaba reunida en el muelle una turba inmensa de curiosos, que había atraído allí la extraña novedad de haber fondeado en el puerto, por primera vez, un bergantín de guerra perteneciente a la escuadra de una de las nuevas repúblicas hispanoamericanas. El comandante de la plaza era uno de los muchos curiosos que esperaban la aproximación de una espléndida lancha, que, a toda vela y remo, se dirigía majestuosamente al punto de la reunión numerosa. El hermoso pabellón de la nueva república, fundada por Bolívar, flotaba en el mástil de popa. Venía en pie al timón un oficial corpulento, entrado ya en edad, de mirada grave y sombría, y dirigiendo con su voz a doce marineros robustos que tripulaban el esquife. Yo no sé por qué me figuré, cuando este oficial desembarcó en el muelle que era el mismo

hombre embozado, que me había acometido en la noche anterior. Creí reconocer aquella frente despoblada de cabellos, aquellos
470 ojos fosfóricos, aquel talle robusto y aquellas manos nervudas, largas y aceradas.

El oficial saludó y presentó unos pliegos al comandante de la plaza. En seguida preguntó, con mucho interés, si permanecía en ella el honorable señor *Fernando Olabarrieta*, cónsul de la república colombiana destinado por su gobierno al puerto de Veracruz. El comandante dióle cuantas nuevas podía apetecer, felicitole por haber llegado al puerto a pesar de los cruceros españoles que había en el golfo, hízole algunas advertencias sobre lo peligroso que sería a su embarcación el dirigirse a las aguas de Veracruz en donde el gobierno español, dueño aún de San Juan de Ulúa, conservaba algunos buques de guerra; y, en conclusión, se dirigieron ambos al interior de la ciudad, haciéndose paso entre la multitud. El vejete entrometido de la noche anterior, fue de los primeros que se presentaron a ofrecer su amistad y protección al comandante del bergantín colombiano.
480
485

Yo permanecí en el muelle entregado a las más extrañas conjeturas, en vista de aquellos sucesos. El acento del oficial de marina me había confirmado en mi sospecha anterior, de ser el mismo embozado que guardaba las espaldas a Cruyés. Pero el bergantín había fondeado al ponerse el sol del día precedente. ¿A qué hora, pues, vino a tierra sin obstáculo y volvió a reembarcarse? ¿Por ventura, el pirata era realmente cónsul colombiano? ¿Aquel buque de guerra pertenecía a la nueva república? Esto era para perder el seso, y más cuando yo no tenía con quien consultarme en aquel conflicto. Cuando creí que ya era tiempo de almorzar, retireme de aquel sitio.
490
495

A las once tomé una volanta y me dirigí a San Lázaro.

Hallé a Antonio entregado a su habitual melancolía. El honrado sepulturero estaba en su compañía, y, según pude conjeturar,

497. *una volanta* : un volán *RS*

habían tenido alguna conversación sobre los sucesos de Regino, 500
contra el cual lanzaba Antonio vehementes exclamaciones. Así
que nos vimos solos, le referí todo cuanto me había ocurrido,
entrando en los detalles del convite, de la tertulia, del encuentro
con el hombre del embozo, y de la venida a tierra del comandante
del bergantín colombiano fondeado a nuestra vista y a muy corta 505
distancia de la playa. Arrepentime luego de mi imprudencia, por-
que de nuevo abrí las heridas mal cicatrizadas de aquel afligido
corazón. Consternose nuestro pobre amigo de tal manera, que por
espacio de algunas horas fue imposible hablar sobre lo que conve-
nía hacer en aquel lance, que era precisamente el objeto de mi 510
viaje al hospital. Al fin tuve que esperar por todo el resto de aquel
día, tan precioso para mi intento.

Cuando el sol iba a ocultarse, rogué a Antonio que saliésemos
por las cercanías, más con la intención de que se distrajese de su
melancolía, que con la esperanza de oír su dictamen sobre los últi- 515
mos sucesos. Mucho me costó vencer su resistencia. Nos dirigi-
mos al baluarte de San Fernando, lugar que Antonio prefería.
Quedose contemplando el mar, agitado ligeramente por la brisa
de la tarde; y fijando después sus ojos en el bergantín colombiano,
exclamó: 520

—¡Allí se habrá embarcado ya mi verdugo!

La idea de que esto pudiese ser efectivo asaltome por la primera
vez, y quedé como herido de un rayo.

—¡Si esto fuese posible! —murmuré yo, después de pensar en ello
algunos segundos. 525

—Mal conoces a Juan Cruyés —replicó Antonio— si has podido
dudarlo. Después de haberle tú reconocido, ¿crees que
permanecería tranquilo y sereno, esperando el efecto de tu cólera
e inquietud? Ese pirata que toma tantos nombres, que se reviste de

500. *habían tenido* : había tenido VA, RS,
P, UADY

500. *alguna* : una VA, RS, P, UADY

507. *abrí* : abría RS

524. *esto* : eso P

528. *permanecia* : permanecerá RS

530 disfraces tan variados, que se aplica títulos y condecoraciones, que
finge e inventa tan prodigiosamente; no hay duda que cuenta con
muchos medios de sostener los papeles que representa.

–Bien, todo eso puede ser cierto hipotéticamente. Mas yo
creo que el bandido aún está en nuestras manos, y su castigo no
535 debe diferirse. ¿Consientes en que yo delate ese hombre a la justi-
cia?

–No.

–¿Y entonces?

–Dejemos a Dios el cuidado de vengarme. Tantos crímenes no
540 han de quedar impunes.

–Pues de eso se trata, mi querido Antonio.

–Sí, es verdad; pero yo pienso que a mí no me toca castigarlo.

–Esa idea es errónea, amigo mío, Dios se vale de nosotros,
como de un instrumento, para ejercer los actos de su justicia. Si
545 hoy que podemos prestar un importante servicio a la sociedad,
poniendo en sus manos a un criminal que puede causarle aún
infinitos daños, rehusamos hacerlo por una consideración mal
entendida, seremos hasta cierto punto cómplices de ese malvado.

–Ese razonamiento, mi querido Manuel, estriba en un sofisma;
550 pero aun cuando fuera justo y legítimo ¿qué pruebas podrías pre-
sentar contra un hombre recibido en la sociedad con un carácter
oficial, y en cuyo favor están todas las presunciones? ¿No se llama
cónsul de Colombia? ¿No ha referido al comandante de Campeche
tantas acciones de guerra en que se ha visto, entrando en todos sus
555 pormenores? ¿No dice que se hallaba en *Carabobo* el día 24 de
junio de 1821, cuando precisamente era yo entonces la víctima de
su infame conducta? ¿No ha llegado un bergantín de guerra de su
nación? Dejémoslo, pues, porque no podemos remediar el mal.

Hacíame fuerza estas reflexiones; pero no era fácil que yo pres-
560 cindiese de mi propósito. Además de que había un crimen horri-
ble, el crimen cometido contra Antonio, aún no vengado, yo tam-

533. *yo* : no *add.* VA, RS, UADY

bién estaba ofendido personalmente, y me era durísimo consentir en que aquellos bandidos siguiesen impunemente en su dilatada carrera de crímenes y excesos.

–Pues bien –dije entonces a Antonio–, ya que no consentes en que tu nombre suene en este asunto, yo voy ahora mismo a desafiar a ese hombre, y a batirme con él. Me ha hecho un ultraje enviando a un asesino en persecución mía. 565

–Vamos –me repuso Antonio con calma–. Ya estás delirando. Fuera de que, ¿ves ese punto negro que va perdiéndose en la oscuridad... allá muy lejos... cerca del bergantín colombiano? 570

–¿Y qué?

–Ésa es la lancha en que Juan Cruyés y sus mancebas se dirigen a la embarcación de guerra, para alejarse de Campeche.

Aún no había terminado Antonio la frase, cuando ya estaba yo fuera del reducto, y emprendiendo una carrera deshecha, me encaminé al barrio de San Román para tomar la calle que guía a la puerta de este nombre. Llegué bañado de sudor a esta casa, y después de reponerme un tanto, entré en la sala en que estaban las señoritas de la familia, y allí me encontré con el maldito fantasmón que me había comprometido la noche anterior en la tertulia de D. E.*** 575

–¡Oh, mi querido amigo! –exclamó al verme, y echándome los brazos al cuello–. Diez vueltas he dado por acá, para ver si se reconciliaba usted con el benemérito señor cónsul de Colombia, a fin de que no quedase mal puesto el pabellón yucateco; pero ¡trabajo perdido! Ha tomado usted hoy las de Villadiego, y no he podido dar con usted. ¡Qué diablo! El señor cónsul y sus bellas y hechiceras hermanas, se han marchado en el bergantín de guerra, sin que usted.... 585

–¡Han partido! –repuse consternado, y hallándome más bajo la influencia de aquella inesperada partida, que bajo la impresión 590

563. *consentir* : conseguir *RS*

591. *repuse* : repuso *RS*

591. *y* : *om.* *RS, UADY*

pesada y grosera de aquel hombre—. ¡Han partido, Dios mío! –
repetí.

595 –Esa exclamación le deja a usted absuelto en mi inexorable tri-
bunal –díjome aquel ente–. Se conoce que anoche faltó usted a la
etiqueta, no por ignorancia sino por distracción: *Ego te absolvo*.¹⁹

Yo me desprendí de los brazos de aquel hombre insoportable,
600 saludé a las señoritas, y después de unos momentos de conversa-
ción me retiré a mi aposento.

Tal fue el término de este suceso. ¡Paciencia!

Estas últimas noches las he pasado en San Lázaro; pero no he
dicho a Antonio cosa alguna, ni él tampoco ha mostrado empeño
en saber lo que ya había adivinado.

605 Adiós, mi querido amigo: soy tuyo como siempre.

P. D. Somos 19 de agosto.

Me parece necesario comunicarte un nuevo incidente que acaba
de ocurrir. Anoche me dirigí a San Lázaro; y habiendo dejado la
610 calesa en el puente de San Román para seguir a pie hasta el hospi-
tal, encontreme casi enfrente de San Fernando con un caballero
elegantemente vestido de negro, el cual me saludó con cierto
acento de cordialidad y dulzura, que llamó desde luego mi aten-
ción, y más porque me pareció que esa voz no me era del todo
desconocida.

615 Cuando llegué a San Lázaro, Antonio me esperaba con ansia
para comunicarme que al anocheecer había visto de lejos al perso-
naje misterioso a quien él tomaba por el doctor Moore; y que
habiendo intentado dirigirse a él, hallándose en compañía de Ger-

605. *Adiós, mi querido amigo : soy tuyo
como siempre : om. VA, RS, P, UADY*

606. *Somos 19 : Somos a 19 P*

¹⁹ Ego te absolvo: “*Ego te absolvo a peccatis tuis*: «Yo te absuelvo de tus pecados». Son las palabras que pronuncia el sacerdote confesor cuando absuelve al penitente.” (Víctor José Herrero Llorente, *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Madrid, Gredos, 1992).

mán, perdiósele en un montecillo de la playa. No juzgué oportuno hablarle de mi encuentro.

620

De todos modos, parece claro que el doctor Moore está aquí; y lo que me parece aun más claro, es que el tal doctor y yo debemos de conocernos mutuamente porque esa voz... no hay duda... yo conozco esa voz. Veremos lo que da de sí este suceso.

Siempre tuyo.

619. *perdiósele* : *perdióse RS*, *perdiéndose P*

CARTA XXII
DE MANUEL A MELCHOR

San Lázaro, 12 de setiembre de 1824

Querido mío: Tengo para mí que don Pablo te habrá significado
el motivo de mi silencio de estos días. ¡Qué quieres! Condenado 5
por el destino a ser testigo de los sufrimientos y tormentos de este
malogrado joven, negome a un mismo tiempo los medios de ali-
viarle. Duro es, en verdad, que el hombre, obra portentosa y
esmerada de la creación, sujeto esté a tantas y tan exquisitas mise-
rias. Si fuese lícito someter a un severo examen los decretos del 10
cielo, no faltaría aparentemente razón para dirigirle los sentidos
apóstrofes que Job, aquel hombre de paciencia y de dolor, lanzó
con un grito de agonía convulsa desde el asqueroso muladar en
que se agitaba. Pero siendo inescrutables los altos designios de
Dios, no queda más recurso que enmudecer y pedirle con el 15
lenguaje fervoroso y expresivo del corazón, que se compadezca de la
frágil criatura. Cierto que harto necesitamos todos de su bondad
y misericordia.

Yo bien me había figurado que la presencia en estos sitios del
personaje que se denomina *doctor Moore*, sería precursora de algún 20
extraño suceso. En efecto, han ocurrido ya algunos de un carácter
singular que no puedo menos de comunicarte, así por el vivísimo
interés que tenemos en todo cuanto dice relación con nuestro
pobre amigo, como porque realmente me hallo en una situación

3. *setiembre* : septiembre VA, RS, P, UADY

13. *convulsa* : convulsiva P

14. *siendo* : om. RS

21. *ya* : om. UADY

25 crítica en que he menester de consejo, y ninguno mejor que tú
debería dárme los para salir de este conflicto, supuesto que tú y yo
somos los únicos que estamos enterados a fondo de los pormeno-
res de este horrible y espantoso drama. Deber nuestro es, sin duda,
acudir en auxilio de este desventurado mancebo, que expía en un
30 hospital de leproso *el delito* de no haber tenido bastante astucia
para libertarse de las pérfidas sugerencias del mundo, y de las ace-
chanzas malignas que le puso un infame bandido, para el cual no
existe en la tierra un castigo capaz de hacerle compurgar sus estu-
pendos e inauditos crímenes.

35 Un día después de mi encuentro con aquel hombre cuya voz no
me pareció desconocida, le fue entregado a Antonio un billete que
hubo de sacarle de sus profundas cavilaciones, para sumergirle en
otro linaje de padecimientos morales. Un dependiente de la casa
había recibido el tal billete de manos de un marinero cuyas señales
40 no pudo expresar. He aquí su contenido:

Mi querido señor: inútilmente he rondado por las cercanías del hospital,
buscando una ocasión de hablarle sin testigos; siempre le he visto en com-
pañía del sepulturero Germán, cuya presencia no sólo me parece inútil sino
45 aun peligrosa en la entrevista que me atrevo a pedirle. Tampoco creo neces-
ario que concurra a ella ese joven deudo y amigo que se encuentra con
usted; pero si ofrece lealmente como caballero no revelar nuestra conferen-
cia a ninguna persona que pudiese amenazar mi seguridad individual, bas-
taríame esto, y desde luego consentiría yo en que le acompañe, si usted lo
desea así. Tengo que hablarle de Regino y de otros varios puntos que le
50 interesan de cerca. Si usted acepta mi indicación, esta noche a las siete, al pie
de *la cruz del cabrero*, le espera a usted un amigo que le compadece y quisiera
aliviarle.

No es fácil explicarte cuál fue, en el momento de la lectura de las
precedentes líneas, la impresión que vi pintarse en la espaciosa
55 frente de Antonio. Era una mezcla de sobresalto, esperanza y
temor; eran las señales de una verdadera agonía. Hallábase aún
bajo la influencia de esta primera impresión, cuando de improviso

53. *explicarte* : explicarle RS

entró en el aposento nuestro amo Germán, lanzando en torno miradas siniestras, respirando congojosamente y dando muestras de extrañamiento y súbito terror. 60

Yo traslucía de antemano que entre el sepulturero y Antonio habían mediado ciertas confidencias, cuyos detalles ignoraba sin embargo. Claro estaba que si Regino había reconocido en nuestro amo Germán al marinero que con sólo su presencia y voz había detenido el furor del capitán Frasquito en el abordaje del pailebot encallado en los bajos de Cozumel, Antonio habría inquirido la verdad para conocer el hecho en todos sus detalles. Y el hecho y sus precedentes no dejarían ciertamente de ser extraordinarios, supuesto que desde la época en que debió de hacerse este descubrimiento, es decir desde el día en que el desventurado anciano apareció de nuevo en el hospital después de su viaje misterioso, yo veía a Antonio, si cabe, más triste, melancólico y sombrío. Maldecía a Regino, se entregaba a meditaciones profundas, hablaba poco, y tenía momentos de hallarse tan distraído, que solía cruzarme la idea de que esa situación podía terminar en una verdadera locura. Los consuelos de la amistad, las reflexiones, mi cariño y cuidadoso afán no servían sino de nuevo tormento y pesar al pobre enfermo. Así, pues, ignorante yo de algunas particularidades, y sin ánimo de investigar lo que, según las apariencias, no había empeño ni voluntad en comunicarme, no me quedó otro recurso que observar y guardar silencio, mientras la necesidad y las circunstancias no me obligasen a romperlo. La escena que ahora voy a referir me iluminó lo suficiente para enterarme del estado actual de las cosas. 70 75 80

El sepulturero se paseaba de un extremo a otro de la habitación. Su andar era tardío, vacilante y enfermizo; toda la energía de su corazón, toda la fuerza de sus músculos parecían momentáneamente enervadas. Cruzados los brazos sobre el pecho e inclinada la cabeza con abatimiento, el anciano era presa de siniestros pensamientos, que visiblemente no podía sacudir. Yo leía en un libro aparentando indiferencia. Antonio, con los ojos muy abiertos y azorados, seguía uno por uno todos los movimientos de Germán. 85 90

95 —¿Será que está allí el capitán Frasquito, Regino, o alguno de esos piratas infames que debieran ser descuartizados? —gritó Antonio de repente, sin mudar de actitud.

100 —¡Silencio, joven presuntuoso y temerario! —exclamó el sepulturero deteniéndose, recobrando todo su vigor y clavando sus ojos fosfóricos en los de Antonio—. ¿Con qué derecho —prosiguió en tono terrible y amenazador— condena usted, haciéndose juez, a esos infelices a quienes su negra y ominosa estrella ha lanzado en los agrios y escabrosos senderos del mal? ¿Qué ha sufrido usted de la injusticia de los hombres para hablar con tal rabia y despecho de sus prójimos? Yo, ¡infeliz de mí! víctima escogida para satisfacer delitos ajenos, ultrajado, humillado y envilecido, me resigno con mi suerte. ¿Es usted, por ventura aquel mismo joven de nobles y filantrópicos sentimientos, que me echó en cara mi dureza, mi abierta resistencia a recibir las postreras confesiones de Juan Cru-
105 yés? ¿Qué ha ocurrido de entonces acá, para haber cambiado hasta ese punto? Días ha que escucho pacientemente sus lamentos, sus maldiciones y su lenguaje de ira y furor contra todo lo que existe; y en verdad que no tiene usted razón, por más graves que puedan ser los motivos que le han arrastrado a este hospital.

115 Enmudeció Antonio sin que yo pueda decirte a punto fijo si aquel silencio era efecto de la convicción o del despecho. El sepulturero entre algunas lágrimas y ahogados gemidos iba descubriendo las enconadas heridas de su corazón, revelando todo cuanto se encerraba en aquella alma afligida y agobiada de fuertes pesares.

120 —Amaneció un día —prosiguió Germán— desde el cual datan todas mis desgracias. Era el 8 de setiembre de 1807. La noche precedente había sido horrenda: un viento impetuoso del oeste hizo desbordarse al mar, y la ciudad de Campeche estuvo a punto de inundarse. Embarcaciones fondeadas en el puerto se estrellaron contra los muros de la plaza; una multitud de buques menores se

120. *setiembre* : septiembre VA, RS, P,
UADY

chocaron entre sí haciéndose pedazos; las olas y el viento amenazaban destruirlo todo. En medio de aquella confusión y trastorno, los vecinos de los barrios, principalmente los de la vida marinera, acudíamos a lo largo de las playas en auxilio de nuestros infelices compañeros, cuyos buques se habían deshecho en la tormenta. Nuestras fuerzas, nuestras casas, nuestro haber todo quedó a disposición de los pobres náufragos, que a duras penas habían librado con vida de aquel amargo trance. Yo conduje a mi hogar a un tigre... ¡Ah, Dios le haya perdonado! No debía recordar esto, sino para pedir al cielo el descanso eterno de Juan Cruyés. 125

El sepulturero hizo una breve pausa, y en seguida continuó. 135

—Ese día, pues, presentose en el umbral de mi casa un hombre preguntando por mi nuevo huésped, con quien tuvo a solas una larga plática. La fisonomía de ese hombre, sin tener nada de horrible ni repugnante, hizo en mi alma una impresión parecida a la que se experimenta en medio de una pesadilla, a la vista de algún objeto fantástico que nos amenaza, que nos persigue tenazmente, y que nos arroja, por último, en lo hondo de un negro y ancho abismo. ¡Oh! Aún siento estremecerme todo cuando recuerdo el extraño influjo que este hombre ominoso ha ejercido en los días críticos de mi vida, en los días de mis grandes calamidades domésticas. Sí; una sola vez penetró bajo mi techo hospitalario, y desde esa vez sola comenzó a destruirse piedra por piedra el edificio de mi felicidad. 140 145

—¿Quién es, entonces, ese ente maligno? —preguntó Antonio.

—Lo ignoro —respondió Germán—. Lo cierto es que su vista ha sido siempre para mí de mal agüero. Pasados algunos meses del temporal de Campeche, hallábame en el muelle de Veracruz cuando un amigo mío al saber que yo pensaba embarcarme para Cádiz, acercóseme y me hizo una espantosa revelación. Yo había dejado a Cruyés al cuidado de mi casa y de mis cortos intereses, acumulados después de algunos años de sudor y trabajo, con la 150 155

143. *estremecerme* : estremecerse *P*

mira de hacerle esposo de mi hija mayor, que apenas entraba en la pubertad. Aquel infeliz había abusado de la inocencia y candor de la niña, la había seducido cobardemente exponiéndola a la infamia y a la maledicencia pública. Confuso y horrorizado al escuchar los pormenores de mi deshonra, corrí a disponer mi regreso a Campeche; y no bien hube dado los primeros pasos, cuando halleme frente a frente del siniestro personaje cuya fisonomía me causaba un pavor indefinible, y que parecía haber presenciado, sin advertirlo yo, la escena que acababa de ocurrir en el muelle.

A medida que el sepulturero hablaba, mi interés y curiosidad iban en aumento; pero temeroso de cometer alguna indiscreción que le obligase a interrumpirse, adopté el partido de no intervenir en la plática, y fingir que leía atentamente en el libro que tenía entre las manos. Tan absorto parecía yo en mi lectura, que Germán no me dirigía ni una sola mirada. Prosiguió, pues, en su relato.

—Fue imposible embarcarme aquel día mismo en una goleta que zarpó de Veracruz para Campeche. Pero cuarenta y ocho horas después logré mi objeto, y ansiaba el momento de llegar, no para evitar el mal que ya estaba hecho, sino para ver si era dable disminuir sus consecuencias. ¡Ah! mejor me habría sido mil veces perecer sumergido, y que los monstruos del mar se hubiesen cebado en mis carnes, que volver a las playas de Campeche para ver consumada mi deshonra, mi familia entera reducida a la miseria y próxima a perecer. El mismo día que vine a tierra, mi pobre hija había fallecido violentamente de resulta de unos brebajes que su vil seductor le hizo tragar; y el desventurado había huido llevándose cuanto yo poseía. En medio de mi amargura y desesperación, cuando estrechaba contra mi consternado pecho el yerto y amorado cadáver de mi pobre y desgraciada hija, percibí al través de una cortinilla que cubría la ventana, un rostro siniestro que parecía espiar mis palabras y ademanes. ¡Ah, Dios mío! Aquel rostro,

169. *en el libro* : el libro *UADY*

173. *mismo* : *om. RS*

186. *pobre y desgraciada* : *om. RS*

aquellas facciones pertenecían al hombre misterioso que me persegua. 190

—¿Y por qué no salir luego en demanda suya, para exigirle una explicación de conducta tan singular y repugnante? —preguntó Antonio estremeciéndose ligeramente.

—No, amigo mío —repuso Germán—, todo habría sido inútil; y además en aquellos momentos sólo podía sentir y no pensar. La muerte habría sido para mí un socorro generoso del cielo. Todavía en aquella propia tarde, cuando llevé a sepultar yo mismo el cuerpo inerte de mi malograda hija, la funesta visión volvió a presentarse. La brisa agitaba suavemente los árboles vecinos, el sol había desaparecido en el occidente, las olas lamían las paredes del pequeño cementerio de Guadalupe; y unos cuantos curiosos atraídos, más por lo extraño del caso, que por el espíritu de caridad cristiana, habían venido a presenciar el entierro de una niña que no llevaba en su lecho funeral flores, palma ni corona, porque el pudor y la vergüenza habían retraído a mi esposa de ataviar al cadáver con estas galas de la virginidad. Al terminarse la triste ceremonia, encamineme a la reja del cementerio, y un vago temblor se difundió por todos mis fatigados miembros al observar que el propio personaje, con sus ojos impasibles y fijos cual si fuesen de esmalte, me miraba con intención desde la parte exterior. Entonces quise dirigirme a él, resuelto a saber de cualquier manera lo que de mí pretendía; pero mi asombro se aumentó extraordinariamente al echarle de menos en aquellos sitios. Inútiles fueron todas mis pesquisas: el extranjero había desaparecido como una fantasma, dejando en mi alma la confusión, el asombro y el terror que hasta hoy no he podido sacudir, a pesar de los años que han pasado. 200 205 210 215

Hizo el anciano una nueva pausa. Antonio le miraba con cierto aire particular, como pidiéndole la continuación de aquella historia, y yo para mejor fingir mi indiferencia, volví con algún ruido 220

189. *facciones* : que *add RS*

205. *al* : el *VA, RS, P, UADY*

una hoja del libro que aparentaba leer. Al cabo de algunos minutos, nuestro amo Germán prosiguió de esta manera.

225 –Mi desventurada esposa no pudo resistir al influjo de nuestras desgracias, y comenzó a experimentar un rápido aniquilamiento; ella criaba con sus pechos a mi último hijo; pero la leche se convirtió en ponzoña, y el niño tragaba la muerte en la misma fuente de la vida. Habiendo quedado por puertas, era imposible meter en casa una nodriza. Yo estaba a punto de perder el juicio, o de suicidarme, tal vez, cuando una mujer se nos presentó a ofrecer sus
230 servicios para lactar a mi hijo, expresando que estaba suficientemente gratificada por un hombre que la había acompañado hasta allí; lanceme fuera a fin de alcanzar a ese hombre compasivo y generoso, y manifestarle mi eterno reconocimiento. A los primeros pasos descubrí al misterioso extranjero que se deslizaba a la
235 extremidad de una callejuela próxima, desapareciendo a mi vista. Yo quedé petrificado de horror, porque se me figuró que alguna nueva desgracia iba luego a sobrevenirme. ¡En efecto, ese propio día falleció mi inocente hijo, precediendo en pocas horas a su infortunada madre!

240 –¡Dios eterno! –exclamó Antonio–, ¡con que es verdad que existen, según he comenzado a figurarme, ciertos hombres antipáticos, cuya sola presencia es para nosotros la señal de algún infortunio!

245 –Sin duda alguna, y para que usted acabe de convencerse, escuche usted y horrorícese. Sin aliento, enfermo, triste y abatido, casi me era imposible ocuparme en algo para buscar el sustento de dos pequeñas hijas y otro hijo, hermano gemelo de mi pobre Gaspara. La fragilidad en que mi hija había tenido la desgracia de caer, alejó de mi casa a todo el mundo, y mis vecinos y amigos me excomulgaron de su sociedad...
250

–¡Infames! –gritó indignado nuestro amigo, dando una fuerte puñada sobre la mesa que tenía cerca–. ¡Infames! ¿Por qué la

233. *reconocimiento* : agradecimiento VA,
RS, P, UADY

sociedad es tan injusta con la desgracia? Ríe y triunfa el malvado seductor que, abusando de su fuerza y poder, tiende un infame lazo a la débil y frágil criatura que se rinde a sus mentidos halagos, a sus engañosas promesas. ¿Qué hace entonces esta maldita sociedad? Protege directa e indirectamente al corruptor de la inocencia; celebra su *brillante victoria*, y el *héroe* se ostenta orgulloso por todas partes. ¿Y qué hace de la víctima? La humilla, la desprecia y la condena a la execración pública, fingiendo hipócritamente que la compadece. ¡Dios mío! ¿Por qué es así el mundo? ¿por qué son tan duras y salvajes nuestras leyes? ¿por qué no hay justicia en la tierra?

Asomé a los labios del sepulturero una ligera sonrisa de despecho; y balanceando su abultada cabeza, al compás seguramente de sus tétricos y melancólicos pensamientos, sin responder una sola palabra a las enérgicas observaciones de Antonio, prosiguió hablando como si nadie le hubiese interrumpido.

—Abandonado de todos, la miseria y las dolencias sobrevinieron muy pronto. Hallábame tendido en una estera, hecho presa de una calentura que me devoraba lentamente, teniendo a la vista a mis dos pequeñas niñas que agonizaban acometidas de la viruela, cuando observé que mi hijo entraba y salía de casa con demasiada frecuencia; él era ya mi única esperanza en la tierra, y le cuidaba y vigilaba con toda la escrupulosidad y esmero de que me consideraba capaz. Yo no sé por qué se me figuró que andaba en pláticas sospechosas con alguno de fuera. Sacando fuerzas de flaqueza y arrastrándome dolorosamente, asomé la cabeza por una portezuela que daba a la calle para observar mejor lo que ocurría. Yo vi

252-256. *¿Por qué la sociedad es tan injusta con la desgracia? Ríe y triunfa el malvado seductor que, abusando de su fuerza y poder, tiende un infame lazo a la débil y frágil criatura que se rinde a sus mentidos halagos, a sus engañosas promesas : om. RS*

269. *sobrevinieron* : sobrevino VA, RS, UADY

275. *la* : om. VA, RS, P, UADY

275-276. *y esmero de que me consideraba capaz* : om. RS

280 entonces que el extranjero le entregaba un bolsillo, marchándose
en seguida con precipitación. Crucé las manos sobre la cabeza a la
vista de mi ángel malo, y caí sin sentido, asaltado ya de una espe-
cie de locura, de la cual no volví sino al cabo de mes y medio.
285 Cuando hubie recobrado el libre uso de mis potencias, supe que las
niñas habían muerto con solo dos días de diferencia, y que no
restábamos de la familia sino yo y mi hijo. Éste jamás pudo
hacerme otra explicación acerca de la presencia de aquel hombre
fatídico a quien yo atribuía mis desgracias, sino que habiéndose
290 acercado a informarse caritativamente de nuestro estado actual,
había obligado al muchacho a que recibiese un bolsillo henchido
de monedas de plata. ¿Quién era este hombre que así se afanaba
en perseguirme, como en socorrer mis necesidades, procurando
aliviar mi situación? He aquí lo que jamás he podido explicarme.
¡Incomprensible misterio!

295 –Verdad es que semejante individuo aparece rodeado de cuali-
dades raras y contradictorias. ¿Cree usted, pues, nuestro amo, que
ese ente singular sería el verdadero autor de las desgracias que
lamenta?

–No me atrevo a afirmarlo. Puedo sí asegurar que ese hombre
300 ejerce un influjo maligno en los sucesos de mi vida; y que a pesar de
sus aparentes beneficios, me ha horrorizado siempre, porque su pre-
sencia ha sido precursora de algún infortunio. Además, él huye de
mí, supuesto que nunca me ha sido posible ponerme en contacto
con él, sin embargo de haberlo procurado seriamente, venciendo la
305 indecible repugnancia que me causa. Todavía va usted a verle...

–Sí; veamos, veamos –rezongó Antonio con cierto acento de
curiosa impaciencia que me volvió el alma al cuerpo, pues yo
temía que las explicaciones y comentarios interrumpiesen el curso
de la historia que con tanto interés escuchaba. Inmóvil, clavada la
310 vista en el libro que no leía, y con el oído atento, esperé con ansia
las palabras del sepulturero.

306. *veamos : om. RS*

–Habiendo perdido en Campeche tantos objetos queridos,
 quise alejarme de una población en que además eran conocidas
 mis desgracias y la causa que las había producido. Por otra parte,
 yo necesitaba que mi hijo aprendiese algo para proporcionarse 315
 un modo de vivir honroso en la sociedad, y todo mi afán era
 sacar de él un hombre útil para sí y para sus semejantes. ¡Padre
 infeliz! hasta de este único consuelo me ha privado la voluntad
 de Dios. Luego que me hube repuesto un tanto de mis dolencias,
 pensé seriamente en lo que más me convendría hacer. Apa- 320
 labreme con un marino, antiguo conocido mío, y tuvimos una
 solitaria conversación en una enramada de la playa de San
 Román. Hablamos largamente de mis asuntos, y después de
 haberme convenido con él, quedamos en que mi hijo y yo nos 325
 embarcaríamos en el bergantín de su mando, que iba luego a
 salir para la Habana. Había cerrado la noche cuando nos separamos
 de aquel sitio; pero la luna llena estaba ya sobre el horizonte,
 coronando las cumbres del cerro de San José. Mi amigo el capi-
 tán se encaminó al interior del barrio; yo emprendí mi retirada
 por la playa con dirección a la zapata de San Carlos. Apenas di 330
 los primeros pasos, cuando llamó mi atención un ligero rumor;
 volví la vista, y quedé petrificado de terror al observar el bulto de
 un hombre que, escondido detrás de los fragmentos de una lan-
 cha, había sin duda escuchado nuestra conversación. A la pálida
 luz de la luna percibí entonces aquellos ojos, aquellas facciones... 335
 Eran las del diabólico extranjero, que acechaba todas mis accio-
 nes. Con la funesta experiencia que yo tenía, no me quedó duda
 ninguna de que iba a sobrevenirme algún aciago suceso. ¡Dios
 mío! Ya esto era demasiado para una pobre criatura, agobiada de
 tan repetidas desgracias. 340
 –Y bien ¿qué sucedió?

316. *honroso* : honrosamente RS

325. *embarcáramos* : embarcamos VA,
 RS, P, UADY

326. *separamos* : separábamos UADY

338. *ninguna* : alguna VA, RS, P, UADY

338. *sobrevenirme* : sobrevenir RS

—¿Qué sucedió? Perder para siempre a mi hijo, a mi idolatrado hijo, que era la única prenda que conservaba en el mundo, el solo vínculo que me sujetaba a la vida.

345 —Vamos, explíquese usted, que ya esto me interesa demasiado.

—Resuelto a poner fin a situación tan extraña, hice un esfuerzo para vencer el terror que experimentaba, indigno en verdad de un corazón fuerte, y además libre e inocente; ¡pésame el decirlo! Yo no era dueño, sin embargo, de conseguir sobre mí mismo el triunfo que deseaba. A los primeros pasos que di para abalanzarme a aquel hombre de Satanás, vacilé y quedé convertido en estatua: la lengua se me había pegado al paladar; mi sangre se había helado en mis venas; y mis pies parecían clavados en la arena. No pude evitar, pues, que se marchase tranquilamente, sin darme explicación alguna. Lo confesaré con franqueza e ingenuidad. Yo le tuve miedo, y me parece que este miedo, este pavor supersticioso de que me hallaba acometido, eran ciertamente disculpables. El infortunio y los pesares habían abatido por demás las fuerzas de mi espíritu, y encontrábame sin valor y sin aliento.

355 —Sí, amigo mío —dijo Antonio estrechando cariñosamente la encallecida mano del viejo contramaestre—, sobrados motivos tenía usted para aterrarse. ¿Quién no se habría abatido hallándose en las circunstancias de usted? ¡Pobre amigo mío! ¡Cuán desgraciado ha sido usted sin merecerlo!

360 —No me atrevo a decir otro tanto, mi joven amigo; ¡y sin embargo me abatía entonces el rigor de mi destino!

Ambos guardaron algunos momentos de silencio. Luego prosiguió Germán.

370 —En vista de lo ocurrido, dime prisa a huir cuanto antes de Campeche. Al día siguiente estábamos listos para salir a la mar; pero nos detuvimos por haberse presentado enfrente del puerto, allá a lo lejos, una embarcación sospechosa. Aunque según las

352. *al paladar* : en el paladar RS

358. *habían abatido* : habían batido RS

360. *amigo mío* : amigos míos VA, RS, P
UADY

noticias recientemente llegadas de España, el pueblo entero se
había armado para resistir a la invasión francesa, y de enemiga se
había convertido en amiga la Inglaterra, cuyas embarcaciones 375
eran el azote de nuestros mares; sin embargo, como ni esas noti-
cias estaban confirmadas de una manera oficial, ni los ingleses
eran muy escrupulosos, tuvimos cierto vago recelo y se suspen-
dió el viaje. Mas al día siguiente un bote tripulado con cuatro
hombres al mando de un oficial de la marina inglesa, vino a 380
tierra conduciendo para el teniente de rey de la plaza una multi-
tud de impresos, en que se hacía una relación detallada de los
acontecimientos de la Península, que confirmaba las nuevas
anteriormente recibidas. El oficial compró algunos víveres fres-
cos y regresó tranquilo a bordo de su embarcación, que era la 385
misma que habíamos tomado por sospechosa. Al despedirse en
el muelle de los que allí estábamos, con aire de indiferencia insi-
nuó la especie de que se dirigía a la Habana, y de que convoyaría
con mucho gusto a cualquiera embarcación que hiciese viaje
hacia aquel rumbo, significándonos que su goleta zarparía en 390
aquella propia noche. Caímos miserablemente en la red: el
buque era de piratas, y fuimos a entregarnos incautamente en
sus manos. Era de noche, y el abordaje fue tan súbito e inespe-
rado, que no dio lugar a resistir. Apoderáronse los infames del
buque y su cargamento y haciéndonos embarcar en una lancha, 395
nos enviaron a la playa. Durante las ocurrencias que habían
sobrevenido, mi hijo estuvo constantemente junto a mí sin per-
derle de vista. Estaba seguro de haberlo hecho bajar al esqui-
fe con nuestros compañeros de desgracia, antes de verificarlo yo
mismo. En medio de la confusión general, dímonos prisa en 400
alejarnos del enemigo antes que variase de resolución. Sin
embargo, mi primer cuidado fue buscar a mi hijo. ¡Dios mío! El

374. *a* : *om.* RS

385. *tranquilo* : tranquilamente RS

388. *convoyaría* : convocaría P

395. *su* : *om.* UADY

399. *nuestros compañeros* : nuestras com-
pañías RS

405 muchacho no estaba allí. Yo no puedo explicar cuál fue mi
 angustia y sobresalto; figureme al momento que habría caído al
 agua y perecido. ¡Ay de mí! Menos infeliz sería o si hubiese
 muerto tragado por las olas. Ambas embarcaciones, la de los
 piratas y la que había sido nuestra, estaban a la vela y navegaban
 410 mar en fuera; pero compadecidos mis compañeros de infortu-
 nio, remaron en sentido inverso para acercarse al enemigo y
 pedir noticias de mi pobre hijo. A punto ya de tocar a bordo nos
 detuvo una descarga cerrada de pistolas, que felizmente no pro-
 dujo daño ninguno. Al resplandor causado por la explosión per-
 cibí perfectamente la figura de un hombre colocado en el bota-
 415 lón¹ del bergantín enemigo, y con los brazos cruzados presenciaba
 impasiblemente aquella escena, con los ojos clavados en la
 pequeña lancha. Ese hombre... ¡me estremezco sin querer!
 Ese hombre era el maligno extranjero, el ente misterioso que
 tenía en sus manos el hilo de mis destinos. Una nube sombría se
 apesgó sobre mi frente, y caí a plomo dentro del esquiife. Enton-
 420 ces yo creí percibir claramente una voz conmovida y patética
 que decía a mi oído: “El niño está aquí; silencio y cordura”.
 Perdí enteramente el conocimiento, y cuando volví en mí, al día
 siguiente, estaba ya en la playa e San Román, disipadas todas
 mis esperanzas de recobrar a mi hijo...

403. *puedo* : pude RS

404. *habría caído* : había caído RS

405. *sería* : om. RS

410. *A* : Al RS

412. *ninguno* : alguno RS

417. *Ese hombre era el maligno extranjero,
 el ente misterioso que* : om. RS

419. *apesgó* : apegó VA, P, UADY, apagó
 RS

420. *claramente* : om. VA, RS, P, UADY

420. *conmovida y* : om. RS

423. *playa* : plaza RS

¹ *botalón*: “Palo redondo, de dimensiones proporcionadas, y herrado y aparejado convenientemente, el cual se saca hacia fuera, ya del costado mismo del buque, ya de las vergas, para marear las velas llamadas *alas* y *rastreras*; amarrar embarcaciones menores; desatraccarse de otras mayores, etc.” (DME).

Hasta allí el sepulturero permanecía en pie enfrente de Antonio; mas al llegar a este pasaje de su historia, arrodillóse el pobre anciano, cruzó los brazos, y clavando los ojos en una bella pintura que representaba a “María al pie de la cruz”, quedose engolfado en una meditación profunda. Desde luego haría comparación entre los dolores y angustias de aquella madre desolada, y lo que él propio experimentarí­a al perder al hijo único que había sobrevivido a la destrucción de su familia. Pasado algú­n tiempo, besó la tierra humildemente, se incorporó, y más sereno prosiguió su narración. 425 430

–La serie de desgracias que me habían agobiado, abatieron ciertamente mi espí­ritu; pero la última, en vez de rendirme y dejarme caído por tierra para siempre, produjo al contrario en mi ánimo una completa revolución que me salvó del abismo. Revestime de energía, recobré mi antigua firmeza, fortalecí­ mi ánimo y dije a mi destino: “luchemos, pues”; y la lucha ha sido tremenda en efecto, y al fin... ¡no sé si habré quedado rendido! Ignorante del paradero de mi hijo resolví­ lanzarme a la mar, viajando en mi clase hacia todas direcciones, sin detenerme en punto alguno, y buscando la huella de Juan Cruyés, a quien yo creía con razón autor o cómplice en el último atentado. Por espacio de cinco años mis esfuerzos fueron inú­tiles: nada pude descubrir. Al cabo de ellos, hallábame en Tarragona² en medio del bullicio y alegría universal que reinaba por el completo triunfo obtenido contra los invasores, lanzándoles fuera del territorio español y por la deseada vuelta del cautivo Fernando VII.³ Yo iba 435 440 445

435. *la última* : vez. *add.* RS

439. *y dije* : dije RS

441. *a la mar* : al mar RS

442. *sin detenerme* : sin distraerme RS

444. *creta* : y *add.* RS

² *Tarragona*: Ciudad española a orillas del Mediterráneo. Se encuentra dividida en dos: la ciudad antigua, amurallada (siglo III, a.C.), y la nueva con paseos como el *Balcón del Mediterráneo*. Conserva, incluso en sus alrededores, innumerables restos de la cultura romana. Son famosas también sus construcciones románico-góticas, como la catedral. (DG).

³ *Fernando VII*: Fernando VII (1784-1833) fue hijo del príncipe de Asturias don Carlos y de la princesa María Luisa de Parma. Su juventud se deslizó en la corte tan poco

450 a todas partes donde había bullicio, gente y animación, sin perder
jamás de vista el objeto que me guiaba. El rey hizo su solemne
entrada en la ciudad: un inmenso gentío cubría la carrera, y todo
era júbilo y alegría. De repente, como si hubiese sido una exhalación
rápida y momentánea, me pareció haber visto deslizarse a
455 través de la multitud al terrible extranjero, y en pos suya a mi hijo,
corpulento ya y bien conformado, en unión de una señora elegante
y ricamente ataviada. Las dos simultáneas apariciones produjeron
en mí un efecto que no sé explicar. Sin embargo, yo quería ver a mi
hijo... y lanceme en seguimiento suyo. ¡Tentativa inútil!
460 Nada pude descubrir: permanecí en Tarragona muchos días haciendo
las más diligentes pesquisas, hasta que perdí de nuevo toda esperanza.
Conociendo, además, que si aquel joven desgraciado se había lanzado
en un camino peligroso, mi voz y mi brazo no lograrían apartarlo de él
por ser ya demasiado tarde... encomendé al cielo su suerte, y resolví
465 atravesar de nuevo

457. *ricamente* : recatadamente *RS*

463. *brazo* : abrazo *UADY*

458. *explicar* : explicarme *RS*

admirable de su padre, dominada por el omnipotente Godoy. Al caer éste mediante el motín de Aranjuez, subió al trono, aunque por poco tiempo, pues Napoleón lo hizo abdicar a favor de José Bonaparte. Desde este momento, Fernando VII residió en el castillo de Valencay, en Francia. Se refiere que mientras los españoles sacrificaban sus vidas en su lucha contra los franceses, Fernando VII felicitaba a Napoleón por sus triunfos en España. Al ser liberado, cruzó la frontera el 24 de marzo de 1814 y fue recibido con gran entusiasmo en todas las ciudades por donde pasaba. En Valencia, el 4 de mayo, anuló todas las disposiciones acordadas en las Cortes de Cádiz. El día 13 del mismo año entró triunfante en Madrid. El restablecimiento del absolutismo fue completo. Pero años después, con el levantamiento de Rafael de Riego en Cabezas de San Juan, 1º de enero de 1820, se vio obligado a reconocer la Constitución de 1812. Durante tres años se vivió en una atmósfera perturbada y en plena guerra civil hasta que la Santa Alianza en 1822, decidió restablecer los derechos de Fernando VII. La expedición le fue confiada a Francia y los Cien Mil Hijos de San Luis rescataron el rey del poder de las Cortes y se restableció el gobierno absolutista. En sus últimos años, Fernando VII, sobre todo después del nacimiento de la infanta Isabel, fue inclinándose a una posición moderada. Murió el 19 de septiembre de 1833. (VV).

el Atlántico, volver a la América, fijar mi residencia entre mis antiguos conocidos y protectores, ejercitarme en la navegación costanera y esperar tranquilo el último juicio de Dios. En efecto, aprovecheme de la primera oportunidad que se me ofreció, y pasando por Valencia despedime para siempre de mi patria querida, y volví a refugiarme al seno de la que yo había adoptado. Después de muchos días de navegación, ocurrióseme una vez registrar mi maletilla de viaje y hacer un inventario de los efectos que me habían quedado. Extraordinaria fue mi sorpresa y terrible mi dolor, cuando halleme dentro de mi cartera con un billete de letra desconocida, en que una misteriosa mano venía a disipar mis últimas ilusiones, y arrancarme a postrera esperanza de remedio y salvación.

—¿Cuál, pues, era el contenido de ese fatal billete? —interrumpió Antonio, lleno de ansiedad.

—Muy sencillo; heló aquí: “Buen Germán, el muchacho se ha perdido; Juan Cruyés ha corrompido su corazón. Yo nada puedo...”

—¡Dios mío! —gritó nuestro amigo, tan azorado como yo estaba al escuchar aquella historia—. Estos sucesos —continuó—, no hay duda, alguna conexión tienen con los que a mí me han arrasrado a San Lázaro. Prosiga usted, nuestro amo, prosiga usted por piedad.

El sepulturero juzgando acaso que la agitación y asombro del pobre Antonio carecían de fundamento, sacudió la cabeza con cierto aire de admiración irónica, y por primera vez se puso a mirarme atentamente, esperando sin duda hallar en mi fisonomía una sonrisa burlona que confirmase su juicio de que Antonio desvariaba. Alguna fuerza, sin embargo, debió de causarle mi actitud y, sobre todo la extraña turbación de nuestro amigo, porque súbitamente arrugó la frente, arqueó las cejas, se llevó la mano

477. *arrancarme* : arrancar *RS*
485. —*continuó*— : *om.* *RS*

489. *y* : el *add.* *RS*
490. *carecían de* : no tenían *RS*

izquierda a la barba y quedose pensativo. Entonces comprendí que Antonio no le había confiado del todo su funesta y terrible historia, pues que de otra suerte era imposible que no sospechase el buen anciano el motivo de aquella sorpresa y agitación. Pendiente Antonio de sus palabras, rogole de nuevo que prosiguiese. Así lo verificó Germán, algún tanto distraído con lo que acababa de oír y observar.

500 –“Yo nada puedo por ahora.” No decía más el billete introducido furtivamente en mi cartera. ¿Cómo se había hecho esta operación, sin conocimiento mío? Esto es lo que hasta aquí no he podido explicarme, aunque confío en que hoy mismo quedará descubierto el misterio.

510 –¡Hoy mismo! –exclamamos a la vez Antonio y yo, que por fin había cerrado el libro para no perder ni una sola palabra del resto de aquella historia.

–Sí, señor; hoy mismo. Esto lo entenderéis perfectamente, escuchándome hasta el fin.

515 –Pues bien, amigo mío –repuso Antonio–; eso es lo que yo deseo vivamente. Concluya usted.

–Voy a terminar en pocas palabras. Luego que aporté de nuevo a las siempre plácidas y risueñas playas de Campeche, mi segunda patria, pronto hallé ocupación; y un antiguo camarada mío, que merced a su constancia en el trabajo había llegado a acumular un cuantioso capital, me confió el mando de un pequeño pailebot cuyo tráfico era de aquí a Walix. Fuese mitigando por la acción del tiempo la amargura de mis pasados infortunios; y resignándome enteramente a la voluntad de Dios, comenzaba a recobrar la paz dichosa del alma, en la confianza de que mi desgraciado hijo habría alguna vez de volver al buen sendero. Esta confianza no carecía de fundamento; el autor del sin-

498. *y terrible* : om. VA, RS, P, UADY

501. *prosiguiere* : prosiguiera RS

505. *furtivamente* : om. RS

507. *en* : om. RS

514. *yo* : om. RS

516. *aporté* : arribé RS

521. *Walix* : Waliz RS

521. *Fuese* : Fue RS

gular billete que había hallado en mi cartera, no era otro seguramente que el misterioso extranjero; y aunque su conducta para conmigo aparecía en verdad demasiado equívoca, solía sin embargo figurárseme que alguna cosa podría hacer en favor de aquel desventurado mancebo. Así, pues, no estando ya en mi mano influir en la felicidad o desgracia de mi hijo, me limité a pedir humildemente al cielo que iluminase su entendimiento. Sólo había en lo más profundo de mi alma una pasión terrible y que en vano procuraba refrenar: esta pasión era el odio y la sed de venganza que me devoraba. ¡Dios me lo perdone! Pero yo había jurado arrancar el corazón a Juan Cruyés y bañarme en su sangre

530

535

—Debo a usted mi querido Antonio, el haberme sacado de aquel fango asqueroso.

540

Después de otra ligera pausa, prosiguió el sepulturero:

—Ningún obstáculo ni contratiempo había experimentado en mis repetidos viajes a Walix. Mas un día al penetrar mi pailebot en el canal formado por la isla de Cozumel y la tierra firme, observé que una embarcación oculta en una pequeña ensenada, procuraba hacérsenos casi invisible. A no navegar siempre muy sobre aviso, habríamos caído en manos de la tripulación que acechaba nuestro pasaje; al punto procuré escapar mi buque de aquella asechanza. Marinamos para salir del canal, y en el instante la embarcación oculta abandonó su escondite y se abalanzó a perseguirnos. Durante su rápida y bien dirigida evolución, con el anteojo en la mano observaba yo la maniobra del enemigo, y no perdía uno solo de sus movimientos. De improviso... creí haber percibido la fisonomía de aquel terrible extranjero; mas la aparición había sido tan súbita y tan fantástica, que no me era posible explicar si la visión se me había presentado a bordo de mi pailebot, en la embarcación que nos perseguía, en la mar, en el aire o en el

545

550

555

537. *en* : con *RS*
541. *ligera* : *om.* *RS*

544. *isla* : vista *P*
557. *en la mar* : *om.* *RS*

tubo mismo del anteojo: todos mis conatos en aprender de nuevo
aquella figura y examinarla, fueron inútiles; había aparecido y des-
560 aparecido como un relámpago. Pensé entonces si habría sido
alguna ilusión óptica; pero ya fuese ilusión o no, había desde luego
producido en mi alma el temor de una catástrofe. Un fatal presen-
timiento vino, pues, a agobiarme, y en medio de mi confusión y
sobresalto, arrastrado el pailebot por la fuerza de la corriente, fue
565 a encallar miserablemente en una cola de arrecifes: no había ya
ninguna esperanza de salud, y amonesté a mis compañeros para
empeñarles a resistir si éramos abordados; pero ninguno se encon-
tró en ánimo de trabar una lucha tan desventajosa, y confiaron
570 todos su suerte a mi experiencia. Yo, entre tanto, ignoraba el par-
tido que nos convendría adoptar: había visto a aquel extranjero, y
tenía por segura alguna desgracia. El enemigo, al notar que habí-
amos encallado, temeroso de igual catástrofe arrió velas y echó el
ancla. Destacó en seguida una lancha tripulada con doce hom-
bres; estando ya próxima, mandé que mi gente se ocultase, y escu-
575 dado yo mismo del palo mayor, quedé en expectativa arbitrando
en mi mente algún recurso para salir de aquel conflicto. Llegó en
fin el momento crítico... ¡Todavía me espanta el recuerdo de esta
terrible escena! Asomé entonces la cabeza, y dirigí a aquellos ban-
didos algunas palabras de paz y sumisión: el que hacía de jefe
580 respondió burlándose y ordenando a los suyos que hiciesen sobre
mí una descarga a quemarropa. ¡Dios eterno! En aquel instante
reconocí a mi hijo convertido en capitán de piratas.
—¡Ya lo escuchas, Manuel mío! —gritome Antonio—, el capitán
Frasquito, aquel hombre terrible cuyas odiosas y sangrientas aven-
585 turas nos comunicó Regino en su cartera, es hijo de nuestro amo
Germán.

561. *desde luego* : om. RS

566. *salud* : salvación VA, RS, P, UADY

566-567. *y amonesté a mis compañeros para
empeñarles a resistir si* : om. RS

572. *encallado* : encalado RS

572. *el* : om. RS

581. *¡Dios eterno!* : ¡Dios mío! RS

Hice entonces un gesto de muda admiración y espanto. Antonio cruzó los brazos sobre la mesa que tenía delante apoyando en ellos la abrasada frente. El sepulturero, como si le hubiesen presentado la cabeza de Medusa, quedose extático contemplando aquella silenciosa escena, que hubo de prolongarse por más de un cuarto de hora. El viejo contraamaestre fue el primero en interrumpirla. 590

—Ahora comprendo —dijo— el motivo que usted tiene para aborrecer a Regino: era amigo de mi hijo, y mi pobre hijo es un monstruo detestable. 595

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos del sepulturero, y rodando lentamente sobre sus mejillas, vinieron a caer sobre su pecho. Antonio alzó la vista y le dirigió una triste mirada de reconvencción. Yo rogué al buen anciano que terminase su relato. 600

—Harelo así —prosiguió con balbuciente voz—. Mi desdichado hijo también me había reconocido, y hubo un momento en que llegué a creerle libre del negro abismo de perdición y maldad en que tuvo la desgracia de caer. Subió a bordo de mi pequeño pailebot, y mis lágrimas ¡oh, considere usted lo que pueden las lágrimas de un padre desolado! Mis lágrimas habían obtenido una completa victoria sobre el vicio y el crimen. Revelome entonces algunos pormenores de su vida: las seducciones de Juan Cruyés, y el desastrado fin de este famoso pirata, a quien suponía muerto. Breve fue nuestra conferencia; y vista la imposibilidad que existía de que por entonces permaneciese en mi compañía, supuesta la temeraria y arrogante resolución de ese feroz y empedernido mancebo... de ese Regino que, fugándose de aquí, sin duda se ha lanzado de nuevo en su infame carrera, aconsejele yo mismo que tornase a su embarcación. Mas él me había jurado que volvería a mis brazos dentro de un mes... ¡Años ha que le estoy esperando en vano! ¡Dios mío, sólo tú que lees en el fondo de los 605 610 615

589. *abrasada* : abrazada UADY

599. *y* : *om.* UADY

610. *imposibilidad* : posibilidad UADY

corazones, sólo tú puedes saber lo que el mío ha sufrido! Mi hijo no volvió... amigos míos... mi hijo aún no ha vuelto y... ¡tal vez sería ya demasiado tarde para ello...!

620 –Sí –prosiguió Germán–, no sé qué presentimiento me hace pensar en alguna nueva catástrofe, porque el maligno extranjero... Mas yo quiero antes enteraros de todo. ¿Recuerda usted, Antonio mío, el día en que usted fue a buscarme al cementerio para recibir
625 la postrera confesión de aquel infeliz leproso... que en eterna paz descansa?

Antonio hizo con la cabeza una señal afirmativa.

630 –Pues bien –añadió el sepulturero–, yo no estaba tranquilo aquel día; se me había figurado ver al misterioso extranjero en Campeche, aunque los años habían cambiado los rasgos de su fisonomía. Hablábase de un famoso médico inglés...

–¿De un médico dice usted? –interrumpió Antonio bruscamente, y como asaltado de cierta pavorosa congojosa.

635 –Precisamente –respondió el anciano–. Hallábase en el hospital de San Juan de Dios un honrado y valiente vecino de San Román, amigo mío e hijo de un respetable anciano que es mi bienhechor. Una cureña⁴ de cañón le había estropeado un pie en uno de los baluartes de la plaza mientras ésta era amagada por la Columna volante. Apelose a la ciencia del médico recién venido, y yo acudí
640 al hospital a presenciar el reconocimiento: llegué tarde; el médico salía muy de prisa y... ¡yo no sé! Creí haber notado un cierto golpe... cierta semejanza con *aquel* hombre; y después de los sucesos de ese día casi rayó en evidencia la vaga sospecha que me había asaltado. Jamás se presentó a mi vista el singular extranjero,
645 sin que luego, muy luego, dejase de sobrevenirme alguna desgracia; y ya lo sabe usted, Antonio mío, pocas horas después fui iniciado en el secreto de que vivía el verdugo de mi familia... el desventurado Cruyés ¡a quien Dios halla perdonado, como yo también le perdoné!

⁴ *cureña*: “Armazón con ruedas, sobre la que se monta un cañón.” (DUE).

El sepulturero arrodillóse [por] segunda vez y me pareció que elevaba al cielo una pía y silenciosa plegaria. Puesto en pie nuevamente, prosiguió de esta suerte: 650

—También sabe usted, mi querido Antonio, que fui yo el depositario de algunos papeles que Juan Cruyés dejó a su fallecimiento. El mismo día en que reconocí, a no quedarme duda, las facciones del pobre Regino, encontreme en un legajo cierta especie de diario, cuyo contenido no me fue posible comprender bien; pero aquella letra, aquellos caracteres eran del todo semejantes a los del billete que apareció en mi cartera. El tal escrito había sido trazado en *Yalahau*,⁵ uno de nuestros puertecillos de barlovento. Corrí a la ciudad a inquirir noticias del médico inglés: había partido. No vacilé ni un instante; sólo y a pie emprendí por tierra mi larga peregrinación. ¡También fue un viaje inútil! No faltó quien me diese alguna luz sobre el sujeto a quien buscaba; pero había mucho tiempo que no se le veía por aquellos sitios, y todas mis diligencias fueron en vano. Sí; yo quería ver y hablar a ese hombre aunque supiese morir en el instante mismo. Mi alma no podía soportar más tiempo aquella dolorosa y afflictiva situación. Nada me quedaba por perder si no la vida, y el perderla tal vez habría sido para mí la suprema felicidad. ¡Sí, Dios mío, por qué tu bondad y misericordia no me habrían abandonado en aquel trance postrero! Cada día me he ido ratificando más y más en la resolución de tener una conferencia con ese personaje: el cielo va, en fin, a concederme lo que le he pedido fervorosamente. El 655 660 665 670

664. *había* : hacia VA, RS, P, UADY

673. *de tener una conferencia con ese personaje: el cielo va, en* : om. RS

⁵ Yalahau: Fue un pequeño puerto en la costa norte de Yucatán como a 2 $\frac{3}{4}$ millas S. $\frac{1}{4}$ O. de la extremidad occidental de la isla de Holbox. Hacia 1844 contaba con 200 habitantes y en su extremidad oriental se descubrían las ruinas de un antiguo fortín. (GC, V, 458-459). Vicente Calero por su parte afirma que había sido un “asilo de filibusteros”. (“Yalahau”, *RY*, III, 148; véase también en *DUHyG*, X, 952). Una descripción más detallada, acompañada incluso de una litografía, puede verse en: John L. Stephens, *Viajes a Yucatán*, II, traducción de Justo Sierra O’Reilly, Mérida, Editorial Dante, 1984, 289-294.

675 extranjero está en Campeche, y pocos momentos antes de entrar aquí... le he visto... le he reconocido.

–Bien... amigo, amigo... sí... es preciso que nos refiera usted detalladamente... este encuentro... y... además... nada... nada. Refiéranos usted solamente este encuentro –dijo Antonio con la voz entrecortada, y pudiendo apenas respirar, en fuerza de su sobresalto y turbación.

–El hecho es muy sencillo y sin detalles –repuso Germán–. Dirígame a este sitio cuando vi venir, camino de Lerma una calesa, corrida la cortinilla delantera. Detúveme con aire distraído a tiempo mismo que pasaba junto a mí. Miré... y le vi. Sus gafas azules, ocultando aquellos ojos, su cachucha de piel y su traje rigurosamente negro me eran conocidos de antemano.

–¡Cielos! –exclamó Antonio en acento desgarrador–. ¡Es el doctor Moore!

690 –Justo –dijo el sepulturero–. El doctor Moore: tal es el nombre con que se presentó en Campeche el médico inglés que hizo mucho ruido en la ciudad por las admirables curaciones que llevó a cabo durante su corta permanencia en ella. Pero, en fin, ¿todo esto qué significa? Esa agitación... ese aire de terror... esa angustia... en nombre de Dios, Antonio mío, ¿qué es lo que aquí pasa?

695 –Nada, mi querido Germán, yo estoy tranquilo. ¿No ve usted que mi ligera turbación se ha disipado?

–No; algún misterio se encierra en esto; pero una vez que usted no quiere, o no tiene por conveniente hacerme partícipe de él... guardaré silencio. ¡Me avergonzaría de parecer a usted indiscreto!

700 –Pues bien, amigo mío, se lo diré a usted todo. Yo he hablado en otra ocasión con el doctor Moore, y llegué a concebir la loca esperanza de que me haría sanar de mi horrenda y asquerosa enfermedad; pero marchose intempestivamente dejándome burlado, y
705 llevándose a Regino en su compañía.

677. *amigo, amigo...* : amigo mío ... VA,
RS, P, UADY

687. *rigurosamente* : rigurosamente VA,
RS, P, UADY

—¡A Regino!

—Sí, nuestro amo, al bueno de Regino. Por lo menos le creo cómplice en la fuga de ese desventurado joven, a quien yo había llegado a profesar un sincero afecto.

—¡Siempre misterioso e incomprensible! —murmuró el sepulturero, quedando profundamente pensativo, y como repasando allá en su mente algunas particularidades de su pasada vida—. Pero no importa —añadió—: está aquí y hoy hemos de verle, sin perder tiempo. Conozco, por la terrible impresión que en mí produjo su presencia, que no tengo todo el valor suficiente para... 710

Interrumpiome en medio de la frase un criado que se presentó en el aposento. Era portador de un nuevo billete para Antonio; y como Germán se hallaba más próximo en la puerta, tomole de las manos del criado, y dejó caer a plomo su vista en el sobrescrito de la cubierta. El anciano, como si hubiese sido herido de un golpe eléctrico, se estremeció todo: el papel se le había escapado; y su muda actitud y mirada incierta me helaron de espanto. 715

Antonio acudió a recoger el papel caído; rasgó el sobre... y leyó: “Ha sobrevenido un incidente que me impide concurrir a la cita de esta noche. En el momento salgo de Campeche... más adelante nos veremos, y ofrezco a usted no hacerme esperar mucho tiempo.” 725

698-727.—No; algún misterio se encierra en esto; pero una vez que usted no quiere, o no tiene por conveniente hacerme partícipe de él... guardaré silencio. ¡Me avergonzaría de parecer a usted indiscreto!

—Pues bien, amigo mío, se lo diré a usted todo. Yo he hablado en otra ocasión con el doctor Moore, y llegué a concebir la loca esperanza de que me haría sanar de mi horrenda y asquerosa enfermedad; pero marchose intempestivamente dejándome burlado, y llevándose a Regino en su compañía.

—¡A Regino!

—Sí, nuestro amo, al bueno de Regino. Por lo menos le creo cómplice en la fuga de ese desventurado joven, a quien yo había llegado a profesar un sincero afecto.

—¡Siempre misterioso e incomprensible! —murmuró el sepulturero, quedando profundamente pensativo, y como repasando allá en su mente algunas particularidades de su pasada vida—. Pero no importa —añadió—: está aquí y hoy hemos de verle, sin perder tiempo.

Conozco, por la terrible impresión que en mí produjo su presencia, que no tengo todo el valor suficiente para...

730 –¡Ha partido! –exclamaron a una Germán y Antonio–. Pero yo le buscaré hasta el cabo del mundo –añadió el primero–. Ese hombre, ese demonio, ese doctor Moore, en fin...

–Ignoro si es él quien me ha escrito –interrumpió nuestro amigo en tono triste y abatido.

735 –Pero yo lo sé, y eso me basta. ¡Imposible que desconociese aquellos caracteres! La misma mano que trazó el diario de Yalahau, ha escrito este billete y el que yo encontré dentro de mi cartera. Voy a arrancar a ese hombre siniestro la máscara misteriosa con que se encubre. ¡Adiós!

740 Y desde entonces no hemos vuelto a ver al pobre sepulturero. Ayer supimos que se ha embarcado para Tabasco, y me alegraré que así sea pues yo también, conforme te habrá instruido don Pablo, debo marchar a Villahermosa con objeto de liquidar ciertos intereses de la casa. Espero encontrarme allí con el buen anciano, y obligarle a volver a la tranquila vida que disfrutaba en San Román.

745 Me he extendido, amigo mío, más de lo que esperaba. Te dejo en libertad para discurrir y reflexionar en los pormenores de la escena que te he referido. Si a todo esto añades la impresión que recibió Antonio al saber el asesinato cometido en Padilla el 19 de

Interrumpiolo en medio de la frase un criado que se presentó en el aposento. Era portador de un nuevo billete para Antonio; y como Germán se hallaba más próximo en la puerta, tomole de las manos del criado, y dejó caer a plomo su vista en el sobrescrito de la cubierta. El anciano, como si hubiese sido herido de un golpe eléctrico, se estremeció todo: el papel se le había escapado; y su muda actitud y mirada incierta

me helaron de espanto. Antonio acudió a recoger el papel caído; rasgó el sobre... y leyó: "Ha sobrevenido un incidente que me impide concurrir a la cita de esta noche. En el momento salgo de Campeche... más adelante nos veremos, y ofrezco a usted no hacerme esperar mucho tiempo." : om. RS

730. ese : es P

739. alegraré : alegré RS

julio último,⁶ puedes figurarte lo que pasará en esa alma de fuego.
¡Iturbide era su ídolo!

750

Adiós, pues, amigo mío, yo no sé si podré escribirte antes de mi vuelta de Tabasco. El enfermo queda en manos del doctor Frutos y del capellán, y por lo mismo emprendo el viaje con mucha tranquilidad y más porque él me insta vivamente a verificarlo. Sé feliz en unión de tu amable esposa, y oremos juntos por el prisionero de San Lázaro.

755

⁶ *el asesinato cometido en Padilla el 19 de julio último*: Se refiere al fusilamiento de Agustín de Iturbide. En el *Calendario civil y religioso* del 26 de septiembre de 1849, Sierra O'Reilly recuerda algunos hechos de la Independencia y concluye: "Tributamos este ligero tributo de respeto y amor a la memoria del fundador de la independencia nacional: a la víctima ilustre de Padilla." (*El Fénix*, Campeche, 25 de septiembre de 1849, núm. 66, 4; véase también: "El 27 de septiembre", en *El Fénix*, Campeche, 25 de septiembre de 1850, núm. 138, 2-3). Sobre las circunstancias de este asesinato, véase Manuel Payno, "Un asesinato", en *Bosquejos biográficos, Obras Completas*, XVIII, México, CONACULTA, 2005, 30-48.

CARTA XXIII
ANTONIO A MELCHOR

San Lázaro, 1° de octubre de 1824

Querido amigo: los misterios del corazón forman un mundo tan vasto e incomprensible como toda la creación junta. Yo no puedo explicar ni encarecer la multitud y variedad de afectos y sentimientos que en el mío se han formado con un rápido y progresivo aumento. ¿Cómo he merecido del cielo tanta fortaleza para resistir los reiterados y dolorosos embates a que me veo expuesto? ¿Cómo vivo ¡ay de mí! y cómo respiro? Sin embargo, ya no puede subsistir esto por más tiempo: conozco que se agotan mis fuerzas; comienza a apoderarse de mi espíritu un desaliento que me agobia y martiriza lentamente. Encuéntrome en un completo estado de marasmo moral. 5 10

Cierto que hay aquí dos hombres, cuya filantropía jamás por jamás acertaré a encarecer debidamente: el doctor Frutos y el capellán. El primero ha detenido mi dolencia en medio de su marcha violenta y alarmante, dispensándome, además, consejos sabios y saludables. El otro es un ángel de paz, de bondad y de caridad. Consagrado asiduamente a tranquilizarme, ha derramado en mi seno torrentes de suavísimo consuelo; y si no he perdido totalmente el juicio, o lanzádome a cometer algún feo atentado, cuyo solo pensamiento me horroriza en estos momentos de calma, débolo a ese buen sacerdote, que parece no haber hecho en su vida otro estudio que el de las miserias de la humanidad doliente para aliviarlas. 15 20 25

Te repito, querido mío, que esto es muy cierto; pero entro de vez en cuando aquí en mi corazón, en este abismo insondable de

amargura y de dolor, y siento que vacilo, que me pierdo y que me hallo a punto de sumergirme. ¿A qué pruebas más duras y aterradoras ha podido someterse nunca una criatura frágil y perecedera? Pregunto a mi destino. ¡Triste de mí! Pregunto a la Providencia cuál es, en fin, el término de tantas desventuras; y un silencio sombrío, un tenebroso pensamiento que me oscurece y confunde el porvenir, son la única respuesta. ¡Dios mío! Sólo mi confianza en tu bondad y misericordia; sólo una fe viva y ardiente pueden salvarme de este infierno que llevo dentro de mí mismo.

Discúlpame, amigo mío, discúlpame te ruego, en nombre de ese mismo Dios en quien creo y en quien espero. Conozco que sus decretos han de cumplirse sin variar en un ápice; sé que los arcanos de su providencia infinita no están sujetos al raciocinio; pero permíteme llorar... déjame desahogar en los brazos de la amistad tan siquiera un átomo de mi acerbo e inmenso dolor.

Gozaba tranquilo de una paz envidiable; mi existencia, rodeada de placenteras ilusiones, se deslizaba sobre un terreno blando y sembrado de flores. Mis padres, mis amigos, mis libros... he aquí cuanto formaba todo mi encanto. Jamás el funesto soplo de las pasiones había agitado mi espíritu. Una juventud brillante me rodeaba; yo era la esperanza de mi familia, y tal vez... de mi patria adorada. ¿Qué es entonces lo que me ha perdido? ¿Fue acaso una larga cadena de desórdenes, algún arrebato violento, o alguna gran revolución en mis principios de conducta social? ¡Ah, no! Fue un extravío insignificante al parecer: una mala compañía la que me lanzó en ese piélago de desgracias, del cual no hay esperanza de salir. Mientras más reflexiono en estos sucesos, más y más me confundo. Un joven bien nacido, educado con esmero y atención, se ha visto súbitamente convertido en héroe de un odioso drama, en que representan su papel piratas, aventureros, bandidos y meretrices, hallándose condenado a esperar la catástrofe final en un desierto, lejos de lo que más ama, abandonado y proscrito de la

31. *Pregunto a mi destino. ¡Triste de mí!* :
om. UADY

35. *bondad* : beldad VA, RS, P, UADY

sociedad, y llevando en sus entrañas, en toda la masa de sus humores, un veneno activo, una ponzoña destructora que va corroyendo los resortes de su vida, en medio de las más extrañas y dolorosas agitaciones. ¿Cuál es entonces, el suplicio reservado por ti ¡oh cielo santo! para los condenados?

Así, pues, me hallo en una cruel agonía, en esa agonía del espíritu, que se presenta rodeada del más funesto aparato. Primero vienen los recuerdos tiernos confundidos con los remordimientos; después... las esperanzas perdidas... las ilusiones disipadas... y por último, esta imponente realidad de San Lázaro, la cual me parece imposible afrontar ni en muchos años. A fuerza de repetirme constantemente estas ideas, quisiera habituarme a ellas para que perdiesen su aterradora novedad. ¡Vanos esfuerzos!

Y si a vuelta de todo, la infanda historia de mi vida hubiese terminado allí, en el momento mismo en que pisando estos umbrales de la muerte, parecía levantarse un muro eterno e indestructible entre la sociedad y el leproso infeliz al cual había proscrito... ¡Oh! Entonces tal vez engolfado en los recuerdos, sin proyectos ni vanas esperanzas... me habría replegado dentro de mí mismo, y escrito sobre las puertas de mi destino en la tierra aquel frío y duro *Lasciate ogni speranza*,¹ que el Dante hace leer al que una vez entra en las ardientes e imperecederas habitaciones de Satanás, príncipe de las tinieblas. Encerrado en San Lázaro recibiendo los consuelos de la religión santa, se habrían pasado mis horas tristes y sombrías, sin que un nuevo incidente ni un nuevo sobresalto turbasen los postreros momentos del leproso. De mi lecho a la tumba, de la vida a la muerte, tan sólo habría mediado un paso... y este paso... yo... lo hubiera dado con valor y resig-

73. *infanda* : nefanda VA, RS, P, UADY

¹ *Lasciate ogni speranza*: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*. (Ustedes los que entran, dejen aquí toda esperanza). Verso 9 del canto III del *Inferno* de la *Divina Comedia*, que Dante y Virgilio leen, entre otros, en la entrada del Infierno.

nación. Pero ya lo ves, querido mío, apenas he entrado en el hospital, cuando una larga serie de sucesos imprevistos ha venido a turbar la paz de mi espíritu, a despertar con toda su viveza mis ideas medio dormidas y a encender mis deseos y alimentar mis esperanzas de vivir. Considérame, pues, y juzga si mis sufrimientos morales pueden explicarse. Yo siento aquí, en lo más hondo de mi cerebro, un volcán que me abrasa y trastorna todas mis potencias. Si estoy despierto, mis pensamientos se arremolinan, se confunden y quedo postrado a impulsos de su acción vehemente e inextinguible. Si duermo, mi sueño es una pesadilla dolorosa, larga y fatigante. Si el sol derramando torrentes de luz se presenta sobre los horizontes, esa misma luz, la vida y la animación que a su influjo se ostentan, me sirven de martirio. Si viene la noche, los objetos todos se revisten de formas vagas y fantásticas, y por todas partes veo sombras que me amenazan, espectros que me llaman, y visiones fatídicas que me llenan de terror. ¡Dios mío! Mi cerebro, mi corazón y mi espíritu están enfermos. Yo no sé, es decir, yo no puedo explicarte todo lo que padezco.

Los hilos de esta funesta historia, vienen confundándose a reunirse en mí; yo soy por tanto la víctima escogida para el sacrificio. Manuel te comunicó ya todos los sucesos ocurridos hasta la víspera de su partida a Tabasco; ahora me ha llegado mi turno, y vas a ver si me falta razón para hallarme tan triste, y más que todo admirado, al ver por qué extraña e inesperada combinación se realizan las altas miras de la Providencia. Escúchame y sabrás que mi historia aún no ha terminado; antes bien, comienza a presentarse con un carácter más lúgubre y sombrío de lo que ha aparecido hasta hoy, después de las revelaciones del sepulturero y la misteriosa presencia en estos sitios de ese personaje singular, conocido con el nombre del doctor Moore. Reflexiona entonces si me sobran motivos de angustia, si el estado febril de mi cerebro y el extravagante trastorno de mis ideas, carecen de disculpa. Compadéceme, amigo mío, y ruega al cielo

93. *pueden* : puede UADY

que envíe a este ser desgraciado esa dulce paz de que tanto necesita
para morir tranquilo, olvidando el mundo y pensando en el porve-
nir; no su porvenir en la tierra, de la cual debiera estar desatado para
siempre, sino el que está reservado en los tesoros infinitos de la
bondad divina para las criaturas probadas en el crisol del infortu-
nio... Cuando elevo a Dios mis plegarias, conozco y siento la ver-
dad de estos versos de Racine: 120

*... Su amor quiere
que más feliz descanso el hombre espere.
A otro tiempo remite
el Ser justo e inflexible, 125
su bondad dulce y su rigor terrible.*²

La historia de nuestro amo Germán había causado en mi espíritu
una impresión difícil de explicar. Sin conocer a punto fijo cuál
podría ser la conexión de aquellos sucesos con los de mi vida, me
asaltaban no obstante ciertos pensamientos crueles cuyo origen
buscaba en la identidad de aquellos nombres funestos: *Juan Cru-*
yés. Después de haberme despedido de nuestro amigo, encerre
muchas horas en mi aposento, oprimido bajo el peso de mi extraña
situación. Rumiaba las últimas revelaciones del anciano, y a fuerza
de conjeturas quería yo descorrer el velo misterioso que ocultaba
a mi vista no sé qué cadena de crímenes y desgracias. Sentado en
el hueco de una ventana había yo visto ocultarse el sol dentro de
las aguas del mar, dejando en pos un crepúsculo ceniciento y 135

² ... Su amor quiere
que más feliz descanso el hombre espere.
A otro tiempo remite
el Ser justo e inflexible,
su bondad dulce y su rigor terrible: 140

La religión, poema de Luis Racine, traducido del francés en verso castellano por D. Antonio Ranz Romanillos, doctor en ambos derechos, Madrid, Imprenta Real, 1786, p. 100.

145 melancólico como los recuerdos de mi pasada existencia. De
repente un ruido lejano de músicas y sonidos armoniosos llegó a
mis oídos. Observé entonces que las embarcaciones fondeadas en
el puerto estaban empavesadas; que ninguna canoa pescadora cru-
zaba sobre aquella superficie tersa y tranquila; que en los contor-
nos del hospital reinaba un silencio profundo; y que de allá lejos
150 salía un rumor sordo como el que forman las voces reunidas de un
numeroso pueblo. De pronto me pareció incomprendible todo
aquello; pero después que reflexioné algunos instantes, recordé
que expiraba el 14 de setiembre, y que ese día era el gran día del
pueblo campechano: *El día del Señor de San Román*.

155 Acometido de cierta especie de delirio, tomé mi capa y som-
brero, y sin dar ningún aviso lanceme fuera del hospital resuelto a
ir a la fiesta, mezclarme en la concurrencia y participar alguna vez
de las expansiones de la sociedad. Semejante paso podía muy bien
comprometerme, pues con él violaba abiertamente los reglamen-
tos de la casa, abusaba de la poca libertad que se me había conce-
160 dido, y más que todo, me exponía a un lance humillante o acaso
peligroso. Pero yo estaba ciego, agitado de cierto vértigo inexplic-
cable; y en aquel momento, si se me hubiese presentado la ocasión
de fugarme y poner de por medio entre el hospital y yo, un mundo
165 entero, sin vacilar, olvidándome de todo, habría dicho un eterno
adiós a mi ominoso cautiverio y arrojándome a través de todos los
obstáculos, a buscar en cualquiera parte una muerte menos cruel
y odiosa que la que me espera en San Lázaro.

170 Encamineme de prisa al reducto de San Fernando: desde aquel
sitio percibí distintamente las señales del regocijo que animaba la
fiesta. Detúveme hasta que hubo cerrado la noche; entonces pro-
seguí mi excursión caminando sobre el arenal de la playa, sin que
ningún ser humano se presentase a mi vista: el emporio del bulli-
cio se había concentrado en la plaza y en las calles adyacentes. Al
175 acercarme, sentí que las fuerzas me faltaban, que mis rodillas vaci-

153. *setiembre* : septiembre VA, RS, P
UADY

166. *y* : om. VA, RS, P, UADY
166 *arrojándome* : arrojádome RY

laban y que mi corazón latía con extraordinaria vehemencia. Iba yo a disfrutar de un espectáculo que me estaba prohibido, y a cometer el imperdonable crimen de exhalar mi aliento pestilente, el aliento de un leproso, en medio de una sociedad impía, que cuida más de arrojar de su seno a un pobre enfermo, que a un criminal cuya sola presencia es una amenaza constante contra la vida y seguridad de los individuos, y un escarnio a la moral pública. Avancé, pues, con mal seguro paso, y quedé como clavado en un ángulo del atrio de la pequeña ermita, sin atreverme a penetrar en el interior del santuario. Un gentío inmenso, que se sucedía por oleadas, cubría aquellos sitios: mil grupos de marineros entraban y salían; varios conciertos y juegos populares entretenían a la multitud, sin que en medio de la animación se observase uno solo de aquellos desórdenes que de ordinario turban las fiestas públicas.

Al fin, la reflexión vino a presentarme el justo temor de ser observado, reconocido como un leproso escapado de su encierro, y expuesto, por consiguiente, a todo linaje de humillaciones. Retireme entonces a la orilla del mar, y sentado sobre algunos trozos de madera en bruto, destinada para obras de arquitectura naval, quedé abismado nuevamente en mi estado habitual de melancólica distracción, de la cual no era parte a arrancarme el espeso rumor que brotaba de la inmediata plaza. Ignoro el tiempo que habré permanecido en aquella posición; sólo recuerdo que gradualmente fueron extinguiéndose las luces y disminuyéndose el bullicio, hasta que todo volvió a quedar sumergido en las tinieblas y en el silencio. Acostumbrado un tanto a la oscuridad, mi vista acertó a fijarse en un objeto que parecía encaminarse a la playa; presté toda mi atención, y creí notar el ligero y monótono ruido formado por el compaseado caer de los remos sobre el agua; y aquel choque de *click* y *plock* de la proa de una lancha contra el

194. *a la orilla* : de la orilla UADY
202-203. *a la oscuridad, mi vista*
acertó : om. RS

205. *compaseado* : acompasado VA,
RS, P, UADY

mar. Un fuerte estremecimiento sacudió todos mis miembros. En aquel instante dio el reloj de la parroquia una hora: la una de la noche. Al punto conocí toda la extensión del compromiso en que
210 iba a verme, y quise huir; pero no fui dueño ya de hacerlo; la lancha había tocado la ribera, y no podía retirarme sin peligro inminente de caer en manos de los individuos que la tripulaban. Permanecí, pues, como incrustado dentro del maderaje, esperando el fin de la escena que iba a presentarse.

215 Cautelosamente y con el mayor silencio pusieron el pie en tierra cinco individuos, lanzando en torno una mirada indagadora para asegurarse de que no eran observados. Entonces se adelantó uno de ellos hasta pocos pasos del sitio en que me hallaba oculto, y me pareció que dirigía la palabra a alguien que yo no había visto;
220 la voz del que hacía de jefe dejase escuchar .

–Hablas muy bajo para que pueda oírte un hombre acostumbrado a dormir en medio del ruido de las olas, y cuando el viento brama con todo su furor, tírale del brazo, y al punto le verás incorporarse.

225 Aquella voz penetró hasta la médula de mis huesos como un hierro candente: toda mi sangre se agolpó al corazón, y sentí morir de pavor. ¡Dios mío! Esa voz era la del infame y odioso Juan Cruyés.

230 En el instante apareció otro individuo, con el cual entabló el pirata el siguiente diálogo, mientras que los marineros fueron a colocarse en varias direcciones, sin duda para estar sobre aviso y prevenir alguna sorpresa.

–En la madrugada del 15 de setiembre, he cumplido fielmente mi palabra, porque yo soy así... como Dios me ha hecho, y tal vez
235 mejor –dijo Cruyés sentándose sobre un lanchón volcado a diez pasos del sitio en que me hallaba.

El recién venido permaneció en pie dándome la espalda y contemplando de frente al pirata, en actitud de prestar atención a sus

209. *conoci* : comprendí VA, RS, P, UADY

233. *setiembre* : septiembre VA, RS, P, UADY

palabras. Yo hice por ocultarme del todo, desapareciendo hasta mi
sombra, que se confundía con los trozos de madera negra, dentro
de los cuales me había colocado. 240

Juan Cruyés prosiguió:

–Conozco que en punto a expediciones bien calculadas, me ha
tomado usted el barlovento. ¡Ya se ve, la experiencia enseña
mucho! 245

–Según eso... estamos *in camino e* haciendo rumbo –dijo el
interlocutor del pirata, con un acento estridente y que me pareció
enteramente extranjero.

–¡Toma! Cuando le digo a usted que me ha tomado el barlo-
vento, me parece que me explico con bastante claridad. 250

–Muchas gracias, mi guapo capitán. Veamos, veamos, que es lo
que usted ha hecho.

–Algo, y bueno. Lo primero, para desembarazarme de las muje-
res femeninas, me fui a un punto de la costa, próximo a la barra
de San Pedro, y haciendo uso de una de las muchas recomenda-
ciones que usted me dio, dejelas allí al cuidado de aquel viejo
camarada, que según me significó estaba ya jubilado en el oficio,
después de muchas y muy brillantes campañas. 255

–¡Ya *lu* creo que han sido muchas y brillantes! *Tudavía* no sabe
usted quién es el capitán Sagarra. 260

–¡Demasiado se le conoce, a diez millas de distancia! ¡Con el
demonio del hombre, que sabe hasta dónde duermen las ballenas
y los cachalotes!

– ¿Y luego?

–Luego mariné, y seguí rumbo hacia el “Alacrán.”³ Llegué y
hallelo todo en el mejor estado, y en los propios términos que 265

254. *a la barra* : a la barca *UADY*

256. *dejelas* : déjelas *UADY*

³ “*Alacrán*”: Arrecife o bajo de los Alacranes, formado por varios islotes, en el que con frecuencia naufragaban los barcos, tanto de vela como de vapor. Su forma es la de una gigantesca media luna de coral que mide casi cien kilómetros cuadrados cuando

usted me había indicado en sus sabias y bien calculadas instrucciones. Puse el bergantín en resguardo, desembarqué la gente y algunos víveres, y nos pusimos en acecho. Venida la noche, mandé
270 encender la gran fogata que usted me previno encendiese como base fundamental de las operaciones. Estuvimos en expectativa y... nada, no hubo novedad. Pasáronse cuatro noches; a la quinta... ¡Prrrrt! Un fragatón inglés, cargado de contrabando, se metió entre los arrecifes, y creyendo buscar un punto de salvación,
275 se dejó guiar de la candelada, y quedó perfectamente engarzado de popa a proa. Entonces fuimos a bordo y nos apoderamos de los despojos del gigante.

–Pero... ¿y la tripulación?

Por toda respuesta llevo el pirata la punta del pulgar de la
280 mano derecha a la extremidad de la barba, y le vi agitar los dedos de una manera horrible, en el momento en que el otro individuo, seguramente para comprender mejor aquel signo siniestro, dejaba caer sobre la fisonomía de Cruyés los reflejos del cigarro que fumaba.

285 –¡Muy bien! –dijo entonces aquel ente maligno–. Dios la haya perdonado, pues de otra suerte nada se habría hecho. Muy bien capitán, muy bien.

–Después que despachamos a aquella buena gente a donde no pudiera protestar de avería, hice abarrotar el bergantín de lo mejor

267. *calculadas* : calculadoras UADY

275. *candelada* : candelera RS

emerge totalmente de la aguas y se encuentra a ciento treinta kilómetros al norte del Puerto de Progreso. (Leonor López Domínguez, “Prólogo” al *Arrecife Alacranes* de Peter Wood, México, Inverlat, 1986, 3). Por su parte, Sierra O’Reilly escribía: “El bajo de los «Alacranes» dista de Veracruz, navegando en línea recta por el canal de «Bajo Nuevo» y el «Triángulo», ciento treinta y ocho leguas; de Campeche, tomando rumbo desde las Salinas, cincuenta y cinco leguas; de Sisal, veinte y seis; y de la Vigía de Ixil, que es la costa N. S. más cercana al bajo, veinte y dos leguas.” (Justo Sierra O’Reilly, “Segundo informe que el agente del ministerio de fomento en Campeche, dio en su fecha al E. Sr. ministro del ramo sobre el bajo de los «Alacranes»”, en la *Unión Liberal*, Campeche, t. I, 8 de abril de 1856, núm. 34, 1).

y más precioso, puse en seguridad lo restante del cargamento, y he venido a cumplir con la cita que me dio usted para este sitio y para esta hora. El bergantín está fuera del puerto; y ahora conforme a lo capitulado entre ambos, usted ha de disponer el mejor modo de echar la carga en tierra, sin peligro de ser robados por esos bandidos de la aduana que no dejan a un hombre honrado hacer un negocio de provecho. ¡Con qué gusto colocaría yo sobre el frontispicio de la tal aduana una estatua de Mercurio, que así es el Dios del comercio como de los ladrones! 290

–Cabalmente por eso he acudido tan puntual a la cita, demasiado sabía yo que tendríamos presa infalible, pues el medio que propuse al *señor cónsul de Colombia*, lo había yo empleado... una docena de veces por lo menos. Ahora ocurre una dificultad. 295

–Veámosla.

–El cargamento no puede desembarcarse en Campeche.

–¡Pst! Eso no importa; lo desembarcaremos en Lerma, Jaina,⁴ Champotón...⁵ En fin; en cualquiera parte. 305

–No, no; por estas intermediaciones me parece casi imposible. Nos hemos echado un guardamayor que ha tomado el oficio tan a

290. *precioso* : preciso VA, RS, P, UADY

293. *a lo capitulado* : a lo estipulado VA, RS, P, UADY

305. *Jaina* : Jaima VA, RS, P, UADY

⁴ *Jaina*: “La isla de Jaina está ubicada a 40 kilómetros al norte de Campeche y tiene una forma irregular con dimensiones de un kilómetro de largo y 750 m en su parte más ancha [...]. Hacia finales del siglo XVIII, el gobierno español decidió construir en la isla de Jaina un sistema de trincheras que permitiera su vigilancia y defensa puesto que era el único punto de las costa Norte campechana por donde eventualmente un enemigo podía realizar el temido desembarco.” (Vicente Suárez Aguilar, “La isla de Jaina durante el siglo XIX” en *Apuntes arqueológicos e históricos de Campeche*, Campeche, CONACULTA/ INAH, 2003, 215).

⁵ *Champotón*: La villa de Champotón está al sur de Campeche, en la orilla izquierda del río del mismo nombre. El *Diccionario Universal de Historia y Geografía* dice: “Pueblo del partido de Seibaplaya, distr. de Campeche, depart. de Yucatán: tiene 1, 592 hab., alcaldes municipales y es cabecera de curato: dista de Mérida 60 leguas.” (*DUHyG*, IX).

310 pechos, que es capaz de meterse hasta en la madriguera de una culebra y sacarnos la presa del buche.

–Mire usted, patrón, esa especie de la culebra me sugiere una idea feliz y de éxito seguro. Yo sé que por estos sitios existe una cueva amplísima, cuyas dimensiones son... Vamos, no importan las dimensiones. En dos noches viene todo el negocio a tierra; queda oculto algunos días en la cueva; y para alejar a los curiosos, se hace difundir una voz sorda... un rumor enfático, misterioso, aterrador, horripilante... En fin; un rumor de esos que pasando de boca en boca van siempre en aumento, sufriendo nuevas, variadas e infinitas modificaciones, hasta el extremo de no reconocerlo el mismo que ha tenido interés y empeño en difundirlo.

320 –Ya, ya comprendo.

–Pues bien, se procura sembrar la creencia de que en aquella cueva habita una serpiente de tamaños colosales... Una serpiente con alas de cóndor, se entiende, patas de cocodrilo, garras de tigre, cabeza de jirafa, colmillos de elefante... En fin, una serpiente tan heterogénea, absurda e imposible, que sin dificultad pueda y deba creerse su existencia por la muchedumbre, *inclusive* el guardamayor y sus dependientes.

325 –¡Toma! Antes que a usted, le ocurrió a otro cofrade la propia idea; y en verdad que su resultado no le dio derecho de solicitar la patente de invención.

330 –¡Cómo! ¿Hubo quien se atreviese...?

–Ya lo creo, el guardamayor se armó de punta en blanco, como dicen que lo hizo en la isla de Rodas un tal místico Gozón,⁶ caba-

325. *tan : om. UADY*

⁶ *místico Gozón*: Diosdado de Gozón. Gran maestro de la orden de San Juan de Jerusalén, nacido en Gozón (Rourgue, Francia) a fines del siglo XIII y muerto en 1553. Establecida la orden en Rodas, se distinguió allí por muchos actos de valor y, entre otros, según cuenta la leyenda, por un combate contra una serpiente monstruosa que asolaba la isla. Elegido gran maestro se esforzó por conservar la brillantez y la disciplina de la orden; restableció en sus Estados al rey de la Pequeña Armenia, expulsado por los turcos, y aumentó los medios de defensa de la isla de Rodas. (Juan Sala, *Diccionario biográfico universal*, II, Madrid, Gaspar Roig, 1862).

llero templario, y se metió de buenas a primeras en la caverna a luchar cuerpo a cuerpo con la tarasca. En efecto, venciola en singular batalla, y al día siguiente yacían los descomunales despojos de la gran bestia en los almacenes y depósitos de la aduana. 335

—¡Malditos sean todos los aduaneros! —exclamó Cruyés despechado. 340

—Amén —añadió con mucha sangre fría y aplomo el narrador del combate del guardamayor con la serpiente de la cueva.

Pasados algunos momentos de silencio, el pirata anudó el diálogo interrumpido:

—Pero al cabo, es preciso alijar el bergantín, porque de no, lo que ha quedado oculto en los bajos del “Alacrán” corre peligro de no entrar en comercio, con grave detrimento de nuestro bolsillo. Con que así, veamos qué arbitrio ha hallado usted para salir del lance, supuesto que ya sabía usted mi próxima arribada y la dificultad del desembarque. 345 350

—Por lo que respecta a eso de arbitrios, o como usted lo llama, me parece que los hay de sobra y a discreción. De otra suerte ¿para qué diablos habría yo sido contrabandista por espacio de cuarenta y dos años?

—¡Cáspita! Pues ya cuenta usted su regular fecha en el oficio; y pregunto... ¿de qué escuela? Pues me parece que conozco algunas en América. 355

—¡Oh! En tal caso, la mía sin duda ha de serle familiar; es la de Juan Cruyés, sucesora inmediata de los últimos bucaneros.

Al punto incorporose el pirata, puso las manos en los hombros del contrabandista, y murmuró ciertas palabras misteriosas e incomprensibles. El contrabandista, estremeciéndose ligeramente, besó tres veces el carrillo izquierdo de Cruyés. Aquella escena francmasónica tenía no sé qué carácter tan horriblemente extraño, que por algunos minutos el estupor me dejó en imposibilidad absoluta de comprender lo que pasaba. Cuando pude fijar de nuevo toda mi atención y recordar el libre uso de los sentidos, ambos interlocutores habían vuelto a su primera actitud, y continuaban platicando sobre el negocio que los había reunido. 360 365

- 370 –Bien –decía el pirata–. Por mi parte no hay embarazo. Verdad es que jamás he navegado en agua dulce con los buques de mi mando, ni mucho menos he entrado nunca por la barra de Tabasco.⁷ Pero supuesto que usted cree que allí, por las ventajas que ofrece el río, podremos hacer algo sin riesgo de ser sorprendidos, no hablemos más; el bergantín se hará a la vela para Tabasco. De camino daremos un vistazo a las pupilas.
- 375 –Es decir, a las *hermanas* del señor cónsul de Colombia –añadió con socarronería el antiguo contrabandista.
- ¡Eh! ¿Qué quiere usted? Yo no soy suficientemente viejo para poderlas llamar mis *hijas*; así es que representan mejor el papel de hermanas, o alguna vez, según convenga, el de esposas o cuñadas. ¡Pobrecillas! Su abnegación es absoluta, y no hacen sino lo que yo les mando.
- ¿Son acaso hermanas entre sí?
- 385 –Sí tal; y la mayor de ellas, cuya pérdida ha sido para mí irreparable... Pero dejemos esto, que seguramente no le interesa nada. Volvamos a nuestro asunto. ¿Cuándo hemos de partir? Si necesita usted de algún tiempo para alistarse, vendré esta noche a la hora que usted me indique.
- 390 –No hay necesidad: viviendo aquí solo, aislado y sin familia, a cualquiera hora estoy listo para viajar.
- En tal caso, podemos partir.
- Sí; cuanto antes. Procuremos echarnos pronto mar en fuera, porque no se pasarán seis horas sin que tengamos encima un norte deshecho.
- 395 –¿Lo cree usted?
- Sin duda. Esa nube que vemos allá abajo, y que parece un león agazapado y en acecho, es un signo terrible.

387. *Volvamos a nuestro asunto* : om. VA,
RS, P, UADY

⁷ *la barra de Tabasco*: La barra del río Grijalva en el Estado de Tabasco.

–Pues evitemos que nos sorprenda en tierra.

Entonces el pirata lanzó un silbido. Los cuatro marineros se aproximaron al momento. Un cuarto de hora después el esquiife había desaparecido entre la espesa bruma del mar y la oscuridad de la noche. Volvió a sonar el reloj de la parroquia: las dos de la mañana. 400

Me hallaba todavía bajo el dominio de la funesta impresión que acababa de recibir con los pormenores de la infernal escena que había presenciado, cuando un nuevo incidente vino a colocarme otra vez en peligro de ser descubierto, y acaso aparecer con un carácter sospechoso. Por la callejuela próxima dejáronse ver dos bultos, que con el menor ruido posible se deslizaron a través de la multitud de fragmentos y piezas de madera que cubrían un buen trecho de la playa en donde trabajan los carpinteros y calafates⁸ del barrio. Fija la vista en el movimiento cauteloso de los dos embozados, observaba todas sus acciones mientras me palpitaba el corazón y se cubría mi frente de un sudor glacial. De pronto me figuré que los recién venidos serían cómplices o socios de los contrabandistas que acababan de marcharse; pero luego hube de convenirme de que, al contrario, traían la intención de sorprenderlos y apoderarse de sus personas. Después de algunos minutos de examen en que el anteojo de noche pasaba alternativamente de las manos del uno a las del otro, se presentaron de golpe sobre la ribera, en el sitio mismo en que el contrabandista y el pirata habían tenido el diálogo anterior. 405 410 415 420

–Ya lo ve usted, tío Pepe –dijo uno de ellos al que parecía servirle de guía–. Se ha equivocado usted redondamente. 425

406. *acababa* : acaba RS

412. *trabajan* : trabajaban RS

417. *acababan* : acaban UADY

⁸ *calafates*: Calafate. “El individuo que ejerce el oficio de calafatear.” “Rellenar de estopa las juntas de las tablas de fondos, costados y cubiertas, a fuerza de mazo y con los demás instrumentos al propósito, y ponerles después una capa de brea para que no entre el agua por ellas.” (DME).

—¡Oh! —exclamó el otro—. En cuanto a eso de haberme equivocado, yo te aseguro lo contrario. Se habrán marchado mientras yo iba a darte aviso para que vinieses a cumplir con tu deber; y helo aquí todo. Tú eres guarda, y el Estado te paga para perseguir a los contrabandistas; y si no te hubieses entretenido en los bureos⁹ de la plaza, a buen seguro que tu vigilancia te habría descubierto lo que yo he visto por mera casualidad.

—Pero, en fin, sea lo que fuere, ya ve usted que hemos dado un golpe en vago.

435 —Nos hemos dilatado en llegar, y en eso consiste nuestro poco acierto. Que aquí, en este propio lugar tenía una plática sospechosa el tío Melitón y un desconocido, que allí junto a ese trozo estaba amarrada una lancha, y que más allá cuatro hombres acechaban por las avenidas del barrio; ni duda, porque todo lo he visto. A pesar de la bullanga de anoche, siguiendo mi costumbre antigua, salí de casa a dar un paseo por la playa y a respirar el aire de la madrugada que me hace tan buen provecho: yo que, a Dios gracias, mi largo ejercicio de mar me ha dado buen ojo y buen oído, acerté a comprender lo que ocurría, y te protesto que no me he equivocado. Se hablaba de desembarcar un contrabando, y como a perro viejo no hay tus tus, y conozco más que a mis uñas al tío Melitón —dije para mi colete: “Vamos, aquí hay gato encerrado”— y recogí velas, porque yo cuido un poco el pellejo, y sabe Dios lo que habrían podido intentar seis hombres desesperados y sorprendidos por un inoportuno que no gusta mucho en verdad de ciertas fechurías. Si Germán el sepulturero, que es hombre de pelo en pecho, hubiese estado conmigo, como suele suceder, entonces esos pícaros no se habrían escapado, porque yo también ¡eh! se dónde me aprieta el zapato. ¿Me explico?

430. *bureos* : *buleos* VA, RS, P, UADY

451. *fechurías* : *fechorías* RS, UADY

454. *¡eh!* : *om.* VA, RS, P, UADY

⁹ *bureos*: Bureo. Juerga.

–Perfectamente. A propósito de nuestro amo Germán, ¿quiere usted decirme qué se ha hecho de él en estos días? 455

–Sépallo Cristo; de poco tiempo acá el hombre se ha vuelto medio loco y tiene un humor de los diablos. Ya lleva dos viajes en este año sin que sepamos a derechas a dónde ha ido ni con qué fines. ¡Pobre Germán! Discurro que no te habrás figurado que es algún contrabandista. 460

–No, tío Pepe; ¿de dónde podría yo figurarme semejante cosa?

–Es que, como no faltan algunos prójimos que se ejercitan en este tráfico, y unos lavan la lana y otros cargan la fama...

–No, tío Pepe, ni por pienso, demasiado sabemos quiénes son y quiénes no son los contrabandistas. 465

–¿Con que todo eso saben los señores del resguardo?

–¡Toma! Pues qué ¿se figura usted que no rondamos, pedimos informes, perseguimos, atacamos, etcétera, etcétera, etcétera?

–Pues sea como fuese, yo les aconsejaría que abriesen siempre tamaños ojos porque ni son todos los que parecen, ni parecen todos los que son. ¿Me explico? Yo no soy ningún delator, ni me creo en conciencia obligado a ello, supuesto que hay empleados con estrecho deber de vigilar y perseguir el contrabando; y el guarda que en este punto llegase tan siquiera a ser omiso, faltaría a la lealtad. Pero como yo tampoco quiero que el barrio tenga mala fama, hago lo que puedo sin meterme en dibujos; y digo, no es el primer contrabandista a quien he puesto las peras a cuatro. 470 475

–Sí; ya sé de algunas campañas antiguas y ruidosas de usted.

–¡Cosas de la mocedad! 480

–Hace poco que me refirieron el lance que ocurrió a usted con aquel pirata o contrabandista que dio fuego a la fragata de don Bartolomé Borreyro.¹⁰

475. *a la lealtad* : al honor y a la lealtad
VA, RS, P, UADY

¹⁰ Bartolomé Borreyro. Regidor de Campeche, cuya casa se encontraba en la acera oriental de la Plaza principal, a un lado de la Catedral.

- ¡Ah, sí! Con un tal Juan Cruyés.
- 485 Y este nombre de maldición volvió a resonar en mis oídos, y a petrificarme de espanto y horror.
- Vamos, tío Pepe –prosiguió el guarda–, ya que no hemos hallado lo que buscábamos, matemos tiempo. Cuénteme usted el suceso, pues deseo oírlo de su boca.
- 490 –Apenas me acuerdo de él. Supón tú, hijo mío, que de entonces acá han pasado cuarenta años largos de talle y...
- No importa, haga usted por ver si recuerda las especies. Sabe usted que no hay cosa que me agrade tanto como la conversación de los viejos, porque cada viejo es una historia viva y parlante.
- 495 –Enhorabuena; pero también sabes que yo soy poco aficionado a referir los sucesos de mi tiempo, y ¡cuidado que los hay muy curiosos! ¿Me explico? Pero, en fin, como lo que tú me pides no ofende a ninguna persona ni familia, procuraré decirte en dos palabras el suceso de la fragata.
- 500 –Diga usted, que ya escucho.
- Pues, señor, érase una noche serena y limpia, cuando varios muchachos del barrio estábamos reunidos en el tumbadillo de un bodegón de mucho crédito que nuestro amo Pascual Cortado tenía establecido en Boquilla de Piedra¹¹, en la mera orilla de la
- 505 playa. Aquel propio día había yo regresado de Tabasco con mi bongo, y al tiempo de entrar en el puerto, un guairo se nos echó encima, nos dio caza, y por un milagro patente del Señor de San Román, escapamos libres de las garras del pirata. Cuando vine a tierra, nadie hablaba de otra cosa que de los robos y sorpresas de
- 510 aquel pirata insolente, que llevaba cinco días de hallarse en estas aguas, sin que se atreviese nadie a salir a perseguirle. El señor teniente del rey ordenó, es verdad, que se armase una goleta; pero la cosa iba despacio, y entre tanto, el pirata tenía tiempo y lugar de hacer de las suyas y marcharse, burlándose de nuestra cobardía.
- 515 Esto causaba muy mal humor en la gente del barrio, y se cruzaban

¹¹ *Boquilla de Piedra*: No identificado.

mil proyectos de ataque, sin esperar las órdenes de la autoridad. Estaba ya a punto de adoptarse uno de los varios medios propuestos, cuando allá en los confines del horizonte apareció una luz débil al principio, pero que fue creciendo tan rápidamente, que a los cinco minutos todo el puerto, la ciudad, los barrios y la serranía inmediata se hallaban iluminados como en mitad del día más claro y espléndido. La enorme fragata del señor Borreyro había concluido su carga aquella propia mañana e iba a salir a la mar al día siguiente. Si al principio pudo no comprenderse lo que significaba aquel terrible espectáculo, muy pronto desaparecieron las dudas cuando el toque general de las campanas, el grito de alarma y las voces de la muchedumbre anunciaron la aproximación de un colosal gigante que vomitaba torrentes de humo y de fuego en todas direcciones, y que amenazaba caer sobre la población y reducirla a cenizas. La inmensa fragata estaba ardiendo.

520

525

530

El guarda se santiguó tres veces; el anciano prosiguió en su relato.

—Aunque no era posible averiguar el origen de aquella desgracia, nadie vaciló en creer que fuese obra del pirata. Así es que al instante nos armamos como doscientos hombres, y a las cinco de la mañana del día siguiente nos habíamos embarcado en varias canoas, y salimos a la mar: yo mandaba una de ellas, y fui el más venturoso, porque apenas había remontado la punta *Maxtun*¹² cuando el guairo se presentó a mi vista varado en una caleta de la playa. Atacamos con furor a los piratas, que nos opusieron la más briosa resistencia; pero al fin, con pérdida de tres hombres, logra-

535

540

¹² *punta Maxtun*: La punta Maxtun o la Roca del mono se encuentra a sotavento de la ciudad de Campeche. (Justo Sierra O'Reilly, "Calendario civil y religioso", en *El Fénix*, Campeche, 25 de septiembre de 1849, núm. 66, 4). "Frente a Campeche la costa es muy baja y lodosa, con sólo tres y media brazas de profundidad hasta una distancia de doce millas al oeste del puerto. A cuatro kilómetros al suroeste se encuentra el poblado de Lerma, después la punta Maxtum grande, que es un cerro boscoso de 140 m de altura." (Juan José Bolívar Aguilar, *Monografía del Estado de Campeche*, Universidad Autónoma del Carmen, 2001, 21).

mos aprehenderlos a todos, menos al capitán que hubo de morir a mis manos, después de haberme tirado tres cuchilladas mortales. Al tiempo de expirar, me gritó en medio de las más horribles convulsiones: “Mátame, perro, mátame bien; no faltará quien me vengue; ya te acordarás de Juan Cruyés.” Así fue como supe el nombre de aquel desgraciado. Volví y entregué los presos a la justicia, e ignoro el paradero que tuvieron. Entre tanto la fragata estuvo ardiendo varios días; cuando entraba el viento de tierra y se alejaba, se restablecía la tranquilidad en la población; pero cuando soplabla la brisa, y aquel volcán se aproximaba de nuevo, entonces comenzaba otra vez el susto y la confusión. Por fin hubo de consumirse aquella montaña de madera; y por espacio de muchos meses la playa se perdía bajo la espesa capa de carbón que la resaca depositaba en ella. Todavía nos acordamos muchos en el barrio de la angustia de aquellos días.

—¿Y se cumplió la funesta profecía de Cruyés?

—Sí, en cuanto a lo que es acordarme de él; porque en efecto, cada vez que se ofrece hablar del suceso, no puedo menos de recordar sus pormenores, y hasta ese nombre diabólico; pero por lo demás, gracias al Señor de San Román que hasta ahora nadie ha pensado en vengar una muerte tan justa y merecida. Mas... creo que ya va a dar el toque del alba, y nada tenemos que hacer aquí.

—Pero volviendo a lo del contrabando —dijo el guardia—, ¿sospecha usted que podrá hacerse algún desembarco?

—Eso ¿quién lo sabe? Sin embargo, puedes averiguar si aún está en el barrio el tío Melitón, a quien viste anoche en la plaza por tus propios ojos. Si le encuentras, el desembarco es segurísimo, mas si se ha marchado, desde luego irían a desembuchar en otra parte.

¿Me explico?

—Muy bien, haré al pie de la letra lo que usted me aconseja.

Alejáronse luego, y no bien habían desaparecido, cuando las iglesias de la ciudad dieron el toque del alba. Yo entonces, saliendo de la especie de letargo pavoroso en que me hallaba, me apresuré a volver al hospital, de donde felizmente ninguna persona había notado mi ausencia.

He allí, mi querido amigo, lo que yo te decía; a saber, que mi historia era eslabón de alguna larga cadena de crímenes y desgracias. ¿Qué significa ese ominoso nombre de Juan Cruyés? ¿Cuántos son, en fin, los personajes que han sido conocidos bajo de semejante nombre? ¡Dios mío! Yo me encuentro sumergido en un piélago de confusión e incertidumbre. 580

Ya he dirigido a Manuel una relación detallada de estos nuevos incidentes por lo que importa que esté prevenido para cualquier encuentro. Entretanto la misericordia de Dios se digna enviar su luz y su gracia a esta miserable criatura, yo le ruego, querido mío, que te tenga en su santa guarda. 585

580. *bajo de* : bajo VA, RS, P, UADY

CARTA XXIV
MANUEL A ANTONIO

Villahermosa, 9 de octubre de 1824

Querido mío: Conozco que voy a poner la mano en la herida
delicada que llevas en el corazón; pero tú quieres dilatarla lo posi- 5
ble, acaso para curarla mejor: yo obedezco tus preceptos. Habría
preferido comunicarte de palabra, cuando nos viésemos otra vez,
los extraordinarios incidentes que han sobrevenido; mas creyendo
que son importantes de suyo, y que un silencio afectado de mi
parte sería funesto, me resuelvo, en fin, escribirte. Confío en que 10
sabrás conservar tu filosofía, y que leerás el presente relato con
valor y serenidad. Sobre todo, querido mío, acorta los vuelos de tu
exagerada imaginación, y haz un esfuerzo para adquirir tranquili-
dad, paz de espíritu y sangre fría. ¡Quiera el cielo concedértelo!

El 14 del pasado entré en la barra de Tabasco, y los sucesos 15
políticos de la capital, en donde se hizo ahora poco un movi-
miento contra el comandante general don José Rincón,¹ me obli-

3. 9 de octubre de 1824 : octubre 9 de
1824 VA, RS, P, UADY

4. Querido : Queridísimo VA, RS, P,
UADY

¹ *don José Rincón*: El coronel de ingenieros don José Antonio Rincón gobernó el Estado de Tabasco a partir de agosto de 1822, y al ser nombrado por el Congreso del Estado, en sustitución suya, el Sr. Agustín Ruiz de la Peña, se negó a acatar estas disposiciones. “Todo esto dio por resultado que las cosas se fueran poniendo en una tirante situación, en términos que, exaltados los ánimos, [El Congreso y el Gobernador] formaron un movimiento poniendo en prisión al Sr. Rincón, el 14 de junio de 1824”. (Manuel Gil y Sáenz, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, Tabasco, 1872,

garon a detenerme en San Fernando de la Victoria,² pueblo distante poco más de una legua de la barra. El coronel don Francisco Hernández,³ enviado con algunas fuerzas por el gobierno de la República, se disponía a subir a Villahermosa, y me pareció conveniente diferir la continuación del viaje y esperar el resultado de aquella operación puramente militar, que terminó en efecto sin efusión de sangre, a pesar de la exaltación que reinaba, y que hacía inminente un choque entre las fuerzas de Hernández y las que obedecían al gobierno del Estado. Dios quiso que se evitase esta desgracia y este escándalo que podría desconceptuarnos entre las naciones civilizadas, de cuya amistad y protección necesitamos tanto para zanjar los fundamentos de la nueva república, y cicatrizar las profundas heridas que dejó una lucha de once años.

Obligado, pues, a desembarcarme en San Fernando, busqué un alojamiento que me proporcionase alguna comodidad. Indicáronme como el mejor la casa de una señora viuda, que solía hospedar a los transeúntes. Hice mis arreglos con la buena señora, e instaleme bajo su techo de palmas, y sobre un *tapezco*⁴ de carri-

Tip. de José M. Ábalos, 166-169. Hay una edición facsimilar de 1979, publicada por el Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco).

² *San Fernando de la Victoria*: El 25 de noviembre de 1826 el Congreso de Tabasco decretó que “el pueblo de San Fernando de la Victoria quedase bajo la denominación de Guadalupe de la Frontera.” (Manuel Gil y Sáenz, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, Tabasco, 1872, Tip. de José M. Ábalos, 176-177).

³ *El coronel don Francisco Hernández*: A mediados de 1824, el coronel José Francisco Hernández fue enviado a Tabasco con el 5º batallón por el Gobierno del Centro con el objeto de pacificar las luchas políticas y, probablemente para obtener información sobre las tendencias separatistas de Tabasco, Chiapas y Yucatán. Sin embargo el Gobierno del Estado, ya presidido por Agustín Ruiz de la Peña, le negó la entrada y tuvo que detenerse en Frontera. En tal situación un destacamento del 5º batallón al mando del coronel José Antonio Facio se enfrentó a las tropas tabasqueñas en Escobas y más tarde ya todo el 5º batallón con el coronel José Francisco Hernández al frente, entró en Villahermosa a finales de septiembre. El coronel José Francisco Hernández abandonó Tabasco en 1825. (Manuel Gil y Sáenz, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, Tabasco, 1872, Tip. de José M. Ábalos, 169-171).

⁴ *tapezco*: “En México y Centro América, zarzo o emparillado tosco de maderos como varas, cañas, carrizos u otates, paralelos y unidos, que sirve como lecho en las casas

zos y *jauacte*,⁵ única y durísima cama que su pobreza podía ofrecerme. Y lo verifiqué a tiempo, porque al siguiente día me asaltó una fuerte calentura, de las que se adolece generalmente en este país. Su intensidad me dejó privado por muchas horas, y sólo a merced de la práctica y cuidados caseros de la huéspedada, conseguí aliviarme, aunque mi cabeza quedó enferma, pues sentía en ella una pesadez dolorosa que se difundía a todo mi cuerpo. 40

Era la madrugada del día 18, cuando al volver de una especie de sopor en que había caído, llegó hasta mí el metal claro y robusto de una voz que me produjo una súbita y extraña horripilación: mis cabellos se erizaron, un sudor frío bañó mi frente, y sentí en todo mi cuerpo el sople fatídico de la muerte. De pronto creí que era aquello una pesadilla, o que acaso la debilidad del cerebro enfermizo me ofrecía alguna visión siniestra; pero luego me cercioré de que estaba despierto, y que la voz era una realidad terrible: era la voz de Juan Cruyés, el pseudocónsul de Colombia, a quien conocí demasiado en Campeche, en el mes de agosto, para que pudiese engañarme. 45 50

Hallábame, pues, bajo una impresión semejante a la que causó a Eneas en los infiernos la sombra de Héctor: *Obstupui, steteruntque comae*.⁶ Faltome aliento para saltar de la cama, y escuché sin 55

53. *pudiese* : pudiera RS

rústicas, y va entonces sobre cuatro horquetas que le sirven de patas, clavadas en el suelo; como trastero o repisa, en las cocinas, o colgado de las vigas o el tapanco, y aun como fondo de carros, parihuelas, etc.” (DGdeA).

⁵ *jauacte*: Un tipo de palmera.

⁶ *Obstupui, steteruntque comae: Obstupui, steteruntque comae, et vox faucibus haesit.* (*Aeneis*, II, 774). Se refiere al episodio en el que Eneas le cuenta a la reina Dido la destrucción de Troya por los griegos y cómo, después de que se le ha aparecido en sueños la sombra de Héctor, quien le aconseja que huya, y de llevar a su padre Anquises sobre sus espaldas y a su hijo Iulo fuera de la ciudad, echa de menos la presencia de su esposa Creusa, que se ha extraviado en la huida. Regresa a la ciudad en llamas; se le aparece el fantasma de Creusa, y es entonces cuando dice: “Me quedé inmóvil, los cabellos se me erizaron, y la voz se me pegó a la garganta”.

moverme la conversación que tenía el pirata con otro de su oficio evidentemente. La escena pasaba en la pequeña sala de la casa de la viuda, mientras que yo permanecía inmóvil en el dormitorio próximo, separado de aquélla por un débil seto de cañas.

60

–Con que ¿las ha dejado usted en seguridad absoluta? –preguntaba Cruyés a su interlocutor.

–Repito a usted que nada hay que temer –respondió el otro con un acento áspero y cascado–. Es mi antiguo amigo el sujeto que se ha encargado de ellas, y las verá como un depósito inviolable.

65

–¡Eh! Yo no lo digo por tanto; pero es el caso que yo no conozco lo que es el tal puerto de la Laguna,⁷ aunque más de una vez he pensado dirigir mis correrías por ese rumbo. ¡La Laguna! Sí; en los registros de la sociedad algo he leído relativo a la Laguna, y me parece que podría sacarse de allí alguna cosa de provecho.

70

–Si otra vez le vienen a la mano esos registros, verá usted lo importante que fue siempre tener en las inmediaciones de la Laguna por lo menos un guairo en acecho de buenas presas. El sexto Juan Cruyés, sobrenombrado *el capitán Bigotes* (porque los tenía disformes), hizo en el año de 1742 una presa que le valió cuarenta y cinco mil duros.

75

–¡Buen negocio, por vida mía! De estos tales ya no se presentan en estos tiempos en que el oficio se ha generalizado tanto. Gracias que nuestra pobre sociedad, que está ya al desorganizarse hasta el punto de no saberse reconocer sus miembros entre sí, gracias, repito, que podamos atrapar algo que valga la pena. Mas no hablemos de intereses: ya se sabe que lo que más nos importa es la gloria del pabellón. Bebamos en honor suyo.

80

Un ligero glu glu, a que siguió un resoplido, me hizo entender que en efecto apuraban dos vasos de vino o aguardiente. La huésped andaba por allí cerca, y esto aumentaba mi sobresalto. Me figuré que siendo ella testigo de semejante conversación, o era

85

83. *pabellón* : negro *add.* VA, RS, P, UADY

⁷ *puerto de la Laguna*: Puerto de la Laguna de Términos o Ciudad del Carmen.

cómplice de los piratas, o estaba acostumbrada a presenciar ciertas escenas y guardar silencio sobre ellas.

—¡Patrona! —gritó Cruyés—, traígase usted otra botella y se deberá ese pico más. 90

La viuda puso al momento otra botella sobre la mesa, y de puntillas entró luego en mi aposento, alzó el mosquitero y se detuvo observándome. Yo fingí que dormía profundamente, lo cual tranquilizó al parecer a la patrona, pues salió de allí a continuar sirviendo a los recién venidos. Cruyés prosiguió: 95

—Con que volvamos a las chicas, y dispense usted, buen capitán Sagarra, mi majadería sobre este particular. Decía usted que podremos verlas muy pronto, y...

—Sin duda. Avisado por el tío Melitón de que convendría mejor hacer el negocio en Tabasco, me apresuré a llevarlas a la Laguna, para estar más expedito el día menos pensado que usted tocara a mis puertas. Despacharemos luego la carga, e irá usted a incorporarse con sus protegidas, si así le place. 100

—Muy bien, convengo en ello; pero también es necesario que usted convenga en que... 105

—¿En que no me he sujetado a sus instrucciones? Es verdad, lo confieso. Mas ¿podríamos haber penetrado hasta aquí con ese obstáculo?

—Cierto, cierto, y yo soy un impertinente. Usted me afirma que hay seguridad para mí y ellas en donde están; enhorabuena. Extraño, sin embargo, que se hayan prestado desde luego a marchar a la Laguna sin noticia mía. 110

—Yo les dije que me sujetaba a ciertas órdenes reservadas que usted me había dado, para el caso de que sobreviniese un imprevisto accidente. Ahí lo tiene usted explicado todo. 115

—¡Ah, ah! —murmuró Cruyés acercando su asiento al del capitán Sagarra—. Bebamos otro trago.

—A la salud de Juan Cruyés décimo quinto.

90. *traígase* : traígame RS

120 Desde que el capitán Sagarra habló de un Juan Cruyés *sexto*,
quedé algo confuso; mas ahora que tan terminantemente brindaba
en obsequio de un Cruyés *decimoquinto*, todo el misterio quedaba
disipado. Nombre simbólico y convencional, desde luego ese nom-
bre se daría al capitán o director de alguna cuadrilla de antiguos
125 piratas, que han ido sucediéndose sin interrupción. De esto hay
muchos ejemplares en América; y una investigación sobre un hecho
tan importante, daría una luz decisiva sobre la historia horrible y
misteriosa de la piratería. Los *bucaneros*, como debes saber, se esta-
blecieron primitivamente en la isla de Santo Domingo,⁸ desde
130 donde ejercían sobre las colonias españolas mil sangrientas vejacio-
nes, so pretexto de la caza de bueyes, con cuyas pieles hacían en
Europa un rico comercio. La Francia los reconoció enviándoles un
gobernador el año de 1665 y con esta protección se entregaron a
todo linaje de excesos. Vinieron en pos los *filibusteros*, más empre-
135 dedores y más audaces que los bucaneros. Tomaron ese nombre
singular de *fly boat*, embarcación que pillaba y robaba; o más bien de *free
booter* (*freibeuter* en alemán) francobotinero, o lo que es lo mismo
pirata libre. Esta reunión de piratas y aventureros de todas las nacio-
nes, fue famosa en el siglo XVII por su espantoso encarnizamiento
140 contra el gobierno español, o mejor dicho, contra sus mal guar-
dadas colonias. Los filibusteros recorrían los mares, asaltaban las
flotas, asesinaban a las tripulaciones, incendiaban los bajeles, sitia-
ban plazas y destruían todo cuanto se les venía a las manos.
Sus capitanes más célebres fueron el inglés Morgan⁹ que tomó a
145 Panamá en 1670; Pedro Legrand, Dieppe;¹⁰ Olonnais;¹¹ Basque¹²;

137. freibeuter : breibeuter VA, RS, P;
UADY

⁸ *Santo Domingo*: Santo Domingo de Guzmán (República Dominicana). Puerto en la costa meridional de la isla La Española, en el mar de las Antillas.

⁹ *Morgan*: Sir Henry Morgan, el mayor de los *hermanos de la costa*, nació en Llanrhymmy (Monmouthshire), en el país de Gales, Inglaterra, en 1635. Durante su juventud viajó a Barbados y después a Jamaica, que convirtió en su hogar por el resto de su vida. El 27 de enero de 1661 se presentó frente a la bahía de Campeche y aunque no atacó la ciudad

146. *Montbars*: Momers RY, VA, RS, P
UADY

saqueó dos fragatas del comercio y luego se retiró tranquilamente. “En 1665 Morgan, junto con los bucaneros Jackman y Morris, devastó la provincia de Campeche y luego, en calidad de Vicealmirante del más famoso bucanero del momento, el Capitán Mansfield, saqueó Cuba, tomó la isla de Providencia y pilló e incendió la costa de Costa Rica, regresando de nuevo a Jamaica con un botín de fabulosas dimensiones.” Atacó Puerto Príncipe, en abril de 1668; Portobello, en julio del mismo año; Maracaibo, en marzo de 1669; y en 1670-1671, se produjo el mayor acontecimiento en la vida de Morgan: el saco de Panamá. Al cabo de tres semanas, después de destruir e incendiar la ciudad, “los bucaneros iniciaron el viaje de regreso a san Lorenzo con una caravana de doscientas acémilas cargadas de oro, plata y toda clase de géneros, además de un gran número de prisioneros [...]. Al llegar a Chagres se hizo la partición de los despojos en una general rebatiña, y en marzo de 1671 Morgan zarpó rumbo a Port Royal con unos pocos amigos llevándose la mayor parte del botín y abandonando a sus fieles seguidores sin barcos ni provisiones y con sólo diez libras por cabeza como parte de los despojos.” (G, 252). Con motivo de los tratados de paz entre España e Inglaterra, en abril de 1672, fue conducido a Inglaterra como prisionero a bordo de la fragata *Welcome*, pero no fue juzgado. En cambio, en noviembre del mismo año recibió las órdenes de caballero y entre 1674 y 1678, desempeñó el cargo de teniente gobernador en Jamaica, y, más tarde, en 1681, el de gobernador interino por algunos meses. Murió en Jamaica el 25 de agosto de 1688, en medio de grandes consideraciones tanto de las autoridades como del pueblo. (PA, 110-200; G, 248-254; Cruz Apestegui, *Piratas en el Caribe*, Barcelona, Lunberg, 2000, 215-216; Héctor Pérez Martínez, *Piraterías en Campeche*, México, Porrúa, 1937, 37-38).

¹⁰ *Pedro Legrand, Dieppe*: Pierre Le Grand. Nació en Dieppe, Normandía, y fue el primer pirata que asentó sus cuarteles en la Isla de la Tortuga. En 1602 cerca de cabo Tiburón junto con 28 compañeros atacó un galeón español que apresó y se llevó a su ciudad natal en donde lo vendió. Acabó sus días considerado como un honrado ciudadano. (PA, 44-46; G, 158-159; Cruz Apestegui, *Piratas en el Caribe*, Barcelona, Lunberg, 2000, 216).

¹¹ *Olonnais*: Jean David Nau, alias *Francis, L'Olonnais*. Nació en Les Sables de Olonne, en la región francesa de Poitou, en 1630. A la edad de 20 años viajó al Caribe como *engagé*; en la Isla Española se unió a los bucaneros que vivían allí dedicados a la caza de ganado salvaje y a secar su carne o *bucan*. En 1668 capturó una fragata junto a Cayo Fragoso en Cuba pasando a cuchillo a todos sus tripulantes. Se asoció con Miguel el Vasco y otros filibusteros y atacó Maracaibo, en 1667, y Gibraltar, en 1668. Era entonces el más famoso pirata de la Hermandad de la Costa. Terminaron sus días en el Darién en

hazaña de estos piratas fue la toma de Cartagena, de cuya plaza se apoderaron en 1697, auxiliados de una escuadra de corsarios franceses. Después de esta época su número disminuyó notablemente, y dividiéronse los que quisieron seguir tan odiosa carrera en pequeñas fracciones, que jamás han sido exterminadas del todo. Ese Juan Cruyés, autor de todas tus desgracias, es, según he descubierto, el jefe de una de esas cuadrillas, y sucesor de Juan Venturate,¹⁵

149. *notablemente* : considerablemente
VA, RS, P, UADY

donde, según una versión, los indios lo descuartizaron vivo y arrojaron sus miembros al fuego y luego sus cenizas al viento con el objeto de que “no quedara rastro ni memoria de tan infame e inhumana criatura”; según otra, murió devorado por los indios caníbales. Héctor Pérez Martínez dice que en el comienzo de su carrera naufragó en las costas de Campeche, en donde los soldados españoles lo persiguieron y lo hirieron, pero después perfectamente disfrazado se presentó en la ciudad y tiempo más tarde huyó con algunos de sus compañeros, que estaban presos, a la isla de La Tortuga. (PA, 64-98; G, 258-261; Cruz Apestegui, *Piratas en el Caribe*, Barcelona, Lunweg, 2000, 214; Héctor Pérez Martínez, *Piraterías en Campeche*, México, Porrúa, 1937, 48-50).

¹² *Basque*: Michel *Le Basque*. “Filibustero francés. En el año 1667 saqueó la ciudad de Maracaibo, en Venezuela, en compañía del carnicero L’Olonnais y de otros seiscientos bucaneros.” (G, 234).

¹³ *Montbars*, el Exterminador: “Oriundo de Languedoc. Se adhirió a los bucaneros tras leer un libro que describía la crueldad de los españoles con los nativos americanos, y este relato le inspiró tal aborrecimiento de los españoles que resolvió ir a las Indias Occidentales, correr el albur con los bucaneros, y emplear su vida y todos sus esfuerzos en castigar a los españoles. Cumplió rigurosamente su determinación tratando a todos los españoles que caían en su poder con tal crueldad que llegó a ser conocido en todo el dominio hispano como *El Exterminador*. Montbars se convirtió en un notorio y próspero jefe bucanero o pirata que tenía sus cuarteles en San Bartolomé, en las Islas Vírgenes, donde acostumbraba llevar a los prisioneros y despojos que sacaba de los barcos y poblaciones españolas.” (G, 245).

¹⁴ Véase la nota 14 de la Carta VII.

¹⁵ *Juan Venturate*: “Aquel mismo año de noventa y siete [1597] dio vista al puerto de Campeche una escuadra de navíos ingleses corsarios que andaban al pillaje, cuyo cabo y capitán se llamaba Guillermo Parque. Quedose barloventeando con un navío grande, un patache y un lanchón, y tuvo traza para que un Juan Venturate, que estaba en Campeche con traición, por trato que con él hizo, le entrase en la villa por parte segura, donde no

se reclaba, desembarcando la gente de noche.” Pero los campechanos, dirigidos por los alcaldes Francisco Sánchez y Pedro de Interián, se enfrentaron a los filibusteros que, al ser herido de muerte su capitán, decidieron huir “dejando gran parte del robo en tierra, por coger más presto sus bajeles [...]. Los que escaparon dejaron al traidor que los había entrado en la villa, diciendo a los vecinos de ella, que él era, y que le castigasen como merecía por haberla vendido.” Juan Venturate fue despedazado con tenazas encendidas. (*LC*, II, 278-279; Vicente Calero, “Juan Venturate”, en *RY*, III, 159-160; Justo Sierra O’Reilly, “Calendario civil y religioso”, en *El Fénix*, Campeche, 10 de octubre de 1849, núm. 69, 4 [el desembarco de William Park se fecha el 15 de octubre de 1602]; Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, II, México/Barcelona, Ballecá/España, s. a., 510-511).

¹⁶ *Abrahan*: “En junio de 1648, el pirata Abrahan penetró en la población de Bacalar y saqueó, hirió, mató y se llevó cautivas a cuantas mujeres tuvo a la mano y las retuvo en el Isote de los Cayos; pero por fortuna días después fueron rescatadas.” (Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán durante la dominación española*, II, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1910, 176). “Este mismo año [1652] —precisa López Cogolludo— el capitán corsario, llamado Abrahan, que el año de cuarenta y ocho se dijo dio a saco la villa de Salamanca de Bacalar, volvió a ella y la cogió y saqueó, y porque el capitán Bartolomé Palomino les hizo mucho daño, cuando en los cayos le quitaron las mujeres que tenía prisioneras, ahora a sangre fría, como suele decirse, le mató con grandísima crueldad, quitándole la vida lentamente, y también mató a un indio. Esto había sucedido a 29 de mayo.” (*LC*, III, 417-418).

¹⁷ *Diego el Mulato*: Diego Reyes. Mulato originario de la Habana. Operaba en La Tortuga y atacaba barcos españoles. Fue capturado por Mateo Alonso Huidobro en octubre de 1673, y ahorcado en Veracruz. Participó en la toma de Campeche, el 11 de agosto de 1633, que narra Sierra O’Reilly en su novela *El filibustero*, publicada en *El Museo Yucateco* (*MY*, I, Primera parte, 187-193; Segunda parte, 235-240; Tercera parte, 310-317), y cuyos datos fundamentales proceden de Diego López Cogolludo (*Historia de Yucatán*, III, Campeche, Ayuntamiento de Campeche, 1996, 195-199). El 14 de septiembre de 1635 de nuevo se presentó frente a las costas de Campeche y amagó con atacar la ciudad. (Justo Sierra O’Reilly, “Calendario civil y religioso”, en *El Fénix*, Campeche, 10 de septiembre de 1849, núm. 63, 4; Cruz Apestegui, *Piratas en el Caribe*, Barcelona, Lunweg, 2000, 219; Juan Juárez Moreno, *Corsarios y piratas en Veracruz y Campeche*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1972, 12-18).

¹⁸ *Piedepalo*: El verdadero nombre de *Piedepalo* era Kornelius Jols, de origen holandés; murió poco después del asalto a Campeche en un naufragio cerca de las costas de Cuba: “El 29 de abril de 1638 ocurrió un hecho que se celebró por toda la costa de Campeche y Veracruz con inusitado júbilo: Una armada de siete galeones, al mando de don Carlos Ibarra, había arremetido y peleado con los catorce navíos que comandaba el pirata holandés Pie de Palo, que tanto estrago había hecho en Campeche hacía poco tiempo. El

155 Parque,¹⁹ el conde de Santa Catalina,²⁰ el capitán Bigotes,²¹ y otros que en Yucatán han dejado una horrible y espantosa celebridad. Así, pues, ya nada tiene para mí de extraña la coincidencia de ese nombre que tanto nos había sorprendido al ver que lo llevaban, el

combate duró cinco horas y el barco del pirata fue echado a pique, pereciendo así casi toda su tripulación, y entre ellos el famoso pirata.” (Juan Juárez Moreno, *Corsarios y piratas en Veracruz y Campeche*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1972, 18; Saturnino Ullivarri, *Piratas y corsarios en Cuba*, Renacimiento, 2004, 203-214).

¹⁹ *Guillermo Parque*: William Park. Véase la nota 15 de este capítulo.

²⁰ *el conde de Santa Catalina*: Jacobo Jackson, que se hacía pasar por el conde de Santa Catalina, en 1644, amagó con atacar la villa de Campeche; pero como los vecinos se reorganizaron para la defensa, apoyados por los soldados que acababan de llegar en una flota de Cádiz y los refuerzos de Mérida, el pirata prefirió retirarse y desembarcó en Champotón. Aquí los filibusteros mataron algunas reses, saquearon las iglesias y apresaron a dos frailes franciscanos, llamados Antonio Vázquez y Andrés Navarro, que se llevaron consigo al no ser pagado el rescate que pedían por ellos. Finalmente la flota de Jacobo Jackson naufragó en las costas de Florida, pero los dos religiosos lograron salvarse milagrosamente. (*LC*, III, 322-324; *El Fénix*, Campeche, 20 de octubre de 1849, núm. 75, p. 4; Héctor Pérez Martínez, *Piraterías en Campeche*, México, Porrúa, 1937, 35-36).

²¹ *el capitán Bigotes*: El capitán Bigotes o Barbillas, después de haberse establecido en la Isla de Términos, atacó el pueblo de Lerma el 18 de enero de 1708. Y el 8 agosto de ese mismo año, cuando don Fernando de Meneses se dirigía a la península de Yucatán para ocuparse del gobierno, en sustitución de don Martín de Urzúa, fue apresado junto con su familia por el pirata, quien solicitó la cantidad de catorce mil pesos a cambio de su libertad. Barbillas y el Gobernador se trasladaron a Campeche y el Ayuntamiento tuvo que pagar el rescate. (Justo Sierra O'Reilly, “Calendario civil y religioso”, en *El Fénix*, Campeche, 1 de agosto de 1849, núm. 55, 4; Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán durante la dominación española*, III, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1913, 85-87; Héctor Pérez Martínez, *Piraterías en Campeche*, México, Porrúa, 1937, 64-66). En otra parte, Sierra O'Reilly agrega: “En igual día del año de 1708, unos filibusteros al mando de un tal *Barbillas*, desembarcaron en Lerma, saquearon e incendiaron el pueblo, antes que pudiera ir auxilio de esta plaza. Todo aquel año permaneció cruzando impunemente sobre nuestras costas aquel pirata al mando de cuatro embarcaciones mayores y cometiendo todo linaje de violencias y robos.” (Justo Sierra O'Reilly, “Calendario civil y religioso”, en *El Fénix*, Campeche, 15 de enero de 1848, núm. 16, 4). Tres años más tarde, el 10 de mayo de 1711, volvió a presentarse Barbillas frente al puerto de Sisal desde donde dirigió un “recuerdo insultante” al gobernador Fernando Meneses Bravo de Saravia, pero sin mayor consecuencia porque se siguió de frente rumbo a las costas de Tabasco. (Justo Sierra O'Reilly, “Calendario civil y religioso”, en *El Fénix*, Campeche, 5 de mayo de 1849, núm. 38, 4).

perverso que hizo tan desgraciado a nuestro amo Germán, y el aborrecible pirata que te ha hecho tantos males, hasta arrojarte en San Lázaro. 160

Volvamos a la escena que pasaba en casa de la viuda.

Después de algunos momentos de silencio, Juan Cruyés anudó el diálogo interrumpido.

–Perdone usted, capitán Sagarra; pero yo tengo mis motivos para llevar adelante esta investigación. 165

–Pregunte usted, que estoy dispuesto a satisfacerle.

–Gracias. Sólo quisiera saber una cosa: durante mi ausencia ¿las niñas han estado en incomunicación absoluta?

–Absoluta, con los de fuera. 170

–¿No se presentó en casa de usted un jovencillo, como de veintidós años, de aspecto melancólico, de mirada dulce y expresiva, cabello castaño y ensortijado...?

–No prosiga usted; yo no he visto a ninguno que llevase una sola de esas señales. 175

–Muy bien, tomemos un trago más.

–Convenido.

–A la salud y seguridad de mis dos protegidas.

–Me parece que usted es un tanto celoso; y hablando francamente, no cumple a un hombre del temple que yo le conozco, bajarse a esas pequeñeces. 180

–En mi corazón de hierro –dijo el pirata con acento terrible–, jamás ha penetrado el amor, y jamás por lo mismo he experimentado la pasión de los celos. Pero se equivoca usted si se figura que un hombre como yo es incapaz de amar y tener celos; sepa usted que aquel a quien una mujer hace llorar más fácilmente, es el hombre que se hace temer más de los otros hombres. Un pirata ¿no podría dejarse inspirar de una pasión tierna y seductora? Mas aquí no se trata de eso, capitán Sagarra; cuando yo dirijo a usted ciertas preguntas, lo verifico únicamente con el objeto de estar prevenido contra alguna asechanza. Tal vez mis mejores amigos se 185 190

183. *ha penetrado* : he penetrado UADY

han convertido en enemigos, y bueno es llevar el timón en una noche de tempestad para orzar o derribar, según convenga.

195 –Bien dicho, mi capitán, bien dicho; pero repito que las dos damas no se han comunicado con los extraños.

–Así deberá ser, una vez que usted lo afirma. Sin embargo, mi curiosidad pica un poco más allá; y querría saber también si con pretexto de hospitalidad, o cualquiera otro, no ya con ellas, sino con usted mismo, habría tenido relaciones algún nuevo conocido, o en fin...

200 –Mis relaciones en nada pueden importar a usted, supuesto que yo he acostumbrado manejarme con entera independencia. A pesar de eso, diré para que aleje de sí toda aprensión, que después de la entrevista que tuvimos al partir usted para su última expedición, no he tratado con más individuos que el mozo que condujo la misiva del tío Melitón, y el amigo de la Laguna que se ha hecho cargo de guardar el depósito que le confié.

205 Hubo unos instantes de silencio, y luego continuó el capitán Sagarra:

210 –Esto en cuanto a la seguridad en que se encuentran hoy; respecto a su salud sin embargo de que usted no se ha servido interrogarme sobre ella, tal vez porque la cree buena, tengo el sentimiento de anunciarle que ambas a dos²² hermanas, si lo son, se hallan acometidas de una extraña enfermedad.

215 –¿Qué habla usted de extraña enfermedad? –preguntó Cruyés como ligeramente sobresaltado al escuchar semejante nueva.

193. *orzar* : forzar VA, RS, P, UADY

211. *no* : om. VA, RS, UADY

²² *ambas a dos*: Sobre esta locución, que puede documentarse en Fray Luis de León, Cervantes y algunos escritores posteriores, dice Rufino José Cuervo: “De conformidad con los demás dialectos romances se dijo primero en cast. *ambos dos*, que después se convirtió en *ambos a dos*, acaso por analogía con complementos como *uno a uno*, *dos a dos* [...]; es completamente sinónima de *ambos*.” (Rufino José Cuervo, *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, I, Barcelona, Herder, 1998, 416).

–Digo que es extraña, no precisamente que para mí lo sea, pues tanto debo conocerla. Llámola así, porque me parecía que aún no era tiempo de que se desarrollase. Además, yo miro a usted tan sano, tan... 220

–Basta; ya comprendo. Veremos de curarlas, luego que despachemos nuestros asuntos en Tabasco. Las pobrecillas llevan ya dos buenas carenas,²³ cuando usted se figura que aún no era tiempo. Vamos, no es usted tan práctico como cree, supuesto que no sabe descubrir a primera vista si la quilla del buque, a pesar del luciente forro de cobre, está o no taladrada de la broma.²⁴ Apuremos la botella. 225

Ya debes suponer, amigo mío, la funesta impresión que yo recibiría al escuchar semejante lenguaje. Si la presencia del pirata en aquel lugar no hubiese bastado por sí sola para llenarme de terror, la brutal indiferencia del malvado al hablar de lo que padecían sus cómplices, o tal vez sus víctimas, habría hecho cuajarse en las venas toda mi sangre. Un recuerdo espantoso vino entonces a asaltarme: aquel funesto billete que ese monstruo te dirigió para corresponder a la generosidad noble y franca de que tú, querido mío, joven inexperto y entusiasta, te dejaste arrebatar. Tal vez el veneno que aquellas dos serpientes llevaban dentro de sí mismas, al perder su virtud comunicativa, ejercerá sobre ellas una reacción terrible, castigándolas el cielo con un suplicio sobradamente merecido. La justicia divina jamás puede ser burlada, y día ha de venir en que fulmine sus rayos sobre esa sociedad de criminales que te ha hecho tan grande daño, pobre y virtuoso amigo mío. 230 235 240

²³ *carenas*: Carena. Compostura de una embarcación. (DME) Aquí empleada obviamente en sentido figurado.

²⁴ *broma*: “Especie de caracol de forma cilíndrica y serpenteada, el cual horada y penetra las maderas en tanto grado que no pocas veces inutiliza los fondos de los buques.” (DME).

245 Esta reflexión me consoló un tanto, y ya pude escuchar con más serenidad el fin de aquel diálogo.

—Hablemos ahora de negocios —dijo Cruyés—. A pesar del nor-tecillo, hemos penetrado hasta aquí sin avería ninguna; y cuidado que el día que zarpamos de Campeche creí perder la arboladura y seguir el viaje en bandolas. Pero todavía luce mi buena estrella, y
250 maldito el cuidado que me causan estos accidentes desgraciados. No se corte la veta que vamos explotando, y ofrezco a usted que dentro de poco yo seré un Creso, y mis nuevos socios un gradito menos.

—Así lo espero —repuso el otro—, aunque sólo trabajemos por
255 sostener el honor del pabellón, como usted decía hace poco.

—¡Eh! Bien puede conciliarse lo uno con lo otro.

—¿Quién lo duda? Verdad es que en tantos años que llevo de
vida aventurera, todavía me encuentro como al principio; limi-
260 tado al día de hoy solamente para quedar obligado a pedir lo mismo mañana, como dice el capellán de la Laguna, aunque con otro objeto y aplicación.

—Eso consiste en que se había usted separado de nuestra pode-rosa sociedad.

—Tiene usted razón; y si no dígalo el predecesor de usted, que
265 según fama, murió encerrado en el hospital de San Lázaro.

—¿Juan Cruyés *Caracortada*? ¡Pobre diablo! Bien merecida tenía la
suerte que le cupo; el infame se ha llevado consigo a remolque el
importante secreto que daba fuerza y poder a nuestra sociedad. No
ha querido revelar el sitio en que se hallan ocultos los tesoros que en
270 dos siglos se iban acumulando. Sabe usted bien que después de darse a los socios la parte que habían menester para su comodidad y regalo, se reservaba una porción, y no pequeña, para el depósito común, cuyo secreto solo tenía privilegio de conocer el jefe de la compañía. Pues bien, ese malvado, aprehendido por la policía de

244. *pude* : puedo UADY

255. *pabellón* : negro *add.* VA, RS, P,
UADY

272. *reservaba* : reserva UADY

Campeche por no sé qué pintas sospechosas que tenía en el cuerpo, y encerrado en el hospital de los leprosos, se resistió tenazmente a declarar el secreto que poseía. Cuando yo quise hacer la última tentativa enviando a un sujeto de confianza que le arrancase esta revelación, era ya demasiado tarde. Había muerto. 275

—¡Pobre *Caracortada*! Fue un valiente, y pirata de alma, vida y corazón. 280

—Así es la verdad; pero con su muerte, y más que todo con su caprichosa tenacidad, nos ha hecho un mal gravísimo. La sociedad anda dispersa y sin gobierno: poca comunicación hay entre sus individuos, y mucho es que todavía se reconozcan ciertos signos que antes se miraron como sagrados. En la última reunión que tuvimos en Curazao para que se verificase mi elección, sólo concurrieron tres capitanes, un teniente, cinco maestros y treinta y seis marineros. ¡Qué diferencia de tiempos! Cuando fue nombrado *Caracortada*, en el año de 1804, se reunieron en la isla de Cozumel más de setecientos hombres de valor y de provecho. 285 290

—Demasiado me acuerdo —rezongó el capitán Sagarra—. Yo tuve el honor de ser uno de los concurrentes.

—Así pues —continuó el pirata— puede ya darse por terminada esta útil sociedad, puesto que le falta su móvil más poderoso: la riqueza. Además, apenas somos tolerados en algunos puntos, y la persecución más deshecha se ha declarado contra todos nosotros. El comercio libre y el tráfico frecuente han disminuido el número de nuestros más útiles y provechosos aliados: los contrabandistas. ¿Qué hacer entonces? Ya he pensado mucho en ello: permitir que cada uno se proporcione el modo de pasar la vida como pueda, y relevar a todos de la obediencia que deben al jefe de la sociedad. 295 300

—¡Y así había de terminar una institución que cuenta dos siglos de existencia!

—Ni más ni menos. Término han de tener todas las instituciones humanas. 305

—Pero si fuese posible...

—No hay recurso. ¿Se figura usted que no me pesa el ver destruidas, en lo más brillante de mi juventud, las lisonjeras esperanzas

- 310 que yo abrigaba de reorganizar este cuerpo que ha venido en deca-
dencia? Sin embargo, esto no es cosa enteramente decidida; si
pudiéramos realizar cuatro o seis expediciones como la del bajo
del “Alacrán”, entonces no desesperaría del remedio.
- Eso no es difícil. ¿Imaginaba usted que el tío Melitón, hombre
315 ya oscuro y olvidado, pudiese sugerirle un medio tan eficaz y deci-
sivo para enriquecernos?
- Es verdad.
–En tal caso, no hay que perder toda esperanza.
–Muchos son nuestros enemigos.
- 320 –Los venceremos a todos.
–Es difícil.
–Nada hay difícil para una voluntad de hierro que quiera arro-
llar ante sí cualquier obstáculo.
- ¿Y el tesoro perdido que hace tanta falta?
- 325 –Se hallará.
–Imposible.
–¿No dejó *Caracortada* algunos papeles?
–Lo ignoro.
–Sin embargo, debía usted saberlo.
- 330 –Y ¿cómo?
–¿Que eso pregunte un Juan Cruyés? ¿Entonces, cuáles fueron
sus títulos para ser elevado a la altura en que se encuentra?
- ¡Capitán Sagarra!
–Yo defendiendo los derechos de la sociedad, y al hacerlo, uso del
335 mío.
–¡Yo soy Juan Cruyés!
–Y yo he rehusado serlo; si usted ha sido nombrado por cua-
renta votos, y algunos más, yo habría reunido doscientos.
- ¡Con que es decir que hay entre nosotros quien se atreva a
340 negarme la obediencia que me es debida!

325. –*Se hallará* : –Se buscará VA, RS, P,
UADY

—Ni yo digo eso, ni soy yo quien aventurase semejante consejo. Sé perfectamente que una vez nombrado el jefe, todos debemos someternos a su voluntad, y obedecerle. Juan Cruyés debe ser nuestro rey absoluto. Pero mi edad, mis servicios importantes, mi larga carrera, que puedo comprobar con los registros mismos de la sociedad, creo que me autorizan a ser uno de sus mejores y más decididos vigilantes. En todas épocas Juan Cruyés ha tenido siempre un consejo de antiguos capitanes, con cuya opinión ha emprendido los hechos más gloriosos. ¿Dónde está el consejo? ¿dónde...? 345

—¿Y no pregunta usted también dónde están los capitanes, dónde el tesoro perdido, y dónde, en fin, los miembros todos de la sociedad? 350

—Todo eso sería fácil arreglarlo; pero la reforma debía empezar por el caudillo. Juan Cruyés fue casado siempre con una, dos, diez o veinte mujeres; mas nunca se andaba con ellas en todas las expediciones. 355

—¡Capitán Sagarra! Juan Cruyés, usted lo ha dicho, es un rey absoluto.

—Pero el absolutismo como usted lo entiende no puede subsistir largo tiempo. Yo pido que convoque usted una reunión para el sitio que crea más a propósito, y yo hablaré cuanto convenga al interés y engrandecimiento de la sociedad. 360

—Sí haré, por vida mía.

—Convenido; y no hay que irritarse contra mí antes de oírme. Este lugar no es propio para que podamos explicarnos sobre semejantes materias. 365

Juan Cruyés se había incorporado, y se paseaba de un extremo a otro de la habitación. Ambos interlocutores guardaron silencio por más de un cuarto de hora. El capitán Sagarra fue el primero en interrumpirlo. 370

364. —*Sí haré* : —*Sí lo haré* VA, RS, P
UADY

–Vamos; usted es de genio vivo, y yo no he perdido del todo mi antigua energía. Sin embargo, permítame usted protestarle que no ha sido mi intención mortificar su amor propio.

375 El pirata volvió a sentarse al lado de su cofrade. Éste prosiguió hablando.

–Debe usted disimular el ligero desahogo de un hombre que en los últimos tiempos ha visto perecer a tantos amigos suyos, despreciados sus servicios, y hasta olvidado su antiguo nombre.

380 –Tiene usted razón, capitán; y conozco que ya debía dejarme de locuras, y más que todo tener una regular dosis de egoísmo. Ya veo que mis faltas no se disimulan: preciso será que me revista de severidad para tratar con mis súbditos. No es nuestro menor mal el hallarse tan relajada la subordinación y olvidada la disciplina.

385 –Prudencia, Juan Cruyés, prudencia se necesita más que otra cosa. Tocamos a unos tiempos muy críticos, y ningún aviso debe despreciarse. ¿Qué provecho sacó usted personalmente, ni la sociedad, en haberse presentado en Campeche bajo el falso título de *cónsul de Colombia*, permaneciendo allí tanto tiempo con riesgo de ser descubierto, aprehendido y ahorcado? Elegido usted apenas para acaudillarnos, oír nuestras quejas y arreglar nuestras diferencias, ¿no desembarcó usted en el puertecillo de Fraga,²⁵ dispersó su gente, y se marchó a Mérida, en unión de sus dos mancebas, cometiendo la gravísima falta de comprometerse en ciertos lances peligrosos? Además, ¿quién ha dicho que el nombre de Juan Cruyés se ha de revelar al primero que quiera escucharlo? ¿Ignora usted por ventura que una vez conocido ese nombre por nuestros enemigos, todo el secreto de nuestro poder vendría a tierra?

400 –¿Y quién ha tenido la audacia de acecharme y exponer a la censura mis operaciones? Comprendo: usted ha arrancado estas confidencias a esas pobres criaturas que entregué a su cuidado. Bien decía yo: todos mis amigos se vuelven enemigos.

378. *suyos* : y *add.* VA, RS, P, UADY

²⁵ *puertecillo de Fraga*: No identificado.

–No aventure usted ningún juicio temerario. Esos particulares los he sabido mucho antes de que nos viésemos por la primera vez. 405

–Peor todavía: tan infame espionaje es un crimen digno de un castigo ejemplar. Yo exijo, yo mando que me diga usted cómo ha sabido esos pormenores.

–Todo eso es inútil por ahora. Nos reuniremos cuando usted nos convoque, y sabrá usted cuanto desea. 410

–Yo tengo enemigos ocultos, capitán Sagarra.

–¿Quién, cuando manda, deja de tenerlos?

–Mas yo no creía que usted fuese uno de ellos.

–¡He allí otra nueva injusticia! ¿Con que llama usted su enemigo a quien le da un buen consejo? 415

–¿Y quién se lo ha demandado?

–Yo me creo con derecho de darlo.

–Anarquía, trastorno, desorden, conspiración.

–Así llaman los déspotas a todo lo que no les lisonjea.

–Esto no puede durar así. 420

–Demasiado lo veo y entiendo. Cuando es excesiva la carga que se ha echado a un buque, queda dormido, el timón no gobierna, y se va a pique.

–¿Y qué remedio?

–Arrojar al agua parte de la carga. 425

–¿Eso quiere decir...?

–Lo que usted acaba de indicarme: que esto no puede durar tal como se encuentra.

–Reflexionaré en ello.

–Me parece lo más cuerdo. 430

Entre tanto, sobresaltada la viuda del giro que iba tomando la conversación de los nuevos huéspedes, había entrado segunda vez a observarme. Yo, así por mi propia seguridad como por ente-

404. *particulares* : pormenores VA, RS, P,
UADY

406. *–Peor* : *–Pero* VA, RS, P, UADY

432. *segunda vez* : por segunda vez RS

435 rarme hasta el fin de aquel cambio de reproches entre dos tan
famosos criminales, seguí aparentando que dormía; y la ficción
debió de tener en su favor todas las apariencias, pues la viuda se
retiró satisfecha de que mi presencia allí valía tanto como la de un
tronco. Así creí, por lo menos, haberlo notado en su semblante y
ademanes.

440 –Retirémonos a bordo, que el tío Melitón estará inquieto con
nuestra tardanza –dijo el capitán Sagarra, después de una pausa de
dos minutos.

–Y ¿podremos continuar subiendo?

445 –No hay inconveniente. Nuestro buque es pesado en esta agua;
el río viene muy crecido, y mientras se rompen la crisma los par-
tidos beligerantes, tenemos de alijar la carga. Mañana a esta hora,
nuestros corresponsales de la villa han de estar informados de
nuestro arribo, y antes que llegemos a *Escobas*²⁶ o *Chilapa*²⁷ ten-
dremos más de diez canoas a nuestra disposición, sin el menor
450 riesgo ni cuidado.

–¿Y el guarda que se nos ha metido a bordo?

455 –Eso no importa; es un viejo de setenta años, algo aficionado a
los placeres de la mesa y a las dulzuras de Morfeo; y cuando todo
corra turbio, en diez o doce días que debe durar la subida del río,
pueden inventarse algunos medios que den un resultado eficaz.
Ese obstáculo nunca lo ha sido para mí; y cuenta con que he
subido el río de Tabasco más de cincuenta ocasiones por lo menos.

446. *de*: que *RS*

²⁶ Escobas: “Escobas (Rancho de). Partido del centro, Estado de Tabasco.– A distancia río arriba, de la unión del Chilapa con el Tabasco [Grijalva], sobre la margen derecha de éste, se encuentra el rancho de dicho nombre, que proporciona un excelente lugar de descanso, especialmente en la estación de aguas.– Al subir el río en canoa, conviene partir de Frontera, como a las dos o tres de la mañana, a fin de llegar a Escobas antes de oscurecer.” (*GC*, III, 70).

²⁷ Chilapa: “Río del Estado de Tabasco. A 27 millas de Frontera río arriba, el Tabasco [Grijalva] recibe al río Chilapa en una sinuosidad de aquél, en dirección S. O.” (*GC*, II, 472-473).

456

—Sin embargo, esta moratoria debe ser perjudicial a nuestros intereses.

—Eso no, porque si antes de llegar a la villa hemos echado en tierra todo el negocio, entonces el bergantín sólo habrá venido a cargar de palo, se detiene en *Chilapilla*²⁸ o en cualquier otro punto, embarca por vía de lastre unos cuantos quintales de palo de tinte, y regresa frescamente a tomar el rumbo del “Alacrán.” 460

—Pero la aduana puede suscitar nos algunas dificultades, me parece. 465

—Descuide usted. De aquí a cuando se arreglen las aduanas de la República de un modo que pudiera arredrarnos, creo yo que se pasará un siglo. Mientras no haya más que trastornos, revueltas, guerras civiles y convulsiones políticas; los piratas, contrabandistas, especuladores de vedado, agiotistas y demás alimañas de nuestra ralea harán siempre un buen negocio. A río revuelto... 470

Ya no pude escuchar el fin de la frase. Los huéspedes se habían marchado.

No me detengo en hacerte comentarios sobre esta escena inesperada. Reflexiona en ella y comprenderás fácilmente su importancia. Quién sabe cuáles serán los medios de que se valga la Divina Providencia para castigar esta horda de malhechores, que viven y mueren encenegados en el crimen; pero ya tenemos en nuestra mano el hilo que ha de guiarnos a la verdad. Entonces obraremos según convenga para contribuir como agentes secundarios, a la grande obra que espero de la justicia de Dios. 475

Desconfiando ya de la hospitalidad de mi patrona, al verla en tan buenas relaciones con aquellos individuos; y temeroso por otra parte de que algún signo o expresión que se me escapase podría imponerla de que yo no ignoraba lo ocurrido en su casa la noche precedente, en cuyo caso se frustrarían tal vez mis proyec- 485

²⁸ Chilapilla: “El río Tepetitán, que corre al E. del pueblo del mismo nombre, se bifurca en su curso al N., formando el río Chilapa y el Chilapilla, e inclinándose ambos al O. llevan su corriente al Grijalva. El Chilapilla es el más austral, y pasa por lugares denominados: Encrucijada, San Ramón, Ismate y Santa Isabel.” (GC, II, 473).

tos, resolví ajustarme de cuentas con ella y despedirme. Había
traído una carta de recomendación para un caballero italiano lla-
490 mado *Carenzzo*, propietario de una finca situada al otro lado del
río, casi enfrente de San Fernando y a la entrada misma de la
barra. Dirigime, pues, a dicha hacienda en donde el señor Caren-
zzo me trató como cuerpo de rey. Allí permanecí ocho días, hasta
que despejado enteramente el horizonte político, emprendí en
495 una canoa de alquiler la subida del caudaloso río de Tabasco.

Panorama bellissimo es el que se desarrolla en todo este rico
paisaje. El río salido de su cauce, se había desbordado a derecha e
izquierda, regando una inmensa extensión de ambas riberas, y
dejando libres únicamente las pocas alturas que aún se están for-
500 mando en este terreno de aluvión y del todo nuevo, según lo
muestran las apariencias. Para evitar los giros diversos que el río
toma en su curso, el patrón hacía que la canoa penetrase en los
esteros y lagunetas, lo que presentaba la singular rareza de una
navegación entre bosques y selvas espesas e interminables. Algun-
505 nas veces cruzábamos una laguna extensa y poblada de aves de
caza; y otras, rompiendo breñas y ramales que oscurecían la atmós-
fera, nos abríamos un paso difícil y acaso peligroso, a través de
varios obstáculos. Era una serie de vistosas decoraciones.

De las veinte y cuatro leguas que median de la barra hasta la
510 villa, sólo pudimos recorrer diez en el primer día de viaje. Al ano-
checer tomamos el cañón del río y buscamos alojamiento para
pasar la noche. Nos dirigimos a un caserío próximo, y cuando yo
me figuré que pondría el pie en un terreno firme y sólido, halleme
con que la creciente había hecho desaparecer una tercera parte,
515 por lo menos, de cada choza: una movible balsa de troncos for-
maba el pavimento, y todos los vecinos se comunicaban por agua,
pues era aquello una verdadera inundación. La mitad del año
viven así las gentes que habitan las márgenes del río de Tabasco.

A media noche volvimos a internarnos en los bosques navega-
520 bles, y al ponerse el sol del segundo día llegamos a esta capital, que
es ciertamente pintoresca y susceptible de muchas mejoras que el
tiempo irá ofreciendo. La antigua capital de la provincia fue la

villa de Tacotalpa,²⁹ diez y seis leguas más arriba, hasta que el gobernador don Miguel de Castro³⁰ la trasladó a Villahermosa a principios de este siglo. De entonces acá se ha fomentado esta población, que para ser tan reciente tiene ya bastante importancia. Si las instituciones que va a darse la República llegaran a arraigarse, el Estado de Tabasco está llamado a ser uno de los más poderosos de la confederación mexicana. La extraordinaria fertilidad de sus terrenos; los medios de una fácil comunicación que presenta la multitud de ríos y arroyos que cruzan el país en todas direcciones, dándole la figura de una cota de maya; la riqueza de sus frutos; todo, en fin, ofrece las más lisonjeras esperanzas. Haya paz, orden y libertad, y Tabasco cambiará de aspecto: habrá salubridad, comercio y, sobre todo, población productora de que hoy carece.

El bergantín de Cruyés no había llegado a Villahermosa, ni pude encontrarme con él durante la subida a la capital, pues, como te he dicho, mi viaje fue por dentro. Pero ayer he tenido otro encuentro, que no sé decirte si será o no agradable, aunque tengo para mí, según los precedentes, que debe de sernos ominoso. Escúchame.

²⁹ *Tacotalpa*: “Villa cabecera del partido y municipalidad de su nombre, Estado de Tabasco, con 630 habitantes. Se halla situada en la margen izquierda del río de su nombre, a 60 kilómetros al S. de la ciudad de San Juan Bautista.” (*GC*, V, 226).

³⁰ *Miguel de Castro*: Brigadier Miguel de Castro y Araoz. Arribó a Tabasco en 1793 y se estableció en Tacotalpa en donde llegó a ser Alcalde Mayor; en 1811 fue ascendido a Teniente de rey y en consecuencia gobernador suplente de la provincia de Yucatán. Durante su estancia en Campeche emprendió mejoras de todo tipo, entre ellas, la reconstrucción del Hospital de San Lázaro. A la muerte del Gobernador don Manuel Artazo y Barral, en 1815, se trasladó a Mérida para desempeñar el cargo de gobernador, pero las conmociones políticas que se suscitaron en Yucatán lo llevaron a renunciar en junio de 1820. Murió y fue sepultado en la iglesia de San Francisco de Mérida el 2 de agosto de ese mismo año. Decidió trasladar la capital de Tabasco de Tacotalpa a Villahermosa porque, aparte de estar menos alejada del centro de los negocios, era el único puerto menor o de cabotaje exento de todos los derechos, incluso de alcabalas, por todas las mercancías procedentes de España y de sus colonias. (Juan Francisco Molina Solís, *Historia de Yucatán durante la dominación española*, III, Mérida, Imprenta de la Lotería del Estado, 1913, 409-438).

Contraje aquí mis primeras relaciones con un médico francés, el doctor Corroy, compatriota y corresponsal de nuestro respetable amigo don Alejo. Es dueño de la única botica que hay en Villahermosa, y vive en una casita muy elegante. Invítome cortésmente a su mesa, y ayer tuve el honor de aceptar su invitación. Presenteme en efecto, a las tres de la tarde, y a poco vino un doméstico a anunciar la presencia de otro convidado. Escuchar la voz del recién venido y sentir un vuelco poderoso en el corazón, fue todo uno. Mr. Corroy entró luego en compañía de aquel caballero. Su voz era la del hombre que me golpeó en las calles de Campeche; su figura la del comandante del bergantín colombiano; su nombre el *doctor Edward Moore*. Toda una historia viva y misteriosa, enlazada con la tuya. Creo difícil pintarte mi asombro y confusión.

Pasadas las primeras palabras de ceremonia, nos sentamos a la mesa. Durante la comida, conservó el doctor Moore todo su aplomo; y no puedo decirte si me reconoció, porque no se le escapó la más ligera señal que me lo indicase. Su conversación es dulce, amena e instructiva, y me parece que posee un gran caudal de conocimientos. A pesar de la profunda preocupación que abriga contra él, pues le tengo por cómplice del Cruyés que murió en San Lázaro y del falso cónsul de Colombia, no pude menos de sentir algunas emociones agradables al escucharle. Este hombre debe ser un fenómeno en su especie.

No he vuelto a verle; pero mañana, tanto él como yo, debemos reunirnos en una finca distante de aquí seis leguas, que pertenece a Mr. Corroy. Uno y otro nos hemos comprometido con el propietario a pasar en su compañía tres días de campo. Yo cuidaré de escribirte lo que de este paseo resulte.

Ninguna noticia he tenido acerca de nuestro amo Germán; mas yo sospecho, según lo que pude averiguar a mi partida de Campeche, que el pobre anciano se ha dirigido a estos sitios. ¡Quién sabe lo que se habrá propuesto! Entre tanto, no me descuido en indagar su paradero.

En este momento recibo la carta en que me anuncias tu último encuentro con tu enemigo. Ahora comprendo perfectamente todo el espíritu de la conversación que escuché en San Fernando. Adiós, querido mío: ya es demasiado tarde. Salúdame al doctor Frutos y al capellán; y procura resignarte a esperar el desenlace de esta historia.

580

CARTA XXV
MANUEL A ANTONIO

Villahermosa, 16 de octubre de 1824

Querido mío, bendita sea la Divina Providencia. ¿Por qué acudiríamos a otra fuente para buscar el origen de ciertos acontecimientos de la vida? ¿Cómo comprenderíamos esos sucesos, ni cómo sabríamos explicarlos de un modo más plausible, sino apelando a la suprema causa que regula las leyes con que se gobierna el mundo moral? ¡La *fatalidad!* Puede ser que la palabra sea más romancesca y poética para otros. A bien que para mí y para ti es dura, helada y vacía de todo sentido. Con ella, no puedo comprender lo que tantos y tantos se empeñan en explicar. Sólo la pereza de nuestro espíritu nos impele a buscar esta causa. ¡Cuánto más consolatorio es, sin duda alguna, como tú me has dicho otra vez, tener una fe plena en la Providencia infinita, que no someternos impasiblemente al rigor imaginario de una ciega y absurda Fatalidad! Ese odioso fatalismo, querido mío, me parece incompatible con las doctrinas del Evangelio; y el cristiano, si lo es sinceramente, no puede ser *fatalista*. 5 10 15

Hallarás el valor de estas débiles reflexiones mías, que apoyan las tuyas, en lo que ahora voy a referirte. Ánimo, pues, hermano mío, ánimo; la historia de tus padecimientos en San Lázaro es, como habías llegado a sospecharlo fundadamente, el eslabón de una larga y funesta cadena. 20

3. 1824 : 1847 RY, VA, RS, P

8. *las leyes con que se gobierna* : om. VA, RS, P, UADY

25 En la confluencia de los ríos de Teapa¹ y Tacotalpa² hay un sitio pintoresco, que tiene la forma de una pequeña península. Colocado el espectador en la punta más saliente, puede dominar con un golpe de vista el río de la *Sierra*,³ el soberbio *Madrigal*,⁴ un espeso bosque de sauces, amates⁵ y *cocoítes*,⁶ varios sembradíos de

25. Tacotalpa: Tlacotalpa *RY, VA, RS, P, UADY*

¹ *Teapa*: “Nace en el Estado de Chiapas, entra en el partido de Teapa [a] una legua de dicha ciudad, corre de S. a N., pasa bullicioso en frente de Teapa, dándole un aspecto brillante; pues sus aguas furiosas se precipitan sobre los tremendos peñascos que están asentados en su cauce, y viene a ser manso en el pueblo de la Hermita, desde donde es navegable 23 leguas, serpenteando las haciendas del Rosario, Juan Gómez, San Antonio, Santa-Anna, Limón, etc.; recibe las aguas del río *Puyacatengo*, tres leguas antes de desembocar al de Tacotalpa, cuya desembocadura está en el punto denominado la *Isla*”. (Manuel Gil y Sáenz, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, Tabasco, 1872, Tip. de José M. Ábalos, 18-19. Hay una edición facsimilar de 1979, publicada por el Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco).

² *Tacotalpa*: el río Tacotalpa nace en la mesa central de Chiapas, no lejos de San Cristóbal Las Casas; después de entrar en territorio tabasqueño, pasa por Tacotalpa y diecinueve kilómetros abajo del pueblo de Jalapa se le une el río Teapa, el más importante de sus afluentes, para desembocar finalmente en el Grijalva. (Pedro A. González, *Los ríos de Tabasco*, Gobierno Constitucional de Tabasco, 1946, 68-74; *GC*, V, 226).

³ *río de la Sierra*: el río de la Sierra o Tacotalpa.

⁴ *Madrigal*: “La vista más preciosa y pintoresca que tiene Tabasco son sus serranías, en cuyas montañas formando un semicírculo abierto hacia el S., sobresale el cerro llamado *Madrigal* al S. E. de Teapa y Sur de Tacotalpa, distando de esta villa dos leguas; su situación es de S. a N. de cúspide prolongada, presentando al viajero por doquier que lo examina mil caprichosas faces.” (Manuel Gil y Sáenz, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, Tabasco, 1872, Tip. de José M. Ábalos, 12).

⁵ *amates*: Amate. “(Del azt. *amatl*, nombre genérico del árbol y también sinónimo de «papel», porque de su albura lo hacían los mejicanos). En Méjico y Centro América, nombre vulgar de las plantas moráceas del género *Ficus*. Hay numerosas especies; pero las principales son: el *amate blanco* y el *negro*.”

⁶ *cocoítes*: Cocoíte, cocohíte, cocuíte. (*Gliricidia sepium*). “Nombre vulgar que en Tabasco y región limítrofe se da a uno de los más bellos árboles de la zona tropical, llamado también *cocuíte* (Chiapas, Oajaca), y en casi todo el resto de Méjico *cacahuanance*, *cacahuananche* o *cacahuano*; *madre de cacao* en varias partes [...]. Espléndido árbol gigantesco,

cacao y caña dulce que se desarrollan a derecha e izquierda, una multitud de arroyuelos, esteros y lagunajos que bañan el terreno inmediato. 30

En esta pequeña península está situada la hacienda del doctor Corroy. Era allí para donde habíamos recibido del propietario una invitación para pasar tres días de campo, que de ordinario es bellísimo en los meses del otoño. 35

En efecto, a las doce del día 10 del corriente, estaba reunida una lucida concurrencia, de extranjeros en su mayor parte, en aquel sitio delicioso. El dueño de la finca había desplegado todos los recursos de su buen gusto en obsequio de sus convidados. Buscaba yo entre éstos al que me interesaba más ver y comunicar: al doctor Edward Moore. 40

Pero el doctor Moore no estaba allí.

Mi inquietud y mi disgusto eran casi visibles. Durante la comida, no pudiendo vencer por más tiempo la viva curiosidad de que estaba poseído, me aventuré a preguntar a Mr. Corroy si nos privaríamos de ver allí a aquel caballero. 45

—El doctor Moore —me respondió Mr. Corroy—, es un hombre ¿comprende usted? es un hombre pasablemente excéntrico. Mas él ha dicho ¿comprende usted? él ha dicho que vendrá, y yo soy bien persuadido que él tendrá su palabra y será aquí, más tarde o más temprano, no importa. ¿Comprende usted? 50

—Me parece que sí —le dije algo embarazado temiendo que hubiese advertido, más de lo que convenía, algún oculto interés en relacionarme con aquel hombre, cuyo concepto en el ánimo de 55

50. ¿comprende usted? él ha dicho : om.

UADY

de hojas menudas de color verde claro, compuestas, paripinadas. Sus tallos prenden y se propagan por estaca, en virtud de lo cual se usa mucho como poste en los cercados rústicos. Echa florecillas rosadas en racimos apiñados y frutecillo plano, alargado, como de dos centímetros [...]. Crece por lo común en lugares inundables. Tiene madera de corazón durísimo, de color amarillo que se llega a poner negro, por lo cual los españoles le llamaron *madera negra*". (DGdeA).

Mr. Corroy, ignoraba yo si sería bueno o malo, puesto que no siempre es acertado juzgar sobre las apariencias.

Era casi de noche, cuando vibró en mi oído la sonora voz del doctor Moore. Venía excusándose por su tardanza.

60 –Al pasar en mi pequeño bote por *Tornolargo*⁷ –nos dijo–, fue preciso detenerme para auxiliar a una pobre enferma; le he administrado un ligero remedio, y espero que...

65 –Ni sabe usted con qué clase de gente se ha puesto en contacto, señor doctor –interrumpió un joven, creo que guatemalteco, que se ha echado a recetar por estos mundos, sin más títulos ni diplomas que la ignorancia del vulgo, al cual se alucina muy fácilmente hablándole palabrotas sonoras y vacías, que no entiende.

70 –Me permitirá usted caballero manifestarle, que no comprendo bien la observación que acaba de hacer –repuso el doctor Moore, fijando sobre el curandero una mirada entre escudriñadora y des-
deñosa.

75 –Sin embargo –prosiguió el otro sin desconcertarse–, lo que yo digo es muy sencillo. ¡Figúrese usted si conoceré a estos ribereños, yo que soy el médico de la gente baja! ¡Bah, bah! A la hora más intempestiva, viene un matón de ceñidor y machete a decir a usted que su mujer, su hija, su madre o cualquiera de su casa, está con la calentura, que se muere, que es preciso verla y darle un remedio. ¿Qué hace usted? Toma su botiquín, su escarificador,⁸ sus bombillos⁹

63. *sabe usted* : usted sabe UADY

⁷ Tornolargo: Ribera del río de la Sierra o Tacotalpa, cercana al Pueblo-Nuevo de las Raíces, río arriba de San Juan Bautista. (Manuel Gil y Sáenz, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco*, Tabasco, 1872, Tip. de José M. Ábalos, 17; Pedro A. González, *Los ríos de Tabasco*, Gobierno Constitucional de Tabasco, 1946, 69-70).

⁸ *escarificador*: Instrumento quirúrgico consistente en una caja de metal que contiene diez o doce lancetas que empujadas por un resorte producen otras tantas incisiones para hacer salir la sangre corrompida.

⁹ *bombillos*: Bombillo o gotero. Vaso o botella con un cuello muy estrecho para verter líquidos gota a gota.

y todo lo demás conducente, sigue usted al tronchacuellos, 80
se mete en un cayuco miserable que a cada balance se llena de
agua amenazando irse a pique, y se echa a navegar a través de
popales¹⁰ sembrados de lagartos y víboras, sin contar con una
espesa nube de mosquitos, tábanos¹¹ y jejenes,¹² que se apezga
sobre usted para devorarlo. En fin, llega usted al sitio, sabe Dios
cómo, más muerto que vivo; y el enfermo tiene una fiebre 85
cerebral con ciento cincuenta pulsaciones por minuto. ¿Qué ha de
hacer un pobre médico después de fijar el diagnóstico y dar el
pronóstico? Establecer el método curativo indicado para las fie-
bres *esenciales*, desde los tiempos bíblicos, allá cuando Hipócrates¹³
y Galeno¹⁴ fundaban la ciencia médica: una libra de quina¹⁵ al 90
estómago, en dos o tres tomas, disuelta en infusión de *huaco*¹⁶

83. *apezga* : apezgan RS

85. *fiebre* : om. VA, RS, P, UADY

¹⁰ *popales*: Popal. “Término peculiar en Tabasco que designa las marismas o depósitos palustres de aguas estancadas, generalmente cenagosas, cubiertas de plantas acuáticas.” (DGdeA).

¹¹ *tábanos*: Tábano. “Insecto díptero de la forma de la mosca y de tamaño mucho mayor, que chupa la sangre de otros animales.” (DUE).

¹² *jejenes*: Jején. (*Accacta furens*). “Insecto simulídeo diminuto, especie de mosquito, muy común en todos los lugares cálidos de la costa, y cuya picadura produce ardor e irritación de la piel, semejante a una quemadura.” (DGdeA).

¹³ *Hipócrates*: Médico griego (Isla de Cos, 460?-Larisa, 375? a. J. C.). Padre de la medicina.

¹⁴ *Galeno*: Médico griego (131-201). Máxima autoridad médica hasta finales del siglo XVII.

¹⁵ *quina*: “Corteza del quino, de la que se obtiene un medicamento febrífugo.” (DUE).

¹⁶ *huaco*: “El nombre de huaco o guaco se aplica a diversas especies de *Aristolochia*. Son plantas herbáceas, trepadoras, de hojas por lo general cordiformes, con flores tubulosas y fruto capsular. Algunas tienen la raíz olorosa y son las que principalmente usan contra la mordedura de serpientes.” (Maximino Martínez, *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*, México, FCE, 1987). Véase también: Pedro Orive y Vargas, “Sobre el guaco como preservativo de las consecuencias de la mordedura de la serpiente venenosa”, en *MY*, I, 222-225).

y flores cordiales.¹⁷ ¿Qué mejor febrífugo que la quina, este mineral precioso, de que usaron los antiguos persas? Pero en fin, como no todo el mundo ha de salir bueno y sano de una curación, muérese el consabido enfermo; y he aquí que el pícaro ribereño, porque le cobra usted un módico honorario de tres o cuatrocientos pesos por la asistencia, ítem las medicinas, emplastos, vendajes, unguentos y otros menjurjes, le toma a usted tan frescamente de un brazo, y le lanza de su casa a planazos. ¡Ladrones, sí señor, ladrones! Con que ya ve usted, querido *doctor mihi*,¹⁸ si tengo razón en decirle lo susodicho.

Azorado escuchaba el doctor Moore el extravagante razonamiento de aquel charlatán, que pasaba en el país por médico. Estúvole contemplando algunos segundos, encogiose de hombros y, sin dignarse replicarle, se mezcló entre los demás concurrentes. Vino hacia donde yo estaba, y me tendió la mano con la mayor cordialidad y benevolencia.

En aquel momento me sentía fuertemente inclinado a este hombre, sin que me fuese posible explicar los motivos de esta oculta e intempestiva simpatía. Las relaciones que mediaban entre ambos, y las presunciones que tenía yo de sus malos antecedentes, parece que deberían haber producido en mi ánimo un efecto diametralmente opuesto. Sin embargo, ya lo ves, la cosa ha pasado de otra manera. Cierto, que si el doctor Moore de lejos era para mí un hombre tan misterioso como formidable, visto de cerca y tratándole, parece irresistible. Mi corazón me revelaba que bajo las apariencias del mal, había allí algo de noble y elevado.

La plaga de los mosquitos, a pesar de las precauciones de Mr. Corroy para librarnos de ella, hizo que la velada no se prolongase

92. y : o VA, RS, P UADY

97. ítem : idem RS

112. *deberían* : debería UADY

¹⁷ *infusión de... flores cordiales*: “Se aplica a las bebidas hechas con sustancias que tonifican el corazón o dan, en general, fuerzas a los enfermos.” (DUE).

¹⁸ doctor mihi: mi doctor.

mucho. Desde muy temprano vímonos obligados a buscar refugio bajo de los mosquiteros. 120

Para la mañana siguiente estaba dispuesto un paseo acuático con objeto de cazar en los popales y lagunas. En efecto, después de un *confortable* desayuno, varios botes y canoas salieron a la expedición. Instome el doctor Moore, con la más fina cortesía, a que aceptase un lugar en el pequeño esquife que le había traído de la villa, el cual apenas era capaz de contener tres personas: dos pasajeros y el timonel. Acogí con placer aquella invitación inesperada; y nos encaminamos al embarcadero, que era un tanto barrancoso y empinado. Al acercarnos, una exclamación involuntaria iba a escapárseme de los labios, si no la hubiese detenido una enérgica y significativa mirada del doctor. Nació mi sorpresa de ver allí, apoyado en la caña del timón, a un viejo marinero que se disponía a gobernar el esquife. 125 130

Era nuestro amo Germán. 135

En su actitud y maneras notábase una adhesión profunda, una gratitud sin límites hacia el extraño personaje con quien nos hallábamos en contacto.

Mientras permanecemos reunidos con los demás cazadores, guardamos un silencio bastante significativo. El doctor Moore, con la cabeza erguida y los brazos cruzados, permanecía en pie e inmóvil en medio del pequeño bote, mirando fijamente la corriente del río; en la proa y medio recostado sobre la paneta¹⁹ contemplaba yo asombrado aquella imponente figura, que hacía contraste con la humilde actitud de nuestro amo Germán, que con un movimiento a derecha e izquierda del remo apoyado en la popa, daba dirección al bote. 140 145

144. *asombrado* : acostumbrado UADY

144. *imponente* : impotente UADY

¹⁹ *paneta*: “Cada una de las tablitas levadizas que por la línea del centro o medio que va de popa a proa en los botes grandes o faluas, se endentan o encajan de un banco a otro para que la gente pase sobre ellas con toda seguridad.” (DME).

Al cabo de algunos minutos entrando por un estero, nos hallamos intrincados en un bosque frondoso, en que apenas se notaban algunos intersticios que dejaban ver el subido azul del cielo. Había cesado el rumor de las voces; reinaba el silencio sombrío en las selvas, interrumpido apenas por las ráfagas de la brisa, que agitaba las elevadas copas de los *jobos*,²⁰ zapotes, cedros y palmas reales; o por el grito salvaje de los animales monteses. De improviso, me sentí sobrecogido de un vago e inexplicable temor, al ver que el hombre misterioso cambiando de actitud, sentaba su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Germán. Figureme que iba a sobrevenir alguna escena extraña.

150
155
160 –Germán; ya ves que no te he engañado. Aquí tienes al amigo de tu amigo, –dijo el doctor señalándome.

–Señor –repuso el sepulturero–, usted tiene el secreto de muchos sucesos en su mano. Yo no he dudado que me cumpliría su promesa.

165 Y los ojos del anciano se cubrieron de lágrimas. El doctor prosiguió:

–Escucha, Germán: tú has sido desgraciado, muy desgraciado ciertamente; pero tus penas no pueden compararse con las mías. Tú siempre fuiste honrado y leal; disfrutaste de algunos placeres que pasaron en tu vida, es cierto, como una mágica visión, y que después se tornaron en una fuente de amargura y dolor; pero yo...
170 amigo mío... yo...

Y la voz del doctor Moore se alteró de un modo doloroso: sus últimas palabras fueron un gemido ahogado e imposible de defi-

160. *amigo* : hijo VA, RS, P, UADY

166. *muy desgraciado* : om. UADY

²⁰ *jobos*: Jobo. “Planta anacardiácea de tierra caliente en la América tropical; árbol grande, corpulentísimo, de hojas compuestas, flores en racimo, blancas y olorosas; corteza muy gruesa, leñosa, roja, rugosa, muy usada para hacer sellos en la industria manual; madera blanca y suave; muy usados los tallos como postes de pega o de nacer, para cercas vivas. El fruto es como una ciruela chica o un jocote grande, amarillo, muy dulce, empalagoso y hasta vomitivo, muy ácido.” (DGdeA).

nir. Yo no sé si era aquello un grito de imprecación, de tristeza, o de remordimiento; sólo pude sentir que penetraba hasta el fondo de mi corazón, produciendo en él una emoción penosa. Luego continuó: 175

–Tú me has perseguido como a un fantasma que se te escapa, como a un ser maléfico que te había causado infinitas desgracias y con quien has pretendido a toda costa tener una explicación. 180
Pues bien, yo he ido delante de tus deseos. Hace tres días no esperabas hallarme, habías perdido la huella de mis pasos, y fácil me habría sido alucinarte para que no me vieses ni encontrases vestigio alguno de mi presencia en estos sitios. En el discurso de muchos años nos hemos encontrado varias veces, Germán; he permanecido frente a frente delante de ti; en tus ojos y en todos los rasgos de tu fisonomía, he leído la congoja que te agitaba, buscándome con ansia y terror a un mismo tiempo. Me he hecho invisible a tus miradas, incomprensible a tu entendimiento, e inaccesible a tu afanoso empeño en hallarme; y si alguna vez has logrado reconocerme, no ha sido por efecto de la casualidad, ni de tus esfuerzos. Era que yo quería hacerme ver y darte algún aviso útil e importante. Tú, sin embargo, has creído que un ser maléfico te perseguía. ¡Haste figurado que yo era tu ángel malo! Heme, pues, aquí: mírame y tócame. Yo mismo he querido 190 ponerme entre tus manos. Viejo desgraciado, ¿qué quieres de mí? Habla de una vez y aprende, en fin, a mostrarte reconocido a los beneficios que debes al cielo. 195

El doctor pronunció estas últimas palabras con un acento tan incisivo, que el pobre sepulturero quedó mudo y confuso. Los tres guardamos silencio por algunos minutos. 200

Al cabo de ese tiempo, alzó el doctor la cabeza, que había inclinado profundamente después de su última frase. Dos gruesas lágrimas rodaron sobre sus mejillas, y un grito sordo se escapó de su pecho con un esfuerzo violento. 205

184. *discurso* : decurso RS
190. *en* : de UADY

195. *Heme, pues, aquí* : mírame y tócame
: om. RS
200. *incisivo* : inciso RS

Esta escena me produjo una sensación imposible de explicar.

Nuestro amo Germán dejó el timón, encorvose sobre sus rodillas y abrazando con ansia convulsiva los pies del extranjero, exclamaba:

210 —¡Oh! perdón, perdón. Gracia para este desventurado. Vos sois mi ángel tutelar, mi consuelo, mi salvación, mi Dios en la tierra...

Y el buen anciano sollozaba, agitándose en las más vivas convulsiones; mientras que el doctor, mirando fijamente al cielo, y con las manos introducidas en las dos bolsas del fraque, parecía
215 una bella estatua de Canova,²¹ indiferente a cuanto pasaba a su rededor. Se hallaba engolfado en una cavilación profunda, trayendo seguramente a cuenta los incidentes de su vida aventurera y sembrada de sucesos terribles.

Inútil es que me empeñe en explicarte cuál era mi situación en
220 aquel lance. Era una situación excepcional, y que sólo podrías comprender hallándote en ella. Había allí una confusa mezcla de asombro, terror, amargura, angustia, ligado todo por el vínculo de una ardiente simpatía en favor de uno y otro de los dos seres que tenía delante.

225 Al cabo de algún tiempo, la fisonomía del doctor pareció animarse, despejose su frente y una ligera sonrisa indefinible agitó sus labios. La estatua ya tenía vida.

—¡Qué haces, amigo mío! —exclamó de repente inclinándose
230 hacia el sepulturero—. Yo soy quien viene a implorar, si no el perdón, a lo menos la compasión que debiera arrancar de vosotros el más desgraciado de cuantos hombres han visto la luz del día, en un momento de la cólera celeste.

215-216. *de Canova, indiferente a cuanto pasaba a su rededor: om. RS*

²¹ *Canova*: Antonio Canova (Possagno, 1 de noviembre de 1757-Venecia, 12 de octubre de 1822). Escultor italiano, cuyas obras más conocidas son el *Mausoleo de Clemente XIV*, la estatua de *Perseo*, *Dédalo e Ícaro*, *Magdalena arrepentida*, la estatua ecuestre de *Napoleón I* y la estatua de *Fernando IV, rey de Nápoles*.

Y como nuestro amo Germán insistía en permanecer de rodillas, el doctor dejase caer a plomo sobre las suyas, y de esa suerte quedaron ambos el uno en frente del otro. 235

Y ambos se estrecharon vivamente y lloraron y sollozaron a grito herido.

¿Sabes, Antonio mío, la extrañísima impresión que causa el ver llorar a un hombre, dotado de aquella fuerza y varonil energía que el cielo ha concedido de ordinario a los individuos de nuestro sexo? ¿Sabes que cuando un hombre llora de dolor, ese dolor debe ser intenso, horrible, desgarrador de las fibras del corazón, infinito, inexplicable? 240

Pues si tú lo sabes y lo comprendes, hermano mío, figúrate, como puedas, mi actitud en aquel momento. 245

¡Yo también lloraba, como lloraba el doctor Moore y lloraba nuestro amo Germán! ¡Yo sollozaba, como sollozaban aquellos dos hombres de bronce que habían pasado por tan terribles trances en su vida!

Porque, en efecto, yo no podía alabarme de poseer una organización más recia que la de aquellos hombres golpeados en el duro yunque del infortunio. 250

¡Tú también, hermano mío, tú también vas a llorar!

.....

Así pasamos más de media hora. 255

Al cabo de ella, todos habían recobrado su aplomo ordinario; y el doctor Moore se dirigió a mí.

—Caballero —me dijo—, yo sé perfectamente lo que debe interesar a usted y a su amigo mi conversación con este buen hombre.

—Señor —le dije yo—; si usted, como no lo dudo, está perfectamente enterado de la triste situación de mi amigo, de mi pobre hermano encerrado en San Lázaro, condenado a sufrir el más horrible de los martirios que pudiera imponerse a un ser dotado de vida y energía, de imaginación y entendimiento; ya puede usted figurarse el interés que debe causarme esta escena. Yo también, como este buen anciano, deseaba encontrar a un ser misterioso que se nos ha presentado ya con tan variados caracteres. 260 265

270 –Bien –me repuso el doctor–. El tiempo de que podemos disponer, es corto. Voy a hablaros una vez por todas. Recoged vuestra atención y escuchadme.

Y nuestro amo Germán y yo esperamos ansiosamente las palabras del misterioso personaje.

275 –Desde luego –continuó–, no debáis dudar que el Juan Cruyés, que hizo en Mérida tan grave daño al desventurado preso que está en San Lázaro es el capitán Frasquito de que os habló Regino en su *cartera*; y el capitán Frasquito no es otro que el famoso pirata que todos vosotros conocéis demasiado. Este pirata es el hijo de Germán.

280 –¡Señor, señor! –gritó el sepulturero torciéndose los brazos de desesperación y angustia.

285 –Sí, hermano mío –prosiguió el doctor encarándose con el desventurado anciano–, tú no sabías que tu hijo es el autor de un nuevo y más estupendo crimen. Él había ido a Mérida en unión de las infames meretrices que le acompañaban... sedujo a Antonio, le hizo enfangarse en el desorden, adquirir el germen de un mal espantoso; y después de haberle engañado... y robado... y pillado... se marchó haciendo de él la burla más cruel y salvaje. Y por eso el pobre joven está hoy en San Lázaro.

290 –¡Dios eterno! –exclamó sollozando el angustiado Germán– ¡Qué crimen, pues, he cometido para pagarlo de una manera tan espantosa!

–¡Débiles y miserables criaturas! Nosotros queremos pesar los juicios de Dios en la balanza de nuestra ignorancia –murmuró el doctor clavando momentáneamente la vista hacia el cielo.

295 Por lo que a mí hace, aunque aquella revelación me aclaraba un misterio, que ya había dejado de serlo para mí, no pude evitar que se me horripilasen las carnes al recibir tan plena y clara ratificación de unos hechos tan atroces y horribles en sí mismos. Apenas puede comprenderse el asombro y agonía del buen sepulturero, sobre cuyo espíritu cayó como un rayo la noticia de aquella ominosa historia,
300 que hacía de su mejor amigo una de las víctimas de su criminal y desalmado hijo. La solemnidad de la escena silenciosa que nos

rodeaba, daba cierto aire imponente y aterrador a las últimas palabras del misterioso personaje, con quien nos hallábamos en contacto; y su influencia sobre mí era tan viva y visible, que me estre-
mecía y agitaba como la hoja de un árbol sacudido por el vendaval. 305

Después de algunos instantes, prosiguió el doctor:

—Mi historia... ¡ah! mi historia es muy triste y sembrada de miserias y desgracias. Algún día será revelada al mundo... ¡Aún no ha llegado el tiempo! Vuestra curiosidad debe ser extrema, ya lo 310

comprendo bien; pero limitaos a saber lo que únicamente me es dado comunicar a otros. ¡Sí! —exclamó apretando mi mano con fuerza—. Yo soy el contraamaestre Genaro Chiabrera, el maestro de Regino en Málaga, el socio de dos famosos piratas, que han difundido el terror y la muerte por todas partes, el hombre siniestro que 315

maltrató a usted en las calles de Campeche, el fingido comandante del bergantín de guerra colombiano, el hombre enlutado con quien Antonio tuvo una conversación en el castillo abandonado de San Fernando... Soy, en fin, el doctor Moore. Y soy también,

¡padre infeliz! —añadió dirigiéndose a nuestro amo Germán—, aquel ente singular que te ha perseguido, si tienes valor de llamar persecuciones las obras mejores y más meritorias que yo he cumplido en mi vida, para poner en contrapeso con mis grandes crímenes en la balanza de la justicia eterna; porque tú, ¡oh Dios y Señor mío, no has de permitir que se pierda para siempre un hombre abandonado de todos, proscrito por una sociedad injusta, lastimado en lo más delicado que el hombre posee, expuesto al ludibrio de sus semejantes y convertido en la irrisión pública, porque el género humano no ha podido, o no ha querido comprenderlo! 325

Tan solemne y enérgico había sido el último apóstrofe, que la fisonomía del doctor expresaba aun mucho más que sus palabras. Después de otra pausa, que ninguno de los que le escuchábamos se atrevió a interrumpir, prosiguió: 330

306. *sacudido* : sacudida VA, RS, P, UADY

319. *Soy, en fin, el doctor Moore* : om. VA, RS, P, UADY

322. *persecuciones* : a *add.* VA, RS, P, UADY

335 —¿Habéis oído hablar de aquella noble y generosa nación que
por tantos siglos ha experimentado el pesado yugo de la esclavi-
tud, que le ha impuesto una horda brutal, bárbara y que difunde
sus conquistas y sus dogmas religiosos con la espada en una mano
y la tea incendiaria en la otra? ¿De aquella tierra clásica, orgullo un
340 día del género humano, patria de los más célebres filósofos, de los
más sabios legisladores y guerreros famosos? ¿De ese pueblo que se
ha levantado hoy, como un hombre solo, a luchar cuerpo a cuerpo
con un coloso formidable, removiendo las cenizas de sus padres
para encender de nuevo aquel fuego sagrado que los animó un
345 día, cuando cada llanura, cada monte y cada objeto repetía la his-
toria de un triunfo? ¿No habéis oído hablar de la Grecia? Pues
bien, yo soy hijo de esa patria esclarecida; y, en medio de la estu-
penda degradación a que me ha conducido una serie de sucesos,
cuyas secretas causas sábelas el cielo, sólo me resta el noble orgullo
350 de haber nacido allí. Sí, ¡amigos míos! yo no soy alemán, ni ita-
liano, ni inglés o americano como habéis creído. Soy natural de la
afamada isla de Scío:²² soy griego, y el serlo es toda mi gloria.

Inútil es, hermano mío, que yo me empeñe seriamente en
explicarte la variedad de emociones que se sucedían en mi ánimo
a cada palabra, a cada signo y a cada gesto del ente singular que
355 nos hablaba con un acento tan apasionado, tan vehemente y tan
irresistible. El pobre Germán había cruzado los brazos, entreabierto
la boca y clavado la vista intensamente, pero con un respeto pro-
fundo y una admiración vehemente, sobre las férreas facciones del
doctor Moore. Éste prosiguió:

338. *clásica* : om. VA, RS, P, UADY
345-346. *de la Grecia? Pues bien, yo soy*
hijo : om. VA, RS, P, UADY

350. *habéis creído* : habréis creído VA,
RS, P, UADY

²² *Scío*: Scío o Chíos. Isla del archipiélago griego, cerca de las costas de Anatolia. Tiene 7½ leguas de norte a sur y cerca de 12 de oeste a este. Su capital es Scío en la costa este. La población de la isla que antes de 1822 ascendía a 100, 000 ha quedado reducida a 10, 000 por las atrocidades de los turcos. (DUHyG, VII, 19).

–Nada os importa saber hoy, amigos míos, la ocasión de mi caída en el fango del crimen. Sabed únicamente, y eso para que admiréis y bendigáis los secretos de la Divina Providencia, que yo había nacido para llenar una misión más gloriosa. Yo fui educado entre los monjes de Cophtho²³ e instruido en los grandes misterios del saber humano; y por más de diez años he sido el oráculo de la Grecia, de la Illiria²⁴ y las provincias todas del Asia Menor. Delante de mí ha marchado el estandarte de las *tres colas*; una revolución se ha consumado en honor mío; a mi voz han enmudecido dos sultanes poderosos; y los bajáes se han prosternado hasta la tierra. Me he sentado en el *diván* y mis consejos han salvado, en Egipto, al que ha sido después el regulador de los destinos de la Europa y la encarnación viva de todas las glorias y recuerdos sublimes del pueblo francés. Mas, ya lo véis, he caído hasta el abismo, y caído sin esperanza. Mía no fue la culpa ¡oh Dios mío! no; sólo se han cumplido tus altísimos decretos.

360
 365
 370
 375

.....
 El Juan Cruyés, conocido con el nombre de *Caracortada*, fue tu verdugo, Germán, y él te llenó de angustia el espíritu y de veneno el corazón. Pero yo era su esclavo; lo había jurado sobre mi ánimo, y jamás he infringido mis juramentos, ni he sido desleal, precisamente porque todos han tenido conmigo una conducta totalmente opuesta. Horribles y criminales como han sido estos vínculos, helos respetados hasta el fin, sin embargo de las ocasiones frecuentes, en que la situación de las cosas parecía haber tro-

380

370. *he sentado* : ha sentado VA, RS,
 UADY

²³ *Cophtho*: Ciudad del antiguo Egipto (Tebaida), cerca de un canal próximo al Nilo. Los cophthos profesan la religión cristiana. (*DUHyG*, II, 543).

²⁴ *Illiria*: Reino de Illiria o Iliria. El reino de Iliria limitaba al norte por el archiducado de Austria y Estiria; al este, por Estiria, Croacia civil y el litoral húngaro; al sur, por el mar Adriático; y al oeste, por el reino Lombardo-Véneto.

A mediados del siglo XIX estaba dividido por dos gobiernos: Laibach y Trieste. (*DUHyG*, IV, 243).

385 cado nuestros papeles en esta gran comedia de la vida humana.
Me creía dejado de la mano de Dios. Había blasfemado de su santo
nombre, maldecido al género humano y roto los lazos que me ligaban
a la sociedad, para unirme más estrechamente con un ser diabólico.
390 ¡Errores y contradicciones de un espíritu extraviado! ¡Ah! Yo siempre
había sido bueno y generoso; pero el mundo no quiso comprenderme

.....

Fui, pobre Germán mío, testigo de todos tus infortunios que...
alguna vez quise aliviar; pero nunca librarte de ellos. Ya sabes lo
que hice por ti. Hice más; quise detener a tu pobre hijo en la pen-
395 diente del abismo que *Caracortada* abrió a sus pies... No pude,
porque la voluntad del cielo era más fuerte que la mía y me dejé
arrastrar, como siempre, de una fuerza superior. En vez de lograr
mi objeto, otros sucesos me constituyeron también en esclavo de
tu hijo. Dos veces libró generosamente esta vida que ya me era
400 gravosa, a riesgo de la suya propia. Cuando *Caracortada*, que
jamás poseyó ninguna pasión generosa, nos abandonó en un con-
flicto, traicionando vilmente a cuantos de grado o por fuerza le
habían seguido en su infame carrera, yo no quise abandonar a tu
hijo... ¡y lejos de abandonarlo, fui su cómplice en sus crímenes de
405 todo género, en sus fraudes, en sus amores incestuosos, en sus
asesinatos, en su vandalismo y en su feroz piratería!

Nuestro amo Germán lanzó entonces un profundo y doloroso
gemido. Las férreas facciones del doctor se suavizaron un tanto, y
fijó sobre el sepulturero una mirada de compasión. Después de
algunos instantes prosiguió:

410 –Pero ese vínculo está roto para siempre. Mi presencia era ya
gravosa para tu hijo, mis consejos siniestramente interpretados,
mis observaciones relegadas al desprecio, y toda alianza vino a ser
imposible. Yo le he pedido me volviese mi libertad... y me la ha
415 otorgado al punto. ¡Ah! No ha sido una de las menores amarguras
de mi larga vida el verme de esta suerte menospreciado de tu hijo.
Alguna vaga esperanza había concebido de que al fin volviese al

386. *Me creía dejado* : Me creía dado RY

417. *de* : om. VA, RS, P, UADY

buen sendero, lo mismo que yo. Pero esa esperanza se ha perdido para siempre. Las mujerzuelas a quienes ha corrompido y degradado, las odiosas especulaciones que otros piratas y contrabandistas le han proporcionado, embargan hoy su atención, le ofuscan y ciegan, y al fin le lanzarán en el último y más oscuro fondo del abismo en que hace años comenzó a caer.

—¡Oh, pobre hijo mío! —exclamó el sepulturero con un acento desgarrador. 425

—Sí, tienes razón de llorarlo. Parecía haber nacido para otra cosa —repuso el personaje.

A sus últimas palabras sobrevino un largo y sombrío silencio. Después, como volviendo el doctor de un profundo letargo, nos dijo:

—¡Ea! Esto es concluido: yo no puedo deciros más de lo que habéis escuchado. Partamos de aquí y despedámonos para siempre. Mi deber me llama a regiones muy lejanas de éstas. ¡Adiós! 430

—¡Una palabra no más! —le dije yo entonces.

—Ninguna —me repuso—. Yo sé muy bien lo que va usted a decirme; no necesito de que usted me lo recuerde. Antes de alejarme, yo volveré a ver a su amigo el enfermo del hospital de San Lázaro. 435

Y entreabriendo una voluminosa cartera, extrajo de ella el paquete que va incluso, y me lo entregó diciendo:

—Sin perjuicio de esta formal promesa, que yo sabré cumplir a tiempo, envíele usted esa carta de Regino. 440

Después se inclinó al oído de nuestro amo Germán y murmuró unas cuantas palabras que no pude percibir.

En seguida incorporándose, nos dijo en tono de autoridad.

—¡Vamos! 445

Y fue preciso obedecer, porque esa voz era imponente e irresistible.

Volvimos, pues, a la hacienda del doctor Corroy, en donde estaban ya reunidos todos sus convidados. Comimos a una hora competente, y durante la mesa estuvo taciturno el doctor Moore. Jamás me he hallado frente a frente con un hombre que me inspirase tanto respeto y admiración. Apenas me atrevía a mirarle. 450

455 ¡Y ya lo ves, hermano mío, su historia es una historia de desgra-
cias y de flaquezas! ¡Pero es tan fácil caer en esta vida! ¡El género
humano está expuesto a tantas calamidades y miserias!

460 A la mañana siguiente eché de menos al doctor Moore, y al bote
que le había llevado a la finca de Mr. Corroy. Apenas podía yo disi-
mular mi inquietud; y si no hubiese sido porque el dueño de la casa
repetió las excusas del convidado, que había partido sin decirnos
465 cosa alguna, acaso no habría podido contenerme. Tal vez hubiera
dirigido al doctor Corroy alguna pregunta impertinente. Guardé,
pues, el más profundo silencio; pero el resto del día lo pasé desazo-
nadísimo. Deseaba con ansia regresar a la capital para ver si aún era
470 posible escuchar de aquel extraño personaje alguna nueva explica-
ción, o por lo menos hallar al buen sepulturero, ofrecerle algún
socorro y averiguar algo más. Todo fue inútil: ni un solo vestigio he
hallado de ambos, y a esta hora ignoro su paradero.

475 Mas entre tanto, no se habla de otra cosa en la población que
de un horrible suceso de que es héroe cabalmente el infame hijo
de nuestro viejo Germán. Háblase de un asesinato cometido en la
persona de un empleado del resguardo, que se hallaba a bordo de
un buque contrabandista, y que con pretexto de hacer un carga-
480 mento de palo de tinte se hallaba amarrado en el punto llamado
Chilapa, algunas leguas río abajo de ésta. Todos los detalles que yo
he oído referir me confirman en el juicio de que no es otro el ase-
sino, que Juan Cruyés o cualquiera de sus dos socios: el capitán
Sagarra o el tío Melitón. Cuando la autoridad pública tuvo cono-
485 cimiento de este negocio y quiso acudir a asegurar a los delincuen-
tes, el buque había desaparecido. Sin haber hecho las correspon-
dientes operaciones adecuadas, ni embarcado a bordo ningún
práctico, se habían echado río abajo y salido de la barra sin ser
visto ni observado. Me atrevería a jurar que estaba yo viendo el
desenlace del drama horrendo que los asesinos fraguaron aquella
noche, casi en mi presencia, cuando me hallaba enfermo en San
485 Fernando. Me parece imposible que tan monstruosos crímenes

478. *a asegurar* : asegurar VA, RS, UADY

queden sin castigo, y esta canalla infame pueda continuar en semejante carrera por más tiempo. No; eso no puede permitirlo el cielo.

Sin embargo de que mi curiosidad es extrema, no me he atrevido a imponerme de la carta de Regino, que te envió cerrada y se halla como el doctor Moore la puso en mis manos. Sé que tú no habrías llevado a mal que de ella me impusiese; pero me ha detenido una reflexión poderosa. Acaso te comunicará secretos que le sean exclusivos, y no sé si gustaría de que un tercero penetrase en ellos. Esta calificación, sólo tú puedes hacerla. 490 495

No puedo evitar detenerme aquí por algún tiempo más. ¡Con qué consuelo sería yo mismo el portador de cuantas noticias te comunico en la presente, aunque no fuera más que para mitigar en algo las nuevas amarguras que naturalmente van ellas a proporcionarte! 500

Dios te dé el consuelo, hermano mío, que yo no puedo ofrecerte, y te conserve en su santa guarda.

CARTA XXVI
REGINO A ANTONIO

Debo a usted, incomparable y desgraciado amigo mío, una explicación de mi conducta en el hospital, para desvanecer las apariencias que me condenan. ¡Qué quiere usted! Nací bajo de un signo funesto: mi vida ha sido un tejido de crímenes y desgracias; mi existencia es una lucha terrible, si no de las malas pasiones contra la virtud, al menos de las consecuencias de aquéllas contra ésta. Me creará usted un falso amigo, un monstruo de ingratitud y de artificio, un joven incorregible e incapaz de volver al buen sendero, que no había perdido en verdad por culpa mía, sino por influjo de mi mala estrella. Puede usted sospechar todo esto; pero permítame decirle desde el principio, mi bueno y adorable amigo, que no es así; que he apreciado altamente sus beneficios, que mi corazón rebosa de gratitud, que sus sanos y luminosos consejos no se han perdido y que el cielo, apiadándose de mí en su misericordia inextinguible, me abre nuevas vías de salud. Sí, Antonio mío, aún era tiempo y no debía desesperar del remedio de tantos males. Dios no ha querido condenarme a una eterna perdición. Aún hay esperanza, amigo mío, para este pobre desgraciado.

Confieso que el hospital me aterraba; mi permanencia allí hubiera sido una lenta y cruel agonía mezclada de una desesperación horrible. No, que su compañía y consuelos no fuesen para mí un tesoro inapreciable; no, que su amistad y cariño dejasen de ser otros tantos vínculos estrechos y deliciosos a la vez, que ligaban mi triste existencia a la del mejor y más virtuoso de los amigos; ni

5. *bajo de* : bajo VA, RS, P, UADY

tampoco que las hechiceras palabras de aquel buen capellán, todo amor y benevolencia santa, dejasen de llenar mi perturbado espíritu de emociones tiernas y piadosos sentimientos. ¡Oh, nada de esto! Pero yo era un delincuente famoso. Por donde quiera veía extendida una mano ominosa pronta a asirme para arrojarme al cadalso. Una voz interior me acusaba incesantemente. El espectáculo de los enfermos multiplicaba mis tormentos y mi agonía. Los quejidos de los moribundos me aterraban; y sin embargo, si la idea dominante de ser perseguido y observado no hubiese venido a perturbarme a cada momento, con facilidad me habría resignado y juntos, amigo mío, hubiéramos esperado el triste, pero tranquilo término de una existencia tan dolorosa. ¡Qué diferencia entre su situación y la mía! Con sólo que usted acudiese a sus recuerdos, a sus nobles y generosos sentimientos, a su inocencia y virtud, habría hallado inagotables manantiales de consuelo y de resignación. Pero para mí, cada recuerdo era un suplicio y cada sentimiento un anatema. Los sucesos posteriores me han hecho conocer el secreto de su destierro en San Lázaro, como le diré luego; pero por más reproches que se haga usted a sí mismo, por más delincuente que se considere, nunca será sino la triste víctima de una odiosa maquinación, en que todo el crimen, toda la vergüenza y todo el oprobio recaen y han debido recaer sobre aquellos entes malignos y despiadados, aquellos monstruos de maldad y de ingratitud que así pagaron sus beneficios. Mientras que yo, mi adorable amigo, además del perdurable remordimiento que pesaba sobre mi corazón; además de sentirme humillado por el cariño sin igual de un hombre virtuoso, que debía en justicia considerarse manchado por una conexión semejante; además del horror de mis dolencias, en fin, me veía a cada instante expuesto a ser descubierto por la justicia; a que mis estupendos crímenes se publicasen y fuese a expiarlos en el patíbulo, que he merecido mil veces. Cierto, que si lo he merecido, nada más justo que morir en

28. *santa* : tanta RS

28-29. *de llenar mi perturbado espíritu* :
om. RS

él, para escarmiento de malhechores y represión de los delitos
contra la sociedad. Mas figúrese usted cuáles y cuán atroces
habrían sido mis tormentos, obligado a hacer confesiones ominos- 60
sas; a publicar una negra historia de inauditos atentados; a sufrir
toda aquella pausada, cruel, desgarradora y febril agonía por la
cual pasan los miserables reos condenados a muerte; a marchar
rodeado de esbirros y un inmenso pueblo ansioso de ver el castigo 65
de un pirata, cuyos delitos serían ya la fábula de todos; a subir con
vacilantes pasos a un cadalso en donde, en vez de excitar la com-
pasión y simpatías del público, sólo habría recibido oprobios y
maldiciones... ¡Oh! Esa idea era horrible, mi querido amigo, y
capaz de volver el juicio al hombre de más serenidad y sangre fría. 70
Yo veía en San Lázaro la espada de Damocles¹ pendiente de un
hilo sobre mi cabeza; y yo no podía estar tranquilo en San Lázaro.
Yo debí hacer lo que he hecho y fugarme de una prisión, que con-
sideraba precursora del cadalso. ¡Compadézcase usted de mí, y no
me condene con ligereza! 75

Sin embargo de todo eso y de la tenacidad con que semejantes
ideas se arraigaban en mi espíritu, la buena y generosa amistad de
un amigo que jamás sabré apreciar debidamente; los dulces y salu-
dables consejos que escuchaba de boca del digno y virtuoso cape-
llán, habrían retardado o modificado tal vez la ejecución de mis 80
proyectos de fuga. Pero al descubrir la presencia de un hombre
que conocía mis crímenes; al encontrarme cara a cara con aquel
sepulturero que podía ser un fatal testigo contra mí, por más
bueno y noble que fuese su corazón, no he sido entonces dueño
de dominarme. Un insólito terror se apoderó de mí; y desde el 85
momento en que ya no tuve duda ninguna de que nuestro amo

77. *se arraigaban* : se arraigaba RY

¹ *la espada de Damocles*: Amenaza inminente de un peligro. Damocles (siglo V), cortesano de Dionisio, tirano de Siracusa, como envidiase la fortuna del rey, éste le cedió por un día su trono, pero sobre él veía una espada sostenida por la crin de un caballo, con lo que se le quiso indicar que no estaba exento de peligro el oficio de gobernante.

Germán era el mismo marinero que había fascinado al capitán Frasquito en el estrecho de Cozumel, ya no hubo reflexión que me detuviese. La vista del patíbulo me perseguía por todas partes; y
90 creo ¡Dios me lo perdone! que llegué a olvidarme de la amistad y miramientos que a usted debía. En medio de aquel desesperado conflicto, el cielo... sí, ¿por qué no he de atribuírselo al cielo?, el cielo me deparó un salvador, un amigo que podía redimirme del suplicio.

95 Este amigo es nuestro amo Genaro Chiabrera. El mismo que usted conoce, bajo el nombre de *doctor Edward Moore*.

¡Oh, mi querido Antonio! Este hombre a pesar de los sombríos coloridos con que hice su retrato en aquellas memorias que escribí en mi cartera y entregué a usted a los pocos días de hallarme en el
100 hospital, merece toda la estimación y respeto de las almas nobles y generosas. Es un desgraciado, víctima de su implacable destino. Es un ente excepcional que el cielo ha elegido para castigar algún crimen ignorado tal vez; y ese crimen misterioso ha debido ser enorme, de una gravedad terrible, supuesto que su castigo aquí en
105 la tierra ha sido una prolongada serie de sacrificios del corazón y del alma. Espero que algún día se hallará en más estrecho contacto con este ser infortunado, y llorará usted cuando reciba sus revelaciones, cuando le ponga de manifiesto las heridas profundas de su corazón y cuando pueda usted leer en su espíritu toda una historia
110 sentimental de miserias y desgracias. Esta historia quedará ignorada del mundo tal vez; pero yo he podido comprenderla, y un oculto presentimiento me dice que también usted ha de ser iniciado en esos misterios de dolor. Llorará usted, como lloré yo, admirando y bendiciendo las vías secretas de la Providencia.

115 En aquellos momentos en que mi terror había llegado a su colmo con la intempestiva ausencia del sepulturero, en quien no acertaba a ver sino un funesto testigo de mi pasada vida; cuando mi desesperación, siempre creciente, producía en mi sangre una especie de fiebre voraz y en mi cerebro un principio de delirio, he

111. *del*: en el VA, RS, P, UADY

aquí que mi antiguo amigo, mi cómplice, se presenta impensadamente. Permítame usted explicarle los precedentes de este suceso. 120

A principios de abril, nuestro amo Genaro Chiabrera había recibido orden perentoria de ir a Campeche a desempeñar una misión que sus extraños juramentos le hacían mirar como sagrada. Existía encerrado en el hospital de San Lázaro aquel Juan Cruyés, *Caracortada* por sobrenombre, y cuya memoria aún debe estar vivamente impresa en su ánimo por aquellas terribles escenas de que me hizo referencia. Cuando por una serie de imprevistos sucesos, y no por reflexión ni arrepentimiento, me separé de la funesta carrera en que me había lanzado, era todavía un alumno de la horrible confraternidad de los piratas, e ignoraba de todo punto muchos de sus más importantes secretos, entre ellos el de ese nombre de *Juan Cruyés*, que con razón, amigo querido, le producía tan enérgica antipatía. *Juan Cruyés* no ha sido sino un nombre convencional y designase con él desde el año de 1628, al jefe o caudillo de una de las varias asociaciones de piratas, que se han formado y desaparecido sucesivamente, para infestar estas costas y mares. 125 130 135

El miserable que murió en San Lázaro era el único que conocía el sitio en que estaban ocultos los cuantiosos tesoros de la sociedad. Para darle nuevo ser y vida, o para satisfacer la insaciable codicia de los que hoy la dirigen, era preciso arrancar este secreto a *Caracortada*, de grado o por fuerza; y tal era la misión de nuestro amo Genaro Chiabrera. 140

Mi pobre amigo tenía motivos graves, y eso ya usted debe saberlo muy bien, de evitar un encuentro con Germán; y aunque bajo su disfraz y escudado de la pública profesión que había creído conveniente ejercer en Campeche, confiaba escaparse del ojo perspicaz y escudriñador del sepulturero, no pudo conseguirlo. Al salir un día del hospital de San Juan de Dios, entraba Germán. El sepulturero se detuvo intencionalmente, observando la figura y ademanes del nuevo médico. La profunda preocupación de ese 145 150

127. *vivamente* : om. VA, RS, P, UADY

135. *de* : om. UADY

hombre alcanzó a descubrir la verdad, y reconoció al ente siniestro que, en su concepto, sólo estaba destinado para anunciarle males y calamidades. Desde ese momento, ya era incompatible la presencia del doctor en Campeche con su propia seguridad. Púsose en guardia; y a los tres días, habiendo sabido la muerte de *Caracortada*, se apresuró a marchar de allí, antes de que un nuevo encuentro con Germán viniese a ocasionarle un compromiso. Ignoraba entonces que yo estuviese en San Lázaro, ni yo tuve noticia alguna de su presencia en Campeche.

Caracortada murió sin hacer la interesante revelación que se apetecía; y de esta suerte casi quedaba destruida la famosa confraternidad de los piratas de la escuela de Cruyés. Era ya tiempo en verdad, que pereciese esta raza impía, cuyos numerosos crímenes no caben, no, en cálculo humano. Los descubrimientos que acabo de hacer y las confesiones de nuestro amo Genaro, a quien llamaré en adelante el *doctor Moore*, me han dejado sobrecogido de espanto.

Quando yo me separé del doctor en Walix, a la vuelta de mi expedición de Veracruz, mi pobre amigo determinó seguirme para evitar una desgracia y asistirme con sus consejos; pero muy pronto quedó desorientado: sus pesquisas fueron inútiles, y volvió a juntarse con Frasquito. Supo entonces que éste se había acercado a las costas de Yucatán en compañía de las dos hermanas Paulina y Clemencia, pues Carlota, la mayor, había sido cruelmente asesinada por su amante en un arrebato de celos; y supo también que el pirata se atrevió a presentarse en Mérida, asociado de aquellas prostitutas, con las cuales había hecho un tráfico vergonzoso, hasta que al fin cayó en una red, muy diestramente preparada, un joven caballero de la ciudad, hijo de una rica e ilustre familia. El doctor escuchó el infame relato con el aparente cinismo que le caracterizaba; y no dudó de ninguna de las consecuencias que resultarían a aquel joven, víctima de una burla tan cruel como odiosa. Indignose interiormente sin embargo, de aquella horrible y brutal acción; y aunque el

169. *en* : *om.* VA, RS, P, UADY

177. *de* : con VA, RS, P, UADY

hábito de ciega obediencia y respeto a Frasquito, su abnegación absoluta, sus juramentos, y deseo de cumplirlos le hicieron guardar un profundo silencio, sin aplaudir ni vituperar tan salvaje e inútil crimen, desde entonces comenzó a sentir que esa vida le era ya insoportable. Por primera vez, según me ha confesado, experimentó un remordimiento, y la voz de su conciencia le hizo detenerse un tanto en el examen de su pasada vida. Y esa vida, amigo mío, aunque era una extraña mezcla de nobles pasiones e indignos crímenes, sembrada estaba de acciones loables que seguramente mantuvieron abierta, en favor de un desgraciado proscrito, la puerta eterna de las misericordias del cielo. ¡Oh, no me es dado contemplar como delincuente a este ser desventurado!

No satisfecho el capitán Frasquito del resultado que tuvo la primera misión del doctor, obligole, a costa de cualquier peligro que pudiese sobrevenirle, a presentarse en Campeche y recoger, si era posible, cualquier papel, diario o memoria que hubiese dejado a su muerte el capitán *Caracortada*. Frasquito estaba resuelto a no perdonar medio ninguno para poseer el secreto, que podría ofrecerle la adquisición de un tesoro inmenso. Mi amigo obedeció y volvió a Campeche en los primeros días del mes de junio, teniendo una embarcación segura bajo sus órdenes para cualquiera emergencia.

Rondaba por las cercanías de San Lázaro, cuando casualmente se encontró con usted al salir del pequeño reducto de San Fernando. Sin duda tendrá usted muy presente, querido amigo mío, la escena que ocurrió entonces. Una vaga idea cruzó por la mente del pobre proscrito, y se figuró que acaso sería usted aquel joven, víctima de la crueldad del infame Frasquito. Más todavía se creyó capaz de curarle de la maligna dolencia que usted estaba sufriendo, aunque vaciló mucho sin atreverse a dar una explicación más clara. Como el doctor es un Proteo² que se reviste de varias formas

191. *pasada* : pesada VA, RS, P, UADY

² *Proteo*: Divinidad “marina, pastor de focas, sapientísimo o profético, dotado como otras varias divinidades acuáticas, del don de metamorfosearse (de donde el adjetivo *proteico*).” (Antonio Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, Gredos, 2000, 99).

215 y representa caracteres tan diversos, en las Antillas ha aparecido
como un médico insigne. Sus profundos conocimientos en todas
las ciencias naturales, le han hecho ser acatado con una admira-
ción extraordinaria; y todos, a excepción de los que están iniciados
220 en el secreto de su vida, lo conocen bajo el nombre del *doctor*
Edward Moore, cosmopolita que vaga por todo el mundo sin
domicilio fijo. Sin embargo, en Jamaica y en Providencia es en
donde se le ha visto más frecuentemente, y en donde sus estupen-
das curaciones se han calificado de milagros. La tarjeta que entregó
225 a usted aunque lleno de temores y dudas al verle tan excitado y
poco dispuesto a razonar en calma, llevaba por objeto indicarle el
sitio en que podría usted hallarle, si alguna vez se resolvía a dejar
el hospital. Nunca se habría usted arrepentido, mi bueno y adora-
ble amigo, de un paso semejante, si se hubiese aventurado a darlo.
El doctor podía volverle la salud, como creo que me la ha vuelto a
230 mí, si no estoy tristemente alucinado.

En la tarde misma en que se encontró con el doctor Moore a las
inmediaciones del hospital, yo estaba engolfado, si puede recordar-
arlo, en una melancolía profunda. Pensaba en las dificultades de
mi situación, combinaba los medios de una fuga y no hallaba
235 recurso alguno para lograr mi objeto. Cuando usted hubo salido,
maquinalmente me acerqué a la ventana de mi aposento para con-
templar el mar, entregarme así a todos mis recuerdos y arbitrar
algún nuevo recurso para evadirme. Maquinalmente dirigí la vista
hacia el reducto de San Fernando, y sentí en aquel instante una
240 especie de conmoción eléctrica. Vi a usted hablando con una per-
sona que me parecía reconocer. Para cerciorarme mejor, acudí
rápidamente al catalejos que tenía sobre la mesa. Fijé la vista por
medio de él y apenas puedo explicar a usted cual fue mi ansiedad
al observar que usted y mi antiguo amigo y camarada se hallaban
245 entregados a un animado diálogo sobre uno de los merlones del
reducto. La primera idea que me ocurrió fue que Chiabrera había
venido expresamente en demanda mía, y que estaría dispuesto a
sacarme del hospital de grado o por fuerza. No quise pensar ni
reflexionar más. Lanceme fuera, y corrí desalado a juntarme con

mi libertador. Ya al entrar en el reducto me asaltó un nuevo temor, y fue, que sería peligroso para mi amigo y para mí mismo, echarme en sus brazos y dármele a reconocer en presencia de un testigo. ¡Perdóneme usted, amigo mío, este rasgo de importuna desconfianza! Mas ya debe figurarse la situación de mi espíritu atribulado en aquellos críticos momentos y disculparme. Mi único pensamiento era salvarme del hospital, marchar lejos de allí y hacer que nuestro amo Germán perdiese la huella de mis pasos, para no exponerme a subir a un cadalso ignominioso. Nadie, si no yo mismo, podría comprender el estado angustioso de mi espíritu en aquellos días; y creía firmemente que usted se opondría a mis proyectos. Era, pues, preciso recatarme del mejor y más virtuoso de mis amigos, aun a riesgo de aparecer en su concepto como el más pérfido y criminal de los hombres ingratos. Así, pues, resolví ocultarme a espaldas del cementerio, y esperar allí el fin de aquel diálogo que tenía tan absorbida su atención.

Había ya entrado la noche, cuando observé que el doctor se despedía de usted dirigiéndose hacia la ciudad. Salíle al encuentro, y no fue poca su sorpresa al reconocerme. Explíquele rápidamente los precedentes de mi actual encierro en el hospital y le supliqué me redimiese de aquel cautiverio. Mis lágrimas, mi desesperación y angustia, le conmovieron vivamente. Ordenome que volviese al momento al hospital para alejar toda sospecha, pues le era imposible partir de Campeche aquella misma noche; y ofreció venir a mi encuentro al siguiente día, aconsejándome algunas prudentes precauciones. Cuando usted me refirió la historia de su encuentro con el personaje enlutado, apenas pude escucharle: mi preocupación era tan profunda, que no debió escaparse a su perspicacia.

Como mi entrevista con el doctor había sido corta, no habíamos convenido en la hora y sitio en que nos encontraríamos de nuevo. A la mañana siguiente, desde muy temprano, resolví ponerme en acecho y buscar yo mismo la ocasión que anhelaba; y usted, mi bueno y generoso amigo, vino en pos mía. ¡Perdóneme usted otra vez! El lance de aquella mañana fue enteramente independiente de mi voluntad. Estaba yo delirando y casi frenético.

285 Mi excursión no produjo efecto alguno. El doctor no vino, y mi congoja subía de punto.

Por la tarde había logrado encontrarme con él; pero apenas tuvimos tiempo de darnos una cita, pues el doctor se figuró haberle visto muy cerca. En efecto, al regresar yo al hospital, vine en actitud observadora.

290 Eso era para mí un grave contratiempo y resolví entonces sistemáticamente no dar a usted ocasión ninguna de sospecha y evitar con cuidado toda apariencia, que comprometiese mis relaciones con el doctor. En todo aquel día, bajo el más profundo disimulo
295 acechaba los pasos de usted y de veras que ansiaba porque llegase el momento de verle salir a sus ordinarias excursiones y alejarse de aquellas cercanías. En efecto, cuando usted salió, yo leía con aparente atención. Sin embargo, observele cautelosamente; y cuando le consideré bastante lejos, salí en demanda de mi amigo, que ya
300 me esperaba en las inmediaciones del castillo de San Luis, para donde nos habíamos citado el día anterior. Nuestra plática fue larga e interesante, y allí descubrí por la vez primera las profundas heridas de aquel corazón, todo nobleza y rectitud, a pesar de las tristes apariencias que lo condenaban. Yo le referí con todos sus
305 detalles la triste situación en que me hallaba, el vivo interés que tenía por mi amigo, bienhechor y compañero de cautiverio, mi encuentro con Germán, la muerte de *Caracortada* y el paradero de sus papeles. Entonces también comprendí la clase de relaciones que mediaban entre el capitán pirata y el honradísimo sepultu-
310 rero, y las que usted había tenido con aquél. Como quiera, yo debía disimular este conocimiento y no pensar en otra cosa que en salir de aquel destierro. Figurábame que toda explicación con usted no serviría sino para aumentar las dificultades y hacer más crítica mi posición. Quizás no habría nobleza, ni gratitud en esta
315 conducta, amigo mío; pero por eso he pedido y pido a usted mil perdones. Despedime del doctor, ya muy consolado y hecha la combinación de un plan para evadirme. Poco faltó para que usted

295. *llegase* : llegara UADY

nos sorprendiese, mi buen Antonio, porque en el momento mismo en que yo entraba en el hospital, vi a usted aparecer en las cercanías. El doctor llevaba un rumbo diferente, lo que hizo que usted y él dejaran de encontrarse. 320

Para fijar definitivamente el momento de la evasión, el doctor me había prevenido que le viese sin falta alguna la noche siguiente, pues pensaba dirigirse a bordo de la embarcación que estaba a sus órdenes para verificar los últimos arreglos. Así lo ejecuté, a pesar de una terrible tempestad de lluvia y relámpagos que sobrevino. Yo sabía que el doctor iría puntualmente al lugar de la cita, pues su naturaleza férrea está acostumbrada a desafiar todos los elementos. Al observar que las gentes de la casa habían salido en busca de los enfermos a quienes hubiese sorprendido fuera la tormenta, despedime de prisa del doctor, quedando ya designada la noche siguiente para la fuga, y convenido en que un marinero vendría a anunciarme fijamente la hora. Cuando volví al hospital me hallaba en una excitación terrible, temiendo a cada momento que algún incidente viniese a trastornar el proyecto. No pude dormir esa noche: mi cabeza era un volcán, y confieso a usted, y debe creérmelo, amigo mío, que entraba por mucho en mis tormentos y congojas, el verme obligado a ocultarle mis designios y abandonarle en aquel sitio tan triste y pavoroso para mí. Varias cartas escribí a usted y rompilas, poco satisfecho de su contenido. Por fin, dentro de un libro coloqué un billete de pocas líneas, que espero habrá usted hallado. No podía, ni debía ser más explícito. Yo me reservaba esta oportunidad para dar a usted una amplia y cumplida satisfacción. 325 330 335 340

El día siguiente ha sido uno de los más borrascosos de mi vida. Es imposible que yo alcance a trazar todas las imágenes, siniestras unas y halagüeñas otras, que se presentaban en tropel a mi espíritu exaltado. Mis sentimientos eran una mezcla confusa e indefinible. Necesitaba de un supremo esfuerzo para no echarme en los brazos 345

330. *fuera* : fuera de UADY

338. *el* : al UADY

346. *yo* : om. VA, P, UADY

350 de mi adorable amigo, revelarle mis flaquezas, pedirle perdón y
poner en sus manos mi suerte. Esto me era muy consolatorio, sin
embargo, porque descubría que aún no se habían secado absolu-
tamente las fuentes de toda virtud en mi corazón. ¡Qué lucha,
355 amigo mío, y qué amargura al considerar que todas las apariencias
iban a condenarme, sin recurso, en el juicio de mi generoso, leal y
virtuosísimo amigo! La suerte estaba ya arrojada y resolví llenar mi
simulación hasta el fin. Yo había revelado a usted la historia de mi
vida anterior y le eran a usted patentes todos los secretos de mi
360 lacerado corazón; y yo conocía, por lo mismo, que la impresión
primera que recibiría usted al saber mi fuga sería, en verdad, muy
desfavorable. Me hallaba engolfado en estos pensamientos, cuando
el marinero que me anunció el doctor, se asomó cautelosamente a
la ventana de mi aposento para anunciarme que estuviese listo,
365 pues de un momento a otro, el doctor que ya estaba embarcado en
el buque puesto a sus órdenes, vendría en busca mía. Estaba yo
hablando aún con ese hombre, cuando usted entró en mi apo-
sento. No me atreví a volver los ojos para encontrarme con los de
usted, mi buen amigo. Estaba yo helado de pavor y sobresalto,
creyendo que habría usted descubierto mi secreto. Desde ese instan-
370 tante, toda moratoria era para mí insoportable. Iba y venía; ya no
pensaba; no sabía qué hacer.

En esto, vi la señal convenida... Mi corazón estuvo a punto de
salírseme del pecho... Besé maquinalmente la santa *Biblia* que
leíamos juntos... arrodilleme ante un devoto³ Crucifijo e hice una
375 extraña plegaria. Después tomé un embozo y salí a la galería. En
aquel instante una nueva tempestad estaba ya encima. Sin
embargo, avancé... vi a mi amigo en la puerta... ¡Ay, Antonio
mío! ¡Perdón, perdón otra vez!

350. *amigo* : y *add.* UADY

374. *arrodilleme ante un devoto Crucifijo*
: arrodilléme devoto ante un cruci-
fijo VA, RS, P, UADY

³ *devoto*: “Se llama también la imagen, templo o lugar, que mueve o excita. Lat. *pius, venerabilis.*” (DA).

Apenas recuerdo lo que sobrevino después. Sólo tengo presente, que ya muy cerrada la noche estaba embarcado con toda seguridad, a la vista y cuidado del doctor. 380

Aquel buque era del horrible tráfico que puede usted suponer. Algunos marineros me conocían y me recibieron como un antiguo camarada, lo que no dejó de confundirme y llenarme de vergüenza y remordimiento. Felizmente, el doctor mandaba como capitán, y ya me había revelado sus designios de separarse de la funesta sociedad en que estaba comprometido después de muchos años. Frasquito andaba por aquellas costas al mando de otra embarcación y esperaba de un momento a otro a su antiguo socio; pero éste, para librarme de algún contratiempo, mandó luego marinar hacia otro rumbo, y después de once días de una tranquila navegación echamos el ancla en Kingston.⁴ Desembarqué, y he permanecido aquí bajo la dependencia y direcciones del doctor, quien volvió en el acto a encontrarse con Frasquito. Poco satisfecho éste del único hombre cuya lealtad le había sido a toda prueba, ha colmado la medida de sus ultrajes. El doctor acaba de separarse definitivamente de esa vida funesta, para comenzar la grande obra de su reparación, después de haber redimido a aquel malvado de un tremendo conflicto en que él mismo se comprometió voluntariamente en Campeche, ostentando el fingido carácter de cónsul de Colombia, presentando en público a sus dos mancebas, y pretendiendo sin duda cometer un nuevo crimen tan odioso como aquel de que usted fue víctima. El cielo estará ya cansado de tantas maldades, y acaso ha sonado la hora del castigo. 385 390 395 400

Cuando el doctor se despidió de mí, ofreciendo volver a mi encuentro, no era su ánimo dirigirse a Campeche todavía, como lo habíamos proyectado en favor de usted; y por lo mismo no llevó consigo la explicación que en conciencia debía yo dar a usted de mi conducta. Sin embargo, la loca temeridad del pirata le hizo 405

⁴ *Kingston*: Puerto situado al sur de la isla de Jamaica, en el fondo de la bahía de Port-Royal.

410 cambiar de propósito, habiéndose cerciorado del paradero de ese
perverso y del compromiso en que se veía. Entonces supo algunas
particularidades más acerca de usted e intentó hablarle y darse a
conocer; pero un nuevo obstáculo vino a interponerse. Mi amigo
415 había sido descubierto por Germán y esto era ya una gran dificul-
tad. Tuvo que desistir de su propósito, partir de Campeche ya
completamente desligado de sus compromisos, y dispuesto a
emprender una nueva carrera de caridad y amor, como la siguió
en los primeros años de su vida, antes que la negra adversidad le
420 hubiese empujado al hondo y oscuro abismo, de que, gracias a la
infinita misericordia del Señor, acaba de salir para siempre.

Dos días ha estado conmigo, y parte ahora mismo a emprender
una obra digna de su corazón, resuelto a volver bien por mal y a
ofrecerse como víctima expiatoria de ajenos crímenes. Mi corazón
me dice que volverá, y volverá no sólo cubierto de honor y bendi-
425 ciones, sino trayéndole a usted a mis brazos. ¡Ah! no quiero anti-
ciparme este gozo infinito, por temor de que algún suceso llegue a
desvanecerlo fuera de tiempo. Tal vez no merezco del cielo esta
felicidad. Mis crímenes han sido grandes, para no sufrir una grave
expiación de ellos. Ésta sería la mayor.

430 Como el doctor ha de dirigirse hacia aquel rumbo, me he apre-
surado a dar a usted estos breves detalles, esperando que mi carta
llegará a sus manos, bien entregándosela el doctor mismo, o
enviándosela por un conducto seguro. Obsequie usted, amigo
mío, cualquiera insinuación que le dirija. Mire bien que en ello le
435 va la salud, ese don inapreciable.

Y le digo esto, porque lo estoy experimentando conmigo
mismo. Con sólo haber observado el régimen que me prescribió,
que es sencillísimo, y usando de una u otra ligerísima composi-
ción medicinal, estoy casi enteramente bueno. No encuentro ya
440 en mí ninguno de aquellos horribles signos que me aterraban. Confíe

410. *habiéndose* : habiéndole P
424. *y volverá* : om. UADY
425. *¡Ah!* : ¡Ay! VA, RS, P, UADY

440. *aterraban* : alteraban VA, RS, P,
UADY

usted ciegamente, amigo mío, en la sublime ciencia de este hombre singular, y sobre todo en la nobleza y generosidad de su corazón. Deje usted a San Lázaro, Antonio mío, y venga a buscar salud y vida. ¡Ah! Eso de allí es horrible y capaz de volver el juicio al hombre más resignado. Venga usted y después de curarse, consagraremos el resto de nuestra vida a las más nobles y meritorias acciones ante Dios y la sociedad. 445

Esta es la reparación que ofrezco por mis crímenes; y el placer de verle será la recompensa que en la tierra esperar puedo.— Adiós; de Kingston, Jamaica, 8 de setiembre de 1824.— Regino. 450

NOTA

Al fin de la presente carta, Antonio halló escritas de cierta letra, que le era bien conocida, las siguientes líneas. “Somos 9 de octubre de 1824.— Espero poner mañana esta carta en manos seguras para que llegue a su destino. ¡No permita el cielo que esta vez mis designios se frustren! Si el prisionero de San Lázaro se determina a dejar el hospital, procure no olvidar la presente cita. El domingo 2 de enero de 1825, a las diez de la noche, en la playa sotavento de Lerma. Valor, fe y esperanza. ¡Dios proteja a los desgraciados!” 455

444. *de volver* : de revolver VA, RS, P,
UADY

446. *de nuestra vida* : de nuestras vidas
RS

CARTA XXVII
ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 5 de noviembre de 1824

Sí, querido mío, tienes razón. La fatalidad es un dogma absurdo,
horrible, espantoso e incompatible con el Evangelio. 5

Por eso seguramente, los turcos y algunos pueblos orientales,
donde no ha penetrado la doctrina del Crucificado, son fatalistas
por sistema o convicción. Lo veo, lo comprendo y quiero creerlo
a pesar de esa nube que cruza alguna vez sobre mi abatida frente,
para interceptarme la luz de la verdad. Te confieso mi debilidad 10
y flaqueza, amigo mío: me veo frecuentemente asaltado de dudas
y terrores imaginarios, y casi me dejaría rodar por esa formidable
pendiente, si la voz de este hombre admirable, de este bueno y
santo capellán, no viniese a socorrerme. Si la conciencia y los pri- 15
meros sentimientos religiosos, que sembraron en mí los que
rodearon con tanto amor la precursora infancia de una juventud
tan infortunada, no acudiesen también en los momentos de crisis
y amarga desesperación... caería, hermano mío, y caería desplo-
mado en el fondo de ese insondable abismo.

Pero no, heme aquí luchando aún, es cierto, mas sin dejarme 20
vencer. ¿Quién de los que me han visto venir, a pasos contados,
hasta este encierro de miseria, de podredumbre y de horror, osaría
poner en duda que yo soy una de las más desgraciadas criaturas
que han visto la luz? ¿Quién calumniaría mis sentimientos al escu-

11. y : la *add.* UADY

12. y *casi* : casi RS, P

25 char mis quejas y sollozos? ¿Dónde está el hombre duro, el mal-
vado que falsificando esos sentimientos...? Mas yo comienzo a
delirar, Manuel mío, volviendo a mis inútiles y perdurables lamen-
tos. No; soy un loco, un ingrato para con la Divina Providencia,
30 cuyo ojo abierto constantemente sobre mí y sobre mis flaquezas y
miserias, me guía, me ilumina y me preserva de una caída final.
¿Vacila mi fe? Aquí está mi confesor para darme la mano y afian-
zarme en mi fatigante marcha sobre este valle de lágrimas. ¿Mi
corazón flaquea? Aquí está también el doctor Frutos que ayuda los
esfuerzos del capellán. No debiera, pues, quejarme; y no me quejo.
35 No hago más que llorar.

Echo sí de menos tu presencia en estos momentos de angustia
y de ansiedad indecible, porque al cabo, tú eres el amigo de mi
infancia, tú posees todos mis secretos, tú has hojeado, una a una,
40 las páginas de esta palpitante historia humedecida en lágrimas
ardientes de amargura; tú sólo comprenderías lo que nadie puede
penetrar, y sólo en tu seno podría desahogar, con plena confianza
y con una dulce familiaridad, lo que hay encerrado y comprimido
en este pobre y lacerado corazón. Esos hombres son mis maestros,
yo los amo y los bendigo por la piedad sin límites que muestran
45 en favor de este pobre leproso, pero tú, Manuel mío, tú eres mi
hermano, mi amigo; y tu indulgencia y bondad no me abochor-
nan ni confunden.

Por eso lloro esta fatal ausencia en una ocasión tan solemne, y
de rodillas te pido ¡oh amigo incomparable! que vengas pronto,
50 muy pronto, porque mi alma está afligida y mi corazón atribu-
lado. Los consejos de que yo necesito para decidirme a obrar, y los
auxilios que mi situación reclama, son de un carácter enteramente
familiar; y no hay otra persona, fuera de ti, que sea capaz de otor-
gármelos. Nuestro amigo Melchor está a la cabecera de mi anciano
55 padre, a quien Dios ha herido en el cuerpo de una penosa enfer-
medad, como en sus inescrutables designios había herido ya tan
profundamente los sentimientos de su corazón. Esa fatal enferme-

32. *fatigante* : fatigable VA, RS, P, UADY

34. *debiera* : debería VA, RS, P, UADY

dad, postrando al venerable anciano, autor de mis días, ha venido también a pesar sobre mi cabeza, para que nada falte a mi desgraciada situación. Sólo tú puedes redimirme de ella, ya te lo he dicho, amigo mío; ven pronto, en nombre del cielo. 60

Tu carta del 16 del pasado y la que trajo incluso de mi pobre Regino, han sido para mi ánimo veneno y triaca¹ a un mismo tiempo; pero los vestigios del veneno han quedado allí vigentes. Porque si bien es cierto que casi esperaba yo ver confirmados mis temores y sospechas, también vuelven a resucitar esperanzas, que tal vez quedarán disipadas, y proyectos que acaso jamás podrán realizarse. Yo no puedo menos de contemplar como mi salvador a ese hombre misterioso, que aún me parece formidable, a ese doctor Moore, que ha sido el amigo y el esclavo de mi verdugo y que es el depositario de tantos y de tan terribles secretos. La fuerza de los sucesos me empuja hacia él con una fuerza irresistible, y aunque más luchara para no dejarme llevar y arrastrar, conozco que esa lucha sería inútil, enteramente inútil, pues no haría más que debatirme en medio de una agonía horrible y sin fin. Porque al cabo, yo he venido a creer —¡tal vez sea un funesto error!— que entra en los secretos designios que sobre mí tiene la Divina Providencia, mi contacto con ese personaje extraño y singular, arrojado en medio de mi camino, como lo ha sido en el de tantos mil otros colocados en tan diversas y variadas circunstancias, para redimirme de este conflicto o enderezar mi anómala existencia a nuevos e ignorados fines. Ya verás con esto cuán extrañamente continúa complicándose el doloroso drama de una vida tan corta y tan 70 75 80

60. *redimirme* : rendirme P

62. *y la* : om. P

62. *inclusa* : la *add.* P

71. *terribles* : horribles P

74. *inútil* : om. RS

79. *de tantos* : tantos UADY

¹ *triacca*: “Composición de varios simples medicamentos calientes, en que entran por principal los trociscos de la víbora. Su uso es contra las mordeduras de animales e insectos venenosos, y para restaurar la debilitación por falta del calor natural [...]. Metafóricamente vale remedio de algún mal prevenido con prudencia o sacado del mismo daño”. (DA).

85 sembrada de dolores, que yo creía ver desenlazado en las puertas
sombrías de este santo hospital. La simple indicación que hoy te
hago, debe decidirte, mi querido amigo, a dejar para después el
arreglo de cualquier negocio que te detenga en Tabasco, y venir
volando a socorrerme. Ven: yo te espero.

90 Nuevos incidentes han sobrevenido en estos pocos días, que me
prueban desgraciadamente, que aquel hombre funesto, aquel mal-
vado Juan Cruyés, autor de mi horrenda cautividad en San Lázaro,
comienza a frecuentar estos sitios con demasiada repetición; lo
que indudablemente vendrá a ser para mí una nueva fuente de
95 calamidades, o tal vez me pondría, inducido del genio del mal que
siempre se interpone en las vías que el hombre sigue acá en la tie-
rra, en el inminente peligro de fraguar una terrible venganza. Y
esta venganza, si llega a realizarse, subiría de punto mis remordi-
mientos; o si se frustrase, será un nuevo motivo de agitación y de
angustia para mi ánimo cansado y abatido. En uno u otro caso, yo
100 sería la víctima en último resultado, y es muy triste y desconsola-
dor ese incierto porvenir. Te referiré lo que acaba de ocurrirme.

Tú conoces el pueblecillo de Lerma, colocado en la situación
más deliciosa y pintoresca que presenta la extremidad occidental
de la ensenada apacible de Campeche. Anualmente se celebra allí
105 una fiesta ruidosa, a la que se traslada casi en masa la población
entera de la ciudad vecina. La tal fiesta, de este año, comenzó en
uno de los días últimos del pasado mes; e innumerables caravanas
de gentes de a pie, a caballo, en carretas cubiertas de flores, y en
otros graciosos carruajes, ostentando una exuberancia de vida y
110 alegría, de que naturalmente carecen los pobres lazarinos, estu-
vieron pasando en frente del hospital, sin contar con las numerosas
embarcaciones pequeñas, cubiertas de pasajeros, entonando can-
tares jocosos, que surcaban las tranquilas ondas de este mar en
leche. Tanta era la actividad y constancia de los peregrinos de
115 Lerma que, a pesar de ver en su alegría un cruel epigrama contra

106. *tal: om. P*

los pobres leprosos en cuya presencia la ostentaban, me resolví a tomar parte en la fiesta.

No te figures, por eso, que haya cometido la imperdonable necesidad de asociarme con algún extraño para atentar una empresa tan atrevida. ¿Cómo habría osado alguien llevar en su compañía a un leproso? Tampoco hube de invitar a ninguno de los dolientes que viven muriendo en esta casa, porque ¿qué lazario hubiera tenido la filosofía suficiente, para exponerse públicamente al horror e invencible repugnancia que su vista causaría a gentes que pretendían gozar, sin obstáculo, de sus placeres? ¡Ah! ¡Cuándo la compasión con el prójimo es la fuente de tantos y tan nobles sentimientos! Pero el que jamás ha sufrido, sino muy ligeramente, no puede aprender a condolerse de ajenos males, no puede tener compasión. Por eso, sin consultarme con persona alguna, ni revelar a nadie mis intenciones, determiné ir a Lerma solitario, sin tomar el camino real y evitando en lo posible la vista de los transeúntes.

Era la tarde del día primero de este mes. El camino de Lerma estaba cubierto de gentes que iban huyendo del lúgubre y funeral clamor de las campanas, que llamaban a los fieles a orar por los difuntos, y en vez de visitar los cementerios para recordar, siquiera una vez en el año, el fatal término de nuestra peregrinación en la tierra, marchaban en grande algazara a reunirse en el foco de una fiesta rústica, que hacía olvidar ciertamente la muerte y sus precursoras angustias, pues allí se respiraba alegría por todas partes. Bien resuelto a contemplar de cerca estas contradicciones de la humanidad, estas locuras del hombre, caleme un sombrero de paja, empuñé mi nudoso bastón, y echando de menos a mi pobre amigo Germán, me interné en las veredas que guían a la cima de las colinas inmediatas al hospital. Yo conocía, por mis frecuentes excursiones, los senderos practicables, y muy luego me hallé caminando sobre aquellas alturas, mientras veía desarrollarse a mi derecha el espléndido panorama del mar, y rebullirse a mis pies un gentío inmenso, cuyas voces llegaban a mi oído en un rumor confuso y algo semejante al del choque de las olas. ¡Ah! Aquellos via-

jeros y yo ostentábamos la vida en ese momento: ellos con un grito de esperanza, yo con una mirada de desconsuelo. Llegan mis compañeros de viaje, sí, y yo parto. Después de todo, no debiera sentirlo: la tumba me daría el reposo que la vida me ha negado.

155 Llegué, por fin, hasta la última altura que se encuentra en una posición casi perpendicular sobre el pueblo de Lerma. Desde allí, oculto detrás de una piedra, contemplé admirado el extraño espectáculo que se presentaba. Millares de personas de ambos sexos, y de todas edades, agitábanse en aquella especie de caos, muy parecido al
160 pandemonio del *Paraíso Perdido* de Milton,² pues todo eso era horriblemente confuso para mí. Gradualmente fui recobrando mi aplomo, y pude distinguir mejor a los concurrentes. Numerosas comparsas de bailadores danzaban en la plaza al son de instrumentos músicos; otros grupos vagaban por el pueblo, penetrando en las
165 chozas de los indios que, como sabes, tienen un modo muy singular de hacer la conmemoración de sus muertos; algunos entraban en la iglesia y salían luego sin detenerse en ella mucho tiempo; otros penetraban en las tabernas provisionales esparcidas aquí y allí, y el resto paseaba alegre por las resonantes orillas del mar, en donde la
170 brisa de la tarde amontonaba mil carámbanos de espuma tan blanca como la nieve. Sentía yo impulsos de precipitarme desde la altura en que me hallaba, y dejarme caer en el centro de tanta animación y alegría, aunque al llegar me estrellase contra las piedras. ¡Ah, mi querido amigo! Es muy cruel contemplar de lejos las bellas escenas
175 de la vida, viéndose excluido de ellas como un excomulgado. ¿Qué habría sucedido si, como sentía un impulso casi irresistible de ejecutarlo, me hubiese presentado de improviso en medio de los danzantes y hubiese pedido la mano de una joven señorita para bailar? ¡Ah!

² *Paraíso Perdido* de *Milton*: Poema en doce libros de John Milton (1608-1674), publicado en 1667: su tema es la desobediencia de Adán y Eva y su castigo. Y en él ocupa un papel central Satanás que, sumergido en un mar de fuego, convoca a sus legiones, que salen en gran número fuera de las llamas. Allí les habla sobre la esperanza de volver a conquistar el cielo y sobre la creación de un nuevo mundo y de una nueva criatura, que ocupará el lugar dejado por ellos cuando fueron precipitados al infierno. Es entonces cuando construyen el Pandemonium o palacio de Satanás en donde se reúnen a discutir sus planes.

Al momento se hubiera dispersado la concurrencia, las damas
 habrían huido desfavoridas, los músicos por un lado y yo encerrado 180
 en un mágico círculo. Las miradas atónitas se hubieran fijado en mí
 contemplando audacia tanta, y pasado el primer momento de estu-
 por, habrían gritado todos: “Fuera el lazarino, fuera el lazarino; al
 hospital con ese infame leproso.” A tal humillación me hubiera
 sometido con gusto, a trueque... ¿A trueque de qué, Manuel mío? 185
 ¡Ah, no! Conozco que soy incapaz de abrigar formalmente el senti-
 miento que pretendía expresar, porque al cabo, ni mi corazón está
 pervertido, ni mis intempestivos arrebatos pueden cambiar las pro-
 pensiones de la especie humana. ¡Tal vez estoy ahora pagando con
 usura algunos pecados de esta clase, que habré cometido en los días 190
 dorados de mi juventud, cuando el goce de los placeres hacía olvi-
 darme de los ajenos sufrimientos, creyendo en la ausencia de toda
 desgracia, o no acatando en ella! Por eso decía con razón un sabio
 moralista, cuyo nombre no recuerdo hoy, que nada nos hace dete-
 nernos menos en la desgracia ajena, que la propia felicidad. ¡Oh, 195
 qué verdad tan lúgubre y terrible! Es el proceso del género humano.

En el choque de estas emociones, mi vista vagaba indecisa sobre
 la variedad de objetos que ofrecía el movable diorama desarrollado
 a mis pies. De cuando en cuando, la presencia de algunos marine-
 ros excitaba mi atención, porque cruzaban en mi espíritu ciertos 200
 recuerdos terribles, que en vano procuraba alejar, pues volvían de
 nuevo y siempre con mayor vehemencia. El sol se había ocultado
 ya entre las ondas, con aquel magnífico acompañamiento de
 millares de nubecillas brillando con los soberbios y nítidos colores
 del arco iris: la brisa refrescaba más; la luna llena comenzaba a 205
 presentarse velada en los sutiles celajes que el vapor de la tarde
 eleva como para recibirla en triunfo. Era, en fin, aquella solemne
 hora, en que la naturaleza entera parece invitarnos para elevar
 nuestras humildes oraciones ante el trono excelso del que ha
 creado tantos mundos con la sola fuerza de su palabra. Mudo, y 210

182. *pasado* : pasando RS

193. *desgracia* : gracia P

207. *Era* : pues *add.* VA, RS, P, UADY

con el corazón abatido y humillado, prosternábame bajo esa inmensa bóveda para pedir a Dios fortaleza y resignación, ofreciendo en cambio el perdón de aquellos que tanto mal me han causado. De improviso, amigo mío, como si Satanás viniese a interponerse entre el Creador y la humilde criatura, como si el infierno quisiese oponerse a mis fervorosos votos, un objeto inesperado ha venido a presentarse a mi vista. ¡Ah! Tiémblanme aún las carnes al recordarlo, pues la ocasión, el momento mismo en que mi alma, como una vela ardiendo, levantaba la llama de su fe y de su amor al Padre de las misericordias, me parece una circunstancia que da a tal incidente un nuevo y más odioso carácter. Figúratelo tú, mi querido Manuel, cuando sepas que a quien vi entonces, fue a aquel hombre, a aquel desventurado hijo de nuestro amo Germán: a Juan Cruyés.

225 Ese hombre había desembarcado junto al castillejo de Lerma, en compañía de una especie de viejo contramaestre, que, según todas las señas, debe de ser sin duda el famoso tío Melitón, de quién se refieren mil siniestras historias en el barrio, según he sabido después del encuentro que tuve la noche misma de la fiesta
230 de San Román. Venían ambos en un pequeño bote, que había yo visto aparecer como un punto destacándose del fondo de la ensenada, y que gradualmente fue tomando su verdadera forma hasta embicar³ en el desembarcadero de Lerma. Por casualidad, pues no podía yo sospechar nada entonces, mi visual caía a plomo, a la sazón, sobre aquel sitio un poco apartado del foco del bullicio. En
235 el instante mismo reconocí a mi enemigo. ¡Oh, yo le reconocería a través de la más larga distancia! Sí: era Juan Cruyés; el mentido cónsul de Colombia, sin otro disfraz que haber cambiado de arreos, pues allí se presentaba con un sucio chaquetón de marino
240 curtido de brea, mientras que cuando le vi en Buenavista llevaba uno de los más graciosos y elegantes trajes que se estilan, según la moda del día.

³ *embicar*: “Embestir derecho en tierra o en la costa con el buque o bote.” (DME).

Al ver a ese desventurado, yo creí que vería en pos a las dos
prostitutas que suelen acompañarle. Pero no; esta vez venía solo,
sin más compañía que la del viejo contraamaestre. 245

Por un movimiento involuntario, dejé la actitud que había
tomado para orar; olvideme de la fervorosa plegaria que comen-
zaba a formular, desapareció el cielo para mí, y ya no tuve fuerza
ni aliento para fijarme en otros objetos que en Juan Cruyés y su
compañero. Ansioso, clavé la vista en aquel grupo y me propuse 250
observar todos sus movimientos. Explicarte hoy lo que por mí
pasaba fuera en vano: mil siniestros pensamientos, cual meteoros
rápidos, cruzaban por mi espíritu, y más de un proyecto fatal llegó
a presentármese. Inerme como me hallaba, temeridad fuera aven-
turarme a una lucha desigual; pero en fin, ya estaba resuelto a 255
morir si la ocasión venía; gritar al pirata, pedir auxilio y hacer un
verdadero escándalo. Todo ello habría sido enteramente inútil, y
cuando recuerdo que tales ideas llegaron a ocurrirme como muy
racionales y plausibles, casi me avergüenzo y confundo por haber-
las admitido. Instintivamente me apoderé de una rama que por 260
allí había, despojela de las hojas y me hallé provisto así de un
fuerte garrote y devorado por la sed y horrible furia de la ven-
ganza. Mi frente estaba cubierta de un sudor helado, el pulso latía
con rara vehemencia: unas veces sentía circular mi sangre con
rapidez, y otras me parecía detenerse coagulada en mis venas. 265
Creo que tenía la fiebre. El cielo había desaparecido; en su lugar
estaba allí el infierno con sus fantasmas vanos, sus pálidas sombras
y sus horrendos demonios. ¡Ah! triste es por cierto y miserable la
condición de la pobre criatura, cuando el impetuoso soplo de las
pasiones la agitan empujándola, a ciegas, a tomar una resolución 270
violenta. Filosofía, religión, nobles sentimientos, ¿por qué soléis
ausentaros y desaparecer en tan críticos momentos? ¿Por qué
dejáis al hombre entregado a sí mismo?

270. *a ciegas* : ciegas VA, P, UADY

272. *y desaparecer en tan críticos momen-
tos?* : om. UADY

275 Echando pie en tierra aquellos hombres siniestros, detuviéronse
contemplando unos instantes el animado espectáculo que tenían
delante, sin parecer que traían otro objeto que tomar parte en la
fiesta y bullicio general que allí reinaba. Su actitud y maneras, no
llamaron en manera alguna la atención de persona alguna, pues
eran tantas y de tan variadas cataduras las que estaban presentes,
280 que nada tenía de extraña la presencia de dos recién venidos.
Admirábame sí, que ese Juan Cruyés, cuya insólita audacia o inex-
plicable locura le traía a semejante sitio, olvidase que pocos meses
antes había sido la fábula de Campeche, en donde ostentando
el fingido título de cónsul de Colombia, se introdujo en la socie-
285 dad decente, dio y aceptó convites, y se hizo por tanto una nota-
bilidad, convirtiéndose luego en un escándalo, cuando la fuerza
de los sucesos ha llegado a descubrir el embuste y la ficción, sem-
brando así la vergüenza en cuantos tuvieron la ligereza de verlo y
considerarlo como un personaje de importancia. Todos éstos, es
290 decir, las personas y familias principales de la ciudad, se encontra-
ban a la sazón en Lerma; y ¡era allí en donde osaba presentarse ese
desventurado! ¡Quería, pues, desafiar la cólera del cielo y la indig-
nación de los hombres! ¿Cuál era su escudo?

295 Pero en fin, si ese bandido se hubiese limitado a mezclarse entre
la muchedumbre y confundirse en ella; si resguardado en la media
sombra de la luna, se hubiese creído que pensaba seriamente en
ocultarse, audacia fuera en verdad; pero entonces podría creerse
que venía allí, no a burlarse de aquellos a quienes insultara; sí a
evacuar algún urgente negocio de que no pudiera prescindir. Mas
300 no; ese pirata llevó su osadía hasta el último límite, y tuvo la des-
vergüenza de penetrar en todos los grupos, presentándose en la
sala de baile, lanzando miradas insolentes y provocativas sobre las
señoras, y armando camorras con más de un individuo a quien su
atrevimiento había chocado. Es preciso que sigas conmigo a este
305 hombre.

283. *ostentando* : ostentado UADY

Mientras le vi al pie del castillejo, permanecí con la vista fija sobre él sin osar moverme del sitio que ocupaba en la colina; pero cuando haciendo a su compañero un signo expresivo para que le siguiese, tomó uno de los callejones que guiaban a la calle principal que sale a la plaza, que era el gran punto de reunión, ya no fui dueño de contenerme. Impelido por los vagos y siniestros deseos de una venganza aún no satisfecha, lanceme por una vereda dispuesto a arrostrar cualquiera dificultad, y ponerme en evidencia ante una muchedumbre que mira a los lazarinos con un horror y una repugnancia invencibles, a trueque de no dejar que Cruyés se me escapase esta vez. ¡Ah! quería verlo de cerca, hablarle, tomarle de la mano, mostrarle mi piel cubierta de má[c]ulas y mis pies hinchados, diciéndole: “Mira tu obra; he aquí la recompensa debida a mis beneficios”, y luego... y luego matarlo... ¡Oh! Sí: matarlo era mi único pensamiento en aquel instante. Yo saboreaba con una delicia infinita la ruidosa y pública venganza que pensaba tomar. ¡Miserables y frágiles criaturas que somos nosotros, Manuel mío! Cuando Juan Cruyés, *Caracortada*, estaba en agonía y deseaba hablar a nuestro amo Germán. ¡Cuántas reflexiones no hice a éste, para moderar sus arrebatos y detenerlo en el borde de su venganza! ¡Y cuán enorme no era la diferencia entre los ultrajes que este infeliz había sufrido de su enemigo, y los que me hiciera Juan Cruyés! ¿Crearás que yo pensaba en nada de esto, ni recordaba incidente alguno relativo? No, en verdad; el cielo y la tierra se me habían confundido. Buscaba a mi enemigo y eso era cuanto.

Mudo y sin aliento, penetré en la bulliciosa plaza no sin sentir un vago terror, a pesar de la violencia del sentimiento que me guiaba allí. En efecto, ¿qué iba a suceder en el momento mismo en que se descubriese que yo era un lazarino? Esas reflexiones que hice muy a espacio antes de ver a Cruyés, y que fueron bastantes

317. má[c]ulas : maulas *RY, VA, RS, P, UADY*

327. de su enemigo : de sus enemigos *RS*

331. sin aliento : sin sentir aliento *RS*

334. un : om. *P*

335. a espacio : de espacio *VA, UADY, despacio RS, P*

para detenerme en mi escondite del cerro, desaparecieron luego. Ese terror era, pues, instintivo: yo no quería, ni podía pensar en otra cosa, que en seguir la huella de mi enemigo para no malograr la proyectada venganza. Al pasar por una tienda que comenzaba a iluminarse con luz artificial, vi brillar algo en un cartón. Acerqueme a través de un grupo de marineros detenidos en la puerta, y vi entonces que el brillo que llamó mi atención, provenía de unos cuchillos puestos allí para venderse. Entré resueltamente en aquella especie de taberna, pregunté por el precio de un cuchillo, compré el arma y salí en el acto, notando cierta sorpresa que mi figura y ademanes habían inspirado a los concurrentes. Fingí no observar nada, oculté mi cuchillo, y seguí adelante. Pocos instantes después hallábame yo en el centro de la plaza, mezclado y confundido en la concurrencia, sin que nadie se curase de verme en un lugar que no era ciertamente el mío. Un encuentro con el síndico procurador de la ciudad hubiera sido fatal en aquellas circunstancias.

Todos los atractivos que esa gran reunión tenía para mí, mientras la contemplaba allá donde sólo un rumor alcanzaba, desaparecieron al punto. Un solo objeto buscaba yo con una avidez febril, y no lo hallaba. Dirigía en torno mis indagadoras miradas, penetrando todos los grupos, para dar con mi enemigo; pero éste no parecía. Avanzaba y retrocedía, tomaba las calles laterales, dirigía mis pasos a la playa, y nada descubría. Una sola cosa me tranquilizaba: el bote seguía amarrado en el embarcadero, chocándose en la arena al impulso de las olas. Eso me probaba que Cruyés debía de estar allí, y con esta convicción determiné no abandonar el puesto.

De repente resonó en mi oído una voz. ¡Dios eterno; si podría yo desconocer esa voz! Aquella voz sonora y penetrante partía de un grupo formado alrededor de una mesa cercana, en que se expendían refrescos y licores espirituosos. Volé allí y encontreme a

338. *no : om. RS*

367. *y licores: licores UADY*

Cruyés en lucha abierta con tres marineros, a quienes él solo golpeaba con tal ardor y destreza, que ninguno de los concurrentes osaba interponerse. El tío Melitón no estaba presente y me pareció aquella una buena ocasión de aparecer como el ángel exterminador, y dar el golpe que yo preparaba. Me detuvo una reflexión; y fue que al aparecer en aquel momento, sin previa explicación ninguna, se podría creer que yo era un asesino ordinario. Además, ¿qué conseguía yo dando el golpe, si mi enemigo no conocía la mano ofendida que se lo descargaba, y comprendiese así que en su muerte iría envuelto el castigo de un grave crimen? Preferí, pues, seguir sus pasos, asechar la ocasión oportuna y pedirle una explicación. La lucha hubiera sido desigual, porque avezado ese hombre al manejo de toda clase de armas, que su infame profesión le hacía necesario, yo aparecería sin duda como un muñeco al lado suyo. Ya ves, amigo mío, qué clase de reflexiones eran las que yo hacía; reflexiones ciertamente indignas de un joven, no sólo educado en tan buenos y santos principios, sino aleccionado, además, en la triste escuela de la desgracia. Mas eso mismo debe probarte cuál era el extravío de mis sentimientos, y la insania de que estaba acometido. No hay duda, yo me hallaba en un rapto de delirio peligroso; pero una vez empeñado en esa vía, no sabía cómo retroceder. La pasión ofusca la razón.

Libre de sus tres adversarios, Juan Cruyés partió de aquel sitio lanzando miradas amenazadoras, y fue a colocarse detrás de una empalizada que circula cierto trecho destinado para salón de baile. Toda la tarde había sido éste el núcleo de la buena sociedad, y había allí un notable número de personas. Las señoritas y los jóvenes caballeros de mi edad danzaban bulliciosamente al son de agradables instrumentos. Casi olvidé por un momento el objeto que me llevaba, al presenciar una escena que me recordaba tanto algunas de las que hemos gozado en otros días más felices. ¡Y yo estaba excomulgado de esa sociedad! ¡Y el mundo me había

375. *conseguía* : conseguiría P

399. *de esa sociedad!* ¡Y el mundo me : om.
RS

400 cerrado sus puertas! ¡Y me hubiera lanzado de aquel sitio, a mí,
que había sido antes el favorito de esa turba alegre y olvidada de
las miserias del prójimo, tan sólo porque estaba yo leproso! ¡Y
nadie se curó siquiera de saber quién era aquel impostor que se
405 a un pirata y dos prostitutas! Amargas fueron sin duda estas
reflexiones; mas no bastaron para apartarme de mi objeto. De
cuando en cuando metía la mano bajo el chaleco, para tener listo
el cuchillo que ocultaba.

Juan Cruyés, no satisfecho con estar entre los espectadores de la
410 parte de fuera, abrió una brecha a través de aquella muralla de
carne humana y avanzó dos o tres pasos dentro del salón. Estupe-
facto me tenía tamaña audacia, y no tuve valor para seguirle; pero
quedé en posición de verlo mejor, pues se hallaba entonces frente
a mí. El insolente con un descaro sin igual, miraba a todos de
415 frente y parecía buscar una mirada provocadora para pedir cuenta
de ella. Casi todos los que se hallaban dentro de aquel recinto
hicieron un esfuerzo para volver su mirada a ese hombre; pero
¡imposible! Contentábase cada uno con verle al soslayo, cruzar dos
palabras con su vecino en voz remisa, confundiéndose después
420 con los demás. Si la brutal perseverancia del pirata era incompre-
sible, me lo parecía más esa especie de indigna tolerancia, de
cobarde indulgencia con que se soportaba aquel insulto. Sólo
pude escuchar el siguiente diálogo que entablaron brevemente un
petimetre que se entretenía en jugar con el abanico de una seño-
425 rita sentada a su lado, esa propia señorita y otro individuo de la
misma estofa que cruzaba a la sazón.

—¿Tú ves ese bruto? —preguntó éste.

—Ya ¿y por qué no lo sacan?

430 —Yo no sé en verdad; el comandante del punto debería mandar
un piquete para echarlo fuera. Según sus ademanes, sería capaz de
venir a sacar pareja.

—Si tal hiciera, ¿bailaría usted con él, Paquita mía? —preguntó el
petimetre sentado, a la joven dama.

—Creo que sí; ¿no está en la sala de baile?

–Pero es un indecente, que se ha atrevido a introducirse de su cuenta. 435

–Es lástima que sea todo eso que usted dice –repuso sonriéndose la dama–, porque tiene realmente una gallarda figura. Lo cierto es que él está allí solo, y yo no veo aquí alguien que se atreva a disputarle el puesto. 440

–¿Querría usted que se armase una camorra con semejante bandido? –preguntó el galán algo desconcertado.

–Yo, caballero –dijo la dama pidiendo con un signo y recogiendo su abanico–, aborrezco tanto las camorras como las imper- tinencias. 445

El galán se mordió los labios, el recién venido hizo una pirueta marchándose, y el diálogo quedó cortado. A la cuenta, ninguno se había apercibido de que aquel sucio marinero fuese el mismo individuo a quien poco tiempo antes, se hubiera prodigado en Campeche tantos aplausos y lisonjas. *Vicit timorem audacia*,⁴ y el pirata se gozó en su triunfo. 450

Al cabo de media hora, vile salir del salón, obedeciendo un signo que le hizo el viejo contramaestre que le acompañaba. Cambiaron unas cuantas palabras, y se dirigieron por la calle principal que lleva al antiguo pueblecillo de Kila, contiguo al de Lerma. Si bien, durante el tiempo que estuve junto al salón de baile, una u otra reflexión había comenzado a modificar un tanto mis ideas de asesinato, y te confieso que no por consultar mi seguridad personal que estaba determinado firmemente a sacrificar, no por eso prescindí del todo de mi proyecto de provocar a mi enemigo. 455
Seguilo, pues, a una distancia como de veinte pasos, procurando ocultarme en la sombra de las casas, a fin de acechar la ocasión más oportuna de encontrarle. Lo que era seguir, fue un negocio sobradamente fácil; centenares de personas caminaban en la 460

455. *Kila* : Gila P

⁴ *Vicit timorem audacia*: La audacia vence el temor.

465 misma dirección, y ninguno hubiera hecho alto en mí. La fiebre
que me agitaba era todavía extraordinaria.

Después de caminar de seguido unas tres cuabras, sin hablar
una sola palabra, detuviéronse aquellos dos hombres frente una
casucha de malísima apariencia, cobijada de huano,⁵ como la
470 mayor parte de las casas de pueblo, y con un pequeño patio, mal
cercado de albarradas,⁶ que caía sobre la orilla del mar, bastante
elevada y escarpada en aquel sitio. Detúveme también para obser-
var, y noté que en la tal casucha reinaba una actividad extraña y
que más de cien personas se agitaban allí, como las abejas en una
475 colmena. Los votos, los juramentos, los golpes repetidos sobre una
mesa, el sonido del dinero, vinieron a indicarme que era aquel un
garito, en que se jugaba públicamente a juegos prohibidos, y que
allí estaba reunida la gente más sucia y grosera del populacho,
ávido de emociones y placeres vedados, como a su vez otros, que
480 se preciaban de caballeros y que poseídos de la funestísima y
odiosa pasión del juego, no se desdeñaban de alternar con quie-
nes, en otras circunstancias de la vida, habrían mirado de reojo y
con altanería. Pero cuando un hombre, olvidándose de su digni-
dad de tal, se deja dominar de una pasión tan funesta al individuo
485 como a la sociedad, olvida también todos los respetos, salva todas
las vallas del buen parecer y penetra en un antro, en una pocilga
de esas que se llaman garitos, y allí sacrifica su dinero, su reputa-
ción, su honor, y siempre el pan que debe a sus pobres hijos.
Dígolo, porque no dejó de sorprenderme ver en aquel garito a
490 muchas personas bien vestidas, y que acaso pasaban por decentes
en el público.

⁵ *huano*: guano (*Sabal mayarum*). Palmera que alcanza una altura hasta de 25 metros; las hojas son verdes y en forma de abanico; los espádices son grandes y muy ramificados; el fruto es negro y más o menos redondo, de 8 a 10 mm. de diámetro. Las hojas son usadas para techados, sombreros, esteras, escobas y otros artículos. (*EY*, I, 1845, 304).

⁶ *albarradas*: Albarrada. “La cerca, reparo o trinchera o defensa de tierra, piedra u otra materia a propósito, que se hace para cubrirse o defenderse en la guerra, o para cercar o resguardar heredades y huertas, que están en el campo.” (*DA*).

Mi primer pensamiento fue que Cruvés y el tío Melitón se habrían dirigido a ese sitio para jugar como los demás; pero no fue así. El tío Melitón avanzó, cruzó el dintel de la puerta y se introdujo en la sala; mientras que el pirata permaneció en la calle en expectativa. ¡Ah! Entonces creí llegado el momento decisivo de obrar. Destaqueme del ángulo de la casa en que me había ocultado y llegué a cuatro pasos de distancia de mi enemigo, sintiendo en mí toda la energía necesaria para descargar el golpe. Blandía ya el cuchillo y formulaba un apóstrofe contra el pirata, cuando un hombre del pueblo pasó junto a mí, y dejó escapar en voz remisa, estas terribles palabras: “Está usted espiado; mire cómo anda.” Quedé clavado en el suelo, en tanto que aquella persona seguía su camino sin detenerse, ni volver siquiera la cabeza para observar el efecto que hubiese producido su aviso. No sé lo que me sucedió entonces, porque mil extrañas y desacordadas ideas me asaltaron. Yo no temía la publicidad, supuesto que estaba resuelto a todo, hasta a matar a un hombre en medio de una concurrencia numerosa. ¿Qué me detuvo? Fue sin duda el brazo de Dios, que quiso ostensiblemente apartarme de los bordes de un abismo. No conocí a la persona caritativa que me hubiese hecho tan saludable advertencia.

Entre tanto, un grave ruido se escuchó en el garito. Los concurrentes pretendían impedir que el individuo que tenía el *banco*, hombre en verdad de horrenda y feroz catadura, dejase el juego embolsando la gruesa suma que había ganado.

—Capitán Sagarra, usted nos ha robado —gritaban unos.

—Capitán Sagarra, vamos al desquite —clamaban otros.

—Capitán Sagarra, convenga usted con nosotros, en que es usted un grandísimo pícaro y le dejamos partir en paz y en gracia de Dios.

Y el capitán Sagarra, por toda contestación repartía bofetadas y puñetazos a destajo, lanzando por aquella boca blasfemias y

493. a ese sitio : om. UADY

510. de un : del VA, RS, P, UADY

denuestos de una categoría tal, que no sólo jamás habíalos escuchado en mi vida, sino que me parecía imposible que hubiese un hombre capaz de hablar un lenguaje tan exquisitamente infernal y desvergonzado. El capitán Sagarra debe, sin duda, ser un sujeto temible, supuesto que pudo conjurar aquella especie de insurrección valiéndose de unos medios tan poco eficaces en mi concepto.

525

530 Muy luego salió del garito acompañado del tío Melitón, y ambos se dirigieron a donde estaba Cruyés. De esta suerte comprendí un nuevo incidente: la presencia en Lerma de ese hombre formidable, del cual me ha dado una idea tan viva la carta que me escribiste desde San Fernando de la Victoria. Complicábase así más y más

535 mi extraña situación, y casi comenzaba a experimentar un verdadero arrepentimiento por mi temeridad y audacia, exponiéndome a un lance cuyas desventajas todas iban a ser enteramente en contra mía.

Lo mejor hubiera sido huir desde luego de aquel sitio, y volver al camino del hospital para encerrar en él mis desdichas y amarguras, antes de provocar un conflicto. Aquí, al menos, habría tenido el recurso de pedir consuelo a mi buen amigo el capellán. Pero no era yo dueño de mí mismo: me sentía arrastrar en pos de aquellos hombres, cuya vida era un tejido de crímenes, y deseaba escuchar algo de su conversación. Seguilos, pues, casi contra mi voluntad.

540

545

En silencio, y dejando que los jugadores se desahogasen furiosos en vanos denuestos y gritos de rabia, el capitán Sagarra y el tío Melitón se incorporaron con el pirata y avanzaron en calle recta, siempre por el camino de Kila. Brillaba la luna en todo su esplendor, y pudiendo percibirse los objetos desde una considerable distancia, corría yo el riesgo de ser descubierto y comenzaba a temer que lo fuese. ¿Me habrá faltado el valor? Creo que no; pero la reacción comenzaba en mi espíritu, y todo el odio y aversión que Juan Cruyés me inspiraba, no era parte a impedir que mis buenos

550

550. *pudiendo percibirse* : pudiéndose percibir RS

552. *habrá faltado* : habría faltado VA, RS, P, UADY

sentimientos fuesen volviendo paulatinamente a entrar en mi 555
pobre y despedazado corazón.

Seguí, pues, a esos hombres a una respetuosa distancia. Conti-
nuaban su camino, sin curarse de volver la cabeza para observar si
eran seguidos. Pasaron así de las últimas casas del pueblo, en donde
reinaba el silencio de las tumbas en perfecto contraste con la alga- 560
zara y animación bulliciosa de la plaza y calles adyacentes. Sólo el
choque de las olas contra las piedras perturbaba aquel silencio.

Detuviéronse, en fin, y yo también hice lo mismo procurando
confundirme con la sombra de una peña. Uno de ellos, el tío
Melitón, retrocedió como para ejecutar alguna orden, y pasó tan 565
cerca de mí, que no entiendo cómo me escapé de sus miradas,
cuando aún tuve recelos de que su intención fuese averiguar quién
era el que así los seguía. Pero no; prosiguió su marcha y pronto se
me perdió de vista. Entonces pude convertirme a los otros dos, y
aun avanzar algo más colocándome al alcance de su voz. Pocas 570
palabras me bastaron para comprender el asunto de que se trataba.
Ya verás con eso cómo una providencial casualidad ha venido a
ratificarme cuanto me habías anteriormente referido, y a darme
nueva luz sobre las tenebrosas combinaciones de esos malvados.

El capitán Sagarra y Juan Cruyés se sentaron sobre una piedra, 575
como para esperar la vuelta de su compañero. Yo quedaba com-
pletamente a cubierto en el sitio que había escogido para situarme.
He aquí el diálogo que logré escuchar:

—Como quiera, capitán —decía el pirata apoyando su brazo en el
hombro de su interlocutor—; usted se nos mete en frascas y fiestas, 580
cuando más necesidad tenemos de su presencia. ¡Mire usted que
es fresca abandonarnos en un conflicto, y sin decir esta boca es
mía, encajarse en este maldito poblacho, tan sólo porque aquí se
juega! Si el huésped no nos hubiese alumbrado sobre la dirección
que usted podía haber tomado, ¡voto va! que a estas horas andu- 585
viéramos de vuelta y vuelta sin poder abordarle.

564. *la sombra* : las sombras VA, RS, P,
UADY

–¡Qué diantre! –repuso el otro–, si no hubiesen estado ustedes tan borrachos, algo les hubiera dicho. Fuera de que yo salí sin intención determinada. Vi venir gente por esta dirección, jun-
590 táronseme algunos pataches ⁷ viejos, y navegando en conserva vine a echar el ancla en aquel surgidero. ¡El diablo me lleve, si yo he hecho un mal negocio que digamos!

–Ya; esas gentes gritaban que usted es un ladrón.

–¡Eh! Desahogos de jugador perdido. Quién hace caso de ello.
595 Quinientos pesos, antes más que menos, en un par de horas, cualquier pobrete los gana. Allá en tiempos más venturosos...

–Déjeme usted en paz; ¡voto al chápíro!⁸ Con sus perdurables relaciones de los tiempos pasados, que harto tenemos que entender con los presentes. ¿Está arreglado el negocio? ¿Podemos salir a
600 la mar esta noche?

–Cuando yo le dije que al entrar el terral podíamos levar ancla, ya sabía a lo que debía atenerme. Todo está arreglado y podemos hacer rumbo al bajo desde esta noche misma. Volveremos a San Román, dejaremos en tierra a ese lagarto del tío Melitón, y toma-
605 remos la canoa, que ya está lista. Dentro de treinta y seis horas estaremos en nuestros dominios.

Hubo un rato de silencio, en que el pirata parecía meditar en las palabras de su asociado. Luego preguntó el capitán Sagarra:

–¿Está usted satisfecho?

610 –No mucho; yo no sé qué clase de pájaro es el tal armador, ni si podremos contar con los fondos a cualquiera hora.

–¡Qué diablo de hombre! Cuando yo me embarco, satisfacción tengo del casco.

615 –Además –prosiguió Cruyés–; yo no estoy tranquilo respecto de aquella pobre gente.

⁷ *pataches*: Patache: “Embarcación de dos palos, y antiguamente de guerra, que se destinaba en las escuadras para los avisos, reconocer las costas y guardar las entradas de los puertos [...]. Navío pequeño que va en servicio de otro.” (*DME*).

⁸ *voto al chápíro*: “Voz no significativa, que sólo tiene uso en el juramento voto a chápíro, para evitar el jurar seriamente, ni invocar a Dios o cosa criada. Es voz vulgar y baja.” (*DA*). Expresión de enojo.

—¡Vuelta a ello! Cuando un hombre de corazón llega a pensar demasiado en *sus mujeres*, cuente con que está perdido. El buque se va al través.

—Pero ¡seor demonio! Un sarcasmo no es una explicación, y yo la necesito ahora mismo —gritó el pirata. 620

El capitán Sagarra se puso a cantar entre dientes una cancioncilla obscena, mientras que Cruyés, incorporándose, sacó una pistola que presentó al pecho del cantor.

Éste principió imperturbable otra canción, sin hacer gesto ni ademán alguno para separar de sí el arma fatal. 625

Yo por mi parte sentí un estremecimiento involuntario.

—¡Mire usted que soy capaz de chamuscarle los sesos, si prosigue insultándome! —gritó el pirata.

—¡Vamos! ¿Y qué lograría usted con matarme? ¡Vaya una idea rara! A fuerza de amenazarme usted a cada paso, al fin vendré a creer que he de morir a sus manos. 630

—¡Ah! Capitán Sagarra; por eso se burla usted de mí. Me cree usted incapaz de despacharle con viento fresco, en fuerza de haberle amenazado severamente en muchas ocasiones. Capitán, hace usted mal en jugarse así conmigo. En un momento de ira... 635

—¡Vaya! Quite usted de allá, majadero.

—¡Cáspita! —gritó el pirata crujiendo los dientes de furor.

—¡Dígole a usted que se deje de eso! Jamás me he dejado intimidar por amenazas.

Esto diciendo, dio el capitán un golpe vigoroso en la mano del pirata, y la pistola fue a caer en el mar. 640

Cuando me figuré que este golpe admirable de destreza provocase un lance decisivo, vi con sorpresa que Juan Cruyés, prorrumpiendo en ciertas exclamaciones que no pude percibir, se sentó al lado de su interlocutor, sucediéndose después un largo intervalo de silencio. 645

618. *al través* : a través VA, RS, P, UADY

619. *¡seor!* : ¡señor! RS, UADY

624. *Éste principió* : Ese principio UADY

650 Mi tentación de acometer al pirata disminuía por momentos, en proporción que mi curiosidad crecía de ver el fin de aquella escena. Además, el aviso que recibí de estar espiado, comenzaba a producir en mi ánimo una verdadera inquietud, y frecuentemente lanzaba en torno algunas miradas indagadoras. Sin embargo, nada descubrí; o habían desistido de espiarme, o aquel había sido un falso aviso. Tal era mi pensamiento, cuando Cruyés anudó el interrumpido diálogo con el capitán Sagarra.

655 –De favor –dijo el primero–, intérpreteme usted esa carta que ha recibido hoy de la Laguna.

–Ya he dicho a usted, hombre pertinaz, que no tenga cuidado por ese par de palomas.

660 –Sin embargo, esa visita domiciliaria ordenada por la autoridad, el reconocimiento de un médico, la notificación de no ausentarse sin pasaporte... Todo eso me da mala espina.

–Pues todo eso no significa nada. Las muchachas ¿eh? Las muchachas son recién llegadas, tienen su palmito y la autoridad de la Laguna es de carne y hueso como todos nosotros. Quizás...

665 –¿Conjeturas vagas otra vez? Eso no puede tranquilizarme, capitán.

–Pues hace usted muy mal, y le repito que semejantes temores no cumplen a un hombre de su temple. A la más ligera insinuación de peligro, esas damas quedarán en completa seguridad, porque nosotros tenemos mil vías para escapar de la impertinente curiosidad de todo el mundo.

670 –Y ese médico, ¿qué fue a hacer allí?

–¡Par diez, qué se yo! –respondió amostazado el capitán Sagarra–. Un médico, un escribano o un abogado, bien pueden entrar, perfectamente en la combinación de cualquier intriga.

675 –¡Con que cree usted que puede haber alguna intriga!

–¡Toma! ¡Pues si yo le estoy diciendo que eso puede ser una intriga! También agrego, que no hay cuidado ninguno: las chicas están en buena guarda.

656. *ha recibido* : he recibido VA, RS, P;
UADY

661. *ausentarse* : ausentarme VA, RS, P;
UADY

—¡Un médico! —murmuró el pirata—. ¡Si por desgracia fuese el que yo me temo!

—¡Cáspita! Usted siempre está temiéndolo todo y tomándolo por la peor parte.

—Lo que le digo a usted, capitán, es que debemos dirigirnos primero a la Laguna, antes de tomar el rumbo del bajo de los Alacranes.

—Y yo le repongo a usted que eso es un disparate. En la estación de los nortes hay cosecha: tal vez a esta hora la gente se encuentre apurada en algún alijo, mientras que nosotros estamos paseando en tierra tranquilamente. Sus *hermanas* están en completa seguridad; yo sé lo que le digo.

Hubo otra larga interrupción, en cuyo intervalo, el capitán Sagarra dirigió frecuentemente la vista en dirección al sitio en que yo me hallaba. Mas no era porque me hubiese descubierto, sino porque esperaba lo que yo no había previsto: el bote, que el tío Melitón fue precautoriamente a desatar del embicadero, para trasladarlo de aquel sitio. En efecto, a poco rato apareció el pequeño esquife surcando ligeramente las ondas, impelido por el terral que henchía su diminuta vela. Acercose a una pequeña caleta, embarcáronse el capitán Sagarra y el pirata, y en pocos instantes desapareció a lo lejos, disipándose mis esperanzas de avocarme con mi enemigo. ¿Qué fue lo que me impidió verificarlo, supuesto que la ocasión se me vino a las manos? ¿Sería el temor? Creo firmemente que no. Fue la mano de la Providencia que me apartó de un sendero peligroso, en el momento más crítico.

Por un movimiento, que no fue de despecho sino de vergüenza, arrojé lejos de mí, allá en el mar, el cuchillo que había comprado para matar a Cruvés. Puede suceder que haya sido una ilusión de mis sentidos; pero en el momento de arrojar el arma, me figuré haber oído una voz, semejante a la que me dio el aviso de que yo era espiado, exclamando: *¡Bien, muy bien!* Y cosa extraña, esta vez

690. *le* : *te RS*

698. *caleta* : caseta *VA, RS, P, UADY*

creí haber reconocido esa voz; me parece que fuese la del doctor Moore. Dirigí una mirada de terror a todas partes, y no habiendo descubierto cosa alguna, abandoné de prisa aquel sitio. Crucé rápidamente el pueblo y volví al sitio en donde estuve escondido al principio, a fin de recoger mi bastón que había dejado allí para substituirle con aquella rama, de que me formé un garrote.

Entonces hube de sentir que estaba cansado, y que la hinchazón de mis pies no me permitía andar más. Bajé, pues, al camino real, y logré que una carreta, por una buena gratificación que di al conductor, me trajese hasta cerca del hospital. Aquí estaban alarmados con mi tardanza; era cerca de las once de la noche.

Tal es la historia de este funesto encuentro; quiero evitar otro, y para ello necesito de ti. Duélete, pues, Manuel mío, de tu pobre amigo.

En cuanto a mi dolencia, nada nuevo tengo que decirte: mis males se hallan estacionarios.

Mi padre no me ha escrito muchos días hace; lo que me prueba que su enfermedad es más seria de lo que me pinta Melchor. Yo estoy inquieto también por este lado.

Adiós, querido mío: cuento con volver a verte muy pronto.

714. *y: om. RS*

728. *me: la VA, RS, P, UADY*

CARTA XXVIII
MANUEL A MELCHOR

Campeche, 4 de diciembre de 1824

Querido mío. Heme aquí de vuelta, después de mi corta ausencia
en Tabasco. Mi venida no ha podido ser más a tiempo, pues dudo 5
mucho que Antonio, a quien he encontrado en una situación
deplorable, se resignase tan fácilmente a recibir de otro la fatal
nueva que me he visto en necesidad de comunicarle. Desgarrado
tengo el corazón, y de veras comienzo a temerme una catástrofe
definitiva en el cerebro de nuestro pobre y desgraciado amigo. 10
¡Oh! Esto es muy cruel.

Desde el momento que puse el pie en tierra, y aun antes de leer
tus cartas, me informaron algunos de la muerte de don Pablo,
cuya noticia me hirió como un rayo. Mi primer paso fue avis-
tarme con el doctor Frutos, a fin de que me dijera algo acerca de 15
nuestro amigo, antes de presentarme en el hospital.

—Sea usted muy bienvenido —díjome el doctor—; el buen cape-
llán y yo hemos pasado por muy amargos trances en San Lázaro.
Antonio está casi seguro de que su padre ha muerto: sus miradas
y ademanes, sus frases inconexas, sus exclamaciones, todo indica 20
que ha sorprendido este fatal secreto que hemos procurado ocul-
tarle hasta la llegada de usted. Casi estamos a punto de perder su
confianza, según el extraño giro que van tomando sus senti-
mientos... y la verdad —añadió el doctor, humedecidos los ojos—,
me pesa esto en el alma... porque ese joven era digno de mejor 25
suerte.

—¡Es posible, mi querido doctor! —exclamé yo, espantado realmente de las enfáticas palabras que acababa de escuchar—. ¿Qué es lo que usted teme por mi pobre amigo?

30 —Todo, amigo mío, todo —me respondió con amargura—. En la curación de su cruel dolencia yo me lisonjeaba de haber hecho algo, gracias a la docilidad del enfermo en sujetarse a mi régimen curativo, que era muy sencillo y poco severo. Mas desde que se ha apoderado de él nuevamente aquella especie de desconfianza, que
35 yo creí hubiese depuesto durante la convalecencia de la fiebre, el desgraciado joven ostenta una rebeldía tan tenaz y decidida, que no puedo ya obrar con firmeza. Cuando el enfermo ha perdido la confianza en el médico... digo mal, en la medicina, la ciencia no puede hacer milagros.

40 —¡Y por tanto, la enfermedad de mi pobre hermano continuará en progreso!

—Va usted a juzgarlo por sí mismo. ¿Quiere usted acompañarme al hospital? Me dirijo para allá en este momento.

45 —Quisiera yo acompañarle; pero debo advertir a usted que no tengo licencia de la autoridad para entrar de nuevo en San Lázaro.

—Eso lo remediamos al paso; desde que he logrado que comience a deponerse la preocupación de que la lepra es contagiosa, la autoridad se presta más fácilmente a otorgar estos permisos.

50 —Según eso —observé yo entrando en la calesa del doctor y tomando asiento a su lado—, está usted persuadido de que esa maligna enfermedad no se trasmite por contagio.

—Siempre tuve mis dudas fundadas sobre el particular; pero hace algunos meses que esas dudas han desaparecido de todo
55 punto, porque a mí me parece demostrado ya, que semejante contagio es imaginario.

—Entonces, doctor mío, lo que se hace con los infelices leproso-
sos, obligándolos a encerrarse en un hospital lejano, aislado y solitario, es cruel, es horrible, es monstruoso. De esa suerte, a un ser

infeliz se le arranca del seno de su familia y amigos... y se le arroja en un fango asqueroso para ver la podre y la miseria que cubre a otros, cuando lo que padece es bastante para causarle una penosa agonía... para ser testigo de la muerte lenta y dolorosísima de los demás leprosos, como si él mismo... 60

—Pero ¡qué quiere usted, amigo mío! Es necesario resignarse a pasar por las preocupaciones de la sociedad, cuando no es posible combatirlas de frente. Lo que se hace es ilustrarla primero, y ella misma depondrá esas preocupaciones. 65

—Como quiera; cada uno debe hacer de su parte por sustraerse del funesto efecto de ellas. 70

—Según; si uno pretende sustraerse por un choque abierto, desafiándolas cara a cara, no diré a usted que eso sea malo, no; pero sí es peligroso. Suponga usted que Antonio se empeñase en salir del hospital para vivir en su casa, persuadido que su dolencia no puede perjudicar a ninguna persona sana, ¿cree usted que sólo por estar de ello persuadido, la policía le dejaría tranquilo? 75

—Bien; pero si él marchase fuera del país... lejos, muy lejos...

—En tal caso la policía de Campeche, ciertamente no le diría nada; mas yo no sé cómo sería recibido en otra parte.

—Pero, en fin, doctor mío, ¿cree usted que el pobre Antonio está realmente leproso? 80

—Si lo ha dudado usted alguna vez —me respondió con dulzura el buen médico—, espero que me diga su opinión cuando vea hoy de nuevo a su amigo. ¡Ah! —prosiguió con vehemencia y cambiando de tono—, cansado estoy de clamar por la represión de ciertos abusos que se toleran entre nosotros, y que al fin han de causar todavía horribles catástrofes en la juventud. Las leyes sanitarias quieren que en las oficinas de farmacia no se despachen recetas que no sean de un médico aprobado. Pues bien; va un joven... un niño que entra apenas en la pubertad y, sin consultarse con gentes de ciencia y experiencia, pide a comprar una 85 90

67. *ilustrarla* : ilustrarlas RS

73. *se empeñase* : se empeña VA, RS, P
UADY

horrible composición de esas que un médico apenas osaría
emplear en ciertos casos dados, y después de un maduro exa-
men. El inexperto niño, víctima así de la codicia o temeridad de
95 un boticario, traga veneno, ponzoña horrible, en lugar de una
medicina. El pobre niño ¡ah! exuberante de vida y de esperanza,
ve en efecto que su mal ha desaparecido instantáneamente, como
por un medio eléctrico. ¡Precioso descubrimiento! ¡Ya posee el
secreto de la salud asegurada, a prueba de los humores deleté-
100 reos! ¡Qué triunfo! ¡Qué felicidad! ¡Viva el insigne y discreto
boticario! Pero ¡cuán pronto vienen uno a uno los más crueles
desengaños! Sí, después de esa prueba, la vista comienza a fla-
quear, los nervios pierden su elasticidad, el sensorio se entor-
pece, el pulmón se afecta, el hígado se laxa, la piel se cubre de
105 máculas y grietas... en pos vienen las úlceras, las contracciones,
las fístolas, el aliento pestilente, el cabello que se cae, la juventud
que se desvanece y la vida que se va. ¡Adiós sueños dorados! Un
joven muere entonces de una pulmonía casi fulminante... otro
va a dar al hospital de San Lázaro; aquél está manco, el otro
110 gafo,¹ el de más allá semirraquítico... Todos los que se han revol-
cado en un cieno inmundo, y buscado el remedio de una dolen-
cia tan infame como peligrosa en los consejos de los libertinos,
en la inexperiencia de otros jóvenes, o en la codicia de quienes
pretenden vender su secreto a peso de oro... todos ellos, amigo
115 mí, tienen un triste y prematuro fin.

Asombrado escuché yo aquel vehemente apóstrofe del doctor,
y no tuve ya duda ninguna de que había comprendido perfecta-
mente el origen de la enfermedad del desgraciado Antonio. Iba
yo a dirigirle cierta observación, cuando la calesa se detuvo; el
120 doctor me dijo le esperase unos momentos, subió a la casa en

103. *su* : *om.* UADY

106. *que* : *om.* UADY

¹ *gafo*: “Se aplica a la persona que tiene encorvados y agarrotados los dedos de las manos y los pies [...]. Se aplica al que padece de la lepra en que se ponen así los dedos y se llama «gafedad».” (DUE).

cuyo frente nos habíamos detenido y fue entonces cuando pude leer rápidamente tus dos cartas, que me dan los detalles dolorosos de la muerte de mi deudo, de mi bienhechor, mejor dijera, de mi padre.

A poco volvió el doctor, trayendo la competente autorización para que yo fuese admitido en el hospital, pudiendo entrar y salir cada vez que lo tuviese por conveniente. Este permiso era para mí de la mayor importancia, y no pude menos de tributarle las gracias al que me lo había proporcionado. 125

Seguimos camino, y al fin llegamos a San Lázaro. 130

Encontrámonos primero con el capellán, quien no pudo menos de entristecerse al verme allí.

—Vaya usted, caballero —díjome con emoción—, vaya usted a ver si puede hacer algo en favor de su amigo.

Y mientras el doctor y el buen sacerdote platicaban juntos, me invitaron a entrar en el cuarto de Antonio, permaneciendo ellos en la galería. 135

El aposento de nuestro pobre amigo estaba en el mayor desorden; muestra cierta del abandono e indiferencia con que mira ya lo que pasa en rededor suyo. En vez de hallarle entregado a alguna lectura provechosa o entretenida, yacía medio dormido en un canapé, envuelto en su capa, los brazos cruzados sobre el pecho y respirando con alguna dificultad. Como no hice rumor al introducirme, el enfermo permaneció tranquilo, y de esa suerte pude contemplarlo antes de dirigirle la palabra. 140

¡Ah! pobre amigo nuestro; partíome el corazón su aspecto. 145

Apenas puedo explicarte el cambio que ha sufrido en tan poquísimos tiempo. Flaco, macilento, el cabello y la barba crecidos, cubierta la piel de aquellas horribles máculas que tú conoces, contraídas las manos, la respiración anhelosa y fatigante, era ese un espectáculo de dolor. En su frente, en el vigoroso latido de sus sienas, traslucíase lo que pasaba en aquella alma de fuego, vencida al parecer en tan prolongado y desigual combate. 150

155 Enjuégeme una lágrima que se me escapó involuntariamente,
pues no quería causar al enfermo alarma ninguna, di dos pasos
más, tomele una de las manos y le llamé con dulzura.

—¡Antonio mío! ¡Aquí está Manuel!

Nuestro pobre amigo entreabrió los ojos, volvió a cerrarlos en el
instante, me estrechó la mano y lanzó un hondo y doloroso gemido.

160 Este gemido ¡ah! me desgarró las entrañas dolorosamente. Ese
gemido interpretaba fielmente el dolor; el sufrimiento infinito de
aquel noble y lacerado corazón.

Mis esfuerzos para contenerme fueron inútiles. Un torrente de
lágrimas se desprendió con fuerza de mis ojos, y lloré con mi
165 amigo más de media hora.

—¡Con que es verdad! —exclamó al fin—. ¡Mi venerable padre ha
muerto!

—Sí, hermano mío —repuse yo—; pero aquí estoy para llorar con-
tigo y consolarte. Somos dos criaturas desgraciadas; resignémonos
170 con la voluntad de Dios.

—¡Ah! —gritaba Antonio—; yo, yo solo he asesinado a mi padre.
Yo busqué el camino de este horrible hospital; y el hospital de San
Lázaro ha traído a su seno el colmo de la desgracia y del infortu-
nio. Yo, Manuel mío, yo he ajado y destruido esa vida de que aún
175 necesitaban los pobres, los hombres industriosos. ¡Soy un mal-
vado! ¡Terrible debe ser mi responsabilidad ante Dios!

La preocupación de Antonio era profunda; su dolor, indefini-
ble; su lenguaje, el del delirio. Ya no hallaba palabras de consuelo.
Algo había allí que no me era dado comprender, porque no es
180 creíble que un caudal tan copioso de nobles sentimientos, de ideas
generosas y de reflexiones sabias, se hubiese extinguido tan súbita-
mente en esa alma de fuego y de amor cristiano, dejando en pos
un vestigio siniestro. No hay remedio: el dolor, las vigili-
as, los pormenores de su triste historia; todo ha mellado su espíritu, aba-
185 tido su corazón, exacerbado sus dolencias, y aplicado al no bien

160. *Ese* : *Este VA, P, UADY*

extinguido volcán que ardía en su cerebro, una nueva tea incendiaria. ¡Nuestro amigo está herido otra vez, y sepa Dios si esta herida podrá curarse! Mucho temo que esa herida apresure su muerte; es profunda y está envenenada.

Todo mi afán para tranquilizarlo y hacerle tomar un sendero más razonable, fue por el momento enteramente inútil. Parece haber perdido la fe y la esperanza. Sin embargo, aún conserva su caridad ardiente, y como uno no puede amar a sus semejantes sin amar a Dios, vislumbro una reacción saludable en sus ideas. Ni puede menos de ser así. Estas pruebas siempre son precursoras de algún bien. La Misericordia infinita de Dios no ha de consentir en que se malogren tantas y tan generosas disposiciones. En todo caso, si hay allí algún extravío de la mente, el hombre ya no puede ser responsable de sus palabras ni de sus acciones. Éste es para mí un consuelo.

Mayor lo fue la recepción que hizo después al capellán, que entró al cabo de una hora de habernos dejado solos. En medio de la especie de atonía² física y moral del enfermo, traslucíase su gratitud respetuosa hacia aquel hombre admirable.

Poco después entró el doctor, que acababa de hacer sus visitas a varios enfermos de la casa. La recepción que le hizo Antonio fue fría y reservada. Causome esto mucha pena ciertamente, porque nuestro pobre amigo debió a los esfuerzos, a la ciencia y a la caridad de ese hombre, su vida y su razón. El doctor Frutos sin embargo aparentó no comprender el aire impertinente de nuestro amigo. Háblele con la misma cordialidad, empleó las mismas palabras de consuelo que ha usado siempre, y entre risueño y severo le hizo algunas oportunas reconvenções. Al fin lanzó

194. *en* : de *UADY*

201. *que hizo después al capellán* : que si hizo después al capellán *VA*, que se

hizo después al capellán *RS*, que sí hizo después el capellán *B*, que hizo después el capellán *UADY*

² *atonía*: “Falta de vigor en el organismo. Debilidad de los tejidos orgánicos, en especial de los contráctiles [...]. Decaimiento o postración espiritual.” (*ET*).

Antonio un suspiro, y se volvió del otro lado con la cara hacia la
215 pared. El doctor se sonrió graciosamente, aunque yo me había
desconcertado.

—Esto —me dijo al oído—, no proviene de otra causa que de
haber perdido enteramente la fe en los recursos de la ciencia.
Nosotros debemos combatir ese principio sin desmayar y sufrir
220 pacientemente sus arrebatos. Este joven sucumbiría muy pronto,
si no lográsemos extirpar esa funesta preocupación.

—¡Oh! —le repuse yo en el mismo tono—, duéleme infinito ver
ese ademán brusco y poco cortés con que le recibe, doctor mío;
pero espero que sabrá disimularlo, en gracia de su triste situación.
Él siempre ha amado y admirado las altas prendas de su médico.
225

—¡Qué está usted hablando, criatura! —me replicó el doctor son-
riéndose—. Si hubiese usted cursado la larga y penosa escuela del
dolor, que se presenta con tantos y variados caracteres; de los sufri-
mientos morales, que se revisten de mil formas diversas a cada
230 paso; de las miserias de la humanidad, en fin, no me demandaría
mi indulgencia en este caso. Soy médico, mi joven amigo; y aun-
que un poco susceptible y muy pundonoroso en la ocasión,
conozco perfectamente todas las crisis, y sé aprovecharme de ellas.
Déjese, pues, de cumplimientos, pues toda recomendación es
235 inútil. Mis enfermos son mis hijos; y contemplo y amo a cada
uno, como amaría y contemplaría a un hijo mío, que se hallase en
un peligro cualquiera. Por otra parte, este joven es amigo mío —
añadió el doctor apretándome la mano y lanzando sobre el
enfermo una dulce y lánguida mirada—; y debo hacer en su obse-
240 quio cuanto me dicten el deber y el cariño que le profeso.

El doctor se aproximó de nuevo al enfermo, y le tomó el pulso.
Antonio no opuso resistencia alguna.

En seguida salimos a la galería, dejando al capellán en el apo-
sento del enfermo. El doctor añadió algunas palabras más de con-
245 suelo, y volvió a la ciudad.

223. *con que le* : con lo que le UADY

Pasé el resto del día en el hospital, y he venido a Campeche para arreglar varios asuntos, y escribirte la presente. Yo debo regresar a San Lázaro, a esperar el giro que tome la enfermedad de nuestro pobre amigo, en cuya compañía estoy resuelto a permanecer todo el tiempo que contemple necesario.

250

Por supuesto que no me ha dicho, ni era posible que me dijese nada relativo a negocios. Peor que eso todavía, ni siquiera me ha dirigido una pregunta acerca del doctor Moore, ni de nuestro amo Germán. Por lo mismo me hallo en la más completa ignorancia del contenido de la carta de Regino.

255

Mucho he de equivocarme si esa carta, el nuevo encuentro que Antonio tuvo el día de la fiesta de Lerma con Cruyés, y las cavilaciones que han debido ser consiguientes a todo eso, no ha entrado por mucho en el estado en que se encuentra al presente. La muerte de mi deudo y bienhechor, de este desgraciado padre, ha concluido la obra. Yo cuidaré de darte aviso de cuanto sepa.

260

Adiós, querido mío. No puedo resignarme a estar separado del pobre enfermo; vuelvo ahora mismo al hospital, y allí espero tus cartas. Tuyo amante e invariable amigo.

CARTA XXIX
MANUEL A MELCHOR

San Lázaro, 29 de diciembre de 1824

Querido mío. Incomprensibles son las vías secretas de la Provi- 5
dencia, y sin osar investigarlas, debemos prosternarnos humilde-
mente ante ella y adorarla. Tal es el papel que nos reserva el cielo;
porque lo demás sería una pretensión tan necia como peligrosa.
Mientras medito con mayor intensidad en los extraños incidentes
que han venido inesperadamente a complicar la situación de nues- 10
tro pobre amigo, mayor es también mi sorpresa y estupor. ¿Por
qué ha recaído la elección sobre esta víctima? Ninguno se atrevería
a decirlo. Adoremos, pues, y bendigamos.

Pero supuesto que eso nos hace sufrir, y que Dios no ha querido 15
estancar la fuente de toda sensibilidad en nuestro corazón, sinta-
mos de veras; y ya que no se han agotado nuestras lágrimas, llore-
mos; y si es posible, lloremos lágrimas de sangre. Bien lo merece la
suerte triste de nuestro infortunado amigo. ¡Él va a partir en fin de
San Lázaro!

No será poca tu sorpresa al saber semejante determinación; la 20
mía era de oponerme a ese proyecto, con todas mis fuerzas, y las
he empleado efectivamente hasta donde me ha parecido racional.
Cuando la lucha ha llegado a su último término, y me he figurado
que el cielo intervenía en ella dando la ventaja a mi adversario, he
creído en conciencia someterme a sus decretos. Así, pues, yo con- 25
siento también ¡pésame el decirlo! en esta fatal partida. ¡Hartas
han sido las pruebas de un año! Nuestro pobre amigo no puede
permanecer aquí por más tiempo, sin exponer su existencia; más

que su existencia, la paz de su espíritu. Ya puedes imaginarte cuál
30 sería mi dolor al consentir en una ausencia que, para mí, equivale
a la muerte tal vez, pero supuesto que yo mismo he consentido, y
aun más que consentido, he exigido de Antonio que parta de una
vez, fácil te será comprender que las razones han debido pare-
cerme concluyentes, poderosos los motivos y exigentes las cir-
35 cunstancias. He preferido este extremo, el de verlo apartarse para
siempre de nosotros, que no el de someter esa cruda y dolorosa
existencia a una prueba más cruel. Con un simple relato de lo que
ha ocurrido, te convencerás de la necesidad que existe de prestar-
nos a este sacrificio. No creo, a vuelta de todo, que las lecciones
40 recibidas aquí, sean enteramente perdidas. Al contrario, fortifi-
cado con ellas, la peregrinación que va a emprender nuestro
amigo, lanzándose en un nuevo mundo, en países ignorados y
bajo la dirección de personas, no sólo extrañas, sino de terribles
precedentes; esa peregrinación, repito, podrá y deberá serle prove-
chosa. Escucha lo que ha ocurrido, desde mi carta anterior.

45 Recuerdo haberte dicho que era bastante lastimosa la situación
de Antonio, y que me temía alguna desgracia. Cuando volví al
hospital, no tuve sino nuevos motivos para ratificarme en aquella
opinión; y por dos días consecutivos abrigué las mismas dudas y
temores. Antonio, sin embargo, había permanecido encerrado
50 algunas horas con el capellán, y esto era para mí un signo bueno y
malo a la vez. Bueno, porque le veía gradualmente volver al sen-
dero momentáneamente abandonado, apelando al único con-
suelo, al único recurso que nos queda en las grandes calamidades:
la religión. Y malo, porque podía ser también un signo de que el
55 enfermo comenzaba a creer muy próximo su fin, y pretendía ar-
reglar su conciencia, disponiéndose a partir para el otro mundo. Y
aunque es verdad que jamás he sido tan necio, que crea que se
comete una imprudencia en una casa católica cuando se anuncia
al paciente, que debe en todo evento prepararse para bien morir;
60 con todo, atenta la grave situación mental de nuestro amigo, y no

43. *deberá* : debería VA, RS, P; UADY

ocultándoseme el decidido influjo que ejerce lo moral sobre lo físico, y viceversa, comenzaban a alarmarme seriamente las entrevistas largas y secretas del enfermo con el sacerdote. Y mayor era mi alarma, al observar, por grande que fuese el disimulo del capellán, que éste había llorado durante la confesión. No puedo negártelo; ya no sabía qué hacer, puesto que no había de atreverme a demandar explicación ninguna del sacerdote, sobre asuntos relativos a tan grave y santo ministerio. Nadaba yo en un mar de dudas y cavilaciones. 65

Al entrar en el aposento de Antonio después de una de esas conferencias, hallé que nuestro amigo había recuperado algo de su aplomo. Tendiome una de sus manos y me hizo sentar junto a sí. 70

—Manuel mío —díjome al cabo de algún tiempo—, yo quiero salir de este hospital.

Tan inesperada revelación me afligió en extremo. 75

Y con razón, ciertamente. Cuando los médicos han declarado que un individuo está leproso, de cuya enfermedad ninguno hasta hoy se ha curado en el país, la policía no puede ni quiere tolerar que ese leproso conserve la vida social, y lo persigue con una tenacidad casi brutal, hasta encerrarlo en el hospital de San Lázaro, erigido a grandes costos, para desterrar aquí a los infelices elefantiásicos por temor de que se propague tan horrible dolencia. Y si existen dificultades tantas y tan insuperables para conservar oculto de la vista del público y de las autoridades encargadas de vigilar en este punto, a alguno de esos infelices que aún no ha sido declarado *lazarino* expresamente, ¿cuáles y de qué tamaño no serían las que se suscitasen para extraer del seno mismo del hospital a uno declarado *lazarino* de antemano, y encerrado aquí un año entero después de semejante declaración? Mi terror y asombro debieron de pintarse, sin duda, en mi semblante, porque Antonio, antes de escuchar ninguna palabra ni observación mía, murmuró con cierto desaliento: 80 85 90

65. *la* : su VA, RS, P, UADY

68. *ministerio* : misterio VA, RS, P, UADY

89. *debieron* : debilitaron UADY

- ¡Y sin embargo! Yo contaba contigo, hermano mío, para ejecutar mi proyecto.
- 95 –¿Tu proyecto? –pregunté yo maquinalmente y como para ganar tiempo a fin de arreglar mis ideas, y formularlas de un modo que hiriese lo menos posible la exquisita susceptibilidad de nuestro desventurado amigo.
- Sí –insistió él–; de mi proyecto de fuga. Yo quiero fugarme de aquí.
- 100 –Pero eso, hermano mío, presenta gravísimos inconvenientes y dificultades.
- Razón de más para que exija tu concurso; pero supuesto que mi fuga te parece irrealizable, no hablemos más del asunto. Me resignaré a morir pacientemente encerrado en este hospital, sin esperanza alguna de alivio, y expuesto siempre a la fatal desgracia de volver a encontrarme con aquel hombre. Ya no saldré más, a respirar la brisa de la tarde, de este fatal y ominoso encierro.
- 105 Y se desataron dos ríos de lágrimas de los ojos del pobre enfermo.
- 110 –Pues bien, Antonio mío –repuse yo en el acto, muy decidido a ejecutar lo que iba a decirle para calmar su angustia y moderar su dolor–. Se hará todo como quieras: para mí no existe dificultad ninguna, porque resuelto estoy a sacrificar hasta mi vida por ti.
- 115 Tranquilízate, y escucha mi proyecto: yo también he formado mi proyecto de evasión, y estoy seguro que lo aprobarás.
- Nuestro pobre amigo pareció tranquilizarse un tanto con mis últimas palabras. Apartó el pañuelo de sus ojos, y se quedó mirándome en actitud de esperar la explicación ofrecida.
- 120 –Mira, hermano mío –proseguí yo entonces–; tú debes conocer que al salir fugitivo de este hospital, no estarías tranquilo en ninguna población. El ojo vigilante de la policía te seguiría por todas partes, te buscaría en donde quiera y te obligaría a volver a este encierro, que has comenzado a detestar ya. Tal vez es injusta y

115-116. *yo también he formado mi proyecto* : om. UADY

bárbara esta persecución; pero ¿qué quieres? Existe un terror viví- 125
simo contra la lepra; hasta las gentes más sensatas se encuentran
preocupadas acerca de ella, y mientras la ciencia, como lo sabes tú
mismo, no llegue a demostrar que la tal enfermedad no es conta-
giosa, como yo lo creo firmemente, ninguna de esas trabas pueden
sacudirse, ninguno de esos obstáculos superarse. 130

–Es verdad –dijo Antonio con aire resignado y aun indiferente
al parecer.

–Pues bien –continué yo–, entre las últimas poblaciones de
Yucatán y el lago de Petén,¹ existen bosques frondosos y brillantes,
espesísimas florestas o praderas inmensas. Allí, a donde el ruido de 135
la sociedad no llega, ni el bramido de las pasiones, ni el influjo de
las preocupaciones te abrumarían... Corramos, pues, a encerrar-
nos allí. Haré todos los preparativos conducentes... te dejaré unos
días para escoger yo mismo el sitio en que fijemos nuestra residen-
cia definitivamente, sin mantener con los hombres otra comuni- 140
cación que la muy precisa para acudir a nuestras necesidades. Tie-
nes criados que te aman... los pobres indios de la hacienda harían
por ti cualquier sacrificio, y lo harían con la mejor voluntad del
mundo. ¡Mira qué bella perspectiva se nos presenta! Construire-
mos una habitación que reúna todos los encantos imaginables. 145
Una huerta, un jardín, un corral...

–No te empeñes en eso, amigo mío –dijo Antonio interrumpiéndome–. Te he dejado hablar, porque experimentaba un placer
exquisito viendo hasta qué punto llevabas tu generosidad, tu
afecto y amor a tu pobre hermano. No; por más nobleza que 150
encuentre en tu proyecto, yo no puedo aceptarlo.

128. *la* : *om.* UADY

149. *viendo* : *viviendo* UADY

¹ *lago de Petén*: “El lago de Petén Itzá: tiene 40 kilómetros de largo, por 25 de ancho. Está a 130 metros sobre el nivel del mar; no tiene desagüe visible [...]. Contiene varias islas, siendo la principal la que ocupa la ciudad de Flores, cabecera del Departamento de Petén.” (Rengifo y Suárez, *Geografía de Centroamérica*, Guatemala, 1954, 62).

–Pero, querido mío –repúsele entonces–, ya has visto los inconvenientes que habría en que volviesses a tu casa: eso es imposible.

–Lo sé muy bien, y por eso no abrigo semejante pretensión.

155 –En tal caso, ¿qué es lo que intentas? –pregunté algo desconcertado, vislumbrando algo de lo que estaba meditando.

–Huir de aquí –respondiome con energía–; pero huir lejos, muy lejos, de tal suerte que el temor del contagio no horrorice a estos hombres sin corazón. Sí; yo quiero marchar a un país extranjero.

160 Te confieso que la idea me causó un sobresalto, que apenas podría expresarte ahora. Es verdad que había yo discurrido hipotéticamente con el doctor acerca de la justicia con que Antonio podía adoptar un partido tan desesperado; pero tan lejos estaba yo de prever que fuese capaz de pensar en él con alguna seriedad, que
165 ni siquiera había vuelto a ocurrírseme la idea. Y no me sobresaltaba ciertamente, porque creyese que haría un nuevo sacrificio con resignarme a acompañarlo a cualquiera parte del mundo; no, porque yo he estado y estoy resuelto a realizar por nuestro pobre amigo, ese y cualquier sacrificio, por mayor que se considere.
170 Espantábame, sí, que fuese a lanzarse en otro nuevo piélago de dificultades, creyendo evitarlas con su fuga de San Lázaro, porque al cabo en todas partes se teme seriamente el contagio de los lepro-
175 s, y al fin podrían encerrarlo en otro hospital, en donde me fuera imposible hallarme cerca para consolarlo y proporcionarle algunos alivios. Aquí, al fin, en donde ha sabido granjearse el afecto de todo el mundo, en donde sus relaciones subsisten, con amigos y parientes que cuiden de su existencia y comodidades, bien podría serle soportable un encierro tan poco severo como el que sufre; pero en tierra extraña... ¡ah! eso habría sido un inmenso
180 abismo, una estupenda calamidad para este desgraciado, y así me pareció conveniente significárselo, para arrancarle del todo un pensamiento que a mí me parecía absurdo.

–Tú no puedes, Antonio mío –díjele al fin–, insistir en una idea tan extraña. Ya lo ves: me presto de buena voluntad a auxiliarte en la fuga, y acompañarte a un desierto; pero yo no puedo consentir en
185 que te expongas a sufrir un mal mayor del que aquí experimentas.

—Pues, amigo mío, estoy resuelto y partiré. Si no quieres favorecer mi fuga, déjame buscar los medios de proporcionármela.

—¡Oh! —exclamé yo—, no puede ser; piensa bien y despacio en ello, y verás que es imposible. Tú no me harás, así lo espero, la injusticia de creer que mi resistencia proviene de rehusarme a seguir tu suerte; por ti daría yo hasta la vida. 190

—Ya lo sé, Manuel mío —me repuso con la mayor consternación—; lo sé, y sé también que tu resistencia viene de un origen muy noble. Sin embargo, yo debo partir, y partiré sin ti. 195

—¿Sin mí? ¡Imposible! En ningún caso consentiría yo en que partieses solo; y si, lo que no creo, insistieses en ejecutar esa fuga para un suelo extranjero, a pesar de mi resistencia a tu proyecto, y de la tuya a que yo te acompañe, te acompañaría ¡vive el cielo! hasta el fin del mundo, aunque supiese perecer en semejante peregrinación. Resuelve ahora lo que mejor te plazca. ¿Quieres partir a pesar de mis observaciones, de mis consejos, de los consejos de tu amigo y hermano? Bien, partamos juntos. Estoy resuelto a todo. 200

—No, hermano mío, no. Yo parto, y tú te quedas. 205

—Ni pensarlo; si tú partes, no hablemos más de mi resistencia. Vamos a acordar los medios de la fuga.

—¡Noble y generoso amigo mío! ¡Si supieras con qué delicioso consuelo escucho tus palabras, y veo tu decidido entusiasmo! ¡Ah! Tú eras digno de encontrar otro corazón que mejor te comprendiese. 210

Y nuestro pobre Antonio se desató de nuevo en un mar de lágrimas.

Por mi parte, ya no sabía qué decir. Estaba realmente desconcertado, y temiendo más y más el empeño que mostraba este desgraciado. Mi corazón se encontraba en una verdadera tortura. 215

¡Al fin, me fue preciso llorar con él, porque ciertamente no puede ser más cruel y doloroso el rigor de su destino!

197. *si* : *sí* VA, RS

200. *supiese* : *hubiese* RS

220 Cuando volvió la calma a nuestro espíritu y las lágrimas desaparecieron, Antonio procuró entonces aclararme todo el misterio. El misterio estaba encerrado en la carta de Regino, de la cual aún no me había hablado antes, y en una apostilla escrita por el doctor Moore al calce de la propia carta.

¡Entonces pude comprenderlo todo!

225 Regino explica su conducta en los últimos días de su permanencia en San Lázaro, y todos los incidentes que, en la apariencia, condenaban su fuga. No es esto sólo. Dice que ha debido al doctor, no sólo el haber vuelto al buen camino de que se había extraviado, sino su salud perdida. ¿Podía esto menos que hacer en el ánimo de Antonio una impresión tal, que le decidiese casi sin examen ninguno, a echarse en los brazos de un médico tan admirable? Aquí tienes el verdadero motivo de su poca confianza en el doctor Frutos, y de haberse verificado una verdadera revolución en su espíritu. Desde ese momento, ha debido creer que supuesta
235 la seguridad con que se le anunciaba que su mal sería incurable, tenía derecho de poner su esperanza toda en quien se decía capaz de hacer lo que otros no pudieran realizar. ¡La salud para un lazareto! ¡Dios eterno! No hay duda que éste ha de ser el único, enérgico, constante y tenaz pensamiento de un infeliz condenado a vivir en San Lázaro una vida de dolor, podredumbre y miseria. Sí; no hay duda que ese pensamiento debe adherirse al cerebro con una intensidad febril, desgarradora y palpitante, capaz de volver el juicio a un pobre leproso. Di a éste que tú le darás salud y vida, cuando todo el mundo le dice lo contrario; dile que cesará al
240 punto la corrupción de sus humores, que los miembros no se desgarrarán más, que desaparecerán esas úlceras que exhalan un fetor abominable, que parará la disolución orgánica, que recuperará cuanto hubiese perdido, que volverá a la sociedad, a la vida civil, a la patria, al seno de su familia y amigos; dile que entonces podrá
245 elegir una esposa, vivir en medio de sus hijos y rodeado de cuanto

233. *revolución* : resolución RS

236. *se* : om. P

246. *fetor* : olor P

el mundo puede ofrecer... ¡dilo por Dios! y verás en el pobre leproso la revolución más completa. Mientras no recibiese un cumplido desengaño, la esperanza, una esperanza viva y delirante, roería su corazón... minaría su existencia... mantendría un volcán en su cerebro... y no habría dificultad que no superase para llegar a su objeto. Helo aquí todo. 255

Esto es lo que ha sucedido puntualmente a nuestro pobre amigo.

Añade a eso, que el doctor Moore le encarga hallarse sin falta la noche del 2 de enero en la playa de Lerma, si se resuelve en fin a dejar a San Lázaro. ¡Dejar a San Lázaro, y eso para hallar un bien perdido, para verse limpio de la horrible lepra que lo cubre! ¿Cómo ha podido vacilar? 260

Su partido, pues, estaba tomado.

Pero yo he debido oponerme todavía a ese partido, y me he opuesto con todas mis fuerzas, y aun con mayor energía, desde el momento en que he sabido el origen y motivo de la determinación de Antonio. 265

Porque en efecto, querido mío: ¿qué viene a ser el doctor Moore en la historia de Antonio? ¿Cómo lo ha arrojado la Providencia en su camino? ¿Quién es, en fin, este hombre para que pongamos en sus manos un tesoro, que debe sernos tan apreciable? 270

El doctor Moore tiene todas mis simpatías y respeto. Al comprender su historia, esa historia llena de interés, de la existencia excepcional de un hombre arrojado de la sociedad por una injusticia; y que no se ha puesto en contacto después con el género humano sino para volver a los hombres el mal que de ellos ha recibido; al escuchar de su boca un grito de arrepentimiento y de dolor, ha debido despertarse en mí una confianza sin límites. Bien; pero ese hombre formidable se encuentra sin duda en una posición peligrosa. Su determinación misma de separarse de la vida infame o misteriosa que ha llevado por tantos años, le suscitará tal 275 280

261. *¡Dejar a San Lázaro : om. VA, RS, P, UADY*

vez una multitud de enemigos. Las asechanzas, el odio, el temor...
285 todos los peligros posibles deben perseguir su futura existencia; y
si es cierto que en su larga carrera anterior, la vengadora y severa
sociedad nada ha podido contra él ¿quién nos asegura que la gente
infame, en cuya compañía ha permanecido y que debe tener un
interés directo en perseguir, destruir y aniquilar a un testigo tan
terrible... quién nos asegura, repito, que esa gente, aborto de la
290 sociedad, no será más feliz que ésta? He allí mis dudas y tormen-
tos.

Ponerse nuestro amigo en manos semejantes, equivaldría a
colocarse en medio de todos los peligros. ¡Situación, por cierto,
bastante singular para un joven educado con tal miramiento, cui-
295 dado y circunspección!

Todo se lo representé, amigo mío; pero mis observaciones fue-
ron enteramente inútiles. Su partido estaba tomado después de
una deliberación consigo mismo, y mi voz era impotente.

300 –Veo que mis esfuerzos son inútiles –le dije al cabo–; y que tú
estás determinado a partir, a pesar de que no puedes responder
satisfactoriamente a ninguna de mis objeciones. Partirás, sí; pero
yo parto contigo.

–Imposible, ya te lo he dicho; es imposible.

Y Antonio me estrechaba contra su corazón.

305 –Por más que eso te parezca imposible –insistí yo–, tiene de ser
así, o no será jamás. Yo te lo afirmo.

–Pues yo te digo, que así será a pesar tuyo –gritó Antonio de
una manera terrible.

310 Enmudecí de nuevo, porque me pareció haber llevado mi insis-
tencia en aquel momento hasta un término imprudente. En el
estado de su imaginación, era ciertamente punto menos que
imprudencia y temeridad contrariar las miras y proyectos de un

290. *allí* : aquí VA, RS, P, UADY

299. *y que tú* : y tú P

305. *tiene de ser* : tiene que ser VA, RS, P,

UADY

pobre enfermo, que lo busca todo en sus esperanzas, aun las más quiméricas. Por tanto, yo estaba arrepentido de haber procedido con tan poca cordura. 315

—No, hermano mío —díjome Antonio después de una larga interrupción en nuestro diálogo—. No destruyas de un golpe la más lisonjera de mis ilusiones. Déjame partir en compañía y bajo la exclusiva protección de ese hombre: nada temo, ni hay para qué temer. Además, ¿qué cosa peor podía sobrevenirme, que permanecer encerrado en este hospital, siempre con la idea terrible, con el puñal clavado en el corazón, que me estará diciendo sin cesar, que mi dolencia habría sido curable, si me hubiese determinado a obsequiar las indicaciones del hombre único que pudiera salvarme, y eso tan sólo por un vano temor? 320 325

Firme yo en mi silencio, Antonio prosiguió diciendo:

—Ya lo ves; tu presencia; ese empeño que manifiestas en querer acompañarme, destruiría todos mis planes, porque seguramente ese hombre, ese doctor Moore, en cuyas manos voy a ponerme, no querrá sin duda complicar la situación arrancando del seno de su patria a un joven, como tú, que puede y debe serle útil. Tal vez esto provocaría averiguaciones delicadas. Mientras que yo... yo puedo partir sin hacer falta a persona alguna: la sociedad me tiene excomulgado. ¿Qué me objetará, porque hubiese pretendido sustraerme a su justicia y odiosa persecución? ¿Con qué derecho exigiría de mí una ciega y pasiva obediencia a sus caprichos, a sus brutales castigos, cuando yo hallo en mi conciencia que no soy tan delincuente, que los merezca hasta el punto en que le plazca imponérmelos? No; yo le niego semejante derecho. Enhorabuena que exija mi sometimiento a sus medidas de policía. ¡Yo me he sometido, gran Dios, a cuanto ha exigido de mí! Pero no puede obligarme a permanecer bajo de su influjo: yo debo sacudir esta opresión. Tal es el motivo de mi conducta. Al escuchar este discurso, me pareció conveniente oponer el mismo silencio. Antonio cono- 330 335 340

324. *a obsequiar* : a observar VA, RS, P;
UADY

345 ció que yo no estaba convencido de sus razones para resignarme a
dejarlo partir solo, y después de otra interrupción volvió como
antes a la carga, diciendo:

 –Me pesa, querido mío, contradecir tu dictamen en esta vez. ¡Si
supieras cuán amargo es para mi despedazado corazón no merecer
350 que apruebes hoy sus sentimientos! ¡Si comprendieras, en fin, que
uno de los grandes obstáculos que he tenido que vencer en esta
horrible lucha, cuyo carácter en vano me esforzaría a describirte,
ha sido el determinarme a obrar sin concurso tuyo! ¡Ah! Yo estoy
seguro que después de compadecerme, me dejarías entregado a mi
355 propia suerte. No hay remedio; mi determinación es irrevocable.
Parto solo, y tú te quedas.

 Teniendo aún la esperanza de reforzar mis argumentos en mejor
ocasión, puesto que el plazo prefijado por el doctor Moore, aún
daba lugar para diferir mis observaciones, que entonces podían
360 parecer inoportunas, sólo hice un ligero signo de asentimiento
para no exasperar a nuestro pobre amigo. Satisfecho con esto pro-
siguió:

 –Además, Manuel mío, yo tengo que hacer mi testamento y
dejar aquí una persona que recoja mis bienes y les dé la distribu-
365 ción que voy a ordenar. Solo tú, que conoces perfectamente el
estado de los negocios de mi difunto y venerado padre, puedes
arreglar y dirigirlos en mi ausencia. Por eso, pues, también debes
quedarte.

 –Esta nueva razón –dije yo entonces–, es menos concluyente
370 que las otras. Piénsalo, amigo mío, y después me dirás cuál sea tu
final determinación. Yo insisto en que no debes partir; pero una
vez que estás determinado, no debes rehusar la compañía de tu
hermano. ¿Quién te verá y cuidará con mayor interés? En un con-
flicto, en una circunstancia grave cualquiera, ¿de qué inmenso
375 consuelo no será para ti, hallar una mano amiga en que apoyarte,
el pecho de un hermano en que depositar tus penas!

352. *a describirte* : en describirte VA, RS,
P, UADY

Una nube sombría se fijó sobre la frente de nuestro pobre amigo. No sabré decirte si era de tristeza, hallando en mí una contradicción que no esperaba; o de despecho, porque sus razones no me convencían. Lo cierto es que en todo el resto del día y en el siguiente no volvimos a hablar del particular. 380

Entre tanto, iba recobrando su afecto y gratitud al doctor Frutos, y proseguía en sus conferencias misteriosas con el capellán. Esto me había parecido un buen signo; pero me equivoqué. Cuando se ofreció hablar otra vez de su proyecto de partir, lo he encontrado más firme que nunca en su determinación, y lo más delicado del caso es que tengo entendido que su confesor ha convenido en ello y prestado su consentimiento. Puede ser que sus razones hayan parecido al capellán más graves que a mí; pero entre tanto, yo he debido oponerme, y me he opuesto hasta ayer, en que ha ocurrido un incidente horrible, que ha puesto fin a mis dudas. Antonio debe partir; no puede permanecer en este santo hospital: está visto que Dios lo quiere. 385 390

Escucha lo que ha pasado.

El destino de nuestro amo Germán, después de haberle yo visto en la finca del doctor Corroy, era enteramente ignorado de mí y de Antonio. Por más diligencias que habíamos hecho para inquirir algo relativo a este desgraciado y generoso anciano, nada habíamos logrado, si no fuese una u otra noticia contradictoria, y que se avenía mal con lo que yo sabía de cierto hasta el día de mi encuentro con él en la isla de Mr. Corroy. Lo más probable, lo más racional y plausible era que subsistiese aún en compañía del doctor Moore, cuyo paradero también nos era de todo punto desconocido. Sin embargo, anteaer hemos tenido una noticia directa del viejo sepulturero; y he aquí cómo: 395 400 405

Un marinero se ha presentado en las puertas del hospital, entregando al administrador una carta, con especial encargo de que se pusiese al momento en manos de Antonio. El portador de la carta desapareció antes de que el administrador, que no tenía antecedente alguno en el negocio, pudiese tomar sus señas. Un minuto después, estaba esa carta en manos de Antonio. Leyola, y me la 410

extendió en el acto, agitado de una extraña convulsión. El contenido de la carta era breve; pero misterioso y enfático; hélo aquí:

415 ¡Pobre amigo mío, víctima inocente de un malvado cuyo castigo ha de ser terrible! Me encuentro casualmente en la Laguna, de donde voy a salir ahora mismo, hasta que llegue el día en que nos reunamos, como lo espero. Pero antes de marchar, voy a prevenirle para que esté en guardia. De un momento a otro se le espera una prueba dolorosa y cruel ciertamente. Súfrala con resignación y valor, y sobre todo, convéznase con ella de que su permanencia en San Lázaro es ya imposible. Adiós.

Germán.

En el estado de viva excitación en que Antonio se encontraba, ya puedes figurarte cuál sería su sobresalto. El mío no era menor ciertamente, pues dejando la carta del sepulturero una ancha vía a
425 todas las conjeturas, todo podía temerse. Mi temor sobre todo, era que el enfermo se empeorase por el momento. Imagínate no más lo que sería arrojar un pábulo en aquella hoguera que ardía en su cerebro. Yo me perdía en dudas y vacilaciones. ¿Qué peligro era ése, qué prueba la que se esperaba a nuestro amigo, y contra la
430 cual era preciso estar en guardia? Yo llegué a fijarme en que su intención era la de significar un nuevo encuentro con el pirata. Sin embargo, yo no me atreví a indicar mi pensamiento a nuestro amigo, quien seguramente llegó a creer lo mismo que yo, aunque tampoco tuvo valor para comunicármelo.

435 El suceso ha venido a sacarnos de toda duda; y no en vano la llamó el otro una prueba dolorosa y cruel. No podía serlo más, ciertamente.

Paseábame ayer tarde en la parte exterior del hospital, cuando se ha detenido en la playa una canoa de regulares dimensiones, y
440 que según todas las apariencias procedía de Tabasco o de la Laguna. En el instante han desembarcado seis hombres y dos mujeres, que se encaminaron al hospital. Al detenerse mi vista sobre aquel grupo, he sentido en el cerebro una especie de revolución incomprensible. Acercábanse aquellas gentes al edificio... ¡Horror! Las

429. *la que se* : la que le *P*

mujeres eran las dos mancebas de Cruyés... aquellas desgraciadas criaturas, que habían representado en Campeche el papel de hermanas del cónsul de Colombia. 445

Sin embargo de que en tan poco tiempo habían sufrido realmente una especie de metamorfosis, pues ostentaban a la sazón los signos característicos de los estragos del vicio, era imposible que me equivocase. No bien hube adquirido la más completa certidumbre, corrí para dirigirme al aposento de Antonio, a fin de distraerle y evitar un funesto encuentro. 450

Pero ya era tarde. Desde la ventana, que da sobre la playa, había visto y observado lo mismo que yo. Cuando yo me dirigía a detenerlo, él se lanzaba, por un impulso irresistible, al encuentro de las meretrices. 455

¡Encuentro terrible, y en cuyo recuerdo no acierto a detenerme, sin experimentar una angustia infinita!

En el momento de entrar aquellas dos desgraciadas, Antonio salía. 460

—¡Oh! —gritó nuestro amigo rechinando los dientes de cólera y mirando con ojos extraviados a las dos meretrices—. ¡Oh, al fin nos hemos reunido en un hospital de leprosos! Miradme; mirad vuestra obra. 465

Frustrada mi intención, sólo podía intervenir para detener las consecuencias de aquel lance crítico; y me puse entonces al lado de Antonio. Los circunstantes no podían comprender lo que ocurría; pero las dos desgraciadas, al reconocer a su víctima, lanzaron una exclamación de un carácter tan pavoroso y desgarrador, que en verdad arrancaron de mí en aquel instante un sentimiento de compasión. ¡Figúrate, amigo mío, a esas desventuradas en medio de unos hombres brutales, que durante el viaje las habían sometido a las más duras pruebas de humillación! 470

Mientras ocurrían los incidentes que te voy refiriendo, el administrador recorría el oficio de remisión, y los soldados, pues solda- 475

470. *tan : om. UADY*

dos eran, que habían venido escoltando a las presas, referían a voz
en cuello los detalles de la aprehensión y remisión de aquellas
desgraciadas al hospital de San Lázaro, calificándolas de prostitu-
480 tas, sobre cuyos desórdenes en la Laguna se había despertado el
celo de la autoridad. En presencia de algunos hechos infames,
habían sido sometidas a una pesquisa, y los médicos habían decla-
rado que se hallaban lazarinas. La autoridad de la Laguna dispuso,
por tanto, en cumplimiento de su deber, que fueran encerradas en
485 San Lázaro. Ésta era la historia. Sus precedentes ya los sabes.

Yo no sé lo que hubiera ocurrido, si felizmente el capellán,
como movido de una inspiración feliz, no se hubiese presentado
en el momento más crítico. Con una simple ojeada y la exclama-
ción de Antonio, comprendió perfectamente la situación y se
490 encargó de dominarla. Antonio se dejó separar, y las dos misera-
bles leprosas fueron conducidas al departamento de mujeres, en
donde se les ha sometido a un régimen demasiado severo. ¡Incom-
prendibles arcanos de la justicia de Dios! ¡Si yo mismo no he
podido evitar en mí el terrible efecto de este raro e inesperado
495 encuentro, considera, amigo mío, cuál y cuán profunda ha debido
ser la estupenda conmoción verificada en el espíritu de nuestro
pobre Antonio! El capellán y yo hemos pasado junto a su lecho
una noche terrible: el delirio no podía estar más desarrollado.

Venido el día, parecía haberse restablecido la calma, después de
500 una tempestad tan horrorosa sobre aquel espíritu enfermo. Hemos
hablado pacíficamente, y no he hallado otro remedio para evitar
una consecuencia más desagradable todavía que convenir, al fin,
en la partida pronta de nuestro amigo. Yo mismo le he allanado
todas las dificultades que podían presentarse, y queda definitiva-
505 mente resuelto que acudirá la noche del día 2 del entrante a la cita
que le ha dado el doctor Moore.

Marcho, pues, ahora mismo a hacer en la ciudad los arreglos
convenientes, y a traer un escribano. Sin ti, yo sólo tengo de ser

485. *ya* : *om. VA, RS, P, UADY*

testigo de los preliminares de esta terrible partida, con cuya idea no puedo habituarme todavía. Pero en fin, es preciso y estoy determinado. Antonio no puede hallarse en un mismo sitio con unas personas que sólo servirán para recordarle permanentemente sus flaquezas, sus horribles sufrimientos y su triste y funesto destino. 510

Adiós, querido mío: es indispensable poner fin a esta carta. Recibe la cordial salutación y afecto de tu consternado amigo, que pide a Dios te conserve en su santa guarda. 515

CARTA XXX Y ÚLTIMA
MANUEL A MELCHOR

Campeche, 4 de enero de 1825

¡Ah, querido mío! No sé si tendré valor para darte hoy los espantosos pormenores de unas escenas tan formidables, como las que he presenciado hace pocas horas. La impresión de la novedad, de mi infinita sorpresa, ha sido tan viva, que aún me siento oprimido, despedazado bajo su siniestro influjo. ¡Qué espanto y qué desolación, amigo mío! A fuerza de decirnos a menudo que los secretos juicios de Dios son incomprensibles, no acostumbramos detener la reflexión en esta tremenda verdad. Pero esta verdad acaba de herirme como un rayo: el golpe ha sido fulminante, y estoy vencido, prostrado en presencia de la majestad del Señor para tributarle humildemente toda mi adoración. No hay remedio; el delincuente, tarde o temprano, ha de sufrir el condigno castigo: una mano invisible ha de empujarlo a pesar suyo, por secretas vías, hasta arrojarlo en el fondo de un abismo. Abrumado estoy delante de esta terrible realidad; y lo estoy hasta un punto tal, que casi no puedo sentir, ni comprender de qué magnitud sea el dolor, el vivísimo dolor de haber visto partir a nuestro pobre amigo. ¡Ah! porque Antonio... nuestro infortunado hermano, ¡partió al fin!

Haré por coordinar mis ideas como mejor sepa. Disimúlame si no soy bastante explícito en ciertos pormenores; pues que debo suponerte iniciado en los precedentes de toda esta historia. Escucha, pues, querido mío:

14. *el*: al VA, RS, UADY

Luego que las mancebas de Cruyés fueron instaladas en San Lázaro, yo mismo, según recuerdo haberte dicho, aconsejé a nuestro amigo que aceptase la indicación del doctor Moore y se pusiese en sus manos. Era preciso; y yo me convencí de la absoluta necesidad que existía ya de que saliese de una casa en que estaba tan expuesto a cometer un atentado, o a caer en una demencia declarada. Tributé a Dios infinitas gracias de que el día de la cita estuviese tan próximo, para apartar de una vez al desgraciado enfermo de un sitio en donde su permanencia era incompatible con la de aquellas miserables. Los nuevos informes que acerca de éstas adquirí, me ratificaron en mi determinación. Según esos informes, aquellas desventuradas víctimas de la inmoralidad y exquisita corrupción del pirata, habían sido presas por la fuerza en la Laguna, en donde cometían todo linaje de excesos y escándalos; y la fuerza fue empleada, por la resistencia que opuso un viejo que las encubría, en unión de otros varios individuos de apariencia sospechosa. De esa suerte, era casi seguro que Cruyés no dejaría de hacer alguna tentativa audaz para extraerlas de San Lázaro. Él amaba, con ese amor brutal que le era característico, a las dos hermanas; en el diálogo de Cruyés y el capitán Sagarra, de que te habrá dado cuenta Antonio, comprendió éste el grado de interés que ponía el pirata en reunirse a ellas, y aun temía ya algunas sospechas de que podrían ser víctimas de *alguna intriga*. Ahora bien; ese bandido era capaz de todo: no le faltaban medios para ejecutar una empresa atrevida, dando un golpe de mano sobre el hospital. De esa suerte, la posición de nuestro amigo podría realmente hacerse más delicada y comprometida.

No había, pues, otro recurso que salir de la casa y escaparse a un país extranjero para precaver una catástrofe. Tampoco se presentaba oportunidad mejor, que la que brindaba la ocasión de una entrevista con el doctor Moore. De esa suerte, mi conciencia se arraigaba más cada momento.

47. *a ellas* : con ellas UADY

55. *presentaba* : prestaba UADY

57. *se arraigaba* : se desarraigaba RS

Lo que sí me parecía duro y aun indigno era que realizásemos un proyecto semejante sin conocimiento del doctor Frutos y del capellán. Ambos habían sido los amigos y directores de Antonio durante su permanencia en el hospital, y habría parecido una villanía manifiesta fraguar una especie de fuga, sin explicarles, por lo menos, cuáles eran las razones que obligaban a tomar una resolución semejante. Yo propuse al enfermo mis observaciones, sujetándolas a su calificación. 60 65

—Convengo en ello —me dijo suspirando—: no hay en verdad una cosa más justa. Respecto del capellán, nada tengo que reprocharme y estoy tranquilo; mas respecto del doctor Frutos, el caso es diferente. Encárgate tú mismo de hablarle del asunto, y comunícale toda mi historia si es necesario, para que se compadezca de mis infortunios, y acepte la necesidad en que me hallo de partir. 70

Ésta era la autorización de que yo necesitaba más, y supe desde luego aprovecharla. Sin que nuestro respetable amigo el doctor supiese todas las circunstancias del caso, parecíame difícil que llegase a dar su aprobación a la proyectada fuga; y aunque realmente él no tenía obligación ninguna de intervenir en ella para evitarla, sin embargo, es bien seguro que habría llevado muy a mal, y con razón, el que hubiésemos procedido sin sus consejos y anuencia. Estuve por tanto en expectativa, para avocarme con él luego que viniese al hospital. Como visitaba diariamente a Antonio, muy luego se me vino la ocasión de hablarle. 75 80

—Mi querido doctor —díjele al tiempo de apearse de la calesa y en el momento en que yo despedía al escribano que vine a buscar a la ciudad—; mi querido doctor, antes de que usted vea al enfermo, quiero hablar con usted un largo rato ¿hay inconveniente en esto? 85

—¡Quiah! —me respondió el doctor con su habitual amabilidad—. Puede usted decirme cuanto le ocurra. ¿Es cosa que exige ser tratada en reserva?

67. *Respecto del* : Respecto al *RS*

79. *anuencia* : anuencias *VA, RS, P, UADY*

88. *cuanto le ocurra* : cuanto se le ocurra *VA,*

RS, P, UADY

90 –Sí, señor.

 –En tal caso, voy a darle a usted un consejo, que espero aceptará. Venga usted conmigo a dar un paseo a pie por el camino de Lerma, y haremos que la calesa nos siga a respetuosa distancia. Con eso haremos algún ejercicio, que no será malo para usted ni
95 para mí, aunque ando medio lastimado del pecho; y si el paseo nos fatigase, apelaremos al recurso de la calesa. ¿No cree usted que es buen proyecto?

 –Ciertamente –respondí yo–, y doy a usted las gracias por su bondadosa deferencia.

100 Y salimos del hospital.

 Así que nos hubimos alejado un poco, después de algunas palabras que pudiesen servir de introducción, tracé al doctor Frutos, con todas sus circunstancias y detalles, la ominosa y cruel historia de nuestro pobre amigo. Mi interlocutor me escuchó hasta el fin,
105 sin dar la más ligera muestra de sorpresa. Como la medicina es una especie de sacerdocio, un médico es frecuentemente el depositario de los secretos más íntimos de la vida privada de un doliente; tiene que poner la mano hasta en las llagas del corazón; y el sufrimiento y las miserias de la pobre humanidad le son tan patentes,
110 que nada llega a sorprenderle. El doctor lleva una larga práctica en su honrosa profesión: ha visto los males del género humano por todos sus aspectos; su sagacidad y firmeza de tacto le han hecho percibir y tocar el dolor bajo de cualquiera forma que se presente, y sabe cuál es el medio mejor de tocar una de esas heridas delicadas que vierten sangre, y que al más ligero descuido pudieran
115 envenenarse. Cualquiera que hubiese contemplado la impasible fisonomía del doctor, mientras yo le hacía el fiel relato de tantas y tan horrendas desgracias que han caído sobre la cabeza de nuestro pobre amigo, le hubiera tomado por un hombre indiferente y poco sensible. ¡Qué equivocación! Pero la sensibilidad exquisita de
120 ese hombre, no se ostenta en vanas y especulativas contemplacio-

116. *envenenarse*: convencerse VA, RS, P;
UADY

nes; él acude a las vías prácticas para aliviar un dolor, dar un consuelo eficaz y un consejo oportuno. Tal fue su conducta en aquellos momentos; dejome hablar hasta el fin, y cuando le hube manifestado la determinación de Antonio de acudir a la cita que le había dado el doctor Moore, se detuvo, hizo aproximarse la calesa, me mandó entrarse en ella, colocose a mi lado y volvimos de prisa al hospital. 125

Durante el regreso, no dijo sino estas pocas palabras, que recogí como las de un oráculo: “¡Demasiado sabía yo cuál era el origen de esta desgracia! ¡Ah! En mi larga experiencia he llegado a saber que la mayor parte de las miserias de esta especie, ¡proviene siempre de una mala compañía! ¡Juventud, juventud! ¡De nada, pues, te valen los libros, ni los consejos de la edad madura, si un horrible desengaño no viene a llamar a tus puertas!” 130 135

A poco rato nos apeamos en la puerta del hospital.

El doctor se encaminó con paso acelerado a la habitación de Antonio; yo entré en pos para contribuir a explicar lo que nuestro respetable amigo quisiese decir al pobre enfermo. La escena que sobrevino es una de las más patéticas que he presenciado en el curso de mi vida. El doctor Frutos se acercó a Antonio, ocupado a la sazón en escribir; tomole una de sus manos con la mayor cordialidad, mirole fijamente... y Antonio comprendió en el instante lo que pasaba en aquella alma, toda nobleza y generosidad. Alzose el enfermo de su asiento, arrojose a los brazos del doctor... y ambos lloraron; don Juan Frutos dejando rodar dos gruesas lágrimas sobre la cabellera de nuestro desgraciadísimo amigo, y éste derramando un copioso raudal de ellas y sollozando amargamente. ¡Y yo había de ser impasible testigo de un incidente tan doloroso! Fue preciso llorar, porque todas las escenas que han ocurrido en esta triste historia demandan lágrimas, y lágrimas muy amargas. 140 145 150

—Parta usted —murmuró el doctor—; parta usted con la conciencia tranquila. Los motivos que impelen a usted a abandonar este hospital son muy legítimos, y el hombre más severo jamás podría condenarlos. Tengo esperanza de que logrará usted una perfecta curación, y entonces... ¡con qué infinito placer volveré a verle! 155

—¡Ah, doctor! —exclamó Antonio en medio de un gemido angustiados—, es usted tan bueno y generoso, que me abruma y humilla... con esas dulces palabras... de perdón y de consuelo.
160 Yo... yo he sido un ingrato, un impío para con mi amigo, mi guía, mi consuelo y mi médico.

—¡Eh! —repuso el doctor haciendo por sonreírse—. ¿Qué está usted hablando allá, hijo mío! Si le he tratado como a un amigo, no he hecho otra cosa que lisonjear mis propias inclinaciones; y esto ¿qué gratitud merece? En cuanto a médico, yo no hago más que cumplir
165 con severidad los santos y augustos deberes de mi profesión, de la manera que he llegado a comprenderlos. Vamos, seréne usted y dejemos esto; necesita usted hacer sus finales preparativos, y es indispensable que los haga en perfecta calma y paz de espíritu. Yo he
170 de verle y darle mis consejos hasta los postreros momentos de su residencia aquí. ¿Cuándo debe usted partir?

—La noche del día 2 —respondí yo viendo que los sollozos sofocaban a Antonio.

—Muy bien —repuso el doctor—, obrad de manera que la autoridad no impida esa fuga, figurándose que sólo es para permanecer
175 en el país, en donde si bien se toleran las demás enfermedades contagiosas que lo son sin disputa, ésta, que seguramente no lo es, no puede obtener consideración ninguna. Yo no me creo obligado en conciencia a impedir la salida de usted, supuesto que está justificado el fin que la mueve... Sin embargo ¿por qué no he de
180 decirle a usted, amigo mío, que me pesa en el alma dejar de verle, asistirle y darle mis consejos? También soy hombre y sé sentir.

—Pero perdone usted mis impertinencias, amigo mío —gritó el enfermo apoyándose en el pecho del doctor.

—¡Vamos! ¿No he dicho a usted que no hablemos de esto? Nada; serenarse, serenarse. Yo cuidaré de escribirle algunas instrucciones que acaso podrán servirle de mucho en la ocasión. ¡Ah, juventud,
185 juventud inconsiderada! ¡Cuán caro pagáis las más ligeras faltas, que vuestra indiscreción os hace cometer!

Y el doctor al prorrumper en este apóstrofe, hizo un penoso esfuerzo para separarse de los brazos de Antonio. Salió conmovido a la galería, y se dirigió a la puerta, en donde su calesa esperaba. Este ademán brusco, que hacía patentes los verdaderos sentimientos de ese hombre generoso, me tranquilizó más que una larga y significativa expresión de ellos. 190

El doctor, sin saludar a persona alguna subió a su calesa y volvió a la ciudad. Cinco visitas más hizo a Antonio, a quien vio y abrazó una hora antes de salir del hospital. Penoso es para mí el recuerdo de estas entrevistas, que hacen un honor insigne al médico y al enfermo. En esos momentos críticos de dolor y angustia, bien así como en todos los precedentes, el doctor Frutos ha sido para Antonio una segunda Providencia. ¡El cielo prolongue sus días, y sean siempre días de bendición! 195 200

Respecto del piadoso y filantrópico capellán, nada pude comprender sobre su modo de sentir en el asunto de la evasión de Antonio, ni éste tuvo por conveniente revelarme cosa alguna. La última entrevista que tuvieron fue en la mañana de anteayer. De entonces en adelante, el santo sacerdote estuvo en uno de los aposentos más lejanos, junto a la cama de un moribundo: allí estaba en los momentos de la partida. Es natural creer que se hubiese convencido de las razones que alegraría nuestro desventurado hermano para justificar su conducta, y que le daría sus instrucciones cristianas para caminar seguro en el nuevo sendero en que se ha lanzado. Mañana mismo debo despedirme de él, y entregarle dos mil pesos, que Antonio confía a su cuidado para emplearlos en ciertas obras de caridad y beneficencia, de que ha debido hablarle. 205 210 215

Apenas hemos tenido lugar de hacer uno u otro arreglo en lo relativo a negocios. Esa alma ardiente y apasionada estaba enteramente absorta en sus meditaciones y proyectos. Una u otra vez percibí en Antonio algunos deseos de volver a ver a las dos miserables que hoy se encuentran encerradas en San Lázaro; pero en guardia y sobre aviso, pude felizmente evitarlo. ¡Qué bien podría haberle resultado de una entrevista de esta especie! No; entre esas desventuradas, cuyo destino se halla bajo la dirección visible del 220

225 cielo, y nuestro infortunado amigo, nada podía haber de común.
El horror invencible que ha llegado a concebir por ellas, no era
conciliable con el deseo de un nuevo encuentro; y por lo mismo,
era de temer algún funesto arrebato que llegase a frustrar todos sus
proyectos. En esta ansiedad, en este choque redoblado de emocio-
230 nes y contrariedades en que me hallaba, no veía el momento de
ver consumada de una vez la salida del hospital. De hora en hora
crecía mi convicción de ser indispensable prestarse a este
sacrificio.

Acercábase el instante decisivo. Antonio y yo teníamos una fe
235 viva y profunda en la persona del doctor Moore, y estábamos
seguros de que si algún accidente cualquiera llegase a poner obs-
táculos en la proyectada entrevista, el doctor tendrá especial cui-
dado de hacer comprenderlo a tiempo, a fin de no comprometer
la posición de Antonio. Un hombre tan fecundo en recursos, tan
240 aleccionado en todas las situaciones de la vida, tan práctico y
conocedor de los medios de acción, era imposible que no hubiese
prevístolo todo. Así, pues, de este lado no teníamos temor
ninguno. Lo que era salir del hospital, no había cosa más fácil.
Antonio tenía la más completa libertad de pasear en las cercanías,
245 y ya le había sucedido pasar una noche fuera, sin que nadie acatase
a ello, pues disfrutaba plenamente de una confianza sin límites, de
que por desgracia le era preciso abusar. Todo consistía en lograr
ponerlo fuera del alcance de la policía, antes de que se echase
de menos su persona. Por lo demás, yo me había trazado un plan
250 de operaciones, y para mayor seguridad y rapidez en ellas tenía
apostados, al cuidado de un mozo de confianza, dos vigorosos
caballos ensillados, que nos esperaban detrás de las cercas de Bue-
navista.

Llegó en fin la hora, que tanto esperaba y temía a un mismo
255 tiempo. Esa hora había sido prefijada para las siete y media de la

225. *de común* : en común UADY

233. *sacrificio* : servicio P

237. *tendría* : tendría VA, RS, P, UADY

243. *ninguno* : alguno VA, RS, P, UADY

248. *se* : om. RS

noche, que parecía ser la más conveniente para aprovecharnos del silencio y poca vigilancia que reinaba en la casa.

Salí primero, y no encontré en los corredores ni en la portería un solo individuo. Antonio salió en pos mía, agitado de una convulsión tan viva, que creí no pudiese avanzar ni un paso más. Yo no sabré explicarte de qué provenía esa agitación; pero tú que sabes perfectamente los odiosos pormenores de su triste historia, fácil te será comprender lo que pasaría en aquellos momentos, en el espíritu de este infortunado mancebo. Él acostumbraba salir con frecuencia del hospital, de la manera más impasible; pero esa vez, esa postrera salida que iba a ser la decisiva, que lo haría aparecer como un prófugo y que tal vez le atraería el mismo sentimiento de animadversión que él experimentó la noche de la fuga de Regino, un cúmulo en fin de consideraciones parecieron detenerlo en la hora crítica. Vaciló en efecto; pero fue un instante no más. Contempló la puerta del hospital, la fachada lúgubre y sombría del edificio, que la profunda oscuridad de la noche hacía más imponente y aterradora, exclamando:

—¡La sociedad! ¡Qué debo yo a la sociedad! Marchemos.

Y nos echamos a andar con dirección a la hacienda Buenavista. Sin embargo de que yo había reconocido previamente el terreno y de que Antonio era suficientemente práctico en él, no dejaron de presentarse algunas dificultades. Casi se palpaban las tinieblas; el mar hervía con un rumor insólito; las ráfagas de una brisa helada nos herían el rostro, y allá en el fondo oscuro del mar, en los confines del horizonte, alzabase una inmensa y negra muralla de nubes compactas, que se hacían visibles en medio de aquel abismo de brumazón, en fuerza de su terrible densidad. Todos los signos indicaban la cercanía de un mal temporal; de un fuerte norte de los que dominan en la presente estación. Todo eso me tenía vivamente abrumado; pero me guardé mucho de significar a Antonio mis temores: *Eatur quo ostenta deorum... vocat.*

275. hacienda : de add. VA, RS, P, UADY

*Jacta alea est.*¹ Estaba ya echada la suerte y era preciso someterse a todos sus resultados.

290 Llevaba yo del brazo a Antonio, y en esta disposición llegamos hasta las cercas de Buenavista al cabo de veinte minutos. Allí encontramos los dos caballos que aguardaban; dije al que los cuidaba fuese a esperarnos a la plaza de Lerma, y echamos por un camino extraviado que, a través de varias alturas, iba a salir detrás
295 de las últimas casas del pueblo. Era preciso tomar todas estas precauciones para evitar algún fatal encuentro que frustrase el proyecto.

300 Marchábamos tropezando aquí y allí, y acaso habríamos sufrido alguna desgracia sin la firmeza y vigor de nuestros caballos. Yo había procurado escogerlos prácticos en el terreno.

Entre tanto, la brumazón crecía, la oscuridad se hacía más densa, el viento bramaba chocándose contra las piedras y alturas inmediatas, y sentía oprimirse mi corazón de un modo doloroso y terrible. Yo no sé qué vago y fatal presentimiento me acompañaba
305 en aquella marcha nocturna y extraviada, aparte de la infinita e inexplicable angustia que me producía la situación misma.

Pocos minutos antes de las diez, según pude ver en el reloj, al brillo de un cigarro, llegamos al sitio designado por el doctor Moore. Antonio no había desplegado una sola vez los labios, ni yo
310 me sentía con valor para dirigirle observación alguna. Apeámonos, até como pude los caballos; y avanzamos hasta la orilla. Nada; era imposible distinguir los objetos a la distancia de diez varas. Sólo veíamos un oscuro abismo, sentíamos la vigorosa impresión del viento, y escuchábamos el espantoso bramido de las olas que

288. *Jacta alea est* : *Jacta est alea* RY, VA,
RS, P, UADY

295. *todas* : *om.* VA, RS, P, UADY

309. *había desplegado* : había despegado
RS

¹ *Eatur quo ostenta deorum... vocat. Jacta est alea: tunc Caesar: "Eatur -inquit- quo deorum ostenta et inimicorum iniquitas vocat. Jacta alea est.* (Entonces César: Se va -dijo- a donde los designios de los dioses y la iniquidad de los enemigos llama. La suerte está echada." Suetonius Tranquillus, "Divus Julius", XXXII, en *De vita Caesarum*.

se rechocaban con furor contra un enorme ganglio de rocas tajadas, conocido bajo el nombre de *El astillero*, de cuyo sitio distábamos unos veinte pasos. 315

Después de unos momentos de contemplación silenciosa, apoyose Antonio en mi hombro, diciéndome:

—Querido mío; si supieras cuán triste y atribulado tengo el corazón! Si ese hombre tarda más tiempo en venir, creo que voy a espirar sin verle. Siento una infinita congoja en el espíritu... 320

—Silencio —interrumpí yo, porque me había figurado escuchar el golpe de unos remos.

En medio minuto más, la verdad se nos hizo patente. Un bote tocó a la orilla, y de él saltaron en tierra dos hombres. 325

—¿Quién va allá? —preguntó la sonora voz del doctor Moore.

—¡Ah, doctor! —exclamó Antonio—: soy yo que le estoy esperando con una ansia febril.

El doctor avanzó hasta donde estábamos y tomó la mano de Antonio, fijando en mí una mirada indagadora. 330

—¡Ah! ¿Es usted, caballero? —dijo reconociéndome—. Me alegro mucho.

Y convirtiéndose de nuevo a Antonio, cuya mano aún no había dejado, le dijo con un acento lleno de calma y admirable dignidad: 335

—Joven infortunado: yo he creído de mi deber acudir en auxilio suyo para redimirle de la estupenda desgracia que está sufriendo. Ha sido usted la víctima infeliz de un malvado... del cual he sido cómplice. Bien, la puerta de las reparaciones está abierta. ¿Quiere usted entrar por ella y seguirme? 340

—Sí —respondió Antonio con firmeza.

—Pero antes de todo —prosiguió el otro—, es de mi deber anunciarle que si bien yo puedo hacer mucho por su salud, necesito que esté usted enteramente sometido a mi voluntad, y no ciertamente para esclavizar la suya, sino para lograr en su curación el éxito más completo. 345

329. *una* : *om.* VA, RS, P, UADY

- Aceptado –dijo Antonio.
–Pero exijo una recompensa.
350 –Daré a usted hasta mi vida.
–Yo no pretendo tanto. Sólo exijo que usted perdone a aquel
desgraciado que le ha causado tanto mal.
–¡Oh! –exclamó Antonio–. Yo sé muy bien que debo perdonar
a ese hombre; hoy mismo he pensado cumplir de todas veras este
355 deber, y me complace repetir mi promesa en manos de usted. Sí;
yo perdono de corazón a Juan Cruyés.
–¡Ah! Bendita sea la misericordia de Dios. Ahora podré ver a
usted sin avergonzarme –exclamó la voz del hombre que había
venido a tierra con el doctor.
360 Era nuestro amo Germán: aquel anciano padre que había
sufrido calamidades tantas y recibido heridas crueles en las más
caras de sus afecciones.
Antonio estrechó en sus brazos al sepulturero, y la imponente
figura del doctor completaba aquel grupo descansando las manos
365 sobre las dos cabezas.
Yo también fui llamado a tomar parte en aquella franca efusión de
nobles sentimientos. El doctor Moore estrechó una de mis manos, y el
anciano Germán de los brazos de Antonio pasó a los míos.
–Es ya hora de partir –dijo el doctor interrumpiendo–. De un
370 momento a otro va a desencadenarse el norte, e importa a nuestra
seguridad que no nos sorprenda en estas playas. Este anciano está
resuelto a acompañarnos, y yo debo asegurarle un reposo después
de tantas vicisitudes y amarguras. ¿No es verdad que vendrás,
amigo mío? –preguntó dirigiéndose a nuestro amo Germán.
375 –Sí, señor; hasta la muerte tengo de seguir sus huellas –respon-
dió entusiasmado el anciano.
–En cuanto a usted, caballero –dijo el doctor encarando otra
vez conmigo– creo que no pensará en abandonar su país para
emprender una peregrinación remota.

363. *en sus brazos* : en sus manos RS

366. *parte en* : de parte RS, UADY

377. *encarando* : encarándose VA, RS, P

UADY

Yo no pude responder a la observación sino con un gemido. Antonio hizo un esfuerzo para aparecer sereno y me dio un ósculo en la frente. 380

—Vamos —continuó el doctor con emoción—; esta escena no puede prolongarse por más tiempo. Adiós. Quiero salir pronto de estas aguas; porque temo el encuentro de un buque sospechoso que he observado en la tarde de hoy... 385

El doctor se detuvo un instante como si prestase atención a algún ruido extraño. Luego prosiguió, tomando a Antonio de la mano:

—Tengo todavía esperanza de que, curado usted perfectamente de su dolencia, lucharemos juntos por una de las causas más nobles y gloriosas que haya sostenido jamás un pueblo heroico. El grito de la independencia griega ha resonado de montaña en montaña, desde la Albania² al cabo San Ángel,³ desde el golfo de Salonia⁴ hasta la isla de Candía⁵ y... 390 395

El doctor volvió a interrumpirse bruscamente, haciéndonos un significativo ademán de silencio.

Yo no sé cómo explicarte, amigo mío, lo que ocurrió en aquel momento, porque recibí una impresión tan subitánea y eléctrica, que me encontré transido de pavor y horripilado de espanto. Al detenerse el doctor escuché un formidable grito de agonía, lanzado al parecer desde el fondo de las olas. Envuelto en una 400

402. *lanzado* : lanzando *UADY*

² *Albania*: La antigua Epiro; la parte meridional de Iliria. Limita al norte con Bosnia y Montenegro; al oeste, con el mar Adriático; al este, con Romelia; y al sur, con Libadia. (*Diccionario Universal de Historia y Geografía*, I, México, Tipografía de Rafael/Librería de Andrade, 1853, 112-113).

³ *cabo San Ángel*: No identificado.

⁴ *golfo de Salonia*: Ensenada del mar Egeo, entre la península Calcídica al este y la costa oriental de Grecia peninsular al oeste. (*DG*).

⁵ *la isla de Candía*: Creta. Mide 44 leguas de oeste a este, y 9½ de norte a sur; tiene cerca de 300,000 habitantes. Su capital es Candía. (*Diccionario Universal de Historia y Geografía*, II, México, Tipografía de Rafael/Librería de Andrade, 1853, 95).

impetuosa ráfaga de viento, y acompañado del horrendo estampido del mar azotándose contra las rocas, aquel grito era de un carácter tan fantástico y chocante, que por lo pronto me fue imposible dominar la impresión.

405 —¡Dios eterno! —exclamó el doctor—. Ese grito es el grito precursor de la muerte; algún desgraciado lucha contra las olas.

Y sin permitirse ningún nuevo comentario, dirigió a la tripulación de su bote una orden precisa para arrojarse en la dirección por donde se había escuchado aquella especie de misterioso aullido.

410 —¡Socorro, socorro, que perecemos! —gritaron tres voces a un mismo tiempo.

—¡Cielos! —repitió el doctor—. Esas voces...

415 —¡Ah, ah! —gritó Antonio despavorido—: allí está Juan Cruyés...

—¡Mi hijo, mi hijo! —interrumpió con desgarrador acento el sepulturero, lanzándose a oscuras en pos del doctor, que había desaparecido de junto a nosotros como una visión.

420 Sin poder dominar mi sobresalto, caí sentado en la arena, arrastrando en mi caída al pobre Antonio, que había acudido a refugiarse en mis brazos.

Un instante después, brilló sobre la roca más saliente del *Astillero* una luz vivísima, que brotaba de una linterna sorda⁶ que levantó el doctor sobre su cabeza para dominar completamente la escena.

425

—¡Por acá, por acá! —gritaba el doctor—; aquí está un bote que os recogerá...

—Hijo mío... te vas a estrellar contra estas rocas.

430 —¡Maldición! —exclamó entonces una voz ronca y confusa...—

¡Viene usted a ser testigo...!

Sobre los fragmentos de un esquife venían nadando tres hombres. Eran Juan Cruyés, el capitán Sagarra y tío Melitón.

419. *mi*: su *UADY*

⁶ *linterna sorda*: linterna cuya luz va oculta por una pantalla opaca, que fácilmente se retira.

—¡Oh, maldito sea usted, Juan Cruyés! —dijo entonces el capitán Sagarra en medio de su cruel agonía—. Ha querido usted redimir a sus mancebas... y vamos a perecer... 435

El doctor teniendo sujeto de un brazo a nuestro amo Germán, que hacía esfuerzos por arrojar al mar, gritaba a la tripulación de su lancha que avanzase, y animaba con su voz de trueno a los tres náufragos, que eran impelidos con una rapidez difícil de describirse, sobre aquel enorme ganglio, próximo a destrozarlos. Era ya imposible todo humano socorro. El norte se desencadenaba en aquel momento; el viento y el horrendo rumor de las olas hacían confundirse todos los gritos. 440

¡Oh, qué lance tan formidable! Antonio estaba como muerto en mis brazos; a pocos pasos de mí... ¡Qué horror! ¡Todo lo he visto con un aire estúpido y extraviado! 445

La escena no duró sino tres o cuatro minutos. Aquellos tres hombres, cuyos cuerpos se revestían de formas infernales al brillo de la linterna, fueron arrastrados inevitablemente hacia aquel abismo... Sus gritos e imprecaciones... su lucha tenía algo de infernal y superior a toda descripción. Corrí... abandonando a mi pobre amigo para ver si podía ayudar... llegué... pero no fue sino para presenciar la final catástrofe. Aquellos tres cuerpos fueron estrellados en una masa confusa contra las puntas de las rocas... la resaca volvía a llevarlos hasta cierta distancia... los impelía de nuevo... hasta que llegó a confundirse todo en un montón de carne, sangre y huesos destruidos... ¡Cielo santo, qué espectáculo! 450 455

—¡Padre mío! —gritó entonces el sepulturero—. Estás vengado: yo también era delincuente... porque te abandoné en la mayor miseria... ¡Ah! llegó el día del castigo. 460

El doctor se alejó de aquel sitio trayéndose casi arrastrado al infeliz anciano; comunicó sus órdenes a los que tripulaban su lancha, y luego, luego volvió ésta a su sitio primitivo.

454-455. *la resaca volvía a llevarlos hasta cierta distancia... los impelía de nuevo... : om. RS*

463. *luego volvió : volvió VA, RS, P UADY*

465 Antonio yacía sin sentido, y todo era para mí una confusión terrible.

El doctor Moore parecía multiplicarse.

–Adiós, adiós –me dijo entonces–. Es necesario que los decretos del cielo se cumplan... Ya usted vio patentemente el dedo de Dios.

470 A un signo suyo, dos hombres tomaron en brazos a Antonio para llevarlo a la lancha... Quise gritar... dar a mi amigo el último ósculo...

¡Imposible!

–Esté usted tranquilo en nombre del cielo –me gritó el doctor–. El norte está soplando ya... en cinco minutos estaremos a bordo...
475 y todo habrá pasado. Adiós, otra vez. Vamos, Germán –añadió empujando al sepulturero.

–¡No, no! –exclamó éste–. Aquí me quedo; mi hijo ha muerto, y toda esperanza está perdida.

480 –¡Desgraciado! –repuso el doctor–. Abandona para siempre este sitio horrible.

–¡No me place, vive Dios! –repuso el sepulturero con voz hueca y formidable–. Aquí, aquí tengo de permanecer para llorar lágrimas de sangre...

485 Apretome con viveza la mano el doctor murmurando en mi oído: –Cuide usted a este desventurado padre, y provea por cuenta mía a su subsistencia. Es preciso, por lo mismo, no diferir por más tiempo esta partida.

Y convirtiéndose al atribulado Germán, díjole con acento vivo:

490 –Quédate, pues, amigo mío: la Providencia vele sobre ti.

El sepulturero se prosternó sobre la arena.

Dos minutos después, todo había desaparecido como una mágica e infernal visión... como una de esas horrendas pesadillas que dejan en el cerebro un estilete atravesado. Sólo se oía el bramido del norte y el rumor formidable de las olas... ¡Qué noche... qué escena!

495 Fue un mutuo consuelo para el pobre Germán y para mí el hallarnos reunidos.

Allí nos amaneció expuestos a la impetuosidad del temporal. Nada se descubría en el horizonte... Al pie del *Astillero* reinaba

siempre un hervidero; pero ni un solo vestigio vimos allí que
pudiese recordar la espantosa catástrofe que habíamos presen- 500
ciado.

Nos encaminamos al pueblo, y di orden que se recogieran los
caballos. Instalé al pobre anciano en casa de un amigo suyo en el
barrio de San Román y, conforme a las instrucciones que me había 505
dado el doctor Frutos, inmediatamente que llegué ayer me pre-
senté a la autoridad dándole parte de la fuga de Antonio. Algunas
diligencias se han practicado sin mayor empeño, según veo. Como
parece claro a estos señores, que la fuga del enfermo ha sido para
un país extranjero, no es mucho lo que se apuran en el asunto.

Después de este breve relato, que me reservo ampliarte a nues- 510
tra vista, ya puedes figurarte cuál será la horrible situación de mi
espíritu.

Adiós, querido mío: voy a ocuparme de los asuntos de nuestro
desgraciado amigo.

NOTA. Hace algún tiempo que estoy ocupado en bosquejar una 515
extensa novela que bajo el título de *Los filibusteros del siglo diez y
nueve*, pienso publicar en mejor ocasión. *Un año en el hospital de
San Lázaro* no es más que un episodio de esa novela, y por lo
mismo es aquí en donde realmente debe terminar. Sin embargo,
aunque sea destruyendo el interés de la novela principal, diré que 520
Antonio quedó enteramente curado de su dolencia, se halló en la
toma desgraciada de Missolonghi⁷ en la Grecia, y a principios del
año de 1837, vivía aún en la ciudad de Esmirna.⁸

José Turrisa

⁷ *Missolonghi*: Ciudad griega en Livadia, a 6 leguas de Lepanto; “está situada a orillas de una bahía del mar jónico; era una plaza de guerra bien fortificada y estaba defendida por una ciudadela y por varios fuertes, levantados a alguna distancia de la plaza.” (*Diccionario Universal de Historia y Geografía*, V, México, Imprenta de F. Escalante/Librería de Andrade, 1854, 473).

⁸ *Esmirna*: Ciudad de Turquía (Anatolia), en el mar Egeo.

ILUSTRACIONES

Prologo a la historia del
Lazarino.

En la noche del 29 de Mayo de 1840. Yo habiendo
tenido por conveniente al gobierno ^{del Estado} aceptar las bases, que
se proponen en capitulacion por parte del comandante de las
tropas enemigas en el campamento, por medio del Comandante
Francis Mr. Charamond y el comandante de esta ciudad por medio
en el Sr. Mr. Cornejo, a los de las tropas citadas no
quiere otro recurso que retirarse a las costas de la plaza. Las
fortificaciones se desmontaban a centenas en varias divisiones: la
comunicacion venia dentro y fuera de la plaza sitiada. Por las
las hostilidades, mi puesto estaba en el Reducto de Sr. Alonzo,
y bajo una lluvia de balas, bombas y granadas. Yo de la plaza
de Sr. Roman en una altura convenientemente por propósitos
mas importantes de la Comandancia, de que yo era Secretario,
enfrente del castillo de Sr. Roman y de Sr. Roman y de Sr.
de que consistia la cabecera se reunian a los mis ojos. Yo
por las de las baterias habian seguido una desobediencia temporal y
las bombas caian de golpe en los muros, impidiendo de
agua y electricidad. Nuestra escuadrilla consistia con
varias ambulancias de artilleria, la destruction de los ciclos de
ambos imposible avanzar ni retroceder, entre a quienes
no de Sr. Roman; pero las dos pequeñas piezas que
contaban estaban heridas de las explosiones y de los que
dejan mis molestias y privaciones. Serenidad en tantas
las atropellos, nosotros continuamos mi marcha apais, con el
pequeño brio de propelas bajo el brazo, porque la cabecera
habia desaparecido. Tanos expresos! La noche estaba as-
troriosa y el camino intrasitable, porque de las ci-
dades enemigas corria al mar con multitud de arroyos
de las formadas de Sr. Roman, y que obtuvieron enteramente el
fuego. De repente vi el comiso de una ventana, y a la vez de
un relampago ^{halla que} me encontré de repente por frente del hueco
de Sr. Roman. Un punto ^{extraordinario} se apacelo el
de mi y mis cañones deprimidos por la herencia y fuerza en-
teramente a la cabeza, se me herieron. Yo miraba con tal horro-

REGISTRO YUCATECO.



PERIODICO LITERARIO,

REDACTADO
POR UNA SOCIEDAD DE AMIGOS.



TOMO PRIMERO.



MERIDA DE YUCATAN.

Imprenta de Castillo y Compañia.

1845.

4. Portadilla del tomo I de *El Registro Yucateco*

de decirse. Bueno ó malo este pequeño ensayo, no he podido resistir á la tentacion de presentarlo al juicio de mis amigos, seguros, como deben estar, de que su critica la aceptará con deferencia y estimacion.

Mérida 1.º de Enero de 1845.

JOSE TURRISA.

CARTA I.

MELCHOR A MANUEL.

Mérida 9 de Diciembre de 1823.

Mi querido Manuel: como te dije en mi anterior, por ayer debía llegar Antonio de la hacienda de su familia, á donde se habia retirado por consejo de nuestro buen D. Alejandro. D. Pablo estaba consternadísimo y alarmado, con las funestas noticias que el cura le comunicó, sobre el estado de la salud de un hijo, que ama mucho mas aún despues de la sensible muerte de Da. Felipa. El doctor y yo esperábamos el momento crítico, desde las cinco de la tarde... Al toque de las oraciones de la noche llegó en efecto... ¡Ay, querido amigo! me es imposible explicarte la impresion que en mi ánimo causó la presencia de nuestro amigo, del compañero de nuestra infancia, y en quienes todos tenian tantas y tan fundadas esperanzas. No hay remedio. La fatal enfermedad se ha desarrollado espantosamente, y en opinion del doctor, no existe poder sobre la tierra, que sea capaz de cortar su rápido progreso, pues que la ciencia solo seria parte á prolongar la penosa agonía que le espera. El infeliz hizo algunos esfuerzos para aparecer sereno y jovial, preguntó por sus parientes, me habló de ti, de sus deseos de verte, de sus dibujos, de la coleccion de pájaros disecados que ha formado, en fin, de todo lo que mas pudiera lisonjearle y agradarnos. Pero seguramente no supimos ocultar nuestra emoción, que hálo le revelaban el aire pensativo de Dancourt, las lágrimas mal reprimidas de D. Pablo, y mi respiracion oprimida y angustiada. Ello es que de improviso me tomó la ma-

AVENTURAS
DEL BARONCITO
DE FOBLÁS,
ESCRITAS EN FRANCES
POR M. LOUVET DE COUPEVRAY,
DIPUTADO DEL DEPARTAMENTO DE ALTO VIENNA EN
EL CONSEJO DE LOS *QUINIENTOS* DE LA RÉPUBLICA
FRANCESA.
TRADUCIDAS
LIBREMENTE AL ESPAÑOL
POR EUGENIO SANTOS GUTIERREZ,
SECRETARIO DE DON S. A. LLORENTE
Con Laminas.

TOMO PRIMERO.

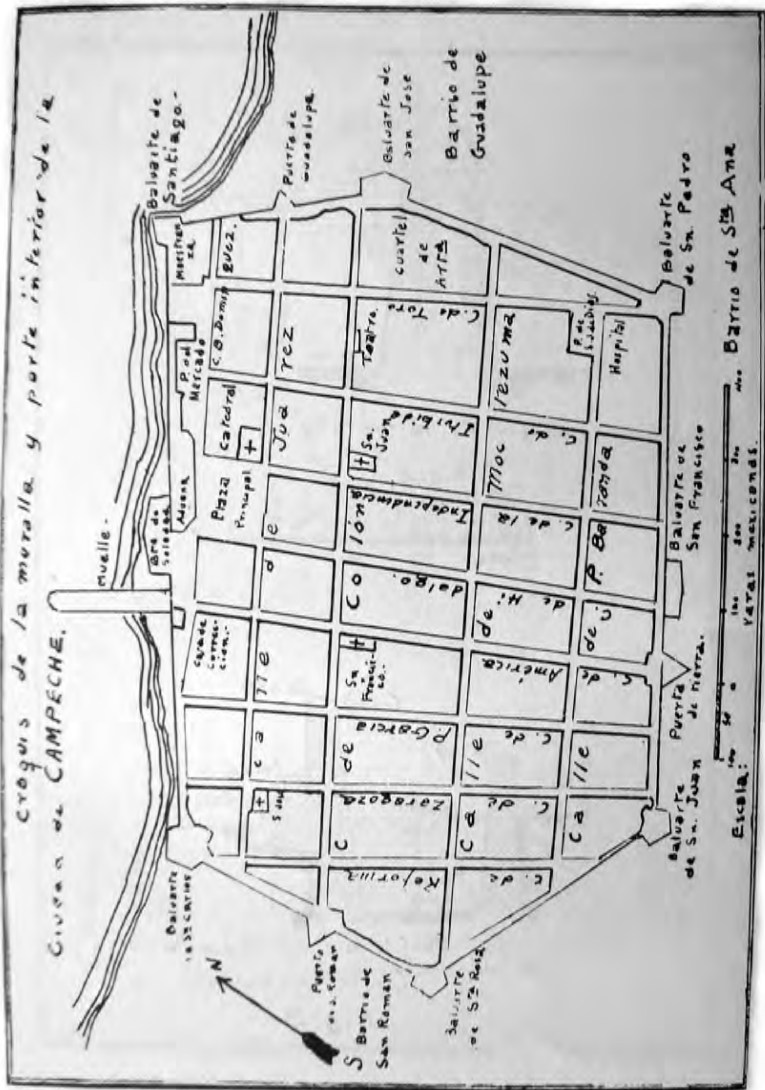
EN PARIS,
POR ROSA, LIBRERO, GRAN PATIO DEL PALACIO REAL;
EN HAVANA, POR TH. GROGNOT.

1820.

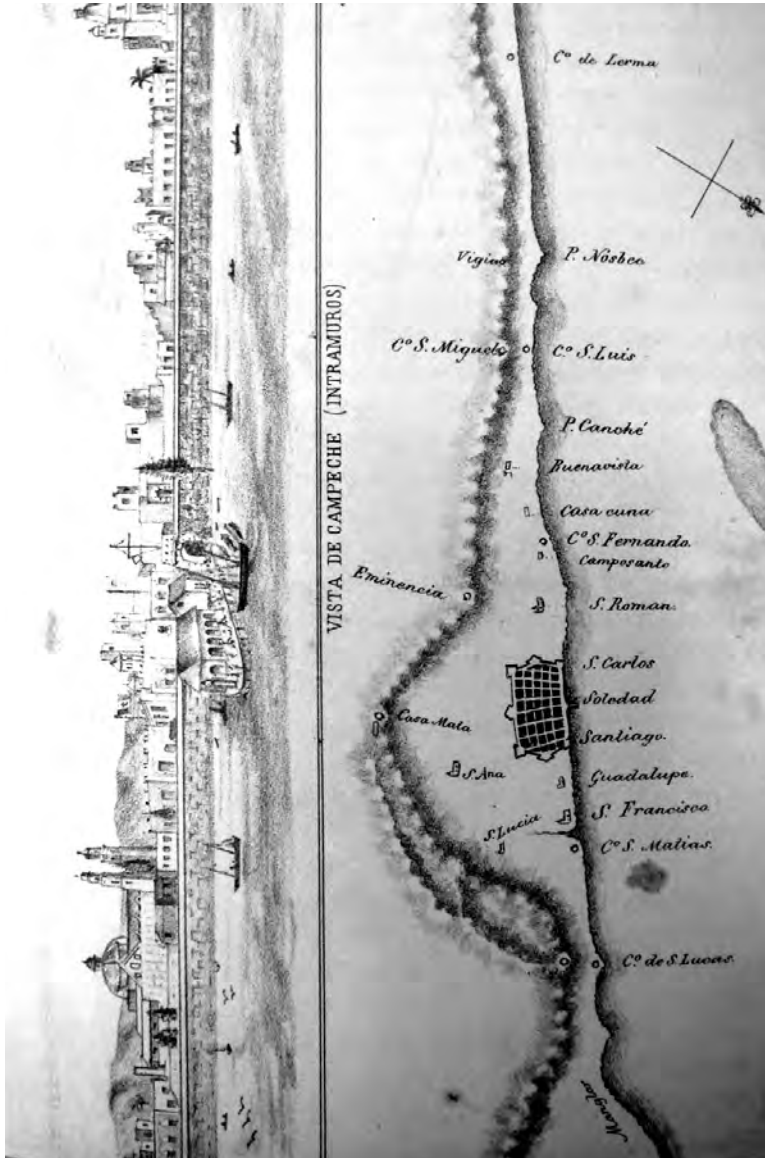
6. Portadilla de las *Aventuras del Baroncito de Foblás*



7. Campeche. (*El Album Mexicano* I, México, Ignacio Cumpellido, 1849, p. 162)



8. Croquis de Campeche por Miguel Sánchez Lamego (Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, enero-febrero de 1936, entre las pp. 328 y 329)



9. Croquis de nueve millas de Campeche
 (El Repertorio Pintoresco, Mérida, Imp. de J. D. Espinosa, 1863, p. 85)



10. Fuerte de San Miguel



11. Costado de la batería de San Luis



12. Interior de la batería de San Luis



13. Iglesia de San Román



14. Edificio construido en donde se encontraba el hospital de San Lázaro



15. Puerta de tierra



16. Estatua de Justo Sierra O'Reilly (José F. Contreras) en el Paseo Montejo de Mérida

ÍNDICES

ÍNDICE

	PAG.
Algunos juicios sobre <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	7
Nota preliminar.....	9
INTRODUCCIÓN	
1. Las ediciones de <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	15
2. <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i> y la literatura de su tiempo.....	23
3. Religión y piratería en <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	29
4. La historia como trasfondo en <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	35
5. Estructura de <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	41
6. Biblioherografía de Justo Sierra O'Reilly a propósito de <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	49
7. Criterios de edición	61
8. Principales siglas utilizadas en las notas de texto	63
TEXTO, VARIANTES Y NOTAS	
Carta I. Melchor a Manuel	75
Carta II. Antonio a Manuel.....	87
Carta III. Melchor a Manuel	101
Carta IV. Antonio a Manuel	107
Carta V. Antonio a Manuel	127
Carta VI. Antonio a Manuel.....	139
Carta VII. Antonio a Manuel	153
Carta VIII. El doctor Frutos a don Pablo.....	171
Carta IX. Antonio a Manuel.....	173

La cartera de Regino: primera parte.....	181
La cartera de Regino: segunda parte.....	193
La cartera de Regino: tercera parte.....	213
La cartera de Regino: cuarta parte.....	235
Carta X. Antonio a Manuel.....	261
Carta XI. Antonio a Manuel.....	277
Carta XII. Antonio a Manuel.....	291
Carta XIII. Antonio a Manuel.....	303
Carta XIV. Antonio a Manuel.....	317
Carta XV. El doctor Frutos a don Pablo.....	329
Carta XVI. Manuel al doctor Frutos.....	333
Carta XVII. El capellán del hospital al doctor Frutos.....	335
Carta XVIII. El doctor Frutos a Manuel.....	337
Carta XIX. Manuel a Melchor.....	341
Carta XX. Manuel a Melchor.....	359
Carta XXI. Manuel a Melchor.....	361
Carta XXII. Manuel a Melchor.....	387
Carta XXIII. Antonio a Melchor.....	415
Carta XXIV. Manuel a Antonio.....	437
Carta XXV. Manuel a Antonio.....	463
Carta XXVI. Regino a Antonio.....	483
Carta XXVII. Antonio a Manuel.....	499
Carta XXVIII. Manuel a Melchor.....	523
Carta XXIX. Manuel a Melchor.....	533
Carta XXX y última. Manuel a Melchor.....	551
Índice de ilustraciones.....	591

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	PÁG.
1. Primera página autógrafa de <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	571
2. Segunda página autógrafa de <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	572
3. Tercera página autógrafa de <i>Un año en el hospital de San Lázaro</i>	573
4. Portadilla del tomo I de <i>El Registro Yucateco</i>	574
5. Primera página de la <i>Carta I</i> en <i>El Registro Yucateco</i>	575
6. Portadilla de las <i>Aventuras del Baroncito de Foblás</i>	576
7. Campeche. (<i>El Álbum Mexicano</i> I, México, Ignacio Cumplido, 1849, p. 162)	577
8. Croquis de Campeche por Miguel Sánchez Lamego (<i>Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística</i> , México, enero-febrero de 1936, pp. 305-333)	578
9. Croquis de nueve millas de Campeche (<i>El Repertorio Pintoresco</i> , Mérida, Imp. de J. D. Espinosa, 1863, p. 85)	579
10. Fuerte de San Miguel	580
11. Costado de la batería de San Luis	581
12. Interior de la batería de San Luis	582
13. Iglesia de San Román	583
14. Edificio construido en donde se encontraba el hospital de San Lázaro	584
15. Puerta de tierra	585
16. Estatua de Justo Sierra O'Reilly (José F. Contreras) en el Paseo Montejo de Mérida	586

TÍTULOS PUBLICADOS EN LA COLECCIÓN
“CLÁSICOS MEXICANOS” DEL INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICO-LITERARIAS,
UNIVERSIDAD VERACRUZANA:

Salvador Díaz Mirón, *Lascas*, 2ª ed., Edición, introducción y notas de Manuel Sol, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, “Clásicos Mexicanos” 1, 2005, 201 pp.

Bernardo de Balbuena, *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, Edición, introducción y notas de José Carlos González Boixo, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1989, “Clásicos Mexicanos” 2, 320 pp.

Manuel José Othón, *Poemas rústicos*, Edición, introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1990, “Clásicos Mexicanos” 3, 245 pp.

Guillermo Prieto, *Cancionero*, Edición, introducción y notas de Ysla Campbell, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1995, “Clásicos Mexicanos” 4, 470 pp.

Rafael Delgado, *La Calandria*, Edición, introducción y notas de Manuel Sol, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 1995, “Clásicos Mexicanos” 5, 535 pp.

Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco*, Edición, introducción y notas de Manuel Sol, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 2000, “Clásicos Mexicanos” 6, 344 pp.

Ramón López Velarde, *Zozobra*, Edición, introducción y notas de Carlomagno Sol Tlachi, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, “Clásicos Mexicanos” 7, 249 pp.

Justo Sierra O’Reilly, *La hija del juicio*, 2 vols. Edición, introducción y notas de Manuel Sol, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 2008, “Clásicos Mexicanos” 8 y 9.

Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor*, 2 vols. Edición, introducción y notas de Manuel Sol, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 2011, “Clásicos Mexicanos” 10 y 11.

Nicolás Pizarro, *El monedero*, 2 vols. Edición, introducción y notas de Carlomagno Sol Tlachi, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana, 2012, “Clásicos Mexicanos” 12 y 13.

Un año en el hospital de San Lázaro, número 14 de la Colección Clásicos Mexicanos, se terminó de imprimir en marzo de 2014 en los talleres de Proagraf, S. A. de C. V., Av. 20 de Noviembre núm. 649, col. Badillo, 91190, Xalapa, Veracruz, México. Tel. 2288906204.

En su composición, parada por Aída Pozos Villanueva, se usaron tipos AGaramond de 12:14, 10:12 y 9:11 puntos. La edición estuvo al cuidado de Manuel Sol y Martha Osorio.

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rectora

Sara Ladrón de Guevara

Secretaria Académica

Leticia Rodríguez Audirac

Secretaria de Administración y Finanzas

Clementina Guerrero García

Secretario de la Rectoría

Octavio Ochoa Contreras

Directora General de Investigaciones

Carmen Blázquez Domínguez

Director Editorial

Édgar García Valencia

Directora del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias

Norma Angélica Cuevas Velasco